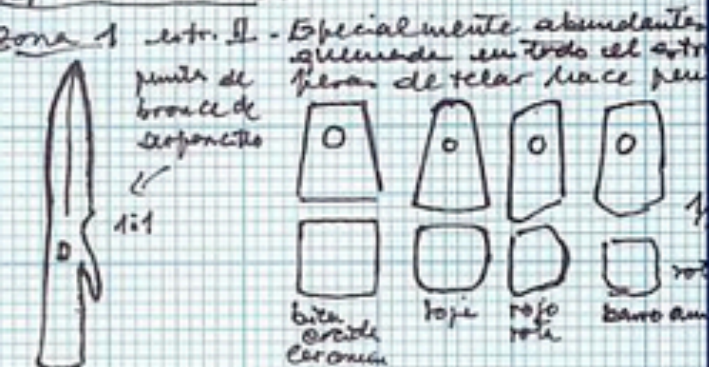
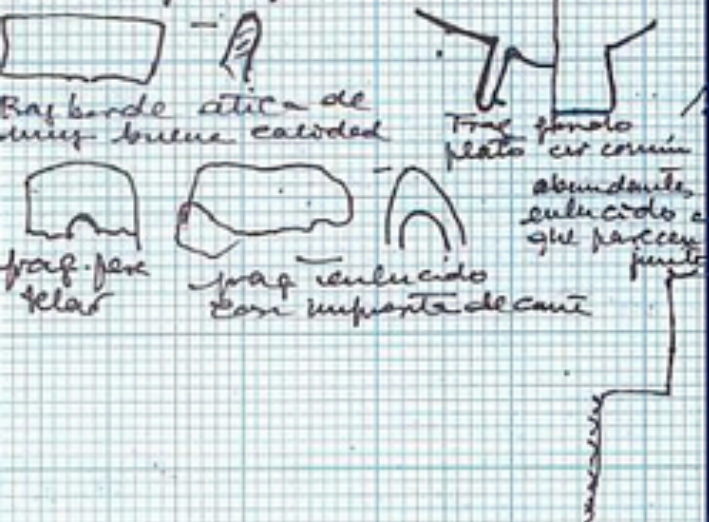


Estudios de
arqueología
dedicados a la
profesora
Ana María
Muñoz
Amilibia

**ESTUDIOS DE ARQUEOLOGÍA DEDICADOS A LA
PROFESORA ANA MARÍA MUÑOZ AMILIBIA**

S.F. RAMALLO ASENSIO
(Editor Científico)

**ESTUDIOS DE ARQUEOLOGÍA
DEDICADOS A LA PROFESORA
ANA MARÍA MUÑOZ AMILIBIA**

MURCIA 2003

INDICE

Prólogos

Excmo. y Mgfc. Sr. Rector de la Universidad de Murcia	9
Excmo. Sr. Consejero de Educación y Cultura	11
Ilmo. Sr. Director General de CajaMurcia	13

Tabula Gratulatoria	15

Presentación

<i>Sebastián F. Ramallo Asensio</i>	19

Primera Parte

El Neolítico de la Península Ibérica: un proceso de origen mediterráneo <i>Bernat Martí Oliver y Joaquim Juan-Cabanilles</i>	25
Mirando hacia el Sureste. A propósito de la Edad de los Metales <i>Mauro S. Hernández Pérez</i>	43
El Bronce Final en la Península Ibérica. Una perspectiva desde el interior <i>M^a Concepción Blasco Bosqued</i>	57
El comercio fenicio en Homero <i>María Eugenia Aubet Semmler</i>	85
Algunos apuntes sobre la arqueología de la Cultura Ibérica. Entre el ayer y el mañana <i>Lorenzo Abad Casal</i>	103
Arqueología de las ciudades episcopales <i>José María Gurt Esparraguera</i>	121

Segunda Parte

VEINTICINCO AÑOS DE INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN MURCIA (1975-2000)

Nuevas propuestas para el estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras en el sureste peninsular <i>Miguel Martínez Andreu</i>	145
El Neolítico en Murcia. Continuidad y cambio durante el Calcolítico <i>Consuelo Martínez Sánchez y Miguel San Nicolás del Toro</i>	155
Poblados de llanura y poblados de altura de la Edad del Bronce en Murcia. La Cultura de El Argar <i>M^a Manuela Ayala Juan</i>	175
Panorama actual y perspectivas de investigación en torno a las comunidades del Bronce Tardío en el valle del Guadalentín (Murcia) <i>M^a Milagrosa Ros Sala</i>	219
La colonización griega en Murcia. Estado actual tras veinte años de investigaciones <i>José Miguel García Cano</i>	249

La profesora Ana María Muñoz Amilibia: 26 años de trabajos sobre la Cultura Ibérica en tierras murcianas	
<i>Pedro A. Lillo Carpio</i>	269
Carthago Nova y la arqueología romana en el sureste de la Península Ibérica	
<i>Sebastián F. Ramallo Asensio</i>	289
Sobre la ciudad islámica y su evolución	
<i>Julio S. Navarro Palazón</i>	319

*No estando comprometido a jurar por las
palabras de ningún maestro,
voy, como un huésped de paso,
allí donde me lleva la tempestad.*
(Horacio, Epístolas 1,1,14)

Ana M^a Muñoz Amilibia, Profesora y Maestra de Universitarios

Una de las mayores satisfacciones de la ingente labor que conlleva el rectorado de la Universidad es la de reconocer la labor desempeñada a lo largo de los años por aquellos que han sido sus profesores. Pero esta satisfacción adquiere una especial significación, cuando se trata de una figura de la categoría científica y humana como la que posee la homenajeadada en este libro, Ana María Muñoz Amilibia, vasca de nacimiento, catalana de adopción, y murciana de corazón.

La vinculación de la Dra. Muñoz Amilibia con nuestra Universidad se inicia en la primavera de 1975, cuando se incorpora a su claustro de profesores como Catedrática de Arqueología, Epigrafía y Numismática, en un momento de especial significación en el ámbito universitario y en el devenir de la propia sociedad española. Su formación académica y científica había transcurrido en la Universidad Central de Barcelona junto a maestros de prestigio internacional como Luis Pericot, Vicens Vives, Martín Almagro y Juan Maluquer; la participación durante los años sesenta en excavaciones arqueológicas en Francia, Suiza e Italia, le permitió ampliar su percepción de los grandes problemas de la arqueología europea, que entonces iniciaba cambios radicales en sus concepciones epistemológicas y metodológicas, lo que le proporcionó un talante crítico, abierto y receptivo, no sólo en el plano científico sino también personal y humano como bien reflejan sus numerosas publicaciones. En este ambiente inició su trayectoria profesional como profesora contratada de Arqueología en la Universidad Central de Barcelona donde fue más tarde profesora agregada de Historia Antigua hasta 1975, año en que se trasladó a nuestra Universidad, dándose la circunstancia de que con dicha incorporación se convirtió en la primera mujer catedrática de Arqueología en España, aportando a esta Universidad además de su prestigio científico y profesional unas ganas de trabajar que sobrepasaban lo estrictamente académico, lo que muy pronto demostró, pocos meses después de su llegada, al alentar y dirigir los trabajos de excavación en el Claustro de la Facultad de Derecho, donde sorprendió a docentes y discentes que hasta entonces consideraban el trabajo arqueológico como algo exclusivo de las etapas prehistóricas, acercando con ello su disciplina, tanto espacial como temporalmente, a la comunidad universitaria. A partir de este momento, su presencia se iba a imbricar en todo el tejido social, sacando la arqueología de las aulas e introduciéndola en los distintos niveles de la comunidad murciana, contribuyendo de forma eficaz a generar una corriente de respeto hacia nuestro patrimonio histórico en un proceso que no ha tenido parangón. En este sentido, no dudó en encabezar las protestas de sus alumnos para evitar la destrucción de restos monumentales como la muralla del a calle del Pilar, los baños árabes de la calle del Trinquete o el mismo Convento de San Antonio.

Efectivamente, desde sus primeros días desplegó una actividad sistemática a todos los niveles: docente, no sólo en un masivo curso de Primero de años comunes sino también contactando con los licenciados y doctorandos del área en la Región. Del mismo modo emprendió la tarea de la restitución, ampliación y actualización de la diluida biblioteca de Arqueología, o el inicio de una intensa campaña de actuaciones arqueológicas tanto de urgencia en cascos urbanos y yacimientos amenazados como sistemáticas con un ambicioso plan de investigación de todos los periodos culturales existentes en el solar regional. Investigaciones en las que los estudiantes, primero de Historia y a partir de 1978 de la recién creada especialidad de Historia Antigua y Arqueología, participaban activamente como prácticas en los períodos no lectivos de Navidades, Semana Santa y, sobre todo, verano.

Esos quince años que la Dra. Muñoz Amilibia perteneció al claustro de nuestra Universidad, que tuvo que abandonar a su pesar por motivos de índole familiar, supusieron la creación de una escuela de arqueología en Murcia, con la que se alcanzó un lugar puntero en el ámbito de la investigación prehistórica y arqueología en España, a la vez que un referente para todos nosotros de comportamiento íntegro y vocacional tanto en el ámbito docente como investigador, ya en el propio espacio universitario como en el campo de la transmisión social de los logros de la arqueología moderna.

Tras la lectura de estas líneas, fácilmente se comprenderá que sea para mí, como Rector de la Universidad de Murcia, un orgullo prologar este libro homenaje que le dedican sus antiguos alumnos de la Universidad de Murcia con motivo de su jubilación académica como Catedrática de Prehistoria de la UNED, en una acción del alumno hacia el maestro que supone la máxima dignificación de la docencia y adquiere su mejor exponente en la enseñanza universitaria.

José Ballesta Germán
Rector de la Universidad de Murcia

La figura de Ana María Muñoz Amilibia se encuentra en la raíz de lo que es la actual arqueología en la Región de Murcia. Nuestra Región, por su excepcional patrimonio, había colaborado activamente en la configuración de la arqueología científica española, siendo centro y objetivo de la actividad de pioneros como los hermanos Siret y de figuras señeras como Cayetano de Mergelina, Emeterio Cuadrado, Gratiniano Nieto o Antonio Beltrán, entre otros. Entre esas iniciativas destacaba, igualmente, la creación de los primeros foros de encuentro, materializados primero en los Congresos Arqueológicos del Sureste de España y posteriormente en los Congresos Nacionales de Arqueología. En ese sentido, los años de docencia y entusiasta trabajo en nuestra tierra de Ana María Muñoz Amilibia supusieron un fecundo relanzamiento de la actividad arqueológica murciana, que volvió a situarse en la primera línea de la investigación, alumbró nuevas generaciones de profesionales y sentó las bases de la actual estructura científica, administrativa y de protección del patrimonio arqueológico regional.

Sabemos que otros harán en este libro un repaso más extenso de la labor desempeñada por Ana María Muñoz en la Universidad de Murcia y de la importancia de la creación de la especialidad de Historia Antigua y Arqueología. De los frutos de las vías e iniciativas de investigación que ella impulsó o promovió es buen reflejo también este volumen. Pero desde la Administración Regional es obligado recordar su encendida defensa de nuestro patrimonio histórico, como Presidenta de la Asociación Pro Defensa de ese patrimonio, y la ardua labor de preservación del legado arqueológico regional. Una labor que desempeñó a través de una presencia moral y física activa en todos y cada uno de los puntos de nuestra Región, en todas y cada una de las polémicas que afectaban a la supervivencia de nuestro patrimonio, creando conciencia social y generando iniciativas e instituciones que velasen y mantuviesen esa actitud de defensa y protección. En torno a su voluntad y entusiasmo supo reunir y liderar lo mejor de las energías y personas que en la Región de Murcia trabajaban para la conservación del patrimonio arqueológico.

Ana María Muñoz dio nueva vida a museos ya existentes, como los de Cartagena y Jumilla, al tiempo que propiciaba la creación de otros como los de Yecla, Caravaca de la Cruz o Lorca. Supo en todos los casos impulsar en esos museos, no sólo una labor de mera conservación de las colecciones que tenían encomendadas, sino, lo que en aquellos momentos era quizás más decisivo, su conversión en herramientas eficaces de gestión y protección del patrimonio local y de apoyo a su investigación. Con esta finalidad defendió y posibilitó poco después el desarrollo de los servicios municipales de arqueología de Murcia y Cartagena.

La creación por Ana María Muñoz del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Excma. Diputación Provincial, del que fue también directora, constituyó una pieza clave para la gestión del patrimonio arqueológico murciano. Nuestra Región se incorporaba así a los primeros modelos de gestión que empezaban a desarrollarse en el ámbito nacional, al compás de las nuevas necesidades surgidas de los cambios sociales e institucionales de nuestro país. De hecho, ese Servicio, los técnicos adscritos al mismo y los locales que ella consiguió para almacén y laboratorio integraron la infraestructura que permitió a la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia asumir en 1984 las competencias plenas en materia arqueológica. La Carta Arqueológica Regional, herramienta básica para la investigación, el conocimiento y la protección del patrimonio murciano, fue también una obra

iniciada por ella desde el citado Servicio. El modelo de funcionamiento diseñado por la Dra. Muñoz desde la Diputación Provincial, basado en una división del trabajo en zonas territoriales, y una estrecha colaboración de los técnicos regionales con los municipales supusieron un ejemplo de integración de esfuerzos entre las distintas Administraciones que aún hoy constituye la base del funcionamiento de la Unidad de Arqueología del actual Servicio de Patrimonio Histórico. La lucha contra el expolio del patrimonio, el esfuerzo por mejorar las vías legales y la infraestructura normativa de protección del acervo arqueológico, propiciar la formación y especialización de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado para sus funciones de protección de esa riqueza histórica, así como fomentar las vías de colaboración en esa protección de todos los grupos profesionales y sociales implicados, fueron parte de su labor cotidiana desde la Universidad y desde el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Excm. Diputación Provincial.

La Región de Murcia y su patrimonio histórico tienen una enorme deuda con Ana María Muñoz Amilibia. Sirva este libro como testimonio de nuestra gratitud y también como compromiso de la firme voluntad de todos los que trabajan para el conocimiento, protección y difusión de la arqueología murciana, de no olvidar su magisterio y su ejemplo ético y profesional.

Fernando de la Cierva Carrasco
Consejero de Educación y Cultura

Con verdadera satisfacción nos sumamos a este nuevo y merecido homenaje a la profesora Ana María Muñoz Amilibia, concretado en la publicación del presente libro cuyas páginas recogen un estado de la cuestión de los principales problemas que atañen a la investigación arqueológica española, desde la Prehistoria hasta la Edad Media, y su reflejo en el ámbito de la Región de Murcia.

La doctora Muñoz Amilibia ha dedicado casi cincuenta años al estudio del pasado y a ella se deben destacadas aportaciones que han arrojado abundante luz sobre importantes aspectos de etapas culturales como el neolítico, el eneolítico o el mundo ibérico. Gracias a su extraordinaria preparación, a su sólida formación intelectual y a su acreditado entusiasmo, su incorporación a la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Murcia, en 1975, supuso un auténtico revulsivo para la puesta en marcha de nuevos proyectos de investigación y para la adecuada formación de profesionales de la Arqueología.

Con su llegada a Murcia se impulsaron los trabajos de campo y de laboratorio, en los que los alumnos tuvieron la oportunidad de recibir enseñanzas prácticas, y se logró crear, además, una mayor conciencia social de respeto hacia los testimonios materiales de la Historia común, hacia los yacimientos y objetos arqueológicos que forman parte del Patrimonio colectivo. Conferencias y cursos de extensión universitaria, algunos de ellos con el patrocinio de la Caja de Ahorros de Murcia, favorecieron esta labor de proyección social y pusieron de relieve que el trabajo especializado del profesorado universitario está siempre al servicio de la ciudadanía.

El fin último de la Arqueología, como la profesora Muñoz Amilibia se ha encargado de recordar, es un mejor conocimiento del hombre, desde sus primeros pasos sobre la Tierra hasta el momento actual, por lo que se trata de una disciplina que está estrechamente relacionada con otras ciencias, aunque con un enfoque y perspectiva distintos. La Arqueología nos permite el conocimiento de una rica herencia cultural, de la que formamos parte, aunando memoria e identidad; nos introduce también en el apasionante mundo del saber y estimula el desarrollo del espíritu crítico y creativo, como evidencia la ejemplar trayectoria universitaria y académica de la profesora Muñoz Amilibia. Una trayectoria que está presidida y alentada por un deseo de actualización y de renovación constante, que desde la Caja de Ahorros de Murcia queremos públicamente reconocer y agradecer.

Carlos Egea Krauel

Director General de la Caja de Ahorros de Murcia

TABULA GRATULATORIA

Claustro de profesores de la Facultad de Letras

Agüera Ros, José Carlos. *Profesor Titular de Historia del Arte*
Álvarez Morán, Consuelo. *Catedrática de Filología Latina*
Baquero Escudero, Ana Luisa. *Profesora Titular de Literatura Española*
Barcelona Sánchez, Antonio. *Profesor Titular de Filología Inglesa.*
Calvo García-Tornell, Francisco. *Catedrático de Geografía Humana.*
Carmona Fernández, Fernando. *Catedrático de Filología Románica*
Castaño Ruiz, Juana. *Vicerrectora de Estudios y Postgrado, Profesora Titular de Filología Románica.*
Cebrián Abellán, Aurelio. *Profesor Titular de Análisis Geográfico Regional*
Chacón Jiménez, Francisco. *Catedrático de Historia Moderna*
Conde Guerrí, Elena. *Profesora Titular de Historia Antigua.*
Cremades Griñán, María del Carmen. *Profesora Titular de Historia Moderna.*
de la Peña Velasco, Concepción. *Profesora Titular de Historia del Arte*
García del Toro, Javier. *Profesor Titular de Prehistoria.*
García López, José. *Catedrático de Filología Griega.*
Gil Meseguer, Encarna. *Profesora Titular de Análisis Geográfico Regional.*
Gómez Espín, José María. *Profesor Titular de Análisis Geográfico Regional*
Gómez Fayrén, Josefa. *Profesora Titular de Geografía Humana .*
Hernández Albaladejo, Elías. *Profesor Titular de Historia del Arte.*
Hernández Franco, Juan. *Profesor Titular de Historia Moderna*
Iglesias Montiel, Rosa M^a. *Catedrática de Filología Latina.*
Jiménez Cano, José María. *Decano de la Facultad de Letras. Profesor Titular de Lengua Española.*
Lillo Alcaraz, Antonio. *Catedrático de Filología Griega.*
Lillo Carpio, Martín. *Profesor Titular de Geografía Física.*
López Alcaraz, Josefa. *Profesora Titular de Filología Románica.*

López Bermúdez, Francisco. *Catedrático de Geografía Física*
Martínez Arnaldos, Manuel. *Profesor Titular de Teoría de la Literatura.*
Martínez Carrillo, María de los Llanos. *Profesora Titular de Historia Medieval*
Martínez Martínez, Maria. *Profesora Titular de Historia Medieval.*
Morales Otar, Concepción. *Catedrática de Griego.*
Monroy Casas, Rafael. *Catedrático de Filología Inglesa*
Moya del Baño, Francisca. *Catedrática de Filología Latina.*
Nicolás Marín, Encarnación. *Catedrática de Historia Contemporánea.*
Ramón Trives, Estanislao. *Catedrático de Lengua Española*
Roldán Pérez, Antonio. *Catedrático de Lingüística General.*
Sánchez Sánchez, Aquilino. *Catedrático de Filología Inglesa*
Sanz Ortega, Luis. *Profesor Titular de Filología Francesa.*
Torres Monreal, Francisco. *Profesor Titular de Filología Francesa*
Valverde Sánchez, Mariano. *Profesor Titular de Filología Griega*
Veas Arteseros, Francisco. *Profesor Titular de Historia Medieval*
Vilar Ramírez, Juan Bautista. *Catedrático de Historia Contemporánea.*
Yelo Templado, Antonio. *Profesor Titular de Historia Antigua (Jubilado).*

Antiguos alumnos de la Universidad de Murcia

Andreu Martínez, M^a. Ascensión. *Arqueóloga.*
Baños Serrano, José. *Director del Museo Municipal de Alhama y de la Casa de la Cultura.*
Bernal Pascual, Francisca. *Agencia de Seguros.*
Berrocal Caparros, M^a. del Carmen. *Arqueóloga*
Brotons Yagüe, Francisco. *Arqueólogo Municipal. Caravaca de la Cruz.*
Chumillas López, Alfonso. *Funcionario del Ministerio de Justicia.*
Conesa Santa Cruz, M^a José. *Arqueóloga.*
Contreras Sánchez, Margarita. *Profesora de Enseñanza Secundaria.*
de Miquel Santed, Luis Enrique. *Arqueólogo.*
Fernández González, Francisco V. *Profesor de Enseñanza Secundaria*
Fructuoso Martínez, Pedro. *Arqueólogo.*
Gaona Gaona, José. *Profesor de Enseñanza Secundaria.*
García Cano, Carlos. *Arqueólogo.*
García Cano, Julio. *Empleado de Banca.*
García Cuadrado, Amparo. *Profesora Titular de Ciencias de la Documentación. UMU.*
García Galán, Isabel. *Arqueóloga y Restauradora.*
García García, Francisco Matías. *Profesor de Educación Primaria.*
García Herrero, Gregorio. *Profesor de Enseñanza Secundaria.*
García López, Magdalena. *Profesor de Enseñanza Secundaria*
García Samper, Maria. *Directora de la Casa de la Cultura de Pilar de la Horadada.*
García Serrano, Consuelo. *Profesora de Enseñanza Secundaria.*
González Fernández, Rafael. *Profesor Titular de Historia Antigua. UMU.*
Guillén Pérez, Gloria. *Investigadora.*
Guillermo Martínez, Martín. *Arqueólogo.*
Hernández Carrión, Emiliano. *Director del Museo Municipal de Jumilla.*

Hernández García, Juan de Dios. *Arqueólogo Municipal. Águilas.*
Idañez Sánchez, José Felix. *Funcionario del Ministerio de Justicia.*
Inieta Sanmartín, Ángel. *Técnico de Gestión de Arqueología. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.*
Jiménez Lorente, Sacramento. *Profesor de Enseñanza Secundaria.*
Jordán Montes, Juan Francisco. *Profesor de Enseñanza Secundaria.*
Laiz Reverte, M^a. Dolores. *Arqueóloga.*
Lechuga Galindo, Manuel. *Técnico de Gestión de Arqueología. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.*
Lomba Maurandi, Joaquín. *Profesor Titular de Prehistoria. UMU.*
López Precioso, Javier. *Director del Museo Municipal de Hellín.*
Lorenzo Alcolea, José Angel. *Arqueólogo.*
Marín Baño, Carmen. *Profesora de Enseñanza Primaria.*
Martín Camino, Miguel. *Conservador del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena.*
Martínez Alcalde, Maria. *Arqueóloga Municipal. Mazarrón.*
Martínez López, José A. *Arqueólogo.*
Martínez García, Enrique. *Profesor de Educación Primaria.*
Martínez Ortiz, Pascual. *Fundación Cajamurcia*
Martínez Rodríguez, Andrés. *Director del Museo Arqueológico Municipal. Lorca.*
Matilla Seiquer, Gonzalo. *Profesor Asociado de la UMU.*
Melgarejo Gil, M^a. de Cármen. *Directora del Museo Municipal de Calasparra.*
Mira Lacal, Pedro Antonio. *Profesor de Educación Primaria.*
Navarro Garrido, Isabel. *Profesora de Enseñanza Secundaria*
Navarro Suárez, Francisco. *Director de la Editorial Tabularium.*
Noguera Celdrán, José Miguel. *Profesor Titular de Arqueología. UMU.*
Ortega Ortega, José. *Cuerpo Jurídico de la Armada. Productor Cinematográfico.*
Ortíz Martínez, Diego. *Arqueólogo*
Page del Pozo, Virginia. *Directora del Museo de "El Cigarralejo". Mula.*
Pérez Adán, Luis Miguel. *Historiador.*
Pérez Bonet, M^a Angeles. *Cuerpo Superior Facultativo de Conservadores de Museos.*
Ponce García, Juana. *Arqueóloga Municipal. Lorca*
Portí Durán, Mariona. *Arqueóloga*
Pozo Martínez, Indalecio. *Director del Centro de Estudios y del Museo de la Vera Cruz*
Pujante Martínez, Ana. *Arqueóloga.*
Quijada Alcolea, M^a. Dolores. *Arqueóloga.*
Ramírez Águila, Juan Antonio. *Arqueólogo.*
Ruiz Molina, Liborio. *Director de la Casa de la Cultura de Yecla.*
Ruiz Valderas, Elena. *Coordinadora de Arqueología. Ayuntamiento de Cartagena. Profesora Asociada de la UMU.*
Salmerón Juan, Joaquín. *Director del Museo Municipal de Cieza*
Sánchez Ferra, Anselmo. *Profesor de Enseñanza Secundaria.*
Sánchez Gómez, José Luis. *Empresario.*
Sánchez González, M^a Jesus. *Arqueóloga*
Sánchez Rabadán, M^a Elena. *Profesor de Enseñanza Secundaria.*
Sintas Martínez, Eulalia. *Gestión Cultural.*

Urueña Gómez, M^a. Isabel. *Arqueóloga*.

Vidal Nieto, Milagros. *Arqueóloga*.

Vita Barra, Juan Pablo. *Investigador del CSIC*.

PRESENTACIÓN

SEBASTIÁN F. RAMALLO ASENSIO
Universidad de Murcia

El presente volumen pretende, ante todo, ser un homenaje dedicado a la Dra. Muñoz Amilibia por sus primeros discípulos de la Universidad de Murcia con motivo de su jubilación académica como Catedrática de Prehistoria de la UNED. A sus contribuciones se han añadido otros trabajos de carácter general elaborados por antiguos alumnos suyos de la Universidad de Barcelona, –hoy colegas en las aulas universitarias–, y por otros compañeros de la arqueología española que mantienen con la homenajeadora especiales lazos de amistad y respeto científico. Somos conscientes de que la lista de colaboradores podría haberse incrementado con gran parte de los arqueólogos y prehistoriadores españoles que en las aulas universitarias o en los Museos han desarrollado su actividad en el último cuarto del siglo XX y que habrían aceptado con placer colaborar con sus escritos en esta obra. No obstante, el deseo de acotar el tema a tratar, las limitaciones de espacio y de tiempo, y el hecho de haberse publicado ya sendos fascículos de las revistas *Anales de Prehistoria y Arqueología* y *Verdolay*, dedicados a su persona, justifican el que no se haya realizado una convocatoria abierta. En consecuencia, los artículos que se incluyen a continuación aspiran, en su mayor parte, a trazar la evolución y los problemas científicos actuales de la arqueología murciana desde la prehistoria hasta la época medieval, tomando como punto de partida la fecha de la llegada a Murcia de la Dra. Muñoz, momento que coincidió, además, con un apasionante período de cambios a todos los niveles, durante el cual se forjó la realidad actual.

Precisamente, en todo este contexto, el traslado definitivo a Madrid, del Dr. Gratiniano Nieto, Catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática de nuestra Universidad¹ desde 1959 –tras

1 El itinerario científico y académico del Profesor Nieto Gallo, así como sus publicaciones, se hallan sintetizadas en las páginas XI-XX del homenaje que le tributó la Universidad Autónoma de Madrid en los volúmenes 11-12 de la revista *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, publicado en 1988. El Dr. Nieto continuó hasta 1961 la labor docente e investigadora de su predecesor, ampliando considerablemente el archivo de yacimientos arqueológicos de la región. No obstante, su traslado a Madrid, primero como director General de Bellas Artes y después como Catedrático de la Universidad Autónoma, en comisión de servicios en un primer momento, y posteriormente de forma definitiva al ganar la plaza de dicha Institución, dificultó la consolidación de los estudios arqueológicos en esta región, a diferencia de lo ocurrido en otras especialidades

sucedier en la Cátedra al Dr. Mergelina, quién había desempeñado este mismo puesto² desde 1952—, posibilitó la Convocatoria del correspondiente Concurso de Acceso para cubrir la plaza vacante, que fue obtenida por la Dra. Muñoz Amilibia, incorporándose a las aulas de la Universidad de Murcia en 1975. Hasta 1984 fue Catedrática de Arqueología, Epigrafía y Numismática, si bien tras la aprobación de la Ley de Reforma Universitaria (LRU) y la consiguiente desaparición del Área de Arqueología de entre las Áreas de Conocimiento en ella contempladas, solicitó su adscripción como Catedrática al Área de Prehistoria permaneciendo como tal en nuestra Universidad hasta 1990 fecha en que, en virtud de concurso-oposición, obtuvo la Cátedra de Prehistoria de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), donde permanece en la actualidad como Profesora Emérita³. No obstante, nunca ha dejado de sentirse arqueóloga y Catedrática de Arqueología, pese a su ubicación administrativa, como bien se encargaba de reiterar siempre que se suscitaban los temas de adscripción.

Durante el largo período transcurrido entre la marcha del Dr. Nieto y la llegada a nuestra ciudad de la Dra. Muñoz, la actividad docente de las materias relacionadas con la arqueología recayeron en profesores «Encargados de Curso» formados en disciplinas diversas, y a veces muy alejadas de las impartidas y, de forma también ocasional, en D. Manuel Jorge Aragonese, director del Museo de Murcia entre 1955 y 1975. Al margen de la enseñanza universitaria, la escasa actividad arqueológica estuvo a cargo del citado Director del Museo y de D. Pedro A. San Martín, Director del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena. Fruto de su actuación fueron una serie de trabajos de arqueología urbana pioneros en la conservación de los restos monumentales: muralla de Santa Eulalia en Murcia, y Plaza de los Tres Reyes, Morería Baja, Necrópolis de San Antón y Calle del Duque, en Cartagena. Paralelamente, se desarrollaron por estos mismos años, las campañas anuales dirigidas por D. Emeterio Cuadrado en el Cigarralejo, y de forma más esporádica los trabajos de excavación en el anfiteatro de Cartagena llevados a cabo por la Universidad Autónoma de Madrid. En su mayor parte, estos trabajos fueron el resultado de intervenciones de urgencia, condicionadas por actuaciones de carácter urbanístico, con medios económicos reducidos, y sin el respaldo de un auténtico proyecto científico.

Con estos antecedentes desembarcó en Murcia la Dra. Muñoz⁴. Otros muchos sin su empuje, tenacidad y capacidad, hubieran levantado el vuelo antes de aterrizar, algo que, por otra parte, era

como la Geografía, donde la presencia continuada de catedráticos de prestigio crearon las bases de una sólida escuela con amplia proyección en el ámbito científico nacional e internacional.

2 El Dr. D. Cayetano de Mergelina fue el primer Catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática que tuvo esta Universidad, y a su empuje y capacidad se debió la creación del Seminario de Arte y Arqueología, en el seno del Seminario de Historia de España y Universal dirigido por el Catedrático D. Luciano de la Calzada, siguiendo el patrón establecido décadas antes en la Universidad de Valladolid. En su etapa como catedrático, desde 1952 hasta su jubilación en 1959, se inició el inventario de yacimientos arqueológicos de la Región, fruto de las visitas personales del propio Mergelina, y se dotó al citado Seminario de la primera infraestructura docente e investigadora, destacando el equipamiento de un completo laboratorio fotográfico y la adquisición de la Colección de Reproducciones de moneda griega y romana para las clases prácticas de numismática. Para su trayectoria científica y académica puede verse el Homenaje publicado por la Universidad de Murcia en 1962, especialmente las páginas 1-14 y también, Ortín Marco, C., Cayetano de Mergelina. Datos biográficos, *Jornadas de Historia de Yecla*, 1986, pp. 11-17.

3 Con motivo de dicho traslado la Universidad de Murcia le dedicó el volumen 5-6 de su revista *Anales de Prehistoria y Arqueología*, correspondiente a los años 1989-1990, donde se recogen los aspectos más significativos de su *Currículum Vitae*. También el Museo de Murcia le dedicó en 1995 el volumen 7 de la revista *Verdolay*. Otros aspectos sobre la formación académica y el ambiente social y cultural en que se forma la Dra. Muñoz se hallan recogidos en Cárdbaba, G. et alii, Las primeras generaciones de arqueólogas españolas: una aproximación, *RAPonent*, 8, 1998, pp. 157-166.

4 El anecdotario de los primeros momentos ha sido narrado por J. García del Toro en la revista *Verdolay*, nº 7, pp. 11-13.

frecuente en esta universidad tan alejada de la capital. Sin embargo, la Dra. Muñoz aceptó el reto y con una actividad frenética comenzó a forjar las bases de gran parte de lo que hoy es la arqueología de esta región. Su incorporación a la Cátedra representó para la Universidad de Murcia, y especialmente para la Facultad de Filosofía y Letras un soplo de aire fresco y de renovación intelectual. Su absoluta dedicación a la arqueología y a la Universidad trascendió los límites de sus obligaciones docentes e investigadoras, contribuyendo a crear entre sus alumnos una sólida conciencia por la defensa del patrimonio histórico-artístico, quienes no dudaron en movilizarse para detener la destrucción de los restos de la muralla árabe de la Plaza del Romea o del Convento de San Antonio en Murcia. Como presidenta de la Asociación para la Defensa del Patrimonio frenó la urbanización de la Isla del Cabezo en Mazarrón y otros proyectos urbanísticos que habrían supuesto auténticos atentados contra la memoria histórica de nuestra región.

Desde el primer momento supo contagiar su entusiasmo y capacidad de trabajo a sus colaboradores y, sobre todo, a unos estudiantes, que, aún desconcertados, iniciábamos nuestra andadura en el primer y único centro de Enseñanza Superior de la región. Las clases de Prehistoria General en primer curso de la Licenciatura de Geografía e Historia, las «reuniones de los miércoles», bajo la atenta mirada de Pere Bosch i Gimpera, presente a través del cartel de su «homenaje» que colgaba entre los dos amplios ventanales que iluminaban nuestro Seminario de la tercera planta de la Facultad, y sobre todo las primeras excavaciones en Cobatillas la Vieja, muralla de la calle del Pilar, Cerro del Minguillar, etc., contribuyeron a crear un ambiente de familiaridad y amistad, más allá de las relaciones profesor-alumno que, vistas ya desde la perspectiva de los años, fueron muy fructíferas para el desarrollo de la arqueología regional. Todos los que hemos sido sus alumnos pudimos comprobar como su despacho siempre estaba abierto para nosotros; su horario de tutorías coincidía con todas las mañanas y las tardes de la semana; antes y después de las clases, siempre había un hueco para resolver dudas, consultas de tesis, tesinas e investigaciones, o para hablar de cualquier tema relacionado con la arqueología. Se podrían contar numerosas anécdotas de las excavaciones, del Seminario, de las excursiones y del trato cotidiano con la Dra. Muñoz; no obstante, todos conocíamos su fuerte carácter, que exteriorizaba a veces en la biblioteca cuando no aparecían los libros o algo no funcionaba, pero también éramos conscientes de su generosidad y dedicación hacia los alumnos.

Estos primeros años representaron un auténtico revulsivo para la arqueología, no solo en el plano académico sino en el plano social, cultural e institucional con la reactivación del Seminario de Arqueología, desligado del Departamento de Arte, y posteriormente transformado en Departamento de Arqueología (1979) y, a partir de 1985, en Departamento de Prehistoria y Arqueología, tras la dotación de una Cátedra de Prehistoria en la Universidad. Poco antes, en 1978, se había puesto en marcha, ante la insistencia de los alumnos que habíamos iniciado nuestros estudios en 1975, y tras salvar las reticencias de la profesora Muñoz –preocupada por el reducido número de profesores y medios con que contaba para afrontar con éxito un reto de tal envergadura–, la Especialidad de Historia Antigua y Arqueología, enmarcada dentro de la licenciatura de Historia, cuyos primeros licenciados salieron de nuestras aulas en el curso académico de 1979-1980, siendo la última la del curso académico de 1998-1999. Estas aulas, a través de las sucesivas promociones, han proporcionado una nutrida cantera de profesionales que hoy detentan las máximas responsabilidades en la gestión del patrimonio arqueológico, no sólo a nivel regional sino también local, al margen de aquellos otros que se han incorporado a la propia Institución Docente o a otros Centros Superiores de Investigación (CSIC). Como respuesta a las exigencias de una sociedad más culta y mejor preparada se han creado nuevos Museos Arqueológicos en Lorca, Mula, Caravaca, Cehegín, Águilas, Alhama y Yecla, que se han sumado a los más antiguos de Murcia, Cartagena y Jumilla. Todos ellos están en la

actualidad dirigidos por antiguos alumnos de la Dra. Muñoz Amilibia. Pero además, se ha multiplicado el número de arqueólogos en las plantillas de los Ayuntamientos y se ha llevado a cabo una intensa labor de prospección y de excavaciones de urgencia que han hecho de la arqueología una actividad cotidiana en el paisaje de nuestras ciudades y campos. Algo completamente impensable cuando a mediados de los setenta se iniciaba la andadura.

La actividad docente desarrollada en la Universidad de Murcia por la doctora Muñoz, se completó muy pronto con una fecunda e intensa actividad investigadora donde las excavaciones arqueológicas, bien ordinarias y enmarcadas en proyectos de investigación, o bien de salvamento y urgencia, formaron parte indisoluble del Seminario, proporcionando a los estudiantes, además de un excelente complemento práctico de su formación teórica, la posibilidad de conocer directamente y sin intermediarios los rasgos y elementos materiales que definen las distintas etapas históricas, desde las más remotas de la Prehistoria hasta el Medioevo. Pero además, tales trabajos de campo, sirvieron también para despertar el interés de los jóvenes colaboradores por determinados períodos, aún mal conocidos, así como para reforzar la orientación investigadora de otros. Precisamente, y para completar nuestra formación en aquellas etapas donde no había programadas excavaciones ordinarias, la Dra. Muñoz nos abrió las puertas a otras excavaciones nacionales dirigidas por destacados especialistas: Cueva de El Juyo (Santander), Berroberría (San Sebastián), Ampurias y Clunia, etc. Además, entre 1976 y 1984, el Seminario de Arqueología, a través de la propia Dra. Muñoz primero, y de la Dra. Ros Sala, más tarde, coordinó las intervenciones de urgencia en la provincia de Murcia, lo que nos permitió a algunos asumir la responsabilidad de dirigir –con más entusiasmo que medios– nuestros primeros trabajos de excavación. A estos años corresponden las Urgencias en Cuevas de la Peñarubia, Loma de los Ceperos (1979), Loma de Herrerías (1980), Cueva del Búho (1981), La Quintilla (1981-1982), Murviedro (1981), Rambla Salada (1982), etc. que se sumaron a las realizadas previamente en Calle del Pilar de Murcia, Almendricos, Los Palacios de Ceutí, El Morrón de Abarán, Cueva del Barranco de la Higuera de Fortuna, etc. y a las campañas anuales programadas del Cerro del Minguillar, Coimbra del Barranco Ancho, Los Molinicos de Moratalla, El Rincón de Almendricos, Cabezo del Plomo, El Castellar de Librilla, etc. Con toda esta actividad las distintas promociones de licenciados tenían garantizado un aprendizaje práctico igual o superior al de las restantes universidades del país. El período de excavaciones se iniciaba a finales de junio y terminaba a comienzos de octubre, cuando no se prolongaba más allá del inicio de curso mediante colaboraciones con otras Instituciones: excavaciones en el Cabezo Negro de Lorca (1978) o en Fuente Álamo (1979).

Las distintas líneas de investigación trazadas y orientadas por la Dra. Muñoz se fueron pronto concretando en varias tesis de licenciatura y de doctorado que bajo su dirección se leyeron entre 1979 y 1990. La amplitud, diversidad y complejidad de los temas abordados en ningún momento supuso un obstáculo, ya que la amplia formación humanista y sólida formación científica de nuestra directora, unido a su talante receptivo y abierto, le permitía discutir y plantear cualquier tema, siempre con observaciones certeras y adecuadas.

Muchos de los resultados científicos de todo este trabajo se verán recogidos en las páginas que siguen a esta presentación; otros forman parte del bagaje personal y humano de cada uno de nosotros.

PRIMERA PARTE

EL NEOLÍTICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: UN PROCESO DE ORIGEN MEDITERRÁNEO

BERNAT MARTÍ OLIVER

JOAQUIM JUAN-CABANILLES

Servei d'Investigació Prehistòrica, Diputació de València

CUATRO DÉCADAS EN LA INVESTIGACIÓN DEL NEOLÍTICO PENINSULAR

Los estudios de A.M^a. Muñoz sobre el Neolítico peninsular jalonan de manera destacada el camino recorrido por nuestra investigación desde los años sesenta hasta la actualidad. Como ella misma expone en la publicación de su tesis doctoral, en 1965, desde su tiempo de formación en el seno de la Universidad de Barcelona había mantenido un contacto profundo con la realidad arqueológica del momento, incluyendo viajes de estudio por los museos de Italia, Suiza y Francia, desde 1957, así como la revisión de los fondos depositados en los grandes y pequeños museos de Cataluña, desde 1958. De ello se derivará, como primer y muy importante fruto, su estudio sobre la cultura catalana de los Sepulcros de Fosa en el marco de las culturas neolíticas del occidente europeo. Al que seguirán, ya de modo ininterrumpido hasta hoy, sus trabajos sobre el Neolítico andaluz, con el episodio destacado de la excavación de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, en 1969, y sus numerosas contribuciones al esclarecimiento de los problemas planteados por la neolitización de las tierras peninsulares, bajo la forma de reflexiones y de nuevas informaciones, de la constatación de avances o del planteamiento de otros interrogantes. Una mirada penetrante y constante, como bien muestran las páginas de conclusiones con las que nuestra autora cierra las actas de los dos recientes congresos celebrados en Gavà y Valencia, dedicados al Neolítico peninsular.

La singladura investigadora de A.M^a Muñoz comienza cuando la incertidumbre se cierne aún sobre la relación entre la cerámica cardial y el vaso campaniforme, y entre la Cultura de las Cuevas y los Sepulcros de Fosa. Por entonces, con ocasión del primer Symposium de Prehistoria Peninsular, celebrado en 1959, M. Tarradell incorpora a la problemática peninsular las conclusiones de L. Bernabò Brea (1956) sobre el Neolítico inicial de las cerámicas impresas, de acuerdo con su estudio del yacimiento ligur de Arene Candide. La nueva perspectiva apunta decididamente hacia el origen mediterráneo del Neolítico peninsular, representado por la Cultura de las Cuevas con cerámica decorada, siguiendo la terminología propuesta por P. Bosch Gimpera (1954). Este primer Neolítico se extiende por toda el área costera mediterránea y el litoral atlántico andaluz y portugués, sin penetrar hacia el interior. La cerámica decorada mediante impresiones de concha se encuentra en las cuevas

de todos aquellos territorios, excepto el andaluz, mientras que la cerámica predominantemente lisa será la especie característica de la etapa siguiente, no sólo en nuestra península, sino en toda el área mediterránea occidental. Pero, demostración de cómo las incertidumbres no habían desaparecido, en la actas del segundo Symposium, en 1962, P. Bosch Gimpera sigue insistiendo en la existencia de cuevas neolíticas sin cerámica cardial, en el sur de Francia y en la península Ibérica, que pueden representar una primera etapa de la Cultura de las Cuevas, caracterizada por las cerámicas con cordones, ungulaciones e incisiones (1963, 282). En realidad ello demostraba la dificultad que nuestra investigación tenía para incorporar los avances experimentados en áreas próximas, porque la escasez de los trabajos de campo, y de los consiguientes nuevos resultados, facilitaba el mantenimiento de la visión tradicional de la secuencia prehistórica peninsular. Una situación que cambiará profundamente a lo largo de aquella década de 1960, en verdad prodigiosa por lo que se refiere a nuestros estudios neolíticos. A la aportación ya señalada sobre los Sepulcros de Fosa, se suman por entonces las excavaciones en la Cueva de Nerja y en la Cueva de la Carigüela de Piñar, y también se dan a conocer las primeras noticias sobre los trabajos realizados durante la década anterior en la Cova de l'Or de Beniarrés, además de las excavaciones en la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, cuyos resultados serán publicados en los años siguientes. Todos estos yacimientos aportan nuevas y detalladas referencias estratigráficas para los materiales más característicos del periodo, además de evidencias sobre el cultivo de los cereales y los animales domésticos, y dataciones absolutas, hasta conformar una base sólida desde la que volver a aproximarse a los problemas.

Así pues, en aquel cambiante panorama de los años sesenta, los primeros pasos de nuestra autora se dirigen hacia el reconocimiento de «la personalidad de la cultura neolítica catalana» de los Sepulcros de Fosa, ejemplo de la gran trascendencia que tiene el paso hacia la vida agrícola (Muñoz, 1963). El rito de inhumación individual o doble, como se observa en las cuevas neolíticas y también en los sepulcros de fosa, se convierte en elemento de diferenciación con respecto a los enterramientos colectivos realizados en los dólmenes y cuevas sepulcrales del Eneolítico. Y, además, el origen de los Sepulcros de Fosa se desvincula de la cultura de Almería, aunque no sin dificultades (cf. Tarradell, 1963; Bosch Gimpera, 1963), destacándose su marcada personalidad dentro de las culturas de la segunda fase neolítica peninsular. Lo que supone que la primacía cronológica corresponde a la cerámica cardial o montserratina, propia de una población agrícola y principalmente pastoril cuyo origen último estará en el Mediterráneo oriental. Esta cerámica cardial penetra profundamente desde la costa hacia el interior, como demuestra la Balma Margineda de Andorra, y ofrece distintas posibilidades de relación estratigráfica, como la sucesión cardial-campaniforme observada en l'Esquerda de les Roques del Pany, la sucesión preneolítico-cardial en el caso de Sant Quirze Safaja, o mesolítico-cardial en la Cova del Toll.

Estas primeras reflexiones preceden a su obra fundamental sobre los Sepulcros de Fosa (Muñoz, 1965), en la que esta cultura queda definida como uno de los grupos del denominado Neolítico occidental de Europa, junto a los grupos de Almería, Chassey, Cortaillod, Lagozza, Michelsberg y Windmill-Hill. Una denominación poco explícita, como señala la autora, por cuanto en la Europa mediterránea el calificativo de Neolítico occidental se aplica a una fase de cerámicas predominantemente lisas que es posterior a aquella otra de las cerámicas profusamente decoradas con impresiones. La cultura de los Sepulcros de Fosa refleja una comunidad agrícola asentada en los valles aluviales desde la segunda mitad del cuarto milenio y sobre todo durante el tercer milenio a.C. (no calibrado), correspondiendo posiblemente a una segunda oleada de colonos procedentes del Mediterráneo oriental.

A la vez que se producen estos avances en el conocimiento de las comunidades plenamente neolíticas del nordeste peninsular, son los problemas del origen los que paulatinamente pasan a

primer plano. Las estratigrafías perfiladas ahora en las cuevas andaluzas por parte de M. Pellicer (1963 y 1964), junto a determinados estudios, como los de M. Hopf (1966) sobre los cereales de la Cova de l'Or, según los cuales desde mediados del V milenio a.C. (sin calibrar) se conocen en la península Ibérica todos los cereales previamente cultivados en el Próximo Oriente, conducen al afianzamiento de un camino mediterráneo para la neolitización. Camino que ve aumentar sus posibilidades conforme lo hacen las de una cierta navegación (Schule, 1970). Pero todas estas hipótesis sobre las primeras comunidades agricultoras no se afianzarán sin dificultad. También se abren ahora otros frentes de discusión, hipótesis alternativas que recorrerán el panorama de los estudios neolíticos durante las décadas siguientes. Y así, a modo de ejemplo, en el prólogo del propio libro de A.M^a. Muñoz dedicado a los Sepulcros de Fosa, J. Maluquer (1965) enumera algunos de los problemas que por entonces se plantean. Como la valoración de las dataciones radiocarbónicas que empiezan a conocerse en los diferentes ámbitos geográficos relacionados con nuestro primer Neolítico, caso de la Tesalia griega, que se revelan como un punto de apoyo para la corriente neolitizadora que a través del Egeo y del Mediterráneo occidental llega a nuestras tierras por vía marítima. En relación con ello, si bien en el levante peninsular la cerámica que primeramente aparece es la monócroma incisa o con decoración cardial (montserratina), también se contempla la posibilidad de que existan culturas acerámicas, «a las que cabría atribuir buen número de las industrias líticas de nuestros talleres de sílex levantinos, y la mayor parte de las pinturas rupestres del Levante de estilo realista. De confirmarse esa posibilidad resultaría que un neolítico acerámico sería inicialmente anterior a la aparición de las primeras cerámicas, aunque ambos círculos podrían llegar a convivir incluso durante un largo periodo de tiempo en el que se desarrollaría toda la evolución del arte levantino, a la par que la lenta introducción de diversos elementos culturales en los grupos acerámicos procedentes de las áreas litorales. En ese caso tendríamos un neolítico inicial indígena acerámico, y un neolítico medio caracterizado por las cerámicas monóchromas de tipo montserratino, incisas monóchromas e incluso con decoración plástica. La cultura de los sepulcros de fosa catalanes correspondería evidentemente a un desarrollo neolítico reciente, que perviviría hasta una etapa francamente eneolítica» (1965, XVII).

En este contexto, que suma un creciente conocimiento de los yacimientos mediterráneos y una mejor comprensión del Neolítico como proceso de gran complejidad no reducible al estudio de sus fósiles directores, se inscribe el cambio de atención que experimentará la labor investigadora de A.M^a. Muñoz, desde el nordeste al sur peninsular en términos de territorio. Completando las importantes publicaciones de Nerja y Carigüela, M. Pellicer (1967) sintetiza el estado de la cuestión, distinguiendo siete círculos culturales representativos de distintas áreas, culturas y cronologías: «solamente en Cataluña, Valencia y Andalucía nordoriental puede demostrarse un viejo Neolítico de cerámicas impresas». Pero nuestra autora centra su atención en el Neolítico de Andalucía occidental, aquel que se caracterizaba por la cerámica a la almagra y las decoraciones incisas, realizando una campaña de excavaciones en la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, en colaboración con A.M^a. Vicent. De inmediato, su *Estado actual de la investigación sobre el Neolítico español* (1970) incide en la necesidad de una revisión de los paralelos tradicionalmente admitidos para establecer la cronología de este grupo cultural de la cerámica a la almagra, caso de los prototipos de cerámica roja bruñida en la Edad del Bronce del Próximo Oriente, remontando su antigüedad al menos hasta la segunda mitad del IV milenio (sin calibrar), de acuerdo con los resultados de la Cueva de Nerja, y también con los paralelos de otros materiales característicos, como las asas-pitorro, presentes en el nivel cardial del abrigo Châteauneuf-lès-Martigues o en la Cova de la Sarsa. La conclusión es que «el Neolítico andaluz de cerámica a la almagra tiene una personalidad propia en todo su contexto cultural, que sin duda se distingue, por un lado, del de las cerámicas impresas tipo Carigüela, y por

otro, del de las culturas megalíticas, cuyos primeros tiempos quizás alcance. Parece más bien que se trata de una etapa agrícola ya madura –como parecen indicar el cereal y la fecha de Nerja– que correspondería al gran momento de neolitización de Europa occidental, el neolítico medio y final, paralelo quizás al de los sepulcros de fosa del nordeste y de procedencia mediterránea» (1970, 26).

La publicación de la campaña de excavaciones en la Cueva de los Murciélagos (Vicent y Muñoz, 1973) aportará información fundamental. La secuencia estratigráfica, materiales, cronología absoluta, informes antropológicos, estudios de los restos faunísticos, o las observaciones acerca de las relaciones entre el Neolítico de este yacimiento y de otras cuevas andaluzas y el del resto de la cuenca mediterránea, serán referencia obligada en adelante, así como el estudio de los cereales cultivados (Hopf y Muñoz, 1974). Todo confirma que nos hallamos ante un grupo neolítico, que cultiva cereales y cría animales domésticos, con una cultura material típica de los yacimientos de la costa malagueña y serranías cordobesas, es decir, la compuesta por la cerámica a la almagra, los vasos con asa-pitorro y los brazaletes de mármol. Y destaca la serie de dataciones C14 sobre cereales, bellotas y madera, que alcanzan la fecha 6250 ± 35 BP. Las conclusiones que cierran esta publicación repiten afirmaciones anteriores, pero los resultados apuntan ya hacia nuevos horizontes. «A partir de todos estos datos creemos que no es muy aventurado situar el desarrollo del neolítico andaluz de cerámica a la almagra en los últimos siglos del V milenio [sin calibrar], con una continuidad durante el IV, al que podríamos poner como fecha límite la del 3115, dada por la cueva de Nerja, en un momento en el que ya habían penetrado en Andalucía los nuevos estímulos culturales, económicos y sociales del fenómeno megalítico. El conjunto de Zuheros podría situarse, pues, dentro del contexto del neolítico medio y final de las culturas de Europa occidental» (Vicent y Muñoz, 1973, 113).

La memoria del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona correspondiente a 1975 da cuenta de que, avanzado el curso 74-75, A.M^a. Muñoz se incorporaba a la Universidad de Murcia. En esta misma memoria se recogen sus *Consideraciones sobre el Neolítico español*, análisis del estado de la cuestión y llamada a la renovación metodológica, a la intensificación de la investigación interdisciplinar y al estudio del contexto extrapeninsular, con especial referencia a los avances en la arqueología del Próximo Oriente y en los estudios sobre los distintos focos de domesticación. La problemática de la neolitización peninsular incorpora asimismo cambios sustanciales, como los derivados del libro de J. Fordea (1973) dedicado al substrato epipaleolítico de la neolitización: «De todo ello podríamos deducir la presencia, por lo menos hasta el V milenio [sin calibrar], de una importante población autóctona de tradición epipaleolítica que entra en contacto con grupos neolíticos de tradición lítica diferente, como el de la Coveta de l'Or, recibiendo sus influencias técnicas, o en algún caso quizás adoptando las nuevas formas económicas neolíticas, como es posible sucediera en los poblados de Villena. La personalidad de las gentes epipaleolíticas, a las que hay que atribuir el arte rupestre levantino, tiene un papel fundamental en el momento en que se inicia el proceso de neolitización y precisamente la presencia de tradiciones líticas anteriores puede ser fundamental para conocer la mecánica del proceso sobre la población local» (Muñoz, 1975, 31). Se insiste en la importancia de los cereales de la Cueva de los Murciélagos, que se suman a los igualmente estudiados y datados en la Cova de l'Or. Se incorporan los estudios sobre la fauna, que en la Cueva de los Murciélagos muestran el gran predominio de los ovicápridos. Y se plantea la posible existencia de antecedentes salvajes para la vaca, la cabra y el cerdo, según parecía desprenderse de las investigaciones que por entonces comenzaban en los yacimientos paleolíticos valencianos.

Eran los años en que un intenso flujo de informaciones y estudios sobre el Neolítico agitaba el panorama anterior y anunciaba cambios. La complejidad inherente al nuevo modo de vida agricultor, las posibles facies iniciales representadas en niveles de cuevas con presencia exclusiva de cerámicas

lisas o incisas, y las elevadas dataciones absolutas que se les asocian, conducen al reexamen de la secuencia cultural y en concreto a la pregunta de si siempre son los contextos caracterizados por la cerámica cardial los de mayor antigüedad. En la Cueva de la Carigüela, como vuelve a mostrar la tesis doctoral de M^a.S. Navarrete (1976), el Neolítico más antiguo es el de la cerámica cardial, pero se asocia tempranamente con el matiz andaluz de la cerámica a la almagra. A su vez, en la Cueva de los Murciélagos, junto a la cerámica a la almagra, existe una cerámica impresa distinta a la de la Cueva de la Carigüela, Cova de l'Or y las cuevas catalanas, de manera que «parece lógico pensar que nos encontramos ante grupos de tradiciones culturales distintas que pueden ser sincrónicos y no necesariamente sucesivos... Dentro del grupo cardial se ha visto bien las diferencias entre el grupo catalán, más afín al sur de Francia, y el de la Sarsa, l'Or y Carigüela. Es posible que junto a estos dos haya que considerar algún otro con cerámicas lisas y desde luego el andaluz tipo Zuheros y cuevas de la costa malagueña» (Muñoz, 1975, 38). La mecánica de arribada de estas nuevas corrientes culturales, como ya exponía en un trabajo anterior, corresponde a unas rutas marítimas, quizás una septentrional y otra meridional, que pueden explicar estas diferencias tipológicas entre las cerámicas de los grupos del nordeste, levante y sur peninsular. Unos planteamientos en los que subyace aquella impresionante serie de dataciones absolutas obtenidas en la Cueva de los Murciélagos y que expone nuevamente en el Symposium de Córdoba, en 1976.

Durante la década siguiente, una parte considerable de los trabajos sobre el Epipaleolítico y los inicios del Neolítico peninsular tenderán a replantear esta caracterización de las más antiguas culturas neolíticas, lo que implicará una diversidad de orientaciones a la hora de abordar la cuestión de los orígenes. El marco espacial y cronológico de un proceso vinculado a la expansión mediterránea del modo de vida productor queda en suspenso frente a la antigüedad que proclaman algunas dataciones C14. Se produce, pues, una disparidad en los planteamientos que queda reflejada en los coloquios *Le Néolithique ancien méditerranéen* y *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, celebrados en 1982 y 1983, respectivamente, y que también será descrita por A.M^a. Muñoz (1984). Entre las dos actitudes que muestra la bibliografía, la autoctonía o aloctonía del proceso, la implantación de un Neolítico plenamente formado o la neolitización del substrato, la autora trata de ser objetiva y ordenar los datos que se poseen, especialmente con respecto a los primeros cultivos y la domesticación. Parece difícil inclinarse por una determinada periodización, puesto que una serie de dataciones C14 sugieren el desarrollo de un Neolítico no cardial durante el VI milenio a.C. (no calibrado), aunque en Andalucía occidental éste presenta intrusiones de cerámica impresa calificada de «cardialoide», y en Cova Fosca corresponde a un tipo vinculado morfológicamente al andaluz. Mientras que, por otro lado, en Cataluña y Valencia el Neolítico inicial sigue siendo cardial, con fechas máximas en el V milenio (no calibrado), a la vez que en el Epicardial de Cataluña y en el Neolítico medio valenciano, aparecen cerámicas con elementos morfológicos paralelos a los de Cova Fosca (1984, 366). Y la autora concluye de manera ecléctica: «Se trata de datos realmente sorprendentes, que es difícil explicar de forma coherente por el momento, y que plantea una nueva problemática dentro de las futuras líneas de investigación» (1984, 361).

La atención hacia nuevas posibilidades también se refleja en su aproximación a los problemas metodológicos del Neolítico en el Sureste de España, a la hora de plantear la cuestión de la perduración epipaleolítica, con la hipótesis de que las zonas bajas del Sureste pudieron ser más aptas para la supervivencia prolongada de las formas de vida cazadoras y recolectoras que para la implantación de una agricultura de secano; o la posibilidad de que exista un primer Neolítico mal conocido, trátase de los antiguos hallazgos de la Cueva de los Tollos de Ifre, o de los nuevos del Hondo de Cagitan en Mula (Muñoz, 1986 y 1987). Actitud expectante, pues, ante los avances de la investigación, quizás de cierto eclecticismo, que mantiene en las correspondientes Unidades Didácticas

dedicadas al Neolítico que redacta tras su incorporación a la Universidad Nacional de Educación a Distancia (1996 y 2001). Se perfilan allí dos fases claras, la del Neolítico de las cerámicas decoradas y la del Neolítico de las cerámicas lisas. Y dentro del primero encontramos «desde sus inicios al menos dos contextos culturales algo diversos, que pueden ser contemporáneos. Su procedencia parece mediterránea y, en ambos casos, se documenta el conocimiento de una economía mixta, agrícola-ganadera... Uno de los contextos es el de las *cerámicas cardiales*... El otro contexto es el de las *cerámicas con decoración incisa o impresa*...» Planteamientos que impregnan también sus pormenorizados relatos y valoraciones de los congresos celebrados en Gavà y Valencia (Muñoz, 1996 y 1999), antes mencionados.

En las conclusiones del primero de estos congresos, A.M^a. Muñoz (1996, 889) recordaba que se cumplían entonces «nada menos que treinta años de la edición de mi estudio de los sepulcros de fosa, sin que mi interés por lo que representan en el proceso de la Prehistoria peninsular haya disminuido un ápice». Y, en efecto, poco después aquellos treinta años quedarán unidos por su labor investigadora, profunda y perseverante, que le permiten ponderar ahora los importantes avances de los estudios sobre esta cultura, bien ejemplificados por los casos de las minas de Can Tintorer, las extensas excavaciones de la Bòbila Madurell o las más recientes de la necrópolis del Camí de Can Grau. A.M^a. Muñoz (1997) reflexiona de nuevo sobre la Cultura de los Sepulcros de Fosa como expresión de una sociedad verdaderamente neolítica, de la que destaca las importantes manifestaciones de su mundo espiritual, como los propios sepulcros de fosa o el singular hallazgo de la Dama de Gavà. A semejanza de aquel estudio inicial de 1965, cabe insistir aquí en las importantes relaciones y contactos que los Sepulcros de Fosa mantienen con distintos grupos neolíticos a nivel peninsular, y con otros del exterior, como los de Chassey o las sepulturas sardas de Bonu Ighinu. Y, además, las dataciones absolutas nos ayudan ahora a colocar ‘en su sitio’ a esta cultura, propia del Neolítico reciente, *circa* 4300-3100 cal BC.

UN PROCESO DE ORIGEN MEDITERRÁNEO

Los puntos más sobresalientes de la obra de A.M^a. Muñoz, con su contribución fundamental al conocimiento de los Sepulcros de Fosa y de la Cultura de las Cuevas, muestran también cómo la explicación de la neolitización peninsular en clave de proceso de origen mediterráneo representado por las cerámicas cardiales ha ido afianzándose paulatinamente, aunque no sin dificultades. Durante estas décadas las nuevas excavaciones han multiplicado la información disponible sobre las cerámicas o las industrias líticas y óseas; sobre las plantas cultivadas y los animales domésticos; sobre la antropización del medio circundante por influencia de la economía productora; o sobre las dataciones absolutas y las manifestaciones artísticas neolíticas de algunas regiones. Pero, como hemos expuesto, estas informaciones y las reflexiones sobre el significado del Neolítico condujeron a distintos postulados. Mediada la década de 1970, junto a la explicación derivada de la expansión mediterránea, irrumpen en la bibliografía española hipótesis alternativas que dan lugar a diversas controversias sobre la caracterización de las primeras facies neolíticas, sobre su cronología y sobre el papel que corresponde al substrato humano epipaleolítico. Muchas de las discusiones parecen quedar prontamente zanjadas, una vez mostrada la debilidad de los argumentos expuestos. Sin embargo, algunas de aquellas propuestas, derivadas de modelos que olvidan las limitaciones impuestas por un proceso de alcance mediterráneo, han mantenido su vigencia durante cierto tiempo.

Al comenzar el siglo XXI, volvemos a insistir, pues, en que la génesis de nuestras primeras comunidades agricultoras y ganaderas forma parte de aquel proceso que tiempo antes se había desarrollado en la zona del Próximo Oriente, y que hacia mediados del séptimo milenio a.C.

(cronología calibrada) alcanzaba las regiones costeras y algunas de las islas más orientales del Mediterráneo. Es un nuevo poblamiento que se extenderá hacia occidente por las riberas septentrionales del mar hasta alcanzar, un milenio después, la fachada atlántica de la península Ibérica. Y en todos sus asentamientos, trátese de poblados o de cuevas, comprobamos la existencia de una economía productora y de una cultura material que hablan de esa red de relaciones que une los extremos del Mediterráneo. De ella forman parte numerosos yacimientos en las orillas del Adriático, Sicilia, costas tirrénicas de Italia, Córcega y Cerdeña, sur de Francia, península Ibérica y norte de África, que presentan un estilo particular en su decoración cerámica, realizada mediante la impresión de la concha de *Cardium*.

Para explicar el avance de este poblamiento podemos recurrir al modelo de expansión démica, conocido como la «ola de avance», expuesto por Ammerman y Cavalli-Sforza (1971, 1973, 1984), en el que ahora se integran también las investigaciones sobre el espectro genético de las poblaciones europeas. Estas indagaciones señalan que el Próximo Oriente ha participado en el poblamiento de Europa de acuerdo con un proceso en el que los efectos sobre la composición genética de las poblaciones actuales se va atenuando a medida que nos alejamos del punto de partida. Es decir, que no se trataría de la colonización de un territorio vacío, sino que los aportes humanos exógenos se habrían fundido con las poblaciones preexistentes. Unos aportes que, de acuerdo con las variables que forman el modelo de la ola de avance, se explicarían como consecuencia del crecimiento de la población neolítica y de su capacidad migratoria. Y un substrato local, las poblaciones epipaleolíticas, que en las regiones que ocupe se incorporará al nuevo modo de vida mediante lo que denominamos proceso de neolitización, dando lugar a la existencia de una dualidad cultural durante un período de tiempo.

La aparición del Neolítico en la península Ibérica como resultado de una expansión démica coincide con el hecho de que sus primeros yacimientos muestren una ocupación *ex novo*. Y también con su distribución particular, a lo largo del perímetro costero. Por ello, a diferencia del modelo de la ola de avance que describe la colonización progresiva de las tierras continentales europeas, esta situación cercana a la costa de los primeros asentamientos neolíticos peninsulares y las discontinuidades que se observan entre ellos, se relaciona con una navegación de cierta importancia. Como antes hemos mencionado, esta hipótesis aparece tempranamente en nuestra bibliografía, valorando sobre todo la visibilidad entre las costas y las grandes islas mediterráneas, y ha sido objeto de comprobación experimental muy recientemente. En efecto, cabe recordar que a bordo de una piragua monoxyla, que se inspiraba en aquella encontrada en el yacimiento italiano de la Marmotta (Fugazzola Delpino y Mineo, 1995), se han realizado en los últimos años travesías entre distintas regiones costeras del Mediterráneo, incluyendo Italia, sur de Francia y nuestra península, a semejanza de las supuestas para los tiempos neolíticos (Courtin, 2000, 21-25).

Así pues, las comunidades neolíticas aparecen en la fachada marítima de la península Ibérica siguiendo el camino que conduce desde las comarcas nororientales mediterráneas hasta la mitad meridional de la fachada atlántica. Una distribución que todavía hoy deja algunas zonas intermedias, aparentemente sin yacimientos del Neolítico antiguo, y que relacionamos con el «pionerismo» y la mencionada navegación (ver, entre otros: Mestres, 1992; Zilhão, 1993, 1997, 2001; Guilaine, 1997; Bernabeu, 1999; Courtin, 2000). Las dataciones absolutas muestran que tanto la difusión costera, como el avance hacia el interior, fueron algo rápido, ya que apenas algunos centenares de años separan la cronología inicial de las regiones mediterráneas y atlánticas, quedando demostrada la pronta penetración interior por las comunidades neolíticas cardiales del alto Aragón y alto Ebro, la temprana colonización del valle de Ambrona en Soria, la ocupación de algunas cuevas de la

Submeseta norte o, en la parte meridional peninsular, la constatada antigüedad del Neolítico andaluz de la Cultura de las Cuevas. Las dataciones más antiguas corresponden a los primeros siglos del sexto milenio a.C. (cronología calibrada, usada en adelante para toda referencia a.C.), mientras que al terminar este milenio las comunidades productoras ocupan ya gran parte del territorio peninsular. Unas comunidades que frecuentan intensa y continuadamente las cuevas –utilizadas como hábitats y rediles–, pero que también levantan sus poblados en los valles de los ríos, como van documentándose en número creciente.

Hemos analizado algunas de las cuestiones relacionadas con el proceso de neolitización peninsular, más precisamente con el denominado «modelo dual» o de «dualidad cultural», en dos trabajos recientes (Martí y Juan-Cabanilles, 1997; Juan-Cabanilles y Martí, 2002), que habremos de parafrasear. Allí se ha tratado de mostrar cómo las distintas realidades tecnoeconómicas observadas a comienzos del Neolítico expresan la territorialidad de los dos sistemas básicos de explotación del medio (agricultura-pastoreo vs. caza-recolección), consecuencia de aquella dualidad inherente a la expansión de los grupos neolíticos y a la evolución-transformación de los epipaleolíticos. Ello se ha traducido en una cartografía de la neolitización, que trataremos de resumir aquí, donde se muestran los distintos panoramas del poblamiento peninsular entre el VII y el V milenios a.C., esto es, el periodo que cubre las etapas finales de los últimos cazadores-recolectores y las fases iniciales de los primeros agricultores-pastores; en términos de secuencia cultural: el Epipaleolítico-Mesolítico reciente, definido por los complejos industriales con armaduras geométricas de «filiación» tardenoide (facies Cocina en terminología mediterránea peninsular), y el Neolítico antiguo, que comprende aquellos conjuntos inscritos en la corriente cultural de las cerámicas impresas del Mediterráneo occidental con sus contextos cerámicos cardiales, epicardiales y postcardiales, según las zonas. Los contextos cardiales corresponden sobre todo a los yacimientos de las vertientes mediterránea y atlántica, mientras que los epicardiales y postcardiales caracterizan el primer Neolítico de gran parte de las zonas del interior o de la cornisa cantábrica. Hay que destacar que estos núcleos de población del Neolítico antiguo se asientan en zonas o áreas no ocupadas –con los datos actuales– por epipaleo-mesolíticos recientes, como ocurre en el caso de Cataluña y la mayor parte de Andalucía, o desocupadas en el momento del establecimiento cardinal, caso del núcleo valenciano (Juan-Cabanilles, 1992; Martí y Juan-Cabanilles, 1997) y el del bajo Mondego y Estremadura portuguesa (Zilhão, 1992, 1997), y posiblemente también del núcleo del Algarve.

Nos hemos referido ya al protagonismo que las dataciones absolutas han tenido durante las últimas décadas, con el ejemplo destacado de lo que inicialmente parecieron elevados resultados en el caso de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, pero que en realidad indicaban el camino a seguir por la investigación. También ahora las dataciones de C14 han de ser objeto de especial atención, cuando la perspectiva suprapeninsular y una mejor comprensión del propio método de datación nos permiten alejarnos de las controversias suscitadas por resultados extremos. Quiere ello decir que no se consideran aceptables aquellos resultados que remiten niveles neolíticos al VIII milenio BP, sea cual sea el yacimiento o nivel de procedencia (Cova Fosca, Cendres, Verdelpino, Barranco de los Grajos, Nerja, Dehesilla, etc.). Estas dataciones discordantes traducen problemas de correspondencia entre la muestra analizada y el contexto cultural al que se atribuye. Y, como se ha expuesto repetidas veces, es obvio que plantean más interrogantes de los que en principio puedan resolver, refiriéndonos a la neolitización, y que los conjuntos afectados se inscriben en la problemática general de los «contextos aparentes» (Forte y Martí, 1984-85; Zilhão, 1993; Bernabeu, Pérez y Martínez, 1999; Bernabeu et al., 1999). Es prácticamente lo mismo que piensan autores como D. Binder y J. Guilaine (1999, 455) cuando, a propósito de la antigüedad de ciertas dataciones de algunos yacimientos italianos del Neolítico antiguo (Grotta de l'Uzzo, Corbeddu, Basi o Curacchiaghiu),

que apuntan igualmente al VIII milenio BP, escriben que esta antigüedad no encuentra ninguna explicación en un proceso lógico de difusión del sistema económico neolítico según un gradiente este-oeste, más que confirmado este gradiente por el grueso de dataciones C14 disponibles para todo el ámbito mediterráneo europeo y sus espectros de concentración (ver Müller et al., 1999).

Dentro asimismo de la problemática cronológica, un aspecto que conviene señalar es la disparidad que existe entre las dataciones realizadas sobre distintos tipos de muestras pertenecientes a un mismo nivel o estrato cultural. La constatación es que son siempre más «bajas» las obtenidas sobre muestras de vida corta, que normalmente, y para el caso del Neolítico, suelen ser los testimonios más directos de su «identidad» y, por tanto, los que parecen más fiables para una buena fechación: cereales, huesos de ovicápridos, huesos humanos, etc. Como exponíamos en uno de los trabajos mencionados (Juan-Cabanilles y Martí, 2002, 54), basta sólo comparar, en la Cova de les Cendres, la fecha 6730 ± 80 del nivel arqueológico VII, sobre carbones seleccionados, con la 6280 ± 80 del nivel VIIa, sobre huesos de ovicápridos; en la Cova de l'Or, la 6720 ± 380 del nivel VI, sobre carbones no seleccionados, con la 6510 ± 160 o la 6265 ± 75 , ambas de ese mismo nivel (capa 7 del sector H3, tramos inferior y superior, respectivamente), sobre cereal (trigo y cebada); en la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, la 6430 ± 130 del nivel A, sobre carbón, con la 6190 ± 130 del estrato IV (totalmente correlacionable con el primero), sobre cereal; o en La Lámpara, la 6421 ± 30 de una fosa con enterramiento, sobre carbón, con la 6144 ± 46 sobre los huesos del individuo inhumado. El corolario parece sencillo: una manera de resolver los debates y discusiones en torno a prioridades cronológicas y regionales, a los que se es tan proclive cuando se habla del Neolítico antiguo, o de zanjar muchas problemáticas de origen tafonómico (p. ej. la inferencia de un pastoreo epipaleo-mesolítico por la presencia de ovicápridos en niveles de contacto Mesolítico-Neolítico, o por la misma presencia en niveles incluso anteriores plausiblemente bien fechados con carbón), sería datando testimonios directos como los arriba enumerados (ver, a este mismo respecto, Zilhão, 2001; Ammerman, 2002).

Haciendo un breve repaso, a escala peninsular, de los focos neolíticos iniciales, comenzaremos por Cataluña. En su parte más septentrional, el poblado neolítico de mayor interés excavado en los últimos años corresponde al yacimiento de la Draga (Bosch, Chinchilla y Tarrús, coords., 2000), en la orilla oriental del lago de Banyoles y parcialmente bajo las aguas del mismo. Se trata de un poblado cuyas casas estaban construidas de madera, de las que se conservan numerosos postes y también diversos útiles igualmente hechos de ese material. En estas mismas comarcas septentrionales, ahora en el valle del río Llierca, se conocen algunas cuevas del cardial final-epicardial que se sitúan alrededor de un lugar central de habitación, el yacimiento al aire libre de Plansallosa (Montagut), correspondiendo a aquellas cuevas distintas funciones relacionadas con las actividades de caza, con la ganadería y con el almacenamiento de los cereales (Bosch et al., 1998). Ya en la parte central de Cataluña, la abundancia de cuevas y poblados con cerámicas cardiales muestra que durante el Neolítico antiguo se coloniza la depresión prelitoral y las sierras adyacentes, un espacio no ocupado anteriormente por los cazadores-recolectores epipaleolíticos (Mestres, 1992). Aquí, alrededor de la cuenca del río Llobregat se encuentran las cuevas de Montserrat, de l'Or o dels Encantats (Sant Feliu de Llobregat), Can Sadurní (Begues), Toll (Moià), Frare (Matadepera), entre otras; al igual que algunos poblados, como el de les Guixeres (Vilobí del Penedès) (Mestres, 1989; Martín Colliga, 1998).

En la parte central de la fachada mediterránea, el siguiente núcleo importante de yacimientos con cerámicas cardiales corresponde a la parte meridional del País Valenciano. En el triángulo formado por el mar y las sierras cercanas de Aitana, Mariola y Benicadell coinciden numerosas cuevas de habitación, algún poblado y los abrigos rupestres con arte Macroesquemático del Neolítico antiguo (Martí y Juan-Cabanilles, 1987; Hernández, Ferrer y Catalá, 1988). Como ejemplo de la importancia

del mar, algunos de estos yacimientos se sitúan en la misma línea de costa, como las cuevas del Montgó (Xàbia) y de les Cendres (Bernabeu, 1989; Bernabeu, Fumanal y Badal, 2001). Hacia el interior, la expansión del nuevo modo de vida a las comarcas próximas corresponde a las cuevas de l'Or (Martí et al., 1980) y la Sarsa (Bocairent) (San Valero, 1950; Asquerino, 1978), ésta última utilizada también como lugar de enterramiento, así como al poblado del Mas d'Is (Penàguila), en proceso de excavación (Bernabeu, Orozco y Díez, 2002). En conjunto, esta última zona ofrece una rica documentación para el estudio de las primeras comunidades campesinas del Mediterráneo occidental, con la particularidad de que se trata de un territorio anteriormente frecuentado por los grupos epipaleolíticos, que pasa ahora a ser ocupado exclusivamente por los grupos neolíticos.

En la parte sur peninsular destaca el grupo de cuevas representado por Carigüela (Pellicer, 1964; Navarrete, 1976), en el interior de la Andalucía oriental, así como los niveles iniciales del poblado de los Castillejos (Montefrío) (Arribas y Molina, 1979; Afonso et al., 1996). Ya en la misma costa meridional se encuentra la cueva de Nerja (Pellicer, 1963; Pellicer y Acosta, 1986), así como otras estaciones con cerámicas cardiales que van jalonando el litoral de Málaga, Sevilla y Cádiz, pasando desde el Mediterráneo al Atlántico, como el Retamar (Puerto Real) (Lazarich et al., 1997) o la Esperilla (Espera) (Gutiérrez, Prieto y Ruiz, 1996), mientras también se encuentran próximas las cuevas de Dehesilla (Algar) y Parralejo (Jerez) (Acosta y Pellicer, 1990; Pellicer y Acosta, 1982). Este foco sudoccidental nos acerca ya al litoral de Portugal, donde volvemos a comprobar la asociación entre las cerámicas cardiales y la introducción de la economía productora, así como esa misma distribución costera que hemos considerado exponente de la difusión marítima. En el suroeste portugués podemos destacar las recientes noticias sobre Cabranosa (Sagres) y Padrão (Faro) en el Algarve (Bicho et al., 2000; Cardoso, Carvalho y Norton, 2001), y en la parte central, en la región de Estremadura, la cueva de Caldeirão (Tomar), que durante el Neolítico antiguo parece haber sido utilizada principalmente como lugar de enterramiento, aunque con indicios también de refugio ocasional (Zilhão, 1992), además del abrigo de Pena d'Água (Torres Novas) (Carvalho, 1998), entre otros yacimientos.

Las penetraciones hacia las tierras del interior, partiendo de las zonas costeras, parecen seguir el camino de los ríos y cursos de agua. El más importante sería el Ebro y sus afluentes, que nos conducen hasta el yacimiento de la cueva del Parco (Alòs de Balaguer), en el interior catalán (Petit, ed., 1996), o a la cueva de Chaves en el Alto Aragón (Baldellou et al., 1983); y en una incursión todavía mayor, hasta el abrigo de Peña Larga (Cripán), ya en tierras alavesas (Fernández Eraso, 1997). Aquí, la presencia de cerámicas cardiales y animales domésticos hablan de la temprana llegada de las influencias neolíticas procedentes del Mediterráneo, que posteriormente conducirán a la aparición del nuevo modo de vida en la región cantábrica. Y el influjo de la corriente cardinal también se observa en los valles medio y alto del Segura, en la región de Murcia, en el Barranco de los Grajos, Abrigos del Pozo y Abrigo de la Rogativa (Martínez, 1994).

La cronología de este Neolítico antiguo cardinal se inscribe dentro del marco mediterráneo, como muestran los niveles inferiores de las cuevas de l'Or, datados entre 6720 ± 380 y 6265 ± 75 BP; Cendres, entre 6730 ± 80 y 6260 ± 80 BP; y Chaves, entre 6770 ± 70 y 6330 ± 70 BP. Para el caso de las dataciones realizadas sobre cereales carbonizados, los resultados más elevados con que se cuenta provienen del ámbito valenciano: 6510 ± 160 BP en Or y 6510 ± 70 BP en el abrigo de la Falguera (Alcoi). Los yacimientos catalanes y el andaluz de Carigüela no poseen fechas C14 que podamos referir a sus niveles cardiales más antiguos. Pero sí las presentan otros enclaves con cardinal localizados en las dos vertientes atlánticas, como por ejemplo la estación también andaluza de El Retamar, 6400 ± 85 BP, y la portuguesa de Cabranosa, 6550 ± 60 BP (ambas fechas obtenidas sobre conchas en dos yacimientos funcionalmente parejos); Caldeirão, por su parte, ha ofrecido dataciones entre 6330 ± 80 y 6130 ± 90 BP, al igual que otros contextos cardiales semejantes, como Almonda, 6445 ± 45

BP, y Pena d'Água, 6390±150 BP. Dataciones, en suma, que vienen a mostrar un ligero desfase cronológico, unos pocos centenares de años, entre ambas fachadas peninsulares.

En bastantes de los yacimientos mencionados se comprueba que la presencia de la cerámica cardial va diluyéndose a lo largo de la segunda fase o Neolítico antiguo epicardial. Las cerámicas impresas de peine y otros instrumentos, incisas e inciso-impresas, y con tratamiento o no a la almagra, son ahora dominantes, como se observa con bastante claridad en las secuencias de referencia de Or, Cendres, Chaves o Carigüela. Las dataciones C14 también muestran, de manera general, la diacronía de estos contextos cerámicos con respecto a los primeros cardiales, más obviamente en aquellos yacimientos que incluyen a ambos en su secuencia: niveles de Or V/IV: 5980±260 BP, Cendres IX/VIII: 6150±80 BP y VIII: 6010±80 y 5930±80 BP, y Chaves Ia: 6330±90 a 6120±70 BP. Pero, además, durante esta segunda fase del Neolítico antiguo también se desarrollan otros conjuntos que se caracterizan exclusivamente por las cerámicas incisas, impresas de instrumento, acanaladas, con cordones y otros apliques plásticos, y con una notable presencia de las superficies tratadas a la almagra en algunos ámbitos. Los encontramos bien representados en yacimientos de Cataluña y del alto Aragón, en el Neolítico antiguo evolucionado portugués y, especialmente, en la Cultura de las Cuevas andaluza, ilustrada ésta por las cuevas de los Murciélagos de Zuheros (Gavilán et al., 1996), con dataciones C14 entre 6430±130 y 5900±120 BP, y del Toro en Antequera (Martín Socas, Cálalich y González, 1987), entre 6400±280 y 6320±70 BP. A estos momentos y circunstancias correspondería el comienzo del denominado Neolítico «interior», expresión de la temprana expansión de estos grupos agricultores y ganaderos por el interior peninsular, de la que se han investigado en los últimos años nuevos ejemplos, como el poblado de La Lámpara (Ambrona), en Soria (Rojo y Kunst, 1999), con dataciones absolutas de 6421±30 a 6055±34 BP; la cueva de la Vaquera (Torreiglesias), en Segovia (Estremera, 1999), cuyo nivel correspondiente se sitúa en 6120±160 BP; la cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros), en La Rioja (Ceniceros y Barrios, 1988), cuyo nivel III remite a 6220±100 BP; o el yacimiento de La Velilla (Osorno), en Palencia (Delibes y Zapatero, 1996), con una datación de 6130±190 BP para su nivel inferior infratumular.

Uno de los aspectos a destacar de esta difusión que experimenta el poblamiento neolítico antiguo cardial, en el transcurso de la segunda mitad del VII milenio BP, es que parece producirse a partir de focos iniciales o áreas con poblamiento importante, como las comarcas centrales catalanas, las meridionales valencianas o las de la alta Andalucía. Tal sería el caso de la ocupación cardial del área murciana, centrada, como hemos dicho, en la cuenca alta y media del río Segura. Después, a finales del milenio, y ya dentro de la corriente más expresamente epicardial, el desbordamiento alcanzará áreas como el reborde noreste y el interior de la Meseta norte, con los exponentes ya señalados (Lámpara, Lóbrega, Velilla, Vaquera); o como el extremo oriental andaluz, con el ejemplo del poblado de Cerro Virtud (Ruiz-Taboada y Montero, 1999). Así pues, las comunidades productoras protagonizarán una notable expansión por gran parte del espacio peninsular al terminar el sexto milenio a.C. En muchos casos, ello se realizó sobre territorios que carecían de un poblamiento estable. En otros, como en parte de la vertiente mediterránea, donde destaca la cueva de la Cocina (Dos Aguas) en el País Valenciano (Forteza, 1973), y los abrigos de Costalena (Maella), Pontet (Maella) y Botiqueria dels Moros (Mazaleón) en el Bajo Aragón (Barandiarán y Cava, 1989; Mazo y Montes, 1992; Barandiarán, 1978), esta difusión pudo hacerse a expensas del poblamiento epipaleo-mesolítico. Y en otros, como en el área de los concheros portugueses, los primeros neolíticos vendrían a ocupar los espacios vacíos entre las poblaciones cazadoras-recolectoras de los estuarios de los ríos Tajo, Sado y Mira, que a su vez continuarían explotando sus nichos ecológicos tradicionales durante algunos siglos hasta iniciar su proceso de neolitización (Zilhão, 1992 y 2000; Carvalho, 2002). Desde luego, la expansión neolítica en general presupone la toma de contacto, en algún momento y en

algún punto, de los grupos productores con las poblaciones locales epipaleo-mesolíticas, tema del que nos hemos ocupado en anteriores trabajos y que escapa a los problemas aquí considerados.

Concretando lo expuesto, puede decirse que entre 6000 y 5800 BP la gran parte de los espacios peninsulares con poblamiento efectivo se encuentran ya decididamente neolitizados, incluida la vertiente cantábrica (Arias et al., 1999 y 2000) y posiblemente el extremo noroccidental gallego (Fábregas, Fernández y Ramil, 1997; Suárez, 1997). La neolitización ha podido ser sólo tecnológica en un primer momento y en territorios específicamente epipaleo-mesolíticos, pero fuera de éstos el proceso es con toda evidencia tecnoeconómico, como mínimo desde su vertiente pastoril.

Pese a los avances experimentados, la lista de los problemas sobre la neolitización peninsular que esperan una mayor profundización es todavía amplia, como grandes son también las expectativas abiertas por los nuevos campos de la investigación, de los que cabe esperar novedosos e importantes resultados, caso, por ejemplo, de los estudios paleogenéticos. Esa lista atiende, entre otras, a la cuestión de la identidad de las primeras poblaciones neolíticas cardiales y a las causas de su expansión mediterránea, sobre las que se han avanzado ya algunas sugerencias (Bernabeu, 1999, 110-111; Zilhão, 2000, 172-173); o a la de la identificación, caracterización y alcance regional de los grupos epicardiales, a propósito de los cuales se han planteado dinámicas de aculturación de las poblaciones autóctonas (Bosch et al., 1999, 335), considerando la posibilidad de que el substrato poblacional fuera un factor de singularización (Bernabeu, 1999). Sin olvidar las manifestaciones artísticas de la fachada mediterránea peninsular, en cuya diversidad se ha querido ver reflejada la complejidad de la neolitización, resultando indudable la identificación de un arte propio de los neolíticos cardiales en las tierras meridionales valencianas que, de un lado, nos habla de relaciones mediterráneas y, de otro, nos conduce hacia las manifestaciones del arte naturalista.

Si durante un tiempo la escasez de nuevas excavaciones pareció fosilizar la documentación disponible, facilitando así el mantenimiento de los postulados tradicionales cuando todo cambiaba alrededor; después, cuando llegaron los nuevos trabajos de campo y los estudios consiguientes, el gran volumen de información y las múltiples posibilidades de su interpretación conmovieron profundamente el panorama de la investigación. Eran muchos los caminos que parecían abrirse y se imponía un activo compás de espera hasta comprobar el destino al que cada cual conducía. Y así llegamos al panorama presente, heredero directo del que comenzaba a dibujarse en los años sesenta, en el que sin reducir un ápice la complejidad del proceso, nuestra atención discurre entre el anterior substrato epipaleolítico y el nuevo poblamiento neolítico mediterráneo.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, P. y PELLICER, M. (1990): *La Cueva de la Dehesilla (Jerez de la Frontera). Las primeras civilizaciones productoras en Andalucía occidental*. CSIC-CECEL y Sociedad/Centro de Estudios Históricos Jerezanos, Jerez, 135 p.
- AFONSO, J.A.; MOLINA, F.; CÁMARA, J.A.; MORENO, M.; RAMOS, U. y RODRÍGUEZ, M.O. (1996): «Espacio y tiempo. La secuencia en los Castillejos de las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles* (Gavà-Bellaterra, 1995). Vol. 1. Museu de Gavà (*Rubricatum*, 1), Gavà, pp. 297-304.
- AMMERMAN, A.J. (2002): «Returning to the Neolithic transition in Europe». En E. Badal, J. Bernabeu y B. Martí (eds.): *El paisaje en el Neolítico mediterráneo*. Departament de Prehistòria i Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum* Extra-5), València, pp. 13-21.
- AMMERMAN, A.J. y CAVALLI-SFORZA, L.L. (1971): «Measuring the rate of spread of early farming in Europe». *Man*, 6, pp. 674-688.

- AMMERMAN, A.J. y CAVALLI-SFORZA, L.L. (1973): «A population model for the diffusion of early farming in Europe». En C. Renfrew (ed.): *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*. Meeting of the Research Seminar in Archaeology and Related Subjects (University of Sheffield). Gloucester Crescend, Duckworth, pp. 343-357.
- AMMERMAN, A.J. y CAVALLI-SFORZA, L.L. (1984): *The Neolithic Transition and The Genetics of Populations in Europe*. Princeton University Press, Princeton, 176 p.
- ARIAS, P.; ALTUNA, J.; ARMENDÁRIZ, A.; GONZÁLEZ, J.E.; IBÁÑEZ, J.J.; ONTAÑÓN, R. y ZAPATA, L. (1999): «Nuevas aportaciones al conocimiento de las primeras sociedades productoras en la región Cantábrica». En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 1999)*. Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum* Extra-2), València, pp. 549-557.
- ARIAS, P.; ALTUNA, J.; ARMENDÁRIZ, A.; GONZÁLEZ, J.E.; IBÁÑEZ, J.J.; ONTAÑÓN, R. y ZAPATA, L. (2000): «La transición al Neolítico en la región cantábrica. Estado de la cuestión». En P. Arias et al. (coords.): *Neolitização e megalitismo da Península Ibérica. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (Vila Real, 1999)*. Vol. 3. ADECAP, Porto, pp. 115-131.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1979): *El poblado de Los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte nº 1*. Universidad de Granada (CPUG, Serie monográfica, 3), Granada, 280 p.
- ASQUERINO, M.D. (1978): «Cova de la Sarsa (Bocairente, Valencia). Análisis estadístico y tipológico de materiales sin estratigrafía (1971-1974)». *Saguntum-PLAV*, 13, Valencia, pp. 99-225.
- BALDELLOU, V.; CASTÁN, A.; CASTAÑOS, P.M.; CAVA, A. y MAYA, J.L. (1983): «La Cueva de Chaves en Bastarás (Casbas, Huesca)». *Bolskan*, 1, Huesca, pp. 9-145.
- BARANDIARÁN, I. (1978): «El abrigo de la Botiquería dels Moros. Mazaleón (Teruel). Excavaciones arqueológicas de 1974». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5, Castellón de la Plana, pp. 49-138.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. (1989): *La ocupación prehistórica del abrigo de Costalena (Maella, Zaragoza)*. Diputación General de Aragón (Colección Arqueología y Paleontología, 6), Zaragoza, 164 p.
- BERNABEU, J. (1989): *La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica*. Trabajos Varios del SIP, 86, Valencia, 158 p.
- BERNABEU, J. (1999): «Pots, symbols and territories: the archaeological context of neolithisation in Mediterranean Spain». *Documenta Praehistorica*, XXVI, Ljubljana, pp. 101-118.
- BERNABEU, J.; FUMANAL, M.P. y BADAL, E. (2001): *La Cova de les Cendres. Volumen 1: Paleogeografía y estratigrafía*. Universitat de València (Estudis Neolítics, 1), Valencia, 134 p.
- BERNABEU, J.; OROZCO, T. y DÍEZ, A. (2002): «El poblamiento neolítico: desarrollo del paisaje agrario en las 'Valls de l'Alcoi'». En *La Sarga. Arte rupestre y territorio*. Museu Arqueològic Municipal, Alcoi.
- BERNABEU, J.; PÉREZ, M. y MARTÍNEZ, R. (1999): «Huesos, neolitización y contextos arqueológicos aparentes». En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 1999)*. Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum* Extra-2), València, pp. 589-596.
- BERNABEU, J.; VILLAVERDE, V.; BADAL, E. y MARTÍNEZ, R. (1999): «En torno a la neolitización del Mediterráneo peninsular: valoración de los procesos postdeposicionales de la Cova de les Cendres». En *Geoarqueologia i Quaternari litoral. Memorial María Pilar Fumanal*. Departament de Geografia, Universitat de València, València, pp. 69-81.
- BERNABÒ BREA, L. (1956): *Gli scavi nella caverna delle Arene Candide (Finale Ligure). Parte Prima: Gli strati con ceramiche*. Vol. 2º: *Campagne di scavo 1948-50*. Istituto Internazionale di Studi Liguri, Bordighera, 296 p.
- BICHO, N.F.; STINER, M.; LINDLY, J. y FERRING, C.R. (2000): «O processo de neolitização na costa sudoeste». En P. Arias et al. (coords.): *Neolitização e megalitismo da Península Ibérica. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (Vila Real, 1999)*. Vol. 3. ADECAP, Porto, pp. 11-22.
- BINDER, D. y GUILAINE, J. (1999): «Rapports du Groupe de Travail sur la néolithisation. La méditerranée centrale et occidentale». En *14C et Archéologie. Actes du 3ème Congrès International (Lyon, 1998)*. Société Préhistorique Française y Groupe des Méthodes Pluridisciplinaires Contribuant à l'Archéologie (Mémoires de SPF, XXVI y Supplément 1999 de la Revue d'Archéométrie), Paris, pp. 454-459.

- BOSCH, A.; CHINCHILLA, J. y TARRÚS J. (coords.) (2000): *El poblado lacustre neolítico de La Draga. Excavacions de 1990 a 1998*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Centre d'Arqueologia Subaquàtica de Catalunya (Monografies del CASC, 2), Girona, 296 p.
- BOSCH, A.; BUXÓ, R.; PALOMO, A.; BUCH, M.; MATEU, J.; TABERNERO, E. y CASADEVALL, J. (1998): *El poblado neolítico de Plansallosa. L'explotació del territori dels primers agricultors-ramaders de l'Alta Garrotxa*. Museu Comarcal de la Garrotxa (Publicacions eventuales d'Arqueologia de la Garrotxa, 5), Girona, 116 p.
- BOSCH, A.; BUXÓ, R.; PALOMO, A.; BUCH, M.; MATEU, J.; TABERNERO, E. y CASADEVALL, J. (1999): «El poblado de Plansallosa y la neolitización del valle del Llierca (Pre-pirineo oriental)». En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 1999)*. Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum* Extra-2), València, pp. 329-335.
- BOSCH GIMPERA, P. (1954): «La Cultura de las Cuevas en África y en España y sus relaciones». En *I Congreso Arqueológico del Marruecos Español (Tetuán, 1953)*. Alta Comisaría de España en Marruecos, Tetuán, pp. 139-152.
- BOSCH GIMPERA, P. (1963): «Comentaris a algunes ponències». En *Problemas de la Prehistoria y de la Arqueología Catalanas. II Symposium de Prehistoria Peninsular (Barcelona, 1962)*. Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona, pp. 281-288.
- CARDOSO, J.L.; CARVALHO, A.F. y NORTON, J. (2001): «A estação de Neolítico Antigo de Cabranosa (Sagres, Vila do Bispo): estudo dos materiais e integração cronológico-cultural». *O Arqueólogo Português, Série IV*, vol. 16 (1998), Lisboa, pp. 55-96.
- CARVALHO, A.F. (1998): «O Abrigo da Pena d'Água (Rexaldia, Torres Novas): resultados dos trabalhos de 1992-1997». *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 1 (2), Lisboa, pp. 39-72.
- CARVALHO, A.F. (2002): «Current perspectives on the transition from the Mesolithic to the Neolithic in Portugal». En E. Badal, J. Bernabeu y B. Martí (eds.): *El paisaje en el Neolítico mediterráneo*. Departament de Prehistòria i Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum* Extra-5), València, pp. 235-250.
- CENICEROS, F.J. y BARRIOS, I. (1988): «Reinterpretación de las estratigrafías y ajueres arqueológicos de Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros, La Rioja)». *Cuadernos de Investigación Histórica, Brocar*, 14, Logroño, pp. 53-102.
- COURTIN, J. (2000): *Les premiers paysans du Midi*. La maison des roches éditeur, Paris, 126 p.
- DELIBES, G. y ZAPATERO, P. (1996): «De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de La Velilla, en Osorno (Palencia)». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 1. Museu de Gavà (*Rubricatum*, 1), Gavà, pp. 337-348.
- ESTREMER, M.S. (1999): «Sobre la trayectoria del Neolítico Interior: Precisiones a la secuencia de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia)». En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 1999)*. Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum* Extra-2), València, pp. 245-250.
- FÁBREGAS, R.; FERNÁNDEZ, C. y RAMIL, P. (1997): «La adopción de la economía productora en el Noroeste ibérico». En A.A. Rodríguez Casal (ed.): *O Neolítico atlántico e as orixes do Megalitismo. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1996)*. Universidade de Santiago de Compostela, S. de Compostela, pp. 463-484.
- FERNÁNDEZ ERASO, J. (1997): *Excavaciones en el abrigo de Peña Larga (Cripán, Álava)*. Diputación Foral de Álava (Memorias de yacimientos alaveses, 4), Vitoria, 190 p.
- FUGAZZOLA DELPINO, M.A. y MINEO, M. (1995): «La piroga neolítica del lago di Bracciano («La Marmotta I»)». *Bullettino di Paleontologia Italiana*, 86 (nuova serie IV), Roma, pp. 197-266.
- FORTEA, F.J. (1973): *Los Complejos Microlaminares y Geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Universidad de Salamanca (Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, 4), Salamanca, 545 p.
- FORTEA, F.J. y MARTÍ, B. (1984-85): «Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español». *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, pp. 167-199.
- GAVILÁN, B.; VERA, J.C.; PEÑA, L. y MAS, M. (1996): «El V y IV milenios en Andalucía central: la Cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba). Recientes aportaciones». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 1. Museu de Gavà (*Rubricatum*, 1), Gavà, pp. 323-327.

- GUILAINE, J. (1997): «La Méditerranée et l'Atlantique. Influx, symétries, divergences au fil du Néolithique». En A.A. Rodríguez Casal (ed.): *O Neolítico atlántico e as orixes do Megalitismo. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1996)*. Universidade de Santiago de Compostela, S. de Compostela, pp. 23-42.
- GUTIÉRREZ, J.M.; PRIETO, M.C. y RUIZ, J.A. (1996): «Yacimientos neolíticos al aire libre con cardiales: El asentamiento de Esperilla (Espera, Cádiz). Propuesta de otro modelo de neolitización para andalucía occidental». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 2. Museu de Gavà (*Rubricatum*, 1), Gavà, pp. 627-638.
- HERNÁNDEZ, M.S.; FERRER, P. y CATALÁ, E. (1988): *Arte rupestre en Alicante*. Fundación Banco Exterior y Banco de Alicante-Grupo Banco Exterior, Alicante, 312 p.
- HOPF, M. (1966): «Triticum monococcum L. y Triticum dicoccum schübl. en el Neolítico antiguo español». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XI, Valencia, pp. 53-73.
- HOPF, M. y MUÑOZ, A.M.^a. (1974): «Neolithische Pflanzenreste aus der Höhle Los Murciélagos bei Zuheros, prov. Córdoba». *Madrid Mitteilungen*, 15, Madrid, pp. 9-27.
- JUAN-CABANILLES, J. (1992): «La neolitización de la vertiente mediterránea peninsular. Modelos y problemas». En P. Utrilla (coord.): *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria. Encuentro de homenaje a Juan Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990)*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 255-268.
- JUAN-CABANILLES, J. y MARTÍ, B. (2002): «Poblamiento y procesos culturales en la Península Ibérica del VII al V milenio a.C. (8000-5500 BP). Una cartografía de la neolitización». En E. Badal, J. Bernabeu y B. Martí (eds.): *El paisaje en el Neolítico mediterráneo*. Departament de Prehistòria i Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum Extra-5*), València, pp. 45-87.
- LAZARICH, M.; RAMOS, J.; CASTAÑEDA, V.; PÉREZ, M.; HERRERO, N.; LOZANO, J.M.; GARCÍA, E.; AGUILAR, S.; MONTAÑÉS, M. y BLANES, C. (1997): «El Retamar (Puerto Real, Cádiz). Un asentamiento neolítico especializado en la pesca y el marisqueo». En R. Balbín y P. Bueno (eds.): *II Congreso de Arqueología peninsular (Zamora, 1996)*. Tomo II: *Neolítico, calcolítico y bronce*. Fundación Rei Afonso Henriques, Zamora, pp. 49-58.
- MALUQUER, J. (1965): «Prólogo» a *La cultura neolítica catalana de los «sepulcros de fosa»*, de A.M.^a Muñoz (1965).
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J. (1987): *El Neolític valencià. Els primers agricultors i ramaders*. Servei d'Investigació Prehistòrica, València, 146 p.
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J. (1997): «Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica». *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 10, Madrid, pp. 215-264.
- MARTÍ, B.; PASCUAL, V.; GALLART, M.D.; LÓPEZ, P.; PÉREZ, M.; ACUÑA, J.D. y ROBLES, F. (1980): *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*. Vol. II. Trabajos Varios del SIP, 65, Valencia, 298 p.
- MARTÍN COLLIGA, A. (1998): «Le Nord-Est de la Péninsule Ibérique (et les Baléares)». En J. Guilaine (dir.): *Atlas du Néolithique européen. Vol. 2B. Europe occidentale*. Service de Préhistoire, Université de Liège (ERAUL, 46), Liège, pp. 763-824.
- MARTÍN SOCAS, D.; CÁMALICH, M.D. y GONZÁLEZ, P. (1987): «Informe preliminar de la campaña de 1985 en la Cueva de El Toro de El Torcal (Antequera, Málaga)». *Anuario Arqueológico de Andalucía 85. II. Actividades Sistemáticas. Informes y Memorias*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 233-240.
- MARTÍNEZ, C. (1994): «Nueva datación de C-14 para el Neolítico de Murcia: los Abrigos del Pozo (Calasparra)». *Trabajos de Prehistoria*, 51 (1), Madrid, pp. 157-161.
- MAZO, C. y MONTES, L. (1992): «La transición epipaleolítico-neolítico antiguo en el abrigo de El Pontet (Maella, Zaragoza)». En P. Utrilla (coord.): *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria. Encuentro de homenaje a Juan Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990)*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 243-254.
- MESTRES, J. (1989): «El Neolítico antiguo en Cataluña» y «Los yacimientos más importantes de Cataluña». En V. Baldellou et al.: *El Neolítico antiguo. Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia*. Diputación de Huesca, Huesca, pp. 21-25 y 43-48.

- MESTRES, J. (1992): «Neolitització i territori». En M. Cura-Morera (dir.): *Estat de la investigació sobre el Neolític a Catalunya*. 9è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (1991). Publicacions de l'Institut d'Estudis Ceretans (núm. 17), Andorra, pp. 72-75.
- MÜLLER, K.; DEMOULE, J.P.; BINDER, D.; GUILAINE, J.; JEUNESSE, Ch. y VORUZ, J.-L. (1999): «Rapports du Groupe de Travail sur la Néolithisation». En *¹⁴C et Archéologie. Actes du 3ème Congrès International (Lyon, 1998)*. Société Préhistorique Française y Groupe des Méthodes Pluridisciplinaires Contribuant à l'Archéologie (Mémoires de SPF, XXVI y Supplément 1999 de la Revue d'Archéométrie), Paris, pp. 452-464.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1963): «La personalidad de la cultura neolítica catalana». En *Problemas de la Prehistoria y de la Arqueología Catalanas. II Symposium de Prehistoria Peninsular (Barcelona, 1962)*. Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona, pp. 29-38.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1965): *La cultura neolítica catalana de los «sepulcros de fosa»*. Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona, 417 p.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1966): «El Neolítico en el País Vasco». En *Problemas de la Prehistoria y de la Etnología Vascas. IV Symposium de Prehistoria Peninsular (Pamplona, 1965)*. Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona, Pamplona, pp. 107-114.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1970): «Estado actual de la investigación sobre el Neolítico español». *Pyrenae*, 6, Barcelona, pp. 13-28.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1973): «El Neolítico español y sus relaciones mediterráneas». En *Actes du VIII Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques, t. III*. Belgrado, pp. 367-370.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1975): «Consideraciones sobre el Neolítico español». En *Memoria del Instituto de Arqueología y Prehistoria*. Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 27-40.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1976): «El Neolítico continental andaluz». Ponencia presentada al *VII Symposium de Prehistoria Peninsular (Córdoba, 1976)*. Inédita.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1984): «La neolitización en España: problemas y líneas de investigación». En J. Fortea (ed.): *Scripta Praehistorica Francisco Jorda Oblata*. Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 349-369.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1986): «El Neolítico y los comienzos del Cobre en el Sudeste». En *Homenaje a Luis Siret*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 152-156.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1987): «Problemas metodológicos del Neolítico en el Sudeste de España». En J. Guilaine et al. (dirs.): *Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale. Actes du Colloque International du CNRS (Montpellier, 1983)*. Éditions du CNRS, Paris, pp. 627-632.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1996): «El Neolítico en la península Ibérica». *Unidades Didácticas de Prehistoria. Tomo II. Tema XXV*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, pp. 195-224.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1996): «Conclusiones». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 1. Museu de Gavà (*Rubricatum*, 1), Gavà, pp. 889-896.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1997): «La Cultura de los Sepulcros de Fosa: una sociedad neolítica». *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 10, Madrid, pp. 265-278.
- MUÑOZ, A.M.^a. (1999): «Conclusiones». En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 1999)*. Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum Extra-2*), València, pp. 611-613.
- MUÑOZ, A.M.^a. (2001): «El Neolítico en la península Ibérica». En *Prehistoria. Tomo II. Tema XXV*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, pp. 191-221.
- NAVARRETE, M.^aS. (1976): *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*. Departamento de Prehistoria, Universidad de Granada, Granada, 2 vols., 431 y 598 p.
- PELLICER, M. (1963): *Estratigrafía prehistórica de la Cueva de Nerja. 1ª Campaña*. Excavaciones Arqueológicas en España, 16, Málaga, 84 p.
- PELLICER, M. (1964): *El Neolítico y el Bronce de la Cueva de la Carigüela de Piñar (Granada)*. Trabajos de Prehistoria, XV, Madrid, 68 p.
- PELLICER, M. (1967): «Las civilizaciones neolíticas hispanas». En *Las raíces de España*. Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid, pp. 27-46.
- PELLICER, M. y ACOSTA, P. (1982): «El Neolítico antiguo en Andalucía occidental». En *Le Néolithique ancien méditerranéen. Actes du Colloque International de Préhistoire (Montpellier, 1981)*. Fédération Archéologique de l'Hérault (*Archéologie en Languedoc*, n° spécial), Sète, pp. 49-60.

- PELLICER, M. y ACOSTA, P. (1986): «Neolítico y Calcolítico de la Cueva de Nerja». En J.F. Jordá (ed. y coord.): *La Prehistoria de la Cueva de Nerja (Málaga)*. Patronato de la Cueva de Nerja (Trabajos sobre la Cueva de Nerja, 1), Málaga, pp. 337-450.
- PETIT, M.A. (ed.) (1996): *El procés de neolitització a la vall del Segre. La Cova del Parco (Alòs de Balaguer, la Noguera). Estudi de les ocupacions humanes del Vè al Iln mil·lenni aC*. Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques, Universitat de Barcelona (Monografies del SERP, 1), Barcelona, 69 p.
- ROJO, M.A. y KUNST, M. (1999): «La Lámpara y la Peña de La Abuela. Propuesta secuencial del Neolítico Interior en el ámbito funerario». En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 1999)*. Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum* Extra-2), València, pp. 503-512.
- RUIZ-TABOADA, A. y MONTERO, I. (1999): «Ocupaciones neolíticas en Cerro Virtud: Estratigrafía y dataciones». En J. Bernabeu y T. Orozco (eds.): *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica (València, 1999)*. Departament de Prehistòria i d'Arqueologia, Universitat de València (*Saguntum* Extra-2), València, pp. 207-211.
- SAN VALERO, J. (1950): *La Cueva de la Sarsa (Bocairente, Valencia)*. Trabajos Varios del SIP, 12, Valencia, 102 p.
- SCHULE, G. (1970): «Navegación primitiva y visibilidad de la tierra en el Mediterráneo». En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1969)*. Zaragoza, pp. 449-462.
- SUÁREZ, J. (1997): «Del yacimiento de A Cunchosa al Neolítico en Galicia. Primera aproximación al contexto cultural de la aparición del megalitismo en Galicia». En A.A. Rodríguez Casal (ed.): *O Neolítico atlántico e as orixes do Megalitismo. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1996)*. Universidade de Santiago de Compostela, S. de Compostela, pp. 485-506.
- TARRADELL, M. (1960): «Problemas neolíticos». En *I Symposium de Prehistoria Peninsular (Pamplona, 1959)*. Pamplona, pp. 45-67.
- TARRADELL, M. (1963): «La cultura neolítica de los sepulcros de fosa de Cataluña y sus relaciones». En *Homenaje a P. Bosch Gimpera*. México, pp. 167-172.
- VICENT, A.M. y MUÑOZ, A.M. (1973): *Segunda campaña de excavaciones. La Cueva de los Murciélagos, Zuheros (Córdoba)*. 1969. Excavaciones Arqueológicas en España, 77, Madrid, 118 p.
- ZILHÃO, J. (1992): *Gruta do Caldeirão. O Neolítico Antigo*. Instituto Português do Património Arquitectónico e Arqueológico (Trabalhos de Arqueologia, 6), Lisboa, 326 p.
- ZILHÃO, J. (1993): «The spread of agro-pastoral economies across mediterranean Europe: a view from the far west». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 6 (1), 1993, pp. 5-63.
- ZILHÃO, J. (1997): «Maritime pioneer colonisation in the Early Neolithic of the west Mediterranean. Testing the model against the evidence». *Porocilo o raziskovanju paleolitika, neolitika in eneolitika v Sloveniji*, XXIV, Ljubljana, pp. 19-42.
- ZILHÃO, J. (2000): «From the Mesolithic to the Neolithic in the Iberian peninsula». En T.D. Price (ed.): *Europe's first farmers*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 144-182.
- ZILHÃO, J. (2001): «Radiocarbon evidence for maritime pioneer colonization at the origins of farming in west Mediterranean Europe». *Proceedings of the National Academy of Sciences USA*, 98, Washington, pp. 14180-14185.

MIRANDO HACIA EL SURESTE. A PROPÓSITO DE LA EDAD DE LOS METALES

MAURO S. HERNÁNDEZ PÉREZ
Universidad de Alicante

En 1982 Ana María Muñoz realizó, con ocasión XVI Congreso Nacional de Arqueología, una apretada síntesis sobre *la Edad del Bronce en el sureste de España*. Al año siguiente en las Jornadas de Arqueología organizadas por la Universidad de Alicante en Elche centró su atención en *el Eneolítico en el País Valenciano y Murcia*. En otro Congreso Nacional de Arqueología –el XXIV–, celebrado en Cartagena en 1997, en una nueva ponencia abordó *el mundo indígena del Neolítico al Bronce*. La lectura de estos trabajos revela su profundo conocimiento de la Prehistoria reciente del Sureste y de los territorios limítrofes, su extraordinaria capacidad de síntesis y su intuición para señalar los problemas de mayor interés en cada momento y sus posibles soluciones.

Al hilo de sus reflexiones, mi contribución a este libro que sus discípulos y amigos reúnen a modo de homenaje por su jubilación académica, pero no intelectual ni tampoco investigadora, como reflejan sus continuas aportaciones y su siempre presente magisterio, se centrará en algunos temas que, retomando sus propias palabras, «vinculan las tierras de Murcia con las áreas más o menos próximas» durante el Eneolítico y la Edad del Bronce. Sobre muchas de estas cuestiones he tenido la gran satisfacción personal de intercambiar opiniones con Ana María Muñoz a lo largo de los últimos veinte años, de aprender mucha prehistoria compartida por los dos territorios que centraban nuestros trabajos, por disfrutar de amistades comunes y, sobretodo, de su amistad personal.

EDAD DEL COBRE

La excavación del poblado del Cabezo de la Cueva del Plomo o del Cabezo del Plomo, como acabará imponiéndose en la literatura arqueológica, llevaría a A. M^a Muñoz a cuestionarse el origen de los poblados fortificados en Murcia, contemporáneos a otros en llano de la misma región y de los territorios limítrofes, al tiempo que se planteaba las diferencias regionales a partir del análisis de algunos elementos.

Señalaba hace veinte años que «el Eneolítico se caracteriza por un ritual sepulcral múltiple, por la generalización de la instalación de poblados al aire libre, con el paulatino abandono de la habitación en cuevas, y por unos materiales arqueológicos muy concretos, que van de las cerámicas lisas, las

puntas de flecha de retoque bifacial, a variados elementos ornamentales y representaciones de ídolos en estilizaciones antropomorfas y materiales muy diversos. La metalurgia en general es escasa y poco incidente» (Muñoz, 1985, 85). Diez años después, en las Jornadas de Elche reiteraba (Muñoz, 1993) «la dificultad de definir el Calcolítico del Sureste», encuadrando el poblado del Cabezo del Plomo en el Neolítico final-Calcolítico, al tiempo que incidía en las dificultades para establecer de forma clara una división entre ambas etapas al señalar que la presencia/ausencia de objetos de cobre es un logro tecnológico más que no supone una transformación social y que no era posible precisar el momento de aparición de otros elementos culturales, entre los que cita «los poblados fortificados de carácter estable, enterramientos colectivos, variación en determinados ajuares domésticos y funerarios con las respectivas tecnologías que los produjeron», inclinándose por una evolución local de las poblaciones neolíticas hasta que hacia el 3200 a.C., en fechas sin calibrar, «aparece un determinado tipo de poblado –Neolítico final o Calcolítico– que caracteriza el poblamiento del Sureste peninsular hasta los últimos siglos del III milenio». Para A. M^a Muñoz «el Calcolítico representaría una fase avanzada de la renovación o transformación, ‘maduración’ de la sociedad campesina del Neolítico final».

En una reciente revisión de las dataciones absolutas de la Región de Murcia, J.J. Eiroa y J. Lomba Maurandi señalan que las fechas¹ del Cabezo del Plomo corresponden a la última fase del Neolítico regional (Eiroa y Lomba, 1997-1998, 106). También sitúan en el Neolítico final los silos y cabañas de la Calle Floridablanca de Lorca² y el poblado en llano de Las Amoladeras (Cabo de Palos)³. Existen, por tanto, en el Neolítico final de Murcia y en fechas prácticamente contemporáneas, poblados fortificados con muros de piedra y casas circulares –tipo Cabezo del Plomo– y otros en llano –Las Amoladeras o Calle Floridablanca de Lorca– sin defensas artificiales⁴, con cabañas circulares y silos. Ya en el Calcolítico se mantienen estos dos tipos de hábitat, representados ahora los poblados de altura y casas de piedra por el Cerro de las Víboras de Bajil, en Moratalla⁵ y los del llano con cabañas excavadas en el suelo por El Prado, en Jumilla⁶.

Referentes continuos para explicar este proceso son las tierras almerienses y valencianas (Lomba Maurandi, 1995-1996 y 1996). Las relaciones con las primeras resultan evidentes, como ya en su momento señalara A. M^a Muñoz y se mantiene en las investigaciones recientes que, incluso, señalan un fenómeno de colonización de las tierras murcianas desde la Andalucía Oriental en el Calcolítico Pleno (Eiroa y Lomba, 1997-1998, 108). Con las segundas se insiste acerca de la existencia de poblados en llanura, similares a los murcianos, y a determinados artefactos, unos funcionales y otros simbólicos.

En las tierras limítrofes con Murcia la formación y caracterización del Calcolítico continúa siendo objeto de debate. Centraremos nuestra atención en Alicante y Albacete con las que comparte en la

1 De este yacimiento se disponen de dos dataciones absolutas (SUA-1474: 3970 cal B.C. y SUA-1476: 3700 cal B.C.) que corresponden a los estratos II y III del poblado, obtenidas a partir del análisis de conchas marinas, material de análisis poco fiable.

2 En este caso la datación (UtC-7938: 3480 cal B.C.) corresponde a carbón.

3 La datación (SUA-2065: 3500 cal B.C.) también se realizó sobre conchas.

4 Se cita para Las Amoladeras un pequeño murete protector en la zona de acceso desde el Cabo de Palos, en la actualidad irreconocible (Eiroa, 1989, 56).

5 Las dos fechas más antiguas de su ocupación calcolítica corresponde al 2790 cal B.C. (I-18048) y 2470 cal B.C. (I-18047), realizadas sobre carbón.

6 De este yacimiento se dispone de 8 dataciones absolutas (Eiroa y Lomba, 1997-1998, 101-102), de las que interesa destacar aquí las del nivel 5 (Beta-7072: 2919 cal B.C.; Beta-7073: 2880 cal B.C.; Beta-7071: 2968 cal B.C.), ya que otras contemporáneas como las obtenidas del análisis de semilla y tallo de *vitis* corresponden a «filtraciones desde la superficie» (Eiroa y Lomba, 1997-1998, 87).

actualidad «frontera» administrativa, ya que de Almería se dispone de una amplia documentación bibliográfica.

Para Albacete la información disponible para el periodo comprendido entre el Neolítico Antiguo-Medio, presentes en Cueva del Niño, en Ayna, y el Abrigo del Molino de Vadico, en Yeste, y la Edad del Bronce es fragmentaria y de difícil encuadre cronológico ante la ausencia de dataciones absolutas y la publicación de los resultados de las escasas excavaciones realizadas.

De los yacimientos de hábitat que, sin reserva alguna, podemos incluir en estos momentos destaca la Fuente de Isso, en Hellín, del que conocemos algunos avances de extraordinario interés por la información que proporcionan sobre el propio yacimiento y por lo que sugieren para la investigación futura (López Precioso y Serna López, 1996). Junto al manantial que le da nombre, los materiales arqueológicos se encuentran dispersos por una superficie de unos cuarenta mil metros cuadrados, en donde se localizaron 20 manchas cenicientas y se ha excavado una superficie de sesenta metros cuadrados, en la que se ha identificado parte de una vivienda de muros rectos con ángulos redondos, semiexcavada en el terreno, junto a una especie de galería de planta irregular, también subterránea, que, de un momento anterior, se transforma con la construcción de la vivienda en una especie de basurero. En el interior de la vivienda se señala la presencia de hogares y un banco adosado y en el exterior, una especie de hornito u hogar con las paredes enlucidas de amarillo. Entre los materiales recuperados se citan puntas de flecha de sílex –triangulares, con pedúnculo y aletas y romboidales–, láminas de sílex, cerámicas decoradas con impresiones de cestería de esparto en los fondos, junto a otros fragmentos con decoración de puntos y triángulos, con baño a la almagra y con incisiones.

Otros yacimientos de hábitat, conocidos por hallazgos superficiales, corresponden a este momento. Es el caso de Casas Altas, con una punta de sílex, o la Loma de Alcantarilla, con improntas de cestería en las cerámicas. En ambos casos se trata de poblados de superficie, detectándose en el último una construcción de planta oval, que se ha interpretado como vivienda, y una alineación de piedras que se supone terraza de nivelación.

Los trabajos de A. M^a Muñoz en Murcia coincidieron en el tiempo, aunque bajo presupuestos metodológicos diferentes, con los que de la mano de J. Bernabeu se realizaban en las tierras valencianas. En efecto, con ocasión del Congreso *El Eneolítico en el País Valenciano* que organizamos en Alcoy (Alicante) para conmemorar el centenario de la excavación de Les Llometes, J. Bernabeu se planteó bajo el sugerente título *El Eneolítico Valenciano: ¿Horizonte Cultural o Cronológico?* una revisión de la documentación posterior al clásico de E. Pla (1958), en especial lo relacionado con los poblados, con la Ereta del Pedregal como referencia siempre presente, para concluir que «el auténtico Eneolítico cultural estaría representado, en el País Valenciano, por el H.C.T.⁷; mientras que la etapa anterior antes parece revelarse como una suerte de Neolítico Final cronológicamente paralelo a las primeras culturas de la Edad del Cobre del SE» (Bernabeu, 1986, 13). En estudios posteriores el mismo autor realiza una nueva propuesta de periodización del Neolítico-Eneolítico valenciano, del que interesa destacar aquí el Neolítico II, subdividido en dos fases. La primera –*Neolítico IIA. Horizonte de cerámicas esgrafiadas*– correspondía al Neolítico Final I de anteriores sistematizaciones y se fechaba entre el 3400 y 2800 a.C., mientras en la segunda –*Neolítico IIB. Horizonte precampaniforme*– se incluiría el Neolítico Final II y Eneolítico Inicial o precampaniforme. En este Neolítico IIB podría existir dos fases, en las que «resultan más significativos los paralelismos entre ambas que las diferencias» (Bernabeu y Martí, 1992, 221), el *Neolítico IIB1* o *Fase Ereta I* en el ca. 2800-2500 a.C. y el *Neolítico IIB2* o *Fase Ereta II* en el ca. 2500-2200/100 a.C.

7 Horizonte Campaniforme de Transición.

Caracteriza a este Neolítico⁸, entre otros elementos culturales los poblados en llanura, los enterramientos colectivos en cuevas naturales, la inexistencia de metalurgia y el desarrollo de las fuentes en las cerámicas, algunas decoradas con incisiones, impresiones de punzón y pintura en rojo, y, entre los objetos de hueso, los ídolos oculados.

La presencia de algunos de estos elementos en las tierras valencianas remiten necesariamente al Sureste peninsular, aunque en principio pudiera parecer sorprendente la ausencia de otros. Veámos, siquiera brevemente, unos y otros.

La existencia de poblados de llanura remonta en el País Valenciano al Neolítico Antiguo como ya señalara José María Soler García (1960 y 1965) al referirse al hallazgo de cerámicas cardiales en Casa de Lara y Arenal de la Virgen, ambos en Villena (Alicante), en donde incluso se constata una importante ocupación epipaleolítica en el primero. La inexistencia de excavaciones arqueológicas⁹ no permite conocer las características y dimensiones de este excepcional yacimiento, objeto de un excelente estudio reciente de J. Fernández López de Pablo (1999), que complementa los anteriores del propio Soler y de F.J. Fortea (1973).

Las intensas prospecciones de J. Bernabeu y su equipo de la Universidad de Valencia en las cuencas altas de ríos Serpis, Clariano y Vinalopó ha confirmado la existencia de poblados al aire libre en el Neolítico Final y Calcolítico o Neolítico II. La excavación de estos yacimientos, el análisis de otros descubiertos por maquinarias y la documentación existente sobre anteriores intervenciones han permitido identificar varias estructuras excavadas en el subsuelo, denominadas silos, fosas circulares y fosos, de dudosa función (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1988, 175-177; Bernabeu y Martí, 1992, 229): aunque las excavaciones en Jovades, Arenal de Costa y Niueta señalan la presencia de unidades residenciales constituidas por espacios de habitación con estructuras de almacén y hornos (Bernabeu, 1995, 53). Es posible, sin embargo, que en algunas de estas cubetas excavadas en el suelo se almacenara la basura doméstica que con restos vegetales y excrementos se utilizaría como abono para los campos, ya que no debemos olvidar que las malformaciones óseas en las zonas articulares de los bóvidos se relacionan con el tiro de arados (Pérez Ripoll, 1999, 97-98) y éstos, a su vez, con la utilización del estiércol.

Las primeras construcciones de piedra en estos poblados en llano remiten a una «alineación de una sola hilera de uno o dos cantos de gran tamaño, formando lo que parece ser un fragmento de un muro de tendencia curva» (Bernabeu *et alii*, 1994, 17) en el sector A de Niueta, para el que se dispone de cuatro dataciones absolutas, referidas al periodo final de ocupación del yacimiento (Bernabeu *et alii*, 1994, 25)¹⁰. En Fuentes Flores¹¹, en Requena (Valencia) se señala la presencia de lajas de piedra que «podrían indicar ciertas formas de construcciones en piedra» (Juan Cabanilles y Martínez Valle, 1988, 229). La utilización de piedras en las construcciones de hábitat está plenamente atestiguada en la Ereta del Pedregal, Navarrés (Valencia), primero para acondicionar el espacio habitable sobre un medio húmedo –EP I¹²– y ya con muros rectos correspondientes a dos estructuras de habitación en EP

8 Otros investigadores utilizan las denominaciones de Calcolítico, Eneolítico e, incluso, la de Neo-Eneolítico para referirse a este Neolítico II.

9 J. M^a Soler realizó en 1957 una cata de dos metros cuadrados que alcanzó una profundidad de 1'60 m sin detectar restos de construcciones. Años después realizó otra M^a Dolores Asquerino con similar resultado (Fernández López de Pablo, 1999, 22).

10 3376 cal Ane (Ubar-176) para el nivel II del Silo 5, 3140 cal Ane (Beta-75222) para el nivel II del Sector A, 3145 cal Ane (Beta-75223) para el nivel I del Sector A y 2745 cal Ane (Beta-75221) para el nivel único del Silo 6.

11 No se disponen de dataciones absolutas proponiendo sus excavadores unas fechas comprendidas entre el 2700/2800 y el 2500/2400 a.C., sin calibrar, coincidentes, por tanto, con las de Niueta.

12 Fechado en la primera mitad del tercer milenio a.C., sin calibrar.

II, adscrito al pleno Eneolítico, en la segunda mitad del III milenio a.C. (Juan-Cabanilles, 1994, 80).

De los ejemplos citados, a los que pueden añadirse otros conocidos desde antiguo por todo el territorio valenciano, parece deducirse que los poblados del III milenio a.C. se ubican en llano y que a nivel de estructuras dominan las excavadas en el suelo sobre las de piedra. La excepción, reiteradamente repetida, la constituye el poblado de Les Moreres (Crevillente, Alicante), por su situación en altura y la presencia de defensas artificiales que lo relacionaban con los poblados precampaniformes del Sureste tipo Millares (González Prats, 1986). En posteriores estudios se indica la presencia de cerámica campaniforme incisa «en toda la secuencia del poblado», aunque no pueda descartarse una ocupación anterior al campaniforme (González Prats y Ruiz Segura, 1991/1992, 19). En este sentido las cerámicas de color rojo de este poblado, para las que se ha propuesto un origen anatólico (González Prats *et alii*, 1995), también se encuentran en el Sureste, en este caso de procedencia local.

La ausencia de sepulturas artificiales para albergar los enterramientos humanos constituye un referente siempre citado para el Neolítico II/Neolítico final-Eneolítico de las tierras valencianas que aquí también se puede hacer extensivo a las de Albacete.

En el exhaustivo catálogo y riguroso estudio que sobre el enterramiento colectivo en el País Valenciano ha realizado J. Soler Díaz queda patente la complejidad de este fenómeno, estableciendo a partir de los ajuares una periodización interna, al tiempo que señala el uso de algunas de estas cuevas, en ocasiones como hábitat y en otras como enterramiento, hasta el Bronce Final.

La utilización de la cueva como recinto funerario, siempre con un reducido número de individuos, remonta al Neolítico Antiguo (Bernabeu, Molina y García, 2001). Es, a juzgar por sus ajuares cerámicos, a partir del Neolítico Final cuando las cuevas naturales se utilizan como necrópolis para decenas de cadáveres, hasta el punto de convertirse, conjuntamente con los poblados en llano, en los referentes de las diferencias entre el Calcolítico del Sureste y del País Valenciano. No obstante, cabría hacer algunas matizaciones. También en el actual territorio de la Región de Murcia se constatan los enterramientos colectivos en el interior de cuevas naturales, asociadas a poblados en el llano. Es el caso del altiplano Yecla-Jumilla, limítrofe por otro lado del Vinalopó y, ya en Albacete, de Hellín y corredor de Almansa, donde se citan algunas cuevas sepulcrales con puntas de flecha de sílex que indudablemente las sitúan en este momento. En el extremo contrario la hoy desaparecida necrópolis de Algorfa, en la alicantina Vega Baja del Segura, se encuentra –por el tipo de construcción y ajuares– más próxima a los enterramientos murcianos del III milenio a.C. que a los valencianos del mismo momento (Soler Díaz, 1995).

Sólo un detenido estudio de los ajuares funerarios, realizado de forma modélica para el País Valenciano por J.A. Soler Díaz, y de los domésticos podría facilitar una periodización interna del fenómeno del enterramiento colectivo, también elaborada por el mismo investigador, y de su relación con el Sureste, que de alguna manera –y siempre a la manera de breves apuntes– se abordará más adelante con ocasión del análisis de algunos materiales.

La presencia de algunos huesos humanos con inequívocas señales de haber estado sometidos a la acción de fuego ha sido otro argumento utilizado para establecer relaciones entre el Sureste y las tierras valencianas, en especial con las alicantinas (Idáñez y Muñoz, 1986). En un trabajo, que en avanzado estado de elaboración realizamos con M^a Paz de Miguel Ibáñez, se ha podido comprobar que muchas de las referencias bibliográficas sobre huesos humanos quemados no se corresponden con la realidad al confundir un determinado color con señales de fuego, al tiempo que en otros el fuego no parece afectar a la totalidad de los huesos e incluso a distintas partes de un mismo hueso y que, en este caso, se ha producido cuando éste carecía de carne y se encontraba seco, por lo que, con las reservas impuestas por una investigación no concluida, existen fundadas reservas para aceptar el ritual de cremación en los enterramientos colectivos del País Valenciano, debiéndose explicar

estos huesos quemados como incendios parciales de las tumbas, como también se ha sugerido para el Sureste.

La presencia de ídolos en las tierras valencianas también remite al Sureste –y en un caso exclusivamente a Murcia– y al Neolítico IIB-Eneolítico. J.L. Pascual Beneito (1998) ha realizado el inventario y estudio de los ídolos valencianos, señalando la presencia de varios tipos –oculados sobre huesos largos, planos con escotaduras laterales, bilobulados de piedra natural, ancoriforme, antropomorfo parcial y placa–, así como su distribución espacial y cronológica. Los llamados ídolos bilobulados de piedra natural (Molina, 1986), que aparecen en el País Valenciano, al igual que en Murcia, en diferentes contextos –desde el Neolítico Antiguo en la Cova de l'Or al Bronce Tardío en el Cabezo Redondo–, corresponden a formaciones naturales y su relación con el mundo de las creencias es discutible. Idénticas dudas acerca de su identificación como ídolos ofrecen las placas de piedra de tendencia rectangular y, en especial, aquellas con una perforación en un extremo. La distribución de los restantes tipos muestran una cierta concentración en las tierras limítrofes entre Valencia y Alicante, localizándose los ejemplares más meridionales en los ajuares funerarios de cuevas de La Barsella, en Torremanzanas (Alicante), y El Fontanal, en Onil (Alicante), y los septentrionales en el poblado de la Ereta del Pedregal. Prácticamente esta distribución coincide con la de los ejemplares pintados en los abrigos (Hernández, Ferrer y Catalá, 2000). Unos y otros remiten al Sureste, aunque resulta sorprendente su ausencia, también de unos y otros, en el Vinalopó, un territorio intensamente prospectado en el que no se han localizado pinturas rupestres prehistóricas –ni tampoco ídolo– y, en cambio, son numerosos los poblados en llano y las cuevas sepulcrales.

En el conjunto de ídolos rupestres y mueble interesa destacar aquí los ancoriformes muebles en las cuevas sepulcrales de Barsella y Blanquizares de Lébor, en Totana (Murcia), los únicos ejemplares muebles conocidos, y los rupestres en el Abric VI de El Salt, en Penáguila (Alicante), que evidentemente parecen reflejar un origen común, y la relación formal que se podría establecer entre los planos con escotaduras –en el País Valenciano todos sobre hueso– y los bitriangulares del arte rupestre y de los oculados sobre huesos largos –en el País Valenciano más numerosos que en el Sureste– con los oculados rupestres. En el País Valenciano estos ídolos se sitúan por su contexto en el Neolítico II-Calcolítico, fechándose uno de los oculados del Niuet entre el 4600 y el 4400 BP (Pascual Beneito, 1998, 184), en coincidencia con las dataciones propuestas para el Sureste.

Un elemento cultural que caracteriza al Eneolítico de la Región de Murcia son los pequeños vasos de yeso, de los que no se conocen ejemplares, ni siquiera fragmentos, en las tierras de Alicante, como tampoco de los amuletos zoomorfos también presentes en Murcia. En cambio, las varillas de hueso con cabeza decorada se registran en ambos territorios.

Uno de estos vasos de yeso se ha localizado en la Cueva de los Tiestos (Jumilla, Murcia), en donde también se recogió cerámica pintada en rojo, que ha permitido la reconstrucción de una vasija con decoración de varias líneas de triángulos y fragmentos con decoraciones de líneas quebradas, motivos circulares encajados, ramiformes y soliformes (Molina Grande, 1990). De la amplia dispersión espacial de la cerámica pintada del III milenio a.C. (Molina Grande, 1990, 63-70), recogida para Murcia por J. Lomba Maurandi (1991-1992), interesa destacar aquí los que hacen referencia al País Valenciano, en especial los de la comarca alicantina de la Marina Alta con los excepcionales ejemplos de las cuevas Ampla del Montgó, en Jávea, y les Maravelles, en Jalón, referenciados como paralelos para los murcianos, por ubicarse en una zona con excepcionales ejemplos de pinturas esquemáticas con diferentes tipos ídolos, ramiformes y zig-zags.

En el extraordinario estudio de J. L. Simón García (1998) sobre la metalurgia prehistórica en el País Valenciano se señala la tardía presencia de los primeros objetos metálicos, que sitúa en momentos previos al campaniforme, cuando no acompañado de éste, sin desechar la presencia de algún objeto

metálico en las comarcas meridionales en el pleno Calcolítico, objetos que relaciona con el Sureste. En su revisión descarta, con argumentos incuestionables basados en una revisión de los propios objetos y de sus contextos y, en especial, de los análisis metalográficos, anteriores adscripciones de materiales y yacimientos al Eneolítico precampaniforme

SOBRE EL CAMPANIFORME Y LOS PRIMEROS POBLADOS EN ALTURA

En las tierras valencianas los primeros poblados en altura se relacionan con el que se ha venido a denominar Horizonte Campaniforme de Trasción –HCT–, aunque en éste perduren los poblados de llanura, incluso en un mismo espacio natural. Es el caso de los poblados en altura del Puntal de los Carniceros y el Peñón de la Zorra y el de llanura de Casa de Lara en la cubeta de Villena. También se constata la ocupación de algunas cuevas como hábitat, aunque éstas parecen reservarse para necrópolis, en unos casos con enterramientos individuales y en otros con varios cadáveres, utilizándose con idéntica finalidad los silos excavados en el suelo (Martí Oliver, 1981, 185-191). La información disponible sobre el campaniforme regional se apoya sobre antiguas excavaciones y recogidas superficiales e indiscriminadas de materiales, ya que los tres yacimientos excavados en las últimas décadas –Les Moreres, en Crevillente (Alicante), Promontori de Aigua Dolça i Salada, en Elche (Alicante) y Puntal sobre la Rambla Castellarda, en Liria (Valencia) no se han publicado en extenso, aunque de todos ellos se dispone de avances de extraordinario interés (Aparicio, Martínez y San Valero, 1977; González Prats y Ruiz Segura, 1991-1992; Ramos, 1981 y 1986). Dos síntesis –una a nivel regional (Bernabeu, 1984) y otra provincial (Ruiz Segura, 1990)– y detenidos análisis en el marco de otros generales, como los dedicados a los adornos (Pascual Benito, 1998) o a la metalurgia (Simón García, 1998), resultan de extraordinario interés a la espera de un estudio en profundidad de toda esta dispersa información.

Ante la diversidad de evidencias tan diferentes en un mismo territorio, tanto a nivel regional como a pequeña escala, cabría preguntarse sobre una posible periodización interna y sobre su influencia en la aparición de los primeros poblados de altura. La documentación disponible no permite establecer la primera, salvo la constatación de campaniformes antiguos y recientes (Ruiz Segura, 1990) y la presencia de los primeros en poblados en lugares altos –Espeñetas, en Orihuela (Alicante)– y fortificados –Les Moreres– y en cuevas de habitación –Cendres, en Teulada (Alicante)–, pero también en poblados en llano –Arenal de la Costa, en Onteniente (Valencia)– y en cuevas sepulcrales. Por otro lado, la asociación de adornos de plata a elementos campaniformes y las dataciones absolutas de poblados como los de Terlinques (Villena) o Serra Grossa (Alicante) señalan, por un lado, la perduración de materiales campaniformes, como los puñales de lengüeta, hasta la Edad del Bronce y, por otro, la temprana aparición de la Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas.

Con ocasión del Homenaje a L. Siret señalamos (Hernández Pérez, 1986), en la línea que con anterioridad indicara B. Martí (1983, 59-86), que el tránsito del III milenio al II viene marcado en el País Valenciano –y ahora podemos añadir que también en Albacete y en algunas zonas murcianas como el Altiplano Yecla-Jumilla– por el abandono del hábitat en llanura y la ocupación de cerros como resultado de la fragmentación de las estructuras sociales ante el aumento demográfico de finales del Calcolítico, paralelo a la ocupación de nuevas tierras, la diversificación de los recursos agrícolas y ganaderos, la utilización de nuevos útiles y de nuevas técnicas agrícolas.

Se dispone de tres dataciones absolutas relacionadas con el campaniforme en tierras valencianas, obtenidas a partir de carbones. El nivel II de la Cova de les Cendres se data en los intervalos 3090-2620 cal Ane (Ubar-172) y 2920-2610 cal Ane (Ly-4305), mientras la tercera, en el intervalo 2508-2135 cal Ane (Beya-4323) corresponde al nivel único de la estructura AII de Arenal de la Costa

(Bernabeu Aubán, 1993, 161). Si como se ha señalado (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 40) se aceptan como válidas, el inicio del HTC se remonta más allá de mediados del III milenio calibrado, mientras que las dataciones absolutas más antiguas para poblados de la Edad del Bronce corresponden a los alicantinos de Serra Grossa, en Alicante, y Terlinques, en Villena, fechados, respectivamente, en los intervalos 2493-1956 cal. Ane¹³ y 2498-1906 cal Ane¹⁴. El primero corresponde a un asentamiento en ladera relativamente próximo a la Illeta del Banyets que por las características de sus enterramientos y ajuares es un yacimiento argárico antiguo, sin que se pueda precisar si es anterior a Serra Grossa o si éste ya existía cuando se produce la ocupación de la Illeta. De extraordinario interés para el tema que ahora nos ocupa es el yacimiento de Terlinques y su entorno. Las excavaciones actualmente en curso de F.J. Jover Maestre y J.A. López Padilla revelan una mayor complejidad, tanto en arquitectura y urbanismo como en materiales, que la obtenida por J.M^a Soler en el otro extremo del yacimiento. No se registra cerámica campaniforme en este yacimiento y la presencia de un arete de plata remite necesariamente al Sureste. Aretes de plata –un solo ejemplar en cada yacimiento– formaban parte del ajuar de tres enterramientos en cueva, asociados a poblados en altura con cerámica campaniforme. En los dos poblados –Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros–, «defendidos» por escarpes naturales y muros de piedra, los materiales campaniformes se reducen a apenas unos veinte fragmentos incisos en el primero y a cinco, también incisos, en el segundo, en el que también se recuperó un vaso carenado y un cuenco con asa de cinta vertical, formas presentes en la Edad del Bronce local. En las cuevas sepulcrales destaca la presencia de cinco inhumados, una punta de flecha de sílex y una placa de sílex tabular¹⁵ en la del Puntal de los Carniceros y en la del Peñón de la Zorra un solo cadáver con un extraordinario ajuar metálico formado, además del arete de plata, por un puñal de lengüeta de 27’2 cm de largo y dos largas puntas de jabalina, que según J. L. Simón tienen «clarísimos paralelos» en la Meseta Norte, proponiendo, asimismo, que los ajuares de estas tres cuevas de Villena corresponden a «personajes preeminentes que se hacen inhumar junto a sus poblados, de forma individual, con ajuares que denota su posición social» (Simón García, 1998, 353).

Por otro lado, en otros yacimientos alicantinos el número de fragmentos campaniformes es siempre reducido (Ruiz Segura, 1990; Soler Díaz, 1995), con la excepción del Promonteri d’Aigua Dolça i Salada, donde también se detecta una ocupación anterior, fechada en el Calcolítico precampaniforme, y otra posterior, de la Edad del Bronce, de las que las evidencias arquitectónicas se reducen a los tres pavimentos que separan los tres momentos de ocupación (Ramos, 1981).

A partir de la documentación actualmente disponible y a la espera de la publicación en extenso de los poblados excavados, ya que la información de las cuevas será siempre parcial, los elementos campaniformes responden a la demanda de unas incipientes elites que los adquieren como bienes de prestigio, ya sea a nivel de poblados o de individuos. El llamado HCT no parece constituir una etapa independiente dentro de un proceso de cambio cultural regional, ya que sus materiales se integran tanto en contextos calcolíticos en el sentido tradicional como en otros ya de la Edad del Bronce. La presencia de los elementos campaniformes en tierras valencianas, a diferencia de Murcia que se asocia a una ruptura en el sistema de ocupación del territorio con la destrucción de algunos poblados (Lomba Maurandi, 1996), no genera la aparición de los primeros poblados en altura, aunque pueda ser coincidente en el tiempo, ni tampoco supone una modificación de los patrones de asentamiento.

13 La muestra analizada –BLN 947– corresponde a cereal carbonizado, sobre el otra ocasión se han mostramos algunas reservas (Llobregat, 1971, 96; Hernández Pérez, 1997, 295).

14 La muestra –I 4525– se realizó sobre carbones.

15 Siempre asociadas a momentos calcolíticos y ausentes en la Edad del Bronce

Unos y otros se producen en el interior de las poblaciones calcolíticas locales, al margen de influencias externas, aunque los elementos campaniformes, como antes los objetos singulares –desde los ídolos a la cerámica pintada o el metal–, revelan que los contactos con el Sureste existían, quizás para abastecer la demanda de unas emergentes elites.

BRONCE ARGÁRICO Y OTROS BRONCES

En el Congreso de Cartagena señalaba A. M^a Muñoz que «la Edad del Bronce peninsular se acostumbra a estudiar por áreas regionales, que responden en general a formas diversas de asentamiento, ritual funerario y actividades económicas y tecnológicas, aunque cada vez es más patente la evidente interrelación entre los distintos grupos» (Muñoz, 1999, 15). Si nos remitimos al territorio que ahora nos ocupa es indudable que el Bronce Argárico y el Sureste se convierten en protagonistas de la Edad del Bronce peninsular desde los pioneros estudios de los hermanos L. y E. Siret y que las tierras y culturas «límitrofes» gravitan en la órbita de su influencia.

Como se ha señalado en diversas ocasiones ni toda la región de Murcia es argárica, ni las valencianas del Bronce Valenciano ni las de Castilla-La Mancha tienen exclusivamente Motillas, de ahí las imprecisas y genéricas, pero sin embargo cómodas, denominaciones de «bronces» en una u otra comunidad autónoma. Un análisis de la literatura sobre la Edad del Bronce de las últimas décadas revela un cierto intento, posiblemente no inocente, de identificar una determinada cultura con un territorio autonómico, en la que al mismo tiempo se señalan significativas diferencias territoriales a nivel de ocupación del territorio, enterramientos y cultura material.

Los estudios sobre la Edad del Bronce en la Región de Murcia se convierten en precisas referencias en el análisis de los territorios valencianos y castellano-manchegos (Ayala, 1991 y 2001; Eiroa, 1986, 1989 y 1996; Eiroa y Lomba, 1997-1998). De estas siempre interesantes aportaciones y reflexiones cabrían señalar aquellas que inciden en la no argarización de todo territorio murciano, o lo que es lo mismo la existencia de, al menos, dos Bronces, en las diversas propuestas para su periodización interna (Castro *et alii*, 1996, 120-128; González Marcen, 1995; Eiroa y Lomba, 1997-1998; Mederos, 1995), en la generalización de los poblados en llano, con Almendricos como paradigma (Ayala Juan, 2000), en las excavaciones en el casco urbano de Lorca (Martínez Rodríguez, 1999) y en el extraordinario yacimiento –por su situación geográfica, secuencia estratigráfica y amplia serie de dataciones absolutas– del Cerro de las Víboras de Bagil, en Moratalla (Eiroa García, 1998). De extraordinario interés, por lo que suponen de apertura de nuevos planteamientos en la investigación y su repercusión en los estudios de las periferias argáricas, son, entre otras, las referidas a los modelos de organización social (Arteaga, 1992; Eiroa, 1986; Lull y Risch, 1995), a los momentos finales de la Edad del Bronce (Ros Sala, 1986) y a la presencia de manifestaciones simbólicas (Ayala y Jiménez, 1997-1998; Ayala *et alii*, 1999), más allá de las derivadas de los enterramientos.

La existencia en la Región de Murcia de yacimientos que no pueden incluirse dentro del Bronce Argárico, como el Cerro de la Campana, en Yecla (Nieto y Cruz, 1983), o de otros sólo conocidos por prospecciones superficiales, actividades clandestinas o pequeñas excavaciones, entre los que se encuentran los descubiertos y estudiados por Jerónimo Molina en Jumilla, debe tenerse en cuenta en cualquier propuesta de explicación sobre el origen de la Edad del Bronce en las tierras limítrofes del Corredor de Almansa, en Albacete, y del Vinalopó, en Alicante, mientras el Cerro de las Víboras desempeña idéntico papel con las tierras sur-orientales de Albacete.

En Alicante es incuestionable que los yacimientos de la Vega Baja del Segura, Bajo Vinalopó y el Campo de Alicante presentan todos los elementos del mundo argárico (Hernández Pérez, 1997a y 1997b), aunque no pueda precisarse su cronología, siempre temprana a juzgar por sus materia-

les¹⁶. El resto del territorio provincial se incorpora al Bronce Valenciano, considerado como cultura uniforme o con varias facies comarcales (Gil-Masarell, 1995; Gusi Jener, 1999; Hernández Pérez, 2001; Jover Maestre, 1999), aunque en una o en las otras la influencia argárica –o de elementos argáricos– es evidente, en especial en la metalurgia, tanto a nivel del número de objetos –el gradiente sur/norte, convertido en tópico, es real (Simón García, 1998)– como en la tipología y composición de los útiles¹⁷.

Para el Vinalopó se ha planteado que la aparición de los poblados en altura, como uno de los elementos que caracterizan al llamado Bronce Valenciano, es independiente del Argar, como también del llamado HCT, según se indicó más arriba, debiéndose poner en relación con un proceso de evolución interna de las poblaciones calcolíticas locales, lo que explicaría las altas dataciones de Serra Grossa y Terlinques. Iniciado el proceso en algunos puntos del territorio, precisamente en aquellos con mayor presión demográfica que coincidiría con las tierras más productivas y mejor comunicadas, se continuaría en otros puntos a lo largo del primer tercio del II milenio, al tiempo que en las primeras se ocuparían las tierras marginales y menos productivas con poblados más pequeños, que podrían abandonarse cuando los recursos del entorno se agotaban para luego volverse a explotar a medida que éstos se recuperaran, ya sea ocupando de nuevo el mismo poblado, lo que explicaría las pequeñas y poco significativas remodelaciones del espacio habitado, o levantando otros en las proximidades, en el caso de que las construcciones de los antiguos no fueran recuperables, lo que explicaría la concentración de pequeños poblados próximos unos a otros, en muchos casos a escasos centenares de metros con materiales aparentemente similares (Hernández Pérez, 1994).

Por la información disponible en el Altiplano de Yecla-Jumilla la aparición y la ocupación del territorio evidencia un similar proceso. En este sentido, el abandono del único poblado excavado –Cerro de la Campana, en Yecla– parece coincidir con la desaparición de la mayoría de los poblados del Vinalopó y el surgimiento del gran poblado –por sus dimensiones, características arquitectónicas y ajuares– del Cabezo Redondo, con el que curiosamente existe una conexión visual. En diversas ocasiones se ha señalado que este yacimiento de Villena aporta una excepcional información, todavía no suficiente valorada, sobre los momentos avanzados de la Edad del Bronce en el Sureste. Las excavaciones en curso han confirmado que los poseedores del Tesoro de Villena vivieron en el Cabezo Redondo, donde también enterraron a adultos y niños, remitiendo sus ajuares domésticos y funerarios a la Mancha y Sureste. Sobre estas relaciones mostró siempre un extraordinario interés Ana M^a Muñoz, animándome a proseguir las excavaciones y a no desanimarme ante las dificultades.

También con Ana M^a Muñoz tuve ocasión de intercambiar opiniones acerca del arte prehistórico y de su simbolismo a propósito de algunos hallazgos murcianos y alicantinos, de los que aquí sólo nos ocuparemos de las manifestaciones rupestres de la Edad del Bronce, a la espera de la publicación de los calcos de las representaciones muebles (Ayala Juan, 2001; Ayala y Jiménez, 1997-1998).

El extraordinario e indudable simbolismo que reflejan los ajuares calcolíticos y el arte rupestre esquemático que se le asocia no parece tener continuación en la Edad del Bronce. Es cierto que algunas pinturas esquemáticas se fechan, sin argumentos sólidos, en este periodo y que, incluso, las pinturas levantinas se prolongan, con la misma ausencia de pruebas, hasta el Bronce Final e inicios de la Edad del Hierro con objeto de incluir entre éstas al jinete montado a caballo del Cingle de la

16 En el Campo de Alicante el yacimiento de la Illeta dels Banyets de El Campello es, sin duda, argárico. Al sur de éste se encuentra Serra Grossa, que, prácticamente excavado en su totalidad, todos consideran característico del Bronce Valenciano y posee la datación más antigua para esta cultura.

17 El cobre, el estaño y la plata de los yacimientos alicantinos procede necesariamente de Murcia.

Mola Remigia (Ares del Maestre, Castellón). En nuestra opinión, la plena implantación de la Edad del Bronce significa la desaparición de las pinturas rupestres, tanto de las levantinas como de las esquemáticas, ya que respondían otros condicionantes culturales. Es posible que se pintaran algunos motivos, pero éstos difícilmente podrían incluirse en una u otra de las manifestaciones artísticas tradicionales, al menos que se proceda a una reinterpretación de lo «levantino» y de lo «esquemático», cuestión sobre la que trabajamos en la actualidad.

Con la Edad del Bronce se relacionan a menudo algunos grabados rupestres, aplicando esquemas europeos, tanto de la zona alpina como de la fachada atlántica, relaciones que, indudablemente, deben descartarse. No obstante, existen suficientes indicios para fechar algunos de estos grabados rupestres, cuyo catálogo a nivel del País Valenciano tenemos prácticamente concluido, con la Edad del Bronce. Debemos remitirnos, de nuevo, a Murcia para «entender» la cronología y significado de algunos de estos grabados rupestres. Ya L. Siret señala la presencia en Murcia –y también en Almería– de piedras con grabados de cazoletas y canalillos, como los del Lomo de Bas para los que no duda en su cronología prehistórica. Es, sin embargo, el conjunto de grabados del Altiplano Yecla-Jumilla, en especial los del Monte Arabí, los que ofrecen una más precisa información sobre su siempre conflictiva cronología. Su relación con el poblado de El Arabilejo, considerado el de mayor extensión y mejor protegido de la zona (Ruiz Molina, 1999, 47), resulta evidente, a juzgar por los canalillos asociados a un calderón en el interior del poblado y el extenso conjunto de canalillos y cazoletas próximo (Mergelina, 1992; Ruiz Molina, 1999)¹⁸. Cazoletas y canalillos también encontramos en el interior de otros poblados de la Edad del Bronce, como poblado del Cerro de El Cuchillo, en Almansa (Albacete), datado en el Bronce Medio (Hernández, Simón y López, 1992). Muchas son las interpretaciones que a lo largo del tiempo se han señalado acerca del significado de estos grabados. El siempre perspicaz L. Siret nos ofrece una interpretación que no dudamos en reproducir al indicar a propósito de estos grabados del Sureste que «recogían ciertamente el agua de lluvia –hemos bebido en ellas más de una vez; –y dado que esta agua no podía responder a ningún fin práctico, podemos pensar que se le atribuía virtudes especiales, propiedades sobrenaturales: viniendo directamente del cielo, no era ensuciada por el contacto de la tierra; de ahí la elección de piedras aisladas, en relieve, alejadas de las viviendas, posiblemente consagradas» (Siret, 1999, 221).

La «relectura» de los trabajos de L. Siret es siempre necesaria. Lo es por la documentación que ofrece, pero también por los caminos que sugiere transitar en la búsqueda de una mejor comprensión de las sociedades prehistóricas. Ana María Muñoz ha seguido su ejemplo. Sus estudios se caracterizan por una rigurosa y precisa documentación, siempre acompañada de agudas reflexiones, del planteamiento de los problemas y de sus posibles soluciones. Siguiendo su ejemplo y mirando siempre al Sureste, en especial a «su» Murcia, he intentado abordar algunas cuestiones de nuestra Prehistoria compartida, sobre las que espero seguir comentado con ella, ahora que le llega la jubilación académica pero no, como ya he señalado, la de su magisterio.

18 Es probable que, como tuvimos ocasión de comentar con Jerónimo Molina, este segundo conjunto se por la plataforma horizontal, en la actualidad cubierta por tierras de cultivo hasta el mismo borde del cerro en cual plataforma superior se localiza las construcciones defensivas y de hábitat.

BIBLIOGRAFÍA

- APARICIO, J., MARTÍNEZ PERONA, V. y SAN VALERO, J. (1977): «El Puntal sobre la Rambla Castellarda y el poblamiento eneolítico en la Región Valenciana», *Saitabi*, XXVII, pp. 37-62. Valencia.
- ARTEAGA, O. (1992) «Tribalización, jerarquización y estado en el territorio de El Argar». *SPAL*, 1, pp. 178-207. Sevilla.
- AYALA JUAN, M^a M. (1986): «El poblamiento argárico». En *Historia de Cartagena*, vol. II, pp. 251-316. Murcia.
- AYALA JUAN, M^a M. (1991): *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión*. Murcia.
- AYALA JUAN, M^a M. (2001): «La Edad del Bronce en la Región de Murcia». En «... y acumularon Tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras», pp. 151-161. Alicante.
- AYALA JUAN, M^a M. e IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J. F. (1987): «Avance al estudio del vaso campaniforme en la Región de Murcia». *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 285-300. Zaragoza.
- AYALA JUAN, M^a M. y JIMÉNEZ LORENTE, S. (1997-1998): «Los équidos en el arte prehistórico de la Región de Murcia», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 13-14, pp. 29-38. Murcia.
- AYALA JUAN, M^a M. et alii (1999): «Escultura argárica funeraria», *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, vol. 2, pp. 21-30. Cartagena.
- BERNABEU AUBÁN, J. (1984): *El vaso campaniforme en el País Valenciano*. Trabajos Varios del S.I.P., 80. Valencia.
- BERNABEU AUBÁN, J. (1986): «El Eneolítico Valenciano: ¿Horizonte Cultural o Cronológico». En *El Eneolítico del País Valenciano*, pp.9-14. Alicante.
- BERNABEU, J. y MARTÍ, B. (1992): «El País Valenciano de la aparición del Neolítico al Horizonte Campaniforme». En *Aragón/ litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, pp. 213-233. Zaragoza.
- BERNABEU, J., GUITART, I. y PASCUAL, J. LI. (1988): «El País Valenciano entre el final del Neolítico y la Edad del Bronce», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, pp. 159-180. Valencia.
- BERNABEU AUBÁN, J., MOLINA BALAGUER, LI. y GARCÍA PUCHOL, O. (2001): «El mundo funerario en el horizonte Cardial valenciano. Un registro oculto», *Saguntum*, 33, pp. 27-35. Valencia.
- BERNABEU, J., PASCUAL, J.LL., OROZCO, T., BADAL, E., FUMANAL, M^a P. y GARCÍA, O. (1994): «Niuet (l'Alqueria d'Asnar). Poblado del III milenio a. C.», *Recerques del Museu d'Alcoi*, 3, pp. 9-74. Alcoy.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*. BAR International Series 652. Oxford.
- EIROA GARCÍA, J.J. (1986): «Aproximación a los modelos sociales de la Edad del Bronce en el Sureste». En *Historia de Cartagena*, vol. II, pp. 353-404. Murcia.
- EIROA GARCÍA, J.J. (1989): *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*. Murcia.
- EIROA GARCÍA, J.J. (1994): «Novedades sobre el Calcolítico y el Bronce antiguo en Murcia». En *Edad del Bronce*, pp. 155-193. Xinzó de Limia.
- EIROA GARCÍA, J.J. (1996a): «Neolítico». En *Prehistoria de la Región de Murcia*, pp. 115-137. Murcia.
- EIROA GARCÍA, J.J. (1996b): «Del Calcolítico al Bronce Antiguo». En *Prehistoria de la Región de Murcia*, pp. 179-226. Murcia.
- EIROA GARCÍA, J.J. (1998): «Dataciones absolutas del Cerro de las Víboras de Bajil (Moratalla, Murcia)», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19, pp. 131-152. Castellón.
- EIROA GARCÍA, J.J. y LOMBA MAURANDI, J. (1997-1998): «Dataciones absolutas para la Prehistoria de la Región de Murcia. Estado de la cuestión», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 13-14, pp. 81-118. Murcia.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ DE PABLO, J. (1999): *El yacimiento prehistórico de Casa de Lara, Villena (Alicante). Cultura material y producción lítica*. Villena.
- FORTEA PÉREZ, F.J. (1973): «Los complejos microlaminares y geométricos en el Epipaleolítico mediterráneo español». Salamanca.
- GIL-MASCARELL, M. (1995): «Algunas reflexiones sobre la Edad del Bronce Valenciano», *Saguntum*, 28, pp. 63-73. Valencia.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1995): «Cronología del grupo argárico», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 4, pp. 7-46. Girona.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1986): «El poblado calcolítico de Les Moreres en la Sierra de Crevillente, Alicante». *El Eneolítico en el País Valenciano*, pp. 89-99.

- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. (1991-1992): «Nuevos datos sobre el poblado calcolítico de Les Moreres, Crevillente (Alicante). (Campañas 1988-1993)», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 7-8, pp. 17-20. Murcia.
- GONZÁLEZ PRATS, A. *et alii* (1995): «Cerámicas anatólicas en el poblado calcolítico de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España)», *Actas dos Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, pp. 131-137. Porto.
- GUSI JENER, F. (1989): «Problemática actual de la investigación de la Edad del Bronce en el País Valenciano». *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 239-249. Zaragoza.
- HERNÁNDEZ PERÉZ, M.S. (1996): «La cultura de El Argar en Alicante. Relaciones temporales y espaciales con el mundo del Bronce Valenciano». *Homenaje a Luis Siret 1934-1984*, pp. 341-350. Sevilla.
- HERNÁNDEZ PERÉZ, M.S. (1994): «Consideraciones sobre los conceptos de «encastillamiento» y «fortificación» en la Edad del Bronce en el País Valenciano». En *Fortificaciones y Castillos de Alicante*, pp. 19-48. Petrer.
- HERNÁNDEZ PERÉZ, M.S. (1997a): «Desde la periferia de El Argar. La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas», *Saguntum*, 30, pp. 93-114. Valencia.
- HERNÁNDEZ PERÉZ, M.S. (1997b): «Espacio y tiempo en la Edad del Bronce del País Valenciano», *Espacio, Tiempo y Forma. Prehistoria y Arqueología*, 10, pp. 279-315. Madrid.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S., FERRER I MARSET, P. y CATALÁ FERRER, E. (2000): *L'Art Esquemàtic*. Cocentaina.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S., SIMÓN GARCÍA, J.L. y LÓPEZ MIRA, J.A. (1992): *Agua y poder. Excavaciones arqueológicas en el Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete)*. Toledo.
- IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J.F. y MUÑOZ LÓPEZ, F. (1985): «Algunas semejanzas y diferencias entre el Eneolítico del País Valenciano y la Región de Murcia (Yecla-Jumilla)». En *El Eneolítico en el País Valenciano*, pp. 145-149. Alicante.
- JOVER MAESTRE, F.J. (1999): *Una nueva lectura del «Bronce Valenciano»*. Alicante.
- JOVER MAESTRE, F.J. y LÓPEZ PADILLA, J.A. (1997): *Arqueología de la muerte. Prácticas argáricas en los límites de El Argar*. Alicante.
- JUAN-CABANILLES, J. (1994): «Estructuras de habitación en la Ereta de Pedregal (Navarrés, Valencia). Resultados de las campañas de 1980-1982 y 1990», *Saguntum*, pp. 67-97. Valencia.
- JUAN-CABANILLES, J. y MARTÍNEZ VALLE, R. (1988): «Fuente Flores (Requena, Valencia). Nuevos datos sobre el poblamiento y la economía del Neo-Eneolítico valenciano», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, pp. 181-231. Valencia.
- LOMBA MAURANDI, J. (1991-1992): «La cerámica pintada del Eneolítico en la Región de Murcia», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 7-8, pp. 35-46. Murcia.
- LOMBA MAURANDI, J. (1995-1996): «El marco historiográfico: el Calcolítico en la Región de Murcia». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 11-12, pp. 23-37. Murcia.
- LOMBA MAURANDI, J. (1996): «El poblamiento del Eneolítico en Murcia: estado de la cuestión», *Tabona*, IX, pp. 316-340. La Laguna.
- LÓPEZ PRECIOSO, F.J. y SERNA LÓPEZ, J.L. (1996): «Neolítico». En *Historia de la Comarca de Hellín*, vol. I, pp. 43-54. Hellín.
- LULL, V. y RISCH, R. (1995): «El estado argárico», *Verdolay*, 7, pp. 97-109. Murcia.
- MARTÍ OLIVER, B. (1981): «La Cova Santa (Vallada, Valencia)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, pp. 159-193. Valencia.
- MARTÍ OLIVER, B. (1983): *El nacimiento de la agricultura en el País Valenciano. Del Neolítico a la Edad de los Metales*. Valencia.
- MARTÍ, B. y DE PEDRO, M^a J. (1997): «Sobre el final de la Cultura del Bronce Valenciano: problemas y progresos». *Saguntum*, 30, pp. 59-92. Valencia.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1999): «Desde nuestros lejanos antepasados hasta época romana». En *Lorca histórica. Historia, Arte y Literatura*, pp. 19-59. Lorca.
- MOLINA GARCÍA, J. (1986): «La expansión argárica hacia el País Valenciano a través del Altiplano Jumilla-Yecla». En *Homenaje a Luis Siret 1934-1984*, pp. 405-417. Sevilla.
- MOLINA GRANDE, M^a C. (1990): «La Cueva de los Tiestos (Jumilla, Murcia). La cerámica pintada». En *Homenaje a Jerónimo Molina*, pp. 51-72. Murcia.

- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1982a): «La Edad del Bronce en el sureste de España». En *XVI Congreso Nacional de Arqueología. Programas y ponencias*, pp. 11-27. Murcia.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1982b): «Poblado eneolítico del tipo Los Millares en Murcia. España». En *XVI Congreso Nacional de Arqueología. Programas y ponencias*, pp. 71-75. Murcia.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1985): «El Eneolítico en el País Valenciano y Murcia». En *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, pp. 85-99. Alicante.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1993): «Neolítico final-Calcolítico en el sureste peninsular: El Cabezo del Plomo (Mazarrón, Murcia)», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 6, pp. 133-180.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1999): «El mundo indígena del Neolítico al Bronce». *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, vol. 2, pp. 9-17. Murcia.
- PASCUAL BENITO, J.L. (1998): *Utilaje óseo, adornos e ídolos neolíticos valencianos*. Valencia.
- PÉREZ RIPOLL, M. (1999): «La explotación ganadera durante el III milenio a.C. en la Península Ibérica». *II Congr s del Neolític a la Peninsula Ib rica. Saguntum-PLAV, extra-2*, pp. 95-103. Valencia.
- PLA BALLESTER, E. (1958): «La covacha de Ribera (Cullera, Valencia)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII, pp. 23-54. Valencia.
- RAMOS, R. (1981): «El Promontori de Aigua Dol a y Sal . Avance a su estudio», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, pp. 197-222. Valencia.
- RAMOS, R. (1986): «Formas y motivos decorativos de la cerámica de tipo campaniforme en Elche». En *El Eneolítico en el País Valenciano*, pp. 131-138. Alicante.
- ROS SALA, M^a M. (1986): «El Bronce Tardío y Final». En *Historia de Cartagena*, vol. II, pp. 316-352. Murcia.
- RUIZ MOLINA, L. (1999): «Aspectos arqueológicos del Monte Arabí (Yecla Murcia)». En Carpena, J. et alii: *Las claves del Monte Arabí*, pp. 34-48. Murcia.
- RUIZ SEGURA, E. (1990): «El fenómeno campaniforme en la provincia de Alicante». En *Ayudas a la Investigación 1986-1987. Volumen III. Arqueología, Arte, Toponimia*, pp. 71-81. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. (1998): *La metalurgia prehistórica valenciana*. Trabajos Varios de S.I.P., 93. Valencia.
- SIRET, L. (1999) «La España prehistórica». En *Del Neolítico al Bronce (compendio de estudios)*. Luis y Enrique Siret,, pp. 183-238. Almería.
- SOLER D  AZ, J. A. (1995): «Una estimación del fenómeno de la inhumación múltiple en el sur del País Valenciano. A propósito de los trabajos realizados por Santiago Moreno y Julio Furgús en el Bajo Segura». *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I, pp. 73-89. Elche.
- SOLER GARCÍA, J. M^a. (1960): «La Casa de Lara, de Villena (Alicante). Poblado de llanura con cerámica cardial», *Saitabi*, XI, pp. 193-200. Valencia.
- SOLER GARCÍA, J. M^a. (1965): «El Arenal de la Virgen y el Neolítico cardial de la comarca villenense». *Villena*, 15, s/p. Villena.

EL BRONCE FINAL EN LA PENÍNSULA IBÉRICA, UNA PERSPECTIVA DESDE EL INTERIOR

M^a CONCEPCIÓN BLASCO BOSQUED
Universidad Autónoma de Madrid¹

MARCO TEMPORAL

En el esquema de la Prehistoria hispanofrancesa el Bronce Final se sitúa entre el Bronce Pleno/Medio y el Hierro I, con un marco temporal de unos cinco siglos, los comprendidos entre 1250/1300 y 750 a. C., fragmentado en una secuencia tripartita (BF I-II-III), subdividida a su vez en fases. En la Península Ibérica complicamos más esta nomenclatura al hacer referencia asimismo al Bronce Tardío y/o Reciente, sinónimo de ruptura con el Bronce Medio (base o inicio del Bronce Final) y a un confuso Bronce Final/Hierro (siglos VIII– VII), con esta denominación se quiere evitar pronunciarse sobre el límite entre el agotamiento de una compleja etapa y la apertura hacia un nuevo horizonte dominado por la presencia fenicia en nuestras costas, motor de un cambio sustancial que entraña el conocimiento de la siderurgia entre otras muchas y más relevantes novedades (Lucas, 1987).

Lógicamente los tránsitos o bisagras en el cambio cultural nunca son netos, pero nos guían en el devenir temporal las escasas dataciones absolutas existentes (casi en su totalidad fechas radiocarbónicas) y muy especialmente las analogías y tipologías que permiten la interrelación con circunstancias y fenómenos generalmente externos a nuestra área en estudio, aunque hay serias dificultades para establecer sincronías y ajustar automáticamente la documentación arqueológica a la diversidad de procesos concurrentes en otros territorios. En cualquier caso, y dada la tendencia general a calibrar las fechas radiocarbónicas (Castro, Lull y Micó, 1996), se ha de recordar que para el período que nos ocupa la dendrocronología y las cronologías cruzadas han demostrado su eficacia en otras áreas europeas (Peroni, 1994 y Rychner *et alii*, 1996) y valdría la pena manejar las seriaciones de fechas con menos margen.

1 Este trabajo ha sido, en parte, realizado dentro del Proyecto de Investigación, referencia nº 06/0180/2000, subvencionado por la Comunidad de Madrid.

RASGOS GENERALES

En la Prehistoria peninsular, y en paralelo a lo que ocurre en buena parte del centro y el occidente europeo, esta etapa es todavía una auténtica «Edad oscura», una situación a la que contribuyen una serie de factores derivados de las propias características culturales del momento. Entre los aspectos que fomentan esta *opacidad* destacamos dos circunstancias: las prácticas funerarias que no contemplan enterramientos normalizados, salvo en casos puntuales, y los hábitats de duración limitada que conllevan una arquitectura de escasa envergadura, ambos factores impiden la formación de estratigrafías y de suelos potentes, así como la existencia de ajuares asociados a los enterramientos, aspectos que contribuyen, de manera sustancial, a la ausencia de contextos bien definidos lastrando una investigación que, continuamente, se ve forzada a interpretar hallazgos aislados o conjuntos cuya asociación no resulta clara.

Pese a esta falta de información es posible intuir que se trata de una de las etapas más interesantes de la Prehistoria Reciente con hondas raíces en las tradiciones mantenidas a lo largo de todo el segundo milenio anterior a nuestra era, pero también con la suficiente madurez como para asimilar y fundamentar una sustancial transformación, gracias a la incorporación del territorio peninsular a una serie de redes de intercambio de amplio alcance que propician la introducción de novedades que afectan a todas las facetas de la vida: conocimientos técnicos, hábitos diferentes, ideologías distintas, estéticas renovadas, etc.. Aunque es cierto que los pueblos peninsulares en ningún momento de la Prehistoria Reciente se mantienen al margen de las corrientes y movimientos que se producen en el continente europeo, es ahora cuando su impacto es más importante debido a su mayor volumen y fluidez y, por tanto, cuando desembocarán en profundas transformaciones que cristalizan a partir del inicio del Primer milenio y se consolidan en el tránsito a la Edad del Hierro.

Pero el flujo de estas corrientes externas y las novedades que provocan no pueden enmascarar la realidad de esta etapa caracterizada por el predominio de unas poblaciones fuertemente enraizadas en sus tradiciones que se perciben fundamentalmente en los hábitats. En efecto, la casi totalidad de las gentes asentadas en la Península en el último cuarto del primer milenio antes de nuestra Era viven en núcleos de tamaño reducido que albergarían a unas decenas de personas, cuya media puede calcularse en torno a medio centenar. Estos asentamientos tienen un carácter semipermanente y con frecuencia acogen ocupaciones cíclicas derivadas de la práctica de una economía campesina que busca la optimización de las tierras, tanto de uso agrario, como ganadero, mediante un aprovechamiento interrumpido por fases de abandono, una práctica que debió de llevarse a cabo dentro de un territorio que les era propio y cuyas posibilidades conocían perfectamente. En esta economía campesina tiene un peso importante la agricultura mixta de cereales y leguminosas, mientras que en la cabaña ganadera dominan los ovicápridos sobre el vacuno, en una proporción inversa a la Europa Central y Occidental, donde la mayor humedad favorece los pastos más ricos que explican el dominio del vacuno (Harding, 2000, 135 a 138).

La adaptación de estas comunidades a las posibilidades de cada terreno sería fruto de una larga tradición que puede rastrearse desde la consolidación de la agricultura, a fines del Neolítico, cuando se produce la colonización y explotación de las grandes cuencas fluviales. Es por ello que, a lo largo de varios milenios, se mantuvo una estrategia similar basada en la búsqueda de lugares donde abundaban los pastos más ricos y era favorable la práctica de una agricultura combinada de leguminosas, en las zonas más próximas a los ríos, con la de los cereales, en puntos más alejados y peor irrigados. Estas prácticas no fueron privativas de nuestro espacio peninsular sino que estarían en consonancia con lo que se intuye en otras regiones europeas.

Concretamente, desde el cuarto milenio a. C., las terrazas bajas de los ríos fueron ocupadas de manera ininterrumpida por parte de pequeños grupos que se beneficiarían del alto rendimiento agropecuario, si bien la escasa envergadura de la arquitectura ha enmascarado esta realidad a la investigación que ha dado mucha mayor relevancia a los asentamientos en alto o con grandes obras públicas de carácter defensivo, minoritarios en el conjunto peninsular, pero mucho más evidentes y fáciles de detectar. Prueba de ello es la atención que han merecido los poblados «megalíticos» con potentes recintos de murallas o grandes fosos y los poblados argáricos de altura o las motillas, ambos del Bronce Antiguo y Medio. Seguramente estos modelos de hábitat fueron las excepciones y convivieron con las aldeas o caseríos, mucho más numerosos, ubicados en llano y diseminados por las cuencas fluviales de mejor aptitud casi sin solución de continuidad. Quizás, la singularidad del Bronce Final sea precisamente, no tanto el abandono de esos lugares de referencia, sino su decadencia al pasar a convertirse en lugares de ocupación intermitente, ya que dejan de tener una población estable y una arquitectura sólida, para convertirse en puntos de ocupación más o menos prolongada pero discontinua, frente a lo que ocurre en etapas previas o posteriores en las que se producen asentamientos estables con arquitecturas públicas y privadas de cierta entidad.

En efecto, durante el Bronce Final, junto a los poblados en bajo localizados en las terrazas más próximas al curso fluvial, se constatan también asentamientos en alto, sobre las cumbres de cerros testigos, con perfecto dominio del entorno donde es habitual también la existencia de tierras de alto rendimiento agropecuario, una realidad que se documenta dentro de secuencias generadas por asentamientos anteriores y/o posteriores, en las que los niveles de esta etapa se caracterizan por su escasa potencia y por la acumulación de los materiales en bolsas o silos abiertos en suelos de los que apenas quedan rastros y que contrastan con los potentes niveles de otras fases de mayor estabilidad.

Una tercera topografía la representan los asentamientos en laderas, a veces escarpadas, si bien la escasa entidad y dispersión de los hallazgos en estas localizaciones hacen pensar que se trata de ocupaciones todavía más ocasionales las cuales rara vez se superponen o infraponen a otras ocupaciones diacrónicas. Por último, persisten las ocupaciones en abrigos naturales y cuevas, aunque se trata de una modalidad ya en franco retroceso que, como en el caso anterior, se pudieron haber utilizado sólo en determinados períodos estacionales o puntuales.

Todos estos tipos de asentamiento coinciden en su limitada duración y en el empleo de una arquitectura doméstica y comunal de muy escasa envergadura, realizada con endebles materiales: básicamente entramados vegetales recubiertos con manteados de barro que conforman paredes y techumbres. Lo liviano de los materiales constructivos y la carencia de zócalos de piedra o zanja para el anclaje de las estructuras dificulta enormemente la identificación de la superficie y diseño de la planta de las cabañas, lo que impide conocer su tamaño y distribución dentro del poblado, un hándicap al que se une la carencia de estratigrafías verticales producto de la limitación de uso de los suelos, circunstancia que tampoco favorece la conservación de las huellas superficiales. Tan sólo en algunas ocasiones nos es posible identificar parte de las someras zanjas abiertas en el suelo para embutir en ellas muros de tapial o ramajes, pero ni siquiera suele aparecer el perímetro completo, aunque se intuye que las cabañas pueden presentar, indistintamente, muros rectilíneos o curvilíneos, e incluso la combinación de ambos. En consonancia con esta arquitectura doméstica, falta la arquitectura pública de envergadura, pero no se descarta que muchos de estos poblados poseyeran perímetros de cierre o delimitación, realizados mediante fosos, tal como se empieza a documentar en algunos yacimientos del Valle del Duero.

En este oscuro panorama, las únicas evidencias claras, que en la mayoría de las ocasiones han permitido identificar la localización de los poblados, son las subestructuras excavadas en el subsuelo,

en forma de «fosas», «hoyos» o «silos» que se utilizaron como elementos complementarios de las cabañas y que debieron de servir como despensas, almacenes, hogares, fosas de enterramientos, etc. la mayoría de los cuales, en última instancia, fueron sellados como basureros. Como ya se ha apuntado, la localización y características de estos poblados de hoyos situados en puntos de especial fertilidad (frecuentemente en la confluencia de dos cursos fluviales) tienen su arranque en el Neolítico (Bernabeu *et alii*, 1989), momento en el que, en general, las fosas son sólo cubetas de escasa profundidad, y alcanzan su máxima expresión en el II milenio, cuando las mencionadas subestructuras son más abundantes y capaces. Durante el Bronce Final son bien conocidos en las Cuencas del Duero y del Tago, en lo que constituye el núcleo central de Cogotas I, pero se han documentado también en otras áreas concretas como es la comarca del Vallés (Marcet y Petit, 1985), o el Valle del Ebro. Además es probable que este tipo de establecimientos existiera en otras áreas peninsulares, donde fenómenos de sedimentación postdeposicional han podido enmascarar su presencia, haciendo difícil e, incluso, imposible su localización, a no ser que se hayan producido intervenciones antrópicas con remociones muy profundas.

LAS RELACIONES EXTRAPENINSULARES: PRINCIPALES CORRIENTES

Pese a la clara continuidad que se manifiesta en la localización y las características de los hábitats y en las estrategias de las actividades primarias, durante buena parte del Bronce Final, o lo que es lo mismo, desde el siglo XIII hasta aproximadamente el siglo X a.C., no se puede contemplar este Horizonte como una etapa de aislamiento, antes al contrario, hay argumentos suficientes para asegurar que la Península se encuentra inmersa dentro de las principales redes de intercambio europeas, unas relaciones que quedan perfectamente reflejadas en los equipos materiales, muy sensibles a las modas que se suceden. Se trata de unos cambios que no quedan restringidos a meros aspectos formales o estéticos, sino que afectan a facetas más profundas como es la tecnología, la ideología o los usos y costumbres. Esta situación queda perfectamente reflejada en las dos facetas industriales de las que poseemos mayor información: la alfarería y la metalurgia.

Concretamente la cerámica muestra novedades sustanciales, tanto en el tamaño y formas de los recipientes, como en el gusto por una ornamentación cada vez más barroquizante que contrasta con la sobriedad de las superficies pulimentadas y lisas que habían dominado los conjuntos del Bronce Antiguo; por su parte la metalurgia presenta cambios formales y tecnológicos muy importantes, a la par que es un perfecto indicador del aumento de producción que se registra. Estos cambios no son similares en toda la Península ya que propician el diseño de un mapa de áreas culturales relativamente bien singularizadas, sin embargo los contactos intrapeninsulares favorecen modas comunes, en los ajueres y, especialmente, en las vajillas y metales, como lo refleja la omnipresencia de las características ornamentales y formales de las vasijas propias de Cogotas I en casi todo el ámbito peninsular, estas coincidencias son fruto de imitaciones realizadas en talleres locales y, en menor medida, por vía de los intercambios.

En el caso de la metalurgia asistimos, también de manera generalizada, a la definitiva sustitución del cobre por el bronce binario o ternario y a la introducción de nuevos tipos y útiles claramente dominados por la influencia de la metalurgia atlántica. Destaca la mayor circulación de metal, la progresiva introducción de objetos bronceos para el adorno personal, los cambios en los procesos de producción, y el desplazamiento de los focos de transformación al concentrarse en lugares de actividad especializada y quedar reducido el trabajo que se realiza en los poblados al moldeado de los objetos.

Las tres grandes corrientes externas en cuya esfera de interacción se va a integrar la Península son: la atlántica, la continental y la mediterránea con una influencia muy dispar en las diferentes áreas culturales. En este contexto, no se pueden marcar campos de influencia cerrados, ni dentro ni fuera de la Península, ya que los amplios intercambios afectan a todas las regiones y grupos del continente europeo, permeabilizando rasgos de diferentes orígenes que propician similitudes de difícil explicación, ya que tampoco se pueden marcar vías de circulación fijas. En este sentido, aunque los contactos con el «círculo atlántico» tienen un claro matiz marítimo, complementado por las comunicaciones fluviales, y la influencia continental parece permeabilizarse por vía terrestre, fundamentalmente, a través del istmo pirenaico y, con bastante probabilidad, por la acción de grupos diferentes, no estamos en disposición de discernir si algunos de los elementos de origen continental llegan por circuitos marítimos o fluviales de la mano de grupos atlánticos y/o son las gentes centroeuropeas a quienes habría que responsabilizar de la difusión de materiales y técnicas características de los fundidores occidentales. De igual manera, tampoco el ámbito mediterráneo se ve libre de permeabilizaciones procedentes de los círculos culturales continentales. Todo ello contribuye a explicar el «aire de familia» o, al menos, ciertas concordancias que se producen entre los diferentes círculos peninsulares.

No obstante, sí pueden matizarse las zonas de mayor incidencia de cada una de las tres corrientes externas; así, toda la fachada occidental se integra plenamente en el «Círculo Atlántico» que extiende su radio de acción hasta el Cantábrico Medio, el Valle del Duero y, en menor medida, el del Tajo, integrando el área nuclear de Cogotas I. Desde el punto de vista del registro material el área de influencia de la corriente atlántica se manifiesta especialmente por un floreciente comercio del metal por el que circula una metalistería de tipos muy específicos que se incorporan a sustratos muy diversos. No existe, sin embargo, una frontera impermeable al radio de acción de este círculo, al contrario y como ya hemos apuntado, en mayor o menor medida, prácticamente toda la Península se verá afectada por su comercio y asumirá su tecnología metalúrgica, es más, en momentos avanzados, hacia el tránsito a la Edad del Hierro, conocemos la existencia de fundidores en la fachada mediterránea que reproducen la tipología atlántica, como es el caso del taller de Peña Negra de Crevillente (González Prats, 1990). Si nos atenemos al volumen de materiales metálicos de tipología atlántica que circulan por nuestro solar, el momento de mayor intensidad de esta corriente hay que situarlo a partir del Bronce Final II (aproximadamente entre el 1100 y el 950 a. C.) y en el Bronce Final III (950-800 a. C.), cediendo hasta quedar en segundo plano tras la introducción del hierro de la mano de los colonos fenicios, a inicios del siglo VIII a. C. Aunque la metalurgia es la faceta más visible de la influencia del círculo atlántico, no es el único aspecto que lo cohesiona ya que hay otras manifestaciones menos tangibles, como las tesorizaciones en forma de depósitos de metales o ciertos ritos vinculados a las aguas. Estas relaciones y contactos del oeste peninsular con los talleres metalúrgicos del occidente europeo no es una novedad sino que hunde sus raíces en el Calcolítico, momento a partir del cual se mantendrán vigentes a lo largo de toda la Edad del Bronce, particularmente en lo que se refiere a las producciones metálicas.

Un aspecto por resolver, de especial incidencia en el círculo atlántico y que llega a afectar a casi todos los grupos peninsulares, son las causas y el origen de la progresiva disminución de los enterramientos que quedan reducidos a casos aislados que, en ocasiones, se manifiestan en inhumaciones de cuerpos en posiciones violentas e incluso desconjuntados. Además, los pocos enterramientos, carentes de ajuares, no se congregan en necrópolis, sino que se depositan en el interior de los espacios domésticos, siguiendo la tradición del Bronce Antiguo/Medio.

El segundo polo de atracción de las relaciones externas es el interior continental, aunque sus consecuencias no siempre sean muy nítidas. Entre los primeros síntomas de las relaciones con la

Europa Central durante el Bronce Final. hay que mencionar la renovación de los conjuntos vasculares que caracterizan a Cogotas I, cuyas diferencias fundamentales con sus precedentes Protocogotas son las morfologías de acusados galbos y pequeñas bases planas y los nuevos diseños ornamentales, particularmente, las series de guirnaldas paralelas; ambos rasgos se imponen de manera relativamente rápida y no encuentran paralelos en la alfarería tradicional, pero sí en algunas producciones centroeuropeas, sin embargo, su presencia no tiene por qué estar ligada a grandes desplazamientos poblacionales esgrimidos en antiguas teorías, sino que más bien parece estar relacionada con la progresiva asimilación de nuevas costumbres y hábitos alimenticios y/o cambios ideológicos provocados por contactos más o menos directos producidos entre pequeños segmentos de la población, a veces de manera muy indirecta. La distribución de los yacimientos Cogotas I podría apuntar al Pirineo occidental como la principal puerta de acceso de los ambientes continentales responsables de esta nueva estética y de otros cambios, como son los gustos por determinados adornos personales metálicos, elaborados posiblemente, en la mayoría de las ocasiones, en talleres locales que encontramos de manera muy puntual.

Pero, sin duda, una de las regiones peninsulares más directamente afectada por las influencias continentales que van calando a través del resto del istmo pirenaico es el noreste. En efecto, a través de las vías que atraviesan las elevaciones más orientales de los Pirineos se filtran algunas de las novedades más profundas de este momento, como son los nuevos ritos funerarios que incorporan la incineración de los cuerpos, fruto del influjo que ejerce el fenómeno de los Campos de Urnas que, desde el corazón de Europa, se extiende hacia las tierras más occidentales, aunque con importantes matizaciones y un cierto retraso. Es el caso de la Península Ibérica, donde las altas fechas esgrimidas para algunas de las necrópolis no tienen justificación en dataciones radiocarbónicas sino que se basan únicamente en paralelos de los equipos materiales, particularmente vasculares, con la poca precisión que ello conlleva. Por esta causa no es posible precisar los momentos iniciales de las primeras necrópolis de Campos de Urnas peninsulares pero es probable que coincidan con el Bronce Final II, en torno al 1000 a. C., momentos en que esta influencia es muy puntual al concentrarse en el prelitoral barcelonés ya que la mayoría de los cementerios con enterramientos de incineración del NE peninsular son manifestaciones tardías cuya generalización se produce ya en el marco del Hierro Antiguo, en coincidencia con la influencia mediterránea que está presente ya en el círculo mailhaciense del Languedoc .

En el resto del NE peninsular la influencia de las gentes continentales está mucho más matizada y se manifiesta sólo en los ajuares domésticos y funerarios, y en especial, en los cambios formales y ornamentales de las vajillas y el instrumental metálico y, pese a la inercia de los investigadores a seguir hablando de «Campos de Urnas», no se producen enterramientos que puedan englobarse en esta categoría. Como en el caso del círculo atlántico, estos contactos tienen sus precedentes en etapas previas siendo especialmente tangibles a lo largo de la Edad del Bronce, a partir de algunos elementos puntuales como vasos polípodos y asas de apéndice de botón (Ruiz Zapatero, comunicación verbal en el II Encuentro de Arqueología de Molina de Aragón, Abril, 2001).

Otro tema recurrente sobre la repercusión de los Campos de Urnas en la Península es el de la eclosión de un nuevo urbanismo que afecta, particularmente, al Valle del Ebro (Cuenca del Segre, Bajo Aragón y Medio y Alto Ebro). Se trata de un fenómeno que rompe con la tradición de asentamientos en llano y abiertos, con estructuras efímeras de planta circular que se distribuyen sin orden aparente en una superficie con muchos vacíos entre cada una de las unidades; en contraposición, el nuevo modelo desarrolla poblados adaptados al tamaño y topografía de la cumbre amesetada de pequeños cerros o cabezos, donde las unidades domésticas, de planta rectangular, se adosan unas a otras a lo largo de todo el perímetro, dejando en el centro un espacio común abierto (calle o plaza).

La mayoría de estos poblados debieron de fundarse en los siglos IX-VIII a. C., coincidiendo con un fenómeno generalizado de estabilización de la población que se produce en toda la Península casi en sincronía con los comienzos de la Colonización fenicia. Dicha estabilización tiene manifestaciones distintas y supone el inicio de una regionalización, al menos desde el punto de vista de los modelos urbanísticos, frente a la relativa homogeneidad del Bronce Final. La coincidencia de este fenómeno con la fijación de la población en casi toda la Península Ibérica, no aconseja hacer responsables del mismo a los Campos de Urnas, máxime cuando el modelo aquí desarrollado no tiene paralelos claros en su área de origen.

Un problema distinto lo representan los contactos con pueblos de la cuenca mediterránea, ya que en este caso parecen haber sido algo más puntuales y, en principio, de menor trascendencia en los cambios que se operan en la Península, pues aunque parece ya probada la existencia de un comercio bastante activo por vía marítima, desde tiempos muy tempranos, centrado en determinados objetos y sustancias que se manifiesta, sobre todo, a través de objetos metálicos de prestigio u ornato y envases cerámicos desde tiempos muy tempranos, sin embargo todavía no hay una base suficiente para hablar de un verdadero horizonte de precolonización, al menos con anterioridad al cambio de milenio. Pese a ello, cada vez son más los objetos metálicos conocidos, aparecidos en ambientes de puntos muy distintos de la Geografía peninsular que, procedentes de talleres mediterráneos, debieron de llegar por diversos circuitos comerciales, a ellos se unen contenedores cerámicos, también de procedencia mediterránea llegados como envases de sustancias perecederas (Martín de la Cruz y Perlins, 1994). Estos contactos e intercambios comerciales tienen su culminación a partir del inicio del primer milenio, cuando los bronceístas mediterráneos y atlánticos amplían sus circuitos e intercambios dentro de una red en la que la Península Ibérica juega un papel estratégico de primer orden. Sin embargo hay que llamar la atención sobre la posibilidad de que algunas de las piezas consideradas importaciones sean imitaciones locales, producto de contactos, quizás más profundos que los que suponen las meras transacciones comerciales, ya que implican la adquisición de nuevas técnicas y la elaboración de productos que responden a unas necesidades y a una estética distintas a las requeridas por la mera tradición local.

Dentro del equilibrio entre tradición e innovación que representa el Bronce Final la nota más destacada es el proceso de estabilización de la población que afecta a la mayor parte de los grupos y círculos culturales peninsulares, fenómeno que cristaliza en el tránsito de los siglos IX a VIII. a. C. y por tanto, a inicios del Hierro Antiguo mostrando manifestaciones muy distintas, entre las que destacamos las siguientes:

- a) Poblados de casas circulares realizadas inicialmente con un gran predominio de materiales vegetales, a los que posteriormente se va incorporando en proporciones paulatinamente mayores, el barro, estas estructuras se distribuyen sin aparente orden. Estas características son coincidentes en Horizonte Soto del Valle del Duero y en los primeros castros del occidente peninsular, aunque estos últimos suelen poseer ubicaciones más dominantes y persisten en el uso predominante del material orgánico lo que explica el que apenas existan huellas de las estructuras.
- b) Hábitats con estructuras rectilíneas, cuadrangulares o rectangulares, adosadas entre sí y dispuestas perimetralmente en torno a un espacio común abierto (calle o plaza) que facilita la circulación. Este modelo se extiende por buena parte del Valle del Ebro.
- c) Establecimientos de estructuras rectilíneas adosadas entre sí creando barrios apiñados con una alta concentración de arquitecturas que forman entramados reticulares, son propios de las colonias fenicias y pronto se difundirán por su hinterland en el extremo meridional peninsular.

El proceso de estabilización, del que son consecuencia estos nuevos modelos de poblados, es prácticamente sincrónico en toda la Península y coincide con los momentos finales y más activos de la metalurgia atlántica, episodio en el que hay que situar algunos de los principales castros portugueses relacionados con esta actividad como los de Nossa Senhora da Guia y Santa Luzia, entre otros (Senna, 2000), así como a los primeros grupos del Horizonte Soto también «responsables de una fecunda producción broncea ...coincidiendo con el momento de apogeo de la metalurgia atlántica, que personaliza, como es sabido, el horizonte Baioes/Vènat» (Delibes *et alii*, 1999, 180); así mismo en el sur y el levante este fenómeno de fijación de la población está relacionado con la presencia de los pueblos históricos mediterráneos, cuyos patrones urbanísticos se van imponiendo. Algo más compleja se nos antoja la etnogénesis de este proceso en el Ebro, sin paralelos próximos, en ambientes transpirenaicos, pese a que los equipos materiales llevan a grupos de tradición de Campos de Urnas.

LAS CUENCAS DEL DUERO Y TAJO: EL HORIZONTE COGOTAS I COMO REFERENCIA

El Bronce Antiguo y Pleno como punto de partida

Aunque se conocen algunos asentamientos, pertenecientes a este horizonte, de cierta envergadura y dilatada ocupación como el de Parpantique (Jimeno *et alii*, 1988), los hábitats más frecuentes son los situados en las terrazas bajas, caracterizados por su limitada duración y por la abundancia de «silos» o fosas excavadas en el subsuelo que se distribuyen de manera aparentemente aleatoria dentro de los espacios domésticos. Estos silos, a diferencia de las cubetas y hoyos precedentes, tienen ya una capacidad importante (entre 1 y 1'5 metros de diámetro por otro tanto de altura) similar a la que ofrecen los del Bronce Final y algunos de ellos se excavaron para servir de tumbas de inhumación individuales o dobles, acogiendo el cuerpo en posición lateral y encogido, unas veces cuidadosamente colocado en una hornacina abierta en la parte baja de las paredes, otras (particularmente en el caso individuos infantiles) dentro de una tinaja o pithos y en ocasiones directamente en el fondo de la fosa.

El equipo material incluye una industria lítica con frecuencia sobre soportes laminares, una metalurgia destinada sobre todo a pequeños útiles, fundamentalmente de cobre, y una alfarería de superficies lisas y con buenos espatulados, cuyas morfologías se caracterizan por los perfiles de carenas medias o bajas y las bases convexas. Estos conjuntos industriales, al igual que las fórmulas funerarias, admiten paralelos muy claros con el mundo argárico.

Tras el Bronce Antiguo, se ha identificado un segundo horizonte denominado Protocogotas cuyos asentamientos pueden, o no, coincidir tanto con los del Bronce Antiguo, como con los del Bronce Final –Cogotas I– dando lugar a estratigrafías horizontales en aquellas zonas donde se superponen estructuras y silos correspondientes a distintos momentos. Estos establecimientos y los enterramientos que acogen siguen presentando características similares a las de los poblados del Bronce Antiguo. Por otra parte, la reiterada confirmación de que algunos «hoyos» se perforaron coincidiendo con los precedentes se ha interpretado en el sentido de abandono temporal, más o menos largo, y de reocupaciones discontinuas.

Este horizonte Protocogotas está bien fechado en torno a los siglos XVI-XV a.C. y el equipo material que lo caracteriza está representado por una industria lítica con una menor presencia de las matrices laminares, una metalurgia, tipológicamente similar a la precedente, pero con progresiva incorporación de los bronceos binarios y presencia de armas y por una cerámica que mantiene una morfología también próxima a su antecesora, aunque de carenas más altas, pero se distancia de ella

por el gusto a las superficies ornamentadas con técnicas de incrustación, básicamente incisiones e impresiones, que crean motivos sencillos entre los que predominan espiguillas, zig-zags, triángulos rellenos y círculos. Se trata sin duda de un verdadero horizonte bisagra entre el Bronce Antiguo y Final al participar de características de ambos.

COGOTAS I COMO REFERENTE DEL BRONCE FINAL PENINSULAR

El Bronce Final en el área nuclear de Cogotas I coincide, casi con precisión, con el desarrollo de este Horizonte y sus características cerámicas sirven como auténtico elemento para identificar este momento en la mayoría de las áreas culturales. La localización y características de los asentamientos Cogotas I, así como su limitada duración coinciden con los rasgos que ofrecen los establecimientos precedentes en los que hunde sus raíces, sin solución de continuidad, y constituyen los mejores exponentes de los hábitats del Bronce Final a los que hemos hecho referencia. Siguiendo la tradición, las *terrazas bajas* de las cuencas sedimentarias son los lugares de preferente ocupación, en especial los puntos situados junto a la confluencia de un río principal con un curso secundario. Así mismo se mantiene la relativa movilidad de los grupos, posiblemente dentro de un territorio controlado, lo que se ratifica por la existencia de sucesivas reocupaciones de un mismo lugar, cuyo espacio doméstico sólo coincide en parte de la superficie. Es un modelo, con el que, en términos generales, se identifica la base social y económica de las poblaciones agropecuarias de bajo rendimiento no plenamente sedentarizadas, pero bien adaptadas al territorio, ganando tierras al matorral y al bosque. Desde el punto de vista de la investigación, plantea serias dificultades para estimar la densidad demográfica de conjunto, el tamaño de las agrupaciones secuenciales en los hábitats (la extensión lineal puede superar los 500 m) e incluso el ritmo de variabilidad temporal, circunstancias que hay que hacer extensibles a la mayoría de los grupos que ocupan el interior peninsular a lo largo de todo el II milenio.

Como en el resto de los círculos culturales del Bronce Final no faltan los asentamientos en *alto* con una doble variante: *cumbres de cerros* o *escarpes en laderas*, esta última que ha de entenderse como extensión esporádica de los dos modelos principales hacia ambientes que se aproximan o enclavan en la sierra, ocupando pendientes con importantes desniveles, bien al socaire de abrigos o al aire libre; responde a asentamientos muy puntuales, de corta duración, en sitios de difícil acceso, lo que explica su abandono definitivo o la escasa entidad de su presencia. El alcance territorial de los asentamientos en cumbre amesetada, no fortificada y con estructuras en hoyos y alzados efímeros, ratifica la estratigrafía horizontal en aparente sincronía con las ocupaciones en fondos de valle. Algunos de estos lugares ubicados en los paisajes más quebrados, pueden estar relacionados con el control de pasos naturales en el cambio de vertientes, cabeceras de aguas, vados o valles de amplia visibilidad. Los materiales de estos asentamientos en cerros son de amplia cronología y evidencian una presencia humana dilatada en el tiempo, pero no sabemos si la extensión del hábitat ha de interpretarse como una ocupación continua, desplazando las viviendas dentro de una misma área o discontinua con itinerancia/estacionalidad dentro del territorio.

En cualquier caso y hasta donde sabemos, el patrón de asentamiento no está determinado por la directa interrelación entre yacimientos en llano en torno a un poblado en alto, sino por la coyuntura de los accidentes geográficos y los recursos hídricos, privando la extensión frente a la concentración, sin ninguna presión por la explotación de la tierra o la obtención de materias primas, entre ellas cobre y estaño en las afloraciones polimetálicas de los sistemas montañosos y la sal para el ganado y otras necesidades humanas. Desde el punto de vista social, la unidad arqueológica de Cogotas I en ambas Mesetas puede explicarse por vínculos de parentela entre grupos/clanes insertos en amplias redes regionales con fluidez de contactos, salvando la apariencia engañosa de las barreras naturales.

Dos aspectos destacan en el complejo mundo de las prácticas que atañen a la esfera cognitiva: la ausencia de enterramientos normalizados y la existencia de depósitos aislados de piezas metálicas. En cuanto a las manifestaciones funerarias (Esparza, 1990 y González Tablas, y Fano, 1994), Cogotas I parece prolongar, aunque rarificándolas, algunas evidencias presentes ya en la etapa Protocogotas (Blasco *et alii*, 1991, 63-64) dentro de los ambientes domésticos, tales como singularidad de las inhumaciones; en cambio, como novedad, encontramos la presencia esporádica de despojos humanos entre rellenos de desecho (depósitos secundarios) y huesos desmembrados o porciones en conexión anatómica (Martínez Navarrete y Méndez, 1983). Esta ausencia de enterramientos provoca la carencia de ajuares y la consiguiente falta de metales contextualizados ya que su presencia en ambientes domésticos es muy minoritaria, pero esta circunstancia que se ve compensada por la práctica de los grupos cogotianos, especialmente de la Meseta Norte, de ocultar depósitos con objetos metálicos muy heterogéneos en tipos y volumen, siguiendo una costumbre común a los territorios integrados en el círculo atlántico, cuyo significado se nos escapa.

Respecto a la explotación de la tierra, los escasos diagramas botánicos (López, Coord., 1997, 150 y ss.) representativos del hábitat en alto (Cerro del Ecce Homo) y en ribera (Caserío de Perales) documentan un paisaje altamente antropizado con deforestación progresiva en favor del cultivo de regadío de variadas leguminosas (entre ellas *Fabaceae*) en ambiente ripario, (de 15 a 20 % en El Caserío de Perales) y de cultivos no muy extensos de cereales (trigo y cebada desnuda) en áreas de secano más alejadas de los yacimientos, con alta representación de *Cichorioideae* y especies nitrófilas, que apuntan a la cercanía de campos de cultivo y pastizales, de neto dominio en Ecce Homo. Además del aprovechamiento de recursos vegetales silvestres como la bellota existe la posibilidad del cultivo de olivos y nogal, especies autóctonas.

A falta de un estudio faunístico de conjunto, se puede generalizar la importancia del ganado ovicaprino (más ovejas que cabras), seguido del vacuno, con posible uso para la tracción, documentada en la zona, a través de las deformaciones óseas, desde el Bronce Antiguo (Blasco y Barrio, 1986). Los cerdos están representados por animales relativamente jóvenes y, siempre en minoría, aparecen caballos y perros. La caza no es desdeñable (ciervos, conejos, jabalíes y algún ejemplar de lobo y oso) y está más representada que en los yacimientos del Hierro.

Dientes de hoz, molinos de granito, moladoras/machacadores, así como vasos colador o «queseras» forman parte del equipo de explotación vegetal y transformación de alimentos y las pesas de telar u otros restos atestiguan la producción textil y el trabajo de fibras y trenzados vegetales. En general, las industrias lítica y ósea, excesivamente monótonas y prácticas, aportan pocas novedades salvo su continuo y prolongado decaimiento. En el resto del equipo material destaca, por su volumen, la cerámica cuyas series más toscas son continuistas, mientras que las más finas muestran diferencias notables con la fase Protocogotas. En el aspecto técnico predominan las superficies espatuladas o bruñidas y es sensible la reducción del grosor de las paredes, además de detectarse cambios funcionales o de «servicios», por el aumento de tamaño de una serie de recipientes que agigantan la forma de cazuela.

Si las siluetas de la etapa Protocogotas derivan de los perfiles más característicos de los vasos lisos del Bronce Antiguo peninsular, con marcada línea de carena, a mayor o menor altura, diferenciando en la parte inferior un cuerpo de paredes convexas, con el avance de Cogotas I se impone, en todos los ambientes, una silueta marcadamente sinuosa al contraponer a la parte alta del cuerpo, con marcado galbo convexo, una zona baja de paredes cóncavas y base extremadamente reducida en proporción a la capacidad y las medidas; además, el repertorio cerámico se enriquece con nuevas formas como las jarras con asa, de boca circular o lobulada y los soportes en clepsidra para

estabilizar recipientes, piezas estas últimas minoritarias en el volumen de cerámicas, pero importantes como indicadores de contactos extrarregionales y del dinamismo de Cogotas I.

Estas novedades ajenas al bagaje tradicional, están acompañadas, además, por cambios significativos en técnicas, motivos y sintaxis ornamental, cambios que podrían resumirse en tres palabras: creciente barroquismo y heterogeneidad. Así, aun continuando la tradición de decorar internamente los bordes y situar la decoración exterior en la parte alta del vaso, se advierte el avance progresivo de la decoración hacia la base, marcando la arquitectura del recipiente. Como novedades de las técnicas ornamentales cabe señalar el dominio y amplitud de profundas excisiones y anchas acanaladuras de fondo muy irregular, la impresión de cuerdas, el boquique (punto en raya), líneas cosidas (o «alambre de espino») o el puntillado...; por otra, en las etapas finales proliferan las incrustaciones de coloración postcocción y la organización de los motivos en frisos a base de un dinámico y novedoso repertorio: «doble hacha» (medias lunas contrapuestas, el doble o simple círculo trazado con diferentes instrumentos; están presentes también exageradas estrellas o triángulos rayados, las guirnaldas, o los grandes círculos a modo de bullones o «jibosidades» (Delibes *et alii.*, 1990) etc.

Este cambio ornamental no parece casual y autónomo sino fruto de la reinterpretación de una moda europea que toma cariz de variable cultural dentro de Cogotas I al responder a unos esquemas reiterados y a unos patrones estéticos identificadores y reconocibles. Un buen parangón para las modalidades ornamentales se halla en la vajilla de los ambientes de CCUU de Europa Central, especialmente en zonas alpinas y en el entorno suizo de Le Bourgette así como en la decoración de la metalistería destinada a adornos personales. Ante estos paralelos forzosamente hemos de mirar a Europa, no en el sentido de reivindicar viejas teorías, sino con objeto de valorar préstamos e intentar comprender la recreación de aspectos de larga trayectoria y difusión, en un momento en que, como ya ha quedado dicho, la Península está unida a circuitos mediterráneos y atlánticos y a los contactos continentales.

Bullones y perfiles cóncavos arrancan tímidamente en el Ha A y despegan en el Ha B de las regiones austro-bávaras y renano-suizas, extendiéndose hacia Francia y los Alpes, alternando o complementando motivos como los reseñados para Cogotas I, con técnicas muy próximas, a las que se unen como realce de las superficies el color (hematites y grafito), láminas de estaño u otras materias que alcanzan su máxima expresión durante el tránsito y comienzos del Ha C (Werner, 1987). Pero es en la decoración de los objetos de metal, extendidos desde el Norte de Europa hasta el Atlántico, tanto en ambientes incineradores (Chertier, 1976) como en la prolongación de los túmulos (Brun, 1986, lám. 6, 66, *passim*) donde se reitera el motivo de las medias lunas o arcos contrapuestos en metopas separadas por líneas transversales o trazando losanges. El mismo camino han debido recorrer los círculos impresos, motivos que alcanzan cierto favor técnico en ambientes alpinos y en las cerámicas tardías del Grupo Gündlingen-Ossingen-Singen (SE de la Cuenca de París) (Brun, 1986, lám. 68) y coincidiendo su plena difusión en las cerámicas y objetos de metal europeos del Hierro Antiguo.

Estas analogías entre Cogotas I y las modas ornamentales europeas en su conjunto, han de considerarse derivadas de un flujo transpirenaico, fruto de las corrientes que, procedentes de Europa Central, alcanzan el occidente europeo, no tanto por extensión desde el NE español, donde los contactos transpirenaicos tienen reflejo en una alfarería con características muy distintas, sino por los Pirineos Occidentales o Medios, como parece testimoniar la fuerza del estilo cerámico de Cogotas I en el Ebro Alto y Medio (Rodanés, 1995; Abarquero, 1999, 123) y la integración de todas las novedades señaladas en la prolongación del área nuclear de Cogotas I. Estas recurrencias hacen pensar, con independencia de pequeñas migraciones, que desde los ambientes renanos o suizos

existieron redes interregionales que llegaron a formar una auténtica arteria, enlazando el Centro/Occidente francés con el Atlántico y con el Ebro, circuito que explicaría asimismo la antigüedad alcanzada por la «pintura» al grafito en Alava y Ebro Medio (Werner, 1997, 98).

Entre las formas más singulares destacamos los tres soportes en forma de carrete: arenero madrileño de Valdivia (Pérez de Barradas, 1931-32); fragmentos de Cerro del Padrastro en Santamera, Guadalajara (Valiente, 1992, 18) y ejemplar del yacimiento burgalés del Alto de Yecla en Silos (Almagro, 1975, 209), los tres comparten la misma ornamentación: llamativa línea quebrada en un campo exciso y línea cosida. Esta sencilla forma de soporte no cuenta en la región con tradiciones que presupongan antecedentes locales, bien al contrario, el modelo ha debido llegar con la extensión de este tipo de pieza durante el Bronce peninsular avanzado (bronce tartésico y bronce final del Sudeste) y etapa orientalizante. La forma presente en Cogotas I se corresponde con el grupo 3b, sin anillo en el estrangulamiento (tartésico pleno), de la clasificación de P. Gasull (1982) y la incorporación al bagaje cerámico de Cogotas I hemos de aceptarla como un préstamo más de los influjos mediterráneos en la Meseta, ya sea desde el SW, o quizás desde el Levante, pues un soporte sin anillo, profusamente decorado con incisiones (incluido por Gasull en su grupo 4), procede de Los Saladares (Vinarragell, Alicante) en un momento de pleno cambio cultural, posiblemente en el tránsito o inicios del Hierro I. No sabemos si la adopción se debe únicamente a la necesidad de estabilizar los recipientes de precaria base o a la introducción de ceremonias y servicios de mesa, comunes a distintas áreas.

Valoradas las novedades cerámicas, hay que insistir en que la tradición local, sin ninguna ruptura, pesa tanto en la producción de recipientes comunes, como en la persistencia de algunos temas, como los zig-zags, punteados, etc., aunque, en general, se asocian a otros motivos para crear composiciones más abigarradas y dar cabida a la combinación de las distintas técnicas con la incrustación del color, así como a nuevas formas, todo ello fruto de nuevos usos y modas en los que influyen, tanto los contactos con otros grupos peninsulares como extrapeninsulares.

La metalurgia por su parte, ayuda también a comprender la personalidad de Cogotas I así como la amplia extensión territorial sobre la que se extiende su área nuclear y la presencia en casi toda la Geografía Peninsular de sus cerámicas. Como ya puso de relieve el Prof. Fernández Manzano (1986), la mayoría de los depósitos metálicos, particularmente abundantes en la Meseta Norte, vinculados al círculo de los talleres atlánticos, son contemporáneos del Horizonte Cogotas I, en un momento en el que «el poblamiento todavía no era definitivamente sedentario» (Delibes *et alii*, 1976, 1999). Frente a las etapas previas, no se atestiguan indicios del procesado del mineral en los hábitats, pero sí existe el transporte de algún lingotillo, como el raro ejemplar de plomo en forma de «media hacha plana», fundido en una sola valva (Fábrica de Ladrillos, Getafe) y están presentes moldes para fundir hachas planas (Carricastro, Tordesillas y La Fábrica de Ladrillos, Getafe) o lanzas (Piedrahita, Mucientes) (Delibes *et alii*, 1999, 176).

Además la analítica ratifica la continuidad de excelentes bronce binarios y también ternarios, con la sospecha de hornos más avanzados (Blasco y Rovira, 1992/93). En cuanto a los productos acabados, siguen estando presentes, cada vez en mayor número piezas de tipología arcaica como varillas y punzones biapuntados, hachas planas, o puñales de roblones en aleaciones binarias, pero ocasionalmente acompañados de elementos de función más novedosos como las anillas abiertas, con analogías en el depósito de Vènat y elementos de adorno personal. Además de las conocidas fíbulas de codo y «ad occhio», los alfileres o el pesado brazalete de bronce con buen porcentaje de estaño procedente de la Muela de Alarilla fragmentado en dos con recargada decoración geométrica a buril, posiblemente vinculado a la dispersión de ornamentos que por vía atlántica penetran en la Meseta (Fernández Manzano, 1986, *passim*). Su sección triangular es propia de los primeros momentos del

B.F. I (entre otros ejemplos, depósito de Clans, Provenza: Lagrand, 1976, 454) Velluire (Massigny, Vendée).

PROBLEMÁTICA DEL AGOTAMIENTO DE COGOTAS I: LA FRAGMENTACIÓN CULTURAL

No tenemos dataciones precisas que guíen el devenir temporal en el que se produce la liquidación de Cogotas I y su tránsito hacia otros horizontes, una carencia a la que se suma la ausencia de estratigrafías bien definidas que nos privan de conocer cómo se produce un cambio que, a todas luces, resulta muy radical. Pero sí sabemos que en las postrimerías del Bronce Final el área nuclear de Cogotas I va a sufrir una escisión provocando la fragmentación en dos áreas coincidentes, en términos generales, con cada una de las dos cuencas que, a partir del siglo IX a. C., tendrán procesos paralelos e incluso, en algunos aspectos, divergentes.

Así, el Valle del Duero se ve inmerso en una rápida y profunda transformación orientada a la fijación de la población en poblados estables abandonando las alquerías características de Cogotas I. Como ya hemos apuntado, estos poblados, generalmente de nueva planta, aunque no muy lejanos a los territorios tradicionalmente ocupados, se caracterizan por el desarrollo de una arquitectura mucho más sólida en la que inicialmente todavía domina el empleo masivo de material orgánico y barro, éste en proporciones crecientes, a la par que los ramajes y cañas son sustituidos progresivamente por troncos de mucha más envergadura. Esta arquitectura hunde sus raíces en la tradición aunque adaptando nuevos materiales. Las plantas de las estructuras, inicialmente circulares, recordando las cabañas de cierres curvilíneos, irán evolucionando de forma gradual hasta la plena adopción de la planta rectangular o cuadrangular. Pero quizás el hecho más destacable sea la fijación de la población en puntos estratégicos donde se observa una continuidad de ocupación a lo largo de varias centurias, provocando potentes estratigrafías. En estos poblados aparecen restos de hornos y moldes para la elaboración de objetos metálicos, lo que ha servido para «tachar a las gentes de El Soto como los más conspicuos fundidores de bronce en la Meseta (Delibes *et alii*, 1999, 182)

Pero mientras la Meseta Norte constituye «una provincia atlántica» plenamente estabilizada, el sector cogotiano del valle del Tajo, aunque muestra signos de cambios sustanciales en la localización de los hábitats y en la total renovación de los equipos materiales, sigue manteniendo un poblamiento en pequeñas aldeas de carácter semipermanente, con estructuras efímeras, cuya diferencia sustancial con las ocupaciones de Cogotas I es la ausencia de fosas o silos. Sólo en el Alto Tajo, coincidiendo con lo que posteriormente será la Celtiberia se produce un temprano proceso de fijación de la población al territorio en aldeas estables, con un trazado urbano ordenado y con una arquitectura rectilínea con plantas de tendencia rectangular, que encuentra su paralelo en el valle del Ebro.

La periferia de Cogotas I

Mientras por el Norte y el Oeste Cogotas I se prolonga hasta los territorios propios del círculo atlántico del que, como ya hemos apuntado, es una provincia más, al menos, el sector correspondiente al Valle del Duero, las áreas limítrofes de la cuenca del Tajo, presentan una situación bien diferente:

En la Mancha Baja no sabemos realmente qué grupo cultural sucedió al Bronce Manchego y evidentemente no podemos aceptar el vacío poblacional. Ocasionalmente se menciona algún material del Bronce Tardío, caso del nivel 3 de la Motilla de los Romeros en Alcázar de San Juan (García Pérez, 1987) poco esclarecedor y se puede sospechar la dispersión/segmentación de las ocupaciones hacia zonas de valle difíciles de detectar (Casa de Rana en la terraza del Jabalón en Valdepeñas

podría ser uno de estos asentamientos). En estos ambientes, las cerámicas de Cogotas I en yacimientos como el de la Plaza de los Moros de Malagón o en el Cerro de Alarcos, deben corresponder a un momento final de esta cultura, siempre impreciso (Nájera, 1984, 24). Esta casi absoluta falta de datos refleja, sin duda, la dificultad que supone la identificación de los yacimientos de este momento caracterizados por la escasa entidad de los restos que generan los asentamientos.

En momentos tardíos correspondientes al tránsito a la Edad del Hierro, en torno al s. VIII, a tenor de la presencia de ciertas variantes en las decoraciones de las cerámicas (entre ellas las incrustaciones de metal), se produce un desplazamiento hacia los bordes de Sierra Morena, buscando la incorporación estratégica en los circuitos económicos potenciados por las relaciones mediterráneas y la explotación minera del Valle de la Alcudia, momento en el que el reborde de Despeñaperros, en la provincia de Ciudad Real, se benefició de la situación topográfica por quedar dentro del hinterland tartésico o estrechamente en contacto y abierto a la circulación hacia ambas Mesetas y la Alta Andalucía, uniendo por vía terrestre el Sudoeste y el Mediterráneo.

En la provincia de Cuenca la bibliografía menciona la presencia de Cogotas I en unos pocos yacimientos del Bronce Final, dispersos por una extensa zona, desde la margen izquierda del Tajo hasta el Júcar. Se trata en mayoría de yacimientos en alto (muelas u oteros) de larga y discontinua ocupación y dudosa estratigrafía, lo que hace sospechar de asentamientos *ex novo* o de reocupaciones, tras un prolongado hiato, de los mismos emplazamientos en que se habían asentado poblaciones del Calcolítico/Bronce Antiguo y que seguirán siendo habitados en un momento indeterminado del Hierro antiguo o avanzado. En todos los casos donde se mencionan materiales de Cogotas I, los yacimientos en alto, no lejos de los ríos, gozan de las ventajas de visibilidad y dominio de los caminos, coincidiendo también en el destacado papel de avanzadilla y vigía de estos mismos cerros en época medieval, circunstancia que ha perturbado la conservación de las reiteradas ocupaciones y ha favorecido el «revuelto» de los vestigios y, por consiguiente, la indiscriminación de materiales (superficiales o sin contexto preciso) dificulta el diagnóstico sobre el momento que nos ocupa.

En un expurgo bibliográfico de noticias, se identifican materiales de Cogotas I (decoraciones impresas, incisas, excisas y plásticas) y presencia de un Hierro antiguo indeterminado (¿sucesión? ¿transición cultural?) en dos yacimientos de la cuenca del Tajo: Castillo de Huete y Cerro del Otero en Caracenilla. Una vez más el momento final de los conjuntos con Cogotas I permanece oscuro, aunque la situación y características de algunas de estas cerámicas abonan por prolongar la Cultura de Cogotas I del Alto Tajo hasta estos ambientes y, con más dudas, hasta el interesante y estratégico nudo de comunicación representado por el Cerro de la Virgen de la Cuesta en Alconchel de La Estrella, junto al Záncara (Alto Guadiana); Pico de la Muela o cerro de los Tesoros (Valera de Abajo) en la Hoz del río Gritos, tributario del Júcar, podría ser otro de estos asentamientos de Cogotas I, emplazado en la transición Mancha/Serranía junto a una vía natural que enlaza con la de Albarracín y su serranía (Teruel).

Hemos dejado para el final de este apartado el más documentado y complejo de todos los yacimientos conquenses de este momento: el yacimiento serrano de Las Hoyas del Castillo en Pajaroncillo, junto a una de las hoces del Cabriel, afluente del Júcar. Su excavación ha documentado una larga ocupación y actividad metalúrgica con cerámicas de Cogotas I estratificadas en diferentes niveles y desde hace años se conoce en las proximidades, una problemática y densa necrópolis tumular.

El asentamiento, con altura superior a 1000 m, se sitúa en una escarpada vaguada (las Hoyas) tendida entre el propio cerro del Castillo y otro peñón más bajo, lindando con el precipicio que encaja al Cabriel y con amplio dominio visual de la necrópolis y de los caminos que discurren a los pies del yacimiento. Los excavadores (Ulrich *et alii*, 1993 y 1994) diferencian una larga estratigrafía

(«escombros ordenados estratigráficamente») que arranca del Calcolítico y llega hasta el Hierro II, culminando con una ocupación islámica.

El momento que nos interesa (al menos las cerámicas de estilo Cogotas I) se corresponde con los niveles 6 a 12, afectados por derrumbes o aplanamientos formados reiteradamente por capas de carbones y barros descompuestos. Se evidencian alineaciones de piedras o muros curvilíneos y otros muros adosados en el corte 5, así como «un muro de piedra arenisca completamente derrumbado en un contexto de Bronce Tardío» (Ulreich *et alii*, 1994, 112), insistiendo en que las caras exteriores de estas alineaciones curvas de piedras son similares a los de los túmulos que se encuentran a 1 Km. de distancia (1994, 117).

Las cerámicas de los estratos 7 y 8 presentan la novedad de incisión, puntillado y excisión, pero formas y diseños (ajedrezados losángicos punteados), asas y mamelones se alejan de lo común de Cogotas I, si bien una cazuela lisa con borde entrante guarda cierto parecido formal, incluida la carena alta y el perfil cóncavo, muy suave, del cuerpo inferior. Sin embargo, las cerámicas del estrato 9 son una eclosión del barroquismo de las técnicas de Cogotas I aun cuando los perfiles son más redondeados y bocas y cuellos tienden a cerrarse (la fecha C14: 3050 $\pm$ 50 b.p. es 200 años más moderna que la del estrato 6. La actividad metalúrgica sigue presente en este y en el siguiente estrato. El nivel 11, representa el momento de ruptura, en el lote de materiales procedente de él se constata la desaparición de las técnicas de boquique y puntillado, un fragmento asocia la excisión a círculos estampillados, en otro un zig/zag exciso acompaña triángulos incisos enrejillados..., en fin, novedades que los autores relacionan con materiales del Bajo Ebro, especialmente con los de Roquízal del Rullo (Zaragoza).

Respecto a la necrópolis tumular del Pajaroncillo (Almagro Gorbea, 1973), perfectamente visible desde el hábitat y a un Km de distancia de Las Hoyas, se diferencian, en principio, dos grandes espacios con tumbas adaptadas a la topografía, sin que quede claro si son dos áreas socialmente separadas o necrópolis sucesivas en el tiempo. El cementerio más extenso (cerca de 120 túmulos, no excavados en su totalidad) recibe el nombre de Hoyas del Castillo; tras un vacío considerable y hacia el Oeste, se sitúa el conjunto de Los Tesoros, formado por tan sólo 7 túmulos monumentales que no han deparado ningún material. Los restos antropológicos recuperados son muy escasos y no se puede asegurar la práctica de la cremación.

Los ajuares debieron ser magníficos, pues a pesar del exhaustivo y reincidente expolio, 9 túmulos han proporcionado adornos personales, sorprendiendo, proporcionalmente, la naturaleza, calidad y cantidad de los hallazgos metálicos; entre ellos 16 piezas de oro (cuentas, anillo y colgante); 2 aros de plata; 7 brazaletes de bronce y otros tantos adornos más menudos, además de un posible mango de sección ochavada y cuentas de vidrio, ámbar y otros materiales. Por contraste, el resto de hallazgos es de escasa entidad: un diente de hoz en forma de D y algún fragmento cerámico a mano de los que sólo 3 son algo significativos.

La reciente consideración de integrar el anillo áureo (Fig. 7, 5) del túmulo 84 en la orfebrería Villena/Estremoz (Armbruster, 1994 y Pingel, 1995) que, por una serie de reconsideraciones, también encaja cronológicamente con el desarrollo del periodo III de Montelius (Lucas, e.p.), además, hacia estas fechas, anteriores al primer milenio, remiten las cuentas laminas de oro y la cuenta de vidrio del túmulo 19 (Fig. 7, 7), que, sin ninguna duda, es una cuenta de ojos de origen egipcio, formada por simples óculos superpuestos de fácil desprendimiento y fechada, según Eisen, entre 1500 y 1070. (Ruano, 2000, 30, 36: tipo G de Eisen). Basten estos datos, como muestra de coetaneidad entre el funcionamiento del hábitat de Las Hoyas, vinculado a ambientes de Cogotas I, y la necrópolis tumular, con independencia de su prolongación temporal y del/los ritos funerarios.

En cualquier caso, el número de tumbas, la gran riqueza vislumbrada en los ajuares, el trabajo invertido en las estructuras y la organización espacial delatan que estamos ante una extensa necrópolis que pudo durar varias generaciones y, lo más importante, ante una sociedad jerarquizada y estructurada en rangos, estable en el territorio y económicamente potente, con bienes móviles suntuarios y de alta tecnología, contrastando con lo que cabría suponer para este territorio con anterioridad al Hierro II. La ganadería y la riqueza del monte, y quizá la sal, pudieron tener más peso que la agricultura en las estrategias económicas, junto a la metalurgia y la posición de control de las vías hacia la Serranía de Albarracín, interior de la Meseta y la costa. Sean cuales fueren las bases que cimentaran los mecanismos sociales, hábitat y necrópolis aseguran que en el avance del Bronce Final existió un despegue sociopolítico de envergadura en un grupo regional emparentado con Cogotas, cuya fortaleza debió mantenerse hasta entrado el Hierro I.

La fachada septentrional

Es una de las áreas del Bronce Final peor conocidas ya que prácticamente toda la información disponible procede de hallazgos descontextualizados. No obstante dentro de esta amplia franja, no hay tampoco una uniformidad en la calidad y en la cantidad de la información ya que mientras en Asturias prácticamente todos los datos con los que contamos provienen de la industria metálica, estrechamente vinculada a los talleres atlánticos, en cuya esfera debió de estar integrada gracias a la existencia de minas dentro de su territorio, el territorio cántabro y la zona costera del País Vasco quedan bastante al margen de la producción y tan sólo reciben, esporádicamente, objetos metálicos de tipo atlántico como las hachas de talón, fruto de un comercio que tampoco parece ser excesivamente voluminoso.

Las relaciones con la Cuenca del Duero y, en consecuencia, con el área nuclear de Cogotas I se manifiestan, tanto por la importancia y número de los depósitos de piezas metalúrgicas de tipo atlántico existentes en los rebordes meridionales de la Cordillera cantábrica (Delibes *et alii*, 1999), como por la presencia de cerámicas con decoraciones tipo «Cogotas I», en esta región y, muy especialmente, en la zona alavesa, (Llanos, 1993).

Ni en Asturias ni en Cantabria contamos con datos sobre asentamientos ni del Bronce Final ni de inicios de la Edad del Hierro, pero a la escasa envergadura de los yacimientos de este momento que hace difícil su localización, se suma su enmascaramiento debido a la potente cobertura vegetal. Por otra parte, la presencia de algunas cerámicas en ambientes rupestres apunta a la continuidad de ocupación de las cuevas de manera más o menos puntual, en convivencia con los establecimientos al aire libre. Los únicos hallazgos que nos ofrecen algo de información proceden de las piezas metálicas que, en el caso asturiano, son bastante numerosas, especialmente, las hachas de doble anilla cuya mayoritaria presencia parece indicar que se trata de productos salidos de los talleres locales situados en las proximidades de los macizos calcáreos, ricos en cobre, de la zona centro oriental asturiana, lo que hace innecesaria la aleación ternaria con plomo. Esta circunstancia hace probable que las escasas piezas con esta aleación sean importaciones. Frente al centenar largo de hallazgos metálicos asturianos, en Cantabria los objetos metálicos asignados al Bronce Final rondan la quincena, una diferencia que advierte de la marginalidad de esta zona más oriental, pobre en mineral de cobre y más alejada geográficamente de los centros más activos del NO (de Blas y Fernández Manzano, 1993).

Otro es el caso del País Vasco, cuyos hallazgos nos obligan a mirar más a la esfera de acción de grupos continentales que al círculo atlántico. Dentro de este territorio, la zona mejor conocida es la Llanada de Álava donde, a pesar de la falta de excavaciones en yacimientos específicos del Bronce

Final, como ya se ha apuntado, hay indicios para pensar que nos encontramos ante un territorio, extensión del área de Cogotas I. Prueba de ello son la existencia de poblados con agrupaciones de «hoyos» o «silos» y la existencia de cerámica característica de este horizonte, procedente tanto de hallazgos aislados, como de alguno de los poblados de «hoyos» (Llanos, 1993). Si, como hemos visto, algunas de las novedades técnicas, ornamentales y formales de la cerámica de Cogotas I pueden tener influencia de determinados círculos de Europa continental, una de las vías más directas de estos contactos pudo ser los Pirineos occidentales y la Llanada de Álava, a través de la cual se alcanzaría la Meseta. Sin embargo para esta confirmación nos faltan datos en Guipúzcoa, posiblemente enmascarados por la difícil localización de asentamientos de las características mencionadas.

Novedades externas debieron de convivir sin dificultad con formas tradicionales de vida ya que al igual que en otros puntos del Cantábrico, junto a los poblados al aire libre, se mantuvo de forma esporádica o continuada, la ocupación rupestre según se desprende de algunas de las secuencias obtenidas en varias de las cuevas más emblemáticas de la Prehistoria vasca como la de Santimamiñe que certifica la presencia humana hasta etapas plenamente históricas. Sin embargo, los indicios de gran precocidad en la implantación de hábitats estables en esta zona, con respecto a otras áreas peninsulares, son un problema, no resuelto, ya que de aceptarse las altas fechas que arrojan las dataciones radiocarbónicas, habría que situar el inicio de la estabilización de la población, al menos en Álava, en el último cuarto del segundo milenio, es decir, a inicios del Bronce Final. Pero, pese a lo elevado de algunas dataciones, los equipos materiales abonan la hipótesis de su pertenencia al Hierro inicial, incidiendo en ello tanto los repertorios cerámicos, como la metalurgia, en muchos casos moldeada en los propios yacimientos a donde posiblemente llegaban las tortas de metal ya preparadas.

La arquitectura doméstica de los nuevos emplazamientos, con ocupación prolongada, es indistintamente de planta circular o rectangular pero, en ambos casos, las estructuras están realizadas con postes y cierres de entramados vegetales manteados de barro. Se tienen pocos datos sobre la traza urbana, pero la información que ha proporcionado el nivel inferior de La Hoya (Llanos, 1988), indica una distribución periférica de las unidades domésticas en torno a un espacio central abierto, siguiendo el esquema que se difunde por todo el Valle del Ebro.

La fachada atlántica

Desde inicios de la Prehistoria la situación geográfica de este territorio facilitó su vinculación con el occidente europeo, una vinculación que se hace especialmente patente en el Bronce Final cuando estas tierras participan del activo comercio inmerso en una red de intercambios progresivamente más amplia y que tiene su clímax en el tránsito del II al I milenio a. C., poniendo en contacto los intereses atlánticos con los mediterráneos. Este comercio se vio favorecido por el desarrollo de la metalurgia, motor de una reactivación económica que produjo importantes cambios que se reflejan en muy distintos aspectos, entre los que se encuentra el poblamiento que muestra una clara tendencia a la concentración y fijación a un territorio, consecuencia no sólo de la actividad metalúrgica y de la comercialización de sus productos, sino también por el aumento y mejora de la actividad agropecuaria con una capacidad excedentaria cada vez mayor. El fenómeno, hasta hace poco sólo intuido, empieza a ser conocido prácticamente en todo el territorio portugués a partir del encastillamiento de muchos asentamientos.

Estas relaciones transatlánticas no restan interés a los contactos con las cuencas medias y altas de los ríos Tago y Duero, o lo que es lo mismo, con el área nuclear de Cogotas I que constituye una extensión del Bronce Atlántico peninsular (Delibes *et alii*, 1999), si bien esta vinculación es más o

menos intensa según nos encontremos más alejadas del norte y el occidente, existiendo una mayor implicación en la Cuenca del Duero que en la del Tajo, si nos atenemos al volumen de circulación del metal.

Dentro de la prolongada fachada atlántica, el área gallega se nos presenta todavía como un territorio desconocido, pues aunque se han recuperado numerosas piezas metálicas cuyas características confirman su fabricación local y, por tanto, la integración de esta región en la actividad metalúrgica, desconocemos los poblados al haberse confirmado que el fenómeno castreño corresponde a un momento mucho más tardío. Ello obliga a pensar que, al igual que en la cornisa cantábrica, durante esta etapa se desarrolla un tipo de hábitat de carácter tradicional, localizado preferentemente en llano y sin estructuras sólidas cuya identificación se hace complicada en un territorio con una importante cobertura vegetal no pudiéndose certificar en esta área norteña el proceso de fijación de la población documentado en territorio portugués.

En el resto de la fachada atlántica, el inicio del Bronce Final parece estar representado igualmente por un poblamiento en hábitats abiertos y con estructuras efímeras en las que dominan los materiales orgánicos y las cabañas de planta circular del que es buen ejemplo el poblado de Tapado de Ajuda (S. O. Jorge, 1980), modelo que convive con el hábitat rupestre que, aunque relicto, está todavía documentado en el yacimiento de Buraco da Moura de S. Romão.

A lo largo del Bronce Final se intensifica el proceso de cambio del poblamiento que culmina con la consolidación del fenómeno castreño con el que se evidencia el nuevo orden, pues pese a que algunos de los castros tienen ocupación previa, muchos de ellos se inauguran en el tránsito del II al I milenio. Su posición estratégica responde a una idea de estabilidad que no sólo se busca un lugar dominante que permita el control del entorno y la defensa del lugar, sino que también se seleccionan enclaves rodeados de tierras fértiles que faciliten la combinación de agricultura intensiva/extensiva. Las estructuras domésticas no ofrecen demasiadas diferencias con respecto a los poblados tradicionales, pero es novedad la arquitectura defensiva en forma de recintos amurallados complementados a veces por bastiones que refuerzan los puntos de acceso. Al menos en S. Julião la muralla se levanta en un momento avanzado de la vida del poblado.

En el estuario del Tajo, donde dominan las tierras de alto rendimiento agropecuario, la vocación de sus ocupantes se orienta a estas actividades primarias, donde la agricultura queda atestiguada por la alta concentración de elementos de hoz realizados sobre lascas de sílex que adquieren forma de media luna. Pero en la mayoría de estos lugares estas actividades primarias combinan con un importante desarrollo de los procesos relacionados con la metalurgia y con el comercio de largo alcance que de manera directa o indirecta posibilita la llegada de objetos y materiales muy diversos, muestra de ello es la presencia en ocasiones de materias primas de procedencia lejana como es el ámbar, la coralina o el marfil, cuyo ápice se registra ya en un momento de tránsito hacia la Primera Edad del Hierro.

Entre los castros adscritos al Bronce Final hay que destacar el de Nossa Senhora da Guía de Baioes con posible recinto amurallado y otras obras públicas de infraestructura, concretamente un pozo artesano y un conducto de agua, pese a tener una vida relativamente corta. Se trata de un lugar extenso al que se le supone una importante concentración humana, en el que destaca muy especialmente el hallazgo de abundantes objetos metálicos además de indicios del laboreo del metal a partir de gotas de fundición y moldes que avalan la existencia de un taller. La existencia, entre los objetos metálicos de vajilla, brazaletes y buena parte de un carro votivo, entre otros objetos, ha hecho pensar a algunos autores que el lugar fuera un lugar de carácter excepcional ¿santuario?, lo que justificaría la concentración y excepcionalidad de los hallazgos. El conjunto es representativo del tránsito Bronce Final/Hierro I, y está fechado en un 700 ± 130 a. C., por lo que marca el momento epigonal de la metalurgia atlántica (Senna-Martínez, 2000).

En la misma región central das Beiras, además de Nossa Senhora da Guia se han documentado otros castros de carácter excepcional, no sólo por sus hallazgos, sino también por su ubicación en lugares claves para el control de vías tradicionales, es el caso de Santa Luzia o Senhora do Castelo o de emplazamientos junto a vados fluviales como Outeiro dos Castelos, unas localizaciones que indican el peso que en la actividad y la economía debieron de tener los intercambios (VVAA, 1995). Pese a todo, el laboreo del metal está certificado en muchos de estos lugares y es posible que, junto a la fundición de objetos de «tipología atlántica», fabricaran otros de inspiración mediterránea, como se podría desprender de la relativa abundancia de fíbulas de codo y ad occhio (Senna-Martínez, 2000).

Aunque los castros que hasta el momento han entregado mayor riqueza material e información se encuentran al norte, entre los ríos Duero y Mondego, prácticamente todo el territorio portugués se ve afectado por el fenómeno de la fijación de la población al territorio fruto de la intensificación económica y la consiguiente reestructuración social. No obstante, hay zonas como el Algarve que hasta el momento apenas han ofrecido datos sobre el Horizonte que nos ocupa, pero su proximidad a las cuencas mineras onubenses en torno a las cuales parece que también se desarrolló una gran actividad en esta etapa, no permite descartar la existencia de procesos similares a los apuntados en las regiones más septentrionales. En suma, nos encontramos ante una información muy desigual entre aquellas zonas donde la fijación de la población en lugares dominantes ha permitido su localización e investigación y las que parecen persistir en modos de hábitats tradicionales en lugares bajos y abiertos, con estructuras efímeras que dificultan su localización sobre todo en paisajes cubiertos.

Si las recientes investigaciones en el área de Portugal nos han permitido aproximarnos al proceso de cambio en el poblamiento que culmina con su fijación a un territorio, también contamos con algunos datos sobre las manifestaciones simbólicas posiblemente relacionadas con ritos de carácter funerario, pues pese a la ausencia de enterramientos, hay depósitos de metales que pueden tener este significado, si aceptamos que son una evidencia tangible de una supuesta práctica de arrojar los cadáveres a las aguas. A este dato más o menos extendido por los diferentes territorios del occidente europeo hay que sumar la manifestación simbólica más singular del bronce final peninsular: las estelas diademadas y de guerrero que se extienden por una amplia zona del cuadrante suroccidental peninsular entrando en contacto con los territorios más occidentales de Cogotas I. A la luz de las nuevas interpretaciones, estos monumentos son una singular manifestación funeraria, relacionada con unas elites ligadas al emergente comercio atlántico en unos momentos en que sus relaciones con el mundo mediterráneo van tomando fuerza. Se trata de una manifestación claramente indígena que plasma, mejor que cualquier otro tipo de documento, el papel que la Península tiene en las relaciones interterritoriales y las consecuencias sociales que esta nueva economía tiene en las poblaciones locales con la consolidación de unas poderosas elites cuya influencia y poder es sustituido por nuevos grupos tras los primeros contactos coloniales, momento en el que hay que situar el fin de este fenómeno (Celestino, 2001).

En este sentido podría esgrimirse que en el suroeste peninsular, a partir de los siglos XII-XI a. C. y, hasta el siglo VIII a. C. las estelas recuerdan la memoria de personajes vinculados a las elites dominantes aunque se mantienen otras fórmulas funerarias extendidas por otros territorios atlánticos como son los depósitos de metales y/o la práctica de arrojar los cuerpos al agua, acompañados de un importante equipo de objetos metálicos, argumento que ha servido para explicar el depósito de la Ría de Huelva, al interpretarse como parte del ajuar fúnebre de algún personaje relevante (Ruiz Gálvez, ed. 1995). Otro documento funerario mucho más excepcional es la tumba de Casal do Meio que acogió a dos varones adultos, seguramente de origen foráneo y de cierta relevancia, para los que se construyó una importante arquitectura de aparejo ciclópeo en la que destaca la cubierta de falsa

bóveda que no encuentra paralelos en la zona y que quizás haya que ponerla en relación con el Mediterráneo central en un momento ya avanzado del Bronce Final que habría que situar en torno al s. IX o finales del X.

El sur peninsular

Como en el resto del territorio peninsular, el Bronce Final de las tierras meridionales tiene dos etapas cronológicas claramente diferenciadas la primera, hasta el s. X, está caracterizada por una importante carencia de datos derivada de la falta de enterramientos y las escasas evidencias que tenemos de los niveles de habitación, hasta el punto que se ha llegado a suponer el despoblamiento de algunas regiones o, al menos, un sustancial descenso de población. Sin embargo, esta ausencia de asentamientos ex novo pertenecientes a este momento se ve compensada por la presencia en lugares con ocupaciones previas, de materiales e indicios que atestiguan también su uso en las últimas centurias del II milenio; una vez más son las cerámicas con ornamentaciones características del círculo de Cogotas I las que avalan la cronología de estos niveles. La mayoría de estas evidencias se encuentran sobre la cumbre o en las laderas de cerros o cabezos, de posición estratégica, que posiblemente controlaban ciertas vías de comunicación, tanto fluviales como marítimas (Belén y Escacena, 1993, 66). Entre los lugares conocidos con este tipo de evidencias destacamos yacimientos como El Berrueco, Ategua, Alhono, Montemolín, Setefilla, Carmona o Llanete de los Moros en Montoro, los cuales han ofrecido cerámicas «tipo Cogotas I» dentro de bolsadas o manchas, posiblemente correspondientes a efímeros suelos con «fosas» inmersos en amplias estratigrafías que evidencian una ocupación prolongada, desde inicios del II milenio o incluso anterior, aunque en algunos casos hay muestras de momentos de abandono más o menos frecuentes y dilatados.

Un aspecto que caracteriza a todos estos niveles del Bronce Final es su carácter discontinuo y su dispersión por una superficie bastante limitada que casi nunca coincide con la de ocupaciones previas, de manera que, junto a estratigrafías verticales se crean otras horizontales correspondientes a emplazamientos dominados por la temporalidad que no precisan ni de fuertes inversiones en obras públicas o privadas ni de una concentración de las unidades de habitación. La información que se desprende de los materiales recuperados es la de que nos encontramos con gentes claramente vinculadas con la tradición local, pero inmersas en las redes de intercambios peninsulares y extra peninsulares favorecidas por su privilegiada posición entre el Atlántico y el Mediterráneo, ya que, junto a materiales de clara raigambre local, aparecen importaciones que atestiguan los contactos de largo alcance, como es el caso de las cerámicas micénicas, de las fíbulas de codo o de objetos metalúrgicos de tipo atlántico, una circunstancia que sin duda facilitó la rápida adaptación a los primeros estímulos colonizadores.

Suponemos que las características de estos yacimientos conocidos no debieron ser las más frecuentes, ya que no parece que preocupara tanto la aptitud defensiva o de control, sino la inmediatez a los terrenos de mayor productividad por lo que primaría la preferencia por la proximidad a las vegas fluviales en lugares bajos y llanos donde existe la garantía de irrigación suficiente, por lo que pudo darse una convivencia de ocupaciones puntuales en lugares estratégicos con otros situados en bajo, más próximos al modelo de asentamiento abierto, sobre las terrazas bajas fluviales que se conocen en las tierras peninsulares centrales pertenecientes al área nuclear de Cogotas I.

A partir del cambio del milenio, en paralelo al resto de la Península, se produce la cristalización de un proceso de concentración y fijación de la población, bien en lugares previamente ocupados, como Setefilla, Colina de los Quemados o Asta Regia, bien en asentamientos ex novo como Cabezo de San Pedro en Huelva, Cerro Macareno o El Carambolo en Sevilla, en todos los casos con una

cierta preocupación por un control del entorno. Aunque algunos de estos poblados presentan ya una concentración de estructuras, otros, ofrecen un patrón muy distinto y quizás más generalizado que se caracteriza por la dispersión. Concretamente en San Bartolomé de Almonte la población se distribuye en cuatro altozanos separados y repartidos dentro de una superficie de 40 hectáreas regadas por el arroyo que da nombre al sitio (Ruiz Mata, 1981). Las viviendas y estructuras complementarias de diferentes funcionalidades se reparten dejando vacíos, de acuerdo a una concepción muy tradicional, que también está presente en el material utilizado en la construcción y en las plantas y tamaño de las cabañas.

También los equipos materiales registran importantes modificaciones que apuntan a que la cuenca del Guadalquivir y, en general, los territorios más occidentales de la franja meridional, se muestran, en este momento, más influenciados por los impulsos mediterráneos, ganando terreno a los estímulos atlánticos que, en las postrimerías del Bronce Final, quedarán relegados ante el impacto colonizador fenicio, primero, y la posterior presencia griega.

Con la llegada de los primeros colonos a estos territorios, el proceso iniciado se ve alterado por nuevos estímulos provocadores de transformaciones profundas que afectarán a todo orden de cosas, dejándose sentir, de manera inmediata, en los puntos de contacto de las zonas costeras y, de forma más matizada y tardía en el interior. En consecuencia, a partir de los siglos IX-VIII a. C., la presencia fenicia favorece una rápida estabilidad de la población que conlleva una arquitectura sólida con el abandono de los edificios circulares u ovales y la generalización de las plantas rectilíneas y un urbanismo de estructuras adosadas unas a otras creando barrios o manzanas. Estos cambios se acompañan de novedades rituales relacionadas con el mundo funerario que contrastan con la carencia de datos que sobre este aspecto tenemos para las centurias anteriores, no obstante, estas novedades entran ya dentro de lo que, con más propiedad, es el inicio de la edad del Hierro, en sincronía con otras áreas peninsulares, dentro de procesos personalizados y paralelos.

El Levante y sudeste peninsular

En contraste con el conocimiento que tenemos del Bronce Antiguo y Pleno de la zona, a través de la fuente de información que suponen los poblados estables y los numerosos enterramientos que incorporan muchos de ellos, el Bronce Final se muestra, también en esta área, bastante «oscuro», con características similares a las de otras zonas peninsulares. Sin embargo, las excavaciones realizadas en algunos poblados argáricos a partir de la década de 1970 han permitido conocer que el ocaso de esta cultura se produce como consecuencia de importantes transformaciones que tienen lugar a partir del s. XV a. C. cuyas causas no están plenamente aclaradas. También se han podido confirmar los estrechos contactos que esta región mantiene con el área nuclear de Cogotas, presumiblemente a través de distintas vías que atraviesan tanto el Sistema Ibérico y los Llanos de Albacete, como la Bética, lo que explica la relativa abundancia de vajillas de estilo Cogotas I dispersa en el Levante y el sureste (Delibes y Abarquero, 1997 y Abarquero, 1999). Pero estas filtraciones no se inician en esta etapa sino que tienen antecedentes que se prolongan a lo largo de la Edad del Bronce, pero con el eclipse de la cultura argárica se hace más ostensible la presencia de cerámicas meseteñas en la zona. En contrapartida, no podemos olvidar la existencia de inconfundibles rasgos argáricos entre los grupos del Bronce Antiguo y Medio del interior peninsular, entre los que destacan los repertorios cerámicos de perfiles carenados, el parentesco de las producciones metálicas y los estrechos paralelos de las fórmulas funerarias.

Entre los yacimientos del sudeste en los que hay indicios inequívocos de las relaciones con la Meseta a partir de los ss. XVI-XV a. C. las cuales se manifiestan por lotes de cerámicas Protocogotas

recuperados, hay que destacar Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) (Contreras (coord.), 1999) y Cuesta del Negro de Purullena (Granada) (Molina y Pareja, 1975), pero, sobre todo, el Cabezo Redondo de Villena, uno de los yacimientos más singulares y señeros del Bronce Tardío. Se trata de un poblado con un excepcional urbanismo en terrazas excavadas en las laderas del cerro, siguiendo un esquema que encontramos en yacimientos argáricos de cronología avanzada, y con la práctica de enterramientos en el subsuelo de algunos departamentos. Pero junto a estos datos que abogan por un claro enraizamiento con las tradiciones, muestra también indicios de inequívocos contactos, tanto intra como extrapeninsulares. Las relaciones con grupos peninsulares parecen estar orientadas hacia diversos puntos del interior, entre otros, con protocogotas y, posteriormente, con los primeros grupos de Cogotas I y su causa sería la captación de productos ganaderos para su comercialización, actividad favorecida por el control de salinas y la facilidad de salida al mar a través de la Illeta dels Banyets (Hernández, 1997, 111).

Que la potencia económica alcanzada fue importante, queda suficientemente atestiguada por los espectaculares tesoros áureos recuperados en el propio cabezo y en sus inmediaciones, unos hallazgos que testifican también que sus fundidores conocían la estética y las técnicas vigentes entre los fundidores del mediterráneo centro-oriental pero también, de los que circulaban en la Europa continental en la segunda mitad del segundo milenio a. C. (Lucas, 2001); pues como han confirmado los trabajos de M. Hernández, la vida del Cabezo Redondo se identifica, en términos generales, con el Bronce Tardío e inicios del Bronce Final, finalizando de forma rápida, lo que propiciaría las tesorizaciones y la ausencia de elementos diagnósticos del Bronce Final avanzado, como las cerámicas de «estilo Campos de Urnas, y mucho menos, coloniales (Hernández, 2000, 216).

Estos contactos con el área Cogotas I se mantienen por parte de generaciones posteriores documentándose por la presencia de materiales de «estilo Cogotas I», en su mayoría realizadas por alfareros locales, las cuales están bien representadas en yacimientos con asentamientos previos como Cerro de la Encina de Monachil (Granada) (Arribas *et alii*, 1974), Gatas (Chapman *et alii*, 1987) o Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1979). Como en los hábitats más occidentales, los contextos, de materiales pertenecientes al Bronce Final, se encuentran concentrados en determinadas áreas, a veces, amortizando, incluso, estructuras de carácter defensivo. Circunstancias que permiten intuir un nuevo modelo urbano con estructuras menos consistentes y más dispersas, cuya cronología corresponde a un horizonte que se identifica con lo que Molina denominó Bronce Tardío y Final I del sudeste (Molina 1977), coincidiendo con el inicio de la llegada de nuevos productos metálicos de talleres, tanto atlánticos como mediterráneos.

A inicios del s. IX, se operan importantes cambios que afectan a los equipos muebles y a las estructuras arquitectónicas, en sincronía con la desaparición de elementos de «ambientes cogotianos»; unas transformaciones, que poco después se harán patentes también en las tierras del interior y que coinciden con el proceso de estabilización de la población. Es el momento en que algunos de los yacimientos del sudeste ofrecen nuevos indicios de estructuras de carácter doméstico y otras relacionadas con determinadas actividades domésticas realizadas básicamente en barro. En el Cerro de la Encina hay recintos destinados al tejido de fibras o a almacenamiento de grano, caracterizados por su planta oval, junto a viviendas rectilíneas con tejado a doble vertiente y paredes internas decoradas con sencillos acanalados. En Cerro del Real, en cambio, las cabañas, de grandes dimensiones, están realizadas con grandes adobes y presentan planta oval y cubierta cónica con salida de humos cenital. Estos escasos datos no se ven complementados con indicios relacionados con la distribución espacial de las estructuras cuya mala conservación y la ausencia de excavaciones en extenso nos han privado de esta información.

En paralelo a estas ocupaciones en lugares previamente ocupados, tras el paréntesis que se produce por el declive del Argar, se reinicia un nuevo proceso de reordenación del poblamiento que, en algunos puntos, implica la creación de poblados ex novo cercanos a otros lugares antes habitados, como es el caso de Saladares o Peña Negra (González Prats, 1990), en un momento inmediatamente anterior a la presencia fenicia en la zona. En otros puntos como Mola d'Agres, el antiguo poblado situado en la cima de la elevación es sustituido por una ocupación de menor entidad ubicada en la ladera cuyo equipo material confirma también novedades e influjos renovados con la presencia de vajillas de ambiente de «Campos de Urnas» (Hernández, 1997). Esta reestructuración del poblamiento implica, a veces un traslado del grupo a zonas más asequibles como ocurrió en los yacimientos murcianos de Cobatillas, Fuente Amarga y El Castellar de Librilla, traslados que parecen estar motivados por nuevos incentivos económicos derivados del tráfico comercial y la posterior explotación del mineral del hierro que en esta zona del Guadalentín es mucho más precoz de lo que se había supuesto, ya que puede situarse a inicios de la segunda mitad del s. VIII a. C. (Ros, 1989).

El noreste

Es la región, donde los contactos con el área nuclear de Cogotas son menos intensos, ya que quedan limitados a las estribaciones del Sistema Ibérico y, principalmente, a la vía que marca el río Jalón; por el contrario es la más vinculada a los estímulos continentales aunque, tanto en este momento como en épocas precedentes, dichos estímulos no son una derivación de contactos directos con el corazón de la Europa continental sino que se producen a través de diversos mecanismos y circuitos más o menos encadenados, de manera que es el sudeste francés el último eslabón de una secuencia que incide en la Península de manera bastante matizada. Pese a ello, la bibliografía ha insistido reiteradamente en que durante el Bronce Final en esta región y particularmente en las comarcas del Ampurdán, la depresión del Prelitoral catalán, el Valle del Segre y el Bajo Aragón los componentes del círculo de los «Campos de Urnas» inciden con cierta fuerza. Estas tesis tienen su base en que las filtraciones transpirenaicas afectan de manera notoria al nuevo aspecto de los equipos materiales, pero tampoco hay duda de que se trata de una influencia indirecta, transmitida a través de grupos que no formaron parte del área nuclear de Campos de Urnas, y que la práctica de los nuevos ritos funerarios, que es el elemento más definitorio, apenas tiene calado en el Bronce Final pues sólo con los comienzos del Hierro antiguo comienzan a extenderse.

En este contexto se entenderá que se trata de préstamos que se van filtrando a lo largo del tiempo y por diferentes vías, incorporándose de forma paulatina a las tradiciones locales originando marcadas diferencias regionales en las que el componente autóctono tiene un gran peso. Ello explica que la introducción de prácticas tan novedosas como son los enterramientos de incineración en necrópolis que no encuentran precedentes inmediatos en la tradición local, sea un fenómeno de escaso impacto en los llamados Campos de Urnas Antiguos o del Bronce Final II (1100-900 a.C.), siendo contados los cementerios que pueden enmarcarse en este momento, hasta el punto que sólo se podría incluir las primeras fases de la necrópolis de Can Misert (Tarrasa).

Pero en este mismo momento en otros puntos del noreste también se han documentado elementos de ambientes de «Campos de Urnas», si bien se limitan a la presencia de algunos objetos de los equipos materiales, fundamentalmente cerámicas, que aparecen en ambientes tradicionales, como es el caso de las cuevas de Janet y Marcó, ambas en la provincia de Tarragona, o la del Moro en Olvena, Huesca. No faltan tampoco en algunos poblados ampurdaneses con una arquitectura y un urbanismo también de carácter marcadamente tradicional, como son Puig Mascaró o La Fonollera. Esto viene a

confirmar que las influencias de los «Campos de Urnas» no tienen una gran incidencia inicial, ni por la extensión que alcanzan, ni por la índole de las transformaciones que se derivan de ellas.

Será a partir del siglo IX, coincidiendo con el proceso de estabilización que hemos visto que se produce en toda la Península, en la antesala de la colonización, cuando estas fórmulas y ritos se van incorporando, fruto de la extensión hacia el Ampurdán del grupo Maihac, que es una evolución independiente y local de los Campos de Urnas en el Languedoc, donde se advierten claros influjos mediterráneos. Pero, una vez más, volvemos a encontrarnos con un fenómeno que, aunque fraguado en el Bronce Final, tiene sus consecuencias más importantes en el Hierro Antiguo, momento en el que las necrópolis de incineración se van imponiendo en una sociedad que no había practicado enterramientos normalizados en las centurias previas.

Si desde el punto de vista de las necrópolis, los cambios a gran escala se producen en momentos tardíos, algo similar puede decirse para el caso de las transformaciones en el poblamiento que debió de permanecer con muy pocos cambios hasta entrado el primer milenio. Uno de los mejores ejemplos de poblado con estructuras de plantas rectangulares u oblongas, exentas y realizadas con materiales orgánicos es el de La Fonollera (Gerona) (Pons 1984), que pese a su carácter tradicional, incorpora algunas vajillas con decoración y tipos de Campos de Urnas, unas cerámicas que encontramos también en ambientes mucho más arcaizantes como son las mencionadas cuevas de Olvena, Janet y Marcó, sin olvidar que otros grupos siguen ocupando lugares al aire libre caracterizados por la presencia de «silos» u hoyos, bien documentados en el Vallés barcelonés (Marcet y Petit, 1985).

Pero, como en el resto de la Península, también aquí las primeras centurias del I milenio anterior a nuestra era son decisivas en el proceso de estabilización que tiene en el noreste unas características muy especiales, mostrando una gran homogeneidad ya que este proceso está íntimamente ligado a la implantación de poblados «ex novo» situados en las cumbres de cabezos o cerros, con una ordenación urbanística dominada por la disposición periférica de las viviendas, de planta rectangular, adosadas unas a otras en torno a un espacio central abierto, calle o plaza, de uso comunal. Este modelo ausente en la Cataluña costera, se encuentra bien representado en el Valle del Ebro, particularmente, en la Cuenca del Segre, el Bajo Aragón y el Medio y Alto Ebro a su paso por Navarra y La Rioja. Los materiales de la mayoría de estos poblados, en especial las vajillas más cuidadas y algunos tipos metálicos encuentran sus paralelos en círculos transpirenaicos (Ruiz Zapatero, 1985) pero es un hecho generalizado la carencia de necrópolis asociadas, lo que indica la desvinculación de estas gentes a los «Campos de Urnas».

Los cambios en el poblamiento tienen en esta zona un carácter mucho más acusado que en otras regiones peninsulares, ya que no sólo se observa una nueva estrategia que busca lugares nuevos de amplio dominio estratégico, sino que además, en la mayoría de los casos, se crean poblados «cerrados» cuyas características y superficie se adaptan a la topografía y tamaño de las cumbres amesetadas, ordenando todo el conjunto en el momento de la fundación, de manera que no son posibles las ampliaciones, circunstancia que podría ser la causa del abandono de muchos de estos lugares tras una única ocupación. Sólo, a veces, lugares, como el emblemático Alto de la Cruz de Cortes de Navarra, soportan varias remodelaciones, e incluso, en momentos avanzados, se rodean de una muralla, que en el caso de Cortes es de adobes.

Las fechas obtenidas en el poblado de Genó: **GrN- 18061:** 2970 ± 54 BP; **GrN- 18062:** 2860 ± 90 y **UBAR- 519:** 2815 ± 45 (Maya *et alii* (eds.), 1998), resultan algo elevadas, pero podrían ser indicativas de los primeros establecimientos de este tipo cuyo arranque no se desvía mucho de los procesos paralelos que tienen lugar en otras áreas peninsulares, concretamente en el Valle del Duero con el grupo Soto.

Aunque el urbanismo del Valle del Ebro responde a una pauta muy concreta que no encontramos en otras regiones peninsulares, cabría destacar el hecho de que sean dos grandes cuencas fluviales: el Duero y el Ebro, con amplias zonas de vegas, donde se produce un proceso de estabilización y remodelación más claro y normalizado, en un proceso de colonización de las tierras de mayor aptitud agropecuaria, favorecido por las mejoras de la producción, gracias al nuevo instrumental que se introduce con la generalización del hierro. Esto significa que el mismo proceso de remodelación del poblamiento constatado en las distintas áreas peninsulares, no tiene por qué obedecer a los mismos incentivos económicos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1975): «La España de las invasiones célticas», en *Historia de España dir. por R. Menéndez Pidal*, T. I, vol. II, 3a ed. Madrid, cap. II.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1973): *Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportaciones al estudio de los túmulos en la Península Ibérica*, E.A.E., 83, Madrid
- ARMBRUSTER, B. (1993): « Instruments rotatifs dans l'orfèvrerie de l'Age du Bronze dans la Peninsule Ibérique. Nouvelles connaissances sur la technique des bracelets du Type Villena /Estremoz », *Actas I Cong. de Arqueología Peninsular*, Porto, Trabalhos de Antropología e Etnología, 33 (1-2) 265-283.
- ARRIBAS, A. et alii (1974): «Excavaciones en el poblado de la edad del Bronce «Cerro de la Encina», Monachil, (Granada). (El Corte estratigráfico nº 3)». Excavaciones Arqueológicas en España, 81.
- BERNABEU, J. et alii: (1989). «Reflexiones sobre el patrón de asentamiento en el País Valenciano desde el Neolítico a la Edad del Bronce», *Saguntum* 22. Valencia: 91-124.
- BLAS, M.A. de y FERNÁNDEZ MANZANO (1993): «Asturias y Cantabria en el Primer milenio a. C.», En Almagro, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3. UCM: 399-416.
- BLASCO, Mª C. y BARRIO, J. (1986): «Excavaciones en dos nuevos asentamientos prehistóricos en Getafe (Madrid)», *N.A.H.*, 27. Madrid: 75-142.
- BLASCO, Mª C. (1994): «Origen y desarrollo del Horizonte de Cogotas I en el Alto Tajo», *Trabalhos de Antr. e Etn.* XXXIV (3-4), Porto, pp. 151-165.
- BLASCO, Mª C. et alii (1991b): «Enterramientos del horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares», *CuPAUAM*, 18, pp. 55-112.
- BLASCO, Mª C. y ROVIRA, S. (1992/93): «La metalurgia del cobre y del bronce en la región de Madrid», *Tabona*. 8, II. pp. 397-415.
- BRUN, P. (1986): *La civilisation des Champs d'urnes, Etude critique dans le bassin Parisien*, Paris.
- CASTRO, P., LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Pennsula Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*, BAR Int. Series, 652, Oxford.
- CELESTINO, S. (2001) : *Estelas de guerrero y estelas diademas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona.
- CHAPMAN, R. W. et alii (eds.) (1987): *Proyecto Gatas. Sociedad y econmía en el sudeste de España c. 2500-800 a.n.e.*. B.A.R., Int. Series, 348, Oxford.
- CHERTIER, B. (1976): *Les nécropoles de la Civilisation des Champs d'Urnes dans la région des Marais de Saint-Gond (Marne)*. VII Supl. Gallia Préhistoire, París.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Ibérique*, París.
- CONTRERAS, F. (coord.) (1999): *Proyecto Peñalosa. Análisis histórico de las comunidades de la edad del bronce de las comunidades del Piedemonte Meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailén*. Edición electrónica. Junta de Andalucía.
- DELIBES, G. y ABARQUERO, J. (1997): «La presencia de Cogotas I en el País Valenciano: Acotaciones al tema desde una perspectiva meseteña», *Saguntum*, 30, Valencia, pp. 115-134.

- DELIBES, G. *et alii* (1990): «Cerámica de la plenitud de Cogotas I: El yacimiento de San Román de la Hornija (Valladolid)», *B.S.A.A.*, LVI, Valladolid, pp. 105-138.
- DELIBES, G. *et alii* (1995): «Panorama arqueológico de la edad del Hierro en el Duero medio», en Delibes, G., *et alii* (eds.) *Arqueología y Medio ambiente. El Primer milenio a. C. en el duero medio*. Junta de Castilla y León.
- DELIBES, G. *et alii*, (1999): *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La colección Fontaneda*. Junta de Castilla y León.
- ESCACENA, J. L. y BELÉN, M. (1993): «Las Comunidades prerromanas de Andalucía occidental». *Paletnología de la Península Ibérica, Complutum* 2/3. UCM, Madrid, 65-88.
- ESPARZA, A. (1990): «Sobre el ritual funerario de Cogotas I», *BSEAA*, LVI, Valladolid, pp. 106-143.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *El Bronce Final en la Meseta Norte Española: el utillaje metálico*, Junta de Castilla y León.
- GASULL, P. (1982): «Los soportes en el Bajo Guadalquivir: intento de clasificación», *MM*, 23, pp. 62-95.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1990): *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*, Alicante.
- GONZÁLEZ TABLAS, F.J. y FANO, M.A., (1994): «El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica», *Zephyrus*, XLVII, Salamanca, 93-103.
- HARDING, A. F. (2000): *European Societies in the Bronze Age*, Cambridge University Press.
- HERNÁNDEZ, M. S. (1997): «Desde la periferia de El Argar: La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas», *Saguntum*, 30. Valencia, 93-114.
- HERNÁNDEZ, M. S. (2000): «La Edad del Bronce en Alicante», En M. Hernández (Com.): *...Y acumularon tesoros. Mil años de Historia en nuestras tierras*. Caja de Ahorros del mediterráneo, 201-217.
- JIMENO, A. *et alii*, (1988): «Asentamientos en la provincia de Soria: consideraciones sobre los contextos culturales del bronce Antiguo», *N.A.H.*, 30. pp. 85-118.
- JORGE, S.O. (1980): «A estação arqueológica do Tapado da Caldeira-Baião», *Portugália*. Porto, I: 29-50.
- LAGRAND, CH. (1976): «Les civilisations de l'Age du Bronze en Provence », En *La Préhistoire Française, T. II*, pp. 452-458.
- LÓPEZ, P. (Coord.) (1997): *El paisaje vegetal de la Comunidad de Madrid durante el Holoceno Final*, Arq. Paleont. y Etnog., 5, Madrid.
- LUCAS, M^a R. (1987): «¿Donde está la Primera Edad del Hierro?», *Bol. As. Esp. Am. Arq.*, 23, pp. 40-52.
- LUCAS, M^a R. (2001): «Algo más sobre el tesoro de Villena. Reconstrucción parcial de tres empuñaduras», *CuPAUAM*, 25.
- LLANOS, A. (1993): «Conformación de las etnias prerromanas en Alava, Bizkaia y Guipuzkoa», en Almagro, M. y Ruiz Zapatero, G. (eds.) *Paletnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3. UCM: 431-448.
- LLANOS, A. (1988): «Poblado de La Hoya (Laguardia, Álava)», en Burillo, F., Pérez Casas, J.A. y Sus, M.L. (Eds.): *Cetlíberos*, Zaragoza, 68-71.
- MARCET, R. y PETIT, M^a A. (1985): «Assentaments d'habitatge a l'aire lliure de la comarca del Vallés. Del Neolític al Bronze Final», *Estudios de la Antigüedad. Prehistoria del Vallés*, 2, Bellaterra, pp. 93-133.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y PERLINES, M. (1994): «La cerámica a torno de los contactos culturales de finales del II milenio a. C. en Andalucía», *Actas dos Tralabhos de Antropología e Etnología*, XXXIII, Porto, pp. 335-349.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a I. y MÉNDEZ, A. (1983): «Arenero de Soto. Yacimientos de fondos de cabaña del horizonte de Cogotas I», *Est. de Preh. y Arq. Madril.*, pp. 183-284.
- MAYA, J. L., CUESTA, F. y LÓPEZ CACHERO, J. (Eds.) (1998): *Genó: un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*, Barcelona.
- MOLINA, F. (1977): *La cultura del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica*. Tesis doctorales de la Universidad de Granada, 178.
- MOLINA, F. y PAREJA, E. (1975): *Excavaciones en La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971*, Excavaciones Arqueológicas en España, 86. Madrid.
- NÁJERA, T. (1984): *La Edad del Bronce en La Mancha occidental*. Tesis doctorales de la Universidad de Granada, nº 458.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1933-35): «Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña», *Anuario de Prehistoria Madrileña*, 46. Madrid: 3-90.

- PERONI, R. (1994): *Introduzione alla protostoria italiana*, Roma.
- PINGEL, V. (1995): «Technical aspects of prehistoric gold objects on the basis of material analyses», en G. Morteani y G. Northover (eds.): *Prehistoric Gold in Europe. Mines, Metallurgy and Manufacture*, Nato, Kluwer, pp. 385-398.
- PONS, E. (1984): *L'Empordà. De l'edat del Bronze a l'edat el Ferro*, Gerona.
- RODANÉS, J. M^a (1995): «El Bronce Medio y Tardío en La Rioja». *CuPAUAM*, 22. Madrid, 37-82.
- ROMERO, F. y MISIEGO, J.C. (1995): «La Celtiberia Ulterior. Análisis del substrato», en F. Burillo (Coord.): *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp. 59-82.
- ROS SALA, M^a.M. (1989): *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín*, Murcia.
- ROYO, J. I. (1994/6): «Ritual funerario y cultura material en las necrópolis tumulares de los castellets de Mequinenza (Zaragoza): Una aportación al estudio del Bronce Final/Hierro en el N.E. Peninsular», *Gala*, 3-5, 93-108.
- RUANO, E. (2000): *Las cuentas de vidrio halladas en España desde la Edad del Bronce hasta el mundo romano*, Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (ed.) (1995). *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final europeo*. Complutum extra, 5. Universidad Complutense de Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985) *Los Campos de Urnas del N.E. de la Península Ibérica*. Universidad Complutense, Madrid.
- RYCHNER, V., BÖHRINGER, P. y GASSMANN, P. (1996): «Dendrochronologie et typologie du Bronze Final dans la region de Neuchâtel (Suisse): un resummé», *Acta Archaeologica*, 67, pp. 307-314.
- SANMARTÍ, E. y PADRÓ, J. (1976-78): «Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las comarcas meridionales de Cataluña», *Ampurias* 38-40. Barcelona, pp. 151-176.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1979): «Fuente Álamo, Vorbericht über die grabung 1977 in der Bronzezeitlichen höhensiedlung», *MM*. 19. Heidelberg, 23-51.
- SENNA-MARTINEZ, J. C. (2000): «O grupo Baiões/Santa Luzia no quadro do Bronze Final do Centro de Portugal», en *Por Terras de Viriato. Arqueologia da Região de Viseu*. Viseu, pp. 119-148.
- ULREICH, H. et alii, (1993): «Verzierte Keramik von Hoyas del Castillo, Pajaroncillo (Cuenca)», *MM*, 34, pp. 22-47.
- ULREICH, H. et alii, (1994): «Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), corte 4», *BSEAA*, LX, pp. 64-103.
- VALIENTE MALLA, J. (1992): «El Cerro del Padrastró de Santamera y la protohistoria del Valle del Henares», en J. Valiente (ed.): *La celtización del Tajo Superior*, Universidad de Alcalá, pp. 11-44.
- V.V.A.A. (1995): *A Idade do Bronze em Portugal, discursos de poder*. Secretaria de Estado da Cultura, Instituto português de Museus, Museu Nacional de Arqueologia.
- WERNER, S. (1987): *El Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en Centroeuroa*, En Cuadernos de Apoyo, 3-5, UAM, Madrid.
- WERNER, S. (1987/8): «Consideraciones sobre la cerámica con decoración grafitada en la Península Ibérica», *Kalathos*, 7-8, pp. 185-194.

EL COMERCIO FENICIO EN HOMERO

MARÍA EUGENIA AUBET

Universitat Pompeu i Fabra

INTRODUCCIÓN

Últimamente se han expresado algunas opiniones contrarias a considerar la expansión fenicia al Mediterráneo como un fenómeno exclusivamente comercial. Frente al paradigma dominante de colonización mercantil, juzgado como excesivamente reduccionista, se tiende a destacar la agricultura como actividad principal y más noble de los colonos fenicios llegados a occidente. Probablemente ambas posturas extremas responden a un mismo reduccionismo explicativo, al considerar un único factor económico como motor causal de un fenómeno colonial que, a medida que avanza la investigación arqueológica, se presenta cada vez más complejo.

Dentro de esta disparidad de opiniones, sin embargo, siempre nos ha intrigado la aversión que muestran algunos historiadores de la antigüedad, dentro y fuera de nuestro país, hacia el comercio en general, que en el caso de los fenicios puede parecer paradójico, por cuanto toda la evidencia historiográfica –fuentes clásicas, orientales y bíblicas– señalan a los fenicios como los comerciantes por excelencia. Ésta es la causa principal de que hayamos querido indagar en los orígenes de esta proyección «clásica» de la colonización fenicia, en tanto que pretende equiparar el mundo fenicio al ideal griego de colonización agraria o *apoikiai*. Y nada mejor que los poemas homéricos para rastrear los orígenes de esta imagen hostil hacia todo lo que se refiere al comercio en general, una imagen que remonta nada menos que a la épica heroica griega de los siglos VIII y VII a.C. Una incursión en el mundo fascinante de los poemas homéricos puede servir de estímulo para entender mejor una época en la que, según se asegura, se asentaron las raíces del pensamiento «europeo».

Con ello queremos contribuir modestamente a este volumen de homenaje que le dedica el Área de Arqueología de la Universidad de Murcia a la Dra. Ana María Muñoz, querida maestra y amiga, de cuya experiencia y conocimientos nos hemos beneficiado sus discípulos durante tantos años.

1. LA CUESTIÓN HOMÉRICA

En realidad Homero no sabía nada de los fenicios y lo que reflejan sus poemas es una serie de tópicos, en los que los fenicios no salen demasiado bien parados. Tales tópicos expresan, sin embargo, la ideología de una época y de una sociedad –la griega–, cuya profunda crisis en el siglo VIII coincide con la fundación de la mayoría de las colonias fenicias en el Mediterráneo occidental.

Desde siempre, el debate sobre la cuestión homérica ha girado alrededor de las circunstancias que concurren en la formación y composición final de los poemas. Dicho debate ha alcanzado en la actualidad unas cotas muy rigurosas de discusión entre filólogos, historiadores y arqueólogos. Pero la cuestión homérica no estriba solamente en determinar si existió o no una guerra de Troya, puesto que desde el siglo XVIII la polémica se ha centrado sobre todo en cuestiones tales como si hubo uno o varios autores en Homero, qué valor otorgar a los poemas como fuente histórica, qué estadio histórico se refleja en ellos, el tipo de instituciones y sociedad que describen o si todo ello es producto de la fantasía e imaginación de unos poetas del siglo VIII.

La mayoría de expertos coincide en que los poemas homéricos pertenecen a la épica heroica, es decir, a un subgrupo de la literatura oral, resultado de una larga tradición oral que describe acontecimientos ocurridos en el siglo XIII a.C. En el marco de dicha tradición, uno o varios poetas –«Homero»– recogieron un conjunto de relatos, cuentos y leyendas transmitidas por varias generaciones de bardos, probablemente de origen jonio, alcanzando su actual forma escrita a lo largo del siglo VIII (Morris 1986a, 81-82; Sherrat 1990, 807; Vidal-Naquet 2000, 19).

Se sabe, asimismo, que el poema más antiguo es la *Ilíada*, definido como el poema de la guerra y fechado según criterios filológicos hacia los años 750–725 a.C. Se trata de un largo relato sobre los acontecimientos que preceden en unas pocas semanas a la caída de Troya durante el décimo año de la guerra, relato que concluye no con la toma de la ciudad, sino con la muerte de Héctor, el más valiente de los héroes troyanos. La *Odisea*, o poema de la paz, cuya composición se sitúa a finales del siglo VIII o principios del VII a.C., relata los diez años que siguen a la victoria aquea y las aventuras del héroe Ulises antes de regresar a su hogar, en Itaca. Pudieron existir, así, dos Homeros –probablemente un nombre colectivo–, separados entre sí por varios decenios (Finley 1968, 32,38; Morris 1986a, 93). En cualquier caso, la evidencia arqueológica demuestra que algunos colonos griegos de Pithecula ya conocían los versos de Homero hacia el año 730 a.C., puesto que algunos grafitos y escenas de naufragio representados en vasos de estilo geométrico procedentes de la necrópolis de San Montano aluden a pasajes de la *Ilíada*, (Coldstream 1977, 342; Ridgway 1997, 77; Monti 1999, 119; Vidal-Naquet 2000, 20).

Los poemas: fantasía o realidad?

La pregunta de si existió o no la guerra de Troya ha preocupado a los historiadores de todas las épocas. Ya en el siglo V a.C., las Historias de Heródoto demuestran que existió en Grecia un debate acerca de la veracidad histórica de la guerra de Troya y acerca de las dinastías aristocráticas de época micénica, cuyas sagas familiares y luchas dinásticas –los Pelópidas, los Atridas, la guerra de Tebas, etc– aparecen también reflejadas en otros historiadores como Tucídides, en las tragedias de Eurípides, en obras perdidas de Sófocles y en los poemas del latino Ovidio, cuyas obras se inspiran en epopeyas perdidas anteriores a Homero (Finley 1968, 32-33; Vermeule 1987, 125-130; Burkert 1995, 141; Vidal-Naquet 2000, 151-152). En el siglo V se aseguraba que la guerra de Troya había ocurrido 400 años antes de Homero (Heródoto II 53 y 145), es decir, hacia el año 1250 a.C.

A pesar de que todavía hoy sorprende la exactitud con que Homero describe el paisaje de Hissarlik –que sugiere que tuvo que haber visitado la región de la Tróade y la misma Ilion, en el noroeste de Asia Menor–, la historicidad de la guerra de Troya ha ido cuestionándose con el tiempo, a medida que se advertían graves incoherencias en los poemas, se detectaban episodios poco creíbles –como la historia de Helena– y no había pruebas de que se hubiera producido una guerra en Troya en tiempos remotos.

Esta cuestión dio un giro inesperado a raíz de los descubrimientos de Heinrich Schliemann en la colina de Hissarlik. A partir de las excavaciones del erudito alemán en 1870-1890, que permitieron identificar la antigua Troya en Hissarlik, y de su descubrimiento de Micenas en 1876, creció de nuevo el convencimiento de que detrás de los poemas homéricos existió un trasfondo histórico que correspondía al mundo micénico del Bronce final. Posteriormente, las excavaciones de 1893-1894 realizadas por W. Dörpfeld, colega y sucesor de Schliemann, no hicieron más que reafirmar una evidencia que culminaría en 1932-1938 con las excavaciones americanas de Carl Blegen, mucho más rigurosas y objetivas, y con las más recientes de Manfred Korfmann, iniciadas en 1981 al pie de la ciudadela (Korfmann 2001).

Las cronologías de Troya

La secuencia estratigráfica establecida por Blegen en los años treinta constituye la base de referencia más importante publicada hasta ahora sobre la antigua Troya (Blegen 1963). Basándose en la evolución de la cerámica y, en particular, en la cronología de las importaciones micénicas, Blegen llegó a la conclusión de que la Troya homérica había sido la ciudad del estrato VIIa (ca. 1275-1240 a.C.), destruida por una violenta conflagración y en cuyas ruinas se advertían los preparativos de un largo asedio: pithoi almacenados en las casas, gran cantidad de puntas de flecha y la presencia de cuerpos humanos caídos y no enterrados cerca de las murallas (Blegen 1975). A diferencia de la ciudad del estrato VI (ca. 1800-1300 a.C.) –el período de mayor prosperidad y poderío de la ciudad, destruida por un terremoto (Blegen 1973)–, en la Troya VIIa se advertía un claro declive en la arquitectura y en las importaciones micénicas –la cerámica micénica IIIB–, lo que fue considerado como un claro indicio de las malas relaciones económicas existentes en esa época entre el mundo egeo y la Tróade. Tras un hiatus, a la Troya VIIa le habría sucedido la Troya VIIb (1140-1100 a.C.), asociada a la llegada de importaciones de cerámica micénica IIIC, culminando la secuencia con la ciudad del estrato VIII (ca. 700 a.C.), una colonia griega fundada en época de Homero con el nombre de *Ilion*.

Con el tiempo se han empezado a observar algunas incoherencias y errores en la estratigrafía de Blegen. Así, la Troya VIIa había sido una ciudad demasiado modesta para poder asociarla a la poderosa ciudad de Príamo (Finley 1968, 38). Por el contrario, la Troya VI resulta ser una ciudad más monumental si cabe que las ciudadelas de Tirinto y Micenas, lo que implica que sus murallas estaban preparadas para prevenir un largo y prolongado asedio, como el que describe Homero (Korfmann 1986a, 1). Por último, la gran cantidad de cerámica micénica identificada en el estrato VI indicaría que el mundo egeo-micénico conocía muy bien el lugar, por lo menos a través de contactos comerciales, debidos probablemente al enorme potencial estratégico y geo-político de Troya en los circuitos de intercambio del Bronce final (Korfmann 1986a, 14-16).

Más decisiva ha resultado la revisión llevada a cabo estos últimos años de los materiales y cerámicas procedentes de las excavaciones de Blegen, que ha obligado a rebajar radicalmente la cronología de los distintos estratos de la ciudad. Así, por ejemplo, la identificación de cerámicas micénicas de estilo IIIC inicial en el estrato VIIa situaría ahora la destrucción de este horizonte hacia

el 1140/1130 a.C. y no a mediados del siglo XIII. Por otra parte, la Troya VIIb aparece ahora asociada a cerámica micénica IIIC de época tardía, en su totalidad de producción local, lo que sitúa este horizonte en 1130-1100 a.C., demostrándose con ello que no existió ninguna ruptura estratigráfica entre Troya VIIa y VIIb (Bloedow 1988, 30-34). Además, la presencia de cerámicas geométricas en los momentos finales del estrato VIIb (estrato VIIb2) insinúa la posibilidad de que existiera cierta continuidad entre el estrato VIIb y el inicio de la colonia griega del estrato VIII (ca. 950 a.C.) (Korfmann 1986a, 14).

La revisión de los hallazgos de Blegen y las nuevas excavaciones en el yacimiento sugieren, en definitiva, que la Troya VIIa no pudo ser la ciudad de Príamo. En efecto, se trata de una ciudad extremadamente modesta, que apenas se extendió fuera de las murallas de la ciudadela y, lo que es más importante, su destrucción hacia el 1140 la hace incompatible con la ciudad de Príamo, puesto que en esa época ya no existían palacios ni monarcas micénicos en el Egeo. De nuevo, la candidata a ser la ciudad homérica es Troya VI, una próspera y extensa ciudad fortificada, que fue destruida por un violento terremoto en su fase final VIh, a mediados del siglo XIII a.C. (Korfmann 1986b, 25; Bloedow 1988, 35-37; Burkert 1995, 139; Hood 1995, 25). ¿Cómo encajar aquí a los aqueos?

El contexto anatólico

Si se analiza la cuestión de Troya desde la perspectiva anatólica, el cuadro resulta mucho más coherente. Para empezar, el rol desempeñado por Troya en la epopeya homérica no se entiende sin considerar su posición estratégica en el extremo nord-occidental de Asia Menor. Efectivamente, la colina de Hissarlik domina el Hellesponto, es decir, el estrecho de los Dardanelos, situado a 7 km escasos de la ciudad. Cualquier barco que quisiera atravesar los Dardanelos en dirección al Mar de Mármara y al Mar Negro –el Ponto–, tenía que fondear en la bahía situada a 8 km al suroeste de Hissarlik– Troya –la moderna bahía de Besik– y esperar vientos favorables del sur para superar el estrecho. Se trata de una zona de fuertes vientos –la «ventosa Ilion» en palabras de Homero–, por lo que esta bahía, ahora identificada como el puerto de la antigua Troya, adquiriría una importancia considerable en las rutas de navegación. En la antigüedad, el mar penetraba mucho más al interior, lo que convertía la colina de Hissarlik en una península rodeada de agua (Korfmann 1986a, 3–7). En consecuencia, Troya ocupó un lugar privilegiado, dominando el estrecho entre Europa y Asia, y en sus orígenes debió de ser una típica fortaleza de piratas dominando un paso estratégico. Dado los limitados recursos en la zona, la elección y prosperidad del sitio debieron obedecer a razones estrictamente estratégicas y comerciales, y muy especialmente al control del acceso al Mar Negro (Korfmann 1986a, 13-14).

Las excavaciones recientes en el lugar han confirmado la envergadura y la monumentalidad de la ciudad del estrato VI, formada por la ciudadela fortificada y por una extensa ciudad baja fortificada, en cuyas proximidades, al sur de Troya, se ha localizado una extensa necrópolis con abundantes importaciones micénicas e incineraciones de la época del estrato VIh (Korfmann 1986b; 2001).

Por otra parte, la presencia de cerámicas micénicas de tipo IIIB en el palacio del régulo local de Masat Hüyük, en la costa norte de Asia Menor, que dominó una cuenca minera muy rica en cobre, podría ayudar a entender mejor las causas del conflicto entre aqueos y troyanos a mediados del siglo XIII a.C. Efectivamente, los textos en Lineal B de Pylos sugieren una gran escasez de cobre en Grecia en esa época, cuyos monarcas ya no podían obtener dicho metal en Chipre, lo que les habría obligado a buscar fuentes alternativas para abastecerse de esta materia prima básica. En Masat Hüyük se encuentra una de las principales zonas cupríferas de la región del Ponto, donde se abastecía la misma Troya. El conflicto, pues, era inevitable, toda vez que el acceso al cobre del Mar Negro pasaba

por superar el férreo control que ejercía Troya sobre el corredor de los Dardanelos (Bloedow 1988, 23,40-48).

Una ciudad de la importancia política y económica de Troya no pudo pasar desapercibida al Imperio hitita, que forzosamente tuvo que tener conocimiento de la existencia de su poderoso vecino occidental, el mundo micénico. Los textos hititas de Bogazkoy mencionan repetidas veces el poderoso reino de Ahhiyâ o Ahhiyawa, en el oeste de Anatolia, con el que el Imperio hitita mantuvo pésimas relaciones políticas desde el siglo XV (Gurney 1990, 38-47; Bryce 1998, 59-61). Para una gran mayoría de autores, Ahhiyawa es la forma hitita del nombre griego Achaiwia, una forma arcaica de Achaia, es decir, el país de los *achaioi* –los aqueos de Homero–, que sería el equivalente de la Grecia micénica. Sus reyes, famosos por su dominio en el mar, detentan el mismo rango que los monarcas de Hatti, Egipto, Asiria y Babilonia, es decir, el de «gran rey». El máximo apogeo del reino de Ahhiyawa se sitúa en los siglos XIV-XIII, como Micenas. Además, desde finales del siglo XIV se advierte una fuerte impronta egea en Mileto, probablemente una colonia micénica, que ha sido identificada con la Millawanda o Milawata de los textos hititas, que la describen como ciudad vasalla y aliada del rey de Ahhiyawa (Güterbock 1983, 133-135; Niemeier 1998, 27-38; Bryce 1998, 60). En el marco de los continuos conflictos que enfrentaron a Ahhiyawa con el Imperio hitita, este reino «occidental» se dedicó a apoyar a disidentes de Hatti, lo que establece un contexto favorable para un conflicto aqueo con la ciudad de Troya.

Al parecer también se menciona a Troya en los textos hititas. Entre las tablillas escritas halladas en Hattusa figura un tratado de vasallaje entre el gran rey hitita Muwatalli II y Alaksandus, rey de Wilusa, un reino situado en el noroeste de Asia Menor, es decir, en la Tróade. Dicho tratado ha sido fechado en el 1280 a.C. (Güterbock 1986, 33). Alaksandus no es nombre hitita, sino griego (Alexandros-Paris?). En cuanto al topónimo Wilusa o Wilusiya, al desaparecer la inicial w– arcaica, éste pudo transformarse en los topónimos Iluwa>Iluas>Ilios>Ilion (Güterbock 1986, 35). Otro topónimo hitita que suele localizarse en la misma zona es el de Taruisa, que habría derivado hacia Truisa>Truiya>Troya. En cualquier caso, los textos hititas señalan que el reino de Wilusa, con su capital en Taruisa, estuvo situado en la Tróade, muy cerca de la isla de Lazpa (Lesbos), y que a lo largo del siglo XIII sufrió varios ataques de los ahhiyawa por el control del Hellesponto (Güterbock 1986, 36-40; Bryce 1998, 395-397).

De la evidencia arqueológica y epigráfica se infiere que la guerra de Troya, si es que existió, tuvo que situarse en el marco de las tensiones que se produjeron en el oeste de Asia Menor entre hititas y micénicos a finales del Bronce final. El tema central de la epopeya homérica tiene, pues, visos de realidad histórica, a pesar de que no haya pruebas concluyentes de que se produjo una conquista micénica de la ciudad de Troya.

La «estratigrafía» de los poemas

A partir de los descubrimientos de Schliemann en 1870 el contenido de los poemas homéricos deja de considerarse una inmensa fábula y empieza a admitirse que Homero pudo describir acontecimientos ocurridos en época micénica. Pero desde época micénica hasta los tiempos de Homero habían transcurrido más de 500 años, lo que significa que los poemas, como todo producto de una larga tradición oral, tenían que contener anacronismos e interpolaciones recientes. Es precisamente en torno a esta cuestión donde existe mayor desacuerdo entre los especialistas, en el marco de un debate que discute desde hace tiempo la existencia o no de una superposición en los poemas de elementos de distintas épocas. Para el historiador, la clave está en identificar el período cronológico al que corresponden los datos que describe Homero, y la arqueología y otros textos tienen que actuar como correctivos, por lo que ya «no cabe leer con inocencia los poemas» (Winter 1995, 247).

La evidencia lingüística y arqueológica demuestra que los poemas quedaron fijados en la forma en que nos han llegado durante el siglo VIII y que contienen ecos de un pasado remoto transmitidos oralmente. Se trata, en consecuencia, de verificar si existió o no una superposición de distintos momentos cronológicos o fases creativas. Una estrategia de análisis que cabe definir como el estudio de la «arqueología» o la «estratigrafía» de Homero (Sherratt 1990, 807).

El debate sobre las circunstancias que rodearon la formación y composición final de los poemas se inicia con la influyente obra de Finley en los años 50. Basándose en un minucioso análisis de la sociedad reflejada en Homero, el célebre historiador británico –por cierto, uno de los que no creen en la guerra de Troya–, argumentó de forma convincente en su famosa monografía de 1954 sobre el mundo de Odiseo, que la *Ilíada* y la *Odisea* habrían reflejado la sociedad griega de la «edad oscura», esto es, la de los siglos X-IX a.C. (Finley 1967). Para Finley, los griegos jamás habrían oído hablar de Micenas y los hechos que narra Homero serían propios de toda poesía heroica, obra de bardos profesionales e iletrados que habrían oído hablar de viejas leyendas con algún trasfondo histórico (Finley 1968, 43). Homero conocía bien el mundo que describe en sus poemas, en particular el de los valores e ideales aristocráticos de la edad heroica, pero habría retratado un mundo irreal, distorsionado y sin base histórica.

Finley compara los poemas homéricos con la *Chanson de Roland*, obra del siglo XII que describe una batalla del año 778, en la que aparecen numerosos errores históricos, muy pocos elementos del siglo VIII y sí abundantes aspectos sociales propios de la época de las Cruzadas. La *Chanson de Roland* constituiría, pues, un poema heroico cuyo contenido no corresponde al de la época que describe. Nadie se serviría de este poema para escribir la historia de Francia: ¿por qué hacerlo, entonces, con Homero? (Finley 1967, 54). y más recientemente, en el siglo XX todavía se cantaba la batalla de Kosovo del año 1389, en la que se narra la victoria de los turcos sobre los serbios. Al igual que en la *Canción de Roland* o en los *Nibelungos*, casi todos los personajes son inventados y el poema se equivoca en casi todo.

Finley considera que, pese a contener algunos elementos de época micénica –Homero alude a grandes palacios, desconocidos en el siglo VIII–, el mundo de Odiseo tampoco corresponde al de los siglos VIII-VII a.C., puesto que no se describen los típicos elementos de la época, como las armas de hierro, los juegos olímpicos, la caballería en escenas de batalla, la superpoblación, las colonias griegas, ni hay dorios, ni tampoco comunidades sin reyes (Finley 1967, 55) y lo que resulta más revelador: la *Odisea*, el poema más tardío, desconoce la institución de la *polis* como forma de organización política, que nace precisamente en época de Homero (1967, 39). Un ambiente que parece encajar, en cambio, con el de los siglos X-IX a.C., cuando la historia de Micenas ya se había olvidado entre los griegos y en Grecia perduraba todavía la institución monárquica, es decir, el *basileus*. En suma, el mundo homérico sería post- micénico y propio de la «edad oscura».

La influencia de la obra de Finley ha sido considerable hasta nuestros días. Una prueba de ello es que todavía en la actualidad algunos autores, como Hood, consideran que el núcleo principal de la epopeya homérica –la guerra de Troya– encaja mejor en la época del Micénico IIIC, es decir, en el horizonte de la Troya VIIb2, destruida en el 1050 a.C., a principios de la «edad oscura» (Hood 1995, 25-30). Efectivamente, el período IIIC corresponde a la época que sigue a la destrucción de los palacios micénicos y del Imperio hitita, una época sin palacios y sin apenas instituciones políticas. También Vidal-Naquet juzga la obra de Homero como un mundo meramente poético que sólo habla de hombres y de dioses (2000, 129).

Además de Finley y su escuela, otros autores expertos en Homero han intervenido en el debate, introduciendo interesantes novedades en la discusión. Uno de ellos es Snodgrass, representante, al

igual que Finley, de una importante corriente de pensamiento dentro de la historia y arqueología británicas, que ha centrado su interés en la sociedad descrita en Homero. Snodgrass niega la historicidad del mundo homérico, defiende una mezcla de elementos de dos épocas en los poemas –la micénica y el siglo VIII, con un vacío entre las dos– y considera que los poemas son un relato artificial e inconsistente, con elementos –costumbres matrimoniales, dote y ajuar de la novia– que no corresponden a ninguna sociedad en concreto (Snodgrass 1974).

Uno de los estudios más rigurosos que se han hecho en este sentido es el de Morris, quien defiende que los poemas homéricos forman un todo integrado creado en el siglo VIII (Morris 1986a). Aunque este autor reconoce la existencia de elementos muy antiguos –armas de bronce, uso del carro de guerra, el yelmo de dientes de jabalí–, considera que éstos son arcaísmos deliberados introducidos por Homero para crear entre su audiencia una sensación de distancia y de autenticidad. Basándose en analogías etnográficas y en la relación entre poesía oral y sociedad, este autor defiende que el contenido de los poemas vino determinado por la audiencia (Morris 1986a, 82-83). Resulta clave, en consecuencia, describir el contexto social que produjo esta poesía oral y sus baladas heroicas, el del siglo VIII, en el que, en contra de la opinión de Finley, todavía perduraría la monarquía en algunas ciudades y en el que la *polis* apenas se habría consolidado. Morris advierte, además, que la escritura reaparece en Grecia en época de Homero, y que es imposible que una transmisión oral de instituciones y hechos desaparecidos perdurara más allá de 200 años. Por el contrario, dicha tradición oral reflejaría la sociedad presente, pues el bardo debe adaptarse a las exigencias de una audiencia que sólo pide entretenimiento y algo de veracidad en sus historias. En definitiva, un caso comparable al de la Canción de Roland, creada para una audiencia del siglo XII pero que describe episodios ocurridos 400 años antes (Morris 1986a, 89– 98).

En oposición a las posturas de Finley, Snodgrass y Morris, cuyo énfasis principal se centra en el análisis de los poemas desde los postulados de la Antropología social, se encuentra otra corriente de pensamiento, cuya argumentación se apoya en una lectura básicamente arqueológica de los poemas y en hallazgos arqueológicos recientes en el Egeo. En esta línea destaca Emily Vermeule, que ha logrado identificar rasgos muy antiguos y genuinos en la épica homérica: algunas fórmulas lingüísticas, que remontarían al siglo XV a.C., diversos episodios concretos –la muerte de Héctor y Patroclo–, que los bardos ya habrían cantado en el siglo XV a.C., o nombres de ciudades micénicas que ya habían desaparecido en tiempos de Homero (Vermeule 1960; 1986, 85-86; 1987, 140). Homero se habría limitado a reunir una saga de conflictos entre griegos y anatólicos, a la que cada generación habría añadido nuevos episodios y héroes. En la corte de los palacios micénicos del siglo XIII, algunos bardos como el célebre Demodoco (*Od.* VIII. 483-491) ya habrían cantado estos poemas, por lo que hubo varios «Homeros» antes del siglo VIII. La impresión general es que los poetas conocieron un conjunto de relatos y leyendas que habrían formado la base de un cuerpo de poesía de la edad del Bronce, que en parte quedó integrado en la épica griega, en parte en la tradición oral o en la tragedia de época clásica y en parte en el arte, como es el caso de las leyendas sobre las grandes familias del norte del Peloponeso –los Pelópidas y los Siete contra Tebas, del siglo XIV– o el famoso catálogo de las naves del canto II de la *Iliada*, unos hechos que difícilmente pudieron ser invenciones de la época arcaica y clásica.

Desde esta perspectiva, Vermeule destaca dos ejemplos que no dejan lugar a dudas en cuanto a su antigüedad:

- a) Algunos versos de la *Iliada* describen objetos y armas que sólo ahora empezamos a conocer a través de los textos del Lineal B y a través de hallazgos arqueológicos y representaciones figuradas. Así, por ejemplo, el extraño díptico o tablilla doble con signos grabados de Belerofonte (*n.* 11.169), un instrumento de escritura que no pudo conocer Homero y que sólo ahora se ha

identificado gracias al hallazgo del díptico de Ulu Burun, fechado a finales del siglo XIV a.C. (Vermeule 1987, 137-138).

- b) En la *Ilíada*, la famosa escena entre Héctor y su hijo (*n.* VI. 466-470) describe al héroe troyano con un yelmo de bronce con penacho de crines de caballo, un tipo de casco que sólo se documenta en imágenes del siglo XV y que Homero tampoco pudo haber visto, ya que pasó de moda hacia el 1400 a.C. (Vermeule 1987, 146). En efecto, este tipo de casco, semejante al yelmo de dientes de jabalí, sólo se conoce a través de representaciones como la que aparece en un fragmento de cuenco de Hattusa fechado en el 1400, en el que aparece inciso un guerrero no-hitita provisto de un casco de tipo egeo (Niemeier 1998, 42, fig.13). La descripción de la armadura de Héctor no pudo ser una creación posterior a la edad del Bronce.

En la misma línea que Vermeule, y partiendo de un profundo conocimiento de la metalurgia del Bronce final y del Hierro en el Egeo, Susan Sherratt ha analizado a fondo en un reciente trabajo la «estratigrafía» de los poemas (Sherratt 1990). Sirviéndose de tres pasajes de la *Ilíada*, señala la existencia de importantes discrepancias en un mismo episodio, lo que indicaría una superposición de varias capas cronológicas dentro de un mismo pasaje.

Así, por ejemplo, en relación al premio ofrecido por Aquiles en los juegos que acompañan a los funerales de Patroclo, figura un bloque de hierro en bruto, considerado una posesión preciosa por su valor intrínseco y propia de un héroe (*Il.* XXIII. 826), lo que sería apropiado en un contexto de los siglos XV-XIV a.C. Un poco más adelante se describen las ventajas utilitarias de ese mismo hierro para fabricar herramientas agrícolas (*Il.* XXIII. 835), propias de campesinos y ganaderos, lo que refleja un cambio de contexto tecnológico y social, más coherente con el de los siglos XII-XI a.C. (Sherratt 1990, 811).

En el largo pasaje dedicado a la batalla entre Aquiles y los troyanos (*Il.* XIX-XX) se describe minuciosamente el armamento de Aquiles, en el que de nuevo se superponen cronologías distintas. Al principio Aquiles se arma antes de la batalla con coraza de bronce, espada, yelmo con penacho y escudo, y se describe la pesada lanza de fresno heredada de su padre (*Il.* XIX.385-390). Tanto el combate cuerpo a cuerpo como las grandes lanzas y las primeras corazas de bronce reflejan un ambiente propio de los siglos XVI-XIV a.C., en tanto que, más adelante, se describe a Aquiles luchando con dos lanzas más pequeñas, lo que responde a una táctica de guerra más propia de los siglos XII-IX a.C. (Sherratt 1990, 811). Lo mismo ocurre con el escudo de Ajax, que en un principio se describe grande como una torre y cubriendo todo el cuerpo (*Il.* VII. 219) –típico escudo de finales del siglo XV y principios del XIV a.C.–, y más adelante ya es un escudo más pequeño, circular y con umbo, característico de mediados del siglo IX (Sherratt 1990, 812).

Sherratt deduce de todo ello que en los poemas homéricos hay una mezcla de vestigios de varias generaciones heroicas. Esta tradición heroica se habría iniciado en el período de las Tumbas de Pozo de Micenas (siglo XVI-inicios XIV a.C.), cuando emerge la épica en el Peloponeso en época de los Atridas, en el marco de una sociedad heroica en plena expansión. Un segundo período de creación épica lo habría constituido la época post-micénica de los siglos XII-IX, en la que se habrían introducido elementos como el hierro utilitario, la cremación, los yelmos astados, las lanzas dobles, el escudo con umbo y el comercio oportunista, es decir, la actividad marítima fenicia. Por último, en época de Homero, en la segunda mitad del siglo VIII, se habría desarrollado la última generación activa de la épica heroica, cuando se introducen en esta tradición oral las historias coloniales que aparecen en la *Odisea* (cf. *Od.* VI.7-10) y las incipientes tácticas hoplitas que describe la *Ilíada* (Sherratt 1990, 817-820).

2. EL IDEAL Y LOS VALORES HOMÉRICOS

En el siglo VIII, los griegos empiezan a ser conscientes de la existencia de una edad heroica, lo que se manifiesta desde el 800 a.C. a través de un creciente culto a los héroes, la aparición de ofrendas en tumbas micénicas, la construcción de santuarios dedicados a los héroes y la aparición de tumbas heroicas con carro, que adoptan el rito de la cremación al estilo del de Patroclo (Coldstream, 1977, 346-349). Todo ello se expresa exclusivamente en sectores privilegiados de la sociedad, porque la épica homérica es esencialmente aristocrática, en cuanto que transmite los valores y símbolos aristocráticos propios del arcaísmo griego. Resulta revelador que los poemas homéricos se formalizaran por escrito precisamente ahora, en el siglo VIII, que es el siglo de la gran crisis de la aristocracia.

La exaltación de la aristocracia

Se considera que Homero y Hesíodo fueron portavoces de la aristocracia de los siglos VIII-VII a.C. En este sentido, los poemas homéricos representan un conjunto ideal de valores que tienen como objeto fortalecer el ideal aristocrático a través de la exaltación del *basileus* y de su autoridad. En efecto, los poemas reúnen toda una serie de tradiciones épicas que definen esa sociedad ideal, en cuanto que exaltan la ideología y el estilo de vida de un solo sector de la sociedad, el de los *aristoi* (cf. Mele 1979, 10; Rowlands 1980, 21-22; Cartledge 1983, 10; Morris 1986a, 126-129; Sherratt 1990, 815). En boca de Ulises, Homero ensalza y legitima la institución del *basileus*, porque, según él, éste es intachable, rige una multitud de esforzados vasallos, distribuye justicia y comida, gobierna con rectitud y garantiza la prosperidad de su gente a partir de la tierra y del ganado (*Od.* XIX. 109-114).

¿Por qué «Homero» acometió la inmensa tarea de poner por escrito esos 26.000 versos en una época determinada y no más tarde y por qué no eligió otros poemas épicos? Las respuestas son varias. En primer lugar, el siglo VIII constituye un período de tensiones e importantes cambios sociales y políticos, que culminan con la aparición de la *polis* y de la idea del estado ciudadano, con la consiguiente desintegración de los valores tradicionales y la aparición de grupos competitivos de elites emergentes que necesitan redefinir su imagen y recuperar los viejos símbolos aristocráticos (cf. Sherratt 1990, 821).

En segundo lugar, a través de los poemas, la aristocracia del siglo VIII pretende asomarse al pasado para legitimar su actual estructura de dominio y a su vez se sirve del pasado para reforzar al nuevo *basileus*, que representa la continuación de una larga tradición heroica. Una de las fórmulas consiste en exagerar el rol de los *aristoi* y establecer genealogías –la de Agamenón remonta a Pelops– que le vinculen a ese pasado heroico, remontando hasta las ilustres genealogías de los héroes, que están sancionadas por los dioses. Porque la genealogía da derecho al status y sólo el status aristocrático da acceso al poder y da derecho a un sistema clientelar y a los beneficios que se derivan de él (Rowlands 1980, 25; Morris 1986a, 126-129).

En este sentido, la poesía heroica se transforma en una poderosa herramienta ideológica y propagandística que sirve a los intereses aristocráticos. El honor homérico se basa en la reivindicación de un status que había que fijar y/o definir en la memoria de los hombres a través de la tradición oral, de la épica y del culto a los antepasados. Los poemas pasan a ser, así, el medio idóneo para propagar la ideología de dominio de la elite: así fue en la edad heroica, y así debía ser ahora (Rowlands 1980, 25; Morris, 1986a, 125; Sherratt 1990, 815).

Para la aristocracia, la necesidad de justificarse a sí misma se da en momentos y en condiciones sociales y políticas muy concretas: cuando sus bases de autoridad se debilitan y se hace necesario proyectar su imagen. Estas circunstancias se dan precisamente en las fases más creativas de la épica heroica: el período de las Tumbas de Pozo de Micenas (siglos XVI-XV a.C.) y tras el colapso de los palacios micénicos (siglos XII-VIII), cuando la proyección del pasado sirve para legitimar el presente. No es casual que la época menos creativa de la épica heroica sea la de los siglos XIV-XIII, que corresponde al apogeo de Micenas, cuando la función de la épica como mecanismo de propaganda y de autodefinición se hace innecesaria (Sherratt 1990, 818-819).

Pero los ideales aristocráticos también se reflejan en otros ámbitos de la poesía heroica. Así, según Homero y Hesíodo, la fuente real del poder de la aristocracia arcaica reside en la agricultura, una agricultura idealizada, individualista y autárquica (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 380), que debe complementarse con la ganadería y la piratería. Ulises y su padre Laertes aran sus propios campos, trabajan en sus granjas y pastorean su ganado con ayuda de una multitud de siervos y esclavos (*Od.* XVIII. 366-375; XXIX. 204-212). Y es la producción de excedente y el botín de guerra lo que permite mantener y reforzar un entramado de clientes y vasallos dependientes mediante alianzas establecidas a través del intercambio de regalos. Pues el poder y el prestigio del *basileus* dependen sobre todo de su generosidad, es decir, de su capacidad para distribuir regalos y dádivas entre los suyos (Mele 1979, 15; Cartledge 1983, 3; Jones 1999, 11).

Reciprocidad e intercambio

Finley fue el primero en llamar la atención sobre las posibilidades que ofrecía la Antropología social para estudiar la sociedad homérica. Basándose en los postulados de Mauss sobre el intercambio de dones, Finley afirmó que ningún poeta pudo haber inventado o descrito con tal exactitud la institución del intercambio de regalos, que sólo la Antropología moderna ha logrado identificar en otras regiones del mundo (Finley 1967, 56). Posteriormente, también Coldstream y Morris han aplicado los modelos de Mauss, Polanyi y Sahlins al estudio de la reciprocidad y del intercambio en la Edad Oscura y en la épica homérica, con interesantes resultados (Coldstream 1983; Morris 1986a, 105-119; 1986b). Frente a las tesis de Snodgrass, según las cuales los poemas homéricos constituyen un relato artificial y anacrónico que no encaja con ninguna sociedad conocida (Snodgrass 1974), Rowlands y Goody han demostrado que el intercambio recíproco que describe Homero es característico de muchas sociedades arcaicas de la Europa prehistórica (Goody 1976, 71-72, 93-94; Rowlands 1980, 23-28).

El intercambio de regalos aparece en Homero como una fórmula para acceder al rango y establecer relaciones personales y alianzas entre casas aristocráticas –los *oikoi*–, cuyo éxito depende de la capacidad de sus líderes de acumular, gastar, distribuir y movilizar riqueza. Y esa riqueza se consigue a través de la tierra, del ganado, de las razzias y de la guerra. El intercambio de dones permite, por consiguiente, establecer sistemas de dependencia y alianzas sociales a través de la hospitalidad, como en el caso de Telémaco buscando noticias de su padre Ulises en la corte de Menelao (*Od.* IV. 590–605), y es una forma de evitar conflictos entre príncipes, como en la historia de Agamenón ofreciendo regalos a Aquiles, o de acceder a títulos y derechos (*Il.* IX. 121-156) (Finley 1967, 73-76; Rowlands 1980, 26-27; Jones 1999, 10). En un célebre pasaje, Ulises explica a su padre Laertes las reglas que deben presidir el intercambio de dones, de las que dependen el prestigio y autoridad de su casa (*Od.* XXIV, 274-285).

A través de un entramado de prestaciones, deberes y obligaciones que integran este sistema de alianzas, la aristocracia logra situarse en posiciones de privilegio y poder respecto a otros grupos. Porque las relaciones de dominio dependen directamente de la manipulación que se haga de la

circulación de símbolos y bienes de prestigio. Mediante los regalos recíprocos, el líder logra imponer su identidad, e identidad es sinónimo de honor, reconocimiento y estimación exterior (Beidelman 1989, 230-237). Toda la épica homérica es una lucha continua por conseguir este reconocimiento. A Ulises nadie le reconoce, porque es un extranjero, por lo que carece de honor e identidad. Agamenón es proclamado líder de la asamblea de guerreros porque posee los mejores y el mayor número de seguidores o clientes, por lo que sólo él puede juzgar y dar honores, aunque el más valiente sea Aquiles (*Il.* II. 277, 380). Aquiles amenaza constantemente el poder de Agamenón, pero la *Ilíada* concluye con un Agamenón todavía más fuerte y con más seguidores gracias a su mayor capacidad para conceder regalos y prestaciones.

En el primer cuarto del siglo VII a.C., todavía interviene el intercambio de dones, como queda reflejado en las obras de Hesíodo (*Los trabajos y los días*, 349-360; *Teogonía* 93, 103). Pero se trata de un sistema en regresión, cuando el *oikos* se debilita y se produce la desintegración del sistema clientelar aristocrático, basado en la autarquía de la producción agrícola y en la guerra. Es la desintegración del sistema lo que denuncia precisamente Hesíodo, una crisis anunciada por la implantación del intercambio comercial y el declive del intercambio recíproco de dones (Mele 1979, 12–13,48; Jones 1999, 14-16).

Que las circunstancias han cambiado lo demuestra un célebre episodio de la *Odisea*, en el que Ulises es acogido por Alcínoo, rey de los feacios (*Od.* VIII. 159-164). En la corte de los feacios, Euríalo se burla de Ulises acusándole de deshonestidad, puesto que en sus viajes ya no busca aventura, prestigio y gloria, sino simplemente ganancias, como un vulgar comerciante. Lo cual supone una ofensa y la negación de los valores e ideales aristocráticos. Y es en este contexto que entran en escena los fenicios.

3. EL COMERCIO FENICIO EN HOMERO

Comercio aristocrático vs. comercio profesional

Si algo ofende a la ética homérica es el comercio que busca provecho y ganancias a expensas de otros por medio de la manipulación y el regateo. Es evidente que en Homero y en Hesíodo está mal vista la práctica del comercio como profesión que busca el beneficio, porque contradice el modelo autárquico de la aristocracia y porque es incompatible con el concepto griego de aristocracia (Finley 1967, 77-78; Cartledge 1983, 3, 9). Como señala Rowlands (1980, 28), la antipatía de los griegos hacia los fenicios, es decir, hacia el comercio profesional, obedece sobre todo a su aversión hacia un tipo de comercio que amenaza las bases del control aristocrático sobre la producción local de excedente destinado al intercambio y mina el sistema de alianzas políticas basado en las relaciones de hospitalidad y de intercambio dentro de un sistema cerrado y autosuficiente.

La aristocracia homérica no tomó parte directa en el comercio y transporte de bienes, sino que encargó esta actividad a sectores inferiores o desplazados de la sociedad. Sin embargo, el aprovisionamiento de mercancías estaba en general en manos de no-griegos, en particular los fenicios, gentes que traficaban con esclavos, metales, joyas y telas (Finley, 1967, 80; Mele 1979, 9, 15; Cartledge 1983, 4). El que sus incentivos fueran las ganancias no importaba demasiado al mundo homérico, puesto que al fin y al cabo eran extranjeros, aunque eso sí, «taimados y rapaces» (*Od.* XV. 415-419). Donde mejor se aprecia la opinión que le merece a Homero el comerciante profesional, no siempre bien recibido ni libre de sospecha, es en las palabras del joven aristócrata de Feacia, Euríalo, quien, dirigiéndose a Ulises, profiere lo que para la audiencia de Homero es un verdadero insulto, es decir, que más que un señor parece un vulgar comerciante (*Od.* 159-164):

No parece, extranjero, que seas un varón ilustrado
 en los juegos que suelen tenerse entre hombres; te creo
 uno de esos, más bien, que en las naves de múltiples remos
 con frecuencia nos llegan al frente de gentes que buscan
 la ganancia en el mar, bien atento a la carga y los fletes
 y al goloso provecho: en verdad nada tienes de atleta.

El comercio aristocrático estaba condicionado por el ciclo agrícola y se entendía como un mero anexo de la agricultura, puesto que se reducía solamente a los 50 días posteriores al solsticio de verano, según prescribe Hesíodo (*Trabajos* 663-676). Así, el período asignado a la navegación comercial se reducía a la época sin actividad agrícola. Se trata de un comercio que se practica como alternativa a la piratería y se dirige sobre todo a la obtención de esclavos y metales (*Od.* 111.73; IX. 253). Se ha comparado con el comercio euboico, mezcla de piratería y tráfico de esclavos, que constituye una actividad todavía honorable para Tucídides (VI 4-5) (Mele 1979, 43, 62; Monti 1999, 120). En este contexto se inscriben las palabras de Ulises en el momento de llegar a Itaca, presentándose como un pirata cretense que relata con orgullo y todo lujo de detalles una de sus correrías (*Od.* XIV. 244-272).

La aparición del comercio profesional y especializado en el Egeo —el comercio *emporíe*—, descrito por primera vez por Homero y denunciado por Hesíodo, repugna al aristócrata homérico porque atenta contra el intercambio personal e individualizado de la elite, que considera mucho más noble intercambiar voluntariamente recursos a través de regalos en el marco de la hospitalidad entre *oikoi* u obtenerlos por la fuerza a través del botín y el saqueo de ciudades. El comercio profesional es un sistema extraño y ajeno al mundo griego, y directamente relacionado con los fenicios, y la épica heroica parece considerarlo como uno de los desencadenantes de la crisis política de la aristocracia, al amenazar el ideal de economía autárquica (cf. Mele 1979, 93-97; Cartledge 1983, 9-11; Beidelman 1989, 231). De ahí la imagen negativa de los fenicios en Homero.

Hesíodo y Homero condenan y menosprecian el comercio *emporíe*, en el que los fenicios aparecen como el «otro», lo opuesto al ideal griego, y es en oposición al «otro» como uno se descubre, se reafirma y se hace. Los fenicios representaban lo que los griegos más temían en su nuevo orden social, y sus prejuicios contra lo oriental, sinónimo de lujo y exotismo, traducen en realidad una nostalgia del pasado y una forma de reivindicar los valores e ideales griegos tradicionales, justo en el momento de la formación del estado arcaico (Hartog 1988; Winter 1995, 263-264).

El comercio fenicio en el Egeo

Nadie duda de que la presencia de los fenicios en Homero es una de las creaciones más tardías de la épica heroica. En primer lugar, porque el vocablo «fenicio» se documenta por primera vez en la *Ilíada*, y en segundo lugar porque alude a un comercio que es característico y exclusivo de la edad del Hierro.

Desde la década de 1950 se asume que la figura de los fenicios resulta incómoda y anacrónica y que no encaja del todo en el mundo de Homero. En la *Ilíada*, sobre todo, los fenicios parecen estar fuera de lugar. No obstante, parecen encajar relativamente bien en el siglo VIII, es decir, en la época de Homero, cuando inician su expansión comercial al Mediterráneo y establecen las primeras relaciones comerciales con el mundo griego. Los fenicios aparecen preferentemente en la *Odisea*, el poema más tardío, y en los pasajes más recientes de la *Ilíada*, lo que demuestra que se trata de figuras propias de la época en que los poemas se pusieron por escrito (Muhly 1970, 19-21). Pero sorprende

el gran desconocimiento que muestran los poemas sobre los fenicios, de los que se dice mucho menos de lo que podría decirse (cf. Winter 1995, 262). Lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta que Homero ignora todo lo que ocurre fuera de Grecia.

En los poemas, los fenicios aparecen frecuentando Egipto, Libia, Creta, Lemnos y la misteriosa isla de Syrie, es decir, una ruta marítima que, según los últimos hallazgos arqueológicos en Chipre, Lefkandi y Creta (Kommos), parece más acorde con un horizonte pre-colonial de los siglos XI-X a.C., como acertadamente ha apuntado Sherratt (1990, 819), que con el siglo VIII.

Se les describe indistintamente como fenicios o sidonios, términos que parecen utilizarse como sinónimos, quizá evocando el Bronce final, cuando Sidón tuvo bastante más relevancia que otras ciudades fenicias. No obstante, no están claras las razones del uso de «sidonio» como sinónimo de fenicio. En opinión de algunos autores, el término «sidonio» designaría a los fenicios en general tras la crisis del 1200, ya que, según la leyenda, Sidón había reconstruido Tiro en esa época y porque en el siglo VIII los reyes de Tiro se denominaban «reyes de Tiro y de Sidón» (Muhly 1970, 27,49). Pero ahora sabemos que en los siglos XI-X a.C. Sidón apenas lleva la iniciativa en el comercio de ultramar, por lo que no debería descartarse la posibilidad de que los fenicios de Homero reflejen un contexto del Bronce final. Es cierto que no se conoce el origen del término «fenicio», pero el mundo griego del Bronce final conoció perfectamente el litoral fenicio, a juzgar por la gran cantidad de importaciones micénicas que han aparecido en Sidón, Sarepta, Beirut y Tiro.

Entre la *Ilíada* y la *Odisea* se aprecian importantes diferencias en el tratamiento dado a los fenicios. Así, en la *Ilíada*, aparecen mencionados como expertos artesanos que trabajan el metal y los textiles (Wathelet 1983, 238-39; Winter 1995, 247-48). En el canto VI de la *Ilíada*, Hécula, a sugerencia de Héctor, acude a su aposento donde se guardaban los mantos bordados por mujeres sidonias para ofrecer el más rico de ellos a la diosa Athenea, telas que el propio Paris-Alejandro había traído de Sidón cuando atravesó el ancho mar en el mismo viaje en que raptó a Helena (*Il.* VI. 288-294). Dichas telas estaban depositadas en la cámara del tesoro del palacio de Príamo, por lo que se consideran productos preciosos y muy valiosos. La referencia a la reina Hécula de Troya sugiere además la adquisición de productos de lujo por parte de las mujeres de la aristocracia a través de expediciones por mar a puertos extranjeros.

Igualmente famosa es la historia de la crátera fenicia de plata ofrecida como premio por Aquiles en los juegos funerarios en honor de Patroclo. Se trata de una «crátera labrada que tenía seis medidas de capacidad y superaba en belleza a todas las de la tierra. Había sido elaborada por artífices sidonios y los fenicios la habían transportado por el brumoso mar –aquí los sidonios parecen distinguirse de los fenicios– y exhibido en los puertos y dado como regalo a Toas. En pago por el rescate de Licaón, hijo de Príamo, el nieto de Toas, Euneo, se la había entregado al héroe Patroclo» (*Il.* XXIII. 740-749). Se trata, en consecuencia, de un don real descrito como una obra soberbia, expuesta en varios mercados y cuyo valor viene determinado no sólo por su valor intrínseco, sino por la larga historia de propietarios ilustres que la habían poseído (cf. Mele 1979, 66, 87; Winter 1995, 248). En este episodio Homero describe con todo detalle las relaciones de amistad que se establecen en el marco de un circuito de intercambio de regalos entre casas reales, característico del Bronce final.

En la *Odisea*, los fenicios aparecen con más frecuencia y ya no son descritos exclusivamente como expertos artesanos y orfebres, sino y sobre todo por sus rasgos negativos, es decir, como mercaderes poco fiables, que practican un comercio regular y pasan largas temporadas en puertos extranjeros (*Od.* XV. 455). En este sentido, la *Odisea* supone un cambio de tono, y las numerosas referencias que contiene permiten adivinar sus prácticas navales y sus productos.

En el canto IV de la *Odisea* aparece de nuevo una referencia al intercambio de regalos entre casas reales a propósito de una costosa crátera trabajada en metal precioso (el episodio se repite en *Od.* XV.113-119), Menelao la entrega a Telémaco, de visita a Esparta en busca de noticias de su padre Ulises, como regalo de hospitalidad, al igual que el rey de Esparta la había recibido con anterioridad en Sidón. Se trata, así, de un regalo o *keimelion* que tiene su propia genealogía, es decir, que posee status especial. Y responde a un intercambio en virtud del cual Menelao y el rey de Sidón –y ahora Telémaco– son equiparados como iguales según el ideal homérico de reciprocidad (cf. Finley 1967, 70, 140; Whatelet 1983, 240; Winter 1995, 248):

Te daré la más bella y más rica de todas las joyas
que guardadas conservo en mi casa. Será una crátera
de esmerada labor: tiene el cuerpo forjado de plata
todo él y un remate de bordes de oro. Trabajo es
del ínclito Hefesto; me la entregó Fédimo, el prócer,
aquel rey de Sidón que me tuvo albergado en su casa
cuando vine de regreso a Esparta (*Od.* IV. 613-619).

Y sabemos por dónde pasó Menelao a su regreso de Troya: por este orden, Chipre, Fenicia, Egipto, la tierra de los etíopes, la de los sidonios y Libia (*Od.* IV. 83-84). De nuevo aquí Fenicia y Sidón aparecen como entidades diferenciadas.

En cuanto a la presencia de fenicios en el Egeo, varios episodios contienen referencias claras a la actividad de sus mercaderes operando regularmente en las costas de Creta. La referencia más significativa es un relato del mismo Ulises quien, haciéndose pasar por cretense a su regreso a Itaca, responde a las preguntas de Athenea inventándose una historia salvaje (*Od.* XIII. 256-286): en Creta habría dado muerte con su lanza de bronce a Orsíloco, hijo del héroe Idomeneo, por lo que tuvo que refugiarse en una nave fenicia, suplicando a sus ocupantes que le llevaran a bordo y comprando su pasaje con una parte del botín capturado en Troya. Una vez desembarcados de noche en el puerto de Itaca, los fenicios habrían partido hacia Sidón.

Otra historia inventada similar a la anterior la relata Ulises al porquero Eumeo, cuando se presenta a éste en Itaca haciéndose pasar por un noble cretense (*Od.* XIV. 285-298). En este caso, la referencia a los fenicios es claramente negativa: a su regreso de Troya habría pasado siete años en Egipto acumulando riquezas, al final de los cuales había llegado un barco fenicio con un capitán sin escrúpulos, que Homero describe detalladamente (XIV. 288-320) como: «un fenicio falaz e intrigante, un taimado que ya había traído la desgracia sin cuento a otros hombres». Con maña, el fenicio había engañado a Ulises y logrado que fuera con él a Fenicia, donde tenía casa y posesiones. Le hospedó durante largos meses en su casa y al cabo de un año lo embarcó con él y, «añadiendo más mentiras», lo llevó rumbo a Libia, donde había decidido venderlo como esclavo y obtener un buen precio por él. Al pasar cerca de las costas de Creta, Ulises aprovechó una tempestad en el mar para huir del barco.

La imagen del fenicio mentiroso y tramposo se repetirá en otros pasajes de la *Odisea*. El interés de este relato, sin embargo, estriba en los importantes datos que ofrece sobre el comerciante fenicio en general: posee casa y bienes en su país, viaja regularmente a Creta, retorna a Fenicia donde recalca mucho tiempo entre viaje y viaje, y hace expediciones a Egipto, país que aparece descrito como un gran mercado de esclavos. Y cómo no, detrás de todo ello, una moraleja: los fenicios son corruptos y, con sus ansias de beneficios, rompen el código del honor. El mercader –el «otro»– es la antítesis del guerrero y héroe griego (Ulises), que sí practica las leyes de la hospitalidad y de la amistad. Al final,

el mercader sufrirá el castigo de los dioses con una tormenta que destruirá su nave (cf. Winter 1995, 249, 261).

Muchos de estos elementos reaparecen en la historia que Eumeo relata al propio Ulises (*Od.* XV. 403-484): Eumeo habría nacido en la isla de Syrie (acaso Syros o Delos), donde gobernaba su padre el rey Tesio. Un día llegaron «unos fenicios rapaces, famosos marinos con su negro bajel, portadores de mil baratijas». En el palacio de Eumeo había una esclava fenicia «experta en preciosas labores» que se dejó seducir por uno de aquellos «taimados fenicios», a quien le había explicado su historia (XV. 425-429):

«Me ufano de ser de Sidón, rica en bronce;
soy hija de Aribante, un varón de cuantiosa fortuna,
pero un día, volviendo del campo, unos piratas tafíos
me raptaron, trayéndome aquí por el mar, me vendieron
al señor de la casa que ahí ves por un altísimo precio».

Los fenicios prometen devolverla sana y salva a su casa, a cambio de lo cual la esclava se compromete a raptar al niño Eumeo y llevarlo al barco fenicio una vez se haya embarcado toda su carga. Para ello los fenicios necesitan un año entero, vendiendo y exhibiendo mercancías por toda la isla y añadiendo gran cantidad de bienes al navío, al final de lo cual Eumeo es embarcado en «la nave fenicia veloz en las aguas». Antes de escapar de la isla, los fenicios visitan el palacio real para ofrecer los últimos objetos de valor –un collar de oro con cuentas de ámbar (XV. 460). Posteriormente, el viento llevará el navío a Itaca, donde Laertes habría pagado el precio del rescate de Eumeo.

Sin duda constituye el episodio que aporta más información sobre el comercio fenicio. Así, los fenicios frecuentan la isla de Syrie o Siria, en cuyo puerto embarcan y desembarcan mercancías. Todo ello acompañado de un comercio de esclavos en toda regla y, sobre todo, de un provechoso comercio de trueque, en el marco de un circuito comercial que les ocupa todo un año. Durante ese tiempo, los fenicios compran para vender, por lo que cabría hablar del establecimiento de alguna forma de capitalismo mercantil.

De particular interés son las repetidas alusiones a la rica ciudad de Sidón, que aparece descrita como una próspera ciudad portuaria célebre por su industria del bronce, donde habitan personajes dueños de grandes fortunas y poderosos propietarios de barcos. En el palacio real de Sidón, Menelao habría recibido hospitalidad a su regreso de Troya por parte de un monarca que figura integrado en los grandes circuitos de intercambio de dotes de elite. Una imagen que contrasta, por cierto, con la de los toscos marinos que raptan a Eumeo, los cuales parecen operar independientemente y fuera de todo control político.

Pero no conviene mitificar demasiado a Homero como fuente de información. Parece evidente que Homero sólo oyó hablar de Sidón y, en cualquier caso, el comercio fenicio sólo le sirve para singularizar lo extranjero, es decir, todo aquello que se opone a la tradición heroica griega. Homero primero, y más tarde Hesíodo, se limitan a denunciar la situación creada por la llegada al Egeo de este nuevo tipo de comercio. Desde la perspectiva homérica, se trata sin duda de una auténtica revolución social, puesto que la llegada del comercio profesional viene acompañada de la irrupción de una nueva clase mercantil, una especie de «burguesía» especializada, cuya actividad será un nuevo factor de desestabilización para el viejo orden social aristocrático.

Esa aversión hacia el comercio profesional no aristocrático, personificado por los fenicios, ha quedado profundamente arraigada en el pensamiento clásico hasta nuestros días. Sorprende, pues, la vigencia de estos prejuicios, que se defienden a veces desde posturas pretendidamente progresistas.

BIBLIOGRAFÍA

- BEIDELMAN, T.O. (1989): «Agonistic Exchange: Homeric Reciprocity and the Heritage of Simmel and Mauss», *Cultural Anthropology* 4: 227-259.
- BLEGEN, C. W. (1963): *Troy and the Trojans*, Thames & Hudson, London.
- BLEGEN, C. W. (1973): «Troy VI», *The Cambridge Ancient History* II.1: 683-685.
- BLEGEN, C. W. (1975): «Troy VII», *The Cambridge Ancient History* II.2: 161-164.
- BLOEDOW, E.F. (1988): «The Trojan War and Late Helladic III C», *Prähistorische Zeitschrift* 63: 23-52.
- BRYCE, T. (1998): *The Kingdom of the Hittites*, Clarendon Press, Oxford.
- BURKERT, W. (1995): «Lydia between East and West or how to date the Trojan War: A study in Herodotus», en J.B.Carter & S.P.Morris (eds.), *The Ages of Homer*, University of Texas Press, Austin: 139-148.
- CARTLEDGE, P. (1983): «'Trade and Politics' revisited: Archaic Greece», en P.Garnsey, K.Hopkins & C.A. Whittaker (eds.), *Trade in Ancient Economy*, Hogarth Press, London: 1-15.
- COLDSTREAM, J.N. (1977): *Geometric Greece*, Methuen, London.
- COLDSTREAM, J.N. (1983): Gift exchange in the eight century B.C., en R. Hägg (ed.), *The Greek Renaissance of the Eight Century B.C.*, Proceedings of the Second International Symposium Swedish Institute of Athens (1981), Stockholm: 201-206.
- FINLEY, M.I. (1967): *The World of Odysseus*, Harmondsworth.
- FINLEY, M.I. (1968): Lost: the Trojan War, en Id., *Aspects of Antiquity*, London: 31-42.
- GOODY, J. (1976): *Production and Reproduction: a comparative study of the domestic domain*, Cambridge.
- GURNEY, O.R. (1990): *The Hittites*, Harmondsworth.
- GÜTERBOCK, H.G. (1983): «The Hittites and the Aegean World: 1. The Ahhiyawa Problem Reconsidered», *American Journal of Archaeology* 87: 133-138.
- GÜTERBOCK, H.G. (1986): «Troy in Hittite Texts? Wilusa, Ahhiyawa and Hittite History», en M.J.Mellink (ed.), *Troy and the Trojan War*, Bryn Mawr: 33-44.
- HARTOG, F. (1988): *The Mirror of Herodotus*, University of California Press, Berkeley-London.
- HOOD, S. (1995): «The Bronze Age Context of Homer», en J.B.Carter & S.P.Morris (eds.), *The Ages of Homer*, University of Texas Press, Austin: 25-32.
- JONES, D.W. (1999): «The Archaeology and Economy of Homeric Gift Exchange», *Opuscula Atheniensia* 24: 9-24.
- KORFMANN, M. (1986a): «Troy: Topography and Navigation», en M.J.Mellink (ed.), *Troy and the Trojan War*, Bryn Mawr: 1-16.
- KORFMANN, M. (1986b): «Besik Tepe: New Evidence for the Period of the Trojan Sixth and Seventh Settlements», en M.J.Mellink (ed.), *Troy and the Trojan War*: 17-28.
- KORFMANN, M. (2001): *Troia. Traum und Wirklichkeit*, Theiss Verlag, Stuttgart.
- MELE, A. (1979): *Il commercio greco arcaico. Prexis ed emporie*, Cahiers du Centre Jean Bérard IV, Napoli.
- MONTI, P. (1999): «Homeric tradition in the Mediterranean navigation of the Pithekoussans», *Talanta* 30-31, Amsterdam: 115-132.
- MORRIS, I. (1986a): «The Use and Abuse of Homer», *Classical Antiquity* 5: 81-138.
- MORRIS, I. (1986b): «Gift and commodity in Archaic Greece», *Man* 21: 1-17.
- MUHL, J.D. (1970): «Homer and the Phoenicians», *Berytus* XIX: 19-64.
- NIEMEIER, W.D. (1998): «The Mycenaeans in Western Anatolia and the problem of the origins of the Sea Peoples», en S.Gitin, A.Mazar & E.Stem (eds.), *Mediterranean Peoples in Transition*, Israel Exploration Society, Jerusalem: 17-65.
- RIDGWAY, D. (1997): *El alba de la Magna Grecia*, Crítica, Barcelona.
- ROWLANDS, M.J. (1980): «Kinship, alliance and exchange in the European Bronze Age», en J.Barret & R.Bradley (eds.), *Settlement and Society in the British Later Bronze Age*, B.A.R. 83, Oxford: 15- 55.
- SHERRATT, E.S. (1990): «Reading the texts»: Archaeology and the Homeric question, *Antiquity* 64: 807-824.
- SNODGRASS, A. (1974): «An historical Homeric Society?», *Journal of Hellenic Studies* 94: 114-125.
- VERMEULE, E. (1960): «The Mycenaeans in Achaia», *American Journal of Archaeology* 64: 1-21.

- VERMEULE, E. (1986): «Priam's Castle Blazing», en M.J.Mellink (ed.), *Troy and the Trojan War*, Bryn Mawr: 77–92.
- VERMEULE, E. (1987): «Baby Aigisthos and the Bronze Age», *Proceedings of the Cambridge Philological Society*: 122-152.
- VIDAL-NAQUET, P. 2000 *Le monde d'Homere*, Perrin, Paris.
- WATHELET, P. (1983): «Les phéniciens et la tradition homérique», *Studia Phoenicia* I-II, Leuven: 235-243.
- WINTER, I.J. (1995): «Homer's Phoenicians: History, Ethnography or Literary Tope?», en J.B.Carter & S.P.Morris (eds.), *The Ages of Homer*, Univ. of Texas Press, Austin: 247-271.

ALGUNOS APUNTES SOBRE LA ARQUEOLOGÍA DE LA CULTURA IBÉRICA ENTRE EL AYER Y EL MAÑANA

LORENZO ABAD CASAL
Universidad de Alicante

En este Homenaje que se rinde a la profesora Ana María Muñoz, a quien la arqueología científica de Murcia debe buena parte de su existencia, me corresponde presentar un panorama general de la cultura ibérica. En el momento de su incorporación a la Universidad de Murcia, hace algo más de veinticinco años, la arqueología del sureste vivía de las rentas de un pasado que la había convertido, al menos en apariencia, en uno de los centros más activos de la arqueología peninsular. Hacía ya casi un siglo que el Cerro de los Santos había proporcionado sus materiales, y casi ochenta del descubrimiento de la Dama de Elche, hechos ambos de una gran repercusión científica y mediática; muchos estudiosos se habían ocupado de ellas y de intentar conocer los lugares de donde procedían y su entorno; para ello se llevaron a cabo una serie de trabajos arqueológicos de diversa índole, que se extendieron en las primeras décadas del XX, entre los cuales están los del Cabecico del Tesoro en Verdolay, del Cigarralejo en Mula, de La Alcudia en Elche, de El Molar en Guardamar, de La Albufereta y El Tossal de Manises, en Alicante, etc. A ellos habría que unir otros como las exploraciones realizadas en la necrópolis de Oliva y los que desde el SIP de Valencia se llevaban a cabo en yacimientos como La Bastida, Covalta o Liria.

Por eso, cuando la segunda mitad del siglo avanzaba, sin que esa actividad continuara, el pasado esplendor se había convertido en un espejismo. El conocimiento se había transmitido preferentemente de palabra, primero en las reuniones del grupo de amigos que eran los *Congresos Arqueológicos del Sureste* y después en los que les sucedieron, los ya normalizados *Congresos Nacionales de Arqueología*. La mayoría de aquellos trabajos, realizados con una metodología que para su época resultaba adecuada, aunque hoy se nos antoje corta, no se habían publicado, y algunos siguen aún sin publicarse. Lo que se había incorporado al acervo común eran sobre todo materiales sueltos, amplias superficies excavadas, tanto de necrópolis como de poblados, y avances sobre temas o materiales de interés.

Las síntesis que fueron colofón de esta primera etapa se basan más en el conocimiento personal que sus autores tienen del terreno y de los yacimientos que en conjuntos de documentos y materiales publicados; es por ello que en ocasiones hay que aceptarlas casi como si de una revelación se

trataran¹. Nos referimos sobre todo a dos obras que marcaron época: *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización*², obra de Miquel Tarradell, y *Contestania Ibérica*³, de Enrique Llobregat, deudora de un *Mapa arqueológico de la provincia de Alicante* elaborado por Enrique Pla que nunca llegó a publicarse.

A mediados de los años setenta resultaba necesario, por tanto, dar un nuevo impulso a la arqueología ibérica en nuestro ámbito, retomar los trabajos antiguos, reestudiar excavaciones y materiales y, sobre todo, incorporar los cambios metodológicos de planteamiento y de interpretación que poco a poco, de la mano de la «nueva arqueología» comenzaban a abrirse paso en algunos ámbitos de la arqueología peninsular. Había mucho que hacer y había que afrontar el trabajo de una manera más profesional, menos desenfadada y alegre de lo que lo había sido en la época anterior.

Este cambio vino facilitado por el descubrimiento de una serie de monumentos escultóricos que aportaban novedades sustanciales en temas que hasta entonces parecían plenamente asentados. Los conjuntos de Pozomoro, Porcuna, Jumilla y más tarde el Pajarillo, hacían ver que todo lo que hasta el momento se había dicho estaba sujeto a revisión, y que los datos de que se disponía eran a todas luces insuficientes. Pero más destacable aún que el descubrimiento de nuevos materiales, lo importante era que ello obligaba a reflexionar sobre la cultura ibérica en no pocos de sus parámetros definitorios. Poco a poco se fueron abordando, con mayor o menor fortuna, temas como su origen y evolución, el poblamiento, la organización territorial, la iconografía, el mundo funerario, la epigrafía, la numismática, la escultura, la poliorcética, las armas, la cerámica; prácticamente todos los aspectos básicos de la cultura ibérica tuvieron que ser objeto de replanteamiento y redefinición. La intervención en este proceso de muchos investigadores de diferentes escuelas y campos, como la prehistoria, la protohistoria, la arqueología y la historia antigua, lo ha enriquecido considerablemente, al facilitar la observación de los mismos fenómenos desde puntos de vista diferentes y complementarios.

Pese a todo ello, no podemos ofrecer una visión demasiado optimista; en buena medida seguimos cayendo en los mismos defectos que hemos censurado a nuestros predecesores; mucho trabajo de campo pero poca publicación; los almacenes se llenan pero es poca la información que pasa al ámbito científico, poco lo que queda a la disposición de los investigadores. *Hay mucho que hacer*. Siguen siendo válidas las palabras con que me saludó a mi llegada a Alicante, hace ahora algo más de veinte años, la profesora Ana María Muñoz⁴.

1 En estos momentos se comienzan a desarrollar estudios y publicaciones con rigor científico de algunos de los yacimientos excavados, labor en la que destacó sobre todo el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia; los trabajos sobre Bastida y Covalta, por desgracia inacabados, son modélicos para su época. D. Fletcher, E. Pla, y J. Alcacer, 1965: *La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia)*, I, *Trabajos Varios del SIP*, 24, Valencia. 1969: D. Fletcher, E. Pla, y J. Alcacer, *La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia)*, II, *Trabajos Varios del SIP*, 25, Valencia. M. A. Vall De Pla, 1971: *El poblado ibérico de Covalta (Albaida, Valencia)*, *TV del SIP*, 41, Valencia.

2 M. Tarradell, *El País Valenciano, del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*, Valencia, 1963. Previamente había publicado otro trabajo de gran interés: «Ensayo de estratigrafía comparada y de cronología de los poblados ibéricos valencianos», *Saitabi*, XI, 1961, Valencia, 3-20. Y poco antes, Domingo Fletcher había hecho una síntesis cultural de gran brillantez en *Problemas de la cultura ibérica*, *TV del SIP*, 22, 1960.

3 Llobregat, E. *Contestania Ibérica*, Alicante, 1972. Esta obra marcó un hito que tuvo continuadores como los trabajos de P. Lillo *El poblamiento ibérico en la provincia de Murcia*, Murcia, 1981, y de J. Uroz *Aspectos sociales y económicos de la Contestania Ibérica*, Alicante, 1981.

4 En este trabajo no trataremos de la cultura ibérica en lo que hoy es la Comunidad Autónoma de Murcia, puesto que este tema corresponde a otro autor.

LA CULTURA IBÉRICA

La cultura ibérica propiamente dicha –aunque la correcta definición del término «ibero» sea sin duda uno de los aspectos pendientes– se extiende desde Andalucía hasta Cataluña, incluyendo el sector oriental de la submeseta sur. Su génesis parece responder a un fenómeno hasta cierto punto similar en las diferentes culturas que la integran: sobre las poblaciones preexistentes, unas minorías de origen exógeno y seguramente heterogéneas, que actúan de forma directa unas veces e indirecta otras, produjeron una efervescencia cultural con rasgos hasta cierto punto homogéneos que son los que dan ese aire de comunidad cultural a los diferentes pueblos ibéricos. Sin embargo, los sustratos locales, que ahora comienzan a recibir la valoración que merecen, y las interrelaciones mutuas, les confieren rasgos diferenciadores en algunos casos muy acusados.

A nuestro modo de ver, ya en el siglo VI aC puede hablarse con propiedad de cultura ibérica, por más que muchas de sus manifestaciones estén en este momento más próximas a las de las precedentes que a las de la época clásica. En ese momento se consolida una sociedad fuertemente jerarquizada que lidera la organización urbana de algunos centros, en línea con lo que ocurre en otros lugares del Mediterráneo, y gozan del poder y de los recursos suficientes como para perpetuar su memoria con grandes monumentos y esculturas, hasta donde sabemos de carácter funerario. A fines del siglo V y comienzos del IV esta situación se altera, sin que sepamos a ciencia cierta por qué, con destrucciones intencionadas que conllevan el abandono de poblados, el desplazamiento de sus habitantes a otros lugares y la creación de nuevos establecimientos.

Un siglo después comienza la serie de acontecimientos que a finales del II aC llevarán al definitivo enfrentamiento entre Cartago y Roma por el dominio de toda la cuenca mediterránea y determinarán en último lugar la incorporación de la Península a la cultura romana. Muchos yacimientos ibéricos muestran la convulsión producida por los acontecimientos históricos, y muchas poblaciones tienen que abandonar su ciudad o su poblado, ya sea por la fuerza o por la imposición de una coyuntura nueva que hacía inoperantes las razones –económicas, estratégicas o de otra naturaleza– que daban sentido a su existencia. Se inicia el despegue de algunos de los antiguos poblados ibéricos y la concentración de la población en unos pocos, junto con la colonización de las tierras del llano, la instalación de *uillae* y otros centros de explotación.

Sin duda uno de los avances más importantes en el ámbito de la arqueología ibérica es el haber conseguido llenar de contenido esta época. La presencia púnica en la costa del Sureste vuelve a adquirir paulatinamente más importancia de la que tradicionalmente se le ha dado y se valoran detalles sueltos y materiales aislados, como los símbolos de raíz púnica de algunas cerámicas de Elche o de las terracotas de Alcoy; determinados rasgos urbanísticos en el yacimiento del Tossal de Manises vuelven a poner sobre el tapete la urbanización de parte del cerro en un momento previo a la segunda guerra púnica, con grandes semejanzas estructurales y de detalle con áreas púnicas del norte de África; la construcción de la muralla, un estrecho lienzo dotado de torres huecas y revestimiento rojizo, asociada a una casa de patio triangular con cisterna «a bagnarola», revestida de un mortero muy diferente al *opus signinum* clásico y muy similar al que puede verse en las cisternas contemporáneas del norte de África, así parece atestiguarlo.

El proceso que se inicia a partir de ahora, el de la romanización, resulta de especial interés. Asistimos a la paulatina transformación de materiales, estructuras sociales, culturales y económicas con la implantación en la trama urbana previa de casas y edificios públicos de tipo romano –termas, foros–, la proliferación de edificios de culto contruidos a la manera itálica, la sustitución de la lengua ibera por la latina, los cambios de las aristocracias locales en el modo de vestir y en el de representarse, las transformaciones en la decoración de los edificios y la reorganización de los circuitos de

distribución comercial. Se trata de un proceso imparable, aunque lento, y podemos decir que no es hasta época de Augusto cuando Iberia comenzará a adquirir la fisonomía que la convertirá en Hispania⁵.

CIUDAD Y TERRITORIO

Las ciudades ibéricas resultan pequeñas en extensión si se las compara con las de otras culturas mediterráneas, aunque su grado de complejidad crece a medida que las vamos conociendo mejor. En este sentido, el poblado de El Oral puede resultar bastante ilustrativo, ya que es de nueva planta, está diseñado de manera previa a la intervención física y sus rasgos urbanísticos son bastante avanzados. Es algo que se encuentra también en el vecino poblado, algo más tardío, de La Picola, en Santa Pola, resultado también de una planificación previa, más ordenada aún que la de El Oral.

La aparición de ciudades construidas *ex novo* en una fase tan antigua ha de obligarnos a pensar que la idea de ciudad estaba entre los iberos bastante más asentada de lo que tradicionalmente se ha supuesto. El Oral es ya una ciudad indígena, pues si bien en algunos aspectos se relaciona, como no podía ser menos, con yacimientos más antiguos, el planteamiento general, las estructuras y el contexto material que presenta están sin duda mucho más próximos a lo ibérico que a lo fenicio o a lo orientalizante. Estos rasgos son similares a los de otros establecimientos más o menos contemporáneos, como el citado de La Picola, en Santa Pola, e incluso a las estructuras más antiguas encontradas en ciudades como Ampurias. Muchos de ellos se integran en una especie de *koiné* común desarrollada por intercambios de tipo económico y comercial, que recorren la costa y tienen en la desembocadura del Segura un lugar de recalada.

En este sentido, creemos interesante llamar la atención acerca de que en el primer estudio de El Oral se avanzó una propuesta metrológica basada en una unidad de referencia de 145,50 cm y divisores de 72,75 cm, 48,50 cm, 36,37 cm y 29,10 cm, que pusimos en relación con el pie de 36,80 cm propuesto por Jodin para el norte de África en época prerromana. Los estudios metrológicos que desde entonces se han llevado a cabo en nuestro entorno han identificado una unidad de medida «ligeramente inferior a 30 cm», que se detecta tanto en La Picola (29,6/29,7 cm) como en Ampurias (27-30 cm), y que podría relacionarse también con las establecidas en su día para El Oral⁶.

Una de las grandes novedades en la interpretación de la cultura ibérica ha sido el estudio de la organización del territorio, en línea con las innovaciones de la llamada arqueología espacial que se desarrolla a partir de los postulados de la nueva arqueología, y que para el mundo ibérico tiene un punto de inflexión en la reunión que se celebró en Jaén en 1985⁷. Los dos focos principales se

5 Sobre este tema pueden consultarse las actas del seminario de la Fundación Duques de Soria *De Iberia in Hispaniam. La adaptación de las sociedades ibéricas a los modelos romanos*, celebrado en 2001 y que se publicará en los próximos meses. La síntesis más completa de las elaboradas hasta el momento, que incluye problemas de tipo histórico y arqueológico, es la que Arturo Ruiz y Manuel Molinos publicaron a comienzos de los años noventa, *Los Iberos. Análisis arqueológico de un problema histórico*, Barcelona, 1993. Véase también L. Abad y M. Bendala, «De Tartessos a la época romana», *Los iberos. Catálogo de la exposición internacional*, Barcelona, 1998.

6 L. Abad y F. Sala, *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Valencia, 1993, 131. A. Badie, E. Gailledrat, P. Moret, P. Rouillard, M.J. Sánchez, y P. Sillières, 2000: *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*, París, 2000.

7 A. Ruiz y M. Molinos, *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico* (Jaén, 1985), Jaén, 1987.

desarrollarán en Valencia⁸ y Jaén⁹, en relación con las reuniones sobre *Arqueología espacial* que en Teruel impulsaba desde 1984 Francisco Burillo. Más adelante, Martín Almagro Gorbea intentó compendiar el panorama actual de la organización territorial ibérica en un congreso celebrado en 1989 que se publicó en un número extra de *Complutum*¹⁰; no obstante, la interpretación un tanto laxa que muchos de los autores –entre los que me incluyo– hicieron de las directrices generales privó a la publicación resultante de parte del valor como estudio de conjunto que de otra manera hubiera alcanzado.

En todo este proceso se han ido incorporando a los estudios ibéricos métodos de trabajo desarrollados con anterioridad en la geografía, como los polígonos de Thiessen, los vecinos más próximos o el área de captación de recursos del territorio. El resultado ha sido la confección de un mosaico de pueblos que configuran una realidad cambiante con el tiempo, con fronteras móviles, distintos estadios de jefatura y realeza, aristocracias urbanas que desarrollan amplios programas iconográficos, etc. Pero el desconocimiento que todavía hoy tenemos de las ciudades ibéricas dificulta considerablemente su estudio, porque la mayor parte de los trabajos de campo realizados en extensión son ya antiguos. En las últimas décadas se ha avanzado poco en este aspecto, porque se trata de una actividad que requiere considerables gastos si se pretende aplicar una metodología depurada, y los resultados que desde el punto de vista monumental conllevan no son por regla general muy espectaculares; por mucho que apreciemos la cultura ibérica hemos de convenir en que sus ciudades no eran desde luego las más esplendorosas del Mediterráneo.

Los estudios se han centrado preferentemente en la relación entre los yacimientos y su entorno, pero sólo de forma tangencial se han abordado los aspectos económicos y geopolíticos que de ellos pueden desprenderse, algo que sin duda deberá constituir en el futuro uno de los principales temas de investigación. Se ha buscado el establecimiento de modelos de distribución del poblamiento, identificando el o los establecimientos de mayor importancia en cada comarca y su forma de relación con los del entorno; para ello se ha pasado de una primera forma de aplicación mecánica a un tratamiento más flexible y adecuado a lo que eran sin duda las realidades sociopolíticas y económicas de la cultura ibérica. En los últimos tiempos se ha llegado a proponer modelos bastante evolucionados como los presentados en el reciente congreso de El Vendrell¹¹, aunque a nuestro modo de ver son todavía propuestas que requieren un detenido estudio y un mayor contraste con la realidad.

8 J. Bernabéu, H. Bonet, y C. Mata, «Hipótesis sobre la organización del territorio edetano en época ibérica plena: el ejemplo del territorio de Edeta/Llíria», *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico* (Jaén, 1985), Jaén, 1987, 137-156. H. Bonet, y C. Mata, «Organización del territorio y poblamiento en el País Valenciano», en *Entre celtas e iberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Madrid, 2001, 175-185.

9 A. Ruiz, «Los pueblos iberos del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición», *CPUG*, 9, 1978. 195-234. A. Ruiz, «Reflexiones sobre algunos conceptos de la arqueología espacial a partir de una experiencia: Iberos en el Alto Guadalquivir», *Arqueología Espacial*, 12, 1988, 157-72, Teruel. M. Molinos, A. Ruiz y F. Nocete, «El poblamiento ibérico en la campiña del Alto Guadalquivir: procesos de formación y desarrollo de la servidumbre territorial». *Actas del I congreso de Hª Antigua*, Santiago de Compostela, 1986, 79-98A. Ruiz y M. Molinos, «Elementos para el estudio del patrón de asentamiento en las campiñas occidentales del Alto Guadalquivir durante el horizonte ibérico pleno (un caso de sociedad agrícola con estado)», *Arqueología espacial*, 4, Teruel, 1984, 187-206. A. Ruiz, «Origen y desarrollo de la aristocracia en época ibérica en el alto Valle del Guadalquivir», *Les Princes de la Protohistoire et l'émergence de l'état*, Coll. CJB, 17/Col. EFR, 252, Nápoles, 1999, 97-106. A. Ruiz, 1998: «Los príncipes Iberos. Procesos económicos y sociales», Congreso Internacional *Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 1999, 285-300.

10 *Paleoetnología de la Península Ibérica. Actas del Coloquio sobre Etnogénesis de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3, 1992.

11 En concreto, el trabajo conjunto de Arturo Ruiz y Joan Sanmartí sobre la organización política y territorial de los iberos, en la ponencia conjunta de Arturo Ruiz y Joan Sanmartí «Modelos comparados de poblamiento entre los iberos del Norte y del Sur», *Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès. Territoris antics a la mediterrània i a la Cossetània oriental*, El Vendrell, noviembre 2001.

Los trabajos pioneros realizados en torno a Edeta-Liria¹² desarrollaron un modelo que proponía la articulación en establecimientos grandes, denominados ciudades u *oppida*, con recintos amurallados de ocho Ha o más; entre ellas se cuentan Arse/Sagunto en la Edetania, Kelin (Villares) en la región meseteña y Saiti (Játiva) en la Contestania, a las que habría que añadir el yacimiento ibérico de La Alcudia de Elche, equivalente a los anteriormente citados en lo que luego sería la región meridional de la Contestania. Por debajo de ellos, recintos amurallados grandes, medianos y pequeños, según tengan entre 2 y 5 Ha, 1 y 1,5 Ha y alrededor de 0,5 Ha, respectivamente. Por último están las atalayas y los caseríos, de menos de 0,25 Ha; las primeras son fortificaciones en lugares elevados, de difícil acceso y buena visibilidad, en tanto que los segundos se asientan sobre pequeños cabezos de tierras bajas y tienen una finalidad económica muy concreta.

El otro modelo que nos interesa es el de la Alta Andalucía, estudiado por Arturo Ruiz¹³ y su equipo. En la zona más alta, donde el valle es más estrecho, los poblados se organizan en torno a los grandes ríos, con uno de gran tamaño –unas 16 Ha– como núcleo principal, alrededor del cual se distribuyen otros medianos –entre 3 y 6 Ha– y más pequeños, en torno a 1 Ha. A lo largo del siglo VI, la distribución es alternada; más adelante, desaparecen los poblados pequeños y aumenta la distancia media entre los grandes. En la campiña, más al sur, donde el valle es más amplio, el poblamiento se estructura a partir de asentamientos grandes y pequeños, aunque con el paso del tiempo se abandonan los pequeños y surgen otros de tipo intermedio que acaban siendo abandonados también a lo largo del siglo IV, cuando el modelo entra en crisis total.

A partir de estas observaciones, A. Ruiz ha propuesto un modelo de interpretación del poblamiento que conllevaría el que, en la parte occidental de la Campiña, las tierras más ocupadas no son las más productivas, sino las de media y baja productividad, al contrario de lo que ocurre en la parte oriental, donde el poblamiento, menor, se estructura preferentemente en las zonas de más alto rendimiento. De ello deduce una diferencia en los aprovechamientos agrícolas, volcados hacia el cultivo de secano en las tierras occidentales y hacia el de regadío en las orientales, lo que se reflejaría también en el patrón de asentamiento, con una estructura reticular para las tierras bajas de la campiña y otra longitudinal para las tierras altas. Propugna la existencia de una frontera en el río Guadalbullón, especialmente activa y significativa a lo largo del Ibérico Antiguo, que se difumina posteriormente. Todo ello da pie al autor para realizar una serie de reflexiones acerca de las estructuras políticas que generaron estos cambios, que no son aquí momento de analizar.

Un nuevo modelo ha desarrollado Ignacio Grau¹⁴ para las comarcas septentrionales de Alicante, el área central de la Contestania. Se trata de un paisaje montañoso que se articula en torno al valle central del río Serpis y sus afluentes. En esta zona observamos un modelo mixto que combina las formas de ocupación citadas en los dos ejemplos anteriores. El paisaje ibérico se ordena en torno a una serie de centros fortificados de unas dos hectáreas, que ocupan cada uno de los valles en que se compartimenta el espacio comarcal y donde se emplazan asentamientos de llanura con superficies entre los 500 y 5000 m² y funcionalidad eminentemente agrícola. Este poblamiento compondría una estructura reticular de *oppida* medianos equidistantes, que ejercerían el control sobre los territorios circundantes y los núcleos rurales subordinados. Ejemplo de estos *oppida* medianos serían La Covalta, El Xarpolar, El Puig d'Alcoi o La Serreta.

12 Véanse los trabajos citados en la nota 5.

13 Véanse los trabajos citados en la nota 6.

14 I. Grau, *La organización del territorio en el área central de la Contestania Ibérica*, Alicante, 2002.

A partir del s. III aC, el modelo evoluciona hacia un patrón de asentamiento más jerarquizado, que conlleva el crecimiento de La Serreta hasta unas 6 Ha y su consolidación como núcleo de una amplia entidad geopolítica que engloba los Valles de Alcoi y controla los restantes *oppida* existentes en el periodo anterior. De esta forma, el modelo de ocupación se asemeja al del entorno de Edeta, con una capital rectora del territorio, aunque con sensibles variaciones por lo que respecta a los núcleos subordinados. El territorio de La Serreta se sitúa entre los importantes núcleos contestanos de Saiti, al norte, e Ilici, al sur, donde se ha propuesto la formación de entidades territoriales semejantes a la descrita. La relación con estas ciudades debió realizarse a partir de una importante vía de comunicación interior que articularía los diversos territorios de la Contestania.

Sobre la base de algunas de estas propuestas se han desarrollado modelos más amplios de organización del territorio; entre ellos el propuesto por E. Díes y L. Soria, quienes articulan el territorio de la antigua Contestania a partir de unas Áreas de Territorio Principales (ATP), coincidentes *grosso modo* con las áreas naturales, y una segunda categoría de asentamientos, también *oppida* grandes, que desempeñarían funciones de frontera¹⁵. Algo parecido propone C. Mata para el territorio de la Edetania, según los Módulos Estatales Primitivos (MEP) de Renfrew¹⁶, concluyendo que ninguno de ellos alcanzó una clara supremacía sobre los demás y que en un primer momento Edetania debió circunscribirse al territorio de uno de ellos, Edeta, mientras que a partir del II aC pasaría a referirse a un ámbito mayor.

Otros aspectos quedan fuera de estos planteamientos generales y sin embargo resultan importantes para el conocimiento de la cultura ibérica. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la vocación marítima de los poblados costeros, algo que ya había entrevisto Enrique Llobregat, con su olfato característico, para lo que se refiere a la Illeta del Campello¹⁷. Hoy podemos hacerla extensiva a otros poblados, y en concreto a los de El Oral y La Escuera, sobre los que estamos trabajando¹⁸. El primero domina la entrada de la antigua zona marjalenca que llegaba a adentrarse unos quince kilómetros hacia el interior; no toda esta zona sería navegable ni accesible con igual facilidad para las embarcaciones, pero parece indudable que en la antigüedad sería fácil costear este verdadero mar interior y promover la relación entre los habitantes de sus riberas. Las actividades propias de una zona marjalenca, como el pastoreo, la pesca, la caza, y la explotación de las riquezas naturales, probablemente las salinas del entorno, fueron sin duda la base de su actividad económica. En cambio, la actividad agrícola, por las propias condiciones del terreno, debía ser considerablemente menor.

En conjunto, los índices de productividad de las actividades económicas no bastan para explicar el alto grado de riqueza de que disfrutó el poblado. El comercio debió jugar un papel importante, según indican tanto el relativamente elevado número de objetos importados y de valor como la presencia de ánforas de diverso tipo y procedencia. Los primeros apuntan a intercambios con objetos de procedencia etrusca, que junto con buena parte del material anfórico parecen relacionar el poblado con los circuitos comerciales de la ruta que se ha venido a denominar Ampurias-Cádiz. Muchos de estos rasgos se mantienen en los siglos posteriores, ahora en torno al poblado de La

15 «Análisis de un espacio de frontera: el noroeste de la Contestania en el siglo IV. Primeras aproximaciones», *Actas del congreso Internacional Los Iberos*, Barcelona, 1998, 425-435.

16 C. Mata, «Límites y fronteras en Edetania», *APL*, 24, 2001, 243-272.

17 E. Llobregat, «Alicante ibérico», *Historia de la ciudad de Alicante. Edad Antigua*, Alicante, 1990, 96-110.

18 L. Abad, F. Sala, I. Grau, J. Moratalla, A. Pastor, M. Tendero, *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. Los poblados de El Oral (II) y La Escuera*, Madrid, 2001. L. Abad, F. Sala, I. Grau, J. Moratalla, «El Oral y La Escuera, dos lugares de intercambio en la desembocadura del río Segura (Alicante), en época ibérica», en *IV Jornadas de Arqueología subacuática. Puertos fluviales antiguos: ciudad, desarrollo e infraestructura*, Valencia, 2001. En prensa.

Escuera, que hereda la función de El Oral y seguramente también su población. Esta corriente de intercambios se corta a fines del siglo III o principios del II aC, en relación sin duda con los numerosos avatares político-militares que sufrió la zona en esta época¹⁹.

La importancia del entorno marino se acentúa si tenemos en cuenta los trabajos que se están llevando a cabo en las proximidades de Alicante, cerca del emplazamiento de la antigua *Lucentum*. Aquí se repite hasta cierto punto el paisaje que acabamos de reseñar, aunque en unas proporciones mucho menores. Al yacimiento conocido hasta el momento, El Tossal de Manises, sin duda sede de la *Lucentum* altoimperial, le precedió otro situado enfrente, llamado el Cerro de las Balsas, cuya extensión e importancia resulta ahora mucho mayor de lo que nos imaginábamos. Las obras de encauzamiento del barranco de La Albufereta han puesto al descubierto un barrio amurallado que se abre directamente al seno acuoso, enfrente de donde se encuentra un embarcadero de época romana²⁰.

CASAS, MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN Y EQUIPAMIENTOS

Es éste uno de los aspectos de la arqueología ibérica en que más se ha avanzado en los últimos tiempos, como resultado sin duda del perfeccionamiento de los sistemas de excavación y de registro. A la visión tradicional de casas sencillas, de una o como máximo dos dependencias, hay que contraponer otra más compleja, con viviendas de superficie bastante mayor y de finalidad específica para cada una de sus habitaciones, que aparecen incluso en poblados antiguos de dimensiones reducidas. Pertenecerían a las élites locales y nos hacen ver que la organización social ibérica presentaba desde un primer momento unas características complejas definidas, muy alejadas de la visión igualitaria que en su momento predominó.

Se ha pasado de considerar que la ibérica era una arquitectura de piedra a valorar el importantísimo papel que en ella tienen las estructuras de barro; y no sólo a partir del estudio de los adobes y los amasados en la fabricación de los muros, sino también en la proliferación de hogares, bancos, umbrales y pavimentos realizados con arcilla de distintas clases y consistencia. Sin duda la carencia que se detectaba en los yacimientos conocidos era debida a la falta de puesta a punto de los métodos de excavación y de registro utilizados²¹.

Se ha detectado también una mayor complejidad en lo que se refiere a la decoración de las casas, muchas de las cuales cuentan con revestimientos pintados y decoraciones en suelo y paredes de elementos en relieve o a base de conchas. El papel más importante, sin duda, lo desempeñan los hogares decorados con improntas o dibujos, un rasgo que durante mucho tiempo se consideró religioso, pero hoy sabemos que hay que descartar una asociación automática entre decoración y

19 F. Sala, 1998: «Los problemas de caracterización del siglo III aC en los yacimientos de la Contestania», en *Les façies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III aC i la primera meitat del segle II aC*, Serie Arqueomediterrània, 4, 29-48. I. Grau y J. Moratalla, »Interpretación socioeconómica del enclave», en L. Abad, F. Sala et alii, *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura*, Madrid, 2001, 173-200.

20 Conocemos los trabajos por información directa de M.A. Esquembre Beviá y J.R. Ortega, los arqueólogos que están llevando a cabo los trabajos.

21 Incluso en las murallas se han detectado en las últimas décadas lienzo y torreones de adobe e incluso de tapial, si bien este último caso está sujeto a ulteriores estudios y comprobaciones. A los datos aportados por cada una de las publicaciones puede añadirse la visión de conjunto que proporciona la serie *Arqueo Mediterránea*, y en concreto M.C. Belarte, *Arquitectura domèstica i estructura social a la Catalunya protohistòrica*, Arqueo Mediterránea, 1, 1997, y M.C. Belarte, J. Pou, J. Sanmatí, J. Santacana (eds), *Tècniques constructives d'època ibèrica i experimentació arquitectònica a la Mediterrània*, Arqueo Mediterrània, 6, 2001.

religión, ya que existen hogares con diverso grado de complejidad decorativa en habitaciones a las que bajo ningún concepto puede otorgárseles la categoría de religiosas²². En el centro de una de las estancias de El Oral se documentó un elemento en forma de lingote o piel de toro, formado por arcillas de distintos colores en torno a un círculo central, todo ello embutido en un pavimento de arcilla batida más clara²³.

En cuanto a equipamientos, puede destacar un rasgo, presente también en varios poblados, que denota su rica complejidad: una serie de canales que conducen las aguas al exterior documentados por ejemplo en Les Toixoneres de Calafell y en El Oral; en este último se inician en estancias descubiertas y a través de una habitación próxima a la muralla se dirigen hacia ésta para atravesarla y desaguar al exterior, siguiendo un proyecto previo a su construcción. El que se hayan documentado ya tres de estos desagües indica que no se trata de algo casual sino que responde a una planificación consiente.

A las estructuras que pudieran tener un carácter religioso se les ha dedicado en los últimos años un volumen monográfico de gran interés en los *Cuadernos de Arqueología* de Castellón²⁴. Y las de carácter defensivo han sido estudiadas por Pierre Moret en una excelente monografía²⁵.

SOBRE ICONOGRAFÍA

Uno de los principales avances en la arqueología ibérica ha sido el de los estudios iconográficos, tanto en la descripción e identificación de monumentos como en la propuesta de modelos interpretativos sobre su función y significado. El punto de arranque hay que ubicarlo en las reflexiones de García y Bellido y Antonio Blanco²⁶ sobre los monumentos escultóricos aparecidos a principios de los setenta, que generaron un vivo intercambio de ideas. Hito importante es la propuesta de Iván Negueruela sobre el conjunto de Porcuna²⁷, tras un largo y detenido trabajo de reconstitución de las figuras, que conllevó la interpretación de los restos como un heroon erigido en honor de un príncipe o una familia de Obulco. Por primera vez se pudo apreciar en el arte ibérico la visión de conjunto de un grupo de esculturas de gran calidad, que componían una escenografía hasta el momento desconocida y que poco tenía que envidiar a las de otras culturas del Mediterráneo.

Porcuna permitía contextualizar las piezas del que hasta entonces había sido sin duda el mejor conjunto de escultura ibérica: el de Elche, así como un grupo bastante nutrido de monumentos de este tipo disperso por la bibliografía y los museos. Se configuraba así un modelo de tendencia helénica que se contraponía a otro muy distinto, pero no menos interesante, representado por los relieves del edificio aparecido cerca de Chinchilla, en la provincia de Albacete²⁸. Sus rasgos, mucho

22 L. Abad y F. Sala, *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Valencia, 1993, 176.

23 L. Abad y F. Sala, F.: «Sobre el posible uso cúlrico de algunos edificios de la Contestania Ibérica», *QPAC*, 18, 1997, 91-102.

24 *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*, *QPAC*, 18, 1997, Castellón.

25 P. Moret, *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, Collection de la Casa de Velázquez, 56, 1996, Madrid.

26 A. García y Bellido, *Arte ibérico en España*, Madrid, 1979, versión española terminada por A. Blanco de un original en alemán, a la muerte del autor. A. Blanco Freijeiro, A., 1987-89: «Las esculturas de Porcuna, I, II y III», *BRAH*, 184 (187, pp. 405-45); 185 (1988, pp. 1-27); 186 (1989, pp. 205-34).

27 I. Negueruela, 1990: *La escultura ibérica del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*, Madrid.

28 M. Almagro Gorbea, 1982: «Pozo Moro y el influjo fenicio en el periodo orientalizante de la Península Ibérica», *Rivista di Studi Fenici*, X-2, 231-72. M. Almagro Gorbea, 1983: «Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizante», *MM*, 24, 177-294.

más «arcaizantes» y «orientales», parecían traslucir una fuerte influencia orientalizante, lo que había llevado a Martín Almagro Gorbea a hablar de «las raíces anatólicas del arte ibérico», en contraposición a la célebre tesis de Blanco, avanzada antes de estos nuevos descubrimientos, de unas «raíces clásicas del arte ibérico»²⁹.

Comenzaba a rastrearse una complejidad en la plástica ibérica mucho mayor de lo que hasta entonces se había supuesto, lo que obligaba a replantear los esquemas clásicos en torno al origen de su escultura y su iconografía. De hecho, se ha llegado a pensar en la existencia de dos tradiciones distintas y complementarias, relacionadas con las dos culturas cuya influencia se hace patente en los primeros momentos: la fenicia o semita, a la que habría que adscribir el estilo de Pozo Moro, y la griega o más bien magnogriega, que impregnaría la de adscripción clásica. O dicho de otro modo, en la existencia de una tradición más antigua, a la que correspondería al tipo Pozo Moro, que quedaría posteriormente oculta bajo la oleada clasicizante a que se adscribe Porcuna. El caso es que desde ese momento, la mayor parte de la plástica ibérica va a estar mucho más próxima a este modelo que al primero. El magnífico estudio de Teresa Chapa sobre la escultura animalística en piedra, y el de Encarnación Ruano sobre las figuras humanas, contribuyeron también a encauzar este ámbito de discusión científica³⁰.

Más difícil es rastrear el significado de estos monumentos. El de Pozo Moro es claramente funerario, bien datado por su asociación con materiales arqueológicos hacia el año 500 aC, aunque algunos autores piensen que podría ser anterior. Sus relieves deben representar escenas míticas de tránsito, del paso de una vida a otra, relacionados con héroes de tipo oriental y bajo la protección de la divinidad alada que encontramos también en el mundo tartésico. Para el de Porcuna, datado unos veinticinco años después, se ha propuesto que se tratase de la escenificación de una historia concreta, de un episodio real ocurrido entre dos facciones o grupos étnicos rivales, pero también de la escenificación de un hecho mítico. El que uno de los grupos, el perdedor, esté representado como sorprendido, sin tiempo para preparar sus armas y aprestarse al combate, parece desde luego insistir en que se trata de un hecho concreto, que seguramente los iberos de Porcuna llamarían por su propio nombre, tanto si es de raíz histórica como mítica.

Porcuna ha permitido también resolver algunos aspectos iconográficos de gran importancia, no bien documentados hasta el momento, como por ejemplo la indumentaria militar y la forma de utilizar el armamento. Gracias a ello se han podido reinterpretar piezas y esculturas que hasta el momento habían pasado casi inadvertidas.

Años después, la aparición de un nuevo conjunto escultórico en El Pajarillo³¹, también en la provincia de Jaén, parece indicar la existencia de un monumento escenográfico que de ser cierta la hipótesis de los autores, marcaría un hito que buscaba destacar el dominio sobre el territorio de un determinado grupo social ibérico mediante una presentación escenográfica ciertamente impresionante.

El avance en el conocimiento de la escultura ibérica se ha visto facilitado por la puesta en marcha de una base de datos digital en el Área de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, desarrollada por el equipo que dirigen Manuel Bendala y Juan Blánquez. Ello ha permitido desarrollar varias propuestas de reconstrucción de figuras como la Dama de Elche en su estado original, tanto en

29 A. Blanco, «Klassische Wurzeln der iberischen Kunst», *MM*, 1, 1960, 101-121.

30 T. Chapa, *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid, 1985. E. Ruano, *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico*, Madrid, 1987.

31 M. Molinos, T. Chapa, A. Ruiz, J. Pereira, C. Rísquez, A. Madrigal, A. Esteban, V. Mayoral, y M. Llorente, 1998: *El Santuario heroico de «El Pajarillo» (Huelma, Jaén)*. Universidad de Jaén.

forma de busto recortado de una estatua de cuerpo entero como de figura estante o sedente, y el estudio minucioso de sus rasgos ha renovado la antigua propuesta de que se trata de la copia de un original en madera tallada³². Se ha llegado a realizar una reconstrucción de la escultura con la reproducción de las joyas que lleva, estudiando aspectos tan interesantes como su peso y su disposición. Y los últimos años han estado presididos por el centenario de su descubrimiento aunque más por hechos anecdóticos que por estudios científicos; entre ellos, el «descubrimiento» de su carácter de falsificación, propuesta avanzada por J. Moffit, aunque sin aportar más que pruebas circunstanciales e interpretaciones un tanto sesgadas³³.

Con motivo de la exposición que sobre los iberos se ha celebrado en París, Bonn y Barcelona, Pilar León³⁴ ha realizado varios estudios sobre la escultura, continuando los emprendidos por otros autores, desde los precursores –y en muchos casos aún no superados– García y Bellido y Blanco, hasta los más recientes de Bendala, Blánquez y otros. Pilar León propone la existencia de una serie de talleres –siete principales y otros secundarios– de producción local y regional, no siempre contemporánea, y una evolución temporal basada en criterios estilísticos. Este sigue siendo sin duda el gran problema de la escultura ibérica, puesto que carecemos de una serie relativamente amplia de contextos estratigráficos dignos de confianza que nos permitan desarrollar propuestas de evolución.

En los últimos años se han conseguido algunos avances en este contexto, sobre todo los hallazgos de Pozo Moro y Porcuna –aunque con problemas en cuanto a la cronología de este último– y de los dos jinetes de Los Villares, relacionados con estructuras tumulares de comienzos del siglo V aC, lo que viene a confirmar la antigüedad de las manifestaciones escultóricas y la complejidad de las sociedades en que se generaron. La diferencia de labra –y también cronológica– entre ambas piezas hace muy tentadora la hipótesis de que el segundo sea una copia o interpretación de la primera, que sería la original, hecha por manos poco expertas. Otros hallazgos que aparecen asociados a documentos estratigráficos corroboran esta antigüedad, como ocurre por ejemplo en Porcuna, Cabezo Lucero o Coimbra del Barranco Ancho, aunque casi siempre existen problemas de interpretación que dificultan el establecimiento del momento de fabricación de las piezas, ya que se suelen encontrar en estructuras posteriores reutilizadas como material de construcción. El carácter «arcaizante» que muestra la escultura ibérica clásica, muy diferente de la clara evolución formal a la que se asiste en el mundo helénico, dificulta aún más el establecimiento de su evolución.

De gran interés para el conocimiento de la iconografía ibérica es la serie de trabajos que sobre los motivos representados en la cerámica han llevado a cabo los equipos de Ricardo Olmos³⁵, sobre la de Elche, y de Carmen Aranegui sobre la de Liria³⁶. El estilo simbólico del primero, con un universo plagado de monstruos que luchan con héroes, en la más pura narrativa de la mitología clásica, entre

32 M. Bendala, «Reflexiones sobre la *Dama de Elche*, *REIb*, 1, 1994, 85-105. «Una nueva hipótesis sobre la Dama de Elche», XXV Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995), Elche, 1997, 299-304.

33 J. F. Moffit, *El caso de la Dama de Elche*, Barcelona, 1996, versión española. Véanse las recensiones de R. Olmos y T. Tortosa, «El caso de la Dama de Elche, más que una divergencia», *AEspA*, 69, 1996, 219-226 y L. Abad, «La Dama de Elche cumple cien años», *Historia* 16, 1996. R. Olmos, y T. Tortosa, 1997: *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Lynx, 2, Agepasa, Madrid

34 P. León, «La escultura ibérica», *Catálogo de la Exposición Los Iberos*, Barcelona, 1999, 169-185. *Eadem*, *La sculpture des ibères*, París, 1998. Los talleres principales propuestos son Elche-Alicante (Alicante), Verdolay-Murcia-Mula (Mula), Pozo Moro (Albacete), Cerro de los Santos-Llano de la Consolación (Albacete), Baena-Nueva Carteya (Córdoba), Porcuna (Jaén) y Osuna-Estepa (Estepa).

35 R. Olmos, «Originalidad y estímulos mediterráneos en la cerámica ibérica: el ejemplo de Elche», *Lucentum*, VII-VIII, 1988-89, 79-102. R. Olmos (ed), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 1996.

36 C. Aranegui, (Ed.), C. Mata, y J. Pérez Ballester, 1997: *Damas y caballeros en la ciudad ibérica*, Madrid.

otros temas, se contraponen a lo narrativo del segundo, donde escenas de caza, guerra y actividades cotidianas presentan un panorama menos constreñido al universo tenebroso que parece vislumbrarse en el sur³⁷.

La cerámica de La Alcudia de Elche sigue constituyendo uno de los conjuntos más importantes de todo el universo ibérico, pues es un amplio grupo de vasos de distinto tipo, forma y decoración, aunque las características tanto peculiares de la arqueología de La Alcudia los haya privado de los contextos en que aparecieron. Parece que proceden del interior del poblado, de la zona donde actualmente se conservan las casas romanas. Deben ser por tanto vasos representativos o –lo que parece más probable– pertenecientes a un santuario o edificio de finalidad cultual. Los estudios realizados y en especial la tesis doctoral de Trinidad Tortosa, aún en proceso de publicación, han contribuido a identificar talleres y producciones y a desarrollar la línea de investigación iniciada por Ricardo Olmos sobre la interpretación simbólica de los vasos y las asociaciones de motivos, aunque siga faltando una edición moderna de los vasos, que aísle las zonas restauradas de las originales y estudie aspectos tan interesantes como la técnica pictórica³⁸.

Una de las novedades principales que la investigación ha aportado en los últimos años es que más allá de estos dos focos existen otros que comparten con ellos algunos de sus rasgos principales, pero que muestran un desarrollo propio; como ejemplos pueden citarse las producciones del Tolmo de Minateda³⁹ o de L'Alcoià-Comtat⁴⁰. La diferencia cronológica que tradicionalmente se había venido considerando entre los estilos cerámicos principales se va recortando cada vez más, ya que desde el momento en que se ha conseguido dotar a la cerámica del estilo Elche-Archena de contextos fiables⁴¹, se hace claro que se trata de una producción que tiene su momento de esplendor en el siglo I aC, estratificada, en los pocos casos en que se pueden documentar superposiciones, por debajo de la otra, y remontable en todo caso a las últimas décadas del siglo II aC. Se trataría por tanto de una cerámica ya plenamente romana, ausente por completo de los ambientes destruidos en el curso de la segunda guerra púnica.

Interpretaciones específicas sobre conjuntos materiales ya conocidos, pero desde un punto de vista nuevo, han sido los estudios de Fernando Quesada sobre el armamento y la guerra en el mundo ibérico, que toma en cuenta todas las variables de la cultura material y de los textos clásicos: la panoplia encontrada en las tumbas, las representaciones escultóricas y pintadas, las noticias de las fuentes, etc. En este contexto adquieren gran interés sus trabajos sobre el papel del caballo en el mundo ibérico, sin duda un elemento de primera importancia como símbolo de poder, de estatus e instrumento imprescindible para la vida cotidiana y heroica en el mundo ibérico. El propio título de su libro: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las*

37 Vide también obras de visión más general, como R. Olmos y J. Santos (ed.), *Coloquio Internacional Iconografía Ibérica. Iconografía Itálica: propuestas de interpretación y lectura* (Roma, 11-13 nov. 1993), Serie Varia, 3, 1997, Madrid.

38 Es algo que está llevando a cabo actualmente Miguel Pérez Blasco, dentro de un proyecto de tercer ciclo en la Universidad de Alicante.

39 L. Abad y R. Sanz, «La cerámica ibérica con decoración figurada de la provincia de Albacete. Iconografía y territorialidad», *Saguntum*, 25, 1995, 73-84.

40 I. Grau, «Un posible centro productor de cerámica ibérica con decoración figurada y vegetal en L'Alcoià y El Comtat (Alicante)», *Lucentum* XVII-XVIII, 1998-1999, 75-91.

41 El primero, sin duda, el estudio sobre 'la tienda del alfarero' de La Alcudia de Elche; F. Sala Sellés, *La 'tienda del alfarero' de La Alcudia de Elche*, Alicante, 1992. En las recientes excavaciones del Tossal de Manises se ha encontrado estratificada este tipo de cerámica por debajo de otras producciones más próximas al estilo Oliva-Liria-La Serreta, en contextos de los siglos III-II esta última y I aC la primera. Es una información que agradecemos a Manuel Olcina, director de las excavaciones.

*armas en la cultura ibérica (siglos VI-I aC)*⁴² es suficientemente significativo. Estudia tanto las armas de ataque y defensa activa (el escudo) como las de defensa pasiva (petos, discos-coraza, grebas, etc), todo lo cual lleva a observar que la panoplia ibérica era mucho más compleja de lo que en un primer momento se podía suponer; las armas aparecen en su mayoría en tumbas de varones, fieles a lo que parece su función original: indicar la capacidad de ir al combate, y la necesaria posesión del armamento; aunque su inclusión en tumbas de niños – el autor pone en entredicho las de mujeres, incluida la de la Dama de Baza – hace pensar que también podía tratarse de un símbolo de estatus social.

Algunas de estas armas han podido estudiarse con precisión, como la falcata, sin duda la más característica de toda la panoplia ibérica⁴³; es propia del ámbito bastetano y contestano; de procedencia itálica, servía tanto para hendir como para clavar, aunque algunas de las piezas conservadas más espectaculares pudieron ser más bien arma de parada que de combate.

LAS NECRÓPOLIS

En el mundo de las necrópolis hay que destacar los numerosos avances llevados a cabo en este periodo, que arrancan de la tesis doctoral de Juan Blánquez sobre las necrópolis de la Meseta meridional y alcanzan su mayoría de edad en el Congreso de Las Necrópolis celebrado en Madrid en el año 1991 y editado poco después⁴⁴. Aquí se pasa revista a una serie de yacimientos concretos y a la problemática general de casi toda el área ibérica, a cargo de especialistas en cada una de ellas. Hitos como las necrópolis de Los Villares en Albacete, Cabezo Lucero en Alicante, El Cigarralejo y Coimbra del Barranco Ancho en Murcia, añaden importante material y posibilitan el avance en el conocimiento de las tumbas y los ritos de enterramiento, sobre todo cuando la publicación se ha hecho de forma adecuada y en un plazo de tiempo prudencial.

También es importante destacar el estudio de otras que, excavadas años atrás, aún no habían sido objeto de una publicación adecuada. Es el caso, por ejemplo, de El Llano de la Consolación⁴⁵. Otros trabajos interesantes se han llevado a cabo en necrópolis como las de Cabezo Lucero y La Serreta. El estudio que un equipo dirigido por Teresa Chapa está llevando a cabo en el Alto Guadalquivir, con resultados del mayor interés en cuanto a la tipología y evolución de los enterramientos y el ritual funerario⁴⁶, tiene el interés añadido de trabajar sobre una de las necrópolis que fueron pioneras en el conocimiento de la cultura ibérica.

Sin duda el punto de partida de los nuevos estudios sobre las necrópolis ibéricas arranca de los diferentes trabajos que Martín Almagro dedicó al monumento de Pozomoro, aunque el conjunto aún no se haya publicado en su totalidad. A partir de aquí, Almagro llegó a realizar una propuesta sobre el «paisaje» de las necrópolis ibéricas que ha tenido bastante éxito. En esta línea han trabajado posteriormente otros investigadores, como Raquel Castelo, que ha hecho interesantes propuestas de

42 F. Quesada, *Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I aC)*, *Monographies Instrumentum*, 3, Montagnac, 1997.

43 F. Quesada, *Arma y símbolo. La falcata ibérica*, Alicante 1992.

44 J. Blánquez, *La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta*, Albacete, 1990. J. Blánquez y V. Antona, eds. *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Madrid, 1992.

45 C. Valenciano, *El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete). Revisión crítica de una necrópolis ibérica del sureste de la Meseta*, Albacete, 2000.

46 T. Chapa, J. Pereira, A. Madrigal, V. Mayoral, *Las necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*, Sevilla, 1998. A mediados de los años cincuenta se empleó aquí por primera vez un método que podríamos denominar científico en la arqueología funeraria.

sistematización desde el punto de vista arquitectónico de los monumentos funerarios ibéricos⁴⁷, e Isabel Izquierdo, que ha dedicado un completísimo estudio a los monumentos en forma de pilar-estela, que actualiza y completa los primeros trabajos anteriores y establece una completa tipología y propuesta de evolución⁴⁸.

Un aspecto interesante de este último trabajo es el de proponer una cronología avanzada para los monumentos de Corral de Saus, que reutilizan fragmentos de esculturas de monumentos anteriores. Porque si de las necrópolis de época antigua y clásica estamos hoy relativamente bien informados, de las de época tardía apenas tenemos unos pocos datos. Los monumentos de Corral de Saus son túmulos escalonados, similares a los que se conocen en otras necrópolis del Sureste desde época más antigua, y corresponden a un tipo de los más característicos en este momento avanzado. En nuestras excavaciones de El Tolmo de Minateda hemos podido documentar la existencia de edificios similares –de sillería unos y de adobe otros– en un entorno del siglo I aC⁴⁹. Estos monumentos, que en algún caso presentan una urna cineraria en su interior, funcionaron también como hitos aglutinadores de grupos familiares, pues varias cremaciones e incluso inhumaciones infantiles se agrupan en su alrededor, en contacto más o menos inmediato con ellos. Edificios semejantes se encuentran en lugares tan alejados como la necrópolis empurritana de Les Corts, que se pone en marcha en este momento con elementos que la diferencian claramente de las anteriores⁵⁰; ello ha hecho pensar en la presencia de gentes nuevas, procedentes de áreas donde este tipo de monumentos estaba en boga, de las regiones meridionales de la Península o también de las zonas del sur de Italia, donde tenía tras de sí una larga tradición. Es un problema difícil de resolver, ya que no es fácil relacionar monumentos y elementos materiales con grupos étnicos, pero sin duda se está apuntando un hecho de gran importancia para el conocimiento de las postrimerías del primer milenio aC.

LA DIFUSIÓN

El capítulo de la difusión es sin duda de vital importancia para el desarrollo de los estudios ibéricos, porque permite a las personas con interés por la historia y la cultura conocer algunos aspectos de una de las culturas más importantes de nuestra antigüedad. En estos últimos años algunos acontecimientos han tenido una fuerte repercusión mediática o han atraído de una u otra manera la atención de amplios grupos sociales. Nos referimos ante todo a las exposiciones y sus catálogos, que ayudan a una difusión mucho mayor de la que nunca pueden lograr los libros científicos. Tras una primera muestra sobre la cultura ibérica organizada por el Ministerio de Cultura, el CSIC en la

47 R. Castelo Ruano, *Monumentos funerarios del sureste peninsular: elementos y técnicas constructivas*, Madrid, 1995.

48 I. Izquierdo Peralte, *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*, Serie Trabajos Varios del S.I.P., nº 98, Diputación Provincial de Valencia, Valencia, 2000.

49 L. Abad, S. Gutiérrez y R. Sanz, «El proyecto de investigación 'Tolmo de Minateda' (Hellín, Albacete). Nuevas perspectivas en el panorama arqueológico del Sureste Peninsular», *Jornadas de Arqueología Albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*, Madrid, 1993.

50 A. Vollmer, y A. López Borgoñoz, «Nuevas hipótesis sobre los motivos de la ubicación de la necrópolis y su relación con la ciudad romana de Ampurias (Girona)», *Actas del XXII CNA*, Vigo, II, 373-377; *idem*, «Nueva aproximación a la necrópolis romana de incineración de Les Corts (Ampurias)», *Actas del XXIII CNA*, Elche, 1995, 129-140. López Borgoñoz, A. Distribución espacial y cronológica de las necrópolis empurritanas, De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispània Citerior, *Homenatge a Josep Estrada i Garriga, Itaca, Annexos 1*, Barcelona, 1998, 276-298.

persona de Ricardo Olmos inició una nueva serie de exposiciones que rompía el formato tradicional para intentar una forma de aproximación a los iberos más novedosa y atrayente⁵¹.

Entre todas estas actuaciones, destaca la magna exposición que con el título «Los Iberos» y bajo la dirección de Carmen Aranegui y Pierre Rouillard recorrió París, Bonn y Barcelona, ciudad esta última en la que con este motivo se celebró un Congreso Internacional cuyas actas se publicaron poco tiempo después⁵². *Los Iberos* concebida como una versión española de las grandes exposiciones sobre *Los celtas*, *Los fenicios* o *Los etruscos*, contribuyó a poner al alcance del público europeo los aspectos principales de la cultura ibérica; especial impacto causó la muestra de algunas de las esculturas de Porcuna, restauradas para la ocasión.

Otra exposición de gran interés ha sido *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*⁵³, organizada por Juan Blánquez y que a través de un proceso de itinerancia ha permitido llevar a buena parte del ámbito territorial ibérico una visión gráfica del origen de sus estudios. Se han recuperado y tratado muchas fotografías antiguas y se han realizado recreaciones de monumentos como el templo del Cerro de los Santos o la cámara funeraria de Toya. En conjunto, podemos decir que estas exposiciones han contribuido a acercar la cultura ibérica a la gente, que ha comenzado a sentirla como algo suyo.

Hemos de destacar también otra tarea emprendida en los últimos años: la publicación de una revista especializada en la cultura ibérica, la *Revista de Estudios Ibéricos*, similar a la *Rivista di Studi Fenici* o a otras destinadas de forma monográfica al estudio de una cultura antigua. Parte de una iniciativa de la Universidad Autónoma de Madrid y se ha plasmado en una revista lujosamente editada, de la que hasta el momento se han publicado tres volúmenes. Ojalá llegue a consolidarse como el órgano de difusión que la cultura ibérica merece.

Otro soporte útil para la extensión y difusión de la cultura ibérica es el digital. Se han publicado varios trabajos en CD-Rom, entre los que destacan el de Ricardo Olmos e Isabel Izquierdo sobre *Los iberos y sus imágenes*, resultado de una larga experiencia que ha conllevado también varias exposiciones, y el de Francisco Gracia, orientado hacia el estudiante universitario. Sin embargo, estas ediciones aún no han alcanzado la difusión que se esperaba, pues resultan bastante más incómodas de manejar que la bibliografía tradicional y quedan reducidas a obras de consulta o de referencia para aspectos muy concretos. Tampoco han conseguido calar entre el público no especializado, que sin duda se siente mucho más atraído por CDs más dinámicos. En este sentido, creemos que sigue siendo válido el soporte tradicional en libro, siempre que se le sepa dar el toque adecuado para que sea leído sin problemas por personas no iniciadas en la jerga arqueológica; la obra de Manuel Bendala *Tartessos, iberos y celtas*⁵⁴ es un buen ejemplo de lo que estamos diciendo.

En relación con lo anterior se encuentran las páginas de Internet, que pueden convertirse en un interesante vehículo de difusión de la arqueología, pues tiene a su favor la rapidez de acceso y una

51 *Los iberos*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1983. R. Olmos, *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1993. Esta misma línea han seguido otras exposiciones, como *El mundo ibérico. Una nueva imagen en los albores del año 2000*, desarrollada por J. Blánquez en Albacete en el año 1995.

52 C. Aranegui y P. Rouillard, *Los iberos*, París-Bonn-Barcelona, 1997-98-99. El catálogo se editó en francés, alemán, catalán y castellano. Las actas del congreso, en C. Aranegui, ed. *Actas del Congreso Internacional Los Iberos, príncipes de occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Barcelona, 1998.

53 J. Blánquez y L. Roldán, eds. *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*, Madrid, 1998-2000.

54 M. Bendala, *Tartessos, iberos y celtas*, Madrid, 1999. En otro sentido, con numerosas ilustraciones sobre la vida cotidiana de los iberos, F. Gracia, G. Munilla, F. Riart y O. García, *El llibre dels ibers. Viatge il·lustrat a la cultura ibèrica*, Tarragona, 2000.

gran facilidad para la obtención de imágenes. Existen varias páginas dedicadas al estudio de la cultura ibérica, como puede verse por ejemplo en http://www.um.es/coimbra/enlace/enl_mundiber.htm que conlleva enlaces a otras 24. Entre ellas podemos destacar la del Centro Andaluz de Arqueología Ibérica, encontrable en <http://www.ujaen.es/centros/caai/index.html> y otra de la Universidad Complutense, en http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero1_1/articulo1_1.htm#art2, con un artículo de gran interés para los que quieran iniciarse: *Iberos on line. Un breve recorrido por la cultura ibérica en Internet*, de Victorino Mayoral.

Aunque la mayor parte de estas páginas son de tipo general y tienen una función principalmente divulgativa, estamos convencidos de que en el plazo de unos años buena parte de la difusión científica se hará sobre soporte electrónico. Este resulta inmejorable para la edición de memorias de excavación, puesto que puede soportar un elevado número de imágenes, susceptibles de ampliación a voluntad para estudiar los detalles de cualquier dibujo o fotografía, muy lejos de las limitaciones inherentes a la versión impresa. A ello hay que unir el ahorro económico, ya que el propio libro puede verse en formato digital, con pocos costos adicionales. En este sentido, creo que es preferible, sobre todo para memorias y libros de tipo técnico, presentar una versión digital del libro tradicional, ya que los investigadores hoy por hoy estamos acostumbrados a esta estructura y resulta mucho más útil que una versión en formato moderno, más adecuado para cedés de consulta, referencia o entretenimiento.

El Centro Andaluz de Arqueología ibérica ha diseñado «La ruta de los Iberos», un proyecto que pretende adecuar los yacimientos más importantes para hacerlos visitables, sin duda una de las iniciativas más interesantes de los últimos años y que continúa otros proyectos anteriores en distintas fases de desarrollo. Entre ellos los promovidos por la Diputación de Valencia en el Castellet Bernabé y en menor medida en La Bastida, Sant Miquel de Liria o El Puntal dels Llops. En Calafell se ha desarrollado un taller de arquitectura antigua que ha conllevado la restauración experimental de una parte del poblado ibérico con materiales similares a los originales, lo que permite al visitante hacerse una idea bastante exacta del modo de vida de los iberos. La Diputación de Alicante tiene ahora mismo en curso un proyecto de musealización de la Illa del Campello, similar al ya desarrollado con considerable éxito en la ciudad de *Lucentum*.

En resumen, la arqueología ibérica se encuentra ahora mismo en un momento de gran interés, pues a lo dicho en estas páginas podrían añadirse muchos temas más⁵⁵. Poco a poco se está afianzando en los centros universitarios, museos e instituciones de investigación, formando equipos de trabajo y publicaciones en línea con lo que es de esperar en una arqueología moderna. Su futuro es prometedor, siempre y cuando los arqueólogos seamos capaces de desarrollar nuestra actividad con seriedad, dando a conocer con detalle los resultados de nuestro trabajo y ofreciendo a los demás investigadores el núcleo de información de una forma aceptable. En este aspecto podríamos hablar de una investigación básica, que es la excavación, el estudio y la publicación de los materiales, tendente a la creación de una amplia base de datos, que en su momento permita trascender la mera información factual y cuantitativa y adentrarnos en el complejo mundo de la cultura ibérica. Los arqueólogos tenemos que acostumbrarnos a mirarla y estudiarla como lo que es, una cultura clásica,

55 Piénsese, por ejemplo, en los numerosos trabajos dedicados a la epigrafía y a la numismática ibéricas, por autores como J. de Hoz, J. Untermann –sus *Monumenta linguarum hispanicarum* siguen siendo una obra de referencia ineludible–, M.P. García-Bellido, P.P. Ripollés, M.M. Llorens; en congresos como los Coloquios de Lenguas y Culturas prerromanas de Hispania o en obras de conjunto como *La moneda hispánica. Ciudad y Territorio. Anejos AEspA 14*, Madrid 1995, o García-Bellido, M^a P. y Callegarin, L., *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEA XXII*, Madrid. 2000.

para cuyo estudio hay que conocer tanto las que la han precedido como aquellas con las que ha estado en contacto.

Y por último, no olvidar que el destinatario último de nuestros esfuerzos deben ser más que nuestros colegas, el público interesado, ávido de información, en un formato que pueda asimilar sin problemas. En este caso, la arqueología ibérica, como cualquier otra, actúa sobre bienes públicos y debe ser extremadamente cuidadosa y respetuosa con ellos. Es lugar común el quejarnos del desinterés de las instituciones por nuestra cultura y nuestra arqueología, pero seguramente el motivo es que nosotros no hemos sabido «vender» el producto que tenemos en nuestras manos; algo que no puede «venderse» por sí mismo, como puede ser un paisaje o un animal, sino que requiere una explicación y una interpretación. En el momento que se consigue, muchos problemas se resuelven; si no, véase el ejemplo de Atapuerca. Mientras no sea el pueblo el que demande a los políticos que se interesen por la arqueología, seguiremos como hasta ahora; si no somos capaces de despertar esa ilusión, y continuamos apareciendo a los ojos de nuestros conciudadanos como miembros de una casta que sólo se relaciona con iniciados, habla de una forma abstrusa e ininteligible, y tiene la maldita costumbre de retrasar obras y urbanizaciones públicas y privadas, no es de extrañar que ni la arqueología ibérica ni cualquier otra despierte un cariño especial.

ARQUEOLOGÍA DE LAS CIUDADES EPISCOPALES

JOSÉ M^a GURT ESPARRAGUERA

Universidad de Barcelona

Los cambios habidos durante las últimas dos décadas del siglo XX en el conocimiento arqueológico de lo que será la evolución y transformación del mundo clásico en la Península Ibérica son del todo evidentes. Lejos quedan ya los días en los que la materialización de este conocimiento arqueológico quedaba reducido a las primeras manifestaciones materiales de un incipiente cristianismo (puesto de relieve en su conjunto por Palol) y a la documentación en el campo de las grandes residencias, por lo general profusamente decoradas con pavimentos musivos que centraban el interés de los investigadores, generando dos niveles de información que circulaban siempre en paralelo y nunca en dirección coincidente, lanzados al aire por un mundo que de golpe parecía haber desaparecido. La arqueología urbana, sobre todo la de aquellos núcleos que han prolongado su historia hasta el presente y que por tanto disponen de una secuencia arqueológica más o menos continua, junto a un mejor conocimiento de la cerámica romana por lo que se refiere a su datación fundamentalmente a partir de la obra de Hayes, han permitido observar como existe una verdadera evolución y transformación del mundo clásico hispánico y como esta evolución atañe tanto a los núcleos urbanos como al conjunto de sus territorios. Y como esta evolución y transformación en la que participan las mencionadas manifestaciones del cristianismo es mucho más compleja de lo que podíamos suponer. Hay que ajustarse necesariamente, a la lectura de las pulsaciones sincopadas que ofrece la secuencia arqueológica y así determinar, en función de la misma, cuales son los cambios que realmente marcan y caracterizan esta fase que hemos convenido en llamar Antigüedad tardía.

Ahora sabemos, desde el conocimiento arqueológico, que durante la Antigüedad tardía, Hispania sigue siendo un mundo urbano, un conjunto de territorios, contruidos, reconstruidos, defendidos por y para la ciudad. Una ciudad sin duda distinta de la representada por el modelo de la ciudad clásica, pero que a semejanza de su predecesora intentará crear una imagen que trasmita un mensaje ideológico, el de la ciudad cristiana. Sin duda será esta ciudad de la cual empezamos a conocer su dinámica¹ la que creará y desarrollará los modelos que a través de su lenguaje arquitectónico

1 A pesar de este cambio en la orientación de la investigación y concretamente en el caso hispano, son pocos los ejemplos de que disponemos para poder hacer un análisis extensivo y global de las transformaciones de la ciudad clásica durante la Antigüedad tardía. En los últimos años son varios los trabajos que han puesto de relieve la problemática de la

transmitirán su poder y difundirán el cristianismo sobre el territorio. Estamos hablando de la ciudad episcopal, que pivotará hasta extremos insospechados en torno al entramado de edificios que servirán a una liturgia cristiana de carácter estacional y que como tal, caracterizará distintos lugares de la ciudad, los lugares de la memoria, aunque con el tiempo privilegiará las estructuras dedicadas al episcopado. Ello significa un cambio en la visión del mundo cristiano hispano muy considerable, no olvidemos que toda la literatura científica española sobre la arquitectura cristiana hispánica se ha sustentado fundamentalmente en los resultados arqueológicos ofrecidos por las parroquias rurales y conjuntos monacales también situados en el territorio y cuando no ha sido así no lo ha sido tenido en cuenta la topografía de los edificios dentro de la ciudad. Por tanto, el cambio significa por una parte identificar y definir la arquitectura que desarrolla en su conjunto el cristianismo urbano y por otra intentar comprender el significado de la ubicación de los edificios –su topografía–. Sin embargo, este cambio de estrategia fracasará si olvida el excelente trabajo realizado por muchos investigadores sobre el mundo rural en el cual, tal como se ha demostrado, sus estructuras de funcionalidad litúrgica responden a una arquitectura madura pensada tanto en sus formas como en su contenido² y sin duda reproducen fielmente modelos urbanos³, siendo necesariamente el reflejo del cristianismo urbano en el territorio.

ciudad tardía en *Hispania* por lo que respecta a su estructura urbana. A los ya clásicos de García Moreno (GARCÍA MORENO, L. A., «La cristianización de la topografía de las ciudades de la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía», *AEspA*, 50-51, 1977-1978, pp. 311-321) y Barral i Altet (BARRAL I ALTET X., «Transformacions de la topografia urbana a la Hispània cristiana durant l'antiguitat tardana» *II Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Hispànica* (Montserrat-Barcelona 1978), Barcelona, 1982 pp. 105-132), hay que añadir: PALOL, P. de, «Transformaciones urbanas en Hispania durante el Bajo Imperio: los ejemplos de Barcino, Tarraco y Clunia. Trascendencia del modelo en época visigoda: Toledo» en SENA CHIESA, G.; ARSLAN, E.A. (a cura di), *Felix temporis reparatio. Atti del Convegno archeologico internazionale Milano capitale dell'impero romano* (Milano, 1990), Milano, 1992, pp. 381-394; GIRALT J.; TUSET F., «Modelos de transformación del mundo urbano en el nordeste peninsular. Siglos V-XI» *CAME*, IV, t. I, 1993, pp. 37-46; GUTIÉRREZ LLORET, S., «De la *ciuitas* a la *madina*: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de Al-Andalus. Un debate arqueológico», *CAME*, IV, t. I, 1993, pp. 13-35; GURT J.M.; RIPOLL G.; GODOY C., «Topografía de la Antigüedad tardía hispánica. Reflexiones para una propuesta de trabajo», *Antiquité tardive*, 2, 1994, pp. 161-180; GURT ESPARRAGUERA, J.M., «Topografía cristiana de la Lusitania. Testimonios arqueológicos» en VELAZQUEZ, A.; CERRILLO, E.; MATEOS, P. (eds.), *Los últimos romanos en Lusitania*, Cuadernos Emeritenses 10, 1995, pp. 73-95; GUTIÉRREZ LLORET, S., «Le città della Spagna tra romanità e islamismo» en BROGIOLO, G.P. (a cura di), *Early Medieval Towns in the Western Mediterranean*, (Ravello, 1994), Documenti Archeologia 10, Mantova, 1996, pp. 55-63; OLMO ENCISO, L., «Consideraciones sobre la ciudad en época visigoda», *Arqueología y Territorio*, 5, Jaén, 1998, pp. 109-118; FUENTES DOMÍNGUEZ, A., «Aproximación a la ciudad hispana de los siglos IV y V d.C.» en GARCÍA MORENO, L.; RASCÓN MARQUÉS, S. (eds.), *Acta Antiqua Complutensia I Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad tardía* (Alcalá de Henares 1996), Alcalá de Henares, 1999, pp. 25-50; GUTIÉRREZ LLORET, S., «La ciudad en la Antigüedad tardía en el sureste y de la provincia *Carthaginiensis*: la reviviscencia urbana en el marco del conflicto greco-gótico» en GARCÍA MORENO, L.; RASCÓN MARQUÉS, S. (eds.), *Acta Antiqua Complutensia I Complutum y las ciudades hispanas en la Antigüedad tardía* (Alcalá de Henares 1996), Alcalá de Henares, 1999, pp. 101-128; GURT ESPARRAGUERA, J.M., «Les ciutats i l'urbanisme» en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic. Història, Art i Cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 1999, pp. 63-76; RIPOLL, G., «El món funerari» en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic. Història, Art i Cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 1999, pp. 249-260; RIPOLL, G.; GURT, J.M. (eds.), *Sedes regiae* (ann. 400-800), Barcelona, 2000. Como se observará, algunos constituyen o forman parte de obras colectivas en las que se hacen puestas al día de los problemas urbanos observables en la ciudad tardoantigua de Hispania, abordados desde ópticas distintas, todas ellas válidas y que han contribuido en gran manera a dimensionar la dinámica de la ciudad durante la Antigüedad tardía. Ver: GURT ESPARRAGUERA, J.M. «Transformaciones en el tejido de las ciudades hispanas durante la Antigüedad tardía: dinámicas urbanas», *Zephyrus*, en prensa.

2 PALOL en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic. Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999; GODOY, C., *Arqueología y Liturgia. Iglesias Hispánicas (siglos IV al VII)*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1995.

3 En este sentido no hay ninguna duda de que los artesanos rurales que construyen estas iglesias saben perfectamente replantear los planos que tienen a mano y que reproducen esquemas urbanos. Ello queda perfectamente demostrado en:

El proceso de gestación se prolongará por espacio de tres siglos sino más, si nos atenemos a las dataciones arqueológicas actuales cada vez más precisas y más abundantes, y culminará con la consolidación de los grandes grupos episcopales. Una reflexión sobre algunos de los resultados más espectaculares puntuales o de conjunto habidos estos últimos años permiten avanzar en este sentido.

PERVIVENCIA Y TRANSFORMACIÓN: CIUDAD Y TERRITORIO

Barcino

Barcino, con una visión de su período tardoantiguo detenida en hipótesis fundadas en conocimientos arqueológicos prácticamente todos ellos anteriores a los años setenta, despierta con una fuerza inusitada en la última década del siglo veinte. Será un seminario organizado por la Universitat de Barcelona en el año 1994 sobre topografía urbana y territorial durante la Antigüedad tardía en el que participan como invitados Ch. Bonet, G. Cantino-Wataghin y N. Gauthier y al que asisten investigadores del Museu d' Història de la Ciutat, en buena medida, el detonante de una nueva manera de investigar la ciudad tardoantigua de *Barcino*. Efectivamente, durante este seminario se ponen en crisis aspectos concretos de las hipótesis sostenidas hasta el momento, llegando a la conclusión de que es necesaria una revisión profunda de la información arqueológica de que se dispone, incorporando a la vez los nuevos y recientes hallazgos que la ciudad está proporcionando. Más tarde, será el propio Museo quien organizará en el año 1996 una mesa redonda dedicada a Paciano y su tiempo, en el que son invitados todos aquellos investigadores que han trabajado aspectos de la *Barcino* tardía y en la que se concluye en el mismo punto en que se había concluido dos años antes. La circunstancia de la preparación de una nueva presentación de los restos arqueológicos de la *Barcino* romana conservados en el subsuelo del Museo d'Historia de la Ciutat y de la Plaça del Rei, entre los que se encuentran fundamentalmente los correspondientes al grupo episcopal paleocristiano, será el motivo por el cual se pondrá en marcha un ambicioso proyecto con el objetivo de reinterpretar todos estos restos, que no en vano representan una de las claves para entender el paso de la ciudad clásica a la ciudad cristiana. El resultado de este proyecto, presentado en el transcurso del año 2001, pero que contaba ya con presentaciones previas en los años anteriores ha permitido

GURT, J.M.; BUXEDA, J. «Metrologia, composició modular i proporcions de les basíliques cristianes de Llevant peninsular i de les Balears», Spania. *Estudis d'Antiguitat Tardana oferts en homenatge al professor Pere de Palol i Salellas*, Montserrat, 1996, pp.137 –156. Aunque no todo el mundo está de acuerdo con ello por un claro desconocimiento del método utilizado para demostrar la calidad de la obra en los ámbitos rurales: DUVAL, N., «Les relations entre l'Afrique et l'Espagne dans le domaine liturgique: existe-t-il une explication commune pour les «contre-absides» et «contre-choeurs»?», *RAC*, LXXVI, 2000, pp.429-476. Un buen ejemplo de la conexión entre arquitectura urbana y rural lo constituye la basílica de ábsides contrapuestos excavada en Mértola. *Myrtilis*, la antigua ciudad privilegiada situada a orillas del Guadiana ha proporcionado en poco tiempo, un conjunto de informaciones arqueológicas referidas a la topografía de la ciudad en época tardía, que la sitúan entre los mejores ejemplos hispánicos. El edificio más espectacular y del que disponemos de más información, es la basílica de ábsides contrapuestos del Rossio do Carmo, Se trata de la primera basílica de estas características conocida dentro del ámbito urbano en *Hispania*. Situada extramuros, junto a la vía que conduce a *Pax Iulia* en una zona de necrópolis, se utiliza como espacio funerario privilegiado a juzgar por las inscripciones funerarias halladas en su interior. Las inscripciones funerarias correspondientes a algunos de los enterramientos efectuados en el interior y alrededores, permiten detectar la presencia de eclesiásticos, presbíteros, *ostiarius* y *princeps cantorum*, pero en ningún caso la de un obispo. De un total de 40 inscripciones fechadas, el 75% del conjunto corresponde al siglo VI, aun cuando la más antigua sería del 462. Estamos ante una basílica de ábsides contrapuestos urbana –suburbana–, la primera que conocemos en *Hispania*, con una cronología de siglo V que establece la conexión con las basílicas con las mismas características construidas en ámbito rural: TORRES, C; MACIAS S. (Coords), *Museu de Mértola. Basílica Paleocristã*, Mértola, 1993.

trazar las grandes líneas del complejo episcopal paleocristiano de *Barcino* con sus distintas fases evolutivas. Desgraciadamente, el conocimiento arqueológico no es total pero las hipótesis planteadas para dichas partes parecen plenamente acertadas. En su conjunto, el modelo que se desprende de los estudios realizados es muy atractivo y parece correcto acorde con los conocimientos que actualmente se poseen de los grupos episcopales, tan solo en aspectos puntuales, las interpretaciones realizadas sobre los restos conservados permiten lecturas distintas de las propuestas. Sin duda *Barcino* con *Valentia* y *Egara* constituyen el mascarón de proa de la arqueología cristiana urbana hispana por lo que se refiere a los grupos episcopales.

La ciudad de la Antigüedad tardía se desarrolla dentro de un marco bien conocido, el definido por el recinto murario augusteo forrado, realzado y dotado de torres en una fecha que seguimos sin poder precisar.

A nuestro entender, uno de los aspectos más interesantes es la relación que parece existir entre el emplazamiento de las estructuras del grupo episcopal y las estructuras preexistentes, en este mismo lugar, del catastro de la ciudad. Parece que será una gran *domus* de la ciudad a la que se asocian instalaciones industriales dedicadas a salazón y al *garum* así como a la producción de vino todo dentro de la misma *insula*, la que en parte dará cabida a la construcción del grupo episcopal. Durante una primera fase, las estructuras de la *domus* no se verán afectadas en su totalidad e incluso durante un largo periodo de tiempo parece que la zona industrial seguirá funcionando, formando parte del complejo eclesial. Será pues la propia Iglesia la que explotará la instalación en beneficio propio. La hipótesis planteada es muy sugerente, sin embargo parece que finalmente sus estructuras serán sacrificadas en el momento de la ampliación del complejo episcopal a largo del siglo VI. En su conjunto, el grupo alcanzara la superficie de dos *insulae* de la ciudad.

El planteamiento, muy arriesgado pero verosímil, de una iglesia de planta en cruz apoyada en la identificación de la base de un altar constata la presencia de estructuras de estas características en el ámbito urbano –*Valentia* nos ofrece otro ejemplo– a semejanza de lo que ocurre en otros territorios del Imperio y confirma el origen de las estructuras de características parecidas en los ambientes rurales hispanos. Su situación en relación a una necrópolis de privilegio situada dentro del espacio del propio grupo episcopal confirma la existencia de esta dinámica dual como un modelo extendido a la red urbana. Igualmente interesante es constatar la presencia de una piscina localizada junto al palacio episcopal. Su desmonte posterior al hallazgo, permite tan solo analizarla a través de fotografías con las dificultades que ello conlleva. Inicialmente calificada de baptisterio, su situación más que otra cosa obliga a pensar que forma parte de un baño o de un pequeño conjunto termal. Debemos tener presente que no sería la primera vez que dentro de un mismo grupo episcopal se identifica más de un baptisterio, esta misma situación la conocemos en *Egara*⁴ y en *Egitania*⁵ aunque también es verdad que en el momento actual, la información arqueológica no permite precisar si los baptisterios localizados tienen una fase de funcionamiento coetánea o contrariamente funcionarían en tiempos distintos. La identificación y definición de la estructura arquitectónica del palacio episcopal y su semejanza en cuanto a tipo de fachada con otras estructuras conocidas en el ámbito rural como Pla de Nadal (Valencia)– confirma una vez más la creación de estructuras urbanas que inmediatamente o posteriormente tendrán su reflejo en el territorio.

Pero el conocimiento de la *Barcino* tardoantigua no se limita al proporcionado para su grupo episcopal, sino que los constantes trabajos de campo que vienen realizándose tanto dentro como

4 Debemos la información a A. Moro i a F. Tuset.

5 Debemos la información a J.L. Gil Cristóvão.

fuera del recinto amurallado permiten observar su evolución urbana. Estas intervenciones han servido para constatar que la retícula urbana fundacional pervivirá durante toda la Antigüedad tardía, y cuando se verá alterada lo será puntualmente, manteniendo a pesar de ello, en todo momento, su trazado ortogonal. Así sucede en el sector ocupado por el grupo episcopal o en las dos *insulae* localizadas en la plaza Sant Miquel. Igualmente se observa como durante el s IV, pero también durante el siglo siguiente, la ciudad de *Barcino* presentaría un catastro urbano ocupado por grandes *domus*, y en este caso la figura del caballero aparecido en la casa de la calle Bisbe Caçador puede darnos la medida de sus propietarios y confirmaría así el paisaje y la forma de vivir de la ciudad que describe Paciano. Este panorama cambiará justo cuando el grupo episcopal de la ciudad crece y será entonces cuando, a nuestro entender, aparecerá en la ciudad un nuevo tipo de vivienda y un nuevo tipo de vida. Efectivamente, donde ha sido posible comprobarlo, se observa como las grandes *domus* que ocupan las *insulae* de la ciudad se transforman en un conjunto de pequeños ámbitos, donde probablemente cada uno de ellos sea una vivienda. Este tipo de estructuras han sido observadas en las dos *insulae* de la ciudad augustea que corresponde en gran parte a la actual plaza de Sant Miquel. En la situada en el N-W, ocupada originariamente por una *domus* y unas termas, sobre sus restos fueron identificadas algunas estructuras de hábitat hechas con piedra y barro. Sobre las estructuras de la *insula* S-E que corresponde a una casa con *impluvium*, así como a una serie de *tabernae* que abren a un *cardo* y a un *decumanus*, se puede observar una reforma urbanística completa. En este caso como en el anterior, también los testimonios de esta reforma son escasos y han llegado hasta nosotros muy mal conservados, pero con la diferencia de que se pueden llegar a identificar una serie de ámbitos que deben corresponder a pequeñas viviendas ordenadas a partir de una nueva retícula de calles que subdivide el interior de la antigua *insula*. La identificación de un horno doméstico y la presencia de pozos, corroboran la hipótesis de que se trata de pequeñas viviendas.

Finalmente, la puesta a punto de un nuevo discurso teórico sobre los estudios territoriales en arqueología, fundamentalmente durante la última década del siglo XX, ha tenido en *Barcino* a uno de los campos de trabajo punteros por lo que se refiere a la Antigüedad clásica pero sobre todo para la Antigüedad tardía. El estudio territorial realizado en esta zona ha permitido constatar un importante proceso de cambio en la evolución de la morfología del territorio durante la Antigüedad Tardía y los inicios de la alta Edad Media, de tanta o mayor trascendencia que la actuación augustea.

El análisis arqueomorfológico ha permitido restituir algunos elementos de esta nueva fase de construcción paisajística. En el Pla de Barcelona se documenta el trazado de nuevos ejes viarios que comunican las sierras litorales con los llanos deltaicos de reciente formación. A estos cambios estructurales hay que añadir la potenciación de los itinerarios y ejes de comunicación interiores a través de las Sierras Litorales. La nueva estructuración territorial significa una pérdida de la posición central que durante el Alto Imperio tenía la ciudad de *Barcino*, con la aparición de un segundo polo de atracción durante la Antigüedad Tardía, en el sector conocido en los textos del siglo X como El Port, situado al S de la ciudad y de la montaña de Montjuïc, zona donde confluyen las nuevas vías que se dirigen hacia el delta del Llobregat. Todos estos cambios han sido relacionados con las transformaciones del medio físico, de las que serían coetáneas: deforestación, erosión y crecimiento de los deltas de los ríos Besós y Llobregat, colmatando los antiguos estuarios. La reordenación territorial comentada se relaciona con un primer aprovechamiento pecuario de los deltas y del conjunto del territorio. El desarrollo de pastos higrófilos en el delta a partir de los siglos VII-VIII confirma este primer aprovechamiento ganadero. Las nuevas vías se interpretan como cañadas para el movimiento y traslado de rebaños entre los prados húmedos deltaicos y las zonas de pasto interiores. Se trata de un gran cambio en el que se sustituye una economía agrícola basada en los cereales, el aceite y el vino por una ganadería trashumante.

Esta nueva organización del hábitat rompe con la antigua relación ciudad-territorio y tiene mucho que ver con la dinámica del propio núcleo urbano durante la Antigüedad tardía. La ciudad adquiere más que nunca la imagen del núcleo donde solamente se concentra el poder. La ciudad es sobre todo su grupo episcopal, cuyas estructuras arquitectónicas destacan poderosamente por encima de las murallas de la misma. Una ciudad cuyo urbanismo, heredado de la época augustea, sobrevive subyugado a la topografía cristiana desarrollada intramuros y más allá de las murallas. Un urbanismo que da cabida a una población que vive marcada por el nuevo poder ideológico. Cuanto más monumentales son las estructuras del poder religioso más depauperado es el núcleo habitativo de la ciudad. Ello no significa que no exista un control del territorio por parte del poder de la ciudad y no significa que este territorio no produzca para la ciudad pero sí que significa un cambio en la dinámica interrelacional entre ciudad y territorio.

(las obras citadas en cada apartado pretenden simplemente ser una referencia, en ningún caso se expone una bibliografía completa)

- BONNET, CH.; BELTRÁN DE HEREDIA BERCERO, J., «El primer grupo episcopal de Barcelona», en RIPOLL, G.; GURT, J.M. (eds.), *Sedes regiae* (ann. 400-800), Barcelona, 2000, pp.467-490
- BONNET, CH.; BELTRÁN DE HEREDIA BERCERO, J., «Nuevas intervenciones arqueológicas en el museo de Historia de la Ciudad: una iglesia de época visigótica en el grupo episcopal de Barcelona», *V Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Cartagena, 1998), Barcelona, 2000, pp. 135-144
- BONNET, CH.; BELTRÁN DE HEREDIA BERCERO, J., «Origen i evolució del conjunt episcopal de *Barcino*: dels primers temps cristians a l'època visigòtica», en J. BELTRÁN DE HEREDIA BERCERO (dir.) *De Barcino a Barcinona (segles I-VII) Les restes arqueològiques de la plaça del Rei de Barcelona*, Barcelona, 2001, pp. 74-93
- BELTRÁN DE HEREDIA BERCERO, J., «Continuïtat i canvi en la topografia urbana. Els testimonis arqueològics del quadrant nord-est de la ciutat», en J. BELTRÁN DE HEREDIA BERCERO (dir.) *De Barcino a Barcinona (segles I-VII) Les restes arqueològiques de la plaça del Rei de Barcelona*, Barcelona, 2001, pp. 96-107
- GODOY, C., «El complejo episcopal de *Barcino*. Cuestiones sobre la función e identificación de los edificios», *Madrider Mitteilungen*, 39, 1998, p. 311-322
- GODOY, C.; GURT, J.M., «Un itinerario de peregrinaje para el culto martirial y veneración del agua bautismal en el complejo episcopal de *Barcino*», *Madrider Mitteilungen*, 39, 1998, p. 323-335
- GRANADOS, J.O.; RODÀ, I., «Barcelona a la baixa romanitat», *III Congrés d'Història de Barcelona (Barcelona, 20, 21 i 22 d'octubre de 1993)*, Barcelona, 1994, pp. 25-46
- GURT, J.M.; GODOY, C., «*Barcino*, de sede imperial a *urbs regia* en época visigoda», en RIPOLL, G.; GURT, J.M. (eds.), *Sedes regiae* (ann. 400-800), Barcelona, 2000, pp.425-466
- GURT ESPARRAGUERA, J.M.; PALET MARTINEZ, J.M., «Structuration du territoire dans le nord-est de l'Hispanie pendant l'Antiquité tardive: transformation du paysage et dynamique du peuplement» en *Les campagnes de la Gaule à la fin de l'Antiquité*, 2001, pp.303-329
- PALET, J.M., *Estudi territorial del Pla de Barcelona. Estructuració i evolució del territori entre l'època ibero-romana i altmedieval (segles II-I aC– X-XI dC)*, Estudis i memòries d'Arqueologia de Barcelona, 1, Centre d'Arqueologia de la Ciutat, Institut de Cultura, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 1997
- PALET, J.M., «Dinàmica territorial de l'antiguitat a l'edat mitjana a Catalunya : arqueomorfologia i estudi de casos», *Territori i Societat a l'Edat Mitjana. Història, Arqueologia, Documentació*, III (1999-2000), Lleida, 2000, pp. 75-110
- PALOL, P. (1996), «Un cavaller romà del segle IV a *Barcino*: A propòsit de la pintura mural descoberta l'any 1994», *Barcelona. Quaderns d'Història*, 2-3, Institut Municipal d'Història (Barcelona)
- RIPOLL, G. (2001), «La transformació de la ciutat de *Barcino* durant l'antiguitat tardana», en J. BELTRÁN DE HEREDIA BERCERO (dir.) *De Barcino a Barcinona (segles I-VII) Les restes arqueològiques de la plaça del Rei de Barcelona*, Barcelona, pp. 34-43.

EL GRUPO EPISCOPAL COMO REFERENTE URBANO

Valentia

La excavación del solar de la Almoína enclavado en el núcleo de la ciudad romana de *Valentia* iniciada en los años ochenta, ha resultado ser clave no tan solo para entender la ciudad durante la Antigüedad tardía, sino también para entender la articulación entre una y otra y, sobre todo, para observar la cristianización del espacio con la construcción de su grupo episcopal. La comprensión del urbanismo de este sector, más la identificación del circo de la ciudad así como de los espacios funerarios extramuros, han permitido plantear el perímetro urbano de la ciudad tardoantigua. Sin embargo, y suponemos que durante mucho tiempo, *Valentia* será considerada arqueológicamente por los resultados que ofrece la excavación de la Almoína y por el hallazgo del grupo episcopal en este solar. Su ubicación parecería estar vinculado con una memoria relacionada con un episodio de culto martirial. La identificación de la que podría ser la iglesia episcopal y varias estructuras relacionadas con el culto martirial así como una necrópolis privilegiada a su alrededor no ofrece ninguna duda sobre su atribución. Si la propia identificación significa ya un hito en el avance en el conocimiento de la arquitectura cristiana hispánica, más lo será por lo que significa en el conocimiento de los propios grupos episcopales de los que por el momento solo tenemos información arqueológica abundante de tres, *Barcino*, *Egara* y el presente. Ha sido justamente a partir de ellos cuando se pone en evidencia la existencia de una edilicia cristiana monumental de nueva planta en las ciudades de *Hispania*, que sin duda entronca con las grandes corrientes arquitectónicas del resto de la cristiandad, y que será una arquitectura que en *Hispania* se consolidará a partir del siglo VI. A partir de ahora, estructuras rurales de funcionalidad cristiana de difícil atribución contextual tendrán razón de ser.

La construcción del complejo episcopal ofrece otro tipo de información arqueológica que permite observar la transformación urbanística de la ciudad durante la Antigüedad tardía con relación a lo que sería la *Valentia* romana. El hecho más significativo y que muestra con toda su grandeza el significado y el sentido del complejo arquitectónico correspondiente al grupo episcopal de la ciudad, lo vemos en que este asienta en parte sus cimientos directamente sobre la que era la arteria principal de circulación de la ciudad romana. Así el *kardo maximus* de la ciudad ve interrumpido su trazado rectilíneo hacia el S con la presencia de la iglesia episcopal, obligando a desviar su trazado con un quiebro al edificio. La situación del grupo episcopal en el centro de la ciudad, en el espacio del antiguo foro, al margen cuestiones martiriológicas, tiene un marcado carácter ideológico que se plasma claramente en una arquitectura de poder y en una urbanización del espacio dependiente única y exclusivamente de la construcción del grupo. Solo así podemos entender otros hechos como el proceso de monumentalización que sufre parte del *decumanus maximus* en su cruce con el *kardo maximus* en sentido E durante la Antigüedad tardía con la incorporación de un pórtico realizado con material reaprovechado, o la interrupción que sufre el mismo *decumanus maximus* en sentido W en el momento de atravesar el foro, consecuencia de haber sido tapiados los intercolumnios del mismo obligando a la vía a realizar a un quiebro considerable para salvar el obstáculo creado por el foro. El tapiado de los pórticos de un edificio público como el foro, será también muy probablemente una obra pública. Teniendo en cuenta la situación topográfica de todas estas operaciones, todas ellas alrededor del grupo episcopal, parece lógico atribuir las a un único poder público, en este caso la iglesia. Una amplia operación urbanística que parece empezará en el siglo VI, según las dataciones arqueológicas disponibles, que contará con edificios de nueva planta, pero que también reaprovechará antiguas edificaciones pertenecientes tanto al foro como a su entorno para integrar los en un enorme complejo que remodelará de forma drástica el centro de la antigua ciudad romana, creando un

espacio muy bien delimitado que marcará claramente un lugar de centro de poder. Así puede comprenderse el tapiado del pórtico del foro a modo de muro de cierre del propio grupo episcopal tal como sucedería en los grandes monasterios orientales de la misma época. Entre los edificios reaprovechados destaca la propia curia y sobre todo la pervivencia de un ninfeo remodelado aún en pleno siglo VI, que junto a la construcción de un gran pozo, nos recuerda la presencia del agua siempre asociada en los grupos episcopales a la lógica existencia de un baptisterio y también a la existencia de baños en los palacios episcopales. Mención aparte merecen las necrópolis relacionadas con el grupo episcopal. Una primera, situada al N de la iglesia episcopal, con varias fases de funcionamiento, de las cuales la más interesante sería la última, en la que, los enterramientos dispuestos en grandes cistas, parecen ordenarse alrededor de una estructura arquitectónica en forma de arco de herradura, que podría cumplir la función de memoria martiral. El material arqueológico procedente de niveles preconstructivos sitúa al edificio ya en el siglo VII⁶. La segunda tiene un carácter muy distinto a la primera. Corresponde al edificio cruciforme anexo a la cabecera de la iglesia episcopal por su lado S cuya función como mausoleo para albergar individuos relacionados con el poder eclesiástico parece clara. La necrópolis se limita a la presencia de tres tumbas situadas en los ángulos externos del edificio cruciforme. A pesar de que se trata también de enterramientos en grandes cistas, en este caso y a diferencia de la primera de las necrópolis, los enterramientos son individuales, marcando claramente el carácter relevante de los mismos.

Los resultados arqueológicos de la zona ocupada por el grupo episcopal eclipsan a los demás hallazgos correspondientes a la ciudad tardoantigua de *Valentia* tal como debía suceder durante la propia Antigüedad tardía. Y así planteamos el tejido urbano de la ciudad a partir de la propia inserción del grupo episcopal sobre la estructura de la ciudad romana. Pero no tendríamos un conocimiento más fiable de lo que era la *Valentia* de los siglos VI y VII sin el hallazgo del antiguo circo utilizado ahora como límite de la ciudad, siendo sus muros parte de la propia muralla de la época y su interior reconvertido en espacio habitado. Una vez más y a semejanza de lo que sabemos ocurrirá en *Emerita* en *Tarraco* o en *Barcino*, los testimonios del circo de *Valentia* parecen confirmarnos el aspecto que probablemente tendrán todas las ciudades episcopales, en los que la gran edilicia religiosa contrastará con un entorno cada vez más simple, donde la población vivirá entorno al núcleo de poder de la iglesia en unas condiciones que ya nada tienen que ver con el pasado.

ALBIACH, R.; BADÍA, A.; CALVO, M.; MARÍN, C.; PIÁ, J.; RIBERA, A., «Las últimas excavaciones (1992-1998) del solar de l'Almoina: nuevos datos de la zona episcopal de *Valentia*», *V Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Cartagena, 1998), Barcelona, 2000, pp. 63-86

RIBERA LACOMBA A., «The discovery of a monumental circus at *Valentia* (Hispania Tarraconensis)», *Journal of Roman Archaeology*, vol. 11, 1998, pp. 318-337

RIBERA LACOMBA, A.; ROSSELLÓ MESQUIDA, M., «La ciudad de Valencia en época visigoda», *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno*, Valencia, 2000, pp. 151-164

RIBERA LACOMBA, A.; ROSSELLÓ MESQUIDA, M., «El primer grupo episcopal de Valencia», *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno*, Valencia, 2000, pp. 165-185

RIBERA LACOMBA, A.; SORIANO, R., «Los cementerios de época visigoda», *Saitabi*, 46, 1996, pp. 195-230

6 Estructuras muy parecidas se conocen en *Barcino* y en *Baetulo*, en ambos casos de cronología incierta. Muy probablemente el ejemplo de *Barcino* sea anterior mientras que el de *Baetulo* podría tener una cronología parecida al caso valenciano: GURT, J.M.; GODOY, C., «*Barcino*, de sede imperial a *urbs regia* en época visigoda», en RIPOLL, G.; GURT, J.M. (eds.), *Sedes regiae* (ann. 400-800), Barcelona, 2000, pp.425-466; GURT ESPARRAGUERA, J.M., «Les ciutats i l'urbanisme» en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic. Història, Art i Cultura de la Tarraconense mediterrània entre els segles IV i X*, Barcelona, 1999, pp. 63-76.

SORIANO SÁNCHEZ, R., «Los restos arqueológicos de la sede episcopal valentina. Avance preliminar», *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Lisboa, 1992), Barcelona, 1995, pp. 133-140

SORIANO SÁNCHEZ, R., «El monumento funerario de la cárcel de San Vicente y las tumbas privilegiadas», *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno*, Valencia, 2000, pp. 187-192.

LA CIUDAD POLICÉNTRICA

Emporiae

En los últimos años han sido reestudiados los resultados de las antiguas excavaciones de la Neapolis de Ampurias así como de las iglesias de Santa Margarida, Santa Magdalena y Sant Vicenç, trabajos que, junto a las excavaciones más recientes tanto en la ciudad romana y su periferia como en el antiguo núcleo de Sant Martí –la Palaiapolis– han permitido rediseñar la imagen de *Emporiae* durante la Antigüedad tardía. El resultado, extraordinariamente interesante, nos muestra una ciudad de urbanismo disperso con distintos polos de atracción marcados por la topografía cristiana de la misma. Esta imagen es la que ha dado pie para definir a un cierto tipo de ciudad tardoantigua como ciudad policéntrica, articulada sobre un conjunto de puntos fuertes⁷. *Emporiae* es, hasta el presente, junto a *Tarraco*, el mejor ejemplo del que tenemos constancia en *Hispania*. Sant Martí, con su muralla tardía rodeando un espacio que no supera la hectárea y media, es el único espacio aparentemente estructurado, dado que todos los indicios apuntan a que la ciudad romana está absolutamente abandonada en estas fechas. Sigue siendo discutida la cronología de su muralla, para unos habría que situarla a finales del siglo IV inicios del V, pero en los últimos trabajos de Nolla, este autor se inclina por una cronología más antigua situándola a finales del siglo III o principios del IV aunque sus argumentos siguen sin ser definitivos tal como el mismo reconoce. El hallazgo de una nueva *mensa* reaprovechada en la iglesia medieval de Sant Martí, que se añade al ejemplar ya conocido, aparece con toda lógica, como un nuevo indicio de la existencia de un templo intramuros. La aparición de algunas tumbas intramuros junto a la iglesia medieval de la que formaban parte las dos *mensae* recuperadas hasta el presente, podrían ayudar a la localización de un complejo cristiano en este sector intramuros tal como sería de esperar. Se propone una cronología inicial de la necrópolis del puerto –Neápolis– dentro de la primera mitad del siglo IV en base al material arqueológico, indicando que el templo edificado en la misma –*memoria-martyrium*– sería posterior al inicio de la necrópolis. Su construcción, con el tiempo, lógicamente modificaría el aspecto de la necrópolis fundamentalmente a partir de las tumbas *ad santos*. Su situación topográfica la relaciona directamente con el núcleo de Sant Martí. A poniente y a S de la antigua ciudad romana se localizan otras zonas de necrópolis relacionadas con estructuras pertenecientes a iglesias altomedievales superpuestas a estructuras anteriores entre las que destaca en la iglesia de Santa Margarita, el único baptisterio conocido para *Emporiae* construido a su vez sobre una zona funeraria tardía. Se trata de una piscina de planta de cruz griega dentro de una estructura cuadrangular seguramente revestida con placas de mármol y cubierta por un cimborio. El pavimento de *signinum* que la rodea indica la inserción de la misma dentro de una sala de grandes dimensiones que lógicamente debe responder a un complejo arquitectónico importante al que quizás correspondan las estructuras detectadas por fotografía aérea en el lugar. Recientemente se ha propuesto una datación en torno a los siglos V-VI para este baptisterio. Este complejo podría corresponder al grupo episcopal de *Emporiae*, así lo indicaría la

7 CANTINO-WATAGHIN, G., «Contributo allo studio della città tardoantica», *IV Reunió d'Arqueologia Criistiana Hispànica*, (Lisboa, 1992), Barcelona, 1995, pp. 235-261.

presencia de la piscina bautismal. No es descartable, no obstante, que se tratara de un primer complejo episcopal nacido en una zona de necrópolis y que con posterioridad, el grupo episcopal sufriera un traslado a Sant Martí, siguiendo el conjunto con una función funeraria y de monasterio, en definitiva como *suburbium* cristiano.

NOLLA, J.M., «Ampurias en la Antigüedad tardía. Una nueva perspectiva», *AEspA*, 66, 1993, pp. 207-224.

NOLLA, J.M.; SAGRERA, J., *Ciuitatis Impuritanæ Coementeria. Les necròpolis tardanes de la Neàpolis*, Estudi General 15, Girona, 1995

AQUILUÉ X., «Anàlisi comparativa de contextos ceràmics d'època tardoromana (v-vi) de Tarragona i Empúries» en COMAS M.; GURT J.M.; LÓPEZ A.; PADRÓS P.; ROCA M. (eds.), *Contextos ceràmics d'època romana tardana i de l'alta edat mitjana (segles iv-x)*, Arqueomediterrània, 2, 1997, pp. 83-100

AQUILUÉ, X.; NOLLA, J.M., «Basílica de Santa Margarida d'Empúries» en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic, Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999, pp.200-201.

Tarraco

Si los testimonios arqueológicos de la *Tarraco* tardoantigua eran ya considerables desde los descubrimientos efectuados por Serra Vilaró en los años veinte y treinta del siglo XX, los últimos dos decenios de este siglo se han mostrado especialmente prolivos en cuanto a la información y a la mejora en el conocimiento arqueológico de su dinámica urbana durante el final de la antigüedad. Un sinnúmero de intervenciones arqueológicas, numerosos estudios monográficos y excelentes trabajos de síntesis permiten en la actualidad analizar con detenimiento el paso de la ciudad clásica a la ciudad de la Antigüedad tardía de *Tarraco*.

El urbanismo intramuros de la ciudad altoimperial sufre un cambio espectacular probablemente ya a partir de los siglos III y IV, cuando parece que empieza a desatenderse la red de alcantarillado de la ciudad y cuando se observa el abandono de amplios sectores de la zona residencial intramuros. El abandono de edificios públicos que había empezado muy temprano con el teatro, seguirá con el foro de la colonia a finales del siglo IV y todo el complejo del *Concilium Provinciae* más el circo muy probablemente en la misma época, ya que durante el segundo cuarto del siglo V está constatado el expolio de estos espacios públicos. Esta situación tendrá como resultado un traslado de la población a zonas anteriormente ocupadas por edificios públicos. En efecto, actualmente puede entreverse una operación de gran envergadura que afectará a toda la ciudad alta – *Concilium Provinciae*– y el circo –sus bóvedas– que reconvertirá todo este sector en un espacio habitado. A principios del s VI otras construcciones, en este caso probablemente públicas, confirmarán esta operación iniciada durante el siglo anterior. La reorganización de estos espacios públicos habrá que interpretarla como una verdadera colonización. Esta colonización se plantearía como algo estable. La imagen que ofrecerá la ciudad intramuros será la de un espacio reducido en apariencia intensamente habitado y que correspondería a la ciudad alta y un espacio abandonado o probablemente de población dispersa que ocuparía toda la zona correspondiente a la parte baja de la ciudad. La intensa ocupación de la parte alta de la ciudad sin duda debe contar con un motor generador de la misma. Probablemente esta ocupación girará en torno a la existencia de uno o varios edificios religiosos y al establecimiento del grupo episcopal en el mismo sector, por lo menos a partir del siglo VI. Parece probable que el grupo episcopal se encontraría desde el siglo VI –a partir del análisis de los diferentes testimonios arqueológicos aparecidos– sobre los restos de la zona del culto imperial. Así parecen indicarlo el hallazgo de varias aulas de grandes dimensiones pertenecientes a un edificio construido en el perímetro exterior del recinto de culto pagano y apoyado en su mismo muro de cierre, fechado a principios del siglo VI,

interpretado como episcopio de la ciudad, corroborando la hipótesis hecha a partir de todos los otros hallazgos aislados encontrados en la zona a lo largo del siglo XX. La construcción del mencionado edificio obligó a desmontar en parte el muro oriental del antiguo recinto de culto, con la intención de permitir el acceso directo desde el mismo hasta la zona donde se encontraría la iglesia episcopal.

Los cambios no tan solo afectarán al espacio amurallado de la ciudad sino que también se detectan extramuros de la misma, sobre todo por lo que se refiere al barrio portuario. Se puede comprobar como en las distintas excavaciones efectuadas en toda la zona del puerto se detecta la presencia de estructuras domésticas durante todo el período de la Antigüedad tardía. Igualmente, las termas públicas del puerto son desmontadas y reconvertidas en espacios de hábitat.

Este sector será justamente el que más y mejor información ha facilitado hasta el momento por lo que se refiere a la topografía cristiana de la ciudad. Así, al W de la vía que comunicaba el puerto con la Vía Augusta se generó un extenso complejo arquitectónico cristiano integrado por una iglesia/*memoria*, un baptisterio, una villa o residencia, junto a una extensa necrópolis, la celebre necrópolis de la Tabacalera. Conocido todo el conjunto por las excavaciones efectuadas por Serra Vilaró en los años veinte y treinta, ha sido objeto de estudios y algunas reexcavaciones sobre todo durante los últimos veinticinco años, que han comportado importantes resultados en cuanto a su estructura y dinámica. La cronología de estos edificios plantea problemas derivados del momento en que se descubrieron⁸. La iglesia ha sido repetidamente relacionada con las reliquias de los mártires tarraconenses, y considerada como el factor aglutinante de la existencia de una extensa necrópolis a cielo abierto –2051 sepulturas– definida y limitada por un recinto específico. Dentro del espacio que ocuparía la basílica es donde encontramos la mayoría de los enterramientos en sarcófago de piedra y las *laudae* de mosaico. Estos elementos se dan en el nivel medio o superior de la estratificación de Del Amo y reflejan la monumentalización funeraria tras la edificación de la basílica. Hasta el presente es la única necrópolis conocida de *Tarraco* en que las superposiciones funerarias son una constante⁹ y, además, la que presenta una mayor suntuosidad en las sepulturas. Esto último queda patente en el hecho de que los mausoleos existentes en la misma buscan la proximidad de la basílica reflejando el prestigio del cementerio. La necrópolis estuvo en funcionamiento con toda seguridad durante los siglos IV y V mientras que durante los dos siglos siguientes los enterramientos se limitan exclusivamente al recinto de la basílica y a sus inmediatos alrededores. De entre los mausoleos, dos tendrían comunicación directa con la basílica y uno de ellos –*cripta dels arcs*– estaría en una posición muy parecida a como se desarrollan los anexos de la cabecera de la basílica episcopal de *Valentia*, un dato muy a tener en cuenta en el momento de hacer una valoración arquitectónica del modelo. Se trata sin duda de una estructura ampliamente difundida dentro del cristianismo urbano. Y en el caso hispano *Valentia* en los siglos VI-VII confirmaría su consolidación.

A unos 150 m. al N del anterior, sobre la misma vía pero en este caso sobre su lado E, se emplazaba otro amplio complejo religioso –Parc Central– construido durante la primera mitad del siglo V y en uso hasta el siglo VI del que destaca una amplia basílica de tres naves con cabecera tripartita y un gran pórtico cerrado a los pies que abre directamente sobre la citada vía. Presenta enterramientos –hasta un total de 200– tanto en su interior como en el porticado. Su hallazgo reciente ha impedido que contemos por el momento con una buena monografía sobre el mismo. Sin embargo

8 Excavaciones arqueológicas realizadas entre los años 1921 y 1933 y desarrolladas inicialmente por el *Institut d'Estudis Catalans* y en su mayoría por J. Serra Vilaró. La basílica ha sido fechada durante los siglos IV o V y se cree que perduró hasta finales del s. VI o inicios del VII: AMO, 1979; TED'A, 1987; GODOY, 1995. Asimismo, pudo haber existido un edificio previo –*memoria*– a partir del cual se formó dicha necrópolis, dado que la propia basílica se edificó sobre tumbas preexistentes.

su estructura así como la presencia de un contracoro como *martyrium* o lugar de conmemoración martirial le convierte en un ejemplo más de la definición de estructuras arquitectónicas que tendrán un claro reflejo en el territorio hispano, lugar donde mejor las conocíamos hasta el presente. En el patio correspondiente al porticado de acceso a la basílica existen los restos de una estructura que ha sido identificada como una fuente, quizás un baptisterio, sin embargo el estado de conservación de la misma no permite ir más allá de la simple hipótesis. Estaríamos ante un caso parecido a *Emporiae*, conoceríamos en *Tarraco* dos posibles baptisterios ambos nacidos en un *suburbium* de la ciudad y uno de ellos en zona de necrópolis.

Igualmente, la gran cantidad de excavaciones efectuadas, consecuencia de la nueva dinámica urbanística de la Tarragona actual han permitido conocer la topografía funeraria de *Tarraco*, otro aspecto fundamental de los *suburbia* tardoantiguos de la ciudad. En la actualidad sabemos de la existencia de tres amplias zonas funerarias. En la vertiente S-W se formaron dos amplias zonas funerarias: la necrópolis de la Tabacalera ya comentada y una extensa área de difícil comprensión y delimitación identificada a través de diversas intervenciones arqueológicas parciales. Una tercera se halla al N-W de la ciudad. Mientras la necrópolis de la Tabacalera estuvo ceñida a un espacio determinado y ligada a un edificio de culto, sobre las otras dos existen numerosos interrogantes respecto a sus dimensiones, homogeneidad, criterios de emplazamiento, propiedad o advocación. Cronológicamente es interesante señalar que en el caso de las dos zonas funerarias del S-W, su actividad no va más allá del siglo V y tan solo se registran nuevos enterramientos en la necrópolis de la Tabacalera durante el siglo VI e inicios del VII restringidos exclusivamente a los alrededores y al recinto de la basílica. Contrariamente, el uso funerario de la necrópolis del N-W de la ciudad, se prolonga por lo menos hasta el siglo VII. Su situación plantea la existencia de una motivación clara con relación a la dinámica topográfica de la ciudad tardoantigua de *Tarraco*. La concentración de una parte de la población tarraconense en la parte alta de la ciudad podría ser el motivo de que se mantuviera la necrópolis septentrional, mucho más cercana a este núcleo habitado que el resto de necrópolis, en funcionamiento en el *suburbium* de poniente.

La reexcavación de la basílica del anfiteatro y el posterior estudio de Godoy han permitido justificar su exacta ubicación topográfica así como definir con precisión la función de esta estructura. Así, la inclusión de la fosa transversal en la parte occidental de la iglesia se debe a que es el lugar de la misma dedicado al culto martirial dentro de la disposición de los espacios litúrgicos en las iglesias hispánicas. Y en este caso se haría coincidir con el lugar de martirio –el sector de la fosa– de Fructuoso y sus dos diáconos. La necrópolis de la arena del anfiteatro que se generó alrededor con una cronología avanzada de siglo VI hasta inicios del VIII corresponde a un reducido número de inhumaciones que, por su carácter *tumulatio ad sanctos*, deben considerarse de privilegio.

Consecuentemente, las necrópolis tardías mantuvieron la posición extramuros sin ocupar la extensa área interior desurbanizada. Los edificios de culto cristiano se situaron junto a la vía del Francolí, motivando una cierta continuidad de uso funerario en esta zona. *Tarraco* vuelve a bipolarizarse en dos áreas distanciadas en un kilómetro: el recinto intramuros superior y la zona portuaria. Una ciudad integrada por dos zonas –la acrópolis y el barrio portuario–, y una vía principal constituida por el vial paralelo al río Francolí, uniendo la zona portuaria con la vía Augusta en su trazado interior.

En *Tarraco*, sumando la información arqueológica y la textual de que disponemos, podemos observar como existe una proliferación de lugares de culto, situación que es muy evidente en todas

9 Dicha estratigrafía ha sido reconstruida por M^a D. Del Amo (1979-89) a partir de las descripciones de Serra Vilaró y la composición de los materiales usados en cada sepultura.

las capitales del mundo de la Antigüedad tardía. Conocemos un mínimo de seis iglesias –dos dentro de la ciudad, tres fuera y una, San Hipólito, de ubicación desconocida– a las que probablemente haya que añadir una séptima en la parte alta del interior de la ciudad, situada entre el antiguo recinto del foro provincial y la muralla, aunque esta podría corresponder a la anteriormente citada. Estamos asistiendo en este momento avanzado de la Antigüedad tardía a la progresiva sustitución de un urbanismo antiguo por uno de nuevo que prima por encima de la retícula el itinerario, mientras la retícula daría uniformidad a la ciudad, el itinerario une los polos de atracción de la nueva ciudad. Será la ciudad policéntrica, articulada sobre un conjunto de puntos fuertes¹⁰.

- AMO, M^a. D. del, *Estudio crítico de la necrópolis paleocristiana de Tarragona*, 3 vols., Tarragona, 1979-89
- AQUILUÉ, X., Relaciones económicas, sociales e ideológicas entre el norte de África y la Tarraconense en época romana. Las cerámicas de producción africana procedentes de la Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco, Barcelona, 1991
- AQUILUÉ, X., La seu del Col·legi d'Arquitectes. Una intervenció arqueològica en el centre històric de Tarragona, Tarragona, 1993
- DUPRÉ I RAVENTOS, X.; CARRETÉ NADAL, J.M., *La «Antiga Audiència». Un accés al foro provincial de Tarraco*. Excavaciones arqueológicas en España, 165, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, 1993.
- FOGUET, G., VILASECA, A., «Els enterraments del carrer Prat de la Riba/Ramon y Cajal: un nou sector excavat de la necròpolis del Francolí», *CITERIOR 1. L'Arqueologia de la mort. El món funerari a l'antiguitat a la Catalunya Meridional*, Tarragona, 1995, pp. 151-171
- GARCÍA, M., REMOLÀ, J.A., «Noves intervencions a les necròpolis tardoantigues del marge esquerre del riu Francolí», *Tàrraco 99. Arqueologia d'una capital provincial romana*, Documents d'Arqueologia Clàssica 3, Tarragona, 2000, pp. 165-180
- GODOY, C., «La memoria de Fructueux, Augure et Euloge dans l'arène de l'amphithéâtre de Tarragone: nouvelle hypothèse sur son implantation», *AnTard* 3, 1995, pp. 251-262
- HAUSCHILD, Th., «Hallazgos de la época visigoda en la parte alta de Tarragona», *III Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (Maó 1988), Barcelona, 1992, pp. 151-156
- MACIAS SOLÉ, J.M., *La ceràmica comuna tardoantiga a Tàrraco. Anàlisi tipològica i històrica (segles V-VII)*. Tulcis. Monografies Tarraconenses 1, Tarragona, 1999
- MACIAS SOLÉ, J.M., «Tarraco en la Antigüedad tardía: Un proceso simultáneo de transformación urbana e ideológica» *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno*, Valencia, 2000, pp. 259-271
- MACIAS, J.M., MENCHON, J., MUÑOZ, A., «La ciutat de Tarraco», en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic, Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999 (a), pp. 77-79
- MACIAS, J.M., MENCHON, J., MUÑOZ, A., «Món funerari del territori de Tàrraco», en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic, Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999 (b), pp. 275-278
- MACIAS, J.M., REMOLÀ, J.A., «L'àrea funerària baix-imperial i tardo-romana de Mas Rimbau (Tarragona): Anàlisi tipològica», *CITERIOR 1. L'Arqueologia de la mort. El món funerari a l'antiguitat a la Catalunya Meridional*, Tarragona, 1995, pp. 189-201
- MACIAS, J.M., REMOLÀ, J.A., «El món funerari de la ciutat de Tarraco», en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic, Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999, pp. 262
- MAR MEDINA, R.; SALOM i GARRETA, C., «La transformació de l'acròpoli de Tàrraco» en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic, Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999, pp. 79-81

10 CANTINO-WATAGHIN, G., 1995.

- MAR MEDINA, R.; SALOM i GARRETA, C., «Via, vil·la i basílica del Parc Central» en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic, Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999, pp. 175-177
- MENCHON, J.; MACÍAS, J.M.; MUÑOZ, A., «Aproximació al procés transformador de la ciutat de Tarraco. Del Baix Imperi a l'Edat Mitjana», *Pyrenae*, 25, 1994, p. 225-243
- REMOLÀ VALLVERDÚ, J.A., *Las Ánforas tardo-antiguas en Tarraco* (Hispania Tarraconensis) Barcelona, 2000
- SERRA VILARÓ, J., *Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, núms. 93, 104 i 111, Madrid, 1928, 1929, 1930
- SERRA VILARÓ, J. (1935), *Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona*, Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico 133, Madrid.
- SERRA VILARÓ, J., *Fructuós, Auguri i Eulogi, màrtirs sants de Tarragona*, Tarragona, 1936
- TED'A, *Els enterraments del parc de la ciutat i la problemàtica funerària de Tarraco*, Memòries d'excavació 1, Tarragona, 1987
- TED'A, *Un abocador del segle V d.C. en el fòrum provincial de Tarraco*. Memòries d'excavació 2, Taller Escola d'Arqueologia, Tarragona, 1989
- TED'A, *L'Amfiteatre romà de Tarragona. La basílica visigòtica i l'església romànica*, Memòries d'Excavació, 3, Tarragona, 1990.

Carthago Nova

Los numerosos trabajos arqueológicos llevados a cabo en la ciudad, consecuencia de una notable renovación urbana, han permitido confirmar el tránsito de la ciudad imperial a la ciudad de la Antigüedad tardía con una ruptura creemos que traumática si tenemos que juzgar por los resultados que ofrecen la mayoría de los puntos analizados. El retraimiento urbanístico parece evidente, pero sin embargo las zonas de basurero halladas dentro del antiguo perímetro urbano indican claramente la existencia de un núcleo habitado muy dinámico. A pesar del volumen del trabajo desarrollado, el conocimiento por lo que hace referencia a la topografía cristiana del lugar, no ha avanzado desde el celebre hallazgo de la necrópolis de San Antón, revisada recientemente. Esta deficiencia queda compensada por la secuencia hallada sobre el teatro, primero el mercado y posteriormente la sustitución del mismo por un barrio seguramente relacionado con el puerto. Ambas estructuras constituyen una novedad en la arqueología tardoantigua hispánica. La primera es, sin duda, la única estructura civil pública de envergadura conocida en *Hispania*, con características de gran obra pública. La segunda, menos espectacular por conocer casos parecidos en el territorio peninsular tanto urbano como rural para los siglos VI y VII, la debemos destacar fundamentalmente por haberse podido excavar los niveles de abandono que han proporcionado una secuencia material en estos momentos solo comparable a algunos hallazgos efectuados en *Tarraco*.

Hasta el presente, las numerosas excavaciones efectuadas no han demostrado que a la contracción urbana evidenciada en las mismas corresponda un corrimiento de las necrópolis con la consiguiente ocupación del antiguo solar urbano por parte de éstas. Estaríamos ante un caso parecido al de *Tarraco*, y ambos demostrarían que el catastro de la ciudad, aunque aparentemente no esté ocupado, para los contemporáneos sigue teniendo un sentido urbano. Así pues, la necrópolis de San Antón sigue siendo el referente, y a pesar de la falta de una clara simbología cristiana entre los hallazgos arqueológicos de la misma, a excepción del mosaico desaparecido, no hay duda de que la necrópolis tiene que corresponder a un ambiente claramente cristiano y así parece demostrarlo el estudio tipológico. El material cerámico aparecido en la excavación permite plantear una cuestión interesante de tipo topográfico. Efectivamente, el hecho de que los materiales cerámicos más recientes parecen situar el final de la necrópolis como máximo en el siglo VI, plantea el problema de la existencia de otras necrópolis en relación con la ciudad, ubicadas en

otros espacios. Lógicamente podríamos pensar que la falta de material cerámico más reciente al conocido no sea un argumento suficiente desde un punto de vista de método arqueológico, sin embargo la aparición de seriaciones más recientes en otros puntos de la ciudad –barrio portuario– indica claramente que podemos aceptar el corte cronológico de la necrópolis como real. La contracción o sustitución de una necrópolis periurbana por otras no es un hecho nuevo. En *Tarraco* tenemos otro buen ejemplo de ello en el caso de la necrópolis Paleocristiana del Francolí en el puerto de la ciudad. Ambos casos son claros indicios de una topografía cristiana urbana cambiante. En cualquier caso y válido para los dos ejemplos, ambas necrópolis son una demostración del potencial que debían tener las estructuras de una topografía cristiana en expansión desde el siglo V y probablemente ya antes, en el caso de *Tarraco* empezamos a tener muestras suficientes como para empezar a valorarlas pero en el caso de *Carthago Nova* se resisten a la investigación arqueológica. Hasta el presente no ha aparecido la traza de ningún edificio que pueda relacionarse con la topografía cristiana de la ciudad.

- BERROCAL CAPARRÓS, M.C.; LAIZ REVERTE, M.D., «Tipología de enterramientos en la necrópolis de San Antón en Cartagena», *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Lisboa, 1992), Barcelona, 1995, pp. 173-182
- LAIZ REVERTE, M.D.; BERROCAL CAPARRÓS, M.C., «Elementos para la datación cronológica de la necrópolis paleocristiana de San Antón en Cartagena», *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Lisboa, 1992), Barcelona, 1995, pp. 163-172
- MADRID BALANZA, M.J.; MURCIA MUÑOZ, A.J.; SANTAELLA PASCUAL, F. 2000, «Cerámicas importadas de los siglos VI-VII en las termas romanas de la calle Honda, Cartagena» *V Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (Cartagena, 1998), Barcelona, 2000, pp. 351-362
- MARÍN BAÑO, C.; MIQUEL SANTED L. de, «Niveles tardorromanos y bizantinos en la vertiente septentrional inferior del monte Concepción de Cartagena» *V Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (Cartagena, 1998), Barcelona, 2000, pp. 363-370
- RAMALLO, S., «Aproximación al urbanismo de Carthago Nova entre los siglos IV-VII d.C.», *Spainia. Estudis d'Antiguitat Tardana oferts en homenatge al professor Pere de Palol i Salellas*, Montserrat, 1996, pp. 201-208
- RAMALLO ASENSIO, S., «*Carthago Spartaria*, un núcleo bizantino en *Hispania*», en RIPOLL, G.; GURT, J.M. (eds.), *Sedes regiae* (ann. 400-800), Barcelona, 2000, pp.579-611
- RAMALLO, S.; RUÍZ, E.; BERROCAL, M. C., «Contextos cerámicos de los siglos V al VII en Cartagena», *AespA*, 69, 1996, p. 135-190
- RAMALLO ASENSIO, S.F.; RUIZ VALDERAS, E., «Bizantinos en Cartagena: Una revisión a la luz de los nuevos hallazgos», *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins Vol. XXXVIII*, 1996-1997, pp. 1203-1219
- RAMALLO ASENSIO S.F.; RUIZ VALDERAS, E., «Cartagena en la arqueología bizantina en *Hispania*: estado de la cuestión», *V Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Cartagena, 1998), Barcelona, 2000, pp. 305-322.

LA FUERZA DEL CULTO MARTIRIAL

Podríamos reproducir ejemplos ya citados pero en este momento, el panorama hispano viene determinado por los hallazgos emeritenses y cordobeses.

Emerita

La ciudad de *Hispania* con un mayor número de testimonios literarios correspondientes a edificios religiosos es, sin duda, *Emerita*. Las *Vitas Sanctorum Patrum Emeretensium* nos permiten aproximar-

nos a la topografía cristiana de la *Emerita* de los siglos VI y VII. En las *Vitas* se citan hasta un total de nueve iglesias, más el grupo episcopal, situadas en el interior de la ciudad, en los *suburbia* y alguna que podríamos considerar formando parte del territorio más inmediato de la misma. A pesar de la descripción proporcionada por el texto, la localización de este conjunto de espacios de culto sigue siendo problemática en la mayoría de los casos. En menor cuantía, pero igualmente significativos en poner de relieve aspectos destacados de la topografía cristiana de la ciudad lo son los testimonios epigráficos con referencias al grupo episcopal, al culto martirial, al evergetismo religioso y a la existencia de comunidades conventuales. Pero al igual que sucede con el texto de las *Vitas*, el material epigráfico viene marcado por la imprecisión topográfica. Así por ejemplo, la inscripción Vives 548, que corresponde a la dedicación de una aula a la Virgen con deposición de reliquias, apareció entre el material reutilizado en la alcazaba árabe. Parece lógico pensar que el texto sea el testimonio de una actuación relacionada con el grupo episcopal, pero su posición secundaria en el momento del hallazgo condiciona topográficamente el emplazamiento original de la pieza. Por el momento la excepción a todo ello la protagoniza la iglesia de Santa Eulalia, cuya excavación ha proporcionado uno de los conjuntos con mayor información arqueológica, sino el que más, para un espacio dedicado al culto martirial en *Hispania*.

El edificio de culto martirial surge en un antiguo espacio habitado, extramuros de la ciudad, convertido posteriormente en necrópolis. Una situación parecida a la que se da en *Tarraco* con la basílica de la necrópolis de la Tabacalera. Dentro del espacio de necrópolis destacan un serie de mausoleos de dimensiones considerables que, a pesar de estar o ser arrasados en el momento de la construcción del edificio de culto –la secuencia física lo marca claramente– mantendrán un diálogo arquitectónico y más que arquitectónico con el nuevo edificio. Entre estas estructuras destaca, por su posición privilegiada con relación a la iglesia medieval de Santa Eulalia, un gran mausoleo absidado, que ocupa el ábside mayor y que posiblemente sea el origen de la necrópolis. Este mausoleo ha sido interpretado como el lugar del *tumulus* de Santa Eulalia, posteriormente englobado por la basílica de época visigoda, coincidiendo su posición con la del santuario de la citada basílica. La evidencia física deja clara la voluntad de englobar este mausoleo dentro del ábside del que será el edificio martirial y convertirlo así en el eje y punto de referencia del nuevo edificio. Justo por delante del espacio ocupado por el mausoleo, el nuevo edificio de culto creará una pequeña cripta. Igualmente destaca otro mausoleo absidado en posición transversal al anterior y con clara relación a su eje de simetría lo que hace que ocupe también un espacio privilegiado dentro de la nueva estructura, situado transversalmente en lo que serían las naves del edificio. Su estructura será amortizada, a excepción de la cripta que se incorpora al nuevo edificio.

Las evidencias arqueológicas ponen de relieve la voluntad de levantar un gran edificio, no solo por dimensiones sino por características estructurales, que constituya un referente dentro de la topografía urbana de la ciudad. A una cabecera tripartita condicionada por la necesidad de incorporar un gran mausoleo absidado o por lo menos respetar su planta, se le añade un cuerpo de edificio mal conocido. Pero una vez más, las evidencias arqueológicas permiten plantear como hipótesis una estructura dividida en tres naves, mucho más anchas en su conjunto que la cabecera tripartita que rompen la armonía marcada por ésta. La voluntad de situar una cripta a los pies del antiguo mausoleo englobado en el ábside central del nuevo edificio, así como de incorporar la cripta de otro antiguo mausoleo dentro del espacio considerado como nave central, condiciona la arquitectura del edificio. En el primer caso, se observa perfectamente como la cripta quedará incluida dentro del espacio reservado donde debemos situar el santuario del templo. El límite de este espacio reservado quedará perfectamente definido por el cimiento conservado que lo separa de la nave sin que exista ningún espacio de transición entre zona reservada y nave central. Argumentos históricos más que arqueológicos, sitúan el

edificio a finales del siglo V con importantes reformas durante la segunda mitad del siglo VI que comportarían una mayor monumentalización incluyendo torres sobre la cabecera del edificio.

Una vez construido el edificio, queda patente que dentro del mismo se sigue enterrando, tal como demuestran las dos criptas anteriormente señaladas así como la tumba 46. Existen otras tumbas de las que es difícil precisar a que fase pertenecen. Ante la evidencia, es posible pensar que el interior del edificio martirial se comporte como una necrópolis privilegiada. Una situación parecida a la observada en la basílica de la necrópolis de la Tabacalera en *Tarraco*.

La construcción del edificio martirial comportará la remodelación del sector y una nueva dinámica del espacio. La creación de monasterios y un hospital al que posiblemente correspondan los restos de un edificio localizado a no más de doscientos metros del edificio martirial, configuraran un *suburbium* entorno al mismo que tan solo tiene comparación arqueológica con el generado en *Tarraco*, en el vial paralelo al río Francolí, que unía la zona portuaria con la vía Augusta en su trazado interior. Un dato complementario, que paraleliza los dos *suburbia* en ambas ciudades, será la desintensificación de los enterramientos, pues a la aparición de la necrópolis privilegiada del interior del edificio martirial, hay que añadir el cese de enterramientos durante la primera mitad del siglo VI en el sector donde se construirá el *xenodochium*.

Tenemos pues, la localización arqueológica clara de una zona de necrópolis con edificio martirial en el sector N-E de la ciudad que, tal como indican las fuentes escritas, constituirá uno de los puntos neurálgicos de la topografía cristiana de *Emerita* durante la Antigüedad tardía.

Santa Eulalia se convierte en el testimonio por excelencia de la existencia de una arquitectura de poder, planteada y desarrollada en el espacio urbano y que tiene sus inicios en el culto funerario. Una arquitectura que se reflejará de forma inmediata en el territorio.

Esta arquitectura contrastará con un tejido urbano muy cambiante, en el que la vivienda tenderá a estructuras cada vez más simples y técnicamente más pobres, lo que en su conjunto ayudará a realzar a la primera como verdadero reflejo del poder del cristianismo. En este sentido, *Emerita* ha proporcionado una información abundante, con testimonios muy bien conservados. La operación arqueológica realizada en el barrio de Morería ha pasado a ser, hasta el presente, el banco de datos más importante de *Hispania* para comprender la transformación arquitectónica de la vivienda urbana en nuestras ciudades durante la Antigüedad tardía. Las grandes *domus* urbanas, tras un período de abandono y expolio, se dividirán en distintos espacios independientes convirtiendo su estructura arquitectónica en un auténtico bloque de viviendas que utilizará como distribuidor el antiguo peristilo, transformado en un patio de vecindad. Hasta un total de trece casas experimentan esta transformación. El fenómeno parece que no es exclusivo del barrio de Morería y podría extenderse a gran parte de la ciudad, caracterizando sin duda el paisaje urbano de *Emerita*. Estas transformaciones que también han sido detectadas en ciudades como *Barcino* o *Valentia*, tal como hemos tenido ocasión de comentar anteriormente, hay que situarlas cronológicamente en el caso emeritense, entre el siglo V y los siglos VII/VIII con oscilaciones tanto en la franja alta como en la franja baja, justo el período en que se inicia, se desarrolla y se consolida el discurso urbanístico y arquitectónico que materializará el ya evidente poder ideológico de la iglesia.

ALBA CALZADO, M., «Consideraciones arqueológicas en torno al siglo V en Mérida: Repercusiones en las viviendas y en la muralla» *Mérida, excavaciones arqueológicas 1996. Memoria 2*, Mérida, 1998, pp. 361-385.

ALBA CALZADO, M., «Sobre el ámbito doméstico de época visigoda en Mérida» *Mérida, excavaciones arqueológicas 1997. Memoria 3*, Mérida, 1999, pp. 387-418.

ALBA CALZADO, M., «Intervención arqueológica en el solar de la c/ Suárez Somonte, esquina con c/ Sáenz de Buruaga. Transición de un espacio doméstico y viario de época romana a la Tardoantigüedad» *Mérida, excavaciones arqueológicas 1998. Memoria 4*, Mérida, 2000, pp. 277-303.

- ALBA CALZADO, M., «Características del viario urbano de Emerita entre los siglos I y VIII» *Mérida, excavaciones arqueológicas 1999. Memoria 5*, Mérida, 2001, pp. 397-423
- CABALLERO ZOREDA, L.; MATEOS CRUZ, P., «Excavaciones arqueológicas en la basílica de Santa Eulalia de Mérida», *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Lisboa, 1992), Barcelona, 1995, pp. 297-307
- GODOY, C.; TUSET, F. «El Atrium en las Vitas SS. Patrum Emeretensium. ¿Una fórmula de la llamada arquitectura de poder?», *AEspA*, 67, 1994, pp. 209-221.
- GURT ESPARRAGUERA, J.M., «Topografía cristiana de la Lusitania. Testimonios arqueológicos» en Velazquez, A.; Cerrillo, E.; Mateos, P. (eds.), *Los últimos romanos en Lusitania*, Cuadernos Emeritenses 10, 1995, pp. 73-95
- MATEOS CRUZ, P., El culto a Santa Eulalia y su influencia en el urbanismo emeritense (Siglos IV-VI)» *Extremadura Arqueológica III*, 1992, pp.57-79
- MATEOS CRUZ, P., «Identificación del *xenodochium* fundado por Mazona en Mérida», *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Lisboa, 1992), Barcelona, 1995, pp. 309-316
- MATEOS CRUZ, P., «Arqueología de la tardoantigüedad en Mérida: Estado de la cuestión», en VELAZQUEZ, A.; CERRILLO, E.; MATEOS, P. (eds.), *Los últimos romanos en Lusitania*, Cuadernos Emeritenses 10, 1995, pp. 125-152
- MATEOS CRUZ, P., *La basílica de Santa Eulalia de Mérida. Arqueología y Urbanismo en Anejos de AespA*, XIX, Madrid, 1999
- MATEOS CRUZ, P., «*Augusta Emerita*, de capital de la *diocesis hispaniarum* a sede temporal visigoda», en RIPELL, G.; GURT, J.M. (eds.), *Sedes regiae* (ann. 400-800), Barcelona, 2000, pp. 491-520.

Corduba

El hallazgo del palacio de Cercadilla en Córdoba y el detallado estudio de sus restos, ha proporcionado importantes datos con relación a la posterior cristianización del espacio reutilizando parte de sus estructuras. Por situación geográfica respecto de la ciudad y por los hallazgos efectuados en el lugar, estamos ante un complejo fácilmente relacionable con el culto martirial.

De todo el conjunto de edificios que forman el palacio, hasta el momento parece que solo tres podrían haber sido reutilizados para una nueva función. Se trata de los edificios G, M y O, los tres contiguos y situados en el extremo norte del palacio. La aparición de una serie de enterramientos dispuestos topográficamente en torno a estas construcciones fue el primer argumento para determinar una reocupación de los edificios y atribuir a los mismos una función cultural en relación con mundo funerario. Los más de 150 enterramientos localizados, aunque muchos de difícil atribución, son suficientes como para demostrar la existencia de una necrópolis en el lugar y su mayor densificación cuanto más cerca nos hallamos del edificio G, muestra claramente de una relación causa efecto con el mismo.

Para determinar la funcionalidad concreta de cada uno de los tres edificios, es significativo que los tres presentan unas pocas inhumaciones en su interior, pero ¿qué tipo de enterramientos? Su topografía puede ayudarnos. Quizás la respuesta nos la dé uno de estos enterramientos situado en el interior del edificio G, cerca de la cabecera, en la que aparece una cista con cubierta de téglulas para albergar un osario, o las dos inhumaciones situadas en la cabecera del edificio M o cuatro más localizadas en el interior del edificio O, en este caso situadas en un lugar aparentemente no destacado. Se trata de enterramientos claramente privilegiados. En los dos primeros edificios es evidente que, la situación topográfica de los enterramientos y su funcionalidad tienen una relación directa, y que las dos estructuras de culto pueden a su vez distinguirse entre ellas por un elemento externo: una mayor densidad de enterramientos alrededor del edificio G. Sin embargo, la topografía general de la necrópolis viene condicionada por su larga perduración. Sobre todo condicionará la interpretación, su continuidad en época emiral.

Los elementos arqueológicos para poder establecer el uso de la necrópolis, aunque escasos y en posición secundaria, pueden ser muy significativos, se trata de dos inscripciones, una de ellas referida a un obispo y un anillo-sello también referido a un obispo. Las dos inscripciones se fechan en el siglo VI y el anillo-sello por su paleografía se sitúa también fácilmente en época tardoantigua. Aun sabiendo del peligro de fechar con material arqueológico fuera de su contexto original, la presencia en el lugar de las dos inscripciones fechadas invita a pensar que nos encontramos ante una necrópolis cristiana que arranca sin duda durante la Antigüedad tardía. La posible existencia de la tumba de un obispo en la necrópolis indicaría sin duda un lugar de enterramiento privilegiado, por lo menos durante un cierto período de tiempo.

Si la necrópolis permite relacionar los tres edificios en cuestión, establecer una aproximación cronológica a su reutilización a partir de la Antigüedad tardía y determinar su funcionalidad con relación al mundo funerario, su propio estudio arqueológico y el de los elementos interpretables como mobiliario litúrgico ayudan a entender la realidad de los mismos. En el edificio G, la adaptación de su cabecera triconque a una basílica de tres naves es evidente, así como la significación del ábside central mediante la incorporación de una nueva ornamentación arquitectónica. La presencia de los restos de una mesa de altar, aunque también en posición secundaria, refuerza la funcionalidad del edificio como un espacio de culto. La interpretación dentro del ábside del edificio M de planta basilical, de la existencia de un *synthronon* hay que tomarla de momento con mucha cautela tal como expone Hidalgo, pero más que por el simple hecho de no tener precedentes en la Península ibérica, por lo que puede significar en cuanto a funcionalidad del espacio en sí mismo y en relación con el conjunto. Sin ninguna duda, la estructura existe en el ábside del edificio M, pero quizás sea conveniente asegurar su construcción durante la fase de reutilización del mismo. La presencia de una exedra absidata en uno de los laterales del edificio puede ser una muestra más de una estructura funeraria en situación preeminente.

Los argumentos utilizados por R. Hidalgo para relacionar las estructuras identificadas con un centro de culto martirial dedicado a San Acisclo parecen muy sólidos, sin embargo y a tenor de lo expuesto anteriormente, probablemente estemos ante un conjunto que sobrepase un simple conjunto martirial que define a su alrededor un *suburbium* de la ciudad.

HIDALGO PRIETO, R., *Espacio público y espacio privado en el conjunto palatino de Cercadilla (Córdoba): el aula central y las termas*, Sevilla, 1996

HIDALGO, R.; ALARCÓN, F.J.; FUENTES, M. DEL C.; GONZÁLEZ, M.; MORENO, M., *El criptopórtico de Cercadilla. Análisis arquitectónico y secuencia estratigráfica*, Sevilla, 1996

HIDALGO, R., «De edificio imperial a complejo de culto: la ocupación cristiana del palacio de Cercadilla», en VAQUERIZO, D. (Ed.) *Espacios y usos funerarios en el Occidente Romano*, Córdoba, 2002, pp. 343-372.

CENTRO EPISCOPAL SIN CIUDAD?

Egara

Sin duda, el conjunto de las Iglesias de Terrassa es de los que mayor cantidad de literatura ha proporcionado. Literatura siempre fundada sobre viejas excavaciones nunca bien interpretadas en su totalidad, así como en los monumentos en sí mismos tal y como los vemos después de diversas restauraciones. Finalmente, en el año 1994 arranca un proyecto integral de puesta en valor de todo el conjunto auspiciado por el ayuntamiento de la ciudad. El proyecto comporta la redacción de un plan director en el que se contempla como acción prioritaria la excavación total del yacimiento y el

consecuente estudio arqueológico del mismo. Hasta el presente, sólo se dispone de resultados parciales pero que permiten valorar el potencial del yacimiento. Se han ido identificado con claridad todas las actuaciones arqueológicas anteriores y por tanto se conocen ahora con seguridad las zonas que nunca fueron excavadas. Y las primeras zonas intervenidas que nunca fueron objeto de excavación muestran la complejidad del yacimiento y confirman la existencia de un grupo episcopal de dimensiones considerables que seguramente contó con todos aquellos elementos que los caracterizan.

Su perfecta identificación y caracterización permitirá, además de disponer de un nuevo registro arqueológico correspondiente a un grupo episcopal –el tercero peninsular con claridad–, plantearse la dinámica urbanística y territorial que se genera en torno a una estructura episcopal y teorizar sobre la relación entre grupo episcopal y centro urbano. Los primeros resultados de esta excavación integral del yacimiento permiten observar como el grupo episcopal se situaría sobre una zona ocupada con anterioridad, aunque la levedad de las trazas arqueológicas aparecidas no permite establecer el tipo de ocupación del lugar. Si el núcleo de la vieja *Egara* –municipio flavio– con la que hay que relacionar las estructuras del grupo episcopal no es más que lo que indican los sondeos realizados hasta el presente, se hace evidente que estamos ante una estructura episcopal sin ciudad, o hay que considerar que el solar que ocupa la ciudad –sin evidencias arqueológicas– se halla topográficamente separado del espolón donde se levanta el grupo episcopal, lo que también significaría una excepción a la norma si nos situamos cronológicamente a finales del siglo V o ya en el siguiente. En cualquier caso, la nueva sede episcopal debe controlar un territorio que en buena lógica tiene que corresponder al que tendría el antiguo municipio flavio y esta herencia sería la que le conferiría su poder político. Desde un punto de vista exclusivamente urbano, tendríamos que deducir que en ciudades como *Valentia* o *Barcino*, sobre todo esta última, donde conocemos mejor la ciudad de la Antigüedad tardía, la presencia de una sede episcopal no debe presuponer que esta sea realmente el motor de toda la estructura urbana, sino que ella misma es la estructura urbana, una estructura de poder que minimiza todo aquello que la rodea y que no forme parte como elemento visual de la dinámica desarrollada por la liturgia estacional. La ciudad se reducirá a la estructura episcopal y a sus tentáculos significados por una arquitectura espacial relacionada con el culto martiral y una liturgia estacional. En el caso de *Egara*, si sumamos su situación topográfica, sobre un espolón cortado por dos cursos fluviales absolutamente preeminente, a la magnitud volumétrica con que contarían sus distintas edificaciones, a juzgar por su tamaño y la forma de asentar –cimentar– las mismas sobre el terreno, no hay ninguna duda de que quien diseña su construcción, por lo menos su última fase, está pensando en una auténtica estructura de poder.

AA.VV., *Simposi Internacional sobre les Esglésies de Sant Pere de Terrassa* (Terrassa, 20-22 novembre 1991), Terrassa, 1992.

MORO GARCÍA, A.A. «Municipi d'Ègara», en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic, Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999, pp. 91-92.

MORO GARCÍA, A.A. «Seu episcopal d'Ègara», en PALOL P. de; PLADEVALL A. (dirs.), *Del Romà al Romànic, Història, Art i Cultura de la Tarraconense Mediterrània entre els segles IV i X*, Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1999, pp. 183-184.

MORO, A.; RIGO, A.; TUSET, F., «Las últimas intervenciones arqueológicas en las iglesias de Sant Pere de Terrassa (1995). Aportaciones preliminares sobre la sede episcopal de *Egara*», *AnTard*, 4, 1996, pp. 221-224.

CIUDADES O ESTRUCTURAS ESTRATÉGICAS DE CONTROL DEL TERRITORIO?

Ilunum Eio/Elo? (Tolmo de Minateda)

En el caso de que se confirme en el futuro la correspondencia del episcopio de *Elo* con la antigua *Ilunum*, en el solar del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete), tendríamos identificada la que podría ser la iglesia principal correspondiente al grupo episcopal. Se trata de una planta basilical de tres naves con ábside semicircular exento y baptisterio a los pies de la misma, conformando iglesia y baptisterio una misma estructura arquitectónica. Se trata de un modelo definido arquitectónicamente ya por Palol y con posterioridad desde el punto de vista del mobiliario litúrgico por Godoy. ¿En qué reside la novedad? En su cronología –primera mitad del siglo VII– y en qué hasta el presente, estructuras de estas características las tenemos definidas en medio rural pero no urbano, aunque el baptisterio de *Barcino* y el posible de *Conimbriga* permiten plantear que el modelo es urbano. Lógicamente tenemos que pensar que se trata de un modelo creado en medio urbano que luego es transferido al medio rural. Pero con ello no resolvemos el interrogante antes apuntado. Efectivamente, si bien el modelo es el mismo, las características estructurales difieren sensiblemente, ya que existen ciertas diferencias en este sentido entre las estructuras observadas en el Tolmo de Minateda y las de los grupos episcopales de *Barcino* o *Valentia*. Ello permite distinguir la potencialidad de los distintos centros episcopales, independientemente del soporte urbano y/o territorial que los contiene. Llegados a este punto, ¿qué nos permite distinguir arqueológicamente, lo que puede ser una estructura de funcionalidad litúrgica correspondiente a un episcopado como la del Tolmo de otra estructura también de funcionalidad litúrgica prácticamente idéntica como puede ser el caso de El Bovalar (Serós, Lleida) seguramente una simple parroquia rural? Es muy posible que, independientemente de las estructuras arquitectónicas asociadas que puedan aparecer en futuros trabajos de campo, el dimensionado del edificio sea una de las características que ayude a considerar la construcción como perteneciente a un grupo episcopal. Efectivamente, tanto el edificio basilical como el conjunto de basílica y baptisterio ofrecen unas dimensiones poco comunes dentro del panorama peninsular¹¹. El tamaño del conjunto, así como el de la fábrica basilical acercan el caso del Tolmo a los ejemplos urbanos conocidos, aunque en su conjunto las estructuras basilicales urbanas que han llegado hasta nosotros, se relacionan con el mundo funerario más que con los grupos episcopales. En el mundo rural tan solo casos aislados como Torre de Palma se le acercan¹². ¿Dimensiones y cronología son dos variables combinables? Probablemente, y de la misma manera que observamos como los grandes conjuntos episcopales de *Valentia* y *Barcino* tienen su momento de máxima expansión a partir del siglo VI, en el caso del Tolmo su cronología avanzada comporta unas dimensiones mayores del edificio de culto.

ABAD CASAL, L. La epigrafía del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) y un nuevo municipio romano del *Conventus Carthaginensis*, AESPA, 69, 1996, pp. 77-108.

ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S.; GAMO PARRAS, B. «Excavación de una basílica visigoda en el Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete, España)» *Association pour l'Antiquité tardive*, Bulletin nº8, 1999, pp. 51-56.

11 GURT, J.M.; BUXEDA, J. 1996.

12 MALONEY, S.J., «The early christian basilican complex of Torre de Palma (Monforte, Alto Alentejo, Portugal)» *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Lisboa, 1992), Barcelona, 1995, pp. 449-458; MALONEY, S.J.; RINGBOM, A. «14C Dating of mortars at Torre de Palma, Portugal» *V Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica*, (Cartagena, 1998), Barcelona, 2000, pp. 151-155.

ABAD CASAL, L.; GUTIÉRREZ LLORET, S.; GAMO PARRAS, B. «La basílica y el baptisterio del Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete)», *AEspA*, 73, 2000, pp. 193-221.

Realizado este recorrido, podemos concluir que se vislumbra cada vez con mayor claridad la presencia de una arquitectura urbana de gran porte a partir del siglo V, que marcará la topografía de nuestras ciudades ya en este momento y expandirá los modelos ya consolidados, iniciando una fase de cristianización del espacio que debemos interpretar como una nueva colonización del territorio por y para los obispados. Sin embargo y a tenor de lo que conocemos respecto al territorio, o bien la expansión es extraordinariamente rápida o hay que aceptar que esta arquitectura urbana la tenemos establecida ya con anterioridad. Si la arquitectura rural que conocemos refleja el mundo urbano y aceptamos las fechas propuestas para sus primeras manifestaciones, significa que hay un mundo urbano anterior que desconocemos. En cualquier caso, esta reflexión queda a expensas de unas cronologías –para el mundo rural– aún hoy día poco seguras, a pesar de haber avanzado en este terreno¹³. La etapa visigoda marcará la continuidad de este tipo de estructuras pero con un notable desarrollo del volumen de las arquitecturas, así parecen indicarlo los conjuntos episcopales de *Valentia*, *Barcino* y *Egara*, la basílica del Tolmo de Minateda, o el edificio martirial de Santa Eulalia en *Emerita*.

La ciudad de la Antigüedad tardía nos ofrece un contraste absoluto entre arquitectura pública y arquitectura popular. El equilibrio que podía haber existido entre ambas en la ciudad clásica se ha roto por completo. La progresiva monumentalidad de las manifestaciones de la arquitectura cristiana y el cambio que experimenta la vivienda con un tipo de construcción cada vez más pobre en recursos y con un concepto del espacio cada vez más simple, permiten entender determinadas contracciones urbanas así como el concepto de ciudad discontinua que surge en torno a los centros religiosos. Concepto aplicable no tan solo al espacio interno definido por el perímetro murado sino que hay que extenderlo también a los *suburbia*, que entrarán en la misma dinámica.

13 GODOY, C. 1995.

SEGUNDA PARTE
VEINTICINCO AÑOS DE INVESTIGACIÓN
ARQUEOLÓGICA EN MURCIA (1975-2000)

NUEVAS PROPUESTAS PARA EL ESTUDIO DE LAS SOCIEDADES CAZADORAS-RECOLECTORAS EN EL SURESTE PENINSULAR

MIGUEL MARTÍNEZ ANDREU
Museo Arqueológico Municipal de Cartagena

INTRODUCCIÓN

Cuando mi antiguo compañero de pupitre en las aulas de la Universidad, el Dr. Sebastián Ramallo, me propuso colaborar en la edición de un volumen dedicado a la doctora Ana María Muñoz Amilibia, sabía que no iba a resultar difícil para mí elegir un tema con el que contribuir a este entrañable homenaje. Ella fue culpable de mi temprana vocación por la Arqueología, y no menos de alentar mi inquietud por el Paleolítico en aquellos seminarios en los que tuvimos la suerte de formarnos un puñado de entusiastas alumnos.

Creo que no hay ocasión más apropiada para hacer una reflexión sobre algunos aspectos de aquella problemática del Epipaleolítico que hace ya casi treinta años, libro en mano de Javier Fortea, discutíamos en torno a su mesa. A la doctora Muñoz le debo no sólo el beneficio de su magisterio, sino también la oportunidad de ampliar horizontes que me brindó poniéndome en manos del que también considero mi maestro, el Dr. Ignacio Barandiarán, con quien tanto aprendí.

Quiero expresar desde aquí la profunda satisfacción que siento al poder participar en esta acertada iniciativa, tomada sin duda para dar cuerpo físico a una serie de sentimientos que la figura de la doctora Ana María Muñoz, «La Jefa», sigue inspirando en todos nosotros. En recuerdo de aquellos años vayan estas líneas que preceden a esta modesta contribución.

LA INVESTIGACIÓN. UN REPASO DESDE LA INSTROSPECTIVA

Resulta difícil cumplir nuestro propósito de presentar nuevas propuestas para el estudio de las sociedades cazadoras-recolectoras en el sureste peninsular sin hacer, aunque sea sucintamente, una recapitulación acerca de los enfoques y planteamientos que a lo largo de todos estos años han ido incardinando a la investigación, en general, y a nuestro posicionamiento a la hora de abordarla, en particular.

Tampoco nos parece ésta la ocasión adecuada ni el lugar más indicado para hacer un balance de lo mucho o poco que hasta ahora sabemos de aquellos grupos que habitaron esta porción del

territorio peninsular a finales del Pleistoceno. Las alusiones que a algunos de los yacimientos excavados por nosotros aparecen aquí no pretenden ilustrar o precisar aspectos relativos al registro arqueológico, sino más bien servir como marco de discusión en el que los contextos de aquellos hallazgos puedan ser analizados desde otras perspectivas teórico-metodológicas.

En nuestro recuerdo quedan aquellas primeras tentativas de ordenar cronoestratigráficamente los escuetos repertorios industriales que llegaron a nuestras manos procedentes de diferentes yacimientos de la Región, siguiendo muy de cerca aquel trabajo de J. Fortea (1973), donde el enmarañado mundo del Epipaleolítico parecía por fin presentarse ante nosotros descifrado en sus claves principales. En aquella órbita de filiaciones microlaminares y geométricas gravitamos tratando de dar sentido a unos conjuntos descontextualizados en su mayor parte pretendiendo, sin muchos más argumentos que los estrictamente tipológicos, consumir una tarea cuyo objetivo no podía por fuerza ir más allá de la determinación de a qué etapa, período o fase pertenecían. Algo que dicho sea de paso, para aquel tiempo ya nos parecía bastante.

Los intentos por perfeccionar un sistema de clasificación tipológica regido entonces por la subjetividad de las listas tipo al uso, plenamente arraigadas en la más genuina tradición histórico-cultural, nos llevó junto a un buen número de jóvenes iniciados a buscar nuevas alternativas en la tipología analítica propuesta por G. Laplace, un método mucho más ambicioso basado en el desarrollo analítico de las distintas variables de los conjuntos líticos, que nunca fue aceptado de buen grado por los practicantes arraigados en la tradicional escuela francesa, empeñada en un reduccionismo tipológico que identificaba culturas con variedades artefactuales.

Como en otros muchos casos, nuestro posicionamiento conciliador, no excluyente de ambos sistemas, nos llevó a emplear ese doble lenguaje tan socorrido como antagónico Sonnevile-Laplace en el estudio de los conjuntos líticos incluidos en nuestra tesis, aunque los resultados, todo hay que decirlo, nunca nos dejaron del todo satisfechos. La escasa representación de efectivos en algunos de los yacimientos tratados, por un lado, y los objetivos de partida que nos habíamos fijado, con una cortedad de miras que aún hoy día nos sorprende, por otro, no nos impidieron que en aquella alocada marcha hacia las adscripciones culturales, nuestras industrias aparecieran finalmente perfiladas en su posición cronoestratigráfica y fuesen asignadas al Magdaleniense superior, en unos casos, o al Epipaleolítico de filiación microlaminar, heredero del anterior, en otros. (Martínez, 1989)

Con aquellas conclusiones, el espectro industrial del final del Paleolítico en la Región comenzaba a tomar cuerpo y se pergeñaba su evolución. Una pequeña contribución para uno de los grandes retos que la investigación española de aquel tiempo tenía planteados en torno al Epigravetiense *versus* Magdaleniense, o si se prefiere, entre la autoctonía del sustrato ibérico más genuino contra las modas afrancesadas magdalenienses venidas del otro lado de los Pirineos, que al parecer terminaron por imponerse.

Así, el núcleo magdaleniense valenciano del Parpalló y el malagueño de Nerja y La Pileta, quedaban puenteados a través de este grupo de yacimientos murcianos, tal y como algunos autores habían vaticinado años atrás al ocuparse en diferentes trabajos de la evolución del Paleolítico superior en la fachada mediterránea peninsular. (Fortea, 1983; Fortea *et alii*, 1983; Villaverde, 1981, 1984).

Dentro de aquel contagio por el establecimiento de fases, secuencias, etapas, influjos y filiaciones, al que no fuimos inmunes, podemos anotar en nuestro favor el interés que ya nos suscitaban aquellos otros aspectos más cercanos a la Paleoeología, al análisis de los asentamientos y las áreas de captación de recursos; una corriente en boga gestada en la órbita anglosajona que supuso una bocanada de aire fresco dentro de aquel hermético historicismo cultural que tan pocas concesiones hacía a aquellas sociedades, definidas únicamente en base a la ausencia o presencia de determinados

artefactos. Pero sin saberlo, con esta nueva visión procesual también caíamos en otro reduccionismo, en este caso medioambiental, que terminaba por acotar a esas mismas culturas a sistemas de conductas adaptativas.

En esa línea nos expresábamos al analizar el poblamiento de las tierras bajas del Sureste (Martínez, 1992), creyendo que los rasgos de aridez dominante evocados por los resultados polínicos llegaron a convertirse en el factor más mediático sobre el que gravitaba la vida misma de estos grupos, y el agua, en el elemento dinamizador de un poblamiento que por fuerza parecía obligado a adoptar un modelo de captación de amplio espectro, tal como preconizara Flannery (1969), consecuencia de una respuesta adaptativa al medio, tal vez por imperativos demográficos, o quizás como resultado de una creciente complejidad social.

Este aprovechamiento intensivo de los recursos potenciales en los territorios, obligaría en la práctica a una movilidad logística con estaciones de corta duración y funcionalidad diversa, cobrando sentido de este modo un ciclo de explotación costera, presente en yacimientos situados en la franja litoral, alternativo a otros llevados a cabo en el interior. Una propuesta que ya había sido planteada para el sector valenciano (Davidson, 1989) (Aura *et alii*, 1994), y en la que dábamos acomodo a las estaciones murcianas estudiadas por nosotros, situadas junto a los lechos de ramblas, verdaderos ejes de vertebración del territorio litoral, y próximas a manantiales o veneros. La disposición de estos corredores naturales favorecerían un sentido de circulación N-S, antesala de las depresiones prelitorales y de los principales valles, ahora sí fluviales, de las sierras del interior cíclicamente frecuentadas. (Martínez, 1997).

Desde esta óptica, el estudio de las sociedades cazadoras y recolectoras del final del Paleolítico cumplía no sólo con el ineludible requisito de la ordenación diacrónica de los yacimientos y de las industrias contenidas en ellos, sino que avanzaba hacia otra perspectiva más «procesual» siguiendo un modelo de funcionalidad en el que el medio físico, como ya hemos visto, reclamaba para sí la absoluta dependencia del hombre a través de conductas adaptativas.

OBJETIVOS Y MÉTODOS. HACIA UN ENFOQUE SOCIOECONÓMICO EN EL ESTUDIO DE LOS CAZADORES-RECOLECTORES

Sin entrar plenamente en un debate de corte normativo, creemos que la Arqueología Social está abriendo nuevos campos en la investigación de las sociedades cazadoras-recolectoras de la Prehistoria al enfatizar aquellos aspectos relacionados con los modos de trabajo y propiedad, profundizando en la composición social y económica de los grupos objeto de estudio, aunque como señala V. Lull, no existe una teoría social en abstracto desde la que enfocar los trabajos de investigación, sino múltiples teorías sociales, del mismo modo que no existe un historicismo cultural que pueda ser encuadrado en un solo parámetro (Lull, 1991:231).

Algunas propuestas de objetivos y métodos para el estudio de la industria lítica (Carbonell, 1986; J. Pie y A. Vila, 1992) parten de una base que contempla tanto los cambios económicos y sociales como la explicación misma de esos procesos, evaluando la rentabilidad del trabajo invertido en la producción lítica, de ahí que la contrastación a través del análisis funcional resulte imprescindible. En el caso de los yacimientos murcianos, los estudios tecnológicos, única alternativa que nos ha quedado tras varios intentos sin éxito del análisis funcional por imperativos de conservación, con la sola excepción de una pieza hallada en la Cueva del Caballo, sólo nos permiten saber en qué fase o etapa de la secuencia técnica de fabricación se encuentra lo usado, desconociendo obviamente cuales piezas han sido usadas y para qué. Comparar conjuntos industriales con tal limitación parece poco provechoso, tanto más cuando existen instrumentos validados por el uso no reconocibles a los

ojos de la tipología tradicional. A través de la tecnología, lo único comparable en realidad son los procesos globales mediante los que conseguían el instrumental.

Sabemos que la costa murciana es deficitaria en afloramientos de sílex, y los pocos que existen lo son de una calidad bastante mediocre. Las áreas fuente con más potencialidad se encuentran en algunos puntos del noroeste de la región, con trayectos que oscilan entre 80 y 100 km. hasta la costa. Este hecho tiene su reflejo en la composición mineralógica local de los repertorios industriales, en la que aparecen integrados el cuarzo (tanto en su variedad masiva como cristalina), la cuarcita y el jaspe limonítico. Sin embargo, el mayor peso específico alcanzado por el sílex en la confección de utensilios, con algunas variedades que no dudaríamos en calificar de exóticas, pone de relieve hasta qué punto los grupos de cazadores y recolectores del final del Paleolítico ya habían superado el autoabastecimiento desde sus recursos líticos potenciales y se hallaban inmersos en otra etapa de optimización, bien distinta, donde la gestión de materias primas de calidad se regulaba en un amplio espacio socializado. Como señala B. Cebrián (1997), las limitaciones de resultados que ofrecen muchas de las metodologías seguidas hasta la fecha, se deben a los estudios extremadamente parciales y restringidos en el análisis de la procedencia de las materias primas.

El hecho de que las variedades locales con menores prestaciones se hallen presentes obedece a un criterio de pura racionalidad económica, y en absoluto constituyen un exponente de su estricta dependencia de los hombres al medio. Sirven para los fines que se persiguen, la apropiación de la naturaleza, y fueron seleccionadas entre un elenco de otras muchas potenciales del entorno como las más adecuadas para llevar a cabo un conjunto articulado y planificado de procesos regulados socialmente.

Según X. Terradas (1997), dentro de esa dinámica, la concreción cualitativa y cuantitativa de tal demanda se producirá en función de tres variables: El número y frecuencia de actividades productivas que precisen de instrumentos líticos, las técnicas de manufactura de ese instrumental, y el grado de eficacia de los instrumentos manufacturados.

El raquitismo industrial, término de corte peyorativo con el que en alguna ocasión nosotros mismos hemos venido denominando al escaso porte de las industrias del sureste peninsular, ya no se nos antoja la consecuencia de una «adaptación» tecnológica a un medio pobre en materias silíceas, sino el resultado de un progreso en la experimentación del trabajo de la piedra que es preciso enmarcar dentro de los logros inherentes a la microlitización, y que comportaron no sólo un ahorro en los costes de producción, sino también cambios en las técnicas para llevarla a cabo.

Lejos de ser una consecuencia de los cambios climáticos venidos con el Holoceno, el microlitismo se nos revela así como una solución técnica que contribuyó a la producción y reproducción de la vida de las sociedades prehistóricas (de otro modo no habría tenido éxito) y no desde la ruptura con las tradiciones anteriores, como lo prueba la larga y experimentada tradición de los dorsos rebajados, por ejemplo, o la existencia de verdaderos geométricos en pleno tardiglaciario. De modo que la continuidad ya estaba gestada mucho antes de que la benignidad climática del Holoceno se dejara sentir. Y no parece que las variaciones diacrónicas del instrumental lítico entre el final del Paleolítico y lo que se ha convenido en llamar Mesolítico marquen rupturas significativas que nos hagan pensar en cambios económicos y sociales importantes entre una y otra etapa, algo que a la luz del registro arqueológico transcurre de modo casi imperceptible en el sureste peninsular.

En opinión de J. Zilhão (1997), este fenómeno de miniaturización lítica ha de interpretarse como el resultado de una amplia experimentación tendente a optimizar la movilidad de los grupos. Tales mejoras harían que las trayectorias de un determinado grupo en un territorio dado fuesen decisiones adoptadas desde la misma banda, sin necesidad de desviar los itinerarios en razón de necesarios aprovisionamientos de puntos concretos.

Pero por mucho que nos esforcemos en descifrar las claves tecnológicas, no podremos dar respuestas con ellas a toda esa serie de variables que están presentes en los yacimientos. La complementación económica, como forma de asegurar la obtención de alimentos y bienes, generó diferentes estrategias que a su vez dieron lugar a diferentes modos de trabajo. De ahí que el método para el estudio de los instrumentos líticos deba tener siempre presente la comparación final o contrastación con otros elementos del registro.

Muy esclarecedor al respecto nos parece el ejemplo propuesto por J. Pie y A. Vila (1992, 275), cuando señalan que las categorías descriptivas de metápodo-aguja-raspador no son comparables por sí mismas, y por tanto, no pueden incluirse en una misma estructuración de análisis. Sólo un método que tenga en cuenta su naturaleza como productos de un proceso de trabajo, como el análisis de las huellas de descarnación y fractura en el caso del metápodo, el análisis funcional para la aguja y el raspador, y el espacial en los tres casos, convertirá nuestro ejemplo en productos resultantes de una actividad, el tratamiento de la piel, y les dará valor como conjunto.

Desde esta óptica podemos empezar a hilvanar algunas actividades y modos de trabajo que tuvieron lugar en la Cueva del Caballo (Martínez, 1989) dotando de sentido la ocupación de este lugar. Así, sabemos que sobre una estructura de combustión se hallaron restos de fauna (*Equus* y *Capra sp.*) y junto a ellos varios fragmentos quemados de una misma azagaya. También se comprobó mediante el análisis funcional que uno de los raspadores hallados en la sala había sido empleado para el raspado de pieles (P. Jardón, en comunicación personal) y que en el mismo entorno se habían recuperado fragmentos de ocre que bien podrían estar asociados como desgrasantes para esa misma tarea. Nos encontramos, pues, ante un conjunto de categorías, caza, armamento y tratamiento de pieles, que componen diversas actividades impulsadas desde fuerzas productivas asociadas a ellas convergiendo en este lugar.

Es probable que partiendo de tales propuestas podamos determinar el grado de desarrollo de los grupos, al conseguir descifrar las claves de sus trabajos, y seguramente desde ellos sus relaciones con el medio, pero no nos servirán de mucho para conocer cómo estos grupos se relacionaron entre sí ni con los demás, puesto que la metodología arqueológica carece de recursos para su análisis.

La opción de recurrir al campo de la Etnoarqueología para completar estas lagunas no está exenta de riesgos, sobre todo si con ella se pretende únicamente la búsqueda de analogías formales o abstractas derivadas de observaciones de sociedades cazadoras-recolectoras actuales o subactuales para interpretar a las del pasado. Aún así, un enfoque correcto de la Etnoarqueología aplicado a casos concretos, como es el ejemplo de los Yámana (J. Estevez, A. Vila, 1995) puede demostrarnos hasta qué punto ambas disciplinas (Etnología y Arqueología) pueden interactuar con éxito.

En esta misma línea de convergencia entre Etnología y Arqueología se han venido realizando propuestas desde posiciones antropológicas del Materialismo Histórico (J. Ramos, 1997, 1998), tal vez más mediatizadas en sus planteamientos al no contar con filtros etnográficos que depuren las ideas que de aquellas sociedades hoy tenemos, pero no por ello exentas de interés por cuanto suponen una saludable reacción en contra de las visiones normativas de la Arqueología, al hacer primar los valores humanos de aquellas organizaciones sociales y sus modos de producción.

Así, partiendo de que los ciclos de producción y consumo son breves entre los cazadores-recolectores, se generarían procesos económicos simples bajo formas de distribución y cambio que estarían regidos por una ideología igualitaria opuesta al atesoramiento o acaparamiento de bienes. La productividad natural, tanto en cuanto fija los límites y peculiaridades de cada región histórica en su biocenosis, es analizada desde esta perspectiva como el marco de experimentación en el que las técnicas desarrolladas por los grupos, lejos del adaptacionismo, servirán para la apropiación y el control de las potencialidades del medio.

Frente a las desigualdades sociales del mundo actual, se oponen las formas de propiedad colectiva como expresión de la ausencia de clases sociales entre las bandas de cazadores-recolectores, y la reciprocidad como el mecanismo que permite a cada miembro del grupo disponer del trabajo de los demás. Es la regulación de dichos valores en el marco concreto de las relaciones sociales de producción, la que les confiere su capacidad para superar los rigores medioambientales y los peligros de un medio en muchas ocasiones hostil (J. Ramos, 1998).

Compartimos la idea de que la Arqueología tiene por objeto, junto a las demás ciencias sociales, el estudio del hombre como ser social. Y en ese camino, como señalan J. Estevez y A. Vila (1996, 17), la tarea del conocimiento científico es descubrir la esencia, encontrar las causas y las leyes que permiten explicar el fenómeno social.

LAS COMUNIDADES DE CAZADORES-RECOLECTORES EN EL TRÁNSITO PLEISTOCENO-HOLOCENO. EL EJEMPLO DE LA COSTA MURCIANA

Consecuente con todo lo hasta aquí expuesto, la primera cuestión que en el estudio histórico de las sociedades cazadoras-recolectoras del Sureste deberíamos plantear es la fijación del marco regional que consideramos unitario, y desde él, el análisis de sus potencialidades espaciales y biocenóticas. La denominada «Unidad Biogeográfica Murciano-Almeriense» ha sido ya definida desde criterios edáficos, climáticos y biológicos y fijada espacialmente en un territorio que comprende el sur de Alicante, buena parte de Murcia y la porción suroriental de Almería. (Alcaraz, 1986).

Constituye sin duda una de las zonas más áridas de Europa, con escasas pero torrenciales precipitaciones y una elevada evapotranspiración donde la vegetación, rica en endemismos, denota una adaptación manifiesta a la escasez casi permanente de agua edáfica, constituyendo pues un caso extremo dentro de los márgenes del clima mediterráneo.

La prueba de que tal aridez no es un hecho climático reciente se halla en las formas de relieve, que nos muestran las huellas de un morfoclima árido, con vertientes abruptas que se yerguen sobre amplias rampas de erosión. El estudio de algunos rasgos geomorfológicos (Montiel, 1987, Ortiz, 1986) y geológicos (Fernández, 1986), indica que este sistema morfogenético árido se remonta al menos al comienzo del Cuaternario, anterior en cualquier caso a la etapa en que los cazadores y recolectores poblaron estas tierras bajas del Sureste.

A pesar del decisivo papel que hay que atribuir al hombre moderno en la conformación del paisaje vegetal actual, ejercido sobre un medio natural ya en precario equilibrio, lo cierto es que los datos polínicos obtenidos en dos yacimientos de la costa murciana (Caballo y Algarrobo), aunque secuenciados en una banda temporal estrecha poco antes del inicio del Holoceno, apuntan también hacia una aridez no sólo climática, sino también edáfica, donde domina una cobertura vegetal de carácter estépico y una escasa masa forestal mayoritariamente formada por pinos. Un paisaje semejante al actual aunque algunos taxones parecen sugerir un clima ligeramente más frío, que no obstante se encuadraría dentro de los márgenes atemperados propios del Mediterráneo. (M. Dupré, 1989; M. Munuera, J. Carrión, 1992).

Pero hablar de potencialidades en un medio árido no significa disminución de recursos. Baste el ejemplo de los grupos bosquimanos que han sido marginados hacia áreas subdesérticas y que aún practican una economía basada en el modelo cazador-recolector con éxito. No hay por tanto razones para creer que un sector árido, pero climáticamente mediterráneo como este, ofreciese más dificultades para la supervivencia que el propio Kalahari. Tanto más cuanto las peculiaridades litológicas y climáticas de la unidad murciano-almeriense son mucho más variadas y en ella convergen diferentes

ecosistemas vegetales que la convierten en una de las áreas con flora y vegetación más especializada y rica de la Península. (Alcaraz, 1986, 222).

Si atendemos a los datos que nos ofrecen los registros arqueológicos de estos yacimientos costeros, observaremos la estrecha relación que se da entre las potencialidades del medio y los recursos explotados, lo que en modo alguno debe entenderse en términos de dependencia o adaptación, sino de superación a través de un profundo conocimiento del entorno, de las leyes naturales que lo rigen, y del desarrollo de técnicas capaces de transformarlo en su provecho. Sólo así se explican las elevadas proporciones de lagomorfos capturados, animales particularmente abundantes en áreas de matorral, que difícilmente pueden ser abatidos por los métodos habitualmente empleados en la caza de ungulados, y que sin embargo constituyen un aporte cárnico que no debió serles demasiado costoso de obtener. Las técnicas no siempre han de ser complicadas para ser eficaces, y en ocasiones basta con que sean ingeniosas.

Otro de los recursos alimentarios muy bien representados en estos yacimientos, y que menos esfuerzo requiere, es el de los gasterópodos terrestres, que no exigen más requisito que el de la disponibilidad de suelos calcáreos, una temperatura adecuada y un mínimo amparo hídrico en el ambiente que los libere de la hibernación. Salvo los meses más rigurosos de frío y los extremadamente secos, es un alimento que puede obtenerse fácilmente y proporciona un complemento en la dieta rico en proteínas, sales minerales y bajo en grasas.

La fuente inagotable de alimentos que proporciona el mar fue algo más que una opción para estos grupos, que también practicaron la pesca y el marisqueo de un modo sistemático y complementario de otros nutrientes, como los cárnicos, cuyos costes de apropiación resultan más altos, aunque también lo son sus rendimientos, y no sólo en lo que a la carne se refiere. Basta recordar que unas 2.000 conchas de caracoles terrestres, que es el número aproximado de las recuperadas en la Cueva del Caballo, apenas alcanzarían 20 kg. de carne, y valores no muy distintos habría que establecer para los moluscos de origen marino, aunque en este caso todavía con un menor número de efectivos. Distinto es el caso de la pesca, cuyo verdadero alcance no es fácil de determinar a causa de la conservación diferencial de los restos de peces en los sedimentos. Los encontrados en las cuevas del Caballo y de La Higuera, pertenecientes en su mayoría a la familia de los espáridos, debieron representar una contribución no poco importante en la dieta de estas gentes.

Nos queda la irritante duda de no saber a ciencia cierta cuál fue el papel que los recursos vegetales tuvieron en la estrategia global de subsistencia, un hecho que sesga cualquier valoración que acerca de los nutrientes podamos plantear. Las únicas evidencias con que contamos para estos asentamientos de la costa murciana se reducen a unos pocos granos de una variedad silvestre de la vid hallados en la Cueva del Caballo, mientras que para el litoral andaluz, el testimonio más próximo lo tenemos en la cueva de Nerja, donde ha quedado fehacientemente demostrada la recolección de piñones para el consumo (Badal, 1998).

Pero son los ungulados de tamaño medio los que sin duda mayor interés económico despertaron entre las bandas de cazadores y recolectores debido a su alto rendimiento. La cabra, con diferencia, es el animal que mejor aparece representado, seguido de ciervos y pequeños caballos, componiendo los tres en el caso murciano una asociación dominante a la que ocasionalmente se suman otras especies, como los bóvidos y suídos, todo ello sin contar con los lagomorfos y las aves, que constituyen los mayores efectivos preservados, lo que en modo alguno significa su equiparación a los ungulados.

Esta captación de origen animal es en esencia la misma desde Levante hasta Andalucía, y se mantiene a lo largo de todo el Paleolítico superior como un patrón primario de la producción de alimentos –al que habría que añadir los vegetales, cuyo alcance real nos sigue siendo desconocido–

complementado por otro secundario en el que quedarían englobados los taxones marinos y los gasterópodos pulmonados.

El aumento exponencial de este patrón secundario hasta alcanzar el umbral Tardiglaciario-Holoceno, ha sido interpretado con frecuencia como una respuesta de las bandas de cazadores-recolectores ante la progresiva depauperización de la caza, un hecho en absoluto probado, pero que según esta hipótesis acarrearía la ampliación del espectro de captación de los recursos, y en suma, una diversificación de las estrategias de producción y reproducción por parte de estos grupos.

La posibilidad de que tal diversificación, en los términos de abundancia súbita de nutrientes marinos pueda ser un dato inferido de una lectura errónea del registro arqueológico, o que en esencia sólo representara un ligero incremento dentro del patrón secundario cuya trascendencia ha sido sobredimensionada, (Morales *et alii*, 1998), no deja de gravitar sobre nuestros planteamientos, sobre todo si asumimos los sesgos de información que de otros restos alimentarios tenemos, y reconocemos que el verdadero papel que cada asentamiento jugó en el territorio controlado por las bandas nos es desconocido en gran medida; a lo que habría que añadir las variaciones de la línea de costa, cuyo progresivo acercamiento pudo propiciar un incremento de la explotación de recursos marinos en lugares antes demasiado distantes para hacerla rentable, sin que ello comportara modificaciones sustanciales en las estrategias de producción de alimentos, en las que los ungulados de tamaño medio seguirían siendo capturas prioritarias para sus economías.

En cualquier caso, la intensificación de ese patrón secundario, que estaría compuesto no sólo por los recursos del mar, sino también por caracoles, conejos y aves entre otros, no parece un hecho casual ni un espejismo de los recuentos de taxones. Otra cosa será la valoración real de su alcance en el conjunto de nutrientes, o si su papel ha sido efectivamente sobrevalorado por algunos investigadores. En los yacimientos de la costa murciana, la plataforma continental es tan estrecha, y algunos sectores de su litoral tan abruptos, que no parece que las variaciones de la línea de costa asociadas a fenómenos glacioeustáticos hayan supuesto cambios radicales en las distancias a recorrer, no al menos como para impedir que algunas porciones del territorio adyacente a las cuevas del Caballo y La Higuera, por ejemplo, quedaran incluidas dentro de la isocrona de dos horas.

En nuestra opinión, la diversificación de recursos no empaña el alto interés económico de la caza, ni de tal fenómeno debemos extraer conclusiones precipitadas en el sentido de alarma. No parece una estrategia «adaptativa» impuesta por la disminución de especies de alto valor cinegético, sino una solución escogida tendente a autolimitar la movilidad de las bandas de cazadores-recolectores, entre cuyos beneficios probablemente se hallaría una minimización de los efectos que el estrés biológico pudo generar en unas sociedades en constante trasiego. La adopción de una estrategia de captación de amplio espectro no implicaría una mayor movilidad para conseguir muchos recursos variados que compensasen la regresión de la caza; más bien al contrario, la intensificación sobre los potenciales del entorno haría más restringida esa movilidad sin desestimar por ello la opción cinegética ni el fraccionamiento de los grupos en determinados momentos y lugares con recursos estacionales abundantes.

Nos hallaríamos por tanto ante la implantación de lo que algunos autores han calificado como «nomadismo restringido» (Sanoja y Vargas, 1979; Ramos *et alii*, 1998), una especie de acantonamiento litoral que no contradice la frecuentación estacional de otros territorios del interior, y que en el caso de la costa murciana bien pudo llevarse a efecto preferentemente entre el otoño y el invierno. A ello apuntan algunos datos, como los granos de vid silvestre hallados en la Cueva del Caballo, cuya maduración se inicia a finales del verano, o tal vez la pesca de algunas especies de espáridos, como la dorada, cuya migración hacia la costa con fines de apareamiento coincide con el inicio del invierno. La abundante recolección de gasterópodos pulmonados, sin ser un hecho incontrovertible,

también podría apuntar en esa misma dirección si tenemos en cuenta que los caracoles, ocultos bajo algunos centímetros del suelo, abandonan su letargo una vez terminado el estiaje.

En este sentido, la amplia gama de hierbas y arbustos nitrófilos (elementos que suelen aparecer en ambientes fuertemente antropizados) que arrojan los datos polínicos del Algarrobo, no pudo generarse desde una estancia efímera o un campamento errático, sino desde un hábitat mucho más permanente, o al menos reiterado en el tiempo, capaz de incidir en la depauperación vegetal del entorno de la cueva. La idea de una ocupación planeada desde una estrategia de movilidad estacional, más restringida de lo hasta ahora sospechado, podría tomar cuerpo a poco que esta hipótesis se apuntalara con nuevos datos del registro.

De cualquier modo, nada desdice que el modo de producción de las bandas que poblaron el cordón montañoso litoral de esta porción geográfica siguiera siendo en un sentido amplio el cazador-recolector, aunque calibrando los matices no dejamos de preguntarnos si en este caso sería más propio hablar de cazadores-pescadores-recolectores... y hasta tramperos. Si algún principio de sedentarismo se atisba en esta forma de dominar la naturaleza, parece claro que éste no conllevó una mayor complejidad social. Nada que pueda inferirse del registro arqueológico apunta a ella, y nada parece sugerir que el ancestral sentido de la reciprocidad se diluyera ante la acumulación de bienes materiales que generasen la desigualdad social, algo que en estas tierras quedaría patente sólo a partir del tercer milenio antes de Jc. con la implantación de una economía plenamente productora en el seno de una sociedad compleja como sin duda lo fue la argárica.

Es esa variedad funcional y de estrategias implantada al final del Paleolítico la que generó diferentes modos de trabajo al amparo de una movilidad táctica y restringida capaz de garantizar la reproducción social. La obtención de recursos variados y complementarios, la producción de herramientas para conseguirlos, su consumo, y en algunos casos su posterior transformación, entrañan forzosamente una determinada organización de las tareas y del modo en que se redistribuyeron los bienes generados entre los miembros de aquella sociedad, cuyo éxito nunca radicó en la adaptación al medio, sino en su afán por superarlo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCARAZ, F. (1986): El paisaje vegetal de Cartagena. *Historia de Cartagena*. I. Ed. Mediterráneo, pp. 212-240. Murcia.
- AURA, E; FERNÁNDEZ, J; FUMANAL, M.P. (1994): Medio físico y corredores naturales: Notas sobre el poblamiento paleolítico del País Valenciano. *Recerques del Museu d'Alcoi*. II, pp. 88-109. Alcoi.
- BADAL, E. (1998): El interés económico del pino piñonero para los habitantes de la cueva de Nerja. *Las culturas del Pleistoceno superior en Andalucía*. Patronato de la Cueva de Nerja, pp. 287-300. Nerja.
- CARBONELL, E. (1986): *Desarrollo humano en el marco de las cadenas operativas líticas*. C.R.P.E.S. Girona.
- CEPRIÁN, B. (1997): Una definición teórico-metodológica sobre el estudio de las fuentes de materias primas líticas, 2ª Reunión de treball sobre aprovisionament de recursos lítics a la Prehistoria (Preactas). Barcelona-Gavà.
- DAVIDSON, I. (1989): *La economía del final del Paleolítico en la España oriental*. Trabajos Varios del S.I.P. nº 89. Valencia.
- DUPRE, M. (1989): Informe polínico de la Cueva del Caballo. En M. Martínez (ed.). *El Magdaleniense superior en la costa de Murcia*. Editora Regional, pp. 177-178. Murcia.
- ESTEVEZ, J.; VILA, A. (1996): Etnoarqueología: El nombre de la cosa. Encuentros en los conchales fueginos. *Treballs d'Etnoarqueologia* nº 1. C.S.I.C., pp. 17-23. Barcelona.
- FERNANDEZ, J.C. (1986): Síntesis geológica del Sureste español. *Historia de Cartagena*. I. Ediciones Mediterráneo, pp. 47-112. Murcia.

- FLANNERY, K.V. (1969): Origins and ecological effects of early domestication in Iran and the Near East. *The domestication and exploitation of plants and animals*. (P.J. & G. Dimbleby, eds.) U.C.K.O., Aldine, pp. 73-100. Chicago.
- FORTEA, J. (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, nº 4. Salamanca.
- FORTEA, J. (1983): El Paleolítico y Epipaleolítico en la región central del Mediterráneo peninsular. Estado de la cuestión industrial. *Arqueología del País Valenciano: Panorama y perspectivas*, pp. 31-51. Alicante.
- FORTEA, J. et alii. (1983): Schéma paléoclimatique, faunique et chronostatigraphique des industries á bord abattu de la région méditerranéenne espagnole. *Rivista di Scienze Preistoriche*. XXXVIII. Fasc. 1-2, pp. 21-67. Siena.
- LULL, V. (1991): La prehistoria de la teoría arqueológica en el Estado español. En VILA, A. (Coord.) *Arqueología. Nuevas tendencias*. C.S.I.C., pp. 231-249. Madrid.
- MARTINEZ, M. (1989): *El Magdaleniense superior en la costa de Murcia*. Editora Regional. Murcia.
- MARTINEZ, M. (1992): Algunas consideraciones en torno a los modelos de asentamientos con relación al marco natural: El ejemplo de la unidad biogeográfica murciano-almeriense durante el final del Paleolítico. *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie I, nº 5, pp. 165-176. U.N.E.D. Madrid.
- MARTINEZ, M. (1997): El final del Paleolítico en las tierras bajas del Sureste español. *El mon mediterrani despres del Pleniglacial*, Col·loqui Banyoles, pp. 345-354. Girona.
- MONTIEL, J. (1987): Aproximación al medio bioclimático y los procesos morfológicos en Cabo Cope, Aguilas. *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*. Serv. Reg. Patrimonio. Comunidad Autónoma, pp. 21-23. Murcia.
- MORALES, A.; ROSELLÓ, E; HERNÁNDEZ, F. (1998): La transición Tardiglacial-Holoceno en la Cueva de Nerja: La validez de la evidencia faunística. *Las culturas del Pleistoceno superior en Andalucía*. Patronato de la Cueva de Nerja, pp. 349-358. Nerja.
- MUNUERA, M.; CARRION, J. (1992): Palinología de un depósito arqueológico en el sureste ibérico semiárido: Cueva del Algarrobo (Mazarrón, Murcia). *Cuaternario y Geomorfología*, pp. 107-118. Valencia.
- ORTIZ, R. (1986): Suelos. *Historia de Cartagena*. I. Ed. Mediterráneo, pp. 243-268. Murcia.
- PIE, J.; VILA, A. (1992): Relaciones entre objetivos y métodos en el estudio de la industria lítica. *Tecnología y Cadenas Operativas Líticas*. *Treballs d'Arqueologia* I. U.A.B., pp. 271-278. Barcelona.
- RAMOS, J. (1997): Disputados entre la Antropología y la Historia. Un acercamiento socioeconómico para el estudio de los cazadores-recolectores. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología*, pp. 7-32. Cádiz.
- RAMOS, J. (1998): Metodologías de estudio de las formaciones económicas y sociales de cazadores-recolectores en el Pleistoceno. *Panfletos y Materiales*. Nº Monográfico. Homenaje a Antonio Cabral, pp. 445-462. Trebujena.
- RAMOS, J. et alii. (1998): La Cueva de Ardales (Málaga). Enmarque histórico regional y aportaciones a la movilidad organizada de las comunidades de cazadores-recolectores especializados. *Las culturas del Pleistoceno superior en Andalucía*. Patronato de la Cueva de Nerja, pp. 197-216. Nerja.
- SANOJA, M.; VARGAS, I. (1979). *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Ed. Monte Avila. Caracas.
- TERRADAS, X. (1997): La gestión de los recursos minerales: ensayo de modelización teórico-metodológica para el estudio de la producción lítica en la Prehistoria. *2ª Reunió de treball sobre aprovisionament de recursos lítics a la Prehistoria* (Preactas). Barcelona-Gavà.
- VILLAVARDE, V. (1981): El Magdaleniense de la Cova de les Cendres (Teulada, Alicante) y su aportación al conocimiento del Magdaleniense mediterráneo peninsular. *Saguntum* 16, pp. 9-35. Valencia.
- VILLAVARDE, V. (1984): La industria magdaleniense del Abric de la Senda Vedada (Sumacarc, Valencia). Nuevas consideraciones sobre el Magdaleniense mediterráneo peninsular. *Saguntum* nº 18, pp. 29-47. Valencia.
- ZILHAO, J. (1997): The paleolithic settlement of Portuguese Extremadura after the last glacial maximum. *Le monde Méditerranéen après le Pleniglaciaire, (18.000-12.000 B.P.)*, pp. 233-242. Banyoles, 1995.

EL NEOLÍTICO EN MURCIA. CONTINUIDAD Y CAMBIO DURANTE EL CALCOLÍTICO

CONSUELO MARTÍNEZ SÁNCHEZ
MIGUEL SAN NICOLÁS DEL TORO
Dirección General de Cultura. CARM

El tema central de nuestro trabajo es el Neolítico y por ello queremos enfatizar, que tal y como nosotros lo entendemos, nos encontramos ante un proceso de gran envergadura, cuyos logros y repercusiones han tenido un significado histórico crucial en la vida de los grupos humanos. Con esto no queremos minimizar la importancia de momentos anteriores, es más creemos que el conocimiento y la experiencia adquirida sobre los ciclos biológicos de animales y plantas durante el Paleolítico fue el detonante para una nueva relación del hombre con la naturaleza. Esto supuso que durante el Neolítico se produjeran nuevas formas de vida y nuevas formas de organización social, cuyo desarrollo y maduración continuarán en el Calcolítico.

Por lo tanto, lo único que pretendemos es intentar valorar que, aunque el Neolítico y sus nuevas formas de vida suponen de forma general una ruptura con el pasado, no hubiera sido posible y no puede ser entendido sin conocer el Paleolítico, y que su maduración va más allá del Neolítico antiguo, medio y final.

La problemática de los conceptos de Neolítico final y Calcolítico, ya ha sido planteada por Muñoz Amilibia (1993) para la región de Murcia, tomando como base el registro arqueológico del Cabezo del Plomo. Según la autora, los cambios, si se pueden establecer como tales, deberían de quedar reflejados en los patrones de asentamiento, en los enterramientos y en la cultura material, al tiempo que supondrían cambios económicos y sociales en relación con etapas precedentes.

La explicación de este cambio ha sido abordada por diversos autores, enfatizándose determinados aspectos como la metalurgia, el cambio climático, el control de recursos, la intensificación de una nueva tecnología agrícola, la presión demográfica, etc. En la actualidad, se han planteado diferentes propuestas en las que el cambio cultural estaría directamente relacionado con la intensificación de la producción (Chapman, 1991; Gilman y Thornes, 1985; Hernando y Vicent, 1987; Mathers, 1984; Ramos, 1981).

El Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del C.S.I.C., desarrolló un Proyecto de investigación en la Comarca Noroeste de Murcia, coordinado por P. López, cuyo objetivo general histórico era la determinación o el estudio, a través de su proyección sobre el espacio regional, del desarrollo inicial de la desigualdad social en las comunidades prehistóricas de

nuestra región. Para ello, se compararon los patrones de asentamiento en el tercer y segundo milenio, siguiendo la metodología planteada por Gilman y Thornes, y basándose en las técnicas del Site Catchment Analysis. Los resultados indican una ruptura entre ambos patrones de asentamiento, que se interpreta en términos económicos-políticos. En los asentamientos del III milenio parece predominar la optimización del acceso a recursos que garanticen la perpetuación de ciclos económicos, mientras que en los asentamientos del II milenio lo que prima es la optimización del control territorial a costa de un aumento de los costes de consumo de subsistencias (Vicent García, 1991).

Nuestro punto de partida es el registro arqueológico de Murcia, por lo tanto somos consciente del carácter puramente regional de nuestra investigación y de las limitaciones que supone un análisis tan local. A pesar de esto, abordaremos ciertos rasgos del registro, como los patrones de asentamiento, zonas de poblamiento, la variedad del mismo y el uso diversificado del territorio, así como la documentación sobre fauna y flora para entender la formación de estrategias diversificadas de subsistencia. También se revisarán factores tecno-económicos, como la tecnología lítica con la secuencia de las industrias, y los materiales cerámicos. Finalmente, intentaremos aproximarnos a manifestaciones culturales concretas como los ritos funerarios y el arte rupestre.

Comenzaremos por valorar el sustrato de las comunidades cazadoras-recolectoras, cuyas actividades de subsistencia se mantienen durante el Neolítico, aunque ahora comienzan a desarrollarse actividades económicas de producción de alimentos que suponen el rasgo definitorio del Neolítico. También se observa, al menos, la pervivencia de tradiciones tecnológicas anteriores en la industria lítica neolítica, donde encontramos, además de laminas, laminitas y lascas laminares sin ningún tipo de retoque en la mayor parte de las ocasiones, otros elementos bastante más significativos como las laminitas de borde abatido, buriles, raspadores, muescas, denticulados, perforadores, truncaduras, geométricos, microburiles y puntas.

Los yacimientos correspondientes al Paleolítico superior final se localizan preferentemente en la costa y no presentan una continuidad cultural, pues acusan un vacío en lo que a las etapas siguientes se refiere, al menos para las fases más avanzadas del Epipaleolítico, si exceptuamos la fase final de la Cueva del Algarrobo (Martínez Andreu, 1989), y para las correspondientes al Neolítico antiguo. En el interior de la región los yacimientos registran mejor la ocupación Epipaleolítica y momentos al menos más antiguos que en la costa para el desarrollo del Neolítico.

En este sentido, la pervivencia en un hábitat concreto de una ocupación prolongada durante momentos culturales diferentes corresponde a abrigos situados en el interior, como el Barranco de los Grajos, la Cueva del Búho y los Abrigos del Pozo. En el litoral solo encontramos el yacimiento de la Cueva de los Mejillones. Quizás sea destacable que en todos ellos el momento anterior de ocupación al Neolítico corresponde al Magdaleniense final, a excepción de la cueva del Búho, donde existe una fase intermedia epipaleolítica.

Este cambio en cuanto a los patrones de asentamiento en los últimos momentos del Paleolítico superior, creemos que podría obedecer fundamentalmente a razones económicas. Quizás se establecían así las condiciones ambientales necesarias para el desarrollo de un proceso lento, donde las formas de subsistencia propias del Neolítico continuarían su desarrollo.

Nos centraremos ahora en el registro arqueológico de la región de Murcia desde el Neolítico hasta el Calcolítico. Aunque son más de un centenar los yacimientos que se adscriben al Calcolítico en nuestra región, consideraremos únicamente aquellos en los que se han realizado excavaciones arqueológicas y que además podrían llevarse hasta el Neolítico final, o bien se encuentran en ese momento impreciso que podríamos considerar Neolítico final-Calcolítico.

En los estudios sobre el Neolítico nos encontramos con que la mayor parte de la documentación de los yacimientos corresponden a indicios, siendo pocas las secuencias estratigráficas que aportan

evidencias de cierta entidad. Los trabajos en Hondo de Cagitan (Mula) (Muñoz Amilibia, 1983; Martínez Sánchez, 1995), Calblanque (Cartagena) (García del Toro, 1986b), Abrigo de la Rogativa (Moratalla) y Cueva C-6 (Águilas) (San Nicolás et al. 1987), consistieron en una serie de prospecciones, tras el descubrimiento de forma casual por labores agrícolas, hallazgos superficiales o investigaciones espeleológicas respectivamente. Por lo tanto, los criterios de caracterización cultural se fundamentan en los elementos de cultura material, principalmente en el estudio de una muestra muy escasa de elementos cerámicos que carecen de datos contextuales precisos.

Algo similar sucede con el conjunto de cuevas de Sierra de la Puerta (Cehegín) (Martínez Sánchez, 1988) y con el Peñón de Ricote (Ricote), aunque agravado por proceder los materiales de remociones incontroladas y por tener un carácter selectivo dada su procedencia.

Otro tipo de actuación es la realizada en la Cueva del Gato (Moratalla) (Cuadrado, 1946), Cueva de los Pájaros (Cartagena) (Martínez Andreu, 1986), Cueva de la Serreta (Cieza) (Martínez Sánchez, 1996), Abrigos del Pozo (Calasparra) (Martínez Sánchez, 1994) y Cueva del Calor (Cehegín) (Martínez Sánchez, 1991). En cada uno de estos yacimientos se ha desarrollado un proyecto de excavación, aunque ninguno de ellos ha tenido continuidad.

Por lo que respecta a la problemática del Neolítico final-Calcolítico, hemos de señalar especialmente los trabajos de investigación arqueológica en el Cabezo del Plomo (Mazarrón), realizados por la Dra. Ana M^a Muñoz Amilibia desde 1979 hasta 1985. Los resultados obtenidos han dado lugar a una amplia producción, presentada en diversos congresos nacionales e internacionales, y recogida en diversas publicaciones generales sobre el poblado, aspectos concretos del yacimiento, y en otras ocasiones contextualizado en obras de síntesis sobre el Calcolítico o el Neolítico final-Calcolítico en el Sudeste de la Península Ibérica (Muñoz Amilibia, 1982a y b; 1983; 1986a, b, c y d; 1987 y 1993).

En otros poblados también se han realizado intervenciones arqueológicas, aunque de diversa entidad, tal es el caso de Las Amoladeras (Cartagena) (García del Toro, 1987), El Prado (Jumilla) (Walker y Lillo, 1983), El Capitán (Lorca) (Gilman y San Nicolás, 1995) y Virgen de la Salud (Lorca) (Eiroa, 1987 y 1995).

De otros yacimientos como C/ Floridablanca (Lorca) (Martínez Rodríguez y Ponce García, 1998), Casa Noguera (Caravaca) (Brotons Yagüe, 1998; García Blánquez y Martínez Sánchez, 1998) o Los Molinos de Papel (Caravaca) (Pujante Martínez, 2001), solo se ha publicado, hasta el momento, un breve resumen con motivo de las Jornadas de Arqueología Regional que se realizan anualmente.

Para el estudio que nos ocupa partimos de ciertos rasgos del registro arqueológico de los yacimientos anteriormente señalados. En primer lugar abordaremos los patrones de asentamiento, atendiendo al tipo de emplazamiento de los poblados, a sus características estructurales domésticas de configuración, a su posible relación con necrópolis próximas, y por supuesto al territorio próximo del que dependen y sobre el que actúan, como un indicador importante a la hora de entender la visión secuencial específica de cada uno de los asentamientos y sus interrelaciones.

Al analizar los patrones de asentamiento, nos encontramos con que durante el Neolítico parece que se produce una ocupación más diversificada del territorio, en relación con etapas precedentes, ocupándose principalmente zonas del interior para los momentos más antiguos, pero también el litoral y otras zonas durante las fases avanzadas.

En relación con esto último, la formación de sociedades agrarias en un momento ya avanzado, propiciará el establecimiento de economías agrarias verdaderas con la ocupación de nuevas áreas del interior, como el valle del Guadalentín o el altiplano Jumilla-Yecla. Nuevos sectores en aquellas zonas en las que ya existía una ocupación neolítica más antigua, como es el caso del área noroccidental de la región. Y, por último, continuidad de poblamiento en momentos avanzados del Neolítico, como sucede en la fachada costera.

Probablemente, el acceso a nuevos territorios con mayores posibilidades económicas, propició el establecimiento de poblados de larga duración asociados a tradiciones funerarias con entidad propia, como es el caso de Virgen de la Salud, El Capitán, Cabezo del Plomo, Casa Noguera y Los Molinos de Papel.

Lo que sí parece generalizado es la situación de los hábitats junto a los cursos fluviales más importantes y junto a las ramblas. Ambos debieron de tener una gran importancia como vías de comunicación entre la costa y las zonas interiores de la región, debido a la agreste orografía que presentan las sierras regionales.

Durante el Neolítico final-Calcolítico, parece que los asentamientos responden a un único momento de ocupación, si exceptuamos C/ Floridablanca y Los Molinos de Papel. En el primer caso, se diferencian dos fases por la presencia de elementos asociados a la metalurgia del cobre en una de ellas (Martínez Rodríguez y Ponce García, 1998); en el caso de Los Molinos de Papel, por la presencia de dos enterramientos con ajuar calcolítico (Pujante Martínez, 2001). En el resto de los poblados analizados no se han documentado este tipo de evidencias relacionadas con actividades metalúrgicas.

En cuanto al tipo específico de hábitat, las comunidades neolíticas eligen tanto las cuevas como los abrigos y también, aunque en menor medida, el poblamiento al aire libre. Este último, se consolidará como exclusivo en momento muy avanzados del proceso, observándose ahora una diversificación de los poblados, puesto que ya no son exclusivamente en llano, sino que también se construyen en cerros amesetados.

Realmente nada se sabe de la configuración doméstica de los asentamientos de fases antiguas del Neolítico, siendo muy difícil precisar un carácter estacional o prolongado, como también lo es el determinar actividades concretas de ocupación, pues no se han documentado lugares de almacenamiento, estructuras, zonas de trabajo etc. En los asentamientos al aire libre se extrema la dificultad al no conocer la superficie concreta de los yacimientos.

Por el contrario, para los poblados que venimos denominando como pertenecientes al Neolítico final-Calcolítico se observa, además de la ya mencionada variedad tipológica en cuanto a su ubicación, en llano o en cerros, unas características arquitectónicas diversas, tanto en lo referente a estructuras domésticas como en ocasiones defensivas. En algunos casos, la existencia de necrópolis asociadas con características y rituales funerarios diversos, plantea una diversidad que debe de obedecer a aspectos culturales o cronológicos, cuestión esta de difícil precisión.

Tradicionalmente se definía el patrón de asentamiento calcolítico (Molina González, 1995) con dos tipos de poblados diferenciados. Por un lado los situados en las zonas medias y bajas de los valles de los ríos, sobre cerros amesetados, defendidos por una o varias líneas de muralla concéntricas, y con necrópolis concentradas a extramuros de sepulturas circulares. Por otro se desarrollarían poblados de menor envergadura, con necrópolis megalítica ortostática y de distribución dispersa.

Los asentamientos que responden a ubicaciones en zonas topográficas llanas son: Las Amoladera, El Prado, C/ Floridablanca, y Casa Noguera. Los poblados en cerros son el Cabezo del Plomo y Virgen de la Salud. El Capitán y Los Molinos de Papel tienen una localización intermedia entre ambos tipos de asentamiento, localizándose en terrazas sobre cursos fluviales.

Los yacimientos situados en llano presentan dificultades para su delimitación espacial, pero algunos parecen tener unas dimensiones considerables. Con los datos disponibles hasta el momento, parece que todos ellos presentan estructuras domésticas semejantes, formadas por fondos de cabaña, en ocasiones de planta oval y pequeñas dimensiones o bien de planta circular cuyo perímetro queda delimitado por agujeros de poste, con un hogar y un silo asociados. En algunos poblados son numerosas las estructuras subterráneas excavadas en la roca, identificadas generalmente como silos,

aunque desconocemos su función específica, con diferentes formas y dimensiones. También se han identificado posibles hornos cerámicos, hogares, suelos de barro endurecido, orificios para troncos de sustentación, numerosos fragmentos de barro endurecido con revoques, enlucidos, molduras e improntas vegetales (troncos, cañas y haces de fibras), y fosos cuya función defensiva o de resguardo para ganado esta aún por definir.

En Las Amoladeras encontramos estructuras domésticas formadas por fondos de cabaña, hornos cerámicos, concheros, hogares, silos y suelos de barro endurecido por el fuego. La ubicación de este poblado, con una superficie aproximada de 1,40 Ha. y un solo momento de ocupación, está directamente relacionada con los recursos malacológicos y pesqueros, así como por la proximidad de las salinas de Cabo de Palos, antigua zona lacustre-marjal de agua dulce, idónea para la caza, y por la existencia en el propio subsuelo del yacimiento de estratos impermeables con niveles de agua dulce (García del Toro, 1987).

En El Prado también se ha constado un único momento de ocupación prehistórica, con una superficie aproximada de 10 Ha. y una considerable potencia del registro arqueológico (unos 2 m). Únicamente se han documentado hasta el momento orificios para pies derechos, hogares, un pequeño depósito con nódulos de jumillita en su interior, y un foso cuya función como cantera de arcilla, zanja de drenaje o riego, o posible foso defensivo de un área de viviendas aún no constatada, está por definir (Walker y Lillo Carpio, 1983).

El asentamiento de C/ Floridablanca, situado en tierras próximas al cauce del Guadalentín, parece que presenta dos momentos de ocupación. El primero correspondería al Neolítico final, con dos silos colmatados por sedimentos, cenizas, carbones, piedras y material cerámico, lítico y óseo; y con cuatro estructuras, identificadas como fondos de cabaña, de planta posiblemente oval y reducidas dimensiones; así como un foso de defensa o resguardo para ganado. La ocupación calcolítica estaría representada por un gran hogar exterior y por materiales arqueológicos, entre los que destacan diversos elementos relacionados con la metalurgia del cobre (Martínez Rodríguez y Ponce García, 1998).

En Casa Noguera, las estructuras documentadas corresponden a una cabaña circular cuyo perímetro queda delimitado por agujeros de poste, con un hogar y un silo asociados (Brotóns Yagüe, 1998). En campañas posteriores de excavación, se pudo constatar que el registro arqueológico de la ocupación del poblado había sido prácticamente destruido por la ocupación romana, conservándose únicamente las estructuras excavadas en la roca, la mayor parte de ellas colmatadas por sedimentos y materiales de época romana, y otras con fragmentos de barro endurecido con revoques, enlucidos, molduras e improntas vegetales sobre barro (troncos, cañas y haces de fibras). Estas estructuras corresponden a un total de diecisiete, cuya función doméstica específica desconocemos, aunque algunos fueron reutilizados como enterramientos. Concretamente tres de ellos, uno con un enterramiento individual, otro con dos inhumados incompletos, y el tercero con un enterramiento múltiple formado por ocho individuos (García Blánquez y Martínez Sánchez, 1998).

En El Capitán, con una superficie aproximada de 0,75 Ha., los trabajos arqueológicos se han limitado a la limpieza de zonas alteradas por remociones clandestinas. Los resultados obtenidos hasta el momento parecen indicar la existencia de zonas de habitación con restos de construcciones endebles, aunque sólo se ha documentado un hoyo de poste en un suelo de tierra pisada y fragmentos de arcilla con improntas de caña (Gilman y San Nicolás, 1995). Pero el interés de este yacimiento no radica únicamente en su área doméstica, ya que con posterioridad a los trabajos señalados se localizó y estudió una necrópolis megalítica asociada al poblado y situada frente a este en el Cerro Negro (San Nicolás del Toro, 1991).

Los Molinos de Papel se encuentran sobre una terraza en la margen izquierda del río Argos y presenta una secuencia que abarcaría desde el Neolítico final-Eneolítico hasta el Calcolítico. El

poblado presenta numerosas estructuras excavadas en el terreno natural, como silos, fosas, cubetas y fondos de cabaña. Además de estas estructuras se documentaron dos enterramientos dobles con ajuar calcolítico, uno en el interior de un silo y otro en el interior del fondo de una cabaña (Pujante Martínez, 2001).

Los asentamientos situados en cerros presentan ahora construcciones en piedra, al menos para la cimentación de las mismas, que serían completadas con material lúneo, arcilla o barro. Se observan tramos de muralla con bastiones o bien muros de delimitación que parece proteger las zonas más accesibles al poblado; viviendas individualizadas de planta circular o de tendencia cuadrangular, en ocasiones con muros de enlace entre viviendas para delimitar espacios propios o actividades concretas dentro del poblado; así como agujeros de postes de sustentación, hogares y un único silo en uno de los asentamientos.

El conjunto de poblado y cuevas sepulcrales de La Salud esta localizado en una zona abrupta de montaña, con fuertes pendientes y de difícil acceso, pero con un buen dominio visual de una parte del valle del Guadalentín. La configuración domestica del poblado señala la presencia de restos de un muro de delimitación que parece proteger las zonas más accesibles al poblado; un tramo de muro derruido que supone la presencia de viviendas, con paredes de piedra de poco alzado completadas con material lúneo y arcilla o barro; además de postes de sustentación, hogares y un silo o depósito en el que se documentaron 19 piezas líticas pulimentadas, tres fuentes decoradas a la almagra, un lote de espátulas de hueso y cinco grandes recipientes de cerámica sin decorar (Eiroa García, 1987 y 1995).

El Cabezo del Plomo se ubica en una posición de escarpe rocoso que sugiere una justificación de naturaleza estratégica, con un fácil control visual de un territorio dependiente: tierras de cultivo, espacios de caza y recolección, salinas, recursos marinos y pastizales para el pastoreo, así como la presencia de una cueva en el interior del recinto del poblado. El asentamiento tiene una extensión de unos 0,32 Ha., advirtiéndose dos tramos de muralla con ocho bastiones en los flancos Oeste, Sur y Sureste que cierran las zonas más accesibles del poblado. En el interior del recinto se han excavado hasta el momento cuatro casas, aunque se observan restos de al menos otras siete unidades de habitación, en algunos casos con muros de enlace entre las casas, lo cual sugiere la necesidad de delimitar espacios propios de viviendas o actividades concretas dentro del poblado. Este asentamiento tiene una necrópolis asociada, de la que se ha excavado una sepultura, cuya tipología está relacionada con el tipo antiguo de Ründgraber almeriense (Muñoz Amilibia, 1993).

Por otra parte, en cuanto a los patrones de uso del territorio, parece que ya desde el Paleolítico superior final comienzan a formarse estrategias diversificadas de subsistencia que se mantienen durante los primeros momentos del Neolítico, antes de que se produzca la formación de sociedades agrarias con cierta entidad. La caza y presumiblemente la recolección de vegetales silvestres, así como la pesca y el marisqueo siguen siendo fundamentales para las primeras comunidades neolíticas, mientras que la ganadería y especialmente la agricultura no presenta el suficiente desarrollo como para pensar en sociedades plenamente agrícolas o ganaderas.

Evidentemente, la documentación que tenemos es muy parcial, pero hasta el momento solo en un yacimiento hay indicios indirectos de una posible agricultura, nos referimos al estudio palinológico de la Cueva del Calor (López García, 1991). Este estudio refleja la presencia de herbáceas, entre las que destacan las Compuestas, principalmente las ligulífloras con un 30%. A continuación las Gramíneas con un alto porcentaje de pólenes de cereal, mientras que la presencia de especies vinculadas a éstas como las Ranunculaceae, Polygonaceae, Cruciferae o Leguminoseas, indican que los cultivos tenían una cierta importancia. Este dato, junto con la presencia de un bosque abierto de tipo mediterráneo, parece manifestar una fuerte acción antrópica, con la implantación de cultivos. La escasa y difícil

valoración de los datos, nos impide conocer el grado de conocimiento y el nivel económico alcanzado por la comunidad neolítica que desarrolló su actividad en este yacimiento, ya que no pueden ser contrastados con el hallazgo de macro-restos vegetales.

Para momentos avanzados tampoco son muchas las evidencias directas de cultivo cerealista. Únicamente se han documentado evidencias en El Prado, con la presencia de *Triticum dicoccum* y de cf. *Polygonum aviculare* (Walker y Lillo Carpio, 1983). Así como en el Cabezo del Plomo, donde el análisis de las muestras obtenida por flotación señala la presencia de *Lens culinaris*, *Linum usitatissimum*, *Stipa tenacissima* y *Asphodelus fistulosus*. Aunque el registro arqueológico no ha proporcionado evidencias de cultivo cerealista, es interesante la presencia de un tipo de leguminosa y de plantas textiles (Muñoz Amilibia, 1993).

En cuanto a la ganadería, y aunque los datos tampoco son muy explícitos, parece que está más extendida, pero siempre acompañada por un alto porcentaje de fauna sin domesticar. Los datos sobre fauna son bastante imprecisos en general, ya que faltan datos sobre aspectos tan importantes como el número mínimo de individuos, sexo y edad de las especies cazadas, que partes despiezadas eran transportadas a los yacimientos y los porcentajes entre animales domésticos y salvajes.

Para momentos antiguos del Neolítico son pocos los datos que tenemos. En la Cueva del Calor encontramos *Bos taurus*, ovicaprinos que después del *Oryctolagus cuniculus* son los mejor representados, *Sus sp.*, *Cervus elaphus*, *Felis catus*, *Lepus granatensis*, *Eliomys quercinus*, *Apodemus sylvaticus*, *Microtus sp.*, *Pitymus sp.*, *Arvicola sp.*, *Bufo bufo*, roedores sin identificar, anuros y ofidio, posiblemente un colúbrido (Morales Muñiz, 1991). Otros estudios de fauna realizados en Cueva-Sima de la Serreta y en los Abrigos del Pozo (Mateo Saura, 1997), señalan la presencia de *Oryctolagus cuniculus*, *Sus scrofa*, cápridos y ungulados.

Los restos de fauna documentados para momentos situados en el Neolítico final-Calcolítico corresponden, en el caso del yacimiento del Prado, a caballo, posiblemente asno salvaje, ciervo, corzo, oveja, cabra hispánica, cerdo, jabalí, conejo y perro. También se ha documentado la existencia de ganado bovino y uro silvestre (Walker y Lillo Carpio, 1983).

En Casa Noguera hallamos numeroso restos de fauna, destacando la presencia de animales en uno de los enterramientos, donde la mayor parte de los huesos se encontraban en posición anatómica. Concretamente se han identificado dos esqueletos completos de cánidos, además de los cuartos traseros, extremidades y cráneos de otras especies como oveja, cabra y jabalí (Martínez Sánchez y García Blánquez, 1998).

Los restos faunísticos documentados en Virgen de la Salud corresponden a ovicápridos, conejo, cerdo y ciervo (Eiroa, 1987). Por otra parte, en el Cabezo del Plomo se han registrado ovicápridos, cerdo/jabalí, conejo, ciervo y aves, así como abundantes conchas de moluscos marinos (Muñoz Amilibia, 1993).

La ganadería debió de jugar un papel importante, dada la presencia de fauna doméstica en todos los yacimientos, pero también la caza, aunque desconozcamos el equilibrio existente entre ambas. En este sentido, parece interesante valorar los dos cánidos depositados como ofrenda en uno de los enterramientos de Casa Noguera, que podrían responder tanto a un desarrollo importante de la ganadería como de la caza.

En general, parece que la ubicación de los poblados responde a un control visual de un territorio dependiente, con tierras de cultivo próximas, pastizales para el pastoreo, espacios de caza y recolección, salinas, recursos marinos malacológicos y pesqueros. Posiblemente, la elección de los emplazamientos estaría orientada o condicionada por las posibilidades de explotación económica de áreas próximas.

Por otra parte, en cuanto a las necrópolis asociadas a algunos de los poblados mencionados, hemos de señalar que en un primer momento sorprende su diversidad, lo cual debe de obedecer a diferencias cronológicas o culturales, pero en cualquier caso a manifestaciones muy complejas de formas diferentes de concepción del mundo de los muertos y su implicación en el mundo de los vivos.

De entrada creemos que se pueden plantear varias cuestiones. Por un lado existen diferentes tipos de tumbas, puesto que nos encontramos con sepulturas megalíticas, cuevas sepulcrales y enterramientos en estructuras excavadas en el subsuelo. Esta variedad de tipos implica también cuestiones diversas, como la construcción específica de un lugar funerario, la utilización de un lugar preexistente o bien la reutilización de un lugar cuya función original a la hora de ser construido no tiene nada que ver con el mundo funerario. También se pueden plantear diferencias en cuanto a la inversión de esfuerzo, tiempo y mano de obra, así como en lo referente a la representatividad o visibilidad directa de los lugares funerarios y la importancia o no de esta cuestión dentro de una sociedad determinada.

En el ritual nos encontramos con tres diferencias básicas, por un lado la utilización de la cremación, fundamentalmente en los sepulcros megalíticos y en las cuevas, y de la inhumación realizada de forma exclusiva en las estructuras excavadas en el subsuelo. Una segunda diferencia sería la presencia de enterramientos múltiples o colectivos, o si se prefiere acumulativos o simultáneos, así como otros individuales y dobles. Una tercera, correspondería a la presencia de enterramientos primarios y otros secundarios. Las dos últimas cuestiones se plantean en los enterramientos en estructuras excavadas en el subsuelo.

Finalmente, y también dentro del ritual tendríamos que valorar la presencia de ajuar funerario o la ausencia del mismo, por lo menos en cuanto a objetos concretos como recipientes cerámicos, objetos de adorno personal, instrumentos líticos o posibles ídolos. En contraposición a estos elementos, encontramos ofrendas funerarias de animales, en ocasiones completos.

Las necrópolis megalíticas corresponden a poblados aparentemente diferentes, por lo menos en cuanto a su configuración estructural doméstica se refiere, como el Cabezo del Plomo y El Capitán. En el caso del primero, se trata de una sepultura cuya tipología está relacionada con el tipo antiguo de Ründgraber almeriense. Presenta una cámara rectangular sin corredor, construida con grandes ortostatos irregulares, y alrededor de ella tres nichos formados por el anillo interior del túmulo. Los restos humanos estaban muy fragmentados y quemados, en cuanto al material arqueológico, recuperado en una escombrera del expolio, destacan los geométricos, puntas de flecha, un cuchillo, una hoja foliácea, cuentas de collar de diversos tipos y dos vasitos semiesféricos (Muñoz Amilibia, 1986c y 1993).

En el Capitán se han documentado un total de once sepulturas, la mayor parte de ellas expoliadas, con cámara simple de tendencia circular definida por ortostatos irregulares y un túmulo formado por varios anillos pétreos concéntricos. Los escasos restos humanos documentados muestran, en algún caso, calcinación parcial, y como elementos de ajuar se encuentran cerámicas a la almagra, geométricos y cuentas de collar (San Nicolás del Toro, 1991).

Por el contrario, la necrópolis posiblemente asociada a Virgen de la Salud se caracteriza por cuevas sepulcrales. Durante las prospecciones arqueológicas realizadas (Cano Gomariz et al., 1997) se han documentados un total de nueve cavidades, todas ellas expoliadas, entre las que se incluyen las ya conocidas de Cueva Sagrada I, II y III. En estas últimas se han realizado excavaciones arqueológicas (Eiroa, 1987 y 1995).

Destaca Cueva Sagrada I (Ayala, 1987; Eiroa, 1995) por su contexto funerario. Según parece, el enterramiento estaba constituido por cinco cadáveres, con restos de cremación parcial, depositados en una estera de esparto. El ajuar estaba formado por dos túnicas de lino, un plato de madera, un

conjunto de punzones de hueso y otros de cobre, tres puntas de flecha foliáceas, un ídolo de madera, una bolsa de cuero y cuentas de collar. Posteriormente, durante la excavación arqueológica se documentaron cuentas de collar y restos de la estera de esparto, dejadas después del expolio (Eiroa, 1987, 1995). También resulta interesante Cueva Sagrada II, pero en este caso por la tipología de la cavidad, ya que se documentó una especie de corredor de acceso, formado por piedras hincadas, que recuerda en parte a los sepulcros megalíticos (Eiroa, 1995).

Recientemente se ha documentado una novedosa forma de enterramiento en Murcia, que se suma a las ya conocidas en cuevas/abrigos y a las de tipo megalítico. En Casa Noguera (García Blánquez y Martínez Sánchez, 1998) los enterramientos se realizaron dentro del recinto del poblado, en estructuras subterráneas, posiblemente algunas de ellas silos destinados a almacenar alimentos como función original, y en un momento dado reutilizados como lugar de enterramiento. De las diecisiete estructuras documentadas hasta el momento, sólo tres de ellas fueron destinadas a sepultura, aunque no podemos precisar en qué momento de ocupación doméstica de la zona. El caso es que nos encontramos con tres enterramientos totalmente diferentes: uno con un enterramiento individual, otro con dos inhumados incompletos, y el tercero con un enterramiento múltiple formado por ocho individuos.

El enterramiento individual presenta un elaborado ritual y nos parece importante valorar que la posición del inhumado, recuerda a la posición de las figuras en phi del arte rupestre esquemático. El individuo se encuentra en posición decúbito supino, el cráneo vuelto hacia el lado izquierdo y rodeado de algunas piedras pequeñas para evitar su desplazamiento. Los brazos presentan una disposición peculiar, con los codos separados del cuerpo y las manos junto a las caderas. En la mano izquierda lleva un hueso largo y en la derecha una escápula también de un animal. Las extremidades inferiores, completamente extendidas, presentan los pies cruzados, el derecho sobre el izquierdo y orientados hacia la izquierda. A la derecha de la inhumación se encontró el cráneo de un jabalí con la parte basal hacia arriba y, junto a él, un hueso largo con dos pezuñas de otro animal de pequeño porte.

El enterramiento está cubierto por un túmulo de piedras sobre el que hay otras ofrendas funerarias, constituidas por numerosos esqueletos de animal de distintas especies. La mayor parte de los huesos de animal se encontraban en posición anatómica, y corresponden a dos esqueletos completos probablemente de cánidos, colocados uno sobre el cráneo y el otro sobre el tórax del inhumado, además de los cuartos traseros, extremidades y cráneos de otras especies (oveja, cabra y jabalí).

La estructura con los dos inhumados incompletos, que responde a un enterramiento secundario, se encuentra seccionada en su parte occidental por otra de construcción posterior, que cortó la pared existente entre ambos y excavó parcialmente los sedimentos que rellenaban la del enterramiento. El individuo 1 está colocado en posición decúbito lateral derecho, con una postura muy replegada, como refleja la curvatura acentuada de la columna vertebral. El cráneo se encuentra colocado entre piedras y la mandíbula separada del mismo junto a la región occipital. Faltan ambas extremidades superiores, mientras que las inferiores están completas, salvo los pies, pero muestran una posición anómala, ya que los extremos distales de las tibias y los peronés están junto a la parte proximal del fémur.

El individuo 2 está situado junto al anterior, y únicamente se han identificado los huesos de las extremidades inferiores, sin los pies, y algunos fragmentos de costillas. Junto a los restos mencionados hay una bolsada areno-arcillosa de color rojo intenso, que han teñido parcialmente de este color algunos huesos. Ninguno de los dos enterramientos presenta ajuar u ofrendas funerarias.

El enterramiento múltiple se localizó en una estructura de reducidas dimensiones prácticamente cilíndrica, con un ligero ensanche en la zona media del cuerpo, base plana, un diámetro máximo de

1,50 m y una profundidad máxima de 1 m. En su interior se realizó un enterramiento complejo, constituido por la inhumación de ocho individuos, sin ningún tipo de ajuar asociado. Únicamente se pudo observar la presencia de parte de una extremidad de un animal, posiblemente colocada como ofrenda funeraria. Los individuos fueron colocados con sumo cuidado los unos sobre los otros, dadas las reducidas dimensiones de la estructura, todos ellos con las extremidades inferiores flexionadas y depositados decúbito supino, decúbito prono y decúbito lateral derecho o izquierdo. Los cráneos estaban colocados de lado, independientemente de la posición del cuerpo.

Nos encontramos ante un enterramiento tal vez colectivo, ya que creemos que los ocho individuos fueron depositados en un mismo momento o bien durante un corto espacio de tiempo, ya que todos ellos se encontraban en conexión anatómica y las únicas desconexiones, tres cráneos y algunas falanges, tal vez se deba a factores postdeposicionales. Creemos que se trata de un enterramiento de gran interés, puesto que nos encontramos ante un contexto funerario sin alterar en el que la información antropológica adquiere una gran relevancia. Esto se debe a la presencia de ocho individuos, pertenecientes a una misma comunidad, y posiblemente emparentados, de diferentes edades, aunque la mayor parte de ellos son jóvenes, incluso niños, y cuya muerte nos hace pensar en un origen común.

Los enterramientos de Casa Noguera plantean interesantes cuestiones y otras futuras, una vez que se trate pormenorizadamente el registro arqueológico, del que ahora se presenta este avance. Nos preguntamos por qué el ritual funerario incluye enterramientos individuales, dobles y múltiples; por qué la mayor parte de los inhumados están completos y otros en cambio no, con ausencia de partes muy significativas que deben de obedecer a algo más que a un enterramiento secundario; por qué se utilizaron algunas de estas estructuras como enterramiento, si realmente no fueron construidas para esta función, y si se realizaron todos los enterramientos dentro del poblado.

Somos conscientes de las dificultades que entraña este lugar, puesto que las zonas de habitación del contexto doméstico y el registro sedimentario de la mayoría de las estructuras excavadas en el suelo fueron destruidas por la instalación de una villa romana, por lo menos en la zona que nosotros hemos excavado. Por lo tanto, no tenemos unidades domésticas que se puedan asociar a los enterramientos, ni tampoco espacios intermedios que definan la estructura organizativa del asentamiento en cuanto a la distribución de viviendas, posibles silos y espacios funerarios. Esta carencia de información sobre la distribución de las diferentes unidades de habitación, supone graves limitaciones para intentar aproximarnos al modelo económico y a la concepción de las relaciones sociales establecidas por el grupo.

Ya dentro del registro material, analizaremos ahora la industria lítica como factor tecno-económico donde se pueden advertir rasgos de continuidad/discontinuidad. En este sentido, quizás sería de gran interés poder establecer cuales son las características esenciales o significativas de un momento industrial concreto y cuales son las puramente accidentales.

También sería interesante, poder precisar áreas de captación de la materia prima, si existe una selección de la de mejor calidad para la elaboración de utensilios concretos y si estos se utilizan para desarrollar actividades fundamentales dentro de una sociedad, mientras que en otras ocasiones tiene menos importancia esa selección. Con esto último entroncaría el análisis funcional para determinar la utilización real de los objetos y la vida media de los utensilios (Cava Almuzara, 1995).

La industria lítica neolítica es de carácter laminar, con laminas, laminitas y lascas laminares sin ningún tipo de retoque en la mayor parte de las ocasiones. También aparecen representados otros elementos como las laminitas de borde abatido, buriles, raspadores, muescas, denticulados, perforadores, truncaduras, geométricos, microburiles y puntas.

Estos elementos presentan una distribución diferenciada, en cuanto a tipos representados, en los distintos yacimientos. Los raspadores y denticulados están documentados en el Abrigo Grande II del Barranco de los Grajos y en la Cueva de los Pájaros, además de en la Cueva de la Serreta, aunque en esta última únicamente los raspadores, y en el Peñón de Ricote sólo los denticulados. Con respecto a los geométricos, los tipos mejor representados son los trapecios, ya que aparecen en la Cueva de los Tollos, Cueva del Gato y Peñón de Ricote. En los dos últimos asentamientos se documentaron junto a triángulos y segmentos respectivamente.

Las laminitas de borde abatido aparecen en un número menor de yacimientos, concretamente en el Abrigo Grande II del Barranco de los Grajos, mientras que en el Peñón de Ricote lo que tenemos son laminas de borde abatido. Los perforadores los encontramos únicamente en Cueva de los Pájaros y Cueva-Sima de la Serreta. Finalmente, las truncaduras, oblicuas y rectas, aparecen en Cueva del Calor y Peñón de Ricote respectivamente.

Los elementos que alcanzan una distribución menor son los buriles, ya que solamente se han localizado en la Cueva del Gato; los microburiles en el Peñón de Ricote y las muescas en la Cueva de los Pájaros.

En cuanto a las puntas de flecha, solo están representadas en el Peñón de Ricote, con retoque cubriente bifacial, y en la Cueva del Búho, también con retoque bifacial y pedúnculo apenas insinuado.

Por lo tanto, durante el Neolítico se mantiene todo el conjunto industrial de momentos precedentes, pero ninguno de los yacimientos presenta este conjunto industrial completo. Únicamente presentan un mayor número de tipos la cueva de los Pájaros junto con el Peñón de Ricote, con raspadores, muescas, denticulados y perforadores, mientras que en el segundo hay además de los dos últimos útiles, truncaduras, geométricos y microburiles. En el resto de los asentamientos, lo general es encontrar algunos de los tipos de forma aislada. Los elementos mejor distribuidos son los raspadores, denticulados y geométricos, con trapecios, triángulos y segmentos. Los perforadores y truncaduras alcanzan una menor representación, mientras que las laminitas de borde abatido, buriles, muescas y piezas de borde rebajado, presentan una distribución aún menor.

Para la evolución lítica durante el Calcolítico se han establecido tres caracteres básicos, tomando como base el registro arqueológico del valle del Ebro (Cava Almuzara, 1995). Por un lado el mantenimiento básico de un utillaje de sustrato, incluso paleolítico; por otro la aparición de utensilios novedosos, por lo menos con respecto a etapas anteriores inmediatas, como son los foliáceos; y finalmente, un cambio técnico reflejado en un proceso de desmicrolitización de las industrias.

La industria lítica tallada que corresponde al Neolítico final-Calcolítico parece bastante homogénea en cuanto a la tipología representada, notándose la pervivencia de tradiciones líticas anteriores. Se aprecia una gran importancia de la talla laminar, con predominio de láminas y laminitas retocadas, generalmente con retoques marginales abruptos o sin ellos, pero con señales de uso. También se documentan lascas y puntas de flecha romboidales o con pedúnculo y aletas, en algunos casos con retoque bifacial. En menor proporción, encontramos piezas geométricas, trapecios y triángulos, perforadores, raspadores simples, láminas de dorso rebajado, truncaduras, escotaduras y hojitas de hoz dentadas.

En Las Amoladeras, se han documentado láminas y laminitas con y sin retoque, lascas y puntas de flecha con retoque bifacial (García del Toro, 1987). En El Prado, la industria lítica está representada por numerosas lascas atípicas, puntas de flecha romboidales y con pedúnculo y aletas, raspadores simples, láminas de dorso rebajado, truncaduras, hojitas de hoz dentadas y perforadores (Walker y Lillo Carpio, 1983).

En C/ Floridablanca, los tipos representados para el Neolítico final corresponden a lascas y puntas de flecha romboidales y con aletas y pedúnculo, mientras que para la ocupación calcolítica del

asentamiento se distinguen puntas de flecha de base cóncava y geométricos (Martínez Rodríguez y Ponce García, 1998). En Casa Noguera, los instrumentos de producción realizados en sílex corresponden a una industria laminar, con láminas con señales de uso y otras con retoque abrupto, directo y marginal, así como algunos restos de talla (Martínez Sánchez y García Blánquez, 1998). En El Capitán, la industria tallada se caracteriza por lascas, láminas y pequeños núcleos (Gilman y San Nicolás, 1985).

En Virgen de la Salud se han documentado laminas y laminitas con retoques marginales profundos o abruptos, armaduras de flecha que presentan largos pedúnculos con retoque marginales profundos o abruptos, láminas trapecio y escotaduras. Otros elementos corresponden a puntas o armaduras para flechas elaboradas a partir de laminas, predominando las formas trapezoidales y distinguiéndose dos tipos. Uno correspondiente a fragmentos de lamina con fractura oblicua retocada, y otros a fragmentos de lamina con fractura oblicua retocada y base cóncava con retoque simple y profundo o abrupto, interpretadas como pervivencias de tradiciones tecnológicas muy antiguas. Durante la excavación se localizó una zona en torno a un yunque de piedra, con numerosas lascas, núcleos, hojas trabajadas y puntas, todo lo cual parece reflejar una actividad de taller de sílex (Eiroa, 1987 y 1995).

En el Cabezo del Plomo se han documentado puntas de flecha pedunculares y otras con pedúnculo y aletas poco desarrolladas, en algunos casos con retoque bifacial, pero en general muy marginal. También se han registrado piezas geométricas (trapecios y triángulos), láminas sin retocar pero con señales de uso y otras retocadas, laminitas, perforadores y lascas. Hemos de resaltar la presencia en el poblado de un taller de sílex, con núcleos, lascas y percutor en posición, así como la existencia de una industria abundante, aunque muy irregular en su talla, sobre cuarzo y cristal de roca (Muñoz Amilibia, 1993).

Por lo que respecta a los materiales cerámicos, hemos de señalar que normalmente han sido considerados como un elemento fundamental para establecer secuencias culturales, momentos de cambio o relaciones entre diferentes grupos. En este sentido, las decoraciones de las cerámicas neolíticas han sido un indicador muy valorado, en algunas ocasiones de forma aislada de su propio contexto cultural y como referente exclusivo de seriación cronológica.

El material cerámico neolítico de Murcia no ha podido aportar una secuencia bien definida, aunque este elemento está documentado con cierta entidad en todos los yacimientos, variando su representación en cuanto al volumen de muestra disponible y en cuanto a su significación cultural.

Generalmente aparece muy fragmentado, por lo que es difícil precisar cual es su tipología específica. Las formas suelen ser de tendencia globular, con cuellos estrechos y alargados o anchos y poco desarrollados, o bien sin cuello. Además encontramos vasos ovoides, cucharas, cuencos hemisféricos y otras vasijas con formas abiertas. Los elementos de prensión y suspensión son mayoritariamente asas anulares, de cinta, de apéndice, multiforadas, pitorro, lengüetas y algún mamelón difícil de catalogar como elemento de sujeción o decorativo.

Las pastas de las piezas, normalmente muy cuidadas en su elaboración, presentan superficies habitualmente bien alisadas y en ocasiones bruñidas o espatuladas, sobre las que se realizan diferentes tipos de ornamentación. La decoración cardial está muy poco documentada, únicamente aparece en el Abrigo Grande II del Barranco de los Grajos, Cueva de los Secos (Soler, 1988) y Abrigo de la Rogativa, y con una exigua representación, por lo que hemos de considerarlos como elementos aislados o poco generalizados aun dentro de su propio contexto.

Algo parecido sucede con las cerámicas decoradas a la almagra, presentes en el conjunto de Sierra de la Puerta, con fragmentos que además están ornamentados con impresiones. Otros tipos de decoración impresa, con diferentes instrumentos, con ungulaciones o digitaciones, los encontramos prácticamente en todos los yacimientos, aunque con diferente representación. No obstante, predomi-

nan casi de forma generalizada las cerámicas incisas en sus diversas variantes, seguidas de las ornamentadas con cordones lisos o decorados. Finalmente, las cerámicas sin decorar, presentes en todos los yacimientos, constituyen el total de este tipo de material en las cuevas C-6, Búho y Gato.

Por lo que respecta a los recipientes cerámicos documentados en momentos más avanzados, hemos de señalar que en Las Amoladeras se han documentado vasijas con perfiles en S, carenados y de tendencia hemisférica, así como recipientes con fondos planos, y mamelones como elementos de prensión y suspensión (García del Toro, 1987).

En El Prado destacan las cerámicas con improntas de cestería y los vasos de tamaño medio tipo olla o cuenco, con base plana o ligeramente hemisférica y paredes de tendencia cilíndrica, carenada o en S. La mayor parte de la cerámica es lisa, pero también se han documentado escasos fragmentos con decoración incisa y otros con restos de almagra. Los sistemas de prensión y suspensión se caracterizan por mamelones en ocasiones perforados, y asas (Walker y Lillo Carpio, 1983).

Los materiales cerámicos registrados en C/ Floridablanca están formados por vasijas de almacenamiento ovoides con cuello, cuencos y un pequeño recipiente globular con almagra en las superficies externa e interna, además de otros fragmentos cerámicos decorados a la almagra, recipientes con forma de botella y un recipiente con signos de haber contenido fuego (Martínez Rodríguez y Ponce García, 1998).

En Casa Noguera, la morfología de los recipientes señala la presencia de labios apuntados, redondeados o biselados que pueden corresponder a vasijas abiertas, y en ocasiones, a recipientes de perfiles rectos o entrantes de tendencia globular. Los sistemas de prensión o suspensión están representados por lengüetas y mamelones, en ocasiones, dispuestos en serie en la proximidad del borde de la vasija, así como por asitas anulares. Las vasijas presentan superficies lisas sin ningún tipo de decoración. Únicamente se han documentado algunos fragmentos decorados a la almagra en su superficie externa (García Blánquez y Martínez Sánchez, 1998).

Los tipos representados en El Capitán corresponden a cerámicas sin decorar, con superficies alisadas o bruñidas y cocción oxidante poco controlada. Los únicos elementos decorativos son unos singulares mamelones en forma de pecho y fragmentos cerámicos decorados a la almagra (Gilman y San Nicolás, 1995).

En el asentamiento de Virgen de la Salud, destacan tres fuentes decoradas a la almagra y cinco grandes recipientes de cerámica lisa, localizado todo ello en el interior de una silo. También se han documentado formas hemisféricas y de tendencia globular, otras con paredes y fondos rectilíneos, suspensiones de mamelones sencillos o perforados y asas cilíndricas horizontales o planas circulares. Aunque predominan las cerámicas sin decorar, también se han documentado otras con decoración plástica de tetones, digitaciones, ungulaciones y, en menor grado, incisiones con motivos geométricos (Eiroa, 1987 y 1995).

Finalmente, en el Cabezo del Plomo se han documentado platos con borde en bisel, cuencos con fondos convexos, vasijas con perfil en S y fondo plano, vasitos semiesféricos de pastas finas, un fragmento de cuchara y otros fragmentos con perfiles cóncavos, así como fragmentos de fondos planos. Entre los elementos de prensión y suspensión encontramos asas de tetón, en algún caso con perforación simple o doble, lengüetas y raramente asas anulares. Las cerámicas presentan mayoritariamente superficies toscas sin decorar, aunque en algunos casos se observan superficies interiores bruñidas y exteriores espatuladas. En la casa 4, la calidad de las pastas cerámicas y las formas podrían estar próximas a los materiales cerámicos propios de la «cultura de Almería» (Muñoz Amilibia, 1993).

En general, en los materiales cerámicos se observa un cambio importante entre los yacimientos pertenecientes a momentos neolíticos más antiguos y los que hemos venido identificando como pertenecientes al Neolítico final-Calcolítico. Algunas formas de los recipientes neolíticos más anti-

guos apenas están representados, como los de tendencia globular, con cuellos estrechos y alargados o anchos y poco desarrollados; otros tipos están escasamente representados, como los vasos ovoides y cucharas; mientras que se mantienen otros recipientes como los cuencos hemisféricos y otras vasijas con formas abiertas. En cambio se desarrollan tipos con perfiles en S, carenados, recipientes de tamaño medio tipo olla o cuenco, con base plana o ligeramente hemisférica y paredes de tendencia cilíndrica, y vasijas abiertas, platos o fuentes, con labios biselados.

Los elementos de prensión y suspensión, con una variada tipología durante los momentos más antiguos del Neolítico, asas anulares, de cinta, de apéndice, multiforadas, pitorro, lengüetas y algún mamelón; experimentan en fases más avanzadas una clara limitación de tipos, representados mayoritariamente por los mamelones perforados o no, que adquieren un mayor desarrollo, mientras que las lengüetas y asas anulares están escasamente representadas.

Pero evidentemente, el aspecto más relevante es la diferenciación entre las cerámicas decoradas y la que no lo están. Ambos tipos se dan en fases antiguas del Neolítico, pero los recipientes decorados con diferentes técnicas están estrechamente vinculados a las primeras etapas o fases intermedias del Neolítico.

Por el contrario, existe un predominio casi absoluto de las cerámicas lisas en momentos avanzados, con algunas excepciones. Este es el caso de las cerámicas decoradas a la almagra, pero mientras que en un primer momento aparecen con tonalidades oscuras y ornamentadas además con impresiones, sólo perviven las decoradas únicamente con almagra en momentos muy avanzados del Neolítico, en yacimientos como El Capitán, Virgen de la Salud, El Prado, C/ Floridablanca y Casa Noguera. Es decir, en la mayor parte de los yacimientos que hemos analizado. Otros tipos decorativos como las incisiones, sólo se han documentado, y muy escasamente, en El Prado y en Virgen de la Salud. En este último yacimiento también se han registrado escasos fragmentos con decoración plástica de tetones, digitaciones y ungulaciones.

Por otra parte, otra manifestación cultural vinculada al Neolítico sería el arte rupestre. Su distribución geográfica, en la zona noroccidental de la región, coincide con la dispersión de la mayor parte de los yacimientos neolíticos. En ocasiones incluso encontramos representaciones pictóricas, la mayor parte de ellas esquemáticas, en abrigos o cuevas donde se ha documentado una ocupación neolítica, como es el caso de Cueva-sima de la Serreta, Barranco de los Grajos y Abrigos del Pozo.

En Cueva-sima de la Serreta existen representaciones esquemáticas, aunque algunas podrían ser consideradas como semiesquemáticas, ya que el grado de esquematismo varía de unas figuras a otras. Entre las representaciones esquemáticas encontramos polilobulados, ancoriformes, y antropomorfos en «phi», además de cuadrúpedos. Las representaciones de estilo semiesquemáticos corresponden a dos arqueros y varios cuadrúpedos. Destaca una figura antropomorfa con cabeza ancoriforme y cuerpo del tipo «phi», con una serie de trazos cortos perpendiculares a toda la figura (García del Toro, 1988).

En el Barranco de los Grajos los dos abrigos que configuran el conjunto tienen representaciones de arte levantino y arte esquemático, concentrándose las primeras en el Abrigo I, con predominio de las figuras antropomorfas tanto masculinas como femeninas, además de los cérvidos y cápridos. En el Abrigo II, donde se localiza el asentamiento, únicamente existe una figura humana naturalista y otras figuras esquemáticas humanas en «phy», además de cuadrúpedos (Beltrán Martínez, 1969).

En los Abrigos del Pozo las figuraciones son esquemáticas en su totalidad, con motivos ancoriformes, representación antropomorfa tipo «salamandra», esquemas de brazos en asa, motivos puntiformes, cruciforme, serpentiformes, ramiforme y circuliformes, cuadrúpedos, trazos de disposición oblicua rematados en la parte superior por un trazo menor perpendicular y numerosos restos de pintura (San Nicolás del toro, 1985).

Estas manifestaciones pictóricas parietales, cuya intencionalidad específica realmente desconocemos, tanto si es religiosa, ritual, conmemorativa, narrativa, ideográfica o conceptual, si nos muestran una sociedad que utiliza como forma gráfica de expresión el arte esquemático, con un fuerte valor simbólico y de abstracción.

Por último, manejaremos las dataciones de C-14 disponibles hasta este momento en nuestra región. Las dataciones del Abrigo Grande II del Barranco de los Grajos 7200 ± 160 B.P. (HAR-179-III), 7950 ± 500 B.P. (AdTL-2001) y 5120 ± 620 B.P. (HAR-180), son las más antiguas para el Neolítico de Murcia, si exceptuamos la última que fue rechazada por insuficiencia de muestra (Walker, 1977). Este yacimiento junto con la Cueva de los Secos (Soler, 1988) y el Abrigo de la Rogativa, son los únicos donde se constata la cerámica cardial.

En el Abrigo de los Grajos se documentaron dos fragmentos de cerámica cardial, uno en superficie con cerámicas sin decorar y otro en el nivel I también con cerámicas lisas. Estos fragmentos cerámicos son los únicos rasgos neolíticos en este yacimiento, ya que la tipología lítica es la misma que en los niveles inferiores del Magdaleniense final, y la economía sigue siendo depredadora. En la cueva de los Secos, el hallazgo de un fragmento con decoración cardial se produjo en una exploración de superficie, junto con materiales de muy diversas épocas. En el Abrigo de la Rogativa, también se produjo un solo hallazgo en superficie, pero en esta ocasión con otros fragmentos cerámicos neolíticos de diferentes momentos, como cerámicas con incrustación de pasta roja, cordones lisos o decorados, peinadas y lisas.

La fecha de los Abrigos del Pozo 6260 ± 120 B.P. (I-1,783), en un contexto de materiales cerámicos con decoraciones impresas con instrumento, ungulaciones o incisiones, puede acercarnos a la mayor parte de los yacimientos neolíticos de la región, donde estas técnicas decorativas se unen a los cordones lisos o decorados y las cerámicas a la almagra con impresiones. Esta datación podría situarnos en un momento avanzado del Neolítico antiguo o ya en un Neolítico medio, con el que podrían asociarse, de momento, la mayor parte de los hallazgos de Murcia. Esta atribución cronológica y cultural es la propuesta para dos vasos de Lorca, sin procedencia precisa, depositados en el Museo de Prehistoria de Valencia (Martí Oliver, 1991).

Las siguientes fechas para este lento proceso parecen situarnos ya en un momento muy avanzado del mismo, puesto que la mayor parte de ellas corresponden al III milenio y muy pocas a la segunda mitad del IV milenio.

En el Cabezo del Plomo encontramos las fechas más antiguas 5170 ± 90 B.P. (SUA 1474) y 4930 ± 120 B.P. (SUA 1476) (Muñoz Amilibia, 1993). Una fecha semejante se obtuvo en El Capitán 4890 ± 130 B.P., mientras que la segunda 4140 ± 140 B.P. se desplaza a finales del III milenio (Gilman y San Nicolás, 1995). La datación de Las Amoladeras 4700 ± 70 B.P. (SUA 2065) (Walker, 1986), también podría señalar cierto sincronismo con los dos poblados anteriores.

La fecha de C/Floridablanca 4620 ± 35 B.P. (UtC-7938) (Martínez Rodríguez, 1999) nos marca una fecha de mediados del III milenio para un tipo de poblado con un registro arqueológico claro del Neolítico final (Martínez Rodríguez y Ponce García, e.p.), que según nuestro criterio presenta semejanzas notables con el yacimiento de Casa Noguera.

Fechas más tardías, que según los autores nos situarían ya en un momento de transición al Calcolítico, serían la de Virgen de la Salud, con un 4250 ± 110 B.P. (I-15610) (Eiroa, 1990); o bien ya en un Calcolítico antiguo, la serie de fechas del Prado 4030 ± 130 B.P. (HAR-146), 3950 ± 160 B.P. (Beta-7069), 4170 ± 50 B.P. (Beta-7070), 4180 ± 50 B.P. (Beta-7071), 4350 ± 50 B.P. (Beta-7072), 4230 ± 60 B.P. (Beta-7073), 4340 ± 60 B.P. (AA-4237) y 4220 ± 60 B.P. (AA-4238) (Walker y Cuenca Paya, 1977; Walker y Lillo Carpio, 1983; Cuenca y Walker, 1986 y Rivera y Walker, 1989).

Finalmente, queremos señalar que es evidente un vacío importante en la investigación de los primeros momentos del neolítico de Murcia. A pesar de esto, y con la fecha de Los Grajos, partiría-

mos de la segunda mitad del VI milenio con un neolítico donde la tipología lítica es la misma que en los niveles inferiores del Magdaleniense final, la economía sigue siendo depredadora y la novedad de los materiales cerámicos se limita a dos fragmentos de cerámica cardial asociados a otros sin decoración alguna. Los otros dos yacimientos con presencia igualmente de un único fragmento de cerámica cardial, la Cueva de los Secos y el Abrigo de la Rogativa, no presentan documentación contextual asociada, por lo que estos hallazgos son meramente testimoniales. Por lo tanto, considerando la fecha del Barranco de los Grajos como representativa del Neolítico más antiguo para Murcia, lo que aún queda por definir es el contexto cultural del mismo, ya que el registro arqueológico es muy poco significativo.

La fecha de los Abrigos del Pozo nos sitúa ya en la segunda mitad del V milenio. En este yacimiento seguimos sin tener documentación sobre actividades propias del Neolítico, como la agricultura, y los datos sobre fauna tampoco son significativos. El conjunto de materiales arqueológicos asociado al Neolítico de los Abrigos del Pozo, principalmente las cerámicas decoradas, parecen señalar notables semejanzas con la mayor parte de los yacimientos neolíticos de la región, que podrían encuadrarse dentro de un Neolítico antiguo final o ya dentro de un Neolítico medio. En este sentido, son destacables dos yacimientos, la cueva del Calor por la presencia de un testimonio indirecto de agricultura, polen de cereal, y por los animales domésticos; y Hondo de Cagitán, por tratarse de un asentamiento al aire libre. Aunque para este momento del Neolítico el conjunto de materiales arqueológicos está un poco más definido, realmente seguimos desconociendo el contexto cultural, económico y social que los produjeron.

Las siguientes fechas nos lleva ya a un momento muy avanzado que corresponderían en su totalidad al desarrollo del III milenio, a excepción de una de las fechas de Cabezo del Plomo que nos sitúa a finales IV milenio. En estos momentos, lo más destacable a nuestro juicio sería la consolidación de verdaderas economías agrarias, con asentamientos de larga duración; la ampliación del área geográfica de poblamiento, con la ocupación de nuevos territorios con mayores posibilidades económicas; un desarrollo importante de elementos tecno-económicos, que permitiría un uso diversificado del territorio; y, la presencia de tradiciones funerarias asociadas con entidad propia, cuya diversidad debe de obedecer a aspectos culturales o cronológicos que no podemos precisar.

No sorprende que desde la segunda mitad del VI milenio y hasta bien avanzado el III milenio se desarrolle un proceso histórico de larga duración, del que sabemos muy poco, pero que ha tenido un significado crucial en la vida de los grupos humanos. Es más, creemos que habría que partir de momentos anteriores al VI milenio, los que corresponden al Paleolítico superior final, para entender el inicio de este proceso y su lenta maduración que no acaba en el Neolítico final, pues continuará durante el Calcolítico.

Creemos que resulta muy difícil establecer unos criterios que permitan definir donde termina el Neolítico y donde comienza el Calcolítico. En este sentido, nos parece importante los planteamientos de Muñoz Amilibia al precisar la necesidad de una adscripción cronológica, de un contenido específico, de si se debe de considerar como una etapa de transición y de si nos encontramos ante una evolución o una transformación del Neolítico. Para la autora, el calcolítico supone una fase de maduración del Neolítico, que conducirá mediante un proceso diversificado según las diferentes áreas peninsulares, a la Edad del Bronce (Muñoz Amilibia, 1995).

En realidad, y a nuestro juicio, lo que nos parece más interesante al margen de la clasificación puntual de unos asentamientos como neolíticos y otros como calcolíticos, atendiendo fundamentalmente a cronologías y registros materiales, es poder llegar a comprender el sentido histórico general de los procesos de nuestra prehistoria reciente.

BIBLIOGRAFÍA

- AYALA JUAN, M. (1987): «Enterramientos calcolíticos de la Sierra de la Tercia. Lorca. Murcia. Estudio preliminar», *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 3, Murcia, pp. 9-24.
- BELTRAN MARTINEZ, A. (1969): *La Cueva de los Grajos y sus pinturas rupestres en Cieza (Murcia)*. Monografías Arqueológicas, VI, Zaragoza.
- BROTÓNS YAGUE, F. (1998): «El poblado calcolítico de la Casa Noguera de Archivel (Caravaca de la Cruz): excavación de urgencia de la cabaña nº 1», *IX Jornadas de Arqueología Regional*, Instituto de Patrimonio Histórico, Murcia del 5 al 8 de Mayo de 1998.
- CANO, M.; LOMBA, J.; MARTÍNEZ, A.; PONCE, J.; SÁNCHEZ, M. J. y SÁNCHEZ, J. (1997): «Prospección arqueológica Lébor-Tercia 91», *Memorias de Arqueología* 6, Instituto de Patrimonio Histórico, Murcia, pp. 659-675.
- CAVA ALMUZARA, A. (1995): Industria lítica, ponencia específica en El Calcolítico a debate, *Reunión de Calcolítico de la Península Ibérica*, Sevilla 1990, Junta de Andalucía, pp. 155-158.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Crítica, Barcelona.
- CUADRADO DIAZ, E. (1946): «La Cueva del Gato (Moratalla)», *Crónica del II C.A.S.E.* 4-7, Albacete, B.A.S.E., pp. 115-127.
- CUENCA PAYÁ, A. y WALKER, M.J. (1986): «Aspectos paleoclimáticos del Eneolítico alicantino», *El Eneolítico en el País Valenciano*, Instituto de estudios Juan Gil-Albert, pp. 43-50.
- EIROA GARCIA, J. (1987): «Noticia preliminar de la 1ª campaña de excavaciones en el Poblado de la Salud y en Cueva Sagrada I (Lorca), Murcia», *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 3, Murcia, pp. 53-76.
- EIROA GARCIA, J. (1990): «Datación absoluta del poblado eneolítico de La Salud y de Cueva Sagrada I (Lorca), Murcia», *Homenaje a Jerónimo Molina*, Murcia, pp. 39-50.
- EIROA GARCÍA, J. (1995): «Excavaciones arqueológicas en el poblado de La Virgen de la Salud y en Cueva Sagrada I (Lorca). Campañas de 1987 y 1988. Informe preceptivo», *Memorias de Arqueología*, Nº 3, Excavaciones y Prospecciones en la Región de Murcia, Consejería de Cultura y Educación, Murcia, pp. 53-62.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L. y MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1998): «Actuación arqueológica en Casa Noguera, Archivel (Caravaca de la Cruz)», *IX Jornadas de Arqueología Regional*, Instituto de Patrimonio Histórico, Murcia del 5 al 8 de Mayo de 1998.
- GARCIA DEL TORO, J. (1985): «La Cueva de los Mejillones: Nueva estación del Magdaleniense mediterráneo español con industria ósea», *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, pp. 13-22.
- GARCIA DEL TORO, J. (1986a): «Poblamientos prehistóricos de cazadores-pescadores», *Historia de Cartagena*, vol. II, Murcia, pp. 95-100.
- GARCIA DEL TORO, J. (1986b): «Los cazadores-pescadores postpaleolíticos, sus asentamientos hasta el Eneolítico final», *Historia de Cartagena*, vol. II, Murcia, pp. 163-174.
- GARCIA DEL TORO, J. (1987): «El hábitat Eneolítico de Las Amoladeras (La Manga) (campañas 1981-1984)», *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*, Servicio Regional de Patrimonio Histórico, Murcia, pp. 65-92.
- GARCIA DEL TORO, J. (1988): «Las pinturas rupestres de la cueva-sima de La Serreta (Cieza, Murcia). Estudio preliminar», *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 4. Universidad de Murcia, pp. 33-40.
- GILMAN, A. Y THORNES, J.B. (1985): «El uso del suelo en la prehistoria del sureste de España», *Serie Universitaria*, 227, Madrid, Fundación Juan March.
- GILMAN, A. y SAN NICOLAS, M. (1995): «El poblado calcolítico de El Capitán (Lorca)», *Memorias de Arqueología*, 3, Excavaciones y Prospecciones en la Región de Murcia. Consejería de Cultura y Educación, Murcia, pp. 45-52.
- HERNANDO GONZALO, A. y VICENT GARCÍA, J.M. (1987): «Una aproximación cuantitativa a problema de la intensificación económica en el Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica». En FERNÁNDEZ MIRAN-

- DA (Dirt.): *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*, Instituto Universitario José Ortega y Gasset, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 23-39.
- LOPEZ GARCIA, P. (1991): «La comarca noroeste de Murcia: estudios paleoambientales. La transformación del ecosistema: análisis paleobotánicos y paleontológicos. Estudios palinológicos», en *El Cambio Cultural del IV al II milenio a. C en la Comarca Noroeste de Murcia*, vol. I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. 213-237.
- MARTÍ OLIVER, B. (1991): «Materiales neolíticos procedentes de Lorca (Murcia) en el Museo de Prehistoria de Valencia», *Homenaje a Jerónimo Molina*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, pp. 23-30.
- MARTÍNEZ ANDREU, M. (1983): «Aproximación al estudio del Epipaleolítico en la Región de Murcia», XVI *Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia-Cartagena 1982, Zaragoza, pp. 39-52.
- MARTÍNEZ ANDREU, M. (1986): «El final del Paleolítico superior y el proceso de Neolitización», *Historia de Cartagena*, vol. II, Murcia, pp. 103-132.
- MARTÍNEZ ANDREU, M. (1989): *El Magdalenense Superior en la costa de Murcia*. Colección Documentos 2, Consejería de Cultura, Educación y Turismo, Murcia, 189 págs.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. y PONCE GARCÍA, J. (1998): «Excavaciones arqueológicas de urgencia en la C/ Floridablanca (Lorca): el asentamiento del Neolítico final», *IX Jornadas de Arqueología Regional*, Instituto de Patrimonio Histórico, Murcia del 5 al 8 de Mayo de 1998.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1999): «Desde nuestros lejanos antepasados hasta época romana», en J.F. Jiménez Alcázar (Coord.), *Lorca Histórica. Historia, Arte y Literatura*, Murcia, pp. 19-59.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. y SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (e.p.): «Necrópolis megalítica de El capitán (Lorca)», *IV Jornadas de Arqueología Regional*, Dirección General de Cultura, Murcia del 15 al 18 de Junio de 1993.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1988): «El Neolítico en Murcia», en *El Neolítico en España*, Pilar López (coordinadora), Ed. Cátedra, Madrid, pp. 167-194.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1991): «La ocupación neolítica en la Cueva del Calor (Cehegín, Murcia)», *Memorias de Arqueología 2*, Excavaciones y Prospecciones en la Región de Murcia, pp. 78-91.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1994): «Nueva datación de C-14 para el Neolítico de Murcia: Los Abrigos del Pozo (Calasparra)», *Trabajos de Prehistoria*, vol. 51, Núm. 1, Madrid, pp. 157-161.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1995): «Sondeos arqueológicos en Hondo del Cagitan (Mula, Murcia)», *Memorias de Arqueología 3*, Excavaciones y Prospecciones en la Región de Murcia, pp. 37-44.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1996): «Cueva Sima La Serreta (Cieza): un yacimiento neolítico en la vega alta del Segura», *Memorias de Arqueología 5*, Segundas Jornada de Arqueología Regional 1991, pp. 43-56.
- MATEO SAURA, M. A. (1997): «Estudio preliminar de los restos óseos de fauna de los Abrigos del Pozo (Calasparra, Murcia)», *Memorias de Arqueología 6*, Instituto de Patrimonio Histórico, Murcia, pp. 57-60.
- MATHERS, C. (1984): «Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in south-east Spain». En T. F. C. Blagg, R. F. J. Jones y S. J. Keay (Eds.): *Papers in Iberian Archaeology*, B.A.R. International Series 193 (1), pp. 13-44.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1995): Condicionantes de los patrones de asentamiento, ponencia general en El Calcolítico a debate, *Reunión de Calcolítico de la Península Ibérica*, Sevilla 1990, Junta de Andalucía, pp. 65-66.
- MORALES MUÑIZ, A. et al. (1991): «La comarca noroeste de Murcia: estudios paleoambientales. Las transformaciones del ecosistema: análisis paleobotánicos y paleontológicos, Una secuencia faunística en la comarca noroeste: la Cueva del calor», en *El Cambio Cultural del IV al II Milenios a.C. en la Comarca Noroeste de Murcia*, vol. I, Pilar López (editora), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. 247-272.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1983): «Problemas metodológicos del Neolítico en el sudeste de España», *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, Montpellier 1983.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1982a): «Poblado eneolítico del tipo «Los Millares» en Murcia, España», *Actas del X Congreso de la UICPP*, México, pp. 279-303.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1982b): «Poblado eneolítico del tipo «Los Millares» en Murcia», *Programa de Ponencias del XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia-Cartagena 1982), Murcia, pp. 71-75.

- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a (1983): «El Cabezo del Plomo de Mazarrón», en *Arqueología* 82, Madrid, Ministerio de Cultura, p. 98.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1986a): «El Eneolítico en el Sureste», *Historia de Cartagena*, tomo II, Murcia, Ediciones Mediterráneo, pp. 141-162.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1986b): «Las fortificaciones eneolíticas en la Península Ibérica. El Cabezo del Plomo de Mazarrón (Murcia)», *Temas de Historia Militar, Comunicaciones del I Congreso de Historia Militar*, tomo I. Zaragoza, pp. 53-62.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a (1986c): «Sepultura del Cabezo del Plomo (Mazarrón, Murcia)», *Anales de Prehistoria y Arqueología* de la Universidad de Murcia, vol. 2, Murcia, pp. 17-28.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a (1986d): «El Neolítico y los comienzos del cobre en el Sureste», *Homenaje a Luis Siret* (Cuevas de Almanzora, junio 1984), Madrid, pp. 152-156.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1987): «Resumen de los informes de excavaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento del poblado y necrópolis del Cabezo del Plomo (Mazarrón)», *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*, Servicio Regional de Patrimonio Histórico, Murcia, pp. 103-104.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1995): Diacronía cultura, ponencia general en El Calcolítico a debate, *Reunión de Calcolítico de la Península Ibérica*, Sevilla 1990, Junta de Andalucía, pp. 19-24.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M^a. (1993): «Neolítico final-Calcolítico en el sureste peninsular: El Cabezo del Plomo (Mazarrón-Murcia)», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie Y, Prehistoria y Arqueología*, t. 6, Revista de la Facultad de Geografía e Historia, Madrid, pp. 133-180.
- PUJANTE MARTÍNEZ, A. (2001): «El yacimiento de Los Molinos de Papel, Caravaca de la Cruz», *XII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*, del 22 al 25 de Mayo del 2001, Murcia.
- RAMOS MILLÁN, A. (1981): «Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 203-256.
- RIVERA NÚÑEZ, D. y WALKER, M.J. (1989): «A review of palaeobotanical findings of early vitis in the Mediterranean and the origins of cultivated grape-vines, with special reference to new pointers to prehistoric exploitation in the western Mediterranean», *Review of Palaeobotany and Palynology*, 61, pp. 205-237.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1985): «Las pinturas esquemáticas del Abrigo del Pozo (Calasparra, Murcia)», *Caesaraugusta*, 61-62, Zaragoza, pp. 95-118.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1991): «El megalitismo en Murcia. Una aproximación al tema», *Verdolay*, 6, Murcia. Págs. 39-52.
- SAN NICOLÁS DEL TORO et al., (1987): «Prospecciones arqueológicas en la Cueva C-6 de Cabo Cope (Águilas)», *Excavaciones y Prospecciones Arqueológicas*, Servicio Regional de Patrimonio Histórico, Murcia, pp. 10-25.
- SOLER GARCIA, J.M^a (1988): «La Cueva del Cabezo de los Secos (Yecla, Murcia)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, Homenaje a Domingo Fletcher, XVIII, S.I.P, Valencia, pp. 135-148.
- VICENT GARCIA, J. (1991): «Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueogeográfica», en *El Cambio Cultural del IV al II milenio a. C en la Comarca Noroeste de Murcia*, vol. I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. 31-117.
- WALKER, M.J. (1977): «The persistence of upper Palaeolithic tool-kits into the early south-east spanish Neolithic», *Australian Institute of Aboriginal Studies*, Canberra, pp. 354-379.
- WALKER, M.J. y CUENCA, A. (1977): «Nuevas fechas de C-14 para el sector de Alicante y Murcia», *II Reunión Nacional del Grupo Español de Trabajo del Cuaternario*, Jaca 1975, Madrid, pp. 309-317.
- WALKER, M.J. y LILLO CARPIO, P. (1983): «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico de El Prado, Jumilla (Murcia)», *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia-Cartagena 1982, Zaragoza, pp. 105-112.
- WALKER, M.J. (1986): «Society and habitat in Neolithic and Early Bronze Age S. E. Spain», en *The Neolithic of Europa, The World Archaeological Congress*, Southampton, Allen and Unwin.

POBLADOS DE LLANURA Y POBLADOS DE ALTURA DE LA EDAD DEL BRONCE EN MURCIA. LA CULTURA DE EL ARGAR

MARÍA MANUELA AYALA JUAN
Universidad de Murcia

Con este sucinto estudio quiero sumarme al homenaje que ofrecemos a nuestra maestra la Dra. Dña. Ana María Muñoz Amilibia. Nos ha demostrado su gran capacidad de trabajo y su lucha en pro de la arqueología murciana. La labor realizada por la Dra. Muñoz Amilibia en esta Región es patente y realmente digna de todo encomio. Gracias por todo lo que nos has dado y enseñado.

Hace aproximadamente 4000 años B.P. el paisaje murciano era bastante diferente, no en lo relativo al relieve puesto que se estructura prácticamente igual en una sucesión de sierras, valles, amplias depresiones, llanos sobreelevados, litoral etc., sino en lo referente a algunos de sus elementos climáticos y biota.

A partir de la documentación exhumada de restos antracológicos, restos de vegetales momificados o fosilizados semillas etc., nos han posibilitado el conocer que las temperaturas eran muy similares a las actuales, en cambio, las precipitaciones serían mucho más regulares y menos torrenciales duplicando a las actuales (300 mm. media anual).

Teniendo en cuenta que la vegetación era más continua y diversa que el boom de la desforestación no se había prácticamente iniciado y que los ríos y pequeños cursos de agua no estaban regulados, nos hace pensar que las llanuras tendrían sus fondos encharcados con carrizos, cañas, espadañas, salicarias etc., en la gran riqueza cinegética de sierras y laderas densamente pobladas con bosques y matorral de tipo mediterráneo, alternado con amplios llanos aluviales cultivables, con bosques de ribera en sus márgenes, aunque también debemos señalar que pequeñas pulsaciones climáticas con tendencia a la aridificación parece ser que se iniciaron hasta llegar a la situación actual de precipitaciones cada vez más intensas y de corta duración. Ello se ha podido constatar en las sucesivas riadas que asolaron la Región y sufrieron los asentamientos de llanura sitios en las márgenes de las ramblas del Moro García y de Algeciras citadas por Vita Finzi (Finzi, 1964, 1324) y en otros hechos documentados a través de las destrucciones de poblados de llanura como El Rincón de Almendricos y Los Cipreses de la Torrecilla ambos de Lorca.

En resumen, hay que pensar en un paisaje poco transformado, que ofrecía amplios corredores como vías de comunicación; asentamientos de llanura cultivable, protegidos del entorno boscoso y matorral donde abundaban numerosas especies de la fauna salvaje; vigiladas desde otros asentamientos

sitos en lo alto de las sierras de gran visibilidad, con una gran riqueza litológica (calizas, pizarras etc.) y mineral; y un litoral en proceso de regularización transgresivo. También hay que añadir que ciertos fenómenos naturales como terremotos tendrían lugar en algunas áreas (Lorca y valle del Segura) y una tendencia generalizada de mayor aridificación del medio. Nuestros hombres supieron convivir con él y adaptarse sin grandes cambios dentro de lo que hoy se entiende como verdadero «desarrollo sostenible».

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

El avance en el mayor conocimiento que se posee sobre la Cultura Argárica en la Región, desde que a fines del siglo pasado el ingeniero de caminos Rogelio de Inchaurrendieta realizara el primer trabajo arqueológico en La Bastida de Totana, es indiscutiblemente fruto de la investigación arqueológica de campo y a la dedicación que un gran número de investigadores preocupados por el conocimiento las gentes que la poblaron en estas fechas de la prehistoria reciente.

Inchaurrendieta excavó en dicho poblado durante el verano de 1869 y posteriormente en 1870 publicó «Estudios pre-históricos. La Edad del Bronce en la provincia de Murcia» en el *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid* donde comunica las primeras noticias sobre el poblado La Bastida de Totana que fue descubierto por un campesino. Los resultados de sus excavaciones los expuso en el Congreso Internacional de Antropología de Copenhague que no se llegaron a publicar las actas. Según Sáez Martín, los hermanos Siret conocieron esta noticia a través de la obra *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* de E. Cartailhac publicada en París en 1886. La obra de los hermanos Siret sigue siendo fundamental e imprescindible para los estudiosos de esta Cultura.

Desde estas tempranas fechas, muchos han sido los investigadores de nuestra Prehistoria que dedicaron a este período parte o todo su trabajo, entre ellos podemos citar a Pere Bosch-Gimpera, Luis Pericot, Joan Maluquer de Motes, Miquel Tarradell, Martín Almagro Basch, Antonio Arribas Palau, Cayetano de Mergelina, Gratiniano Nieto Gallo, Ignacio Ballester, Emeterio Cuadrado Díaz, Juan de la Cierva, Federico de Motos, Juan de la Mata Carriazo, Julio Furgús, Octavio Gil Farrés, Manuel Jorge Aragonese, Enrique A. Llobregat, Enrique Plá Ballester, Julio Martínez Santa-Olalla, Carlos F. Posac Mon, Vicente Ruiz Argilés, Juan Sánchez Jiménez, José María Soler García, Jaime Serra Vilaró, Luis Tormo Catalá, Juan Cabré, Juan Cuadrado Ruiz, Manuel González Simancas, Francisco Cánovas Cobeño, Francisco Escobar, Juan Mención Sastre, Jerónimo Molina; igualmente han seguido esta línea de investigación la inglesa Beatrice Blance y los alemanes Hermanfried Schubart y Willfried Schüle. En la actualidad son muchos los estudiosos de este período prehistórico que siguen los pasos de todos ellos y, consecuentemente es a través de sus investigaciones como se van desvelando los pormenores de las gentes que poblaron la Región hace cuatro mil años, avanzando por lo tanto en el conocimiento de su historia y vida que, es la nuestra.

POBLADOS DE ALTURA Y POBLADOS DE LLANURA

Las características geográficas de la Región han sido fundamentales en este período prehistórico, pues a la hora de establecer sus poblados, se observa una determinación debida a sus líneas estructurales que están condicionadas por las orogénesis herciniana y la alpina y por la tectónica de fractura neógena-cuaternaria (Navarro, 1980, 23-102). Parte de ella, concretamente la depresión prelitoral lorquina y el valle del Guadalentín, se encuentra ubicada en el área nuclear argárica, entre las cuencas del Almanzora y el Segura. Ahora bien, no todos los poblados correspondientes a la Edad del Bronce, poseen las mismas connotaciones culturales, ya que los situados en la comarca del

Altiplano, debido a su condicionante geográfico, en el extremo más septentrional de la Región, sobre relieves Prebéticos como asentamiento de El Arabilejo, al Norte del monte Arabí, El Cerro de Don Jerónimo al oriente del homónimo Monte Felipe, La Magdalena en estribación nororiental de la Sierra del su mismo nombre, La Chimenea en la Sierra del Cuchillo, El Castellar en la Sierra de las Pansas, El Portichuelo en la Sierra del Serral, El Cerro de la Campana al Norte de la Rambla de Jumilla, tienen unas connotaciones propias que son el resultado de esa interrelación tal y como hemos podido comprobar a través de las prospecciones arqueológicas sistemáticas realizadas en ellas.

Todos ellos tienen como principales vías las ramblas y cañadas como mejor medio para acceder hacia las zonas más remotas, abruptas e inaccesibles, como las ramblas de la Fuente del Pilar, Honda, del Agua Salada, del Arabí, de Jumilla, la Cingla, la Alquería, del Judío, del Agunzarejo o de la Raja, o las cañadas de El Pulpillo, de la Jimena y de la Albatana, todas ellas son las verdaderas comunicaciones entre estos territorios y los próximos colindantes pertenecientes al Bronce Castellano-Manchego, Valenciano y Argárico (Ayala, 1979, 393-425; Ayala *et al.*, 1987, 100-147; Hernández y Gil, 1999, 108).

Del mismo modo, existen diferencias notables entre los emplazamientos que se encuentran en el llano y los ubicados en cabezos. Los poblados de altura poseen el hábitat concentrado en la cima o en sus laderas, siempre situados en el tercio superior de los cabezos o cerros y en ocasiones, en el interior de un recinto amurallado. Algunos poseen varias terrazas escalonadas donde se adecuan perfectamente sus casas con calles que las comunican como se ha podido comprobar en El Cerro de las Viñas que tiene hasta cuatro consecutivas y una puerta de acceso controlada por dos torreones circulares afrontados para vigilar el acceso al poblado (Fig. 1), esta puerta es idéntica a la del poblado de Zapata (Lorca, Murcia) excavado por Siret que actualmente se encuentra destrozado por clandestinos.

Observamos que tanto los poblados de altura como los del llano, al igual que los períodos culturales precedentes, están ubicados siempre próximo a corrientes de agua, ramblas, ríos, fuentes o manantiales de los que se abastecerían para cubrir sus necesidades urbanas y agrícolas.

El hábitat sito en la llanura al estar situados en las márgenes de ramblas y ríos tienen una orientación sistemática a mediodía, carentes de líneas amuralladas que delimiten y protejan su espacio urbano, en caso de haberlas tenido, posiblemente muchas de ellas hubieran sido destruidas por las sucesivas riadas producidas por gotas de agua fría que asolaron desde antiguo a esta Región. Fue precisamente una riada lo que destruyó, arrasando el último hábitat de los poblados de llanura Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca) y El Rincón de Almendricos tal y como se ha podido constatar. Este último, al estar ubicado en la margen izquierda de la rambla del Moro García, cuando las lluvias torrenciales asolan estas latitudes de la comarca lorquina, propician su desbordamiento debido a su cuenca de carácter torrencial que en aquella época seguía la dirección de N 130-135 E al adaptarse a la falla de este tipo existente en la zona; con posterioridad desvió su curso desplazándose hacia el oriente, hacia el poblado y por este motivo, es por lo que la casa «X» actualmente se encuentra situada en la margen derecha y aislada del resto del asentamiento que quedó dividido por esta causa. Posiblemente con la sucesión de riadas se debieron destruir las casas que erigieron próximas a su lecho primitivo (Navarro *et al.*, 1998, 407). Hemos constatado hasta un total de tres las riadas acaecidas durante toda la larga vida de esta villa o poblado.

Desconocemos si la destrucción de los poblados de llanura de La Alcanara (La Escucha, Lorca), Cabezo Armao de Abajo (Almendricos, Lorca), La Casa Boquera (Marchena, Lorca), Los Derramadores y Finca Gabarrón (Las Aguaderas, Lorca), La Torre (Purias, Lorca), El Pino Real (Pozo Higuera, Lorca), El Llano de la Serrata (Barranco Hondo, Lorca), Velilla I (Cazalla, Lorca), Percheles (Mazarrón), La Balsa de Coy (Ayala, 1977-78, 3-10; 1991, 48 y 259), Pulpí III (Almería) (Ayala, 2000, 7) y la Mina Diana (Cuevas de Almanzora, Almería) (Brandherm, 2000, 169), fue similar a los dos precedentes.

Desde que comenzamos los trabajos de campo en 1977 hemos sido testigos presenciales del cambio físico que está sufriendo el paisaje en general y la rambla en particular, ya que, tras conformar un meandro, que no existía cuando se iniciaron los trabajos arqueológicos, es tal cantidad de bloques pétreos que recibe que se van acumulando en él cada vez que se producen estas lluvias que ya prácticamente no existe como tal meandro y todos estos aportes hacen de dique obligando lentamente a que su curso retorne al antiguo cauce. Un hecho similar sucede en el poblado de Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca), donde también hemos constatado hasta tres las riadas acaecidas en vida del poblado; ambas encuentran en fase de estudio por los Departamentos de Geología y Geografía de la Universidad de Murcia, concretamente por Martínez Sánchez, Pérez Sirvent, Navarro Hervás y Tudela Serrano.

En este tipo de hábitat se practicó una agricultura de regadío, como hemos documentado a través de las estructuras que nos ratifican esta afirmación, un pozo y una canalización en poblado El Rincón de Almendricos, además de los restos carbonizados de las leguminosas obtenidas en los trabajos de campo, es por lo que presumimos hubiera existido un tipo cultivo de huerta con riego permanente que se abastecería de la fuente situada al Oeste del poblado y discurriría a través de la acequia descubierta al Sur de las casas «B», «Y» y «Z» del poblado hasta el pozo sito al Sureste de estas dos últimas, continuando su trazado hasta la zona llana de cultivo comunal sita en la zona más oriental del poblado. También se documentó otra acequia con una mayor complejidad constructiva en el poblado de altura La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras, pues al labrar el campo hallaron, in situ, tres lajas de pizarra verticales que cerraban el paso del agua a las acequias donde estaban colocadas y desviarla tan sólo al campo de cultivo que lo necesitara; estas losas procedían del Collado Aullón de la Sierra de Enmedio de Lorca (Ayala, 1991, 263). El regadío no es originario de esta cultura ya que existen acequias en el poblado de La Virgen de Orce y de Millares de Santa Fé de Mondújar, Almería (Schüle, 1967, 113-121; Molina) del período cultural precedente.

LOS ELEMENTOS DE CONSTRUCCIÓN Y EL URBANISMO

Hasta el momento tan sólo son los poblados de altura los que están protegidos por lienzos murarios que, en ocasiones, llegan a tener hasta un metro de anchura como ocurre en el lienzo noroccidental del poblado La Roca excavado por los Siret en Mazarrón o El Castellón de Lorca; los bastiones y torres también se constatan, aunque si bien es cierto, estas construcciones no son tan abundantes en la Región como en la vecina del País Valencià o en la comarca norteña murciana del Altiplano, donde la situación varía totalmente, pues sus poblados están fuertemente fortificados con grandes bloques pétreos y torres como en El Arabilejo, La Magdalena, El Castellar etc., en el área argárica murciana el porcentaje es inferior al cinco por ciento. Los poblados amurallados, con torres y bastiones y ubicados en cerros casi inexpugnables como El Oficio (Siret, 1890, 231) son los tradicionalmente conocidos como poblados argáricos.

Estas gentes elegían los cerros desde los que se podía ejercer un control y dominio del territorio, de caminos, minas o de rutas comerciales y se asentaban preferentemente en las laderas que estaban orientadas a levante y mediodía como podemos comprobar en La Roca de Mazarrón, en Zúlú El Chico de Abanilla o en El Cabezo del Ciervo de Archena etc., aunque no era óbice para asentarse en los que se orientaban al norte como sucede con El Cerro de las Viñas o El Castellar de Zarcilla de Ramos, ambos de Lorca.

En ocasiones, cuando la superficie del cerro escogido para el hábitat no era suficiente y necesitaban ampliar la superficie edificable de sus laderas, lo hacían mediante la construcción de sucesivas terrazas artificiales que se asentaban sobre los lienzos pétreos, erigidas con piedras de mediano y

gran tamaño para de este modo acoger y dispersar diversificar las fuerzas procedentes de los empujes de los alzados de las casas; esta modificación artificial del cerro, actualmente al encontrarse semidestruidos es muy fácil de confundir y pensar que son murallas en lugar de terrazas de hábitat, esto se ha podido comprobar en el Castellón de Lorca, La Roca, El Cabezo de las Piedras y El Cerro de las Viñas donde construyeron una serie de contrafuertes pétreos equidistantes para absorber y dispersar las líneas de fuerza y los empujes de la casas (Ayala, 1991, 177 y 255).

En este tipo de poblados es donde generalmente hemos comprobado que hay una mayor densidad demográfica, por lo que todas las actividades realizadas por el hombre se han documentado en ellos, el laboreo de metal, la industria lítica, ósea, pétreo, cerámica, cantería, el pastoreo, la agricultura, como sucede en El Cerro de las Viñas de Coy (Lorca), La Hoya del Conde San Julián y El Cabezo Gordo de Totana, aunque en algunos de menor tamaño, tan sólo se han podido localizar indicios de una o varias actividades como sucede en El Cabezo de la Mina de Santomera donde se practicaba la extracción del cobre o en La Serrata donde se constató un alfar o en La Loma del Tío Ginés dedicado posiblemente a una agricultura intensiva dado al número de *Vicia* documentada en el poblado y a la documentación in situ de sus acequias de regadío permanente (Martínez, 1999, 162; Ayala, 1991). Próximos a los grandes poblados existen otros de menor entidad con los que posiblemente tendrían alguna interrelación económica o dependencia.

En todos ellos, se observa un trazado general muy bien delimitado con varias calles longitudinales y transversales con casas construidas a ambos lados, existiendo una perfecta adecuación a cualquier irregularidad que el terreno les pudiera ofrecer manteniendo el esquema general del poblado como si hubiese sido planificado previamente. Es el prototipo de urbanismo concentrado precursor de la Cultura Ibérica, donde se documentan los barrios distribuidos por actividades, como hemos podido comprobar que los talladores de la industria ósea y lítica se encuentran situados en las casas altas del poblado El Cerro de las Viñas, aunque no descartamos que esta distribución urbanística también se pudiera efectuar dependiendo de las clases sociales, ya que en algunos de ellos se localizó en la cima un enterramiento en cista de gran magnitud que albergaba los restos óseos de una o dos personas como en los poblados de El Cabezo Gordo de Totana y en Cobatillas la Vieja de Santomera, similares al excavado por Siret en Fuente Álamo; estos finados quizás fueran de tal prestigio y poder dentro de la comunidad que, aún después de fallecidos, quisieran seguir controlando o dominando a su pueblo, o simplemente perviviera de la costumbre ancestral de sus antepasados calcolíticos que ubicaban determinados enterramientos megalíticos en lo alto de cerros desde los que protegían o controlaban a sus pueblos como en El Capitán de Lorca o El poblado de Alejandro sito en el río Vélez (San Nicolás 1994, 39-52) o Murviedro (Idáñez, 1985).

Algunos poseen rampas o pasillos de acceso perfectamente controlados desde la altura por torres de planta rectangular o cuadrada, que ya fueron constatadas por Cuadrado Ruiz que las denominó torres de señales. Estas torres las hemos documentado tanto en interior del recinto amurallado como en el exterior; las primeras son las más habituales y están adosadas en los ángulos o equidistantes a lo largo del lienzo murario, como se han documentado en El Cerro de las Viñas, El Cabezo de las Piedras, El Cerro del Moro o La Finca de Félix de Lorca, en El Cabezo Gordo o de La Cruz de Totana, El Piscalejo, El Pasico Ucenda, etc. Exentas y en el interior del poblado, tan sólo se han constatado en El Castellar de Zarcilla de Ramos y en La Bastida de la Murta (Murcia) y exentas en el exterior del poblado tan sólo en Las Peñas de Béjar de Lorca. Desde ellas se controla y domina toda red viaria, el acceso al poblado e incluso se avistan los poblados que están más próximos y son de menor altitud, por lo que carecen del radio de acción visual que estos tienen, por lo que es posible dependan de ellos en este o en cualquier otro sentido, existiendo una relación de dependencia de unos poblados respecto a otros (Ayala Juan, 1991).



Figura 1. Vertiente Norte de El Cerro de las Viñas, (Coy, Lorca). Lienzos murarios superior e inferior los que se pueden apreciar así como el acceso al poblado, similar al de Zapata, donde se halla la persona del horizonte izquierdo.

Escalones, aislados o consecutivos, para acceder al poblado o a distintas dependencias como en El Cabezo de las Piedras de Lorca donde se han localizado cinco escalones consecutivos tallados en la roca para acceder desde el interior del poblado a una plataforma pétrea plana, ubicada en el exterior del recinto amurallado sito en una zona inferior e invisible desde el camino, por lo que era imprescindible para poder controlar fácilmente la red viaria que discurría por el paso de montañas desde el litoral a la depresión prelitoral lorquina y al Valle del Guadalentín, y consecuentemente, a los poblados El Rincón de Almendricos, Casas Blancas, El Cabezo Armao de Arriba, La Cañada del Alba, La Ciudad de Lorca, El Cabezo Gordo de Totana, etc. Los peldaños intermitentes y tallados e incluso combinados con rampas lisas y ascendentes para acceder al poblado por una vereda se han hallado en La Almoloya de Pliego-Mula y en Ifre de Mazarrón, donde el pasadizo es muy angosto y sus peldaños facilitan el acceso a la cumbre donde se situó el hábitat.

En algunos de estos poblados de altura, existen unas estructuras de gran diámetro que posiblemente desempeñaran la función de rediles o apriscos contruidos con grandes bloques pétreos de forma más o menos regular, han sido localizados en El Cerro de las Viñas de Coy, Zapata y La Finca de Félix, de Lorca, en Ifre de Mazarrón, en La Almoloya de Pliego-Mula y en La Bastida de Totana.

Aljibes o balsas para almacenar el agua procedente de la lluvia también se han localizado en estos poblados de variadas formas como circulares u oblongas, aunque de menor tamaño que la hallada en Fuente Álamo, hasta ahora las documentadas en la Región fueron talladas en la roca como sucede en



Figura 2. Galería de El Cabezo del Ciervo (Archena).

El Selvarejo de Lorca que es la menor de todas ellas, la de Las Maridíaz de Cieza es de gran profundidad y similar a la hallada en las excavaciones dirigidas por Nieto y Meseguer en El Cerro de la Campana de Yecla, o la construida en la roca diaclasa del poblado de El Cerro de las Viñas de Coy, ubicada en la cima del cerro y aunque tiene menor profundidad que las anteriores es de mayores dimensiones y posiblemente tuviese un alzado de mampostería similar a la excavada por Schubart y Arteaga en Fuente Álamo.

Brocales de pozos o galerías para acceder al agua de las ramblas como la hallada por Siret en el poblado almeriense de Gatas (Siret, 1890, 213, lám. XXIV; Castro *et al.*, 1999, 14) también se han localizado en esta Región como la galería del poblado de La Bastida de Totaña, situada en la zona occidental y en la margen izquierda de la rambla de Lébor o la del poblado El Cabezo del Ciervo de Archena que está a menor altitud del Segura que la de La Bastida sobre la rambla de Lébor y dista unos treinta y cinco metros del río escasamente y a unos veinte metros del man-

nantial de las aguas termales que actualmente son explotadas por el Balneario de Archena (Fig. 2), por lo que posiblemente ya fueran sus aguas utilizadas por las gentes que habitaron en este asentamiento descubierto por San Valero y Fletcher durante la primera campaña de excavaciones en El Tío Pío (San Valero y Fletcher, 1947, 250-253; Medina, 1990, 27-30).

El hábitat de la llanura nos ofrece todas las características de un hábitat rural, con casas aisladas y cercadas con empalizadas en las que se conjugaron las cañas, varas y tablones, conformando genéricamente viviendas unifamiliares, independientes y distribuidas en el espacio óptimo escogido para la instalación del poblado o villa. Tan sólo hemos localizado a dos de ellas unidas por un tabique medianero como sucede en las «Y» y «Z» de El Rincón de Almendricos (Fig. 3). Las casas



Figura 3. Casas «Y» y «Z» del poblado de llanura El Rincón de Almendricos en la que se pueden apreciar los vasares y muros transversales.

excavadas hasta el momento en este poblado tienen una clara orientación Norte-Sur al igual que las de Los Cipreses (La Torrecilla), ambos de Lorca, aunque también existen las excepciones Este-Oeste como las «A» y «B» de El Rincón de Almendricos y las del poblado Pulpí III de Almería (Ayala, 2000, 15-26), en cambio las de la aldea de altura La Loma del Tío Ginés, nos ofrecen sus estructuras habitacionales aisladas una orientación distinta, Noroeste-Sureste (Martínez, 1999, 168).

En este tipo de poblamiento, los muros transversales que dividían a los departamentos en dos o más habitaciones estaban contruidos mediante un pequeño muro pétreo de un metro de altura, sobre el que erigían un alzado de tapial, tal y como se constató en la casa «Z» de El Rincón de Almendricos (Fig. 3), que por este motivo, se hallaron todas las vasijas de la cocina intactas tras el desplome íntegro del alzado de tapial del muro transversal, sobre ellas y sellándolas, a consecuencia del empuje que llevaban las aguas torrenciales de la riada que destruyeron el poblado.

Las moradas de las gentes que vivían en poblados de altura nos ofrecen una gama variada en cuanto a las plantas y los alzados de sus paredes que normalmente son comunes a dos compartimentos para obtener un mayor aprovechamiento del espacio urbanístico.

El sistema constructivo de los muros exteriores de las casas es distinto en el poblado de altura y en el de llanura, la diferencia fundamental documentada estriba en que en los primeros, existe un zócalo de piedras de tamaño regular en el subsuelo de las casas, erigido entre el derrumbe de las construcciones anteriores o directamente sobre la roca. En de los de llanura, son pétreos hasta el mismo tejado, tal y como nos lo indica su derrumbe que abarcaba todo su interior. Estaban contruidos con piedras aplanadas y rectangulares, que suelen ser de gran tamaño en las dos primeras hiladas y es a

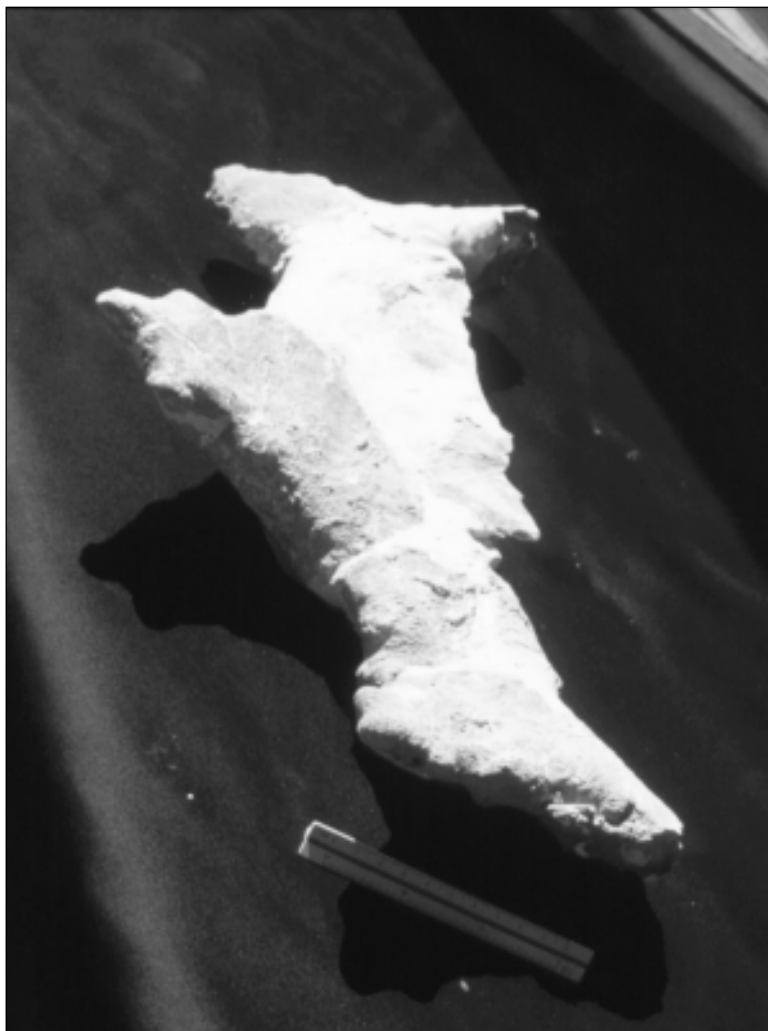


Figura 4. Elemento decorativo del remate del tejado de la casa «B» de El Rincón de Almendricos (Lorca, Murcia).

un agujero de poste en el extremo meridional de la estancia Oeste y la «Y» en el interior de la habitación central, concretamente en el ángulo Sureste; en cambio las «B» y «Z» carecen de ellos al igual que las cuatro de Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca) y las dos del poblado de altura La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras (Fig. 9).

El suelo que suele ser generalmente de tierra batida, de un color rojizo, gris o amarillo y de escasa potencia, unos cinco centímetros, la tierra que lo conforma fue colocada directamente sobre la roca, sobre el nivel de destrucción anterior o sobre el nivel de base de gravas del conglomerado de rambla como en las casas «Z» y «X» de El Rincón de Almendricos, en Los Cipreses (La Torrecilla) y La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras, el nivel interior del suelo fue excavado y rebajado con relación al del exterior, por lo que a simple vista, dan la sensación de tener los muros colgados (Fig. 9), este hecho ya se constata en el Calcolítico (Muñoz, 1999, 9).

En ocasiones, nos encontramos con un desnivel muy acusado entre sus dos compartimentos, como sucede en la casa «X» de El Rincón de Almendricos, en donde la habitación de cabecera tiene

partir de la tercera, cuando ya son de menor tamaño y semejantes al resto de los alzados de los muros interiores (Fig. 3). En la casa doble «Y»-«Z» de El Rincón de Almendricos, este hecho es más patente pues era mayor la necesidad de reforzar las paredes exteriores por estar sometidas a las cargas del tejado que, en este caso, fue construido a dos vertientes. En algunas dependencias se observa un refuerzo añadido para sostener el peso de la techumbre, son postes de madera que, en ocasiones, se incluyen en el interior de sus muros como en la «X» de este poblado, que los tiene equidistantes en el interior de todo el muro perimetral exterior, similar tipo constructivo lo halló Martínez Rodríguez en la Calle Zapatería de La Ciudad de Lorca (Ayala, 1991, 270); se localizaron dobles y pareados en la zona de la alacena y en el vano de acceso a la misma para reforzarla (Fig. 8). También se documentan en el interior de la casa como sucede en las «A» e «Y» del mismo poblado, la casa «A» posee



Figura 5. Alhacena de la casa trapezo-absidal «X» de El Rincón de Almendricos.

su suelo mas alto que la otra habitación oriental sobre todo en la zona adyacente al banco de cocina, tal y como sucede en la casa «Z». Esta técnica constructiva de socavar los suelos de los poblados del llano únicamente se había localizado en El Rincón de Almendricos y en Los Cipreses de Lorca, (Martínez *et al.*, 1999, 159, fig. 2) y en ningún poblado de altura. Posteriormente, tras la excavación efectuada por Consuelo Martínez en La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras, se comprueba que este hecho también ocurre en sus dos departamentos localizados (Martínez, 1995, 168), es por lo que este poblado nos ofrece unas diferencias notorias con respecto al tipo constructivo de los hábitats de altura, pues en él las dos casas se encuentran aisladas como en los de llanura, carecen de zócalo y tienen zonas rehundidas en el terreno. Por el hecho de tener estas dependencias el suelo rehundido, es por lo que podemos decir que son casas casi cavernícolas, pues de este modo, ofrecían una estancia muy agradable, frescas en verano y cálidas en invierno.

Con arcillas, arenas, lodos y coprolitos de ovicápridos construían los tejados de las casas para impermeabilizarlos y mantener la temperatura cálida en invierno, colocados sobre un entramado de cañas, varas y troncos atados con cuerdas trenzadas realizadas con hojas de esparto sin majar y sujetas con recinchos. Hemos hallado un gran número de pellas de distintas tonalidades y endurecidas por la acción del sol en ambos tipos de poblamiento. Su color es generalmente marrón claro, amarillento y son muy consistentes, hasta el extremo de permitir su lavado sin que les ocasione el menor deterioro y al igual que todos los muros, se encuentran enlucidos en el exterior.

Los alzados pétreos de las estancias estuvieron recubiertos por barro que posteriormente se enlucieron con cal, a juzgar por los restos conservados en los poblados como en Los Cipreses de La Torrecilla, El Rincón de Almendricos, El Cerro de las Viñas de Coy, de Lorca y El Cabezo Gordo o de

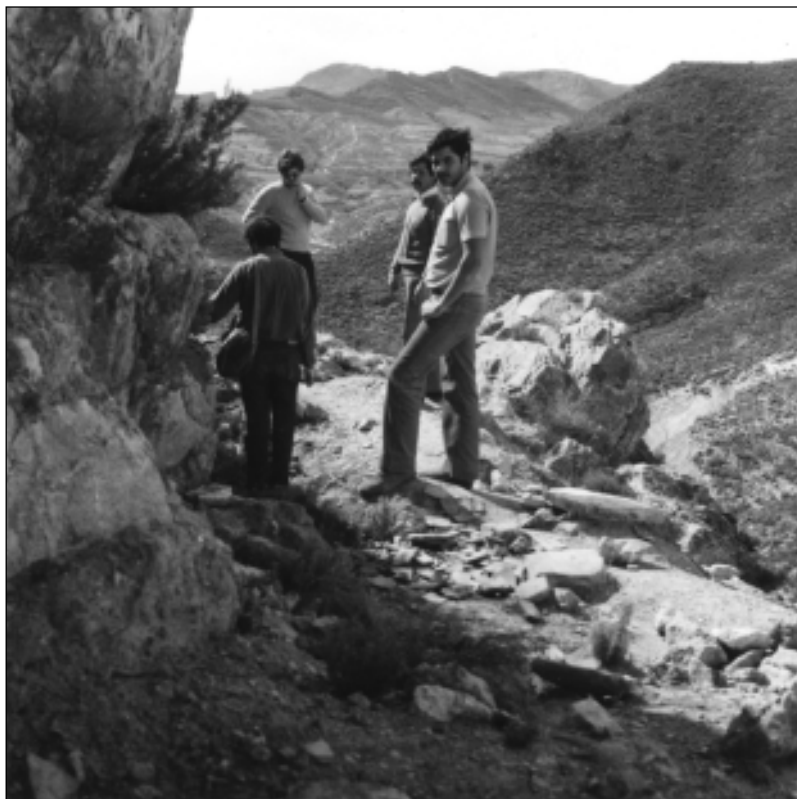


Figura 6. Molinos de mano barquiformes exhumados en una de las excavaciones clandestinas en el poblado de altura de Cobatillas la Vieja (Santomera, Murcia).

la Cruz de Totana. El enlucido documentado tiene actualmente una coloración blancuzca, amarillenta, rojiza o grisácea y se halló directamente «in situ», sobre el barro que recubría la totalidad de las piedras que conformaban las paredes de El Cerro de Las Viñas de Coy (Fig. 10), Los Cipreses de La Torrecilla y en El Cabezo Gordo (Totana). Hemos comprobado que al encalar superponían la nueva capa, tal y como se realiza actualmente, por lo que hemos llegado a localizar hasta un total de cinco capas superpuestas en pellas del primer poblado citado. Extraordinario es el fragmento de enlucido con cuatro capas superpuestas en las que se alternaban las finas de color rojo con las más gruesas de beige, procedente de la casa uno del pobla-

do de Los Cipreses (Martínez *et al.*, 1999, 175), el enlucido de color rojo se asemeja a la franja de diez centímetros de anchura que fue hallada en el interior de la casa cuadrangular del poblado El Cabezo Gordo o de la Cruz de Totana. Este nuevo oficio femenino implica un trabajo temporal que presumiblemente, se realizaría en verano, tal y como se efectúa actualmente.

Algunas moradas presentan ornamentaciones externas en la fachada principal de la casa, aunque no descartamos que también podrían ser unos elementos distintivos para diferenciarlas del resto del poblado, como sucede con el hallado en la «B» de El Rincón de Almendricos que está formado por tres elementos trilobulados, exentos e inclinados hacia arriba, de los que el central era el más prominente; por su forma, sabemos que correspondían al remate del ángulo derecho del arranque del tejado, presenta múltiples improntas vegetales de hojas bilabiadas de esparto en su cara interior sobre el armazón de madera en la confección del tejado (Fig. 4).

La cara exterior de las pellas que cubrían la techumbre, denotaba múltiples revocos de cal al igual que las estructuras trilobuladas. Un elemento decorativo de forma cónica se ha hallado en el poblado El Cerro de las Viñas de Coy, varios en El Cabezo Gordo o de la Cruz de Totana en el interior de la casa cuadrangular que estaba revocada con una franja roja, de los que destacamos dos, uno alargado de sección semicircular y el otro ovalado, ya que en ellos se observa con toda exactitud las huellas anteriormente descritas de los haces de hojas bilabiadas de esparto, que estaban sujetas mediante recinchos a escasos tres milímetros de las ramas. Jordán halló otro cónico en el poblado Agra I de Hellín, similar al de El Cerro de las Viñas, conserva las improntas de los troncos y cuerdas trenzadas

de esparto en su base que nos indican que estuvo directamente apoyado sobre las ramas que conformaban el entramado de la cubierta que, al parecer, carecía del lecho de hojas de esparto que se constató en El Cabezo Gordo de Totana y en El Rincón de Almendricos. Todos estos elementos hallados nos han confirmado que la técnica constructiva del tejado es similar a las realizadas actualmente por pueblos aborígenes.

El vano de acceso a las viviendas, hasta ahora, tan sólo lo hemos documentado en dos casas de El Rincón de Almendricos, uno en la casa «B» situado en el lienzo Sur y el otro en la «X» con idéntica localización, en ésta tiene un escalón para su acceso y se encuentra reforzado con postes dobles. El resto de las casas carecen de los muros Sur a consecuencia de las lluvias torrenciales que los destruyó de tal modo que no quedó ni tan sólo una hilada de ellos. Siret constató el de la casa «b» de Zapata y el pasillo de acceso común que tenían las «b»

y «d» de Ifre, aunque en este yacimiento se accede a todas ellas mediante este sistema de pasillos (Siret, 1890, lám 17; Lull, 1983, 288, fig. 12). Las estancias normalmente se encuentran divididas en dos habitaciones y se accede de unas a otras por medio de vanos de medio metro de anchura aproximadamente, existe una excepción, la casa «Y» de El Rincón de Almendricos que posee tres compartimentos y el vano tan sólo se localizó entre los dos de cabecera, la habitación meridional, donde se localizó el vasar, carecía de él para acceder a la habitación central.

La distribución espacial interna ha podido ser bien estudiada en ambos tipos de poblamiento. Existen habitaciones que se destinaron al almacenaje de los productos alimenticios, constatado tanto por el número de contenedores cerámicos fragmentados o completos como por los restos de cereales



Figura 7. Enterramiento mixto tholoi-cista del poblado de llanura Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca).



Figura 8. Protección petrea y fosa de un enterramiento en urna del poblado de altura La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras excavado por Martínez.

hallados sobre el suelo calcinado, observado en La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras, El Cerro de las Viñas de Coy, Los Cipreses, El Rincón de Almendricos y La Bastida de Totana. Normalmente todos estos compartimentos están situados en las cabeceras de las casas como en El Rincón de Almendricos en las «A», «B», «Y», «X» y «Z» (Fig. 3); en el centro del almacén de la casa «Z» había un depósito de forma cuadrangular excavado en su suelo y cubierto por una laja de cuarcita también cuadrangular, de mayor tamaño, para acoger bajo ella a las pequeñas piedras sobre las que descansaba y delimitaban el depósito subterráneo que contenía tierra de color amarillo-ceniciento, algunos pequeños carbones y un fragmento cerámico; este depósito es similar al hallado lleno de cebada por Aubet en el Cabezo Negro de Ugéjar (Lorca) (Aubet *et al.*, 1979). Los lugareños nos narraron que, en épocas pasadas, se tenía la costumbre de utilizar las lajas de cuarcita y pizarra para hacer tortas, como si fuesen planchas de cocina, posiblemente hubieran podido tener esa funcionalidad.

También se constató que además de almacenar los enseres y productos alimenticios también habían pequeñas oquedades practicadas en el mismo suelo para colocar las vasijas de almacenamiento en los compartimentos grandes, donde se ubican las despensas y hogares, de uso ordinario hecho constatado por Siret en una casa del Oficio (Siret, 1890) y en las estancias de las cocinas de las casas «A», «Z» y «X» de El Rincón de Almendricos. En otras ocasiones sujetaban las vasijas con ofitas de pequeño tamaño talladas ex profeso para estos fines a modo de trébedes. En ellas, normalmente hay bancos adosados a sus paredes longitudinales como es el caso de los de la casa «MN» de la terraza inferior del poblado El Cerro de las Viñas de Coy, los de las casas de Los Cipreses, en las «A»

y «B» de El Rincón de Almendricos o los transversales de la «Z» de este mismo yacimiento (Fig. 3); sobre ellos o las zonas próximas, se documentaron numerosos contenedores cerámicos, son las típicas cocinas de interior de las casas, como la «MN» del poblado El Cerro de las Viñas, en las de La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras (Martínez, 1999, 172) o en las «A», «Y» y «Z» de El Rincón de Almendricos donde se hallaron vasos de las formas una, tres, cuatro y ocho de Siret.

En estas estancias se localizan vasares de morfología variada como el de la casa «A» de este poblado es casi circular y se halla rehundido y delimitado por un anillo de adobe en el suelo endurecido; el la «Y» está adosado al muro occidental; el de la «Z» es de planta semicircular y se encuentra adosado a la pared oriental de la estancia y en el de la «X» que es donde se documentó una alacena pétrea en el interior de un banco rectangular que fue realizada

pormenorizadamente, consta de dos compartimentos separados por medio de una fina laja vertical (Fig. 5). Todos están enlosados con lajas planas de pizarra y cuarcita que se encuentran perfectamente niveladas pues como hemos podido comprobar, estas gentes nivelaban la totalidad de sus construcciones, las hiladas de sus muros, las losas de las cistas, etc.

Las anaquelerías descritas anteriormente, tienen medio metro de altura aproximada y fueron recubiertas sus piedras planas con un revocado de cal; en su derredor, se constataron toda la gama variada de vasos cerámicos que con gran habilidad y maestría levantaron las alfareras argáricas, ollas de cocina y vasijas de almacenamiento de muy buena factura y de variados tamaños. Junto a éstas,



Figura 9. Urna funeraria con pinturas procedente del poblado argárico de altura El Barranco de la Viuda (Murcia) desaparecidas a consecuencia de su lavado con ácido sulfúrico o clorídrico.



Figura 10. Urna funeraria con pinturas realizadas a pincel procedente del poblado argárico de altura La Bastida de Totana que se han perdido prácticamente a consecuencia de su lavado con agua fuerte: ácido sulfúrico (H_2SO_4) que deshidrata la materia orgánica o sulfumán: clorhídrico (HCl) que la disuelve.

también se suelen localizar placas circulares de pizarra perfectamente talladas como las descritas por Siret de El Oficio y ya las calificó el siglo pasado como posibles tapas de vasijas.

En algunas habitaciones de las viviendas del hábitat del llano El Rincón de Almendricos y en La Loma del Tío Ginés de altura, se han constatado unas fosas excavadas en el nivel de gravas, unas aparecieron vacías como es el caso de la hallada en la casa «X» y las dos fosas rectangulares, de menor tamaño, documentadas por Martínez en La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras (Martínez, 1999, 122); la oval localizada en el interior de la casa «Z» del primer asentamiento anteriormente citado, es de grandes proporciones y se hallaron en su interior varias pesas circulares, procedentes del telar situado frente a la fosa, todas ellas tenían cuatro orificios de suspensión.

En la casa «X» de El Rincón de Almendricos se hallaron dos pequeñas oquedades en el suelo a la derecha del vano de acceso a la vivienda tenían en su interior restos de cenizas y algunos pequeños carboncillos que al parecer su funcionalidad era similar a la existente hoy en día en varias comarcas de Castilla y León, en donde la habitación o parte de ella que, a modo de hipocausto, se calienta con paja.

La planta de las casas más común es la rectangular, se documenta en las «G», «H» y «N» de El Cerro de las Viñas, en la «c» de Ífre donde podemos observar la utilización combinada de la roca natural con los muros construidos para conformar el trazado rectangular de una gran casa (Siret, 1890, lám. 17 y 19; Lull, 1983, 288, fig. 12), en las casas uno, dos y tres de la Mina Iberia (Brandherm, 2000, 166), en las I, XII y XX de la La Bastida de Totana (Martínez *et al.*, 1947, 50; Lull, 1983, 313, fig. 16), en El Piscalejo, El Portillo, El Cabezo de la Mina de Santomera, La Roca, Las



Figura 11. Urna funeraria pintada a pincel procedente del poblado argárico de altura Los Molinicos (Moratalla, Murcia) desaparecidas en parte a consecuencia de su lavado con ácido sulfúrico o clorídrico.

Toscas de María, El Cabezo de la Mesa de Caprés, Los Corrales, en El Puntarrón Chico de Beniaján, en La Loma del Tío Ginés (Martínez, 1994, 162-173) y en las «B», «Y», «Z» de El Rincón de Almendricos.

La planta cuadrada las encontramos en los departamentos VII y XVI del poblado La Bastida de Totana, en El Puntarrón Chico de Beniaján (García, 1964, 103; Martínez *et al.*, 1947; Lull, 1983, 345, fig. 19), en La Roca, Zapata, (Siret, 1890, 127-134, lám. 19), en El Selvarejo de Lorca (Ayala, 1991, 283), en El Piscalejo, El Portillo, El Cerro de la Mina de Santomera y en la casa «AG» de El Cerro de las Viñas de Lorca, y en la «C», «D» de El Rincón de Almendricos.

Con la planta similar a un sector circular, se han constatado en los compartimentos «f», «g» y «h» de Ifre, la casa absidal de la zona B de Gatas (Fase III) tiene la planta de un sector circular (Castro *et al.*, 1999, 33, fig. 12), los IX, X y XIII de La Bastida de Totana (Martínez *et al.*, 1947), los dos primeros de este poblado nos recuerdan a los «a», «c» y «d» excavados por Siret en el poblado de Parazuelos, en la margen izquierda de la rambla del Ramonete y próximo litoral de la costa lorquina, aunque pertenece a un período inmediatamente posterior (Siret, 1890, lám. 6); en Santa Catalina del Monte de Verdolay (Murcia), Ruiz halló las plantas correspondientes a dos casas con forma de sector circular o absidal en las fases IV y V del poblado, que paraleliza con las III, IX-X y XIII de La Bastida de Totana (Ruiz, 1993, 92-103).

Las de diseño trapezoidal se constatan en los poblados lorquinos de Zapata en el departamento «d»; en Ifre en los «a», e «i» que también se la puede considerar aún sabiendo que el muro



Figura 12. Enterramiento mixto cista-cista de mampostería del poblado de llanura Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca).

LA PRODUCCIÓN DE MATERIAS PRIMAS Y SU COMERCIO

El hombre del Argar se vio obligado a extraer de la naturaleza los productos que le eran necesarios e imprescindibles. Los mismos útiles localizados en los asentamientos argáricos son los que nos permiten comprobar que estos grupos humanos eran agricultores, ganaderos, practicaban la caza en sus dos variedades, caza mayor y menor, la pesca y la minería. Habían llegado a superar, al igual que sus antecesores, los circuitos económicos más primitivos que solían efectuar, respecto a la naturaleza, la mera acción de despojo y depredación. El hombre de El Argar realiza una más desarrollada y completa utilización del medio natural. Así lo certifica el conjunto de datos extraídos de los poblados.

semicircular que construyeron se acopla perfectamente a los otros dos de la roca ligeramente obtuso; las «A» y «M» de El Cerro de las Viñas de Coy así como los VIII y XV de La Bastida de Totana (Martínez, 1947; Lull, 1983, 313, fig. 16; Ayala *et al.*, 1997, 71, fig. 1).

La planta romboidal tan sólo se ha documentado por el momento en Ifre en el compartimento «e» adosado a la muralla Sur. Finalmente, la planta trapezo-oval se encuentra en las dependencias III y XI de La Bastida de Totana y la «X» de El Rincón de Almendricos.

Como podemos observar, la construcción urbanística de los poblados se efectuaba con gran maestría y perfección; la pericia y el dominio constructivo se comprueba tanto en el alzado de los muros de sus casas con trazados rectos o curvos como también en la combinación de ambos, para de esta manera, conseguir los distintos tipos geométricos de las plantas de las estancias que hemos constatado y obtener un mayor aprovechamiento del terreno urbanizable.

Y cuando aquél grupo humano ampliaba el campo de sus necesidades, simplemente porque carecía de los productos necesarios e imprescindibles en su propio entorno, hubo de encontrar las motivaciones suficientes para efectuar el intercambio de sus productos. Este trueque ya quedó puesto de manifiesto en lo documentado a través de los hallazgos en Fuente Álamo y El Oficio, donde se encontraron de cuentas de collar de pasta vítrea procedentes de un intercambio con el exterior de esas comunidades y de la Península. El hallazgo de las seiscientas pesas de telar que brindó el yacimiento de El Argar, nos permite plantearnos la posibilidad de un destino comercial para esa considerable cantidad de piezas. Probablemente tal número abasteciese al poblado y sirviera, en parte, para un trueque como medio de conseguir, a través del intercambio, otros productos que les fueran útiles, necesarios o simplemente atractivos de los que ellos carecían.

Los trabajos de investigación de campo nos han demostrado que, los poblados que estaban próximos a las minas de cobre realizaron las tareas de explotación de las mismas y otros lejanos a los yacimientos mineros, también pudieron disfrutar de los productos manufacturados tales como espadas, puñales, etc., conseguidos a través de la permuta con los primeros.

En el seno de cada poblado se atisba una división social del trabajo que, a medida que van siendo solucionadas las dificultades más elementales, se va perfeccionando. Ante una economía precedente surge la economía abierta con sus peculiares relaciones comerciales como fruto de esa especialización. El hombre de esta Cultura se enfrenta a una nueva demanda, la del transporte de las mercancías de uno a otro poblado. Si la domesticación de determinadas especies de la fauna terrestre es una realidad desde el Neolítico, el animal constituye la solución a esta necesidad recién surgida.



Figura 13. Molino con figura humana de Brazos en Asa del poblado argárico de Monteagudo (Murcia).



Figura 14. Bloque pétreo con inscultura procedente de la excavación dirigida por Martínez en La Bastida de Totana.

En la vida económica de la sociedad argárica, por primera vez en la historia del hombre, existe una actividad en los tres sectores a los que Colín Clark hace referencia, porque aquel grupo humano extrajo de la naturaleza el producto original que le brindaba, lo manipuló y modificó hasta convertirlo en otro, es el proceso de transformación que establece las bases de las industrias textil, cerámica, lítica, metalúrgica; posteriormente comercia con lo obtenido.

Anteriormente hemos comentado la existencia de las estructuras de regadío, acequias y pozos, que nos certifican, efectivamente, que la práctica de un laboreo agrícola intensivo es una constante en este período, más, es ahora cuando se comercia con el excedente de la producción, hecho ratificado a través de los hallazgos documentados de vasijas o espuelas fabricadas con esparto conteniendo semillas o los numerosos molinos de mano documentados en los poblados como en La Campana de Yecla o La Bastida de Totana.

Los hallazgos de cereales y leguminosas también corroboran el trabajo agrícola como las distintas especies de el trigo bastardo (*Aegilops ovata* L.), trigo

Triticum diccocus Emmer, *Triticum vulgare compactum*, *Triticum compactum* Sph. de Zapata (Siret, 1980, 130), Martínez de Santa-Olalla los halló mezclados con cebada en La Bastida de Totana (Martínez et al., 1947, 51 y 77); Lull y su equipo documentaron *Triticum diccocus* en Gatas (Castro et al., 1999, 183); *Triticum aestivum*, *Triticum* sp. en varios conjuntos cerrados de El Cerro de las Viñas; en El Cabezo de la Mesa de Caprés, Lugarico Viejo (Siret, 1980, 99), El Oficio (Pulpí, Almería) (Siret, 1980, 224), Fuente Vermeja (Siret, 1980, 235) y en la casa «A» de Cobatillas la Vieja.

La cebada, *Hordeum vulgare*, aparece carbonizada o sus improntas se observan en las cerámicas de los poblados que se prospectan o excavan. Sus restos carbonizados se localizaron en el poblado El Cabezo de la Mesa de Caprés (Fortuna), El Rincón de Almendricos apareció como ajuar funerario

de la cista nueve, en la casa «AC» de El Cerro de las Viñas, en Zapata también las halló Siret, en Purias (Cánovas, 1890), en La Bastida de Totana (Martínez *et al.*, 1947, 77), en La Hoya del Conde San Julián se documentaron espuelas llenas de cebada carbonizada, este poblado debido a su estratégico enclave geomorfológico muy rico, debió tener numerosos alfares, según Martínez Sánchez y Pérez Sirvent, pues tras las reiteradas prospecciones realizadas sistemáticamente hemos podido comprobar que es uno de los poblados con mayor variedad y cantidad de restos ergológicos (Ayala, 1978). Este poblado no existe actualmente, ha sido arrasado total y exhaustivamente, quizás por equivocación, desconocimiento o imprudencia humana.

Improntas de *Hordeum vulgare* se documentaron en fragmentos y en las paredes de los vasos cerámicos de El Barranco del Ciervo de Mula, El Cerro de las Viñas de Coy, El Rincón de Almendricos, El Cabezo de la Cruz de Cartagena, La Cabeza Gorda de Totana, aunque también se han hallado numerosas aristas de cereal sin poder precisar el tipo de gramínea. En Gatas documentaron *Hordeum sp.* (Castro *et al.*, 1999, 183; 1999, 22).

Las habas, *Vicia*, el hallazgo más voluminoso en un mismo poblado hasta ahora conocido de estas leguminosas, se efectuó en las excavaciones dirigidas por Martínez Sánchez en La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras, donde se contabilizaron ochocientas veinticinco, de las que setecientas veinticinco son de arvejas, *Vicia ervilia/sativa*, nueve de habas *Vicia faba*, una de *Vicia sp.*; también localizaron *Vicia sativa* y *Vicia faba* en Gatas (Castro *et al.*, 1999, 183; 1999, 23); en El Cerro de las Viñas y El Rincón de Almendricos se constató *Vicia faba var pliniana o mínima L.* en el hogar exterior de la casa «E» y como ajuar alimenticio funerario depositado en el interior de las cistas cinco y nueve. *Vicia cfr. hirsuta* carbonizadas las halló Siret en Zapata e identificadas por Rivera (Ayala y Rivera, 1987). También fueron documentadas por Soler en El Cabezo o Cerrico de La Escoba junto a un bulbo de *Allium* en el interior de una vasija carenada (Soler, 1986).

Fragmentos de leguminosas *leguminosa, sp.* se hallaron el interior del almacén de la casa «Z» y en el interior de la cista seis de este mismo asentamiento.

Sus improntas se documentaron tanto en las cerámicas como en las pellas de barro endurecido procedentes del alzado de los muros de la casa «A», posiblemente son residuos de plantas o fragmentos no aprovechables que fueron desechadas tras su consumo. Por todos es conocido que las habas de esta época eran negras y de un tamaño muy inferior en relación con las que se obtienen actualmente (Festos, II, 533-582; Bond, 1976, 136). *Vicia faba var pliniana L.* se documentaron en fragmentos cerámicos del poblado El Cabezo de la Cruz de Cartagena y Agra 7 de Hellín (Ayala, Navarro y Rivera, 1985).

Pisum sativum L. guisante, se halló en la pared exterior de un fragmento cerámico de El Rincón de Almendricos; se documentó en Campos (Siret, 1890, lám. 10: 64), Los Castillicos de Montealegre del Castillo (Albacete) (Navarro Mederos, 1983, 42), Gatas (Castro *et al.*, 1999, 23) y El Argar (Arribas, 1967, 102).

Lens culinaris Medicus (Ervum lens) L. se localizó como impronta de una pella de arcilla endurecida en El Rincón de Almendricos y carbonizadas en Zapata, Campos, El Argar (Siret, 1890, lám. 20: 65, lám. 22: 88) y Almizaraque (Delibes *et al.*, 1986, 190) y *Cicer arietinum*, garbanzo, se halló en Lugarico Viejo (Almería). Higos, vid, y acebuchinas/olivas, linaza se exhumaron en Gatas (Castro *et al.*, 1999, 23). Todos estos hallazgos nos posibilitan el percibir de un modo mucho más completo las actividades agrarias de estas gentes así como su tipo de alimentación.

Plantas medicinales, aromáticas, esparto y lino utilizadas para la fabricación de capazos, cestería y vestido están igualmente constatadas en La Bastida de Totana, Cobatillas la Vieja, Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia), El Cerro del Castillo de Monteagudo, La Almoloya de Pliego/Mula, El Cerro de las Viñas de Coy, El Puntarrón Chico de Beniaján, Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca), La

Hoya, Zapata, El Rincón de Almendricos, La Alcanara, La Roca, Las Anchuras de Totana, El Cabezo de la Cruz de Puerto Lumbreras. El tejido se halla generalmente adherido a los útiles de metal de los enterramientos como en Zapata, El Rincón de Almendricos, El Cerro de la Cruz de Puerto Lumbreras.

La recolección del cereal está muy bien documentada a través de los restos líticos dientes y sierras de hoz. Posteriormente era almacenado en vasijas cerámicas y capazos de esparto que, como hemos visto anteriormente, de ambos hallazgos tenemos constancia en nuestros yacimientos.

Los molinos barquiformes se han localizado labrados en una gran variedad de rocas como esquisto samítico granatífero, metapsamita, metapsamita micácea, caliza, cuarcita, pizarra, conglomerados, etc. en todos los yacimientos y nos manifiestan la importancia que tenía ya desde entonces la harina en su dieta alimenticia. Se han hallado «in situ» sobre el suelo de las habitaciones con pequeñas cuñas a su alrededor para evitar su desplazamiento, verticales apoyados en las paredes o boca abajo sobre el suelo de los departamentos, ejemplos de ello son los documentados en La Almoloya de Pliego/Mula (Cuadrado, 1945, 89-90), Los Cipreses (Martínez *et al.*, 1999, 156), Cobatillas la Vieja (Santomera, Murcia) (Fig. 6), El Rincón de Almendricos (Ayala, 1991, 81), El Cerro Negro de Ugéjar (Aubet *et al.*, 1979), La Bastida de Totana se hallaron nueve en la casa XX y once en la XIX y en casi todas las dependencias del poblado yecano de La Campana.

Los análisis polínicos y antracológicos de los restos vegetales hallados carbonizados o momificados nos han posibilitado conocer la variedad de especies arbóreas existentes en estos poblados, algunas de ellas relictas actualmente. La vegetación de tipo mediterráneo documentada en la mayoría de los poblados serviría para la fabricación de cajas, cunas, útiles culinarios y materiales de construcción de sus casas como postes, tejados, puertas etc., se han observado restos de coscojas (*Quercus coccifera* L.) en Lugarico Viejo, Fuente Álamo (Almería) (Schubart y Arteaga, 1986, 300), Gatas (Castro *et al.*, 1999, 18) y El Cerro de las Viñas (Ayala, 1991, 432-433); las encinas (*Quercus ilex* L.), en Lugarico Viejo (Siret, 1890, 100, lám. 16: 56 y 59), Gatas (Castro *et al.*, 1999, 18), La Cueva del Calor Calor (Cehegín) (Martínez y San Nicolás, 1993, 79) y El Cerro de las Viñas (Ayala, 1991, 432-433); los carrascales (*Quercus rotundifolia* Lam.) y los brezos (*Erica multiflora* L.) en El Cerro de las Viñas (Ayala, 1991, 432-433); el olivo (*Olea europea* L.) en El Argar (Siret, 1890, lám. 22: 84), Fuente Álamo (Almería) (Schubart y Arteaga, 1986, 300), Gatas (Castro *et al.*, 1999, 18), El Cerro de las Viñas y El Rincón de Almendricos (Ayala, 1991, 432-433); el pino carrasco (*Pinus alepensis* Miller) en El Cerro de las Viñas (Ayala, 1991, 432-433), pino (*pinus* sp.) en La Cueva del Calor (Cehegín) (Martínez y San Nicolás, 1993, 79) y Gatas (Castro *et al.*, 1999, 18-19); los enebros, sabinas (*Juniperus* sp.) en Serra Grosa (Alicante) (Navarro Mederos, 1983, 42), El Cerro de las Viñas (Ayala, 1991, 432-433) y dos semillas en La Cueva del Calor (Cehegín) (Martínez y San Nicolás, 1993, 79); los lentiscos (*Pistacea lentiscus* L.) en El Cabezo Redondo (Villena, Alicante) (Soler, 1987, 136-137), Gatas (Castro *et al.*, 1999, 18), El Cerro de las Viñas y El Rincón de Almendricos, (Ayala, 1991, 432-433); la tuya articulada o sabina de Cartagena (*Tetraclinis articulata* (Vald) Masters) en Fuente Álamo (Almería) (Schubart y Arteaga, 1986, 300) y El Cerro de las Viñas (Ayala, 1991, 432-433); la higuera (*Ficus carica* L.) en Fuente Álamo (Almería) (Schubart y Arteaga, 1986, 300), Gatas (Castro *et al.*, 1999, 23) y sus improntas se han documentado en abundantes vasos cerámicos de El Rincón de Almendricos (Lorca).

Los restos de arbustos de frutos comestibles como la moráceas (*Moraceae*) hallados en El Cabezo Redondo (Soler, 1987, 136), las plantas aromáticas y medicinales como el romero (*Rosmarinus officinalis* L.) localizadas en Fuente Álamo (Almería) (Schubart y Arteaga, 1986, 300), Gatas (Castro *et al.*, 1999, 19), El Rincón de Almendricos, (Ayala, 1991, 419) y La Cueva del Calor (Cehegín) (Martínez y San Nicolás, 1993, 79); el tomillo (*Thymus hyemalis* Lge.) en La Cueva del Calor (Cehegín) (Martínez y San Nicolás, 1993, 79) y en El Rincón de Almendricos donde se halló

momificado un cáliz y corola, (Ayala, 1991, 419); adormidera (*Papaver somniferum* L.), camelina o sésamo bastardo (*Camelina sativa* L.), barrilla pinchosa (*Salsola kali* L.) y alcaparra (*Capparis spinosa*) en el interior de la urna cinco de El Rincón de Almendricos, (Ayala, 1991, 419) y linaza (*Linum usitatissimum*) en El Rincón de Almendricos y Gatas (Castro *et al.*, 1999, 18).

También se han detectado improntas de (*Quercus*) en vasos cerámicos de El Rincón de Almendricos, La Finca de Félix (Lorca), Tomillo 1 y Agra 7, ambos de Hellín (Ayala, 1991, 416). Una impronta de hoja de azufaifo, del epistema de (*Ziziphus lotus*), (*Poaceae*), (*Phragmites australis* (Cav.) Trin.) y aristas de cereal en vasijas de El Rincón de Almendricos, El Cerro de las Viñas, La Bastida de Totana, Los Cipreses, etc.

La ganadería, pastoreo y la caza también se constatan en los poblados a través de los útiles líticos y óseos como las puntas de flecha óseas de La Bastida de Totana, las cornamentas de cérvido, *Cervus elaphus*, halladas en la casa «MN» de El Cerro de las Viñas, La Bastida de Totana, La Almoloya de Pliego/Mula, Zapata e Ifre. Restos óseos de jabalí desconocemos si se trata de *Sus scropha* o *Sus domesticos* de Zapata, Ifre, El Puntarrón Chico de Beniaján y La Almoloya de Pliego/Mula, en El Cerro de las Viñas se halló *Sus domesticos*. Restos óseos de buey *Bos taurus*, ovicápridos, *ovis aries*, *capreolus capreolus*, *capra hircus*, *Equus*, caballo, *canis familiaris*, y los lagomorfos *Lepus capensis* son comunes a la mayoría de los yacimientos. También se documentan sus restos óseos tallados tanto en elementos de adorno: cuentas de collar o pulseras como en útiles culinarios como los punzones de ciervo, bóvido, conejo, etc. Los hallazgos de los restos óseos de fauna que evidencian la actividad de la caza, manifiestan la existencia y proximidad de las zonas boscosas y de los acuíferos permanentes.

La recuperación de los restos vegetales carbonizados, sus improntas sobre cerámica o sobre el barro manipulado son fundamentales ya que nos permiten reconstruir el paisaje que circundó a los poblados y a su área de captación que junto con los restos óseos nos aproximan con casi fidelidad absoluta al clima existente en ese período prehistórico, su pluviosidad, aridificación, etc.

El trueque y las relaciones comerciales de los poblados se constata también a través de los elementos de adorno y signos de prestigio social documentados tanto en las habitaciones y enterramientos, procedentes de la pesca y marisqueo, existe una gama abundante de restos malacológicos de *Patella*, *Cardium edule*, *Conus*, *Glicimeris violacens* Lmk., *Muyrex* sp. *Cassís undulata* Gmelin, de pez espada, etc que se exhumaron mayoritariamente en los poblados más alejados de la costa como La Bastida de Totana, La Almoloya de Pliego/Mula, El Cerro de las Viñas de Coy, Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca), La Hoya, La Finca de Félix, etc., que en los próximos al litoral como Zapata, El Rincón de Almendricos e Ifre donde serían parte de su dieta alimenticia y comerciarían con sus caparazones.

Los restos de tejido, citado anteriormente, se fabricaban en telares verticales de los que proceden las pesas cilíndricas o rectangulares con distinto número de orificios para su suspensión, mayoritariamente se han localizado en los enterramientos, adheridos a las piezas metálicas y excepcionalmente a un pequeño botijo con forma de tonelete con un asa y un agujero de aforo procedente de la urna uno del poblado de El Puntarrón Chico de Beniaján.

El trabajo de la piedra que, como ya hemos visto anteriormente, eran buenos canteros, conocían y extraían bloques para los distintos usos, molinos de mano, la parte móvil de ellos, las trébedes, hachas de piedra pulimentada, martillos y mazos de minero perfectamente elaborados con ranuras para su perfecto encaje al mango de madera como los de La Bastida de Totana, Agra 7 de Hellín y Santa Catalina del Monte (Verdolay); las puntas de flecha, dientes de hoz, sierras, cuchillos todos ellos de sílex. También se han documentado cuentas de collar elaboradas en piedra de yeso, diorita, caliza, serpentina, que adoptaban variadas formas, cilíndricas, triangulares e irregulares.

La cerámica de este período es lisa, bruñida o alisada. Cuadrado expone la posibilidad de que fuera un trabajo de mujeres. Además de las formas de Siret, Cuadrado y Lull, existen unas excepciones en nuestra Región como son las tapaderas de vasijas, planas con asa cilíndrica para facilitar su uso, se han documentado en El Puntarrón Chico de Beniaján, El Rincón de Almendricos y La Cañada del Alba de Puerto Lumbreras. El contenedor de líquidos citado anteriormente de El Puntarrón Chico de Beniaján podría ser el precursor del tonelete ibérico, ya en el Calcolítico murciano existieron ovalados con un agujero de aforo en el centro superior procedentes de Los Blanquizares de Lébor (Totana).

Hasta el momento hemos localizado tan sólo dos alfares de este período, uno en El Llano de la Serrata sito en el piedemonte de la Sierra de la Tercia donde se localizaron cerámicas de cocción reductora. El segundo alfar, que se encuentra en el poblado de altura El Cerro de las Viñas donde se halló el vertedero de las piezas cerámicas defectuosas de la producción del alfar, aquí es donde se documentado tres fragmentos de una gran pieza cocida a fuego reductor, con el borde polilobulado similar a la forma uno hallada en la casa «A» de El Rincón de Almendricos y se encontraba expuesto en la Sala II del Museo de Murcia. Probablemente también existieran alfares en los poblados de altura La Hoya del Conde San Julián, La Bastida de Totana, en las calles de La Ciudad de Lorca etc., debido a la cantidad de yacimientos de arcilla, canteras de pizarra y ramblas de las que se documentan próximos a ellos de los que se abastecerían de las materias primas para su producción.

En cuanto a la industria minero metalúrgica en la Región está probada su existencia por los hallazgos de útiles metálicos en las casas y en los enterramientos.

Tanto la extracción del mineral como la fundición e intercambio está documentado a través de los poblados ubicados próximos a las minas como El Cabezo de la Mina, sito en la margen izquierda de la rambla Salada y en la estribación Suroccidental de la Sierra de Orihuela donde a fines de los setenta localizamos en una prospección efectuada con el guarda de esta finca particular, una escombrera de extracción de cobre de época argárica, al aire libre, en las proximidades de la aldea minera a escasos seis kilómetros de Cobatillas la Vieja de Santomera (Murcia), a donde llevarían el mineral y se efectuaría la fundición, pues en la casa «A» durante la excavaciones de 1977 dirigidas por Muñoz Amilibia, se exhumó un crisol cerámico que se encuentra en el Museo de Murcia. Ambos poblados han sido sistemáticamente expoliados por gentes que van provistas con detectores de metales conclusión extraída por el gran número de enterramientos que permanecen «in situ» arrasados (Fig. 6) (Medina, 1999, 125-155).

Debido al hallazgo de mazos de minero, moldes de leznas, hachas planas y útiles metálicos de La Bastida de Totana (Martínez *et al.*, 1947) y a la cercanía existente de las minas de cobre de la estribación Nororiental de la Sierra de la Tercia, concretamente al Norte del Alto de los Secanos, es por lo que podemos deducir que las explotarían las gentes de este poblado. También es destacable el molde fragmentado de hacha plana, exhumado en el extremo Sur de la casa XI y el hacha realizada en él se localizó formando parte integrante del ajuar del enterramiento en urna número cincuenta y dos de la casa X. También existe constancia en este poblado de lo que pudieran haber sido hornos de fundición pues hallaron tres pozos circulares con escorias de cobre fundido y restos cerámicos por lo que Val Caturla, Sopranis y Posac pensaron que esta zona del compartimento podría haber estado destinada a la fundición. En 1869 Rogelio de Inchaurrendieta descubrió en este poblado, una serie de pequeños pozos llenos de escorias que en un principio creyó se trataba de cobre, tras los análisis efectuados en la Escuela de Minas de Madrid se pudo comprobar que contenían del seis al ocho por ciento de plomo y restos de plata.

Escorias de fundición y dos moldes de hachas planas se hallaron en El Cerro de las Viñas, uno, exhumado en una de las excavaciones clandestinas de las que ha sido objeto este yacimiento, tenía

varios moldes tallados en la piedra. Las minas de cobre próximas a este poblado se encuentran en el tercio superior de un cerro sito en la estribación Suroccidental de la Sierra de Lavia.

Siret encontró un molde de puñal en Las Anchuras de Totana. Moldes de leznas se han documentado en El Puntarrón Chico de Beniaján, El Cerro de las Víboras de Mazarrón y El Rincón de Almendricos. También se documentaron moldes de hachas planas en la Comarca del Noroeste concretamente en Yecla.

Las minas de cobre y de plomo argentífero de la Sierra de la Torrecilla y de Sierra de la Tercia junto con los útiles metálicos documentados en los enterramiento de las calles de La Ciudad de Lorca nos ratifican que eran explotados por las gentes de este gran poblado.

LAS CASAS DE LOS MUERTOS

Existe un gran cambio referente al rito funerario que acontece en este período con relación al precedente, denota la suma complejidad a la que ha llegado esta sociedad, ya no existe la cremación parcial, se abandona totalmente el rito que al menos pervivió en la Región, hasta la fecha de 1920, según datos del C₁₄ obtenida en las hojas de esparto procedentes de la Cueva Sagrada de la Sierra de Tercia de Lorca (Eiroa, 1987, 75) y se retoma el ritual ancestral Neolítico de la inhumación, de tal modo que, de nuevo el hábitat de los vivos acoge, de nuevo, en su subsuelo a los muertos; se les coloca en la posición de decúbito lateral derecho o izquierdo, posición fetal, aunque excepcionalmente se han hallado inhumados en decúbito supino, constatados en los poblados La Bastida de Totana (Martínez *et al.*, 1947, 56) y La Almoloya de Pliego/Mula (Cuadrado y Cierva, 1945); en ocasiones, colocaron las manos debajo de la mejilla a la similar posición de dormir.

Una alteración importante debe suceder en esta sociedad para que los ceremoniales funerarios entrañaran toda una serie de cambios que, a simple vista, nos parecen tan bruscos y rotundos, tales como la inhumación en sustitución de la cremación, la disminución del número de finados en el recinto funerario, el ajuar que, en el período precedente, era prácticamente imposible determinar a quién correspondía, está ahora personalizado; se constatan además de los alimentos líquidos, los sólidos, pues el hecho de contener vasijas suponía que se les introdujera algún guiso o brebaje, como la vasija de la cista siete de El Rincón de Almendricos, donde se documentó una pátina de guiso carbonizada, o los alimentos sólidos registrados o las semillas de leguminosas de las variedades de *Vicia faba var. minima* y *Vicia sativa* halladas en el interior de las cistas cinco y nueve del mismo yacimiento y la de cebada junto con húmero de ovicáprido procedente de la segunda cista citada. Esta personalización del continente funerario individual nos indica, de por sí, una categoría social del finado y el mismo hecho de encontrarse el enterramiento dentro o fuera de las casas, debía estar determinado por algún rito cultural o religioso. Algo de trascendental relieve sucede en todos los campos: el político, económico, social, religioso y cultural de estas gentes (Castro *et al.*, 1993-1994, 77-107; 1996, 35-48; 1995, 129-167; 1999, 6-39).

En estos poblados prehistóricos murcianos se localizan distintas formas de enterramiento, en cistas, fosas o pozos, urnas, en grietas rocosas, covachas, cenotafios y mixtos. Generalmente fueron contruidos en el subsuelo interior de las casas, o en su exterior, aunque genéricamente en los poblados de llanura hasta ahora excavados Los Cipreses de la Torrecilla y El Rincón de Almendricos todos los enterramientos están situados en el exterior de las casas con las excepciones de la urna seis en el subsuelo interior de la vivienda «Z» de El Rincón de Almendricos y la uno en el subsuelo interior de la estancia tres de Los Cipreses de la Torrecilla.

Se ha constatado que directamente sobre el suelo de la habitación y donde se encontraba la sepultura, colocaban una señalización exterior para indicar exactamente su perfecto emplazamiento,

fue comprobado por Cuadrado Díaz en la cista número uno del poblado argárico de altura de La Almoloya de Pliego/Mula (Cuadrado, 1944-1945, 360), por Schubart y Arteaga en la cista sesenta y siete, de doble inhumación, con dromos de Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1978, 23; 1980a, 16), Lull expone que «en Gatas donde hemos podido observar los sistemas de enterramiento con mayor detenimiento, hemos observado que en el relleno superior de los hoyos se colocaban unas piedras verdes (diorita y gabros) que podían actuar como demarcadores» (Lull, 1997-1998, 71), en las excavaciones del llanura El Rincón de Almendricos (Lorca, Murcia), se observó que una gran piedra puntiaguda, la última del dromos de la fosa, afloraba sobre el suelo del almacén de la casa «Z» y fue colocada intencionalmente para señalar la situación exacta del enterramiento infantil en urna (Ayala, 1991, 49); posteriormente lo corroboramos y no con una sola identificación, sino con una serie de señalizaciones pétreas pareadas, construidas a base de pequeñas piedras agrupadas y dispuestas como cuñas de calzar los postes de madera, sobre el suelo del enterramiento once, en urna, del poblado de llanura Los Cipreses (Martínez *et al.*, 1999).

1. Los enterramientos se han localizado en el interior de las casas con unas ubicaciones muy diversas, es donde generalmente se ha hallado hasta ahora el mayor porcentaje

- 1.1. En el centro de las habitaciones.
- 1.2. En los ángulos que conforman sus paredes.
- 1.3. Adyacentes a los muros.
- 1.4. En el subsuelo de los muros de las casas.
- 1.5. En el interior de grietas de las habitaciones.

1.1. En el centro de los compartimentos de los poblados se han documentado en La Bastida de Totana en la mayoría de las casas que se excavaron, como el enterramiento uno de la casa I; el cuatro de la III; el treinta y uno, treinta y dos y treinta y seis de la VII; el cuarenta y tres de la VIII; el cuarenta y seis de la IX; el sesenta y cinco de la XII; el setenta y tres y setenta y cuatro de la XIII; el ochenta y uno y el XIV de la XIV; el ochenta y tres, ochenta y cuatro, ochenta y cinco y noventa y tres de la XV; en El Puntarrón Chico de Beniaján excavado por García, Aragoneses y Escortell también localizaron este tipo de emplazamiento en los enterramientos cuatro y seis.

1.2. En el subsuelo de los ángulos de las estancias se constatan el treinta y cinco en la VII; el cincuenta y cincuenta y dos en la X; el sesenta y tres en la XI; el setenta y cinco en la XIII de La Bastida de Totana; el ochenta y siete y ochenta y nueve en la XV y del noventa y cinco al noventa y siete en la XIX; en El Puntarrón Chico hallaron el enterramiento diecisiete.

1.3. Los documentados adyacentes a sus paredes son los más numerosos como los cinco, seis y siete de la casa III, los nueve, diez, once y catorce de la IV, el veinte, de la V, el veinticuatro, veintisiete, veintiocho, veintinueve y treinta de la VI, el treinta y tres y treinta y cuatro de la VII, del treinta y ocho al cuarenta y dos, el cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco de la VIII, el cuarenta y ocho y cuarenta y nueve de la IX, el cincuenta y uno y cincuenta y tres de la X, del enterramiento cincuenta y siete al sesenta y uno de la XI, el sesenta y seis y sesenta y siete de la XII, del ochenta y ocho al noventa y dos y el noventa y cuatro de la XV; el noventa y ocho y noventa y nueve de la XVII, en la casa XVIII se hallaron el cien, ciento uno, el II, III, VI, VII, VIII, y el X, hacia el interior de la estancia se localiza el V, pareado al enterramiento III se encuentra el IX y el IV junto a éste y hacia el centro de la casa; el ochenta y seis, XII y XIII en la XIX de La Bastida de Totana. También este tipo de emplazamiento funerario se ha localizado en El Cerro de las Viñas de Coy en los compartimentos «AB» y «AC»; en el Puntarrón Chico de Beniaján se hallaron los enterramientos uno, dos, tres, cinco, nueve, diez, trece y veinticuatro (García *et al.*, 1964, 103); en El Rincón de Almendricos se documen-

tó el seis en la casa «Z» y la tumba uno, en cista, del poblado de Bagil, la cinco en urna y la seis en cista de mampostería (Eiroa, 1993-1994, 59-66, fig. 1, 2, 3, y 7).

1.4. Debajo de los muros de las casas, que son los más escasos, se localizaron el enterramiento trece de la IV de La Bastida de Totana, el enterramiento uno de la casa «A» del poblado de Cobatillas la Vieja de Santomera donde se observó perfectamente que el muro se erigió con posterioridad a la construcción del enterramiento. En el compartimento del corte «AB» de El Cerro de las Viñas de Coy (Lorca) se pudo ratificar que el muro se construyó después de la deposición del finado en el enterramiento, además en esta pared se localizaron otros tres contenedores mortuorios embutidos en él.

1.5. En el interior de una grieta del poblado de Cobatillas la Vieja de Santomera, se halló un enterramiento infantil en el departamento «B». En Ifre se han documentado otros tres posibles enterramientos situados en el interior de grietas.

2. En exterior de las dependencias también se han hallado enterramientos aún cuando existía espacio para haberlos depositado en su interior, luego, dicha ubicación se debería a cualquier otro motivo de tipo ritual de carácter social o religioso.

2.1. En el exterior de las casas pero adyacentes a las paredes.

2.2. En las calles del poblado.

2.3. En otras zonas adecuadas para tal finalidad.

2.1. En el exterior de las casas y adyacentes a sus muros se documentaron en el poblado La Bastida de Totana los enterramientos dos y tres pertenecientes a la casa III; el treinta y siete de la casa VIII; el cincuenta y cuatro de la X; el sesenta y ocho y sesenta y nueve de la XII; el setenta y uno y setenta y dos de la XIII; en El Cerro de las Viñas de Coy se hallaron los enterramientos uno y dos de la casa «A» y el tres que se encontraba situado en el exterior de la muralla Oeste. En Bagil, según el plano de las excavaciones publicado por el director de la excavación, se localizó el tres, en fosa, sito en el exterior Oeste de una estructura rectangular, y la cuatro, una tumba mixta compuesta por urna-cista de mampostería exhumada al Suroeste de la misma (Eiroa, 1993-1994, 63-64, fig. 1, 5 y 6).

2.2. En las calles de La Bastida de Totana se ha localizado el enterramiento cincuenta y seis en el exterior del acceso a la casa XI; el cincuenta y cinco en el exterior de la puerta de acceso al XI y el setenta y seis en el acceso a la XV.

2.3. En el exterior del hábitat y sin poder determinar su lugar, se hallaron los dos cenotafios hallados en La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras (Martínez, 1995, 161-206).

Enterraban a los difuntos mediante la inhumación individual, doble e incluso triple que, es el número máximo de cadáveres que esporádicamente se inhuman en este momento cultural, tan sólo es simplemente la continuación del proceso evolutivo de la sociedad prehistórica en cuanto al ritual del enterramiento colectivo, que como podemos observar, ya se preludia desde fines del período calcolítico, en el que se observa una progresiva disminución del número de finados los que introducen en sus cámaras funerarias e incluso se prevé que sean grupos familiares, como ejemplo de ello mencionamos los cinco y hasta tres localizados en grietas de Villena, Alicante (Soler, 1986); cinco en La Cueva Sagrada de La Salud con un fragmento óseo de cabra y el cráneo de un ave, una bellota y restos de guiso de comida en el interior del plato de roble, ajuar que ya estaba personalizado y correspondía al niño de ocho años y en el exterior del enterramiento, en una oquedad, se halló la uña de un équido (Eiroa, 1987, 53-76; Domenech *et al.*, 1987, 25-31; Iborra, 1987, 49-52; Ayala, 1987, 9-25).

Hernández y Gil hallaron, en La Rambla de la Alquería de Jumilla, a cuatro adultos y un niño en el interior una pequeña covacha natural sobre la terraza de la rambla, dos mujeres y un niño en una segunda fase y un niño en la tercera y última del enterramiento sucesivo que fue corto en el tiempo y en todos ellos se comprobó que hubo una clara intencionalidad de que estuvieran todos los finados depositados horizontalmente, portaban como ajuar útiles de gran prestigio social como un botón de marfil de perforación en uve, elementos metálicos y gran cantidad de útiles de adorno y según nos narran sus excavadores, podría tratarse del enterramiento de un grupo familiar (Hernández y Gil, 1995, 108-124). Este hecho pervive en la Cultura Argárica y ha sido corroborado a través de los análisis óseos efectuados a enterramientos dobles en cistas (Castro *et al.*, 1993-1994, 77-107; Lull, 1997-98, 77-80).

Con éstos y otros muchos más ejemplos frutos del avance de la investigación, corroboramos lo dicho en un principio, que de uno a otro período cultural la evolución es lenta y paulatina, no existen cambios bruscos en el devenir histórico de nuestras sociedades prehistóricas, simplemente hay vacíos de investigación que con el transcurso del tiempo se van cubriendo gracias al trabajo de campo sistemático.

Las distintas formas de enterramiento de la Edad del Bronce dependen de los recursos naturales del área de captación de los poblados, aunque también pueden ser signos distintivos del rango que el inhumado ocupaba dentro de la sociedad.

El tipo de enterramiento más antiguo de la Región y a su vez el más escaso, es el practicado en el interior de cavidades o grietas naturales y en covachas excavadas en el terreno que son una clara la pervivencia del período cultural anterior, como hemos visto en los mencionados anteriormente de Villena (Alicante), Lorca, Jumilla y Alguazas (Murcia) en el interior de grietas o covachas naturales que contenían desde tres a siete individuos (Soler, 1986; Ayala, 1987, 9; Hernández y Gil, 1995, 108-125; Nieto, 1959, 189-244).

Este tipo de enterramiento, ya se conoció el siglo pasado pues Siret halló tres en Zapata, la sepultura uno que se encontraba en el interior de una pequeña cavidad natural, la segunda dentro de una hendidura de la roca, ambas estaban situadas en la cima del poblado y una tercera, la sepultura veintitrés situada en la zona inferior, donde al parecer, según narra este autor, no habrían habido casas (Siret, 1890, 130-131, lám. 21; Lull, 1983, 293). En la excavación realizada por Muñoz Amilibia en Cobatillas la Vieja de Santomera, se localizaron dos enterramientos de este tipo y en el Cerro Negro de Jofré (Zarcilla de Ramos, Lorca) se halló un enterramiento en una cavidad natural con un rico ajuar cerámico y metálico, con ventiséis láminas de sílex sin huellas de uso (Martínez *et al.*, 1996, 30-32).

El enterramiento en covacha artificial excavada en el terreno es típica de las fases argáricas más antiguas, Ruiz la halló con dromos en el poblado de Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia). El dromos fue excavado previamente a la cámara con una ligera inclinación de Sur a Norte, posteriormente, la covacha mucho más profunda y orientada Oeste-Este. Depositaron al inhumado en su interior sobre un lecho de piedras construyendo un muro de mampostería como cubierta en el lateral de acceso. El ajuar estaba compuesto por una tibia de ovicáprido (Ruiz, 1993, 89-92).

Este tipo de covachas artificiales excavadas en el terreno pizarroso del cerro lo documentaron Schubart y Arteaga en Fuente Álamo y fueron realizadas con hachas de piedra cuyas improntas pervivieron marcadas en la pizarra del interior de todas las cavidades funerarias (Schubart, 1986, 296, fig. 18; Schubart y Arteaga, 1978, 1980 a, b y c).

Las fosas son agujeros o pozos que fueron excavados en el subsuelo de los poblados, dentro o fuera de las casas, para ubicar al inhumado con su ajuar como sucede en la región andaluza. Siret al

describir las sepulturas de Zapata generaliza especificando «hoyos rodeados de piedras» que presuponemos se trata de fosas (Siret, 1890, 130).

Martínez de Santa-Olalla y equipo los hallaron en La Bastida de Totana los denominaron esqueletos sin protección, esqueleto sobre losa y losa esqueleto con superpuesta. En El Rincón de Almendricos se documentó en el exterior de la estructura «A» con una estructura circular pétreo en la superficie, contenía un inhumado carente de ajuar.

La fosa del enterramiento dos, de la calle de los Tintes de Lorca, tenía una estructura rectangular, contenía a dos inhumados, uno femenino enterrado en primer lugar con punzón de cobre como ajuar y posteriormente, depositaron al finado masculino sobre aquéllos. Curioso es el hallazgo del trazo de pintura roja realizado con pincel que documentaron los arqueólogos lorquinos Ponce y Martínez (Martínez *et al.*, 1996, 29).

En el Cerro de las Víboras de Bagil (Moratalla), según se desprende de la memoria de su excavador, la tumba tres en fosa, contenía un rico ajuar metálico compuesto por puñal y pulsera de plata; la tumba ocho, delimitada con piedras de tamaño mediano, contenía parte de los restos óseos de adultos dispuestos irregularmente que, según su excavador, «tal vez arrojados a la fosa», con una hachita como ajuar y la nueve era otra fosa con escasos restos óseos (Eiroa, 1993-1994, 63-76).

En Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia) halló Ruiz un enterramiento en fosa conteniendo a un adulto con ajuar compuesto por un puñal y dos punzones metálicos (Ruiz, 1993, 87-89).

En El Cerro de las Viñas de Coy se encontró una fosa en la casa «MN» con una mujer de diecinueve años que murió de parto, sin ajuar, en posición fetal con orientación Oeste-Este, mirando hacia el Este, en decúbito lateral izquierdo, su índice de preservación era perfecto conteniendo en el claustro materno los restos óseos del feto que tenía el cráneo ubicado a la derecha de la cavidad pelviana de la madre y su brazo derecho afloraba a través de la sínfisis del pubis y entre los fémures de la madre (Ayala, Malgosa y Jiménez, 2000, 114).

Las cistas aunque generalmente presentan una morfología rectangular, también se han hallado con planta trapezoidal y pentagonal, están construidas con losas pétreas de las canteras de su área de captación, de esquisto, caliza, arenisca, de mampostería o yeso como la sepultura hallada en Las Peñas de San Indalecio y descrita por Escobar «la formaban seis losas de piedras de yeso cortadas con esmero» (Escobar, 1919, 16; Martínez *et al.*, 1996, 18) o las procedentes del poblado de Cobatillas la Vieja de Santomera localizadas en la superficie del yacimiento tras las diferentes expoliaciones (Medina, 1999, 156-182).

El número de lajas es variable, comúnmente están formadas por seis, una en la base sobre la que se coloca al finado (Fig. 7), cuatro laterales y una como tapa o cubierta llegando hasta la decena o más como es el caso de la siete de El Rincón de Almendricos (Ayala, 1991, 113-114).

Las denominadas cistas de mampostería o sepulturas de piedras formando rectángulo por Martínez de Santa-Olalla, están construidas con piedras de mediano tamaño, rectangulares, trabadas con barro conformando la caja pétreo (Fig. 12), como los enterramientos ochenta y cinco y cien de La Bastida de Totana (Martínez *et al.*, 1947, 113 y 115); la seis de El Cerro de las Víboras de Bagil (Moratalla) que contenía un rico ajuar (Eiroa, 1993-1994, 65; 1998, 53).

Su tamaño dependía de la posición social del inhumado, de su talla y del período cronológico, excepcionalmente hay enterramientos que sus dimensiones exceden la norma, por lo que el mismo contenedor funerario determina por sí mismo la categoría jerárquica dentro de la escala social del poblado además de la riqueza de su ajuar, para que quedase patente en la vida de ultratumba; se encuentran aisladas y en la cima del poblado como en Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1978 y 1980, Schubart, 1979), La Cabeza Gorda de Totana (Ayala y Tudela, 1993, 19), El Oficio de Almería (Siret, 1890, 250). En los poblados de llanura la categoría social no se aprecia por su ubicación sino

por su tamaño y posteriormente por la composición de su ajuar, como en la cista uno de El Rincón de Almendricos (García del Toro y Ayala, 1978; Ayala, 1991, 49).

La técnica constructiva constaba de una primera fase en la que se practicaba una fosa cuya sección podía ser oval como las cistas del poblado de El Rincón de Almendricos (Lorca); rectangulares son las del Cerro de Enmedio de Almería (Molina *et al.*, 1980), la sección de un trapecio rectangular invertido localizada por Schubart y Arteaga en Fuente Álamo en cista con dromos y doble inhumación (Schubart, 1979, Schubart y Arteaga, 1978 y 1980, a, b, c), la cista siete de El Rincón de Almendricos y en Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia) (Ruiz, 1993. 87-89).

En este tipo de enterramiento se han documentado inhumaciones individuales, dobles y triples infantiles, dobles conteniendo a un hombre y una mujer y triples con mujer y dos niños o bien hombre, mujer y adolescente. Las situaban en el exterior de las casas en los poblados de llanura y en los de altura, en su interior o exterior dependiendo del espacio. El ajuar puede hallarse en el interior junto a los finados o en el exterior, también se han hallado ajuares mixtos, es decir, dentro y fuera del enterramiento (Fig. 7).

Las cistas tienen generalmente una orientación predominante, Este-Oeste, colocando la cabeza del inhumado al Oeste mirando al Este, hacia sus pies, como si pretendieran significar la existencia a un culto al sol o nacimiento a otra vida.

Los enterramientos aparecen a una profundidad distinta en cada poblado y en el mismo. En El Rincón de Almendricos las urnas cuatro y cinco se hallaban prácticamente en la superficie del terreno, así como la cista nueve, en la que la laja de cubierta, se encontraba al mismo nivel que un hogar sito a escasa distancia. Posiblemente formara parte de algún ritual funerario que excede a nuestra comprensión. Siret indica que en los poblados Zapata, El Argar y Fuente Álamo existían enterramientos a escasa profundidad (Siret, 1890; Ayala, 1989).

Los recipientes funerarios más abundantes son las urnas, en su interior contenían generalmente uno, dos y hasta tres inhumados en posición fetal o sentado con las piernas cruzadas con el ajuar colocado en su interior, en el exterior o mixto, dentro y fuera; la urna se ha documentado en posición vertical, horizontal o inclinada con diferentes orientaciones en el subsuelo de las casas.

Todas ellas están protegidas por una o varias hiladas de piedras de tamaño regular a lo largo de todo su perímetro, de tal modo que, en ocasiones se asemejaban a una formación tumular como muy bien relata Siret la descripción del enterramiento treinta de Zapata «habíasela dispuesto además con un cuidado muy especial, defendiéndola con piedras planas, colocadas á su alrededor. Gracias á esta precaución, bien que rota en gran número de fragmentos, había conservado su forma propia» (Siret, 1890, 131-132) (Fig. 8). Sus bocas estaban selladas con lajas pétreas de caliza, yeso, cuarcita o pizarra, con forma rectangular o cuadrangular a algunas les tallaban el surco del diámetro perfecto de la boca de la vasija para que su precinto fuera perfecto y posteriormente, lo protegían con piedras como al resto de la urna, cuando no los tallaban, colocaban en la boca barro, hojas y cuerdas trenzadas de esparto como comprobamos en el enterramiento cinco de El Rincón de Almendricos en el que quedó marcado el diámetro de la urna en la losa de cuarcita (Ayala, 1991, 125); cuando carecían de estas losas, erigían un muro de mampostería con piedras de tamaño regular trabadas con barro.

Excepcionalmente se han hallado en El Rincón de Almendricos, lajas de pizarra directamente sobre las urnas uno, dos, cuatro y cinco como si se quisiese imitar al enterramiento en cista, se las quisiera proteger mejor o fuera un signo de prestigio familiar.

El mayor porcentaje de inhumados en urnas en los poblados de llanura son niños, y la ubicación de los enterramientos en el interior ó exterior de la casa, dependería de la edad o de cualquier rito socio-religioso ya que, los recién nacidos y los de dos/tres años se encuentran fuera de ellas mismas

y adosados al muro exterior o ligeramente separadas, mientras que los de seis/siete años están en el interior. Existen urnas en El Rincón de Almendricos, que tienen la boca orientada al oriente, las constatamos igualmente en otros poblados de la Región (Ayala, 1986). Se han hallado enterramientos con doble inhumación en La Bastida de Totana como el once, treinta y cinco, cincuenta y dos, noventa y tres y ciento dos y con tres inhumados el vaso funerario ochenta (Martínez *et al.*, 1947, 117).

En el exterior de la casa «Z» del Rincón de Almendricos se halló el enterramiento en urna cuatro a la que le habían practicado un *dromos* ascendente hasta la superficie y carente de relleno pétreo similar al practicado en las cistas siete y nueve de este mismo yacimiento y a la sesenta y nueve descubierta por Schubart y Arteaga en Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1981, 16; Ayala, 1991, 98 y 123).

Previamente estas vasijas fueron utilizadas en los hogares como contenedores de grano o de líquidos constatado por las fracturas y desconchados que presentan algunas en el momento de su hallazgo (Soler, 1986; Ayala, 1991, 489; Martínez *et al.*, 1999, 156). Generalmente corresponden a las formas dos, tres, cuatro y cinco de la tipología de Siret, aunque las más usuales en la Región son las ovoides. Algunas presentan una decoración pintada con pincel de manchas, motivos antropomorfos, zoomorfos y fitomorfos que, hasta el momento, tan sólo se han localizado en nuestra Región (Fig. 9, 10 y 11) (Ayala, 1991, 221; Lillo, 1993, 29; Ayala *et al.*, 1995, 12).

Los enterramientos mixtos son aquellos en los que se combinan dos o varios de los tipos funerarios. Son muy escasos en la Región y en todo el ámbito de El Argar, aunque se constatan:

a.— Urna-urna. Estos enterramientos tenían como cubierta otra vasija que podía ser de igual o de distinta morfología y tamaño. Son los más comunes y denominados «unidas por su boca» por Cánovas (Cánovas, 1886, 224) que narra el enterramiento de una mujer joven hallado por unos obreros al realizar la zanja de cimentación para la construcción de una escuela a fines del siglo pasado en la Calle Zapatería «formada por dos vasijas como las que hemos dicho antes, sin cemento alguno que las reuniese, ni las asegurase en el terreno; al descubrirlas las rompieron, y dentro estaba el esqueleto amoldado a la cavidad, en uno de los brazos tenía un anillo o brazaletes, en la cabeza una corona de picos, según la relación de los trabajadores, y en el fondo de la sepultura, un puñal de cobre», también menciona otros enterramientos hallados con las mismas características en la Puerta de Nogalte y en la Calle Cava (Cánovas, 1886, 140; Simancas, 1915; Martínez *et al.*, 1996, 15).

El término «urnas dobles» fue utilizado por Martínez de Santa-Olalla, tras el hallazgo en La Bastida de Totana de ocho enterramientos, cuatro de ellos contenían a inhumados infantiles, el diez de la casa IV, el cuarenta y ocho de la IX, el ochenta y tres de la XV y el seis de la XVIII; los otros cuatro eran adultos, se exhumaron con inhumación individual el enterramiento cuarenta y cinco de la casa VIII, el setenta y uno y el setenta y cuatro de la XIII y el trece de la XIX; con doble inhumación el ciento dos del departamento I y con triple inhumación el ochenta de la estancia XIV (Martínez *et al.* 1947, 76). Este tipo de cierre también se documentó en los poblados de El Argar, Ifre y Gatas (Siret, 1890, 159, 167-168 y 205), dos pintadas en El Barranco de la Viuda (Fig. 9) (Ayala, 1979, 311; 1989, 41; 1991, 270 y 271; 1994, 246; Martínez, 1990, 71) y un cenotafio en La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras (Martínez, 1999, 162-206).

La Ciudad de Lorca es junto con La Bastida de Totana los poblados argáricos que han exhumado el mayor número de enterramientos de esta tipología corroborando la posibilidad planteada anteriormente sobre la existencia de alfares en estos poblados. Martínez Rodríguez halló en el número once de la citada calle Zapatería el enterramiento ocho formado por dos formas cuatro de Siret, otros cuatro en el mismo solar y otros dos procedentes de los antiguos hallazgos realizados en las calles de La Ciudad de Lorca por el antiguo Grupo Murviedro (Martínez, 1991, 74; Martínez *et al.*, 1996, 21-22 y 67; Lull, 1983, 310). Martínez y Ponce exhumaron en la calle Madres Mercedarias de Lorca, los enterramientos tres y catorce formados por dos formas cuatro de Siret (Martínez *et al.*, 1996, 62-67).

El enterramiento número diez de Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca), es singular pues se inhumó a un infante de entre cinco meses y medio a siete meses que fue colocado sobre un gran fragmento cerámico de la forma cuatro de Siret perfectamente nivelado por pequeñas cuñas pétreas y cubierto por una forma tres con cuatro tetones de suspensión (Martínez *et al.*, 1999, 172).

b.– Urna-covacha. Siret descubrió la sepultura número veintitrés de Zapata donde una urna fue depositada al abrigo de una gran roca cubriendo posteriormente su acceso con una gran losa (Siret, 1890, 132). Este tipo de cierre con laja de gran tamaño es similar a los hallados en las covachas artificiales de Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1978).

c.– Fosa-urna. En El Cerro de las Viñas de Coy, Lorca, se encontraron dos enterramientos infantiles mixtos compuestos por una fosa ovalada donde se depositaron a los niños en posición fetal con su ajuar cubiertos por grandes fragmentos cerámicos de vasijas ovoideas (Ayala *et al.*, 1999).

d.– Covacha-cista. En las excavaciones de Cobatillas la Vieja de Santomera Muñoz Amilibia localizó un enterramiento infantil en una pequeña grieta con una laja de cubierta, similar a los enterramientos calcolíticos los hallados y excavados por Soler en Villena. Un segundo enterramiento, de adulto, con estas características halló pero introdujeron cinco lajas para conformar el perímetro la cista ubicada en el interior de una covacha natural pues carecía de la laja del fondo, tenía dos capas de losas superpuestas como cierre.

e.– Tholoi-cista. En Los Cipreses se halló una cista en el interior de un anillo pétreo, de un tholos manteniendo la vieja tradición megalítica.

f.– Urna-cista. Eiroa localizó en El Cerro de las Víboras de Bagil (Moratalla) un enterramiento número cuatro contenía a un individuo adulto en el interior de una urna tan sólo hasta el esternón, quedando desde las costillas flotantes fuera de ella, por lo que tuvieron que construir una cista de mampostería para la zona inferior del cuerpo del inhumado (Eiroa, 1993-1994, 64 y 1998, 51).

g.– Cistas-cista de mampostería. Formadas con lajas pétreas y con muro de mampostería se hallaron en La Almoloya de Pliego (Cuadrado, 1944-1945, 363) y en el enterramiento tres, infantil de Los Cipreses (Fig. 12) (Rodríguez *et al.*, 1996, 47-49).

h.– Cistas talladas en la roca se han localizado expoliadas en el poblado de Las Maridíaz de Cieza (Ayala, 1982, 102).

Generalmente les depositaban como ajuar interior o exterior vasos cerámicos, útiles metálicos, líticos, óseos e incluso comida líquida y sólida, dependiendo de que fueran adultos o niños (Fig. 7). El ajuar de hombre y mujeres variaba tanto por su sexo como por la categoría social de los finados (Blance, 1961 y 1964; Schubart, 1975; Hernández, 1982 y 2001-2002; Lull, 1983 y 1997-1998; Hurtado, 1987; Martínez, 1990; García, 1992; Castro *et al.*, 1993-1994; 1995 y 1996; Montero, 1994; Risch, 1995 y 1996; Martínez *et al.*, 1996 a y b; Simón, 1997; 1998 y 2001-2002; Martínez, 1999; Contreras, 2001-2001; Gonzalo, 2001-2001; Pedro, de 2001-2002).

Se han hallado una serie de enterramientos carentes de restos óseos con o sin ajuar, son los cenotafios, nos planteamos si la causa de la desaparición de los restos óseos fue la acidez de la tierra o si por el contrario, los finados fueran mercaderes, guerreros etc. que, por cualquier motivo, no regresaron al poblado y tras un tiempo prudencial, les construyeron sus enterramientos en su memoria.

Sin ajuar documentó Siret los cenotafios en las cistas del veintidós al veintinueve en Zapata, construidas con losas de arenisca y pizarra (Siret, 1890, 132); en el poblado La Bastida de Totana la cista sesenta y cinco construida con lajas de yeso (Martínez *et al.*, 1947, 96). Precedentes de este hecho se han localizado en zonas alejadas de esta cultura como las cistas de pizarra de Huelva (Amo y de la Hera, 1975, 433).

Cenotafios en urna se han localizado en La Bastida de Totana la número sesenta y nueve en el departamento XIV, la ochenta y cuatro y de la ochenta y ocho a la noventa y dos en el XV (Martínez

et al., 1947); la catorce del departamento IV contenía una forma cinco de Siret; la treinta y nueve del XIV con una vasija carenada como ajuar exterior; la cuarenta y nueve de la casa IX portando en su interior una forma tres; la setenta y nueve de la XIV con una vasija carenada y fragmentos de otra y a la noventa y siete de la estancia XV le colocaron una vasija carenada (Martínez *et al.*, 1947, 96). Las urnas dos y cinco de El Rincón de Almendricos; la dos de El Cerro de las Viñas de Coy sito en el exterior y adyacente de la casa «A» y el siete en el interior de la «AC» (Ayala, 1991, 122); la urna doble exhumada por Martínez Sánchez en La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras (Martínez, 1999, 173-178).

En urna doble se halló tan sólo el enterramiento cuarenta y cinco procedente de la casa VIII de La Bastida de Totana que tenía un ajuar exterior compuesto por una vasija carenada (Martínez *et al.*, 1947, 96).

Cenotafio en fosa se localizó uno situado al Este de la casa «Z» en el poblado El Rincón de Almendricos y cubierto por una laja de pizarra, como hemos podido observar la mayoría de enterramientos de este poblado de llanura utilizaban mayoritariamente las lajas de esquisto, presumimos que este poblado es el que controlaba la explotación de la cantera del Collado Aullón de la Sierra de Enmedio (Ayala, 1991, 122); en La Bastida de Totana el enterramiento treinta y tres (Martínez *et al.*, 1947, 100) y Martínez Sánchez halló una fosa con estructura tumular de cubrición en el complejo estructural tres de La Loma del Tío Ginés de Puerto Lumbreras (Martínez, 1999, 173-178).

El cenotafio en cista número sesenta y cinco de La Bastida de Totana, construida con lajas de yeso contenía como ajuar exterior dos cuencos uno dentro del otro similar al documentado en El Barranco de la Viuda de Lorca (Martínez *et al.*, 1947, 96; Ayala, 1981, 27).

EL ARTE DE LA CULTURA ARGÁRICA

La manifestación artística parietal y mueble están implícitas en el hombre desde el Paleolítico, en cambio, la representación pictórica sobre soporte cerámico pervive desde el neolítico hasta nuestros días y no es nada extraño ni extraordinario documentarla en las formas cerámicas con los estilos figurativo y esquemático (Ayala, 1988, 41-54; 1991; Ayala *et al.*, 2000, 589; Ayala y Jiménez, 2001, 14-31).

1. En terracota se han localizado zoomorfos y una vasija.

1.1. Zoomorfos. Los hermanos Siret hallaron las primeras expresiones artísticas argáricas en el yacimiento epónimo de El Argar donde localizaron tres pequeñas figuras exentas, realizadas en tierra cocida, que identificaron como toros o vacas que, bien sean artesanía, juguetes o arte en sí mismo, ídolos. De este modo fueron identificados por sus descubridores «pequeñas estatuas toscamente labradas en tierra cocida. Se conoce que el artista ha querido representar vacas o toros... las patas están pegadas dos a dos...únicas representaciones de seres animados que hemos encontrado en nuestros caseríos, parecen que deben ser atribuidas al pueblo prehistórico cuyos restos estudiamos.» (Siret 1890, 155, fig. XVII, 1, 2, y 3). Posteriormente, se han encontrado otras terracotas similares como el toro exhumado durante las primeras campañas arqueológicas de El Cerro de las Viñas de Coy y un caballo de Los Gaspares de Almería, ambas tienen las patas pegadas dos a dos como las citadas anteriormente procedentes de El Argar (Ayala, 1980, 55). Un cánido con la cabeza y orejas perfectamente definidas y el cuerpo alargado de forma oval, carece de patas hallado en el ajuar del enterramiento en urna doble de la Calle Zapatería, de la antigua colección del Grupo Murviedro, se halla expuesto en las salas del Museo Arqueológico de Lorca.

1.2. La forma cerámica de una vasija forma seis de Siret con su posible tapa hallados en el ajuar del enterramiento anteriormente descrito de la Calle Zapatería expuesto en las salas del Museo Arqueológico de Lorca.

2. En piedra se han documentado antropomorfos, zoomorfos e insculturas.

2.1. Antropomorfos han sido descubiertos Schubart y Arteaga durante las excavaciones de Fuente Álamo (Almería), cuatro estelas antropomorfas depositadas como posible ajuar funerario en enterramientos en cistas y urnas. Presentan los rasgos faciales de un rostro humano representados someramente, tan sólo ojos y boca. Se han tallado sobre arenisca, al igual que algunas de las cistas de este asentamiento (Risch y Schubart, 1991, 182).

Un molino barquiforme procedente del poblado de altura de Monteagudo (Fig. 13), fue reutilizado y recortado en el que tallaron una figura antropomorfa esquemática de Brazos en asa similar a las del Abrigo segundo del Cimbarrillo de María Antonia, el Callejón del Reboso del Chorrillo, al del Abrigo Superior de Moriscos del Helechal, Covatilla de San Juan y el Abrigo Segundo de Majadilla de Puerto Alonzo (Acosta, 1968, 28-35, fig. 2: 12, 14, 15 y 16, fig. 3: 22): Dependiendo de la luz puede interpretarse también como figura humana de tipo Ancoriforme y similar al del Abrigo Segundo del Cimbarrillo de María Antonia (Acosta, 1968, 28-35, fig. 7: 11).

También se han documentado placas de pizarra antropomorfas, la primera de ellas se exhumó con varios fragmentos cerámicos del interior de la casa «C» y próximo al muro oriental de El Rincón de Almendricos. Las otras dos fueron halladas en las prospecciones arqueológicas realizadas en la década de los ochenta en los poblados lorquinos El Castellar de Lorca (Béjar) y La Finca de Félix (Purias), estas dos últimas se asemejan más a las placas antropomorfas de Escorialejo y Vacas de Retamoso, con la cabeza y los hombros indicados.

Generalmente, desde antiguo, se les ha atribuido el significado de ídolos a las placas muebles, Frankowsky les negó desde un principio esta significación basándose en paralelos etnológicos, para él, tan sólo eran simples figuras humanas «...en las placas no hay que ver otra cosa que la imagen o representación del cuerpo de un cadáver para que sirva de morada a su alma» (Frankowsky, 1920, 18-27; Acosta, 1968, 71, fig. 20: 8 y 10). Paralelos etnoarqueológicos que Acosta no termina de aceptar y, en cambio, Blasco afirma, «...a través de paralelos etnoarqueológicos se ha llegado también a la conclusión de que el arte»... (Blasco, 1997, 35).

Tras el hallazgo del fragmento cerámico de El Cerro de las Viñas de Coy (Lorca) con la representación pictórica de un arquero que ha disparado hipotéticamente a la figura antropomorfa tendida en el suelo, similar a la pintura rupestre esquemática de Nuestra Señora del Castillo donde se representa a una mujer en el interior de una estructura similar a las placas de Puerto de Vistalegre (Almadén), Escorialejo y de Vacas de Retamoso (Breuil, 1935, 147-150, fig. 89, 2; Acosta, 1968, 72, fig. 20), se ratifica totalmente el criterio de Frankowsky y Blasco y el significado que el primero les atribuyó y que Acosta tan sólo aceptaba para algunas de la representaciones antropomorfas de la pintura esquemática sin aceptarlo para las placas muebles «Con ello no queremos hacer extensivo dicha significación humana a todas las placas, ni en pintura, ni mucho menos en materiales muebles;; creemos simplemente que éste sería un caso más de los muchos en que se ha transferido el significado humano a motivos que, por su propia tipología, responden a lo que comúnmente se denominan ídolos» (Acosta, 1968, 69-73, fig. 20).

2.2. Zoomorfos. En Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca), se localizó como ajuar exterior de un enterramiento en urna, un bloque pétreo de esquisto de sección rectangular con sus ángulos redondeados y su contorno ovalado para conformar a los animales representados. Dos de las caras del bloque, presentan la talla en bajo relieve de la cabeza de un caballo, en una, de frente y en la otra,

de perfil; en las otras dos, a un ave completa, un águila, que en una inicia el vuelo y en la otra está posada sobre una rama. El bloque está perfectamente recortado de tal modo que el artista ha hecho coincidir la silueta de la cabeza del equino con la figura del ave. No conserva restos de pigmentos (Ayala *et al.*, 1988, 34 y 1999, 21).

2.3. Insulturas y una docena de cazoletas se hallan en un bloque pétreo cuadrangular procedente de las excavaciones realizadas por el profesor Julio Martínez de Santa-Olalla y equipo en el poblado murciano de La Bastida de Totana (Fig. 14) (Martínez de Santa-Olalla, 1947).

3. La ornamentación de la vajilla doméstica. Desde que comenzamos a prospectar la Región en la década de los setenta observamos que numerosos fragmentos cerámicos o vasijas completas de este período procedentes de prospecciones y excavaciones arqueológicas efectuadas en El Rincón de Almendricos (Lorca), La Bastida de Totana, El Cerro de las Viñas de Coy, El Cabezo Gordo o de la Cruz de Totana, El Barranco de la Viuda, Cerro del Moro etc., estaban decoradas mediante el espatulado o la pintura de color rojo vinoso con representaciones antropomorfas, mujeres, hombres y niños, de animales, útiles, signos y símbolos de distinta lectura. En muchos de ellos tan sólo se aprecian manchas, trazos o signos aislados o formando conjuntos no nos hemos podido pronunciar sobre su significado por ser realmente difícil identificarlos con toda certeza, en cambio a otros sí y estos son los que nos han permitido avanzar en el conocimiento artístico de las mujeres y hombres de este período prehistórico (Fig. 9, 10 y 11).

3.1. Ornamentación espatulada. Existen cerámicas argáricas decoradas con la técnica del espatulado con la vasija carenada hallada como ajuar funerario de la cista cinco del poblado de Ilanura de El Rincón de Almendricos, con huellas en diagonal paralelas del bruñido para imprimirle mayor esbeltez a la vasija. En la Calle Madres Mercedarias del poblado argárico sito en La Ciudad de Lorca, formando parte del ajuar de enterramiento en cista número catoce, destaca el cuenco, tipo uno de Siret, de cerámica fina y reductora con su interior decorado representando una flor de cuatro pétalos (Martínez *et al.*, 1996, 65, fig. 20). Existen paralelos en copas de Zapata, Ífre y El Argar (Siret, 1890, 129-130, 179, 230, lám. XXVI y otra del poblado de Ciavieja en El Ejido, Almería (Suárez *et alii*, 1985, 19, fig. 10, 6). Esta técnica, más restrictiva, pervive al igual que la impresión y el bruñido de períodos anteriores.

3.2. Ornamentación pintada. Las vasijas argáricas pintadas que fueron sometidas con posterioridad a su levantamiento a un baño de engobe y a una cocción superior a novecientos grados centígrados, las decoraron con pintura monocroma de color rojo vinoso realizadas con pincel y tinta plana sobre el engobe, sometiéndolas de nuevo a otra cocción; estas formas pintadas corresponden a las formas cuatro, cinco y seis Siret. Los análisis practicados a algunos fragmentos cerámicos de los distintos yacimientos murcianos demuestran que son pigmentos silicatados con abundantes óxidos y oxihidróxidos de hierro. La existencia de goetita y lepidocrocita, fases hidratadas, indican que la cerámica ha sido pintada con posterioridad a la cocción corroborado a través del estudio de SEM y microanálisis (Ayala *et al.*, 1997, 1-11). Todas las que han permanecido completas hasta nuestros días fueron utilizadas como vajilla de cocina y posteriormente reutilizadas como urnas funerarias (Fig. 9, 10 y 11) (Ayala, 1991).

Las primeras que se exhumaron fue en la década de los años cuarenta por Martínez Santa-Olalla y equipo en La Bastida de Totana, donde hallaron numerosas urnas funerarias decoradas con motivos simbólicos todavía sin identificar, estuvieron expuestas en las dos salas primeras del Museo Arqueológico de Murcia (Fig. 10); posteriormente, en la década de los ochenta, pudimos estudiar dos procedentes de El Barranco de La Viuda o Cueva de la Palica de Lorca sitas en una colección particular de Murcia (Fig. 9) (Ayala, 1988, 41-54), por último Lillo Carpio director de las excavaciones

arqueológicas realizadas en el poblado Los Molinicos de Moratalla halló en niveles argáricos una urna funeraria conteniendo un inhumado en posición fetal con un profuso ajuar cerámico y metálico (Fig. 11) (Lillo, 1993, 27). La vasija, de la forma cuatro de Siret, posee diez mamelones en el inicio del galvo y separados entre sí unos veinte centímetros, está realizada con una cocción alternante y su terminación es de un bruñido exterior de gran calidad; sus dimensiones son ciento cinco centímetros de alto por setenta y cuatro de anchura máxima. Se encuentra totalmente pintada a pincel desde el borde hasta la base con representaciones antropomorfas, zoomorfas y signos, documentándose tanto el estilo figurativo como el esquemático.

En esta vasija hemos podido observar figuras aisladas y diversas escenas. Entre ellas es digna de mención la escena de pastoreo de carácter naturalista paralelo al que podemos observar en todos los paneles del arte rupestre levantino estudiado por Beltrán, Hernández, Acosta, formada por una figura femenina y tres cuadrúpedos situados en diagonal para crear mayor profundidad, donde se nos muestra la actividad ganadera que ya era un trabajo cotidiano femenino valorado para ser plasmado en ella al igual que en las halladas del arte rupestre levantino. La mujer, situada a unos veinte centímetros por debajo de los tetones, lleva un vestido amplio que le cubre hasta los pies, los brazos están abiertos en actitud de movimiento, la cabeza delimitada por un trazo circular de color más intenso sobre la que destaca el tocado, estilísticamente nos recuerda a la escena de la madre y la niña del abrigo de Minateda (Albacete) (Breuil, 1920; Beltrán, 1968). Frente a ella se documenta la posible figura de un carro compuesta por dos círculos rellenos unidos por un trazo semicircular en forma de U.

Debajo e iniciando la diagonal se encuentra una cabra representada con un leve escorzo, con su cabeza girada mirando al cuadrúpedo y cánido sitos a su derecha, a la cabra se le identifican perfectamente sus patas, orejas, rabo y mamellas. Los cápridos se documentaron en la Región en Moratalla (La Cañaica del Calar, El Abrigo II y La Andragulla) (García del Toro, 1994, 154; Mateo, 1999, 55); En Yecla (Monte Arabí) (Cabré, 1915; Breuil *et al.*, 1915; Beltrán, 1968, 222), Cieza (Los Grajos y Los Pucheros), Lorca (El Mojao), Jumilla (El Buen Aire, Canto Blanco) y Mazarrón (La Higuera de Isla Plana, Mazarrón) (García del Toro, 1994, 168).

El cuadrúpedo tiene representado su perfil derecho con las astas y realizado por medio de un trazo relleno parcialmente. Los cuadrúpedos indeterminados son muy abundantes en Moratalla (La Cañaica del Calar del Sabinar y Fuente del Sabuco), Cieza (Los Grajos, La Serreta y Las Cabras, estos dos últimos paleolíticos (Salmerón *et al.*, 1996, 201-216) y Calasparra (El Buen Aire de Jumilla y El abrigo del Pozo) (Beltrán, 1968, 220; García del Toro, 1994, 150; Mateo, 1999, 31).

A su derecha y en un plano ligeramente inferior para lograr profundidad, hay un cánido en escorzo y girado hacia el cuadrúpedo, le destacaron su potente musculatura de los cuartos traseros realizándolos. Los cánidos se localizan en Cieza (Los Grajos) y Moratalla (La Fuente del Sabuco) (Beltrán *et al.*, 1986, 187-208; García del Toro, 1994, 154) y en los Abrigos El Pozo (Ayala y Jiménez, 2001, 31-41) que fueron interpretados como cuadrúpedos de estilo esquemático sin especificar la especie animal (San Nicolás, 1985, 95-118; García del Toro, 1994, 159 y Mateo Saura 1999, 164).

Dos aves en actitud de vuelo se documentan a pocos centímetros a la izquierda del cánido y cuadrúpedo, siguiendo una línea diagonal para imprimir la sensación de vuelo sincrónico plasmando movimiento y profundidad. Las aves se han documentado en Yecla (Los Cantos de la Visera y El Abrigo II) (Beltrán, 1968, 222; García del Toro, 1994, 144; Ayala y Jiménez, 2001, 31-41).

Una cabra montés y un équido constituyen otra escena que está inmediatamente debajo de los cuadrúpedos y aves en la zona media central de la urna; el équido muy estilizado, está representado del perfil derecho perfectamente definido todo él a excepción de su cabeza de la que tan sólo se conserva una mancha, con el tronco y el cuello esquematizados y su cola profusa; las patas

delanteras se encuentran rígidas y al igual que en las terracotas, representadas dos a dos, los cuartos traseros se hallan ligeramente flexionados como consecuencia de una frenada brusca e imprevista, intencionalmente han sido resaltados sus cascos traseros y especialmente de los delanteros el derecho. Los équidos se han hallado representados en nuestra Región desde fines del solutro-gravetiense en Cieza (La Cueva I del Arco y en la Cueva de San Jorge) (Salmerón, Lomba y Cano, 1996, 201 y 205) y en el arte levantino en Yecla (Los Cantos de la Visera y El Monte Arabí), Moratalla (El Calar de la Santa y La Fuente del Sabuco) (Beltrán, 1972; García del Toro, 1994, 154; Mateo *et al.*, 1995 y 1999, 60) y Jumilla (El Peliciego y El Buen Aire) (García del Toro, 1994, 169).

Frente a él, se halla un macho cabrío en actitud de salto hacia la derecha reflejando la fase de suspensión del salto, con la cabeza girada hacia su derecha mirando al équido, por lo que su gran cornamenta se aprecia completa. Es una escena muy dinámica donde parece que ambos animales se hubieran asustado mutuamente.

En el tercio inferior de la vasija, hay mayor profusión decorativa, su lectura es mucho más compleja debido a la mala conservación de sus pinturas y a la amalgama de trazos que son difíciles de interpretar. Entre ellos podemos confirmar la existencia de una figura esquemática masculina entre dos chamanes, está realizada con trazo grueso, la cabeza apoya directamente sobre los hombros pues carece de cuello y su pierna derecha ligeramente flexionada su actitud de carrera, semejante a los antropomorfos esquemáticos del panel de la Cueva II de los Cantos de la Visera (Cabré, 1915, 208; Beltrán, 1968, 221) y al del Tío Labraor de Lorca (Breuil, 1933, 35; García del Toro, 1994, 147; Ayala y Jiménez 2001, 12-31). El chamán esquemático situado a su izquierda, se asemeja al representado en El Arabí que destaca por gran cornamenta de cabra montés y por el tamaño de su figura, aunque tiene los brazos en asa no lleva nada en sus manos como el itifálico con cabeza de carnero de La Cueva de los Letreros de Vélez Blanco (Almería) (Acosta, 1968, 154-158) y que Jordán lo interpreta como un ser itifálico con cabeza de carnero (Jordán, 2000, 100-101); un tercer chamán de estilo esquemático, tocado con cornamenta de menor dimensión se encuentra a la derecha del antropomorfo en actitud de carrera. Compartimos totalmente la opinión de Leroi-Gourhan y Jordán que las pinturas rupestres constituyen una escritura que nos narran y describen relatos y complejos rituales ancestrales, trasladándonos al mundo espiritual, al mundo mágico-religioso (Breuil, 1933, 3-17, pl. IX; Acosta, 1968, 154, fig. 52; Leroi-Gourhan, 1984, 164; Jordán, 1998, 133, y 2000, 100, fig. 8).

A la derecha de esta escena se encuentra un antropomorfo de estilo figurado, girado a la derecha, hacia los chamanes y macho cabrío; presenta un gran tocado y al igual que el anterior antropomorfo carece de cuello, se asemeja a uno de los arqueros de El Collado del Guijarral (Walker, 1971, 224 y 1973, 4:18 ined.; Carrasco *et al.*, 1985, 27 y 28, fig. 1; Soria y Gabriel, 1986, 236; Ayala y Jiménez, 2001, 12-31; Ayala, 2000, 241).

A la derecha de la mujer de la escena pastoril, descrita anteriormente próxima a los tetones, se observa una figura de estilo esquemático, con los brazos en alto en actitud orante o danzante, estas representaciones con los brazos arriba con estas posiciones están documentadas desde el Neolítico, como se observan en El Plá de los Petracos de Castell de Castells (Hernández y C.E.C, 1982; Martí y Hernández, 1988, 19) o en Los Grajos de Cieza, donde las figuras con los brazos elevados arriba forman parte de una escena colectiva de hombres mujeres y animales que Beltrán interpreta como danza fálica (Beltrán, 1968, 224; lám. 143a: 25 y 39; García del Toro, 1994, 150-152, fig. 5; Walker, 1973, 4:18; Ayala y Jiménez, 2001, 12-31). En la Cueva de los Paradores de Lorca se encuentran dos figuras humanas interpretadas como arqueros esquemáticos con los brazos elevados hacia arriba con idéntica actitud. Ante las pinturas de esta vasija argárica comprobamos que dichas representaciones perviven hasta la Edad del Bronce peninsular (Ayala y Jiménez, 2001, 12).

A la izquierda del équido y en un plano inferior, un antropomorfo esquemático con pies y algún objeto posiblemente un capazo de esparto sobre sus hombros y cabeza, similar a las denominadas figuras humanas en doble «Y» por Acosta, acéfalas o no y con los miembros superiores e inferiores abiertos semejante a las representaciones antropomorfas Anear de Villar de Humo, Cuenca y a los del Abrigo del Mojao y al antropomorfo de Brazos en asa del molino de Monteagudo citado anteriormente, por la cimbreada escoliosis de su tronco debido al peso del contenido del cesto, aunque existen otros paralelos a nivel peninsular, estos son los que más se asemejan al de esta vasija argárica (Acosta, 1968, 41-43, fig. 8: 10 y 13; Mateo Saura 1999, 203, fig. 24 y 25).

Pintaban de arriba abajo para crear profundidad en las escenas de esa cara de la vasija, por ello, también situaban a las figuras de los animales en diagonal, de tal modo que uno de ellos da la sensación de estar en un segundo plano, como en el cuadrúpedo y cánido, las dos aves, el équido y el macho cabrío. Las figuras principales se encuentran en el centro de la vasija son las de mayor tamaño como el caballo y el macho cabrío, quedando las otras figuras como en un segundo plano y algo más alejadas del espectador. Cuando estuviera la vasija en el interior del vasar destacaba la escena principal, si la colocaran sobre el poyo de la cocina equilibraba con ofitas o garbos a modo de trébedes, contemplarían la totalidad de las pinturas de esa cara de la vasija.

La técnica empleada con la excepción del cuadrúpedo y cáprido, es la tinta plana, monocroma, de color rojo vinoso. El mayor efecto de volumen conseguido mediante las distintas gamas de color ha sido en las figuras del cáprido, cuadrúpedo y en cánido a través del escorzo y con un matiz naturalista.

Entre las representaciones zoomorfas del arte rupestre de la Región son los cápridos y équidos los más numerosos y en menor proporción se encuentran los cánidos y aves.

Entre todos los fragmentos pintados hallados en El Cerro de las Viñas de Coy destacan el fragmento cuyo número de inventario es «Coy 91- 48» en el que se observa la representación pictórica de un círculo con un punto central que identificamos como un pecho, en el que lograron conseguir el efecto de volumen por su ubicación en el galvo de la vasija; esta representación nos recuerda a las manifestaciones plásticas de la cerámicas neolíticas de El Chorrillo Bajo y El Capitán (Lorca, Murcia) (San Nicolás, 1994, 44; Ayala *et al.*, 1995, 41), y las exhumadas por Villalba en las minas neolíticas de Can Tintorer (Villalba, 1986, 99) y a las representaciones pictóricas de la Sierra de San Serván, la Posada de los Buitres y del Estrecho de Santonge (Acosta, 1968, 117) y al circuliforme de la Cañaica del Calar IV (Mateo, 1999, 58; Ayala *et al.*, 2000, 588; Ayala y Jiménez, 2001, 12).

Otro presenta una decoración que interpretamos como un aracniforme formado por dos trazos semicirculares y otro central, unidos en la parte superior similar al estudiado por Beltrán de la Cañaica del Calar (Beltrán, 1968, 251) o como «hacha votiva decorada» según Breuil y Acosta, de La Sierpe, Minateda, Malas Cabras y La Virgen del Castillo (Breuil, 1933-35, 79; Acosta, 1968, 107), Acosta le atribuyó a una cronología Neolítica por lo que consideramos pervive esta representación hasta la Edad del Bronce. En las escenas del Abrigo III del Pozo relacionadas con la actividad agrícola se observan hombres en phi, azadas y cinco perros. Las azadas han sido interpretadas como «hachas de piedra enmangadas « y «trazos de disposición oblicua rematado en la parte superior por un trazo menor perpendicular», las hachas tienen un ángulo de empuñadura perpendicular, de noventa grados (Breuil, 1933-35), en las pinturas de El Pozo no se observa este empuñadura perpendicular propio de una hacha y sí de un ángulo agudo propio de una azuela (Ayala y Jiménez, 2001, 35).

En la campaña de excavaciones de 1997 se localizaron varios fragmentos de una misma vasija en el estrato II del interior de la casa del corte MN, en uno de ellos citado anteriormente, se observa la representación de un arquero estilizado, de estilo figurativo, que porta un tocado de dos penachos en su cabeza, está de perfil portando un arco en actitud de movimiento, de disparo, hacia la represen-

tación antropomorfa que se encuentra a su derecha, muerta sobre el suelo. Este motivo es similar a la placas antropomorfas de Mediano, Escorialejo y Vacas de Retamoso, con la cabeza y los hombros indicados, coincidiendo con Acosta en que es la representación esquemática del cuerpo de un cadáver a consecuencia del disparo del arquero (Acosta, 1968, 69-73, fig. 20). Desde el punto de vista estilístico los paralelos regionales de arqueros estilizados de estilo levantino se encuentran en El Sabinar (Moratalla) (Beltrán, 1968; Beltrán, 1970, 237; Alonso y Grimal, 1985, 28; García del Toro, 1994, 154; Mateo y San Nicolás, 1995) y El Abrigo del Mojao de Lorca (Ayala y Jiménez, 2000 y 2001).

A través de las manifestaciones artísticas de la Edad del Bronce (Cultura Argárica) se obtiene un mayor conocimiento de estas gentes, de sus sentimientos e inquietudes estéticas, ya que consideramos que no sólo hacían referencia a lo simbólico sino que también tenían una preocupación por la búsqueda de la belleza incluso en los elementos funcionales como la cerámica de uso cotidiano. Podemos afirmar que al igual que en el neolítico y calcolítico hay manifestaciones artísticas que se extrapolan al arte rupestre y en este período existe una clara relación estilística y técnicamente con la pintura parietal levantina, quedando demostrada su pervivencia hasta al menos la Edad del Bronce como Blasco preludiaba (Blasco, 1997, 43).

Gracias a la investigación de campo de todos los investigadores citados en un principio al igual que a todos los jóvenes no citados, es como se va conociendo la vida y obra de las gentes que en la prehistoria reciente poblaron nuestras tierras murcianas.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA MARTINEZ, P. (1968): *La Pintura Rupestre Esquemática en España*. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, I, Universidad de Salamanca.
- ALONSO TEJADA, A. y GRIMAL, A. (1985): «Las pinturas rupestres de la Fuente del Sabuco II (Moratalla, Murcia)», *Ampurias* 47, p. 28-33, Barcelona.
- ARTEAGA, O. y SCHUBART, H. (1986): «Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área del Argar», *Homenaje a Luis Siret, (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora, junio 1984, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Madrid 1986, p. 289-307.
- ARRIBAS PALAU, A. (1967): *La Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Madrid.
- AYALA JUAN, M^a. M. (1977-78): «Un yacimiento argárico de llanura: La Alcanara». *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, vol. XXXVI, 1-2, p. 5-10, Murcia.
- AYALA JUAN, M^a. M. (1979-80): La Cultura de El Argar en la Provincia de Murcia, *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, vol. XXXVIII, p. 147-192, Murcia.
- AYALA JUAN, M^a. M. (1980): «Un équido procedente de Los Gaspares». *Rev. Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, vol. XXXVII, 1-2, Curso 1978-1979, p. 55-60, Murcia.
- AYALA JUAN, M^a. M. (1987): «Enterramientos calcolíticos de la Sierra de la Tercia. Lorca. Murcia. Estudio preliminar», *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, vol. III, p. 9-25, Murcia.
- AYALA JUAN, M^a. M. (1988): «El Cerro del Tesoro, Cerro del Moro, Cueva de la Palica o el Barranco de la Viuda». *Rev. Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 4, p. 41-54.
- AYALA JUAN, M^a. M. (1991): *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión*. Ed. Excmo. Ayuntamiento de Lorca, Real Academia Alfonso X El Sabio, C.A.M., p. 531, Murcia.
- AYALA JUAN, M^a. M., IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J. F. y GARCÍA LÓPEZ, M^a. M. (1987): *Catálogo y estudio de los yacimientos de la Edad del Bronce de los Términos Municipales de Cieza, Bullas, Mazarrón, Murcia y Yecla. Prospección Arqueológica*. Consejería de Cultura y Educación de la Comunidad Autónoma de Murcia, vol. II, p. 98-147, (inédito).

- AYALA JUAN, M^a. M., ORTIZ GONZALEZ, R. (1989): «Análisis por difracción de rayos-X de enlucidos de las casas argáricas de los yacimientos de El Rincón de Almendricos y El Cerro de las Viñas de Coy. Lorca. Murcia». *XIX Congreso Nacional de Arqueología. Castellón de La Plana*, 1987, p. 323-327. Zaragoza.
- AYALA JUAN, M^a. M., POLO CAMACHO, J. L. (1989): Dos yacimientos argáricos: El Rincón de Almendricos, El Cerro de las Viñas, Lorca (Murcia). *II Convegno di studi «Un millenio di relazioni fra La Sardegna e i Paesi del Mediterraneo»* Selargius 1986, La Sardegna. Italia.
- AYALA JUAN, M^a. M.; MARTINEZ SANCHEZ, M^a. J.; PEREZ SIRVENT, C.; TUDELA SERRANO, M^a. L. y MILÁ OTERO, S. (1997): «La evolución tecnocultural de las cerámicas de la Comarca de Lorca (Murcia, España)» Póster. *Third Annual Meeting. European Association of Archaeologist. Ravenna*, September 24-28, 1997, p. 102.
- AYALA JUAN, M^a. M.; MARTINEZ SANCHEZ, M^a. J.; PEREZ SIRVENT M^a. C.; TUDELA SERRANO, M. L. y MILÁ OTERO, S. (1997): «Estudio comparativo de cerámicas argáricas del Sureste Español.» Poster. *Third Annual Meeting. European Association of Archaeologist. Ravenna* September 24-28, 1997, p. 103.
- AYALA JUAN, M^a. M.; POLO CAMACHO, J. L. y JIMÉNEZ LORENTE, S. (1997): «Estudio metalúrgico del armamento funerario de la Edad del Bronce del Sureste Español.» Poster. *Third Annual Meeting. European Association of Archaeologist. Ravenna*, September 24-28, 1997, p. 104.
- AYALA JUAN, M^a. M.; MANCHÓN, R.; MARTINEZ SANCHEZ, M^a. J.; MOYA DEL BAÑO, F.; PEREZ SIRVENT M^a. C.; TUDELA SERRANO, M^a. L. y MILÁ OTERO, S. (1997): «Caracterización y composición mineralógica de la escultura zoomorfa perteneciente a la Edad del Bronce del Sureste peninsular (Cultura Argárica).» *Third Annual Meeting. European Association of Archaeologist. Ravenna*, September 24-28, 1997, p. 106.
- AYALA JUAN, M^a. M.; JIMÉNEZ LORENTE, S. Y SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M^a. B. (1997): «El poblado de altura «El Cerro de las Viñas» de Coy. Lorca, Murcia. Campaña de excavaciones de 1991». *Memorias de Arqueología 1991. Terceras Jornadas de Arqueología Regional*. Comunidad Autónoma de Murcia. Consejería de Cultura y Educación, p. 69-93. Murcia.
- AYALA JUAN, M^a. M.; MANCHON, R.; MARTINEZ SANCHEZ, M^a. J.; MOYA DEL BAÑO, F.; PEREZ SIRVENT, M^a. C. y TUDELA SERRANO, M^a. L. (1998): «Caracterización y composición mineralógica de la escultura zoomorfa perteneciente a la Edad del Bronce del Sureste peninsular (Cultura argárica).» *XIII U. I. S. P. P. Congress-Proceedings*. Vol. 2, 3. Forli. Italia.
- AYALA JUAN, M^a. M.; MOYA DEL BAÑO, F.; MARTINEZ SANCHEZ, M^a. J.; PEREZ SIRVENT C.; GALLEGU MOYA, H.; TUDELA SERRANO, M^a. L. y JIMENEZ LORENTE, S. (1999): «Escultura argárica funeraria». *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena (Murcia) 1997, p. 21-30.
- AYALA JUAN, M^a. M.; MARTINEZ SANCHEZ, J.; PEREZ SIRVENT, M^a. C. y TUDELA SERRANO, M^a. L. (1999): «Aportaciones artísticas de la Cultura del Argar en Murcia. España». *News 95- International Rock Art Congress. North, East, West, South 1995 Irc*, 30 August 6 September. I.N.F.R.A.O. International Federation of Rock Art Organizations. Pinerolo 1999, p. 39-56.
- AYALA JUAN, M^a. M.; JIMÉNEZ LORENTE, S.; MARTINEZ SANCHEZ, J.; PEREZ SIRVENT, M^a. C. y TUDELA SERRANO, M^a. L. (2000): «El Arte de la Cultura Argárica. Nuevas aportaciones a la Edad del Bronce Peninsular». *Pré-História Recente da Península Ibérica. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*. Vol. IV, Porto. ADECAP. 2000, p. 587-598.
- AYALA JUAN, M^a. M.; MALGOSA, A. y JIMÉNEZ LORENTE, S. (2000): «La arqueología de la muerte en el Sureste de la Península Ibérica.» *Pré-História Recente da Península Ibérica. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*. Vol. V, Porto. ADECAP. 2000, p. 113-124.
- AYALA JUAN, M^a. M. (2001): «La pintura figurativa en el arte del Bronce Surestino» *Contextos, Interpretación o Relación da Arte Rupestre*. Congreso Internacional de Arte Rupestre Europeo U.I.S.S.P. 24-28 noviembre 1999. Vigo, España, p. 12-31.
- AYALA JUAN, M^a. M. (2001): «Representaciones zoomorfas en la Edad del Bronce peninsular». Congreso Internacional de Arte Rupestre Europeo, 24-28 noviembre 1999. Vigo, España, p. 31-41.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1968): *Arte rupestre levantino*. Monografías Arqueológicas, IV, Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1972): «Los abrigos pintados de la Calaíca del Calar y de la Fuente del Sabuco en el Sabinar (Murcia)». *Monografías arqueológica IX*, Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1986): «El Arte Rupestre», *Historia de Cartagena, vol. II*, Murcia, p. 187-208.

- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1990): «Las fases previas al Arte Prehistórico Levantino, problemas culturales y cronológicos en el Sudeste Español». *Verdolay, Revista del Museo de Murcia*, 2, Murcia, p. 1-18.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1999): «Ideas tradicionales sobre la cronología y significación del arte rupestre. Crisis de algunas y confirmación de otras». *News 95 – Symposium 12d: Rock Art and the Mediterranean sea*. Turin.
- BELTRAN LLORIS, M. (1970): «Una escena bélica en el abrigo de la Fuente del Sabuco». *XI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, p. 237-244.
- BERNABEU AUBAN, J. (1989): *La tradición cultural de la cerámica impresa en la zona oriental de la Península Ibérica*. Servicio de Investigación Prehistórica, Serie Trabajos Varios, 86. Diputación Provincial de Valencia.
- BLANCE, B. M. (1961): «Early Bronze Age Colonist in Iberia». *Antiquity* XXXV, p. 192-202. Cambridge.
- BLANCE, B. M. (1964): The argaric Bronze Age in Iberia, *Rev. Guimaraes* LXXIV, p. 129– 142.
- BLASCO BOSQUED, M. C., 1981: «Tipología de la figura humana en el arte rupestre levantino». *Altamira Symposium*, Madrid, p. 361-377.
- BLASCO BOSQUED, M. C. (1987): «El Bronce Medio y Final», en *130 años de Arqueología madrileña*, Madrid, pp. 102 ss.
- BLASCO BOSQUED, M. C. (1992): *La pintura prehistórica levantina*. Cuadernos de Arte Español, 24, Historia 16, Madrid.
- BLASCO BOSQUED, M. C. (1997): «Prehistoria y primeras civilizaciones». *Historia del Arte Español*, 1, Barcelona, págs. 31-46.
- BLASCO BOSQUED, M. C. (2001-2002): «Apuntes sobre tiempo y espacio en la Edad del Bronce Peninsular» (en HERNÁNDEZ PÉREZ, M. dir.) «Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras». Consellería de Cultura I Educació, Direcció General de Promoció Cultural I Patrimoni Artístic de la Generalitat Valenciana; Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana; Diputació de València; Xarsa Museus y Caja de Ahorros del Mediterráneo. Valencia, p. 56-66.
- BRANDHERM, D. (2000): «El poblamiento argárico de las Herrerías (Cuevas de Almanzora, Almería), según la documentación inédita de Siret». *Trabajos de Prehistoria*, 57, nº 1, p. 157-172.
- BREUIL, H. (1920): «Les peintures rupestres de la Peninsule Ibérique. XI.-Les roches peintes de Minateda (Albacete)». *L'Anthropologie* XXX.
- BREUIL, H. (1933-35): *Les peintures rupestres Schématiques de la Péninsule Ibérique. IV sud-est et est de L'Espagne*. Fondation Singer-Polignac. Lagny.
- BREUIL, H. y BURKITT, M. (1915): «Les peintures rupestres d'Espagne VI. Les abris peints du Monte Arabi, près Yecla (Murcia)». *L'Anthropologie* XXVI, p. 313-328.
- BRIARD, J. (1997): «L'Art Mégalithique en Armorique, survivances et acculturations a l'Age du Bronze». *III Coloquio Internacional de Arte Megalítico. A Coruña 8-13 de septiembre de 1997. Brigantium 10*, Museo Arqueológico e Histórico Castello de San Antón.
- BOND, D. (1976): «Fil bean, *Vicia Faba*» en N. W. SIMMONDS, Ed. *Evolution of Crop Plants*. Longman. Londres.
- CABRE AGUILLO, J. (1915): *El arte rupestre en España*. Com. Inv. Paleont. y Preh. Memoria 1. Madrid, p. 129-288.
- CANOVAS COBEÑO, F. (1886): «Lo prehistórico en Lorca». *Lorca Literaria*, p. 208-249. Lorca.
- 1890: *Historia de la ciudad de Lorca*. Lorca.
- CARRASCO RUS, J.; CARRASCO RUS, E.; MEDINA CASADO, J. y TORRECILLAS GONZALEZ, J. (1985): *El fenómeno rupestre esquemático en la Cuenca Alta del Guadalquivir I: Las Sierras Subbéticas*. Prehistoria Giennense 1. Maracena (Granada).
- CARRASCO RUS, J., PADRON ROMERO, J. A., PASTOR MUÑOZ, M., GAMIZ JIMENEZ, J. (1987): *La espada del «Cerro de la Mora» y su contexto arqueológico. Moraleda de Zafayona*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, p. 123, Granada.
- CASTRO, P. V., CHAPMAN, R.W., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R. y SANAHUJA, M^a E. (1993-94): «Tiempos sociales de los contextos funerarios Argáricos» *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. 9-10, p. 77-107, Murcia.
- SANAHUJA, M^a E. (1996): «Teoría de las prácticas sociales» *Homenaje a Fernández Miranda. Complutum extra*, 6, p. 35-48, Madrid.

- SANAHUJA, M^a E. (1999): «El yacimiento de Gatas (Turre) y la investigación de la sociedad argárica». *Axarquía*, año IV, n^o 4, Diputación de Almería, p. 6-39.
- CASTRO, P. V., LULL, V., MICÓ, R. y RIHUETE, C. (1995): «La Prehistoria Reciente en el Sudeste de la Península Ibérica. Dimensión socio-económica de las prácticas funerarias». En FÁBREGAS, PÉREZ Y FERNÁNDEZ eds. p. 129-167.
- CIERVA, J. Y CUADRADO DÍAZ, E. (1945): «Los descubrimientos argáricos en La Almoloya de Mula, Pliego. Murcia.
- CONTRERAS CORTÉS, F. (2001-2002): «El mundo de la muerte en la Edad del Bronce peninsular. Una aproximación desde la cultura Argárica» (en HERNÁNDEZ PÉREZ, M. dir.) «*Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*». Conselleria de Cultura i Educació, Direcció General de Promoció Cultural i Patrimoni Artístic de la Generalitat Valenciana; Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana; Diputació de València; Xarsa Museus y Caja de Ahorros del Mediterráneo. Valencia, p. 67-87.
- CUADRADO RUIZ, J. (1948): «Algunos yacimientos prehistóricos de la zona Totana-Lorca.» *III C.A.S.E.*, p. 56-65, Cartagena.
- DELIBES, G., FERNÁNDEZ MIRANDA, M., FERNÁNDEZ POSÉ, M. D. Y MARTÍN MORALES, C. (1986): «El poblado de Almizaraque». *Homenaje a Luis Siret (1934-1984.)* Cuevas de Almanzora. Junio 1984. p. 167-177. Madrid.
- DOMÉNECH RATO, G., MORENO CASCALES, M., FERNÁNDEZ-VILLACAÑAS MARÍN, M. y RUIZ IBÁÑEZ, T. J. (1987): «Estudio preliminar de los restos óseos procedentes del enterramiento colectivo localizado en la Cueva Sagrada», *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. III, apéndice I, p. 25-31, Murcia.
- EIROA GARCIA, J. J. (1986): «Aproximación a los modelos sociales del Bronce en el Sureste». *Historia de Cartagena*, (dir. por MAS GARCIA, J.), Ed. Mediterráneo, Murcia.
- EIROA GARCIA, J. J. (1987): «Noticia preliminar de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el poblado de La Salud y en Cueva Sagrada I (Lorca), Murcia», *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, vol. III, p. 53-76, Murcia.
- EIROA GARCIA, J. J. (1991): *El Urbanismo protohistórico de Murcia y del Sureste*. Universidad de Murcia.
- EIROA GARCIA, J. J. (1993-1994): «Aspectos funerarios del Poblado de Bagil (Moratalla, Murcia). (Niveles de la Edad del Bronce) », *Anales de Prehistoria y Arqueología* 9-10. Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, p. 55-77, Murcia.
- EIROA GARCIA, J. J. (1998): «Informe de la III Campaña de excavaciones arqueológicas en el poblado y necrópolis de Bajil (Moratalla, Murcia) Sep. Oct. 1992», *Memorias de Arqueología 1993. Cuartas Jornadas de Arqueología Regional* 15-18 Junio 1993. Comunidad Autónoma de Murcia, p. 50-58.
- EIROA GARCIA, J. J. y LOMBA MAURANDI, J. (1997-1998): «Dataciones absolutas para la Prehistoria de la Región de Murcia. Estado de la cuestión.» *Anales de Prehistoria y Arqueología* 13-14. Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, p. 81-118, Murcia.
- ESCOBAR, F. (1919): *Nuestros aborígenes*. Lorca.
- FRANKOWSKY, J. (1920): «Estelas discoideas de la Península Ibérica». *Comisión de Investigación Paleontológica y Prehistórica, Memoria* 25. Madrid, p. 18-27.
- GARCIA LÓPEZ, M^a M. (1992): *La Bastida de Totana: Estudio de materiales arqueológicos inéditos*. Secretariado de Publicaciones núm. 42, Universidad de Murcia.
- GARCIA DEL TORO, J. (1994): «El arte rupestre prehistórico (Revisión y catalogación)» (en EIROA GARCIA, J. J. Ed.) *La Prehistoria. Historia de la Región de Murcia*. Universidad de Murcia, p. 139-177.
- GARCÍA SANDOVAL, E. (1964): Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en el yacimiento argárico de El Puntarrón Chico, Beniján (Murcia). *Noticiario Arqueológico Hispano*, VI, 1-3, p. 108-114. Madrid.
- GARCÍA SANDOVAL, E., ARAGONESES, M. J. y ESCORTELL, M. (1964): «Informe de la primera campaña de excavaciones en el yacimiento argárico de El Puntarrón Chico. Beniján (Murcia)», *Noticiario Arqueológico Hispano*, VI, 1-3, p. 103-108. Madrid.
- GONSÇALVES, V., BALBIN, R. y BUENO, P. (1997): «A estela-menhir do Monte da Ribeira (Reguengos de Monsaraz, Alemtejo, Portugal)», *III Coloquio Internacional de Arte Megalítico, A Coruña 8-13 de septiembre de 1997, Brigantium* vol. 10. Museo Arqueológico e Histórico Castelo de San Antón. A Coruña, p. 235-254.
- GONZALEZ SIMANCAS, M. (1905-1907): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia*, Tomo I, (Manuscrito).

- GRIMAL, A. (1995): «Avance al estudio de las pinturas rupestres de la cueva de la Cocina y la relación técnica con el arte levantino». *XXI Congreso Nacional de Arqueología*, Teruel, 1991, p. 317-326, Zaragoza.
- HERNANDEZ CARRIÓN, E. y GIL GONZÁLEZ, F. (1999): «Memoria de la excavaciones de urgencia en la rambla de la Alquería (Jumilla-Murcia)», *Memorias de Arqueología 1994. Sextas Jornadas de Arqueología Regional* 24 al 27 de Abril 1995. Comunidad Autónoma de Murcia, p. 108-124.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (1982): «La Cultura de El Argar en Alicante. Confrontaciones espaciales y temporales con el mundo del Bronce Valenciano». *I Jornadas de Arqueología*, Elche, Alicante.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (2000): *L'Art Esquemàtic*. Centre d'Estudis Constestans. Cocentaina. Alacant.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (2001-2002): «La Edad del Bronce en Alicante» (en HERNÁNDEZ PÉREZ, M. dir.) «Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras». Consellería de Cultura i Educació, Direcció General de Promoció Cultural i Patrimoni Artístic de la Generalitat Valenciana; Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana; Diputació de València; Xarsa Museus y Caja de Ahorros del Mediterráneo. Valencia, p. 201-218.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. y CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS: (1982): «Consideraciones sobre un nuevo tipo de arte rupestre prehistórico» *Ars Praehistórica*, 1, p. 179-187, Alicante.
- HURTADO, V. (1987): *Manifestaciones rituales y religiosas en la Edad del Bronce*. I Coloquio Internacional sobre las religiones Prehistóricas de la Península Ibérica. Salamanca.
- IBORRA PASTOR, J. L. (1987): «Resultados analíticos de restos de comida y microscopía de barrido a fibras textiles» *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, vol. III, apéndice VI, p. 49-53, Murcia.
- IDÁÑEZ SÁNCHEZ, J. F. (1985): «Yacimiento eneolítico de Murviedro (Lorca)» *Rev. de Arqueología*, 53. p. 60-61. Madrid.
- JORDÁN MONTES, J. F. (1998): «Diosas de la montaña, espíritus tutelares, seres con máscaras vegetales y chamanes sobre árboles en el Arte Rupestre Levantino Español (Sureste de la Península Ibérica)». *Zephyrus*, 51, 1998, p. 111-136.
- JORDÁN MONTES, J. F. (2000): «Escenas y figuras de carácter chamánico en el Arte Rupestre de la Península Ibérica Petroglifos y pinturas naturalistas y esquemáticas en el Sureste». *Boletín de Arte Rupestre de Aragón*, 3, Zaragoza, 2000, p. 81-118.
- JORDÁN MONTES, J. F. (2000): «Insculturas y petroglifos en el Sureste de la Península. Perspectivas generales». *Pré-História Recente da Península Ibérica. Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*. Vol. IV, Porto. ADECAP. 2000, p. 557-575.
- L' HELGOUAC H, J. (1997): «Le dedoublement des motifs élémentaires dans l'art Des tombes à couloir en Armorique; symétrie ou concept symbolique? ». *III Coloquio Internacional de Arte Megalítico*, A Coruña 8-13 de septiembre de 1997. Brigantium 10, Museo Arqueológico e Histórico Castelo de San Antón. A Coruña, p. 37-46.
- LILLO CARPIO, P. A. (1980): Consideraciones sobre el laboreo de metales como factor determinante del poblamiento del Sureste en el I milenio antes de Cristo, *Pyrenae* 15-16, p. 143-167, Barcelona.
- LILLO CARPIO, P. A. (1988): *Los Molinicos, Moratalla*. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.
- LILLO CARPIO, M. y LILLO CARPIO, P. A. (1979): «Las pinturas rupestres de La Risca. Rincón de Pedro Gurullo, en Campo de San Juan (Moratalla)», *Rev. Murcia*, 15.
- LULL, V. (1983): *La Cultura de El Argar. Un modelo para el estudio de las formas económico-sociales prehistóricas*. Ed. Akal/Universitaria. Madrid.
- LULL, V. (1997-1998): «El Argar: La muerte en casa». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 13-14, p. 65-80, Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones. Murcia.
- MARTI OLIVER, B. y HERNANDEZ PEREZ, M. S. (1988): *El Neolític Valencià. Art rupestre i cultura material*. Servei d'Investigació Prehistòrica de la Diputació de València.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1985-1986): «Primera fase de excavaciones de urgencia en la calle Zapatería, nº 11 (Lorca)». *Memorias de Arqueología* nº 2 Murcia.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1990): «Apotaciones a la secuencia de la Historia de la ciudad de Lorca», (en CHACÓN JIMÉNEZ, F. dir.), *Lorca, Pasado y Presente. Aportaciones a la Historia de la Región de Murcia*, Tomo I, La Formación de una Comarca Histórica: Tierras, Pueblos y Culturas, Ed. C.A.M. y Excmo. Ayuntamiento de Lorca, Murcia, p. 71-86, Lorca.

- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., PONCE GARCÍA, J. y AYALA JUAN, M^a. M. (1996): *Las prácticas funerarias de la Cultura Argárica en Lorca, Murcia*. Excmo. Ayuntamiento de Lorca.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., PONCE GARCÍA, J. y AYALA JUAN, M^a. M. (1999): «Excavaciones de urgencia del poblado argárico de Los Cipreses, Lorca. Años 1992-1993». *Memorias de Arqueología 1993. Quintas Jornadas de Arqueología Regional* 9-12 Mayo 1994. Comunidad Autónoma de Murcia, p. 156-182.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1999): «El poblado argárico de La Loma del Tío Ginés», *Memorias de Arqueología 1994. Sextas Jornadas de Arqueología Regional*, 24 al 27 Abril 1995. Comunidad Autónoma de Murcia, p. 162-206.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C., y SAN NICOLAS DEL TORO, M. (1993): «La ocupación argárica de la Cueva del Calor (Cehegín). Campaña 1990». *Memorias de Arqueología 1993. Primeras Jornadas de Arqueología Regional*, 21-24 Marzo 1990. Comunidad Autónoma de Murcia, p. 74-82.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., SÁEZ, D., POSAC MON, C., SOPRANIS, J.A., VAL, E. Del (1947): *Excavaciones en la Ciudad del Bronce Mediterráneo II, de La Bastida de Totana (Murcia)*, I. M., 16, Madrid.
- MATEO SAURA, M. A. (1999): *Arte rupestre en Murcia. Noroeste y Tierras Altas de Lorca*. Ed. K. R. Murcia.
- MATEO SAURA, M. A. y SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1995): «Abrigos de arte rupestre de Fuente del Sabuco (Moratalla)». *Bienes de Interés Cultural en Murcia* 2, Murcia.
- MEDINA RUIZ, A. J. (1999): «Estado de conservación del sector argárico de Cobatillas la Vieja, Santomera, Murcia.» *Memorias de Arqueología 1994. Sextas Jornadas de Arqueología Regional* 24-27 Abril 1995. Comunidad Autónoma de Murcia, p. 156-182.
- MENCIÓN SASTRE, J. (1908): «Estaciones prehistóricas de la ciudad y región de Lorca» *Boletín de la Real Academia de Historia*, 52, p. 483-487.
- MONTERO, I. (1994): *El origen de la metalurgia en el sudeste peninsular*. Instituto de Estudios Almerienses. Almería.
- MOURE ROMANILLO, A. (1999): *Arqueología del arte prehistórico en la Península Ibérica*. Ed. Síntesis, col. Arqueología prehistórica, 3, Madrid.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1982): «La Edad del Bronce en el Sureste de España», *XVI Congreso Nacional de Arqueología, Murcia-Cartagena* 8-11 enero 1982, Programa y Ponencias, p. 11-27, Murcia.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1983): *El Poblamiento Antiguo en la Provincia de Murcia*, C.H.T., Tomo X, C.S.I.C., p. 1-18, Madrid.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1999): «El sustrato de la Edad del Bronce y su proceso evolutivo». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 15, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, p. 7-15.
- NAVARRO HERVÁS, F. (1980): «Los fundamentos naturales del espacio regional» en Dirs. CHACÓN JIMÉNEZ, F. y SEGADO DEL OLMO, A.), *Historia de la Región de Murcia* I, Murcia, p. 23-102.
- NAVARRO MEDEROS, J. F. (1983): «La explotación del territorio en la Península Ibérica durante el Bronce Pleno», *Tabora* IV, Universidad de La Laguna.
- NIETO GALLO, G. (1959a): «La cueva artificial de la Loma de los Peregrinos, Alguazas (Murcia).» *Ampurias* XXI, p. 189-244. Barcelona.
- NIETO GALLO, G. (1959b): «Objetos del Bronce II de la necrópolis de San Antón de Orihuela (Alicante).» *Revistas de Archivos, Bibliotecas y Museos* LXVII, 1, p. 299-317. Madrid.
- PUJANTE MARTÍNEZ A., y TAPIA ESPINOSA, A. (1999): «Memoria-resumen de los trabajos arqueológicos realizados en el «Cerro de la Cruz o Cortijo de las Viudicas». *Memorias de Arqueología 1994. Sextas Jornadas de Arqueología Regional* 24 al 27 Abril 1995. Comunidad Autónoma de Murcia, p. 207-218.
- RISK, R. y SCHUBART, H. (1991): «Las estelas argáricas de Fuente Álamo», *Trabajos de Prehistoria*, nº 48, C.S.I.C., p. 187-202, Madrid.
- RISK, R. (1995): *Recursos naturales y sistemas de producción en el Sudeste de la Península Ibérica entre 3000 y 1000 ANE*. Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, Microfichas de Tesis Doctorales.
- RISK, R. (1996): «Análisis paleoeconómico y medios de producción líticos: el caso de Fuente Álamo». En DELIBES, ed. , p. 105-154.
- RUIZ SANZ, M^a. J. (1998): «Excavaciones de urgencia en el poblado de Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia)», *Memorias de Arqueología 1992. Cuartas Jornadas de Arqueología Regional* 15-18 Junio 1993. Comunidad Autónoma de Murcia, p. 78-116.

- RUIZ ZAPATERO, G. (2001-2002): «El final de la Edad del Bronce en la Península Ibérica» (en HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (dir.) «Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras». Consellería de Cultura I Educació, Direcció General de Promoció Cultural I Patrimoni Artístic de la Generalitat Valenciana; Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana; Diputació de València; Xarsa Museus y Caja de Ahorros del Mediterráneo. Valencia, p. 103-116.
- SALMERÓN JUAN, J., LOMBA MAURANDI, J. Y CANO ORTIZ, M. (1996): «Avance al estudio del arte rupestre paleolítico en Murcia: Las cuevas de Jorge, Las Cabras y El Arco (Cieza, Murcia), XXIII Congreso Nacional de Arqueología. 1995, Elche, p. 201-216. Zaragoza.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1985): «Las pinturas esquemáticas del abrigo del Pozo, Calasparra, Murcia», *Caesaraugusta*, 61-62, p. 95-118, Zaragoza.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. (1994): «El Megalitismo en Murcia. Una aproximación al tema», *Verdolay* nº 6, Rev. del Museo de Murcia, p. 39-52, Murcia.
- SAN NICOLÁS DEL TORO, M. y MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1990): «La prehistoria en Calasparra». *Ciclo de Conferencias VII Centenario de Calasparra*, Murcia.
- SCHUBART, H. (1986): «Consideraciones sobre el Bronce del Sureste Peninsular». *Historia de Cartagena*. T. II. Murcia, p. 221-250.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1978): «Fuente Álamo. Vorbericht über die Grabung 1977 in der Bronzezeitlichen Höhensiedlung». *Madriider Metalungen* 19, p. 23-51. Heidelberg.
- SCHÜLE, W. (1967): «El poblado del Bronce Antiguo en el Cerro de la Virgen de Orce (Granada) y su acequia de regadío». *IX Congreso Nacional de Arqueología*, p. 113-121, Zaragoza.
- SEVA ROMAN, R. (1992-94): «La dinámica de los ecosistemas en el poblamiento durante La Edad del Bronce en el Oeste de Alicante». *Lucentum XI-XIII*, p. 51-62, Alicante.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. (1986): «El Cerrico Redondo (Montealegre del Castillo), Las Peñuelas (Pozo Cañada-Chinchilla) y La Mina de D. Ricardo (Tiriez-Lezuza): Tres yacimientos de la Edad del Bronce en Albacete». *Lucentum* V, p. 17-44, Alicante.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. (1997): «La Illeta: asentamiento litoral en el Mediterráneo occidental de la Edad del Bronce». *La Illeta dels Banyels (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce e época Ibérica*, p. 47-132. Alicante.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. (1998): La metalurgia Prehistórica Valenciana. Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 93. Diputación Provincial de Valencia.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. (2001-2002): «La minería y Metalurgia en el Levante peninsular durante la Edad del Bronce», en HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (dir.) «Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras». Consellería de Cultura I Educació, Direcció General de Promoció Cultural I Patrimoni Artístic de la Generalitat Valenciana; Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana; Diputació de València; Xarsa Museus y Caja de Ahorros del Mediterráneo. Valencia, p. 231-239.
- SIRET, E. y L. (1890): *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España. Resultados obtenidos en las excavaciones hechas por los autores desde 1881 á 1887*. vol. I-II, Barcelona.
- SOLER GARCÍA, J. M. (1987): «Excavaciones arqueológicas en El Cabezó redondo. (Villena, Alicante)», Ayuntamiento de Villena. Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert». Diputación Provincial de Alicante. Alicante.
- SOLER DÍAZ, J. A. (1995): «Una estimación del fenómeno de la inhumación múltiple en el sur del País Valenciano. A propósito de los trabajos realizados por Santiago Moreno y Julio Furgús en el Bajo Segura». *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, p. 73-90, Zaragoza.
- VILLALBA, M. J. (1986): *Les mines neolítiques de Can Tintorer. Gavá. Excavaciones 1978-80*. Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya. Barcelona. p. 99-105.
- VILLES, A. (1997): «Les figurations dans le sépulcres collectives neolithiques de la Marne, dans le contexte du Bassin parisien.» *III Coloquio Internacional de Arte Megalítico, A Coruña 8-13 de septiembre de 1997. Brigantium*, vol. 10 Museo Arqueológico e Histórico Castillo de San Antón.
- VITA FINZI, C. (1964): Synchronous stream deposition through out the mediterranean area in historical times», *Nature*, 202, p. 1324.
- WALKER, M. (1971): «Spanish levantine rock art» *M.A.N.*
- WALKER, M. (1973): *Aspects of the Neolithic and Copper Ages in the Segura and Vinalopó S.E. Spain*. Edimburgh University, vol. I-III. Tesis Doctoral inédita.

Panorama actual y perspectivas de investigación en torno a las comunidades del Bronce Tardío en el Valle del Guadalentín (Murcia) y su entorno próximo

MARÍA MILAGROSA ROS SALA
Universidad de Murcia

En las dos últimas décadas, la investigación arqueológica sobre las sociedades que habitaron el sector meridional del Sureste Peninsular a fines de la Edad del Bronce, aunque escasa, viene corroborando *grosso modo* la tesis inicial y principalmente mantenida a fines de los 70 por Molina, Schubart y Arteaga (Molina, 1978; Schubart, 1978; Arteaga, 1982), en la que se defendía la existencia en la misma, en los cuatro últimos siglos del II milenio y los dos iniciales del I milenio a.C., de modos de vida diferenciales respecto de los del denominado Bronce Argárico, desarrollado fundamentalmente a lo largo de la primera mitad del II milenio a.C.

En lo que al ámbito murciano del Sureste Peninsular respecta, diversos trabajos vinieron a reforzar, como en otras áreas del propio Sureste y de sus territorios periféricos, la lectura que en yacimientos granadinos y almerienses como Cuesta del Negro, Cerro de La Encina, Fuente Álamo, Cerro de Los Infantes, etc., venía haciéndose a cerca de una etapa postargárica identificada como Bronce Tardío, culturalmente distinta de la desarrollada por las sociedades argáricas aunque evolucionada y continuadora de ellas, pero no siempre presente en aquellos asentamientos que venían siendo identificados como del Bronce Final del Sureste. La mayor parte de dichos trabajos, al menos los que fueron responsabilidad directa mía, fueron elaborados con el trasfondo de un sosegado, continuo y fructífero intercambio de información, ideas y opiniones que caracteriza/ba las relaciones de la Dra. Muñoz con todos y cada uno de los que en el entonces Departamento de Arqueología e Historia Antigua trabajábamos sobre distintos aspectos de la Prehistoria y la Historia Antigua de estas tierras; elemento destacado en ese ambiente de diálogo fue y ha sido siempre la capacidad de aceptación de la Dra. Muñoz, de nuevas propuestas e hipótesis de trabajo planteadas desde la literatura científica del momento así como desde la base de la información obtenida en novedosos trabajos de campo en una etapa en la que la arqueología en Murcia avanzó cualitativa y cuantitativamente de forma importante.

Para quien firma esta pequeña aportación de homenaje a su persona y magisterio, excavaciones de aquellos años como El Castellar de Librilla y Santa Catalina del Monte, o el inicio de los trabajos en Punta de Los Gavilanes, se planificaron y vivieron estimulados por ese ambiente científicamente receptivo y humanamente acogedor que la Dra. Muñoz logró crear; y es ahora que, tras retomar en

1998 y hasta el momento presente la excavación de este último yacimiento, dentro de un análisis integral del poblamiento antiguo en el entorno litoral de la paleodesembocadura de Las Moreras – donde el poblado del Cabezo del Plomo, tan ligado a su labor investigadora, ocupa un lugar preeminente tanto geográfica como históricamente– muchos de los elementos entonces en debate han cobrado relevancia ante las nuevas y sugerentes perspectivas que la investigación arqueológica mas reciente plantea, y sobre todo, aunque no sólo, en torno al papel que jugó el medio marítimo en la diversificación de los espacios poblados del Sureste de la Península Ibérica en los últimos siglos del II milenio y los primeros del I milenio a.C. Por ello nos parece oportuno releer aquí toda aquella información con los datos últimos disponibles, para volver y, en su caso matizar, sobre una serie de reflexiones que ya en 1989 hacíamos ante los resultados obtenidos en los trabajos de excavación acabados de aludir junto con otras aportaciones referentes al entorno murciano del Sureste.

LAS CLAVES DE UNA REVISIÓN DESDE LOS DATOS NOVEDOSOS DE LA HISTORIOGRAFÍA RECIENTE

El análisis histórico del final de la Edad del Bronce en el Sureste en general y del corredor Segura-Guadalestín y su entorno próximo, en particular, sigue siendo hoy por hoy un tema solo iniciado y prioritariamente necesitado de revisiones basadas no precisamente en acciones puntuales que suelen ser «resultado de», sino mas bien en análisis integrales de los asentamientos de temporalidad relacionada no solo en el arco cronológico que aquí nos interesa sino también, ineludiblemente, con el marco previo y, por ello, muy especialmente en la situación de sus entornos medioambientales y/o tecnológicos. En este sentido, basta con dar un repaso a la bibliografía reciente y no tan reciente dedicada a esta etapa en el ámbito del Sureste, para constatar que no faltan divergentes aproximaciones tanto a la posible estructuración social de sus comunidades como al patrón económico que pudo estar en la base de dicha estructuración, así como al papel, bien adicional bien preferencial, jugado por la explotación de determinados recursos naturales presentes en la región¹ o por las posibilidades que el nivel tecnológico alcanzado por los grupos productivos de estas comunidades ofrecía a las mismas, ante el reto de una producción no sólo mayor cuantitativamente hablando sino también ligada a una mas compleja tecnología ya en curso en otros ámbitos europeos directa o indirectamente relacionados²; además, el papel jugado por la paulatina ampliación de las redes de intercambio y, sobre todo, la importancia que el comercio por vía marítima empieza a cobrar en esos siglos, han sido puntos para los que la investigación mas reciente reclama su parcela de interés (Ruiz Gálvez, 1993, 41-68; Harrison, R. y Mederos, 2000, 133-150; Aubet, 2000, 32). Ciertamente todas las propuestas señaladas tienen importancia en sí mismas pero, desde luego, nunca en una consideración aislada, muchas veces interesada y dirigida a demostrar cuestiones relacionadas con sociedades predecesoras o posteriores, e incluso coetáneas aunque periféricas a un territorio por el momento todavía difuso, pero en las que, en cualquier caso, el papel referencial no lo tienen las sociedades de la última etapa del Bronce en este ámbito del Sureste Ibérico.

1 Véanse al respecto las propuestas de Lull (1983), Lull y Picazo (1989), Chapman (1996), y Lull y Risch (1995) en las que se defiende la existencia de un estado Argárico con una sociedad fuertemente estratificada y sobre la base del control de la metalurgia, o las de Gilman y Thorne (1985), Montero (1993), Díaz-Andreu (1995) o Delibes de Castro *et alii* (1996) para los que las diferenciaciones sociales de la Edad del Bronce estan directamente relacionadas, en el Sureste de la Península, con la intensificación del control que estas comunidades ejercieron sobre la producción agrícola.

2 Un ejemplo de ello son las propuestas en este sentido de Armbruster y Perea (1994, 69 ss.), a propósito de determinadas técnicas que como el torno de eje horizontal y una sofisticada técnica de fundición a la cera perdida estan presentes, según las autoras, en algunos de los objetos de orfebrería aurea del depósito de Villena.

Pero aún teniendo en cuenta estas diferentes perspectivas en lo que de integradoras pueden suponer, creo hacerme eco de otras muchas opiniones al respecto para las que sólo la restitución individualizada de las circunstancias económicas diferenciadas en cada uno de los grupos humanos detectados y las relaciones sociales por ellas generadas, consideradas desde la evaluación de la capacidad tecnológica de su tejido productivo, permitirá diseñar o teorizar el modelo o los modelos de gestión del mismo, posibilitando así una reconstrucción mas rigurosa de los parámetros que rigieron los ámbitos de lo social y de lo político en cada uno de dichos grupos y, desde esa individualidad matizada por la acción integradora y compartida de esos mismos aspectos en la globalidad de los grupos conocidos del área en cuestión, intentar establecer cuáles de ellos pudieron llegar a configurar –si es que así pudo llegar a ocurrir– entes territoriales «política» o, cuanto menos, culturalmente afines bien antes bien durante el final del Bronce en el Sureste, o qué condiciones de continuidad y/o cambio pudieron darse durante ese período de la segunda mitad del II milenio y los primeros siglos del I a.C. respecto de todos y cada uno de los aspectos reseñados.

Pero también es cierto que, a día de hoy, la investigación arqueológica respecto de este período adolece en el ámbito de la región de Murcia de falta de continuidad del trabajo de campo sobre aquellos yacimientos y sus entornos que, a priori, como resultado de trabajos mas antiguos, venimos identificando como asentamientos ocupados durante este período, pero sobre los que en la mayor parte de los casos poco mas sabemos de lo que entonces atisbábamos a cerca de sus dinámicas poblacionales o sobre la evolución de sus patrones económicos y, menos aún, de las pautas sociales que marcaron sus formas de relación tanto a nivel de comunidad como en el ámbito grupal, o sobre qué bases económicas y/o sociales y hasta qué punto se tejieron vínculos culturales e incluso políticos con sus periferias territoriales. Por tanto precisamos comprobar el estado actual de nuestros conocimientos sobre las circunstancias acabadas de referir en esos yacimientos o en aquellos otros que en estos últimos años hayan sido objeto de intervención arqueológica bien en el marco de actuaciones de urgencia por parte de la administración o bien de carácter ordinario dentro de proyectos de investigación mas concretos.

La realidad es que desde aquéllas fechas de finales de los 80 e inicio de los 90, en el corredor Segura-Guadalentín –foco cultural mas dinámico del Sureste junto con el área de la paleodesembocadura del Segura, y por ello elegido como paradigma para esta revisión– no se han efectuado prácticamente excavaciones sistemáticas continuadas que afecten a este período y que nos permitan contar ahora con datos, si no novedosos, sí al menos integrados en las nuevas perspectivas abiertas por la investigación mas reciente en el marco cronológico y espacial objetivo de este trabajo; tan sólo contamos con hallazgos puntuales procedentes de intervenciones de urgencia y alguna excavación ordinaria, cuyas adscripciones al Bronce Tardío y/o Bronce Final de la zona se realizan, salvo alguna excepción, bien sobre bases materiales exigüas en contextos estratigráficos que por su naturaleza solo permiten intuir la ocupación del lugar en un período de tiempo tan dilatado e inconcreto como son los últimos siglos del II milenio y los tres primeros del I milenio a.C., o bien desde la consideración analógica de un tipo concreto de estructura concomitante o similar a otras aparecidas en asentamientos ubicados en esta o en otras zonas periféricas y adscritos a determinadas etapas culturales dentro del citado período.

Escapan a este panorama la reciente intervención de urgencia realizada en el verano del 2001 en el cerro de Murviedro, aledaño al Cerro del Castillo, en las inmediaciones del casco antiguo de Lorca³, y la continuación desde 1998 de las excavaciones en el promontorio costero de Punta de Los

3 La intervención sobre el lugar de Murviedro, al margen de su importancia por ser hasta ahora el único yacimiento de la región de Murcia con niveles correspondientes al denominado Bronce Tardío del Sureste que ha sido objeto de excavación

Gavilanes aunque en este último caso, su ubicación en la periferia del núcleo del corredor propiamente dicho, con el que, no obstante, está directamente comunicado mediante el pasillo de Las Moreras, haga prever matices diversificados en la modelización de las estrategias socioeconómicas y de relación seguidas por los ocupantes del mismo, pero que se muestra como un referente especialmente importante para el poblamiento prelitoral de la zona en revisión, en una fase de nuestra Prehistoria en la que las relaciones con otros ámbitos de poblamiento del Sur de la Península Ibérica y del Mediterráneo Occidental cobraron una especial trascendencia, siendo uno de los factores influyentes las relaciones por vía marítima.

Por tanto, las nuevas evidencias arqueológicas siguen siendo fragmentarias y, en consecuencia, las conclusiones al respecto basadas en aspectos puntuales aunque diversificados, para los que en la mayor parte de los casos falta todavía la información contextual y cronométrica asociada. En este sentido contamos con los datos obtenidos en diversas intervenciones de urgencia en la ladera norte del Cerro de Santa Catalina del Monte (La Alberca, Murcia), Cuesta de San Cayetano en Monteagudo (Murcia), cumbre del Cabezo de la Fuente del Murtal (Alhama de Murcia), estribaciones de la ladera oeste del Cerro del Castillo (Alhama de Murcia), así como los procedentes del subsuelo del casco antiguo de Lorca, junto con los proporcionados, ya en el área litoral, por la también intervención de urgencia realizada en el asentamiento ubicado en las laderas del Cerro de Calnegre en la Cala del Pino (La Manga, Cartagena); aunque fuera del ámbito temporal que motiva esta aportación, ya en lo que respecta a la dinámica del Bronce Final Avanzado, tenemos nuevos datos procedentes de los niveles bajos del asentamiento de la Torre de Sancho Manuel, ubicado en las inmediaciones de Lorca, y de La Serrecica en el término de Totana, en los que se reproducen pautas de ocupación territorial detectadas ya en las fases previas. Pero, en efecto, en la mayoría de estas intervenciones la información es solo parcial, limitándose a la correspondiente descripción estratigráfica que generalmente se acompaña de una alusión al contexto material exhumado como base de la caracterización cultural de la sucesión estratigráfica obtenida cuando dicha superposición existe; en la misma medida, no contamos por tanto con información a cerca de estudios osteológicos, carpológicos y polínicos, edafo-químicos, o sobre los materiales abióticos contextualizados y, en muchos casos, ni

digamos que «en extensión» – 1030 m²–, proporcionando datos potencialmente ilustradores de este período en la comarca del Guadalentín medio, supone un nuevo y necesario anclaje en el tiempo y la historia del asentamiento que, hoy por hoy, se viene configurando como el enclave poblacional mas importante de la Prehistoria de esta región; y es que, a nuestro juicio, la realidad topográfica de Murviedro como apéndice físico del Cerro del Castillo de Lorca, sobre cuya cima y laderas se distribuyó a lo largo del tiempo la población de la Lorca Prehistórica e Histórica, le confiere la probable condición de ser una célula urbanística más del gran asentamiento del Bronce, probablemente en armonía espacial con la zona de necrópolis calcólica identificada en la vertiente noreste del citado paraje. Ahora bien ¿en qué condiciones económicas y sociales?, así como ¿cuándo y hasta cuándo, esta relación urbanística pudo ser una realidad? es lo que la arqueología urbana y periurbana en Lorca habrá de contestar en un futuro que es de desear sea cercano; pero esta posibilidad –sobre la que volveremos mas detenidamente en las páginas siguientes donde se aborda la información urbanística hasta ahora conocida de la Lorca del Bronce– es imprescindible considerarla si queremos dilucidar la realidad de unas poblaciones que a tenor de los indicios existentes de forma puntual en la zona del Segura-Guadalentín o mas general del ámbito del Sureste y de manera mas global en el Mediterráneo Occidental de la época, reflejan una complejidad socioeconómica muy próxima al menos a las del resto del mediodía peninsular, dentro de los considerandos diferenciales que implica su realidad espacial y el soporte cultural preexistente. Por ello es imprescindible una pronta y adecuada publicación de los resultados de la intervención de urgencia realizada en este paraje en Julio/Septiembre de 2001 que permita valorar e interpretar, de forma mas ajustada, no ya sólo la realidad histórica de Lorca como núcleo urbano de primer orden en el Sureste, sino también muchos datos de otros asentamientos coetáneos y próximos en tiempo y espacio para los que una intervención arqueológica sistemática puede tardar mucho.

siquiera los repertorios de materiales acompañan la publicación preliminar de dichas actuaciones e incluso en otros casos la tardanza en la publicación de los mismos –nos viene a la memoria el caso de las intervenciones realizadas en estos últimos años en la Plaza de la Ermita de Monteagudo, donde por información del equipo de excavación en el momento de la intervención sabemos de la constatación de niveles de Bronce Tardío superpuestos a argáricos previos, tal y como se sospechaba para este paradigmático asentamiento– nos priva de una información fundamental en el análisis de la dinámica general vivida por las comunidades del II milenio en los territorios en los que se insertan.

Ante este panorama, y dada la naturaleza de los hallazgos y la interpretación que de alguno de ellos se ha ofrecido, parece obvio que la articulación de los mismos en el proceso del final de la Edad del Bronce conocido para el Sureste en general requiere una referencia previa a la fenomenología posible de la transición entre las sociedades argáricas reconocidas en la zona y las que se califican como distintivas de un Bronce Tardío y/o Final, como sustrato cultural de algunas de las entidades arqueológicas que a nosotros aquí nos interesan; sólo así podremos saber hasta qué punto es posible tal articulación y qué cuestiones resuelve o plantea la misma en el marco espacial del corredor Segura– Guadalentín.

En este sentido y como en cualquier otra manifestación cultural, espacio y tiempo proporcionan unos supuestos ante los que el grupo o los grupos reaccionan con estrategias de intervención similares y/o diferentes según su realidad biogeográfica y sus capacidades tecnológicas para gestionarla desde un punto de vista económico y en función de las estrategias de reproducción social ya consolidadas, generando en dicho proceso pautas de comportamiento comunes y/o específicas tanto en lo económico como en lo social o lo político. Por tanto, si la identificación previa de ambos marcos es necesaria a cualquier análisis cultural, en el caso de intentos de aproximación a una posible restitución histórica sobre datos solo parciales o visiones fragmentarias se demuestra, a la espera de datos empíricos corroborables, como imprescindible en su consideración de hilos conductores de un proceso sobre el que sólo el comportamiento del grupo, idéntico, similar o divergente, matizaría las respuestas reconocidas total o sólo parcialmente.

LOS TIEMPOS DEL BRONCE POSTARGÁRICO ENTRE LAS COMUNIDADES DEL CORREDOR GUADALENTÍN-SEGURA

La información cronométrica disponible en la actualidad en el Sureste para el Horizonte que se viene diferenciando como Bronce Tardío, propone el momento final de las manifestaciones argáricas y el inicio de las que configuran este último entre c. 1600 y 1500 cal ANE, mientras que para su final se indica un período a considerar entre c.1350 y 1300 cal ANE, siendo los valores extremos de la serie radiocarbónica considerada para el Sureste c. 1700 y 1300 cal ANE (Castro Martínez, *et alii*, 1996, 171-175, gráf. III.17.1).

Para el caso mas concreto del corredor Guadalentín –Bajo Segura la única fecha de C14 obtenida en trabajos de excavación, disponible por el momento, procede de Cobatillas la Vieja y refleja una fecha estándar de 1060 a.C. y calibrada de c.1232 ANE (Castro Martínez, *et alii*, 1996, 174), que ha sido esgrimida como la fecha mas baja o tardía que vendría a marcar el final del Bronce Tardío del Sureste y el inicio del Bronce Final en esta región; la muestra medida se identifica como carbón procedente de un hogar del nivel V del identificado como Corte Ñ por Lillo Carpio (Lillo Carpio, 1978), cuyos materiales contextualizados indican un cambio fundamentalmente funcional sobre la norma vascular argárica, sin dejar de presentar un significativo anclaje en la estética y manufacturación tipificadas como argáricas para el resto del área (Ros Sala, 1985 y 1989, 72ss.). No obstante conviene tener presente que esta apreciación se hizo en su momento desde la base de un análisis exclusiva-

mente tipográfico y analógico respecto de contextos de otros yacimientos mas o menos coetáneos del Sureste, al no conocerse el contexto previo del propio yacimiento en su sector argárico dado que los resultados de la excavación en él practicada en 1976 permanecen aún inéditos, circunstancia esta que debiera corregirse en un futuro inmediato.

En cuanto a los inicios del intervalo temporal que se propone para el desarrollo del Bronce Tardío del Sureste, el asentamiento de este corredor que posee fechas mas próximas a la c.1550 cal ANE propuesta para su inicio, es el poblado de Los Cipreses cuyas mediciones radiocarbónicas (**1945** y **1844** cal. ANE en Castro, *et alii*. 1996, además de **1847** cal ANE en Eiroa y Lomba, 1997-1998, 94) junto con la del Cabezo Negro de Ugéjar, en Lorca (**1880** cal. ANE, González Marcén, 1994, 38), quedarían incluidas en la fase Argárico III de la seriación propuesta por Castro Martínez (1996, 125) a la que también se ha asociado un período de la ocupación del poblado de La Bastida de Totana ante la valoración de la fecha Cal **1830** B.C. obtenida de una muestra de recogida superficial en este yacimiento (González Marcén, 1994, 23; Eiroa y Lomba, 1997-1998) que obviamente sólo ha de tenerse en cuenta por su valor testimonial. Por tanto faltan en la zona datos radiométricos a cerca de una mas concreta temporalidad durante las fases Argárico IV (1810-1700 cal ANE) y, sobre todo, Argárico V (1700-1575 cal. ANE) de la fasificación propuesta, respecto de los poblados asociados desde parámetros generalmente analógicos al Bronce Argárico en general (Lull, 1983; Ayala Juan, 1991), pese a que, desde la significación postargárica de dichos parámetros en otros asentamientos del Sureste que disponen de series cronométricas y estratigráficas claramente continuistas⁴, asentamientos como Lorca-ciudad, La Bastida de Totana, Santa Catalina del Monte, Cobatillas la Vieja o Monteagudo, debieron estar y/o continuar habitados durante al menos el período calificado como Argárico V, circunstancia que estratigráficamente sólo parece estar constatada hasta el momento en Lorca-ciudad, Santa Catalina del Monte y probablemente Monteagudo, tal y como veremos mas adelante.

Al otro lado del intervalo, es la ya citada fecha del nivel VI del Corte Ñ del asentamiento de Cobatillas la Vieja-Sector Ibérico la que, siendo la única existente hasta el momento, resulta mas próxima al 1300 cal. ANE propuesto por Castro (1996, 171) como final del Bronce Tardío e inicios del Bronce Final en el área del Sureste en general, por lo que la medición radiocarbónica sobre muestras procedentes de los cercanos asentamientos de Monteagudo y Santa Catalina del Monte, contextualizadas en los niveles diferenciados en la últimas intervenciones arqueológicas de urgencia realizadas sobre los mismos, es a día de hoy perentoria y fundamental en la obtención de series radiocarbónicas que nos permitan ir reduciendo la disimetría informativa en que nos movemos en el área mas concreta del eje territorial Segura-Guadalentín.

Estos datos cronométricos, además de constatar la apremiante necesidad de contar con series de dataciones radiocarbónicas en los asentamientos del II milenio a.C. en el ámbito geográfico de la cuenca del Segura y sus entornos territoriales relacionados mas inmediatos, permiten también deducir, tanto de las fechas conocidas y aquí reseñadas como de las pertenecientes a las fases reconocidas como Argárico I y II y contenidas en las publicaciones recogidas en las líneas precedentes y en sus referentes originarios (Ayala Juan, 1991; Martínez Rodríguez, Ponce García, 2002a), que el desarrollo de lo «argárico» tuvo una dinámica cambiante muy compleja que va mas allá de las sucesiones factuales en determinados asentamientos, paradigmáticos por otra parte, por su peculiar conocimiento desde la identificación inicial de los mismos por los hermanos Siret (1890) como pertenecientes a

4 Vid. Castro Martínez et al., 1996, *passim.*, para las series cronométricas de Fuente Alamo, Gatas, Peñalosa, Cuesta del Negro, Cerro de La Encina, etc.

una fenomenología común que definieron como Cultura Argárica; en este sentido, su desarrollo dispar parece se vio afectado mas por la diversa repuesta territorial a los cambios demográficos y tecnológicos ligados a su propio proceso de crecimiento económico y a la subsecuente introducción de variaciones en las formas de reproducción social previas, y de todo ello parece que los datos sobre cambios medioambientales en esos mismos territorios, como resultado de tales específicas respuestas, fueron y son testigos parlantes que no podemos obviar si queremos aproximarnos a la posible gestión de los espacios que continuaron habitados durante la segunda mitad del II milenio a.C. y a sus peculiaridades, si es que las hubo, respecto de las generaciones argáricas avanzadas precedentes.

EL ESPACIO DEL BRONCE POSTARGÁRICO: IDENTIDAD Y DIVERSIDAD EN EL ÁMBITO URBANO Y EN LA GESTIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL DEL TERRITORIO

En lo que respecta al segundo de los supuestos, esto es al marco espacial en su conceptualización económica y social, ya hemos señalado que la unidad biogeográfica de referencia básica, aunque no la única, es el corredor Guadalentín-Segura que, como espacio económico, social y, posiblemente, político, se muestra a la luz de los hallazgos arqueológicos como el núcleo cultural mas dinámico de la zona norte del Sureste Peninsular y, por ello, es el ámbito elegido en esta revisión. Su condición de paso ineludible en la red viaria de esta región le confiere una especial significación en la interpretación de ambas esferas, ya que ponía en comunicación ámbitos territoriales periféricos de espectros económicos muy distintos como son las franjas litorales del sur de Alicante, el campo de Cartagena o la bahía de Mazarrón, el altiplano de Yecla-Jumilla y desde él la cuenca alta y media del Vinalopó, las cuencas fluviales que se ensartan en la vega media del Segura y las tierras altas del Noroeste o, en un ámbito mas alejado, las vegas almerienses y granadinas o las tierras altas jienenses. En este sentido el control de sus comunidades sobre el ordenamiento poblacional a la vez que económico de sus coetáneas periféricas debió ser un factor a tener en cuenta no sólo en sus implicaciones de índole social interna en cada una de ellas sino también y sobre todo en las pautas que dicho control debió marcar en lo que a relaciones intercomunitarias e interterritoriales respecta. Por otra parte, aunque en el mismo sentido y ante cualquier ensayo de restitución de posibles modelos de comportamiento económico de las comunidades que habitaron este valle y gestionaron sus recursos, conviene tener presente que sus condiciones ecológicas fueron siempre un factor a compartir entre ellas, de tal forma que es posible plantear, a priori y a la espera de mas abundantes datos sobre la paleoecología asociada a sus formas de vida, una cierta similitud de las respuestas que las distintas agregaciones poblacionales pudieron tener en su relación con ese medio, y desde ésta en los vínculos mantenidos con otras comunidades coetáneas en un territorio así mismo «compartido»o, en otro orden del vínculo, periféricas.

Por ello y dado que a día de hoy no contamos por el momento con datos paleoecológicos obtenidos en contextos estratigráficos del Bronce Tardío de la zona, hemos de acudir a la información disponible –pese a ser también escasa y, en ocasiones, parcialmente contextualizada– a cerca de este aspecto en el espacio y horizonte precedente mas cercano en el que contemos con datos al respecto; para ello necesariamente hemos de retrotraernos a la información disponible sobre las comunidades del Bronce Argárico pleno o Argárico III-IV según la fasificación de Castro, Lull y Micó (1996, 116ss.) y González Marcén (1994, 7ss.), centrando nuestra particular atención en aquellos grupos de poblamiento en los cuales las analogías materiales permiten sospechar una continuidad habitacional; pero sobre todo en aquéllas comunidades, dentro de estos, en los que los datos estratigráficos conocidos últimamente, en los que a continuación nos detendremos, indican también continuidad en los patrones de ocupación con una identificación en el espacio habitado.

Esta última circunstancia es la que concurre en el enclave poblacional de Lorca-ciudad que, desde hace dos décadas viene configurándose como el asentamiento principal no sólo del grupo lorquino sino de toda el área prelitoral murciana, y para el que recientemente se ha confirmado la sospecha que manifestáramos en sendos trabajos publicados en la década de los 80 (Ros Sala, 1987, 1490, y 1989, 57 ss.) a cerca de la continuidad urbana en este importante enclave prehistórico entre la ocupación del Bronce Argárico y un entonces posible período Tardío, en función de las características que ofrecían algunos vasos cerámicos que, procedentes del área alta del casco urbano de la ciudad actual –probablemente de la calle Zapatería–, se conocían de antiguo aunque no habían sido valorados hasta entonces en su mas concreto significado temporal y cultural. La confirmación en cuestión viene dada por la identificación de restos estructurales identificados como pertenecientes a este período tanto en el propio casco urbano actual como en las inmediaciones del mismo. En el primer caso la identificación se ha producido en el contexto de la intervención de urgencia que el Museo Arqueológico Municipal de esta ciudad llevó a cabo en 1994 y 1995 en el subsuelo del Convento de Las Madres Mercedarias, ubicado en la calle Zapatería, en pleno corazón del casco histórico (Martínez y Ponce, 2002, 104-107). En la estratigrafía obtenida en el denominado sector occidental del solar, se ha reconocido un nivel de Bronce Tardío estructuralmente asociado a «un muro de gran grosor paralelo a la muralla islámica» que se interpreta como muro de aterrazamiento o como muralla del Bronce Tardío; en el sector oriental en cambio, los hallazgos remiten a «restos muy mal conservados de un muro construido con piedras y tierra, alterado en época islámica (s.X) y alguna pesa de telar». En el primer caso el hallazgo es importante ya que este tramo de la muralla Tardía, discurre a lo largo de sus 3,50 m de longitud conocida y 2,30 m de anchura, coincidiendo *grosso modo* con la cota topográfica, el trazado y la orientación en esa zona de la muralla islámica localizada en intervenciones anteriores en ese mismo entorno de la ciudad; esta coincidencia con el trazado meridional de la muralla islámica de fines del s. XII – aunque según Guichard (1980, 135) pudo erigirse ya en el s. XI – paralela a la cual corre y cuyo trazado topográfico quizás esta última mimetice en buena parte del mismo respecto de la mas antigua, puede sugerir una primera aproximación a la magnitud espacial del asentamiento en esos momentos y su relación con el alcanzado en las etapas calcolítica y, sobre todo, argárica previas. En este sentido, tras las excavaciones urbanas practicadas en los solares Juan Moreno nº 8 o las acabadas de comentar del Convento de las Madres Mercedarias, o incluso por los hallazgos antiguos conocidos en la zona de la Puerta de Nogalte a través de las noticias recogidas por el erudito local Escobar Barberan (Molina Martínez, 2002, 15) sabemos que el asentamiento del Bronce Argárico es mayor que el del Bronce Tardío, extendiéndose, en el área mas próxima al cauce del río, mas abajo del desnivel topográfico subyacente y fosilizado por la actual calle Zapatería; así lo indican los hallazgos relacionados con la Edad del Bronce en el solar Juan Moreno nº 8 que corresponden al hábitat argárico al menos en sus etapas iniciales según la fecha 2069 ± 59 cal ANE obtenida de una muestra procedente del mismo y que estratigráficamente se muestran continuadores del poblamiento calcolítico avanzado también presente en la zona que ocupa el solar (Martínez y Ponce, 2002b, 153 ss.); respecto de los hallazgos de restos identificados como argáricos realizados en la Puerta de Nogalte (Martínez y Ponce, 2002^a, 90, fig.1) podríamos estar ante la presencia de una estructura o unidad de carácter rural en el entorno mas próximo a la ciudad, y en línea con las pautas que rigieran la ocupación del territorio gestionado por los grupos sociales urbanos argáricos, tal y como parecen indicar hallazgos como Los Cipreses o la Loma del Tío Gines cuya específica ubicación y relación espacial dan pie a pensar en una ya clara ordenación y probable jerarquización del territorio dependiente del núcleo urbano, circunstancia esta que habrá de ser tenida muy en cuenta en trabajos de excavación futuros que impliquen hallazgos de esta naturaleza tanto en relación con suelos agrícolas como directamente relacionados con otras

diversificaciones económicas cuya explotación sabemos estaban plenamente enraizadas entre las comunidades del Bronce del Valle del Guadalentín.

Realidad añadida a estos hallazgos es el citado levantamiento de la muralla Tardía sobre los niveles argáricos temporalmente mas avanzados del solar de Madres Mercedarias, en cuya estratigrafía ha quedado plasmada tanto la transición continuadora desde tiempos calcolíticos como la secuencia del asentamiento argárico a lo largo de cuatro fases⁵. En buena lógica el trazado de este lienzo delimitador Tardío debió de seguir el perfil topográfico mas adecuado a la mayor efectividad de su función, circunstancia que debió mandar igualmente en la construcción de la muralla islámica, inmediata espacialmente a aquella mas antigua. Y es precisamente el trazado de la cerca islámica conocido por la arqueología y las fuentes escritas el que permite aproximar que el límite murario occidental de la Lorca del Bronce Tardío pudo estar bien en la cabecera de la rambla que parte del Cerro del Castillo y discurre por Lópe Gisbert y, bajo mas de 5 ms. de limos, por el subsuelo de la Calle del Álamo (Ponce, 2002, 123), marcando pues un significativo codo/quiebre o quizás acceso entre la Colegiata y el edificio del Pósito donde en la actualidad se ubica la Plaza del Caño o, mas al oeste, en el barranco de Los Albaricos que también supone un importante accidente topográfico (Martínez Rodríguez, 1990/91, 219), aunque quizás demasiado alejado del espolón de la Sierra del Caño mas cercano al río el cual parece constituir el núcleo central del hábitat prehistórico lorquino.

Es cierto que, hasta el momento, los hallazgos de restos del hábitat del Bronce en la parte alta del casco urbano de Lorca se localizan fundamentalmente en su mitad meridional y en la oriental mas próxima al río, pero la constatación reciente en intervenciones arqueológicas asociadas al Proyecto Turístico «Lorca Taller del Tiempo» de restos de enterramientos argáricos en la cumbre del Cerro del Castillo, bajo las estructuras de este último (Sánchez Pravia, 2001, 57), junto con los ya conocidos a lo largo de la siguiente meseta topográfica que en la actualidad acoge los barrios de S. Juan, Santa María y el entorno de las Peñas de San Indalecio (Martínez y Ponce, 2002 a, 91) y la concreta ubicación de este posible tramo de la muralla tardía, con una significativa orientación en su trazado conocido, parecen indicar para este momento postargárico un hábitat concentrado en la ladera alta y media de la estribación sureste de la Sierra del Caño. Y en relación con esta circunstancia, que obviamente debe ser corroborada en trabajos futuros sobre solares de la zona en cuestión, podría estar la anteriormente reseñada reciente localización, de un ámbito habitado culturalmente asociado al Bronce Tardío, ubicado en el cercano paraje de Murviedro, un kilómetro al sur del Castillo de Lorca, y para el que sus excavadores indican una ocupación asentada directamente sobre la roca, es decir, sobre suelo no habitado hasta entonces. En este sentido conviene recordar aquí que en el paraje de Murviedro se excavaron en 1983 estructuras funerarias identificadas como eneolíticas (Idáñez, 1985), y posteriormente, en trabajos de prospección (Pujante, Martínez, Madrid y Bellón, 2002, 27) se han detectado restos de una muralla que rodearía el área ocupada sin que sepamos a que etapa corresponde su construcción y tiempo de utilización, y para la que Ayala señala su existencia en las laderas noroeste y oeste, especificando que esta última se halla defendida por una torre cuadrangular (Ayala Juan, 1991, 275). Cabe, pues, preguntarse y ser tenido en cuenta en el futuro si los tiempos que marcan el epígono argárico en este asentamiento vienen urbanísticamente

5 Los autores de la excavación en este solar adelantan en la Memoria correspondiente (Martínez Rodríguez, Ponce García, 2002^a, 110 –111 y 119) la datación radiométrica de la segunda fase argárica que nos lleva a una fecha entre el 2948 y el 1925 a.C., a la par que, refiriéndose a la datación de un enterramiento en urna –enterramiento nº 5– asociado a la fase tercera del Bronce Medio, indican su correspondencia a un «momento avanzado del II milenio a.C.». Sobre esta fase todavía se distinguió una cuarta fase de habitación identificada como ambiente 1 para la que no conocemos fecha por el momento.

marcados por un repliegue del área habitada hacia la ladera alta y la cumbre del Cerro del Castillo con una subsecuente expansión al área mas próxima y de cota similar de Murviedro que, a su vez, pudo rodearse de un encintado murario delimitador o, por el contrario, englobador de la nueva ocupación. Fuera de una u otra forma y desde la perspectiva de que solo necesarios trabajos futuros podrán arrojar luz sobre estos indicios, la realidad de los datos aportados por esta última e interesante intervención, en relación con los datos de la propia Lorca Argárica y de los asentamientos, coetáneos en determinados períodos, conocidos y estudiados en su territorio inmediato probablemente dependiente, indican y, en cierta forma, corroboran la ausencia de rupturas poblacionales, económicas, urbanísticas, arquitectónicas e incluso materiales, con la población previa, constituyendo, junto con otros asentamientos del Sureste y su periferia relacionada entre los que Fuente Álamo o Gatas son ejemplos paradigmáticos de dicha continuidad, un nuevo e importantísimo punto en el que el desarrollo de procesos internos ideológica, social y económicamente peculiares llevaron a las generaciones ubicadas cronológicamente en el umbral de la segunda mitad del II milenio a.C. a traducir en esos mismos ámbitos y en cada uno de los territorios por ellos gestionados durante casi cinco siglos, en algunos casos de forma mas o menos continuada, los cambios surgidos como resultado de procesos iniciados al menos siglo y medio antes, coincidiendo quizás con el inicio del Argárico V de Castro, Marcen *et alii*.

Y es desde esta perspectiva de los cambios acaecidos en el desarrollo interno de cada una de estas comunidades donde cabe encajar la diversidad de un proceso que, bien es cierto, tuvo también connotaciones foráneas pero ligadas precisamente al desarrollo previo de unas pautas de interrelación cada vez mas complejas entre territorios que desde fines del Calcolítico iban integrándose aunque de forma desigual, en circuitos de producción e intercambio hasta entonces no frecuentados. En el caso concreto de la Lorca Argárica, siempre a tenor de los todavía escasos datos con que contamos sobre todo en lo que a la vida urbana y al poblamiento rural dependiente respecta, este desarrollo muestra peculiaridades propias en las que conviene detenernos con la única pretensión de arrojar luz, en la medida de lo posible, sobre las propias generaciones Tardías del territorio mas meridional del corredor del Guadalentín– Segura.

Las primeras comunidades identificadas como argáricas o con pleno desarrollo de la norma argárica en la zona meridional murciana del entorno lorquino –lo que Lull acotó como Grupo Meridional Lorquino (Lull, 1983, 303)– se vienen identificando con las gentes que habitan El Rincón de Almendricos para el que se conoce una fecha c.2075 cal ANE indicativa probablemente del momento de abandono de la vivienda de la que la muestra procede y del asentamiento por extensión (Castro *et alii*, 1996, 123). La peculiar significación de este asentamiento, al parecer de vida corta asociada a una sola fase de ocupación (Ayala Juan, 1991), podría estar indicando su inclusión en esos momentos en la órbita productiva e incluso una dependencia poblacional de un asentamiento jerárquicamente mas importante. Es esta una situación que se repite posteriormente en otros asentamientos bien de funcionalidad prioritariamente agrícola, como es el caso de Los Cipreses en relación a Lorca, o de La Loma del Tío Ginés inserto, así mismo, en el área próxima a esta ciudad, y considerados ambos, tal y como adelantábamos líneas atrás, como poblados del período Argárico III; o bien orientados a determinismos mas especializados como la explotación de recursos mineros inmediatos, o el aprovechamiento diversificado de las zonas de sierra próximas, etc, marcando una pauta de relaciones intraterritoriales que como vía de investigación, no sólo en el ámbito poblacional sino en lo económico y lo que a la formaciones sociales/políticas se refiere, habrá que atender, de forma prioritaria, en el futuro inmediato del estudio del Bronce en la zona, teniendo como punto de contrastación la base de datos prospectivos que suponen los trabajos de Lull (1983) y Ayala Juan (1991), ya que esta situación de ocupaciones puntuales de suelos de distinta capacidad productiva se

detecta también entre otros grupos territoriales del Guadalentín-Segura Medio, así como en la distribución poblacional conocida en las cadenas prelitorales y el litoral alledaño, y no sólo durante el desarrollo del Bronce Argárico sino también durante el Bronce Tardío y Final. Desde esta perspectiva parece que cobran sentido ocupaciones de suelos de llanada aluvional, como es el caso de los niveles bajos de La Torre de Sancho Manuel en las inmediaciones de Lorca durante un Bronce Final Avanzado (Martínez Rodríguez, 1996) o, ya durante el Bronce Tardío, Las Cabezuelas de Totana (Ros Sala, 1983), o de montaña como ocurre en La Serrecica (Totana) fechado igualmente en un momento no claro del Bronce Final (Lomba, 1995) por citar algunos de los ejemplos mas conocidos. Insistir en la profundización de las claves socioeconómicas que entretejieron dichas relaciones y la dinámica de cambios de las mismas ayudaría sobremanera a comprender cómo y sobre qué premisas se fueron gestando en cada territorio los cambios que en la segunda mitad del II milenio a.C. dieron lugar en algunos asentamientos argáricos a una realidad, al menos socialmente diferente, que venimos identificando como Bronce Tardío y que tuvo su continuidad en etapas posteriores, aunque en otros el proyecto ocupacional quedó agotado en momentos previos.

Pero volviendo al análisis de la dinámica ocupacional que ahora nos interesa, la arqueología actual sobre los asentamientos de primer orden con ocupación continuada, tal es el caso de Lorca o de Santa Catalina del Monte, va permitiendo empezar a encajar las piezas que conformaron la dinámica poblacional que en el II milenio a.C. se produjo entre las comunidades del Bronce Argárico de esta zona. Probablemente así y en relación con el inicio de lo Argárico en transición desde el Calcolítico, tendríamos razones de mayor peso para aceptar o rechazar, desde luego provisionalmente, la problemática adscripción de La Ceñuela como asentamiento preargárico, para el que la fecha de construcción de la identificada por su excavador como Casa B, c. 2600/2575 cal. ANE, ha sido aducida como la mas antigua del grupo argárico en asociación con las fechas mas tempranas de Fuente Álamo I, c. 2500-2400 cal. ANE (Castro *et alii*, 1996, 122-123). A tenor de la fecha c. 1950 cal. ANE existente para el abandono de la casa B del citado yacimiento, se ha propuesto que este poblado debió continuar habitado durante el período Argárico II (Castro *et alii*, 1996, 124; González Marcén, 1994, 23); en este mismo horizonte se incluiría algún momento de la vida en el poblado prelitoral de Ifre al que Eiroa y Lomba (1997-98, 183) asocian una fecha de c. 1939 cal. ANE procedente de una muestra obtenida en un enterramiento en urna.

El período Clásico o Argárico III es el que ofrece en el área murciana un mayor número de pruebas cronométricas reveladoras de una mayor habitabilidad durante este período; tres de ellas corresponden a poblados de ocupación no continuada, que inician y acaban su vida dentro del mismo período, como es el caso de Los Cipreses y Cabezo Negro de Ugéjar (Castro *et alii*, 1996, 125; Eiroa y Lomba, 1997-98, 94); en éste mismo período se habitaría, según sus excavadores, la Loma del Tío Ginés (Martínez Sánchez, 1999, 162ss.), sin que su ocupación trascienda, en ninguno de los casos citados, a la fase posterior. Y es en relación con esta tercera fase argárica y con los dos asentamientos lorquinos acabados de citar, donde la arqueología de ámbito murciano mas reciente ha hecho, una de las aportaciones mas importantes de cara a la profundización en las pautas de ocupación territorial que sustentaron buena parte del entramado social argárico del grupo; a nuestro juicio, el carácter y la posible funcionalidad económico- territorial que se desprende de los datos aportados por Los Cipreses y La Loma del Tío Ginés son una prueba a tener en cuenta de la probable existencia de un espacio rural en el entorno del núcleo principal, gestionado desde el punto de vista productivo y administrativo bien en forma de pequeñas granjas o huertos en el entorno mas próximo, conformado así como enlace entre el núcleo urbano y el ámbito rural –quizás esta podría ser una razón para la ubicación tan distorsionada como cabe interpretarse, a día de hoy, de los hallazgos argáricos de la Puerta de Nogalte–, o bien de pequeñas aldeas que como en Cipreses y Loma del Tío Ginés tuvieran un

determinismo productivo fundamentalmente agrícola –aunque no sólo– en una relación de dependencia respecto del núcleo lorquino que la proximidad espacial y las propias características de estos pequeños asentamientos rurales permiten sospechar. Podemos estar, por tanto, ante una época de bonanza económica y probable estabilidad social, quizás generada desde tiempos avanzados del Calcolítico, de cuya continuidad, matices o rupturas poco sabemos en el propio ámbito territorial aunque los datos obtenidos en la relación estratigráfica de Mercedarias, aún siendo precaria, no da indicios importantes de cambios hasta la fase constructiva Tardía relacionada con un probable repliegue a las zonas mas altas del ámbito urbano previo. Es una situación que, salvando todas las distancias cronoculturales, sociales, políticas y económicas, podría mimetizarse, dentro de etapas históricas mejor conocidas de la ciudad, con la Lorca islámica y de esplendor califal correspondiente a los ss. VIII a X a.C. (Jiménez, 1999, 62-66).

También en la periferia del grupo lorquino sabemos que La Bastida de Totana debió estar habitada ya en esta fase III o Clásica, en función de la fecha testimonial Cal 1830 B.C. obtenida de una muestra superficial en el citado yacimiento, y aunque por la cultura material conocida de las excavaciones de Martínez Santa-Olalla parece que lo estuvo también en fase Tardía (Ros Sala y García López, 1987; 384), la realidad es que sólo la analogía material permite sospechar su probable perduración en las dos fases previas a dicho horizonte Tardío si nos atenemos a la propuesta de fasificación de Castro *et alii*. Y es que, en efecto y tal como adelantábamos en el apartado previo, no disponemos en el ámbito territorial lorquino y su inmediato periférico, de pruebas radiométricas puntuales o estratificadas que nos permitan atisbar cómo siguió desarrollándose la dinámica poblacional del territorio en relación a su núcleo principal durante los períodos IV y V de González Marcén y de Castro, Lull y Micó.

Pero esta información tan fragmentaria puede encontrar el apoyo de un contexto de continuidad como es el que se va revelando, como estamos viendo, en el subsuelo del casco urbano de Lorca, donde hasta el momento y aunque en una relativa diacronía espacial, se ha documentado su ocupación continuada desde al menos un Neolítico Final (García Blánquez, Martínez y Ponce, 2002, 20), junto con distintos horizontes del gran asentamiento calcolítico que durante la segunda mitad del III milenio a.C. fue este núcleo poblacional⁶, sobre el que siguió una importante ocupación a finales de dicho milenio y durante la primera mitad del II milenio a.C. en un Horizonte que ha sido adscrito a un Bronce Argárico, periodizado, en el caso concreto de la estratigrafía obtenida en el solar de las Madres Mercedarias (Martínez y Ponce, 1995a, 153-156 y 1995b, 107-131), en cuatro fases distintas –véase al respecto la información contenida en la nota 5– a las que se superpone, a determinadas cotas del casco antiguo de la ciudad y mas concretamente en el entorno de las calles Zapatería y Cava, una nueva fase constructiva identificada con un Bronce Tardío (Martínez y Ponce, 1995b, 104-107).

Así pues, la información mas completa obtenida hasta ahora sobre el asentamiento del Bronce nos remite, una vez mas, a lo que sería el entorno natural de la ladera sureste del Cerro del Castillo, en lo que constituiría la estribación más oriental de la Sierra del Caño y el entonces habitado margen derecho del Guadalentín en las inmediaciones del punto en el que su cauce inicia el quiebre hacia el este que, a partir de entonces, será la orientación que ofrece el Guadalentín en su tramo medio-bajo. De dicha información se infiere una importante población argárica conformada ya como núcleo de primer orden en este valle y en el que destaca e incluso llama la atención la extensión, el importante nivel económico y la complejidad social que el asentamiento ofrece ya en el período Calcolítico, fundamentalmente en una fase ya avanzada que parece centrarse en los últimos tres

6 Véanse al respecto los hallazgos del solar Juan Moreno nº 8 (Martínez y Ponce, 1995^a, 156-160) o en Madres Mercedarias y Calle Cava, 35 Martínez y Ponce, 1995b, 131-134. Martínez Rodríguez, 1999).

siglos del III milenio a.C.; actividades agroganaderas con capacidad excedentaria ya importante, o metalúrgicas, con espacios de procesamiento determinados, tienen una presencia cotidiana desde entonces entre estas poblaciones que en los niveles argáricos parecen continuar la tónica de progresión urbanística, económica y social configurada ya en los últimos siglos del III milenio a.C. Aparecen así espacios domésticos con estructuras asociadas y posibles elementos murarios defensivos o/y delimitadores de uno de los recintos urbanos existentes en el II milenio a.C. ya que sabemos por la excavación del solar Juan Moreno nº 8 y los hallazgos de la Puerta de Nogalte que el espacio habitado de la ciudad del Bronce se extiende algo mas abajo de la cota delimitadora que supone el perfil topográfico que corre entre las calles Zapatería y Cava subyacente al trazado actual de éstas.

Dentro del grupo de Lébor-Totana también en La Bastida parece que se dio recurrencia espacial entre ocupación argárica y postargárica, de manera que como núcleo poblacional referente en su unidad biogeográfica continuó estando habitado (Ros y García, 1987; García López, 1992, 143ss), aunque no sabemos exactamente en qué condiciones ya que en este entorno de la Rambla de Lébor se detecta una posible redistribución poblacional bien en una fase argárica final o bien ya dentro de un momento postargárico, reflejada en la ampliación del poblamiento al cerro aledaño de Las Anchuras (Ros Sala, 1989, 47) y, sobre todo, en la revitalización poblacional que, dentro de la misma unidad geográfica, viven los altozanos inmediatos a los llanos aluvionales que constituyen el fondo del Valle del Guadalentín; ello implica la ocupación de suelos con una conformación basal geomorfológica muy distinta a los existentes junto a los asentamientos enclavados en la cuenca media de Lébor con los que se relaciona, dentro de una temporalidad argárica final o postargárica compartida, al menos en un momento avanzado de esta última, que se vio continuada en el tránsito o el inicio del modelo cultural conocido para el Bronce Final en el área del Sureste; un ejemplo de esta revalorización, reflejo a su vez de la intensificación agrícola entre las comunidades del grupo, es el poblado de Las Cabezuelas de Totana para cuya elección como emplazamiento debió pesar una dinámica económica incentivadora de la vivida previamente en la zona y de la que se constata su continuidad durante el Bronce Tardío (Ros Sala, 1983).

También durante estos últimos años, excavaciones no ordinarias ligadas a un «campo de trabajo» arqueológico y a un par de actuaciones de urgencia en Alhama de Murcia, han seguido proporcionando restos materiales cerámicos descontextualizados, que siguen incidiendo en la continuidad espacio-temporal ya vista para este núcleo poblacional durante la Edad del Bronce (Ros Sala, 1989) afectando al conocimiento actual de la dinámica poblacional que tenemos sobre el grupo Alhama-Librilla⁷. Como ya es conocido este grupo se vertebra, al igual que el de Lébor, en torno a ramblas de acceso a la importante y diversificada unidad geoeconómica de la Sierra de Espuña, y a las tierras interiores de la cuenca del Mula y la comarca de la Vega Media del Segura, aunque posiblemente con un determinismo económico mas centrado en este caso en la explotación agrícola de la amplia llanura aluvional formada entre este tramo del Guadalentín y las estribaciones de la Sierra de la Muela. En el flanco occidental de esta última, a modo de escarpado apéndice inmediato a la población actual de Alhama de Murcia, se erige el denominado Cerro del Castillo en cuyas laderas

7 A estas actuaciones de urgencia se suma una nueva y última intervención realizada en un solar de la calle Parricas en la que, de nuevo en un nivel de conglomerados de formación aluvional, se han obtenido materiales tipológicamente adscribibles al II milenio a.C. que, en una primera visión a pie de solar requerida por los arqueólogos Ramírez y Baños, indican su pertenencia desde un Bronce Argárico con presencia campaniforme hasta un Bronce Tardío. Agradecemos a los citados arqueólogos la posibilidad de incluir aquí este valioso dato que incide, una vez mas, en la continuidad del poblamiento en el Cerro del Castillo a lo largo de todo el II milenio a.C.

septentrional, occidental y probablemente el piedemonte meridional, y expuesto a una fuerte dinámica erosiva de la rambla de San Roque en su flanco occidental⁸ y de un importante aluvionamiento en la meridional, se situó el asentamiento del Bronce Argárico con indicios de continuidad postargárica (Ros Sala, 1983,49) y en cuyo entorno se han realizado las tareas de excavación referidas (Ramírez y Urueña, 1993, 336; Baños Serrano 1993, 516) que pese a su novedad solo han aportado una serie de materiales descontextualizados⁹; no obstante, no sabemos nada acerca de los datos que se hayan podido obtener en relación a este período y el previo argárico durante las distintas ediciones del «campo de trabajo» que en el Castillo y su entorno se viene practicando desde hace varios años. La naturaleza de los restos materiales hallados en las intervenciones de urgencia en el casco urbano de esta población aconseja que en el futuro la administración valore la gestión arqueológica de este yacimiento por encima de cualquier otro interés ya sea social o turístico, al menos en tanto no se tenga una valoración contrastada tanto de los fenómenos erosivos incidentes sobre el asentamiento prehistórico de Alhama de Murcia como del potencial estratigráfico de los distintos sectores del Cerro del Castillo que, de conservarse todavía en determinados puntos, correrían el peligro de perderse de forma irremediable.

Un reflejo de lo que pudo ocurrir en el entorno de la red hidrográfica del entorno de Alhama de Murcia lo tenemos en el grupo de asentamientos que jalonan la cercana Rambla de Algeciras, donde la dispersión espacio-temporal de su poblamiento pudo tener un importante condicionante en la fuerte actividad morfogénica que reviste durante el II y I milenios a.C. esta rambla y la cercana de Librilla, en connivencia con factores naturales y antrópicos ligados, en el primero de los casos, a unas particulares condiciones climáticas, materializadas en la mayor intensidad e irregularidad de las precipitaciones propias de un período mas cálido y húmedo en todo el Levante español entre el 5.000 BP y el 2.500 BP (Payá y Walker, 1977, 1986) que reactivaron importantes procesos erosivos sobre las vertientes de una rambla ya de por sí fuertemente desnivelada por la crisis morfogénica vivida durante el período Calcolítico que llevó consigo una reactivación neotectónica en los relieves de esta red hídrica (Calmel-Avila, 1999, 251ss) y, en el segundo, a la fuerte presión demográfica vivida en la cuenca del Guadalentín durante el período de desarrollo del Bronce Argárico que, a tenor de los datos palinológicos (López, 1988; Ayala, 1991) y antracológicos (Ayala, 1991), sobre los que volveremos mas adelante, tuvo sus efectos en la alteración de la cubierta vegetal de esta zona del Bajo Guadalentín (Calmel-Avila, 1999, 251ss.). Y es en este ambiente de concurrencia climática y morfogénesis erosiva en el que probablemente encontremos explicación a la ubicación diversificada

8 Es este un fenómeno recurrente respecto al proceso detectado para este mismo período en la red hidrográfica de la inmediata comarca de Librilla tal y como se detalla en la identificación espacial del grupo Algeciras-Librilla, por lo que sería interesante la verificación en un futuro inmediato de su peculiar incidencia en el resto de la red hidrográfica del Bajo Guadalentín, ya que los indicios actuales derivados de estudios parciales lo presentan como un fenómeno morfogénico que pudo inducir cambios puntuales en la dinámica ocupacional ejercida sobre los suelos productivos de sus entornos.

9 Baños Serrano (1993, 516; fg. 3), señala el hallazgo de materiales argáricos, del Bronce Tardío y Final en sus excavaciones en el subsuelo del Ayuntamiento Viejo de esta población, y mas concretamente en el Corte A-1 donde «la estratigrafía constatada en los otros cortes es la misma para éste, ofreciendo un nivel de enlace entre el estrato I y el II que aportó materiales argáricos, de un Bronce Tardío y Final»; redundando en esta situación estratigráfica un poco antes, en la pág. 514 el director de la excavación añade «los materiales recuperados durante la excavación se presentan fuera de su contexto originario y con una mezcla de las diversas fases culturales aparecidas que comprenden desde el período argárico hasta épocas muy recientes.....sobre una capa de derrubios de color rojizo, procedentes de la ladera W. del Cerro del castillo». A una deposición también movida parecen responder los materiales del Bronce Final hallados en la Calle Corredera por Ramírez Águila (1993, 316), identificados «en niveles detríticos formados por la escorrentía de las propias laderas a los que se hace proceder del área de la Plaza Vieja».

y discontinuidad temporal y cultural que muestra el poblamiento de esta importante rambla tributaria del Guadalentín, donde el asentamiento de Casas Nuevas, situado sobre el mismo borde del Guadalentín en un punto próximo y equidistante a las Ramblas de Librilla y de Algeciras, obedece a una ocupación Calcolítica fosilizada bajo metros de limos aluvionales procedentes de la primera de ellas; aguas arriba de la de Algeciras, el importante asentamiento de El Castellar de Librilla, con ocupación conocida al menos desde el Bronce Final Reciente, se ubicó en el lugar de mayor valor estratégico de toda la rambla y su entorno de llanos y alturas, ya que desde él se controla no sólo el acceso a las fértiles y pobladas vegas interiores de Mula y Pliego sino también, y sobre todo, al macizo de la Sierra de Espuña con un ecosistema y un potencial geoeconómico de enorme importancia para las comunidades de toda esta cuenca, tal y como ha demostrado el estudio sobre este yacimiento (Ros Sala, 1989). Mas problemática se presenta la determinación cronocultural del Cerro de la Fuente del Murtal, situado frente al del Castellar de Librilla, en la margen derecha de la rambla, para el que el excavador responsable de una primera intervención arqueológica sobre el mismo, realizada en 1991 dentro del estudio de impacto medioambiental relacionado con el proyecto de construcción de la Presa de Algeciras, propuso una posible ocupación inicial durante el Bronce Tardío o Bronce Final Inicial, en función de algunos materiales cerámicos de «tradición argárica» así como por la presencia de «un fragmento con decoración incisa que refleja influjos meseteños del grupo Cogotas I» (García Blánquez, 1996, 82). Desde el punto de vista de la urbanística el asentamiento aparece amurallado en su zona superior, mediante un encintado murario de planta rectangular con bastiones cuadrangulares ataludados y adosados a dos de los ángulos del encintado y en al menos uno de los tramos largos del mismo; sobre los derrumbes superiores de este encintado que se erige con doble aparejo y relleno interior de piedra y barro, aparecieron los fragmentos cerámicos referidos. Finalmente, según este mismo autor, hacia finales del s. VIII o inicios del VII a.C. se reocuparía esta parte alta del cerro. Una segunda intervención en el yacimiento realizada esta vez por Lomba y Cano en 1996 (Lomba y Cano, 1997, 22) contextualiza los hallazgos materiales en una sola fase de construcción de las estructuras conocidas y las nuevas exhumadas, que interpretan como correspondiente a un «único momento de uso del lugar» que fechan a fines del s.VII a.C. y la primera mitad del s.VI a.C.¹⁰

Finalmente, entre el grupo de la Vega Media es Santa Catalina del Monte, en el Verdolay, el asentamiento que ha aportado novedades estratigráficas, al menos publicadas¹¹, que vienen a com-

10 En este sentido, pensamos que el problema de adscripción de estas divergentes aunque posibles ocupaciones se podrá resolver con nuevas intervenciones arqueológicas sobre la zona baja de la ladera norte y este del cerro, donde los restos materiales de ocupación diversa son visibles en superficie – y así debe de recogerse y reconocerse en el Estudio de impacto medioambiental que acompañó al proyecto de construcción de la Presa de Algeciras, junto con otros puntos habitados en esta margen de la rambla y relacionados con la gran ampliación del poblado de El Castellar durante sus fases V y IV sobre las zonas bajas de la ladera Sureste del Cerro del Murtal y la vertiente norte de Los Zancarrones (Ros Sala, 1989; 91)– y donde la deposición estratigráfica siempre estará mas preservada ya que la acción antrópica a través del tiempo resulta menos agresiva en las áreas bajas que en las de cumbre donde una nueva ocupación generalmente supone un fuerte arrasamiento de las estructuras previas, mas acusado cuando el tiempo transcurrido entre una y otra es amplio.

11 Ya en prensa este trabajo llega a nuestras manos el informe manuscrito de las Excavaciones en la Cuesta de San Cayetano (Monteagudo, Murcia), actualmente en prensa y amablemente facilitado por su excavador D. Javier Medina Ruíz a quien agradecemos su generosidad al permitirnos utilizar los datos en él contenidos. Como en páginas atrás se alude ya en nuestro texto, dichas excavaciones han confirmado la presencia de un Bronce Tardío directamente asentado sobre niveles argáricos fosilizados en cuatro momentos, identificado como Nivel II y al que se asocia la presencia en un mismo ambiente de dos hornos de funcionalidad poco clara aunque en uno de los casos se propone el malteado de cereales; la presencia de cerámicas decoradas tipo Cogotas I incide en esta adscripción a la espera de dataciones radiocarbónicas fiables.

pletar en lo que a sus niveles mas antiguos respecta, la información obtenida en la urgencia practicada en 1984-1985, en la que la excavación quedó interrumpida en los niveles del Bronce Final Avanzado (Ros Sala, 1991, 93 ss.; 1989 y 1986-87, 77 ss.); ahora, una nueva intervención de urgencia, realizada en 1991-1992 por el Servicio de Patrimonio de la Consejería de Cultura de la Comunidad de Murcia en un solar contiguo, situado a una cota mayor en la misma ladera noreste del cerro habitado, ha permitido constatar empíricamente lo que era una mas que posibilidad inferida de los restos materiales conocidos de antiguo por los trabajos de Fernández Avilés (Fernández Avilés, 1934; 54 ss.) y Muñoz Amilibia (Muñoz Amilibia, 1984-85, 133 ss.) o en distintas prospecciones superficiales realizadas sobre el yacimiento a raíz de las intervenciones de urgencia de los años 84/85 (Ros Sala, 1989 y 1991). La continuidad ocupacional vista para Lorca-ciudad se repite en este asentamiento que, siendo clave para intentar restituir una aproximación al proceso histórico vivido por los pobladores del Segura medio así como de su vega baja, previamente a la fundación urbana de *Mursiya* e incluso de la posiblemente anterior Ello, no llega a tener la envergadura espacial de aquélla, aunque sí debió ser significativa la complejidad sociopolítica y económica que las relaciones socio-productivas internas y las productivas territoriales con otros poblados coetáneamente habitados, como sabemos que lo fueron Cobatillas La Vieja, Monteagudo y, al menos en una fase argárica inicial, Puntarrón Chico, debieron marcar en su dinámica prehistórica tal y como parece que se produjo en Lorca.

Las novedades respecto de este enclave se producen a raíz de una intervención de urgencia practicada en 1991 y 1992 en uno de los solares aledaños –aunque situado a cotas mas altas– a la intervención practicada por nosotros en 1985 que afectó a la parte central de la ladera Noreste del yacimiento. Ahora, en esta última excavación de urgencia se llega a roca, lográndose por fin una secuencia total del yacimiento, aunque la peculiar intervención¹² implica que a nivel estructural la información esté sumamente limitada y los datos gráficos y documentales sobre los materiales exhumados sea, así mismo, parca; no obstante hay una nueva aportación a la secuencia vertical del yacimiento que completa y avala la ya vista en 1985. En este sentido se reafirma la idea de que ya desde época Calcolítica estamos ante un núcleo poblacional de primer orden en el tramo final de la Vega Media del Segura y en las inmediaciones del cambio de rumbo del Segura hacia el Este con el que se daba continuidad viaria del corredor del Guadalentín hacia la Vega Baja y desde allí a la zona de marjales y lagunas que conformaba el territorio interior inmediato a la paleodesembocadura del Segura, entre un paisaje económico, social e ideológico muy similar al que debía de reproducirse también entonces en el entorno de Santa Catalina del Monte, donde asentamientos en alto coetáneos como el cercano Monteagudo o, algo mas hacia el este, Cobatillas la Vieja o, dentro ya del grupo de la Vega Baja, San Antón de Orihuela y Castillo de Callosa, jalonaban los llanos de inundación de un cauce del Segura diversificado que propiciaba la abundancia de saladares y marjales entre canales o brazos de agua¹³, por cuyas inmediaciones pasaba –al menos desde el s. XIII en que las fuentes constatan el inicio de la regulación de un uso tradicional ancestral– la vereda mayor de Murcia que desde Pinoso hasta Santomera constituía uno de los caminos de trashumancia mas importantes que

12 Se excava sólo la zanja que va a ocupar la cimentación del muro delimitador de la parcela, y una pequeña ampliación de la misma en su tramo inicial con objeto de documentar mejor una sepultura aparecida en el perfil de la citada zanja (Ruíz Sanz, 1998; 78-79).

13 Marjales que todavía en época islámica y, posteriormente, en el s.XIV se prodigaban al este de la línea diagonal entre Monteagudo y Beniján, a uno y otro márgen del Segura, y que ya en el s.XV se hallaban en progresiva disminución. Véase al respecto Martínez Carrillo (1996, 131-132) y Martínez Carrillo (1988; 116) en cuanto a las implicaciones de estos terrenos con la explotación ganadera en la citada época.

atravesaban el concejo murciano hasta el campo de Cartagena como destino final (Martínez Carrillo, 2001, 323), dando una idea de la importancia que la ganadería tenía en esta comarca en esta época y, sobre todo, de la que pudo tener en las previas que a nosotros aquí nos interesan, dada la fosilización de antiguas pequeñas albuferas que estas salinas y marjales permiten suponer en el paisaje previo de la zona y que, en general, los datos pre e históricos parecen indicar tanto para esta comarca como para la de la Vega Baja del Segura (Azuar, 1999, 49ss.). En este paisaje de abundancia de aguas con fuerte concentración de sales muy apropiadas para el abastecimiento ganadero, creemos que encuentra sentido la importancia que la ganadería como actividad productiva parece que tuvo ya entre la comunidad argárica de Cobatillas la Vieja, donde un somero análisis de los restos faunísticos contextualizados en el interior de una dependencia doméstica en las excavaciones efectuadas en 1978 en este sector del poblado indican que la cabaña de ovicápridos, sobre todo, y de bóvidos en menor medida, alcanzó porcentajes muy destacados –56% y 18% respectivamente– sobre el resto de las especies detectadas, a lo que hay que añadir la circunstancia de que entre estos últimos los individuos adultos sean frecuentes y, por tanto, indicativos para los autores del estudio de su probable utilización en actividades agrícolas (Mateo y Vázquez, 1991, 35) a cuya importancia dentro del patrón económico del asentamiento atribuye Lull (1983, 335) la abundante presencia de dientes de hoz de sílex; en realidad nos falta la contrastación informativa fundamental que al respecto debe dar la carpología aplicada a los restos de dichas excavaciones u otras futuras deseables, pero creemos que dadas las circunstancias medioambientales que rodean el asentamiento, así como los datos obtenidos por los mismos autores en el análisis faunístico del posiblemente coetáneo asentamiento serrano de Puntarrón Chico¹⁴, convendría considerar la posibilidad de que esa diferencia porcentual refleje mas una explotación de productos secundarios de la ganadería que una agricultura intensiva, ya que esta, aun siendo una actividad presente en su sistema económico primario subsistencial, debió estar limitada espacialmente a las tierras ya mas elevadas del reborde septentrional del valle y al piedemonte de las alturas que sobresalen de la llanura aluvional, y en ésta a cultivos propios de terrenos hidrófilos anegados intermitentemente; en este sentido hemos de tener en cuenta que todavía en el siglo XIII el «Libro de caza» del Infante Don Juan Manuel describe las tierras que circundan Monteagudo como habitadas por aves acuáticas, garzas y ánades (Martínez Carrillo, 1997, 149) en una recreación del paisaje lagunar extensible a los almarjales existentes entre Casillas y Santomera, al pié mismo de Cobatillas la Vieja.

Quizás con este determinismo productivo del entorno pudiera estar relacionado el hecho de que el primer asentamiento constatado en Santa Catalina se asocie a un Calcolítico medio o avanzado en el que la presencia de material campaniforme es, al parecer, importante tal y como ya se sospechaba por la abundancia de materiales de este horizonte en el entorno superficial de la zona mas alta del Cerro, en los alrededores del denominado Castillo de La Luz¹⁵. Respecto de los niveles argáricos, Ruíz Sanz ha distinguido, en función del material hallado, dos fases identificadas estratigráficamente como IV y V que culturalmente asocia al Argar Antiguo y Pleno respectivamente, señalándo en la última su perduración «hasta un momento muy avanzado de la Cultura Argárica, documentándose materiales característicos del Bronce Tardío» (Ruíz, 1998, 92). Ya las fases VI a VIII se adscriben a un Bronce Final según las tres fases definidas por Molina para el Bronce Final del Sureste (Molina, 1978).

14 Mateo y Vázquez (1992, 360) indican para el nivel argárico de este asentamiento porcentajes similares de bóvidos (17,6% en Puntarrón frente a 16,6% en Cobatillas Argárico) y muy próximos de ovicápridos (41,5% en Puntarrón frente a 61,8% en Cobatillas) además de constatar la presencia de ciervo adecuado a su entorno montañoso del Garruchal, dentro de las sierras de la Cresta del Gallo y Columbares.

15 Circunstancia que tambien parece que pudo darse en Puntarrón Chico, donde la diferenciación de un nivel inferior o inicial en la zona excavada implica la presencia de numerosos fragmentos de campaniforme, sobre el cual se identifica la ocupación argárica (García Sandoval, 1964, 347; Lull, 1983, 342)).

Desde la Fase III que se define como transición del Calcolítico Final a los inicios de la Cultura Argárica, las deposiciones estratigráficas no ofrecen *hiatus* alguno como tampoco se refleja entre la V y las denominadas VI a VIII del Bronce Final, en lo que parece representar un hábitat continuado en época pre- y protohistórica. Ahora bien, respecto de las fases IV y V que aquí nos interesan y sobre todo ésta última, solo se habla de dos posibles unidades habitacionales asociadas a estructuras pero de las que no sabemos si la relación espacial y/o altimétrica pueden indicar dos momentos distintos o son coetáneas¹⁶. Las estructuras de esta unidad aproximan una planta absidal que perpetuaría así el patrón arquitectónico de la fase IV previa, con «silo» encastrado en uno de los tramos de la pared curvada la cual se levanta con zócalo de piedras y alzados de adobe y cuya cara interior está corrida por un banco adosado. Por lo que de relación con la caracterización cultural que se supone para esta fase V se señala como ajuar material doméstico la presencia de restos de una copa de pié alto y fragmentos incisos de una botella o vaso de perfil en S y de un cuenco de borde entrante tras una carena alta. Sobre la fase estratigráfica VI al parecer culturalmente continuadora de esta última, sólo se ha identificado una UE, la 302, a la que no se asocia estructura muraria alguna aunque en la caracterización de dicha unidad se habla de presencia de fragmentos de adobes que, en principio, indican la proximidad de construcciones no presentes en el limitado espacio de excavación; esta circunstancia y el hecho de que en la memoria de los trabajos se indique la existencia de una interfase, formada por niveles de limos y arenas intermitentes y sin material arqueológico alguno, entre las unidades de la fase V y la VI culturalmente adscrita a un Bronce Final en función de los materiales contextualizados, podría ser un indicador de la reducción espacial del asentamiento durante esta última o a una reestructuración habitacional en un momento avanzado de la fase anterior tal y como se detecta en otros asentamientos del corredor Guadalentín-Segura mejor conocidos como es el caso de Lorca, o el de Cobatillas la Vieja-Sector Ibérico aunque también aquí los datos estratigráficos sean todavía muy parcos. Por tanto, a día de hoy sólo podemos llamar la atención sobre este interesante indicio que la investigación futura sobre este y otros yacimientos de la zona habrá de tener muy en cuenta y contrastar con un fenómeno de transformaciones que en general se detecta en el Sureste hacia el final del Argar (Lull y Risk, 1995, 108).

Como adelantábamos al inicio de esta revisión, en la periferia litoral del ámbito espacial que aquí nos interesa se han llevado a cabo en estos últimos años sendas intervenciones arqueológicas que interesan especialmente al período objeto de la misma; los datos obtenidos en la urgencia practicada en el Cerro de Calnegre o Cala del Pino en la Manga del Mar Menor y los que va proporcionando la excavación sistemática sobre el asentamiento existente en la Punta de Los Gavilanes, en las proximidades del Puerto de Mazarrón, pueden ampliar el panorama visto ya que ambos pueden ser un reflejo de los modos de ocupación y formas de gestión de territorios litorales económicamente diversificados y es probable que, por ello, matizables en sus formas de reproducción social respecto de lo que las comunidades del corredor prelitoral implicaban; en ambos casos las ubicaciones se centran en la misma línea de costa y dentro, a su vez, de un ambiente lagunar que en el caso de Gavilanes se asocia a la mas importante vía de penetración al interior prelitoral que supone el dominio hidrográfico

16 Este dato que no se refiere en el texto es importante para la correcta interpretación de la dinámica deposicional que caracteriza el patrón estratigráfico de la ladera norte de Santa Catalina, donde la pauta de relación entre estratigrafía horizontal y vertical quedó claramente documentada en las excavaciones efectuadas en 1984/85 (véase al respecto Ros Sala, 1991); en este sentido, de la planimetría publicada referente a esta fase llama la atención la falta de relación en la orientación de las dos estructuras habitacionales detectadas y el hecho de que las cerámicas identificadas como Bronce Tardío se concentren en la unidad 300 que se ubica en la parte exterior del perfil de terraza lo que podría indicar un momento estratigráficamente posterior.

de la rambla de Las Moreras. Los datos proporcionados hasta el momento por este último enclave costero permite avanzar que su ocupación pudo iniciarse ya en fase argárica, y que continuó habitado durante el Bronce Tardío y/o Final Antiguo.

Por lo que respecta al Cerro de Calnegre en la Cala del Pino, los materiales hallados en las dos intervenciones de urgencia practicadas en el mismo (Martín y Roldán, 1995, 99 ss.) junto con el lote de cerámicas procedente de excavaciones clandestinas publicado en 1986 (Ros Sala, 1986, 351), indican su ocupación durante el final de la Edad del Bronce habiéndose adscrito tras los trabajos arqueológicos de urgencia a un Bronce Tardío; en cuanto a una posible ocupación previa a la fase excavada, no existen hoy por hoy mas indicios que la semejanza en tipos y manufacturación de algunos de los materiales recogidos en superficie con los que aparecen en similares circunstancias en el inmediato Monte Blanco o en el cercano poblado de Las Amoladeras adscritos a un desarrollo del poblamiento Eneolítico en esta zona costera del Sureste por parte de García del Toro, por lo que habría que pensar bien en una ocupación puntual del cerro por parte de un grupo del Bronce Tardío o Final o bien en un asentamiento continuado dentro de un patrón disperso en el que desconocemos la dinámica espacio-temporal del mismo, pero para el que cabe esperar estrategias ocupacionales distintas en función de las variables históricas de cada período respecto del panorama del Sureste en particular y del Mediterráneo Occidental en general. Fuera de una u otra forma, la realidad es que esta ocupación contó con fortificación reforzada mediante bastión cuadrangular, lo que a priori refleja una función de control, bien económico bien estratégico, o ambos conjuntamente, respecto del área litoral en el que se ubica.

Así pues, las líneas precedentes permiten concretar un ambiente de continuidad locacional en la zona del pasillo del Guadalentín y los territorios litorales periféricos que para el caso de los centros de primer orden claramente se vislumbra desde etapas previas al Bronce, mostrando identidad en el espacio urbano argárico aunque traduciendo reestructuraciones en dicho ámbito con la fase Tardía y/o los inicios del Bronce Final pese a que la dinámica poblacional en la ocupación de los diversos territorios integrados en este corredor durante las fases argáricas fue diversa; a este respecto los datos con los que contamos indican que las peculiaridades de esa evolución, en uno y otro momento del Bronce, tuvo mas un origen interno asociado a los cambios en las formas de reproducción social que afectaran no sólo a una comunidad económica y políticamente hegemónica dentro de un territorio sino al resto de las poblaciones con ella relacionadas dentro de ese o de territorios periféricos, limítrofes o no, con resultados, a efectos de la fase Tardía, muy desiguales desde el punto de vista individualizado aunque con una atmósfera de retracción a nivel comarcal que quizás sea el resultado final de ese ambiente de paulatino abandono de las ocupaciones de suelos productivamente tan diversificados que se vive en las dos últimas fases argáricas, fundamentalmente en el Argárico V. En este sentido y aunque a día de hoy sólo contamos con indicios interpretados desde datos obtenidos en prospecciones, en ocasiones no sistemáticas, el concepto de territorialidad que para el Bronce Argárico creo puede asumirse en el ámbito poblacional de los grupos lorquino, de Lébor y de la Vega Media del Segura respectivamente, sufre reestructuraciones sustanciales e incluso es posible que en alguno de estos casos quede finalmente desdibujado con los tiempos Tardíos y/o durante el inicio del Bronce Final¹⁷, aunque la permanencia constatada de los hábitats de primer orden en ellos, en estas

17 Esta es la lectura que cabría hacer si se fueran confirmando los indicios de abandono de algunos asentamientos a lo largo del Bronce Tardío o en los inicios del Bronce Final y la relación que estos abandonos pudieran tener con las nuevas ubicaciones en puntos mas o menos próximos que, por ejemplo, en el caso de Lébor respecto de La Bastida-Anchuras y Las Cabezuelas, respectivamente, parece que pudo ocurrir, o también en el caso de Cobatillas la Vieja podría reflejar el diferente emplazamiento entre el Sector Argárico y el Ibérico bien en un Bronce Final Inicial o bien en un Bronce Tardío del que hasta

últimas etapas citadas, permite pensar a priori en una similitud de los mecanismos económicos básicos subsistenciales. Y al hilo de esta circunstancia homogeneizadora, en estrecha relación con ella, vamos a intentar dar respuesta, con los datos ahora disponibles, a la otra cuestión que interesa a esta revisión: **¿el modelo o los modelos económicos en ellos gestionados fueron, asimismo, continuistas respecto de las generaciones previas?**

La continuidad o cercanía de algunos de estos asentamientos, sobre todo en aquellos que podemos interpretar como principales, implica lógicamente que, a falta de cambios climáticos generalizables, se siguieran explotando los nichos ecológicos respectivos bajo parámetros similares en lo que a elementos de una economía primaria se refiere, aunque quizás la gestión de los mismos pueda diferir respecto de la realizada en aquéllas etapas, salvo que en alguno de estos ámbitos medioambientales la acción climática, en combinación con aspectos geomorfológicos naturales o de derivación antrópica puntuales, haya podido inducir una modificación sustancial de dicha gestión. En este sentido hay que volver sobre los estudios que Cuenca Payá y Walker publicaran en 1977 y 1986 sobre aspectos paleoclimáticos y medioambientales del Cuaternario en Alicante y Murcia, así como sobre el ya citado reciente estudio de Calmel-Avila sobre la Geomorfogénesis holocénica en el Bajo Guadalentín; en este último se corroboran las tendencias climáticas definidas para el Cuaternario del Sureste peninsular por los primeros autores citados, y especialmente en lo que respecta al período comprendido entre el 5.000 BP y el 2.500 BP en el que la morfogénesis de la cuenca del Guadalentín fue muy activa debido al régimen climático «mediterráneo marcado» que climatológicamente caracterizó dicho período y cuyos elementos definidores son una mayor recurrencia de períodos secos, a los que se añade una gran irregularidad interanual de las precipitaciones que traduce períodos de mayor humedad y que se caracterizaron por su naturaleza torrencial de fuerte potencial erosivo sobre los suelos de formación neógena presentes en el valle. Por tanto, a los efectos que interesa a esta revisión, hay una nueva corroboración a cerca de la ausencia de cambios climáticos importantes en esta zona, entre el III y el II milenio a.C. y tampoco en la segunda mitad de este último, que pudieran suponer cambios drásticos en las formas de intervención sobre el medio. Esta misma autora, además, en su interpretación de los ritmos morfogenéticos en el área, teniendo como base de análisis procesos geomorfológicos concretos y generales datados crono-estratigráficamente en el II milenio a.C., precisa que durante la Edad del Bronce se produjo el relanzamiento activo de procesos morfogénicos como resultado de la conjugación de varios factores que han de ser tenidos muy en cuenta, ahora y en el futuro, en cualquier trabajo sobre las comunidades asentadas en dicho período en este valle; así la reactivación tectónica de la falla de Alhama en confluencia con la acción antrópica ejercida durante el Calcolítico, provocó una progresiva acentuación del desnivel entre una fosa ahora mas subsumida y su reborde septentrional también ahora mas levantado, lo que se tradujo en un relanzamiento de los procesos morfogénicos durante el II milenio a.C. que en confluencia con los factores climáticos acabados de reseñar, especialmente en lo que atañe al régimen de pluviosidad y al carácter de tales precipitaciones, testimoniadas en las capas detríticas de los fondos de las ramblas de la vertiente izquierda y la inestabilidad y consecuente reestructuración de las orillas de las ramblas

el momento no existen datos, y aunque dentro del mismo territorio, en Santa Catalina del Monte, la continuidad no implica cambio de emplazamiento tal y como parece que pudo ocurrir en el cercano San Antón de Orihuela. Cambios matizables respecto de estos últimos son los que pueden estar tras la posible continuidad de asentamientos como Felí y Alquería de Beas o el abandono de otros próximos como Cerro de La Viuda (Martínez Rodríguez, 1999, 36) dentro del grupo lorquino, o la reocupación de espacios litorales puntuales como parece ser el caso del Cerro de Calnegre en la Cala del Pino ya en el ámbito del Mar Menor.

y del propio cauce del Guadalentín, provocó una importante erosión hídrica sobre la que, sin duda, debió incidir la acción antrópica derivada de la importante presión demográfica que este valle tuvo durante el Bronce Argárico y especialmente en la primera mitad del II milenio a.C., cuando arqueológicamente se detecta una clara intensificación de la explotación del medio.

Así pues, importantes episodios húmedos de marcado carácter erosivo sobre un perfil de acusado desnivel sobre suelos de naturaleza endeble pueden estar en el origen de reestructuraciones locales del poblamiento del tipo de las que se detectan en la zona baja de Lorca-ciudad o en el Cerro del Castillo de Alhama de Murcia, o entre los grupos de Lébor y de Algeciras-Librilla, con el posible arrasamiento y abandono de las zonas bajas como áreas habitadas para los dos primeros ejemplos y la probable pérdida de áreas destinadas al cultivo en las terrazas de las márgenes de las ramblas que vertebran el poblamiento de los dos últimos grupos citados. En este mismo sentido apuntan otra serie de datos antracológicos, polínicos y osteológicos que en relación con distintos asentamientos del Bronce de la zona se han ido publicando en estos últimos años; son datos significativos que, aunque todavía escasos en número, permiten configurar un marco productivo mas aproximado que creo permiten abordar, de cara al futuro, propuestas de intensificación investigadora mas ajustadas a las necesidades ahora evidenciadas. Así, desde 1992 contamos con los resultados del análisis faunístico obtenido sobre materiales osteológicos procedentes de las excavaciones practicadas en La Bastida de Totana en 1950 y con anterioridad a esta fecha; un grupo de las especies aquí identificadas como son los cérvidos con una significativa presencia, además de javalí, cabra montés y corzo, permiten deducir a García López (1992, 172-174) que en el entorno de La Bastida, en la segunda mitad del II milenio a.C., se daría un ambiente mas húmedo que el actual, con una mayor presencia de masa boscosa y espacios húmedos en general, en un cuadro biocenético que confirman los análisis polínicos realizados en otro yacimiento del ámbito de la Sierra de Espuña, el Abrigo de Los Carboneiros, identificado como enterramiento individual femenino y adscrito en principio al Calcolítico, donde la presencia de un fuerte porcentaje de arbolado dominado por pino Alepo junto con otros taxones típicamente mediterráneos como, encina, lentisco, olivo (López, 1988, 344-345), indican la existencia en Sierra Espuña, a fines del III milenio y los inicios del II milenio a.C., de un bosque claro mas denso que el actual. El mismo ambiente de degradación de la cubierta vegetal se detecta también entre el grupo lorquino a través de los restos de vegetales incrustados en cerámicas tipológicamente adscritos al Bronce argárico (Ayala, 1991, 409 ss.) o en función de la analítica antracológica aplicada a restos de carbón procedentes de alguno de ellos (Calmel-Avila, 1999, 254-255).

En este sentido, es a la presión antrópica ejercida por las comunidades asentadas en el II milenio y, en algunos casos antes, a la que Calmel-Avila confiere un papel añadido a factores climáticos y de derivación neotectónica en esta degradación de la cubierta vegetal y en la subsecuente acción erosiva sobre los relieves del Bajo Guadalentín configurándose así como uno de los factores influyentes en la crisis medioambiental, poblacional, económica y social que el área vive en los últimos tiempos argáricos y a cuya salida pueden apuntar algunas reorientaciones que estos factores denotan entre las comunidades Tardías, con ejemplos a nuestro entender muy claros, aunque periféricos al área que nos ocupa, en asentamientos de nueva planta como parece ocurrir en Cerro Redondo de Villena, o continuadores de su ocupación previa como es el caso de Fuente Alamo, Gatas o Cerro de la Encina, o aquéllos otros reocupados tras un abandono temporal como es el caso de la Illeta de Campello, a los que el futuro inmediato podría añadir, ya con el aval de trabajos sistemáticos estratigráficos y en extensión, los ejemplos murcianos de Lorca-ciudad, La Bastida, Cobatillas la Vieja, Monteagudo o Santa Catalina del Monte fundamentalmente.

Mientras esta deseable circunstancia se produce, hemos de seguir intentando encajar los escasos datos con los que contamos referente a esa panoplia de actividades productivas que, en el marco de las relaciones sociales internas comunitarias e internas grupales o territoriales, tenemos plenamente identificadas en los asentamientos argáricos mejor estudiados, algunos de los cuales acabamos de citar como integrantes del entorno del Guadalentín y de su periferia. En este sentido, entre los pocos ejemplos con que actualmente contamos, la fauna salvaje cazada y consumida en La Bastida no deja dudas a cerca de la intensa explotación y gestión por parte de la población del grupo de Lébor de su entorno boscoso de montaña, igual que ocurre en el caso del Abrigo de Los Carboneros donde P. López señala un importante incremento en la alteración de la cubierta vegetal por efecto de la antropización de la zona en la que se ubica y para la que los restos de pólenes de cereal y de plántago indican su cultivo en dicho período; este último dato se repite en La Bastida donde se han identificado restos de trigo y cebada que serían cultivados, recolectados y transformados utilizando las azuelas, dientes de hoz en sílex y los numerosos molinos de mano presentes entre los ajuares domésticos estudiados por García López (1992, 172-174), que permiten inferir el desarrollo por parte de sus habitantes de una intensa actividad agrícola en estrecha relación con una explotación ganadera especializada sobre ovicápridos, y diversificada sobre bóvidos –recurso cárnico principal del asentamiento como cabaña individual– y suidos, lo que refleja una ya significativa aceleración de las estrategias en la cría de ganado en relación con la cual hemos de suponer su directa relación con el pleno desarrollo de productos derivados de la misma; la presencia de liebre, conejo y tejón completan el repertorio de especies no domésticas mencionadas líneas atrás, corroborando la importancia de las actividades de caza en este biotopo, mientras que la presencia del caballo incide de nuevo en la importancia que las actividades productivas primarias tuvieron en este asentamiento.

Un cuadro similar podemos colegir de los datos publicados últimamente sobre determinadas identificaciones carpológicas obtenidos en excavaciones urbanas de Lorca-ciudad, como es el caso de los datos sobre niveles calcolíticos avanzados del solar de Madres Mercedarias, o en el asentamiento argárico de carácter rural de la Loma del Tío Ginés, también en el ámbito lorquino, o el también cercano de Los Cipreses. En el primero de los citados se ha identificado el cultivo de gramíneas, sobre todo cebada y, en menor medida, trigo, junto con el de leguminosas como judías y guisantes, y frutales como el guindo (Martínez y Ponce, 2002, 131). También en La Loma del Tío Ginés se ha identificado la horticultura sobre dos especies de habas –*Vicia Faba* y *Vicia Sátiva*/ervilia–, relacionándose por parte de los excavadores dicho cultivo al de cereales que, como el trigo y la cebada, se asocian al de habas en Gatas (Martínez Sánchez, 1999, 202) para el que también se ha señalado, junto con la evidencia carpológica de Fuente Álamo, el determinismo sobre el cultivo de cebada (Risch y Ruíz, 1994, 81). Precisamente este dominio del cultivo de cereales de secano que ofrece los restos de semillas identificadas en los asentamientos argáricos del Guadalentín donde se han efectuado tales analíticas y para los que en ocasiones se ha señalado la presencia de útiles de recolección y de molienda como los dientes de hoz en industria lítica laminar o los molinos y manos de moler hallados en La Bastida, Los Cipreses, Loma del Tío Ginés, Cobatillas, Santa Catalina del Monte, Cabezo Negro de Ugéjar, Ifre, etc., se ha indicado también por parte de Risch y Ruíz (1994, 81) como probable cultivo mas favorable, en barbecho con leguminosas, en los asentamientos argáricos de la comarca serrana del litoral de Mazarrón-Águilas, a los que atribuyen una producción excedentaria en función de la información procedente de la diferenciación en los ajuares funerarios y de las evidencias de una producción cerealística especializada en lo que a transformación de tales productos se refiere –dependencias con varios molinos de mano o con grandes vasos de almacenamiento–, llegando incluso a proponer que Ifre fuera un asentamiento agrícola cerealista por excelencia en dicho entorno. Un cuadro productivo similar y, tal y como ya hemos señalado en el apartado

anterior, con importantes implicaciones en las formas de control territorial que Lorca-ciudad debió ejercer a través de puntuales relaciones productivas con los asentamientos ubicados en su área de influencia, es el que en el futuro podría deparar el estudio de los restos bióticos y abióticos localizados en la intervención de urgencia realizada en el poblado amurallado del Barranco de la Viuda, localizado en la diputación lorquina de El Hinojar en un entorno medioambiental próximo al del asentamiento de Felí, en el piedemonte de la Sierra de Almenara, y para el que se ha señalado su adscripción argárica aunque desconocemos por el momento la ubicación temporal de su ocupación; el registro arqueológico localizado en los departamentos adosados al interior de su potente muralla así lo indican, siendo los elementos relacionados con la producción, almacenaje y manufacturación de materias primas los mas abundantes, destacando la presencia de «hornos, vasijas de almacenamiento, acumulaciones de cereal, molinos de mano y hogares»(Medina y Sánchez,1999, 17).

Sabemos que esta producción de ámbito agroganadero tuvo en general una significativa derivación económica y de diversificación social sobre la transformación de productos secundarios; pero es entre el grupo del Guadalentín-Segura Medio donde, tal y como hemos expuesto páginas atrás, al analizar los patrones de asentamiento de las comunidades de este grupo, los precarios datos con los que contamos en la actualidad configuran un marco productivo en el que las actividades ganaderas debieron tener una especial incidencia y para las que su ascendencia desde un Calcolítico avanzado hace prever ahora cotas de actividad plenamente consolidadas tanto para la producción primaria como para las derivadas de ésta, y en las que las relaciones productivas desarrolladas durante casi un milenio debían estar ya muy arraigadas entre sus comunidades, configurando la base de sus relaciones sociales internas y externas territoriales y extraterritoriales. En el mismo sentido inciden los datos sobre el trabajo del hueso y la madera, la talla lítica y el textil sobre fibras vegetales como el lino y el esparto, que ofrecen los hallazgos fundamentalmente funerarios de Lorca y Los Cipreses (Martínez, Ponce y Ayala, 1996, 33ss.), La Bastida (Ayala, 1986, 283ss.; García López, 199), Cobatillas la Vieja (Lull, 1983, 79 ; Ayala, 1986, 283ss.) Puntarrón Chico (Ayala, 1986, 283ss.), Santa Catalina del Monte (Muñoz Amilibia, 1988, 138) etc., revelando una significativa estabilización del margen de diversificación que el tejido productivo de estas comunidades ofrecía hacia mediados del II milenio a.C. Además, como ocurre en el resto de las comunidades europeas coetáneas temporalmente y próximas en su nivel de tecnificación, una derivación de dicha diversificación sería la intensificación de las relaciones económicas intracomunitarias y también extracomunitarias por razones de necesidad tanto social como de complementariedad económica,. Y es en este marco donde encuentra explicación la conexión que algunas de ellas muestran con redes de comercialización extraterritoriales, conectadas a su vez con circuitos de intercambio de bienes suntuarios de prestigio; indicadores de esta realidad son la presencia de objetos de marfil y de pasta vítrea entre los ajuares de sepulturas de Madres Mercedarias y de Cipreses en Lorca.

Pero quizás sea la actividad minero-metalúrgica la que nos acerque más a la entidad de esta diversificación del tejido productivo entre comunidades del II milenio a.C. en el valle del Guadalentín; a cerca de la misma, los datos ya conocidos (Lull, 1983, Ayala Juan, 1986; Montero, 1992) y los novedosos permiten atisbar la realidad de una minería extractiva y la subsiguiente metalurgia transformativa que ve incentivada la explotación de las mineralizaciones de cobre respecto del Calcolítico Avanzado anterior así como el inicio del trabajo de minerales argentíferos, de la mano de una metalurgia del cobre más depurada y por tanto tecnológicamente más compleja aunque mas asequible que en etapas previas. Un buen ejemplo de esta innovación tecnológica que supone la consecución de bronce estamnífero es el hallazgo en 1977, en el denominado Departamento A de Cobatillas la Vieja – sector argárico, de un crisol con restos de cobre, estaño y arsénico sobre su pavimento, indicativo de la plena asunción de la metalurgia del bronce por parte de las comunida-

des del Grupo Guadalentín-Segura Medio. Y aunque se ha reseñado por parte de Montero (1992, 194) la ausencia de evidencias directas sobre trabajos relacionados con la minería extractiva asociada a la actividad metalúrgica en el Sudeste, parece interesante la sugerencia de Medina Ruíz (1999, 129) a cerca de su posible relación con el poblado argárico de La Mina, situado a unos tres kilómetros, en la vertiente occidental de la Sierra de Orihuela y sobre minas de explotación de vetas de malaquita en las que se han hallado cerámicas prehistóricas, lo que podría sugerir una relación directa entre esta actividad extractiva y determinados poblados argáricos, siendo ésta una hipótesis que podría tener continuidad al menos en el inicio del Bronce Final a tenor del hallazgo en esos niveles del Corte Ñ de este mismo poblado de restos de galena y de mineral de hierro. Y es precisamente en relación con el claro incremento de la demanda de plata con el que se ha de relacionar un nuevo factor de innovación tecnológica ya que, pese a que se viene manteniendo que dicha plata es fundamentalmente nativa (Montero, 1992), datos como el hallazgo de plomo y restos de plata en un análisis que R. Inchaurrandieta realiza sobre una escoria hallada en La Bastida de Totana (García López, 1989, 174) o el acabado de citar de Cobatillas la Vieja-sector Ibérico, podrían ser indicios del inicio puntual de tareas metalúrgicas destinadas al beneficio de la plata desde minerales de plomo de partida de los que el entorno litoral murciano es un gran depósito..

Pero no podemos pasar por alto, en tanto que factor matizador de la incidencia social que esta actividad debió tener entre estas comunidades, el hecho de que en todos los hallazgos conocidos el ámbito espacio-productivo es marcadamente familiar aunque quizás, en tanto no tengamos en el Guadalentín una mayor amplitud de contextos coetáneos excavados en poblados con hallazgos relacionados con el trabajo bien de fusión bien de forja de minerales cupríferos aleados o no, el término mas apropiado sea doméstico ya que este no falsea la realidad social interna de aquéllas a efectos de generalizar su configuración como un factor divisor del trabajo generador de grupos específicos o especializados; un ejemplo, a nuestro juicio bastante claro de esta importante diferencia es la realidad que muestra el poblado jienense de Peñalosa donde la importante actividad metalúrgica en él desarrollada se asocia a los ámbitos domésticos excepción hecha del CE VIIg destinado según sus excavadores al almacenamiento y trabajo de la galena para la obtención probable de plata (Contreras, 2000, 393). Otro dato que abunda a este respecto –a falta de futuros datos mejor contextualizados y mas ampliamente corroborados en cada uno de los poblados conocidos– es tanto la ausencia de indicios de tesaurización como el hecho de que la mayor parte de las piezas asociadas al ámbito del herramental productivo primario entre las comunidades del Bronce del Guadalentín-Segura se siguen fabricando durante la primera mitad del II milenio con materiales no metálicos, excepción hecha de la utilidad diversa que hachas, puñales y punzones pudieran tener, del molde para fabricación de leznas aparecido en Puntarrón Chico (García Sandoval, 1964, 112) y la sierra en forma de D de Ifre (Lull, 1983, 219). Por tanto parece que en dicho período y en lo que a estas comunidades concretas respecta la producción metalúrgica sobre el patrón cobre, bronce y plata se intensificó y probablemente se incentivó, aunque todavía dentro de parámetros de relación intracomunitarios o, a lo sumo, intraterritoriales en los que la variedad de estándares en ley y morfometría abogan por una metalurgia local para la que quizás tengamos un buen ejemplo en el hacha de cobre o bronce batido de la sepultura en cista hallada fortuitamente en la ladera meridional de Santa Catalina del Monte, cuyas características de fabricación y morfometría peculiares (Muñoz, 1984-84, 134) podrían ser indicativas de un origen local, diversificador como proceso metalúrgico. A esta apreciación habría que sumar la evidencia mencionada de una metalurgia local en Cobatillas La Vieja-sector argárico, o la serie de labores transformativas del cobre/ bronce identificadas en el Departamento XI de La Bastida de Totana al que García López califica de «departamento especializado en metalurgia» y del que también procede un molde para hachas planas al que habría que

añadir el molde para la fabricación de alabardas conservado en el Museo Arqueológico de Almería y atribuido a este yacimiento (1989, 173-174), además de los moldes que Siret encuentra en el poblado vecino de Las Anchuras, o la presencia de un lingote de bronce en el poblado lorquino de La Alquería de Beas donde parece que se prolonga la ocupación argárica en fase postargárica (Martínez Rodríguez, 2002c, 18), o los indicios de actividades metalúrgicas en el Castillo de Felí, y Barranco de La Viuda (Martínez y Ponce, 1999b, 11) o, finalmente, en la presencia de tal actividad socialmente reconocida en la sepultura nº 3 de Los Cipreses (Martínez Rodríguez, 1999a, 34).

Llegados a este punto cabe preguntarnos, siempre desde la escasez de datos con los que nos movemos, si es esa novedad tecnológica indicada en relación a los niveles iniciales del Bronce Final de Cobatillas La Vieja –Bronce Tardío todavía en la fase de transformación propuesta por el equipo de investigación de Gatas– o al hallazgo de escorias con mineral de plomo y restos de plata hecho por Inchaurrendieta en La Bastida, indicios de una posible connivencia en la transformación de minerales cupríferos y argentíferos y las primeras observaciones sobre la presencia de mineral de hierro, lo que en el ámbito de la metalurgia marcó diferencias en las comunidades Tardías del Guadalentín-Segura, a cerca de las cuales los recientes hallazgos de estructuras de transformación metalúrgica, junto con moldes para fundición de hachas y objetos de metal en Murviedro (Lorca) (Martínez Rodríguez, 2002c, 64) tendrán mucho que decir al respecto en el futuro, sumándose así a los tipos metálicos novedosos respecto del período precedente que como el hacha de talón y anillas laterales que los Siret sitúan en La Bastida o el hacha de anilla lateral de la Solana de Peñarubia existente en la colección Canovas Cobeño (Martínez Rodríguez, 1999a, 37) ya conocíamos con anterioridad.

En efecto, los datos que esta ocupación del Cerro del Colmenarico de Lorca, en el paraje de Murviedro, pueda ofrecer en el futuro serán claves para empezar a cuestionar sobre bases empíricas los cambios y las continuidades que en el ámbito físico, social, económico e ideológico del eje Guadalentín-Segura Medio confluyeron hacia los inicios de la segunda mitad del II milenio hasta el punto de configurar un período que en las áreas periféricas del Sureste mejor conocidas se manifiesta como propio, pese a que parece mantener buena parte de las estructuras poblacionales y económicas ya configuradas a lo largo del resto previo de dicho milenio, sobre todo en los núcleos poblacionales de primer orden; pero también hay indicios de cambio en la ocupación humana de los suelos dependientes, con una importante reestructuración del modelo diversificador en la explotación económica de los nichos ecológicos de los territorios física, económica, social e ideológicamente ya configurados a lo largo del desarrollo de los períodos argáricos reconocidos y, en consonancia con esta última circunstancia, de la gestión social de los mismos. Hasta qué punto la concentración espacial e incluso el encastillamiento que se detecta en núcleos de primerísimo orden como Lorca, estuvo asociado a dicha reestructuración poblacional y a la peculiar gestión económica y social resultante de la misma o incluso a posibles recesiones demográficas respecto de las etapas III-IV de apogeo argárico es una cuestión para la que hoy por hoy la arqueología afecta al eje Guadalentín-Segura en particular no tiene respuesta; es mas, cuando la cuestión se plantea en otros importantes núcleos del ámbito mas amplio del Sureste la respuesta es generalmente individual por diferenciada dentro de los territorios dependientes identificados en torno a cada núcleo.

Pero también creemos que Murviedro, por citar un ejemplo a día de hoy paradigmático aunque no único de la entidad de las comunidades Tardías del ámbito del Guadalentín– Segura, considerado aislada o individualmente de su centro poblacional generador, esto es Lorca, no será la respuesta a tales cuestiones, de la misma manera que los problemas que plantea la configuración de su territorio y población dependiente y la gestión diferenciada del mismo no se podrán despejar en análisis no integrados de ambos espacios, como entidades que parece que al menos dos o tres siglos antes, durante el desarrollo del Argar Clásico, habían alcanzado una entente territorial que parece reprodu-

cirse, con matices propios, en los otros territorios periféricos analizados dentro del mismo eje. Similar apreciación es extrapolable, en el grupo de la vega media del Segura, a los núcleos de Verdolay, Monteagudo y Cobatillas La Vieja, aunque en este caso la jerarquización de las relaciones entre los distintos núcleos parecen estar mas matizadas que en el Grupo lorquino, o en Lébor a La Bastida y poblados satélites o de su entorno como Las Anchuras y Las Cabezuelas.

En definitiva, es esencial que la arqueología regional se dinamice mas desde la realidad de que es prioritaria la «excavación de territorios» sobre la de yacimientos aislados y que ello sólo se consigue desde la planificación de las intervenciones a medio y largo plazo integrables en proyectos de investigación centrados mas en análisis territoriales que cronoculturales. De esta forma se lograría sacar adelante el análisis y estudio integrado de prácticamente la totalidad de los restos faunísticos, botánicos, metalúrgicos, sedimentológicos, cronométricos, vasculares, etc. exhumados en las excavaciones arqueológicas de urgencia que constituyen el 90% de las intervenciones arqueológicas en la región, y sobre los que año tras año planea la realidad de la ignorancia mas absoluta, al margen de honrosas excepciones. Es esta una necesidad que podría dar al traste con muchas teorías que erigimos sobre alfileres, la mayor parte de las veces descabezados, a la par que permitiría rentabilizar los resultados obtenidos en nuevas excavaciones ya de urgencia ya ordinarias. Así pues, desde el ángulo que se mire, es esta una realidad que debe ser corregida sin dilación si no queremos que la implacable «gestión» termine ahogando la necesaria investigación, fomentando con ello una historia parcial y atomizada carente de la necesaria dialéctica hombre-grupo-medio.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMSBRUSTER, B.R., PEREA, A. (1994): «Tecnología de herramientas rotativas durante el Bronce Final Atlántico. El depósito de Villena». *T.P.* 51, nº 2, pp. 69-87.
- AUBET SEMMLER, M.E. (2000): «Cádiz y el comercio atlántico». *IV C.I.E.F.P.*, vol. I, pp. 31-40. Cádiz.
- AYALA JUAN, M.M. (1991): *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la Cuestión*. Murcia,
- AZUAR RUÍZ, R. (1999): «El paisaje medieval islámico de las tierras al sur del País Valenciano», *Geoarqueología i Quaternari litoral. Memorial M.P. Fumanal*, pp. 49-59. Valencia.
- BAÑOS SERRANO, J. (1993): «Informe de la excavación realizada en el Ayuntamiento viejo de Alhama de Murcia (Agosto-Septiembre de 1989)», *Memorias de Arqueología* 4, pp. 512-514. Murcia.
- CALMEL-AVILA, M. (1999): *Géomorphogenèse Holocène dans le Bas-Guadalentín (Bassin du Segura, Prov. de Murcia, Espagne)*, Presses Universitaires du Septentrion. Villeneuve d'Ascq Cedex.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 Cal ANE)*, BAR International Series 652. Oxford.
- CONTRERAS, F. (coord.) (2000): *Proyecto Peñalosa. Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del piedemonte meridional de Sierra Morena y depresión de Linares-Bailén*. Sevilla.
- CUENCA PAYÁ, A. y WALKER, M.J. (1977): «Paleogeografía humana del Cuaternario de Alicante y Murcia», *Trabajos sobre Neógeno y Cuaternario*, 6, pp. 65-77.
- CUENCA PAYÁ, A. y WALKER, M.J. (1986): «Paleoclimatic, paleoenvironmental and anthropic interactions in S.E. Spanish Holocene Prehistory», *Estudios sobre geomorfología del Sur de España*, Thornes, J.B. & López Bermúdez, F.(eds.), pp. 59-66, Murcia.
- DÍAZ-ANDREU, M. y MONTERO, I. (2000): «Metallurgy and social dynamics in the later prehistory of Mediterranean Spain», *Metals make the world go round. The supply and circulation of metals in Bronze Age Europe*, Pare, C.F.E. (ed.), pp. 116-132. Birmingham.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L.A. (1995): «El Cerro de la Fuente del Murtal, Alhama de Murcia (1ª campaña 1991): poblado fortificado del período de transición Bronce Final/Hierro Antiguo en el eje de poblamiento Segura-Guadalentín (Murcia)», *Memorias de Arqueología*, 5, pp. 66-85, Murcia.

- GARCÍA BLÁNQUEZ, L.A., MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C., PONCE GARCÍA, J. (2002): «Excavaciones arqueológicas en la glorieta de San Vicente (Lorca)», *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional* (resúmenes), pp. 20-21. Murcia.
- GARCÍA LÓPEZ, M.M. (1992): *La Bastida de Totana: estudio de materiales arqueológicos inéditos*, Murcia.
- GARCÍA SANDOVAL, E.(1964): «Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en el yacimiento argárico de El Puntarrón Chico de Beniaján (Murcia)». *NAH*, VI, pp. 108-114.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1994): «Cronología del Grupo Argárico», *RAPonent*, 4, pp. 7-46, Lleida.
- GUICHARD, P.(1980): Murcia Musulmana (ss. IX al XIII), *Historia de la Región Murciana*, vol. III. Murcia.
- HARRISON, R. y MEDEROS, A.(2000): «Patronage and clientship; a model for the Atlantic Final Bronze Age in the Iberian Peninsula», *Metals make the world go round. The supply and Circulation of metals in Bronze Age Europe*, Pare, C.F.E.(ed.), pp. 133-150, Birmingham.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2001/2002): «La Edad del Bronce en Alicante...» *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*, pp.201-217.
- IDÁÑEZ, J.F. (1985): «Avance para el estudio de la necrópolis Eneolítica de Murviedro (Lorca, Murcia)», *XVII CNA*, pp. 197-209, Zaragoza,
- JIMÉNEZ ALCÁZAR, J.F. (1999): Islam y Cristianismo (711-1650), «Lorca Histórica». *Historia, Arte y Literatura*, Jiménez Alcázar, J.F. (coord.), pp. 61-107, Lorca.
- LILLO CARPIO, P.A. (1978): «Corte estratigráfico en el poblado ibérico de Cobatillas la Vieja», *Ampurias*, 38-40, pp. 395-400, Barcelona.
- LOMBA MAURANDI, J.(1995): «Un nuevo yacimiento del Bronce Final con cabañas de planta oval en Murcia: La Serrecica (Totana)». *XXII CNA*, pp. 95-98.
- LOMBA MAURANDI, J. y CANO GOMARIZ, M. (1997): «El Murtal. Un sistema fortificado de finales del s. VII a.C. (Alhama, Murcia)», *XXIV CNA*, vol. 3, pp. 21-30, Cartagena.
- LÓPEZ, P. (1988): «Estudio polínico de seis yacimientos del sureste español», *Trabajos de Prehistoria*, 45, pp. 335 ss.
- LULL, V. (1983): *La cultura de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Madrid.
- LULL, V. y PICAZO, M. (1989): «Arqueología de la muerte y estructura social», *AEspA*, 62, pp. 5-20.
- LULL, V. y RISCH, R. (1995): «El estado argárico», *Verdolay*, 7, pp. 97-109, Murcia.
- MARTÍN CAMINO, M. y ROLDAN BERNAL, B. (1995): «Informe de la excavación de urgencia en el Cerro del Calnegre (Cala del Pino, La Manga del Mar Menor). Año 1987», *Memorias de Arqueología*, 3, pp. 99-108, Murcia.
- MARTÍNEZ CARRILLO, M. LL. (1988): «Dehesas y pastos comunes en los finales del siglo XV», *Murgetana*, 76, pp.110-121, Murcia.
- MARTÍNEZ CARRILLO, M. LL. (1996): «La red de caminos del Reino de Murcia en los siglos XIII-XV», *Caminería Hispánica. Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica*, vol. II, pp.129-143, Madrid.
- MARTÍNEZ CARRILLO, M. LL. (1997): *Los paisajes fluviales y sus hombres en la Baja Edad Media. El discurrir del Segura*, Murcia.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1990): «Aportaciones a la secuencia histórica de la ciudad de Lorca», *Lorca. Pasado y Presente. Aportaciones a la Historia de la Región de Murcia*, pp. 71-86, Lorca.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A (1990/91): «Aproximación a la muralla medieval de la ciudad de Lorca», *Miscelánea Medieval Murciana*, XVI, pp. 209-234, Murcia.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (1996): «Primera campaña de excavaciones en la villa romana de la Torre de Sancho Manuel (Lorca)». *Memorias de Arqueología*, 5, pp. 141-158, Murcia.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A.(1999a): «Desde nuestros lejanos antepasados hasta la época romana», *Lorca Histórica. Historia, Arte y Literatura*, Jiménez Alcázar, J.F. (coord.), pp.19-58, Murcia.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., PONCE GARCÍA, J. (1999b): «El Castillo de Felí (Purías, Lorca) a partir de las últimas intervenciones arqueológicas». *Clavis*, 1, pp. 9-36. Lorca.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., y PONCE GARCÍA, J. (2002a): «Excavaciones arqueológicas de urgencia en el subsuelo de la antigua iglesia del convento de las Madres Mercedarias (C/ Zapatería-C/ Cava, Lorca)», *Memorias de Arqueología*, 10, pp. 90-137, Murcia.

- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. y PONCE GARCÍA, J. (2002b): «Segunda intervención arqueológica en la plaza de Juan Moreno, nº 8, confluencia con calle Los Tintes, Lorca», *Memorias de Arqueología*, 10, pp. 150-160, Murcia.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. (2002c): *Museo Arqueológico Municipal de Lorca, 10º Aniversario*, Lorca.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., PONCE GARCÍA, J. Y AYALA JUAN, M.M. (1996): *Las prácticas funerarias de la Cultura Argárica en Lorca-Murcia*. Lorca.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C. (1999): «El poblado argárico de la Loma del Tío Ginés», *Memorias de Arqueología*, 9, pp.162-205, Murcia.
- MATEO SAURA, M. A. y VÁQUEZ ANTÓN, J.M. (1991): «Los restos óseos de fauna del yacimiento argárico de Cobatillas la Vieja (Murcia)», *Verdolay*, 3, pp. 33-36, Murcia.
- MATEO SAURA, M. A. y VÁZQUEZ ANTÓN, J. M. (1992): «Los restos óseos de fauna del yacimiento argárico del Puntarrón Chico, Beniaján (Murcia)», *TP*, 49, pp. 357-364.
- MEDINA RUÍZ, A. J. (1999): «Estado de conservación del sector argárico de Cobatillas La Vieja, Santomera-Murcia», *Memorias de Arqueología*, 9, pp. 126-124, Murcia.
- MEDINA RUÍZ, A. J. (e.p.): «Excavaciones en la Cuesta de San Cayetano (Monteagudo, Murcia)». *Memorias de Arqueología 11* (e.p). Murcia.
- MEDINA RUÍZ, A. J. y SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M. J. (1999): «Excavación en el poblado argárico del Barranco de la Viuda (El Hinojar, Lorca)», *X Jornadas de Arqueología Regional* (resúmenes), p. 17, Murcia.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península», *CuadGranada*, 3, pp. 159-232.
- MOLINA MARTÍNEZ, J. L. (2002): «La Prehistoria en Lorca (1862-1929) y algunos hallazgos arqueológicos a través de la prensa periódica local y otras publicaciones», *Alberca*, 1, pp.11ss. Lorca.
- MONTERO RUIZ, I. (1992): «La actividad metalúrgica en la Edad del Bronce del Sureste de la Península Ibérica: tecnología e interpretación cultural», *TP*, 49, pp. 189-215.
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M. (1984-85): «Una sepultura argárica de El Verdolay (Murcia)». *CuPAUAM* 11-12, vol.I, pp. 133-142, Murcia.
- PONCE GARCÍA, J. (2002): Los cementerios islámicos de Lorca. Aproximación al ritual funerario, *Alberca*, 1, pp. 115-147, Lorca.
- PUJANTE MARTÍNEZ, A., MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., MADRID BALANZA, M.J. y BELLÓN AGUILERA, J. (2002): «Excavación arqueológica de urgencia en el poblado del Bronce Tardío de Murviedro (Lorca)», *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*, resúmenes, pp. 27-29, Murcia.
- RAMÍREZ ÁGUILA, J.A. (1993): 2Primeros descubrimientos arqueológicos en las calles de La Corredera y La Feria de Alhama de Murcia2, *Memorias de Arqueología*, 7, pp. 290-327, Murcia.
- RAMÍREZ AGUILA, J.A. Y URUEÑA GÓMEZ, M.I. (1993): «Aportaciones al estudio del poblamiento en Alhama de Murcia: Excavaciones en calle Corredera, 5 y 7», *Memorias de Arqueología*, 7, pp. 330-378, Murcia.
- RISCH, R. y RUIZ PARRA, M. (1994): «Distribución y control territorial en el sudeste de la Península Ibérica durante el tercer y segundo milenios a.n.e», *Verdolay*, 6, pp. 77-87, Murcia.
- ROS SALA, M. M. (1985): «El período del Bronce Final en el conjunto arqueológico de Cobatillas la Vieja (Murcia)», *AnMurcia*,1, pp. 33-47, Murcia,
- ROS SALA, M. M. (1986a): «Datos para el estudio del Bronce Tardío y Final en el Valle del Guadalentín: el poblado de Las Cabezuelas (Totana, Murcia)», *AnMurcia*, 2, pp. 39-48.
- ROS SALA, M. M. (1986b): «El Bronce Tardío y Final», *Historia de Cartagena*, vol. II, pp. 317-352, Murcia.
- ROS SALA, M. M. (1987): «Cerámicas del Bronce Tardío y Final en las laderas del Cerro del Castillo (Lorca, Murcia)», *Homenaje al Prof. Torres Fontes*, pp. 1481-1491, Murcia.
- ROS SALA, M.M. y GARCÍA LÓPEZ, M.M. (1987): «Cerámicas del Bronce Tardío y Final de La Bastida (Totana, Murcia)», XVIII CNA, 373-389, Zaragoza.
- ROS SALA, M.M. (1989): *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín*, Murcia.
- ROS SALA, M.M. (1991): «Excavaciones arqueológicas en Santa Catalina del Monte, Verdolay, (Murcia)». Campaña 1985, *Memorias de Arqueología*, 2, pp. 93-114, Murcia.
- RUÍZ-GALVEZ, M. L (1993): «El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce», *Complutum* 4, pp. 41-68, Madrid.

- RUÍZ-GALVEZ, M. L.(2001/2002): «Hallarse en la encrucijada. El área levantina, entre Oriente y Occidente...» *Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*, pp.137-149.
- RUÍZ SANZ, M.J. (1993): «Excavaciones de urgencia en el poblado de Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia)», *Memorias de Arqueología*, 7, pp. 78-116, Murcia.
- SÁNCHEZ PRAVIA, J. A. (2001): «Deslumbrante Castillo de Lorca», *Revista de Arqueología*, 244, pp. 56-57, Madrid.
- SCHUBART, H. Y ARTEAGA, O. (1978): «Fuente Alamo. Vorbericht über die Grabung 1977 in der Bronzezeitlichen höhensiedlung», *MM*, 19, pp. 23-51.

LA COLONIZACION GRIEGA EN MURCIA. ESTADO ACTUAL TRAS VEINTE AÑOS DE INVESTIGACIONES

JOSÉ MIGUEL GARCÍA CANO
Universidad de Murcia

Hace ahora una centuria aproximadamente desde que se iniciaron los primeros estudios referidos a la colonización helénica en la Península Ibérica. Se produjeron estas monografías iniciales en un momento en el que todavía la cultura ibérica no estaba bien encuadrada ni espacial ni temporalmente.

Una de las primeras síntesis se la debemos a Pierre Paris en una fecha relativamente temprana 1903. Sus conclusiones respecto de la actividad griega en la España antigua se valoran como modestas, puesto que, únicamente recogió en su catálogo de materiales unos cuantos bronce y algunas cerámicas áticas decoradas.

Hasta los años treinta no se produce un cambio que podamos calificar de radical en el panorama científico hispano con la publicación de D. Antonio García Bellido de sus *Hallazgos griegos en España* (1936). Este trabajo sistemático actualiza e intenta valorar adecuadamente el fenómeno colonizador griego en la Península, recopila en un *corpus* de 156 ítems. En donde aparecen además de los bronce conocidos hasta esas fechas, cerámicas, joyas, terracotas de influjo helenístico, esculturas de ambiente griego, así como los hallazgos monetales. Del área objeto de estudio señalar únicamente en el inventario un bronce original griego, el excepcional centauro de los Rollos hallado en la pedanía caravaqueña de este nombre (García Bellido, 1936, 29-32) y varios fragmentos cerámicos conservados en el Museo Arqueológico Provincial de Murcia, algunos de los cuales se mencionaban sin procedencia o localización precisa (García Bellido, 1936, 109-111, nº 50 a 59). Dicha publicación tendría una continuación y reelaboración exhaustiva en una ambiciosa obra editada en tres volúmenes en Barcelona (1948). Se trata de la célebre *Hispania Graeca*. Aquí además de los datos proporcionados por la arqueología García y Bellido hace un completo repaso a las fuentes escritas referentes a la colonización griega de la Península Ibérica.

La participación de nuestra Región y del sureste español en general seguía siendo escasa, excepción hecha de las referencias de los textos clásicos sobre las *colonias* griegas de *Hemeroskopeion*, *Akra Leuke* y *Alonis* ubicadas tradicionalmente en la costa alicantina.

En los años sesenta se completa definitivamente la visión sobre la influencia griega colonial en España con la publicación por parte de Gloria Trías, de un estudio global y sistemático de las

cerámicas griegas halladas en la Península. Por vez primera los materiales cerámicos son estudiados en profundidad con asignaciones precisas de fábrica, modelos y cronología. Efectivamente el estudio de la Dra. Trías permite conocer globalmente la datación de las importaciones helénicas tanto de la colonia griega de Ampurias como la suministrada a las poblaciones indígenas de la fachada oriental de la Península principales receptores de productos griegos. Los objetos recibidos son fundamentalmente atenienses, encuadrables a lo largo de los siglos V-IV anteriores a Nuestra Era, pudiéndose confirmar de manera rotunda la cronología de las sociedades ibéricas desde Cataluña a la alta Andalucía.

El capítulo dedicado a Murcia (Trias, 1967, 383-417) es por primera vez cuantificable, aunque escaso, esto es, se dan a conocer algunos materiales de la necrópolis de Cabecico del Tesoro o Alcantarilla y los conjuntos de figuras rojas, ya conocidos, de Cigarralejo (Cuadrado, 1958), Cabezo del Tío Pío en Archena (Fernández de Avilés, 1943; Beazley, 1948) y los Nietos (Diehl, Schubart y San Martín, 1962).

En definitiva la Región de Murcia continúa teniendo un significado verdaderamente liviano en el ámbito de la colonización griega, sin embargo los estudios modélicos sobre cerámicas de barniz negro áticas llevados a cabo por Emeterio Cuadrado por estos años en ejemplares exhumados en la necrópolis de El Cigarralejo en Mula, aplicando los criterios de identificación, clasificación, estudio y datación imperantes en el ámbito de las investigaciones anglosajonas más punteras (Cuadrado, 1963), tienen gran importancia y valor. Como nos demuestra el doble significado que podemos extraer de ellos: Por una parte la identificación y adscripción correcta como productos atenienses de una vajilla de mesa de lujo o pseudolujosa de barniz negro, y no de otros centros productores más o menos coloniales asentados tradicionalmente en tierras itálicas, comunes en los yacimientos ibéricos del siglo IV. En segunda lugar ayuda a precisar la cronología real de multitud de hábitat, mientras que paralelamente pone de manifiesto el alcance y la intensidad del comercio de los pueblos colonizados con respecto a las sociedades indígenas del sureste durante este periodo. Los estudios de E. Cuadrado abren de este modo el camino para futuros estudios sobre los gustos predominantes en las elites locales ibéricas por ciertos tipos de rituales ya sean funerarios, simbólicos, de prestigio etc.

Con estos preceptos básicos publicamos hace veinte años un primer catálogo de las cerámicas griegas, consagrado específicamente a la Región de Murcia. Aquí se recogían por establecer un primer punto de referencia 663 items., donde no se incluían las piezas halladas en los trescientos últimos enterramientos de la necrópolis de El Cigarralejo¹. Es decir, estábamos hablando de más del 600% de los objetos recogidos por Gloria Trías a principios de los años sesenta. Esta expansión se ha debido lógicamente a un rastreo exhaustivo de los fondos de los museos del solar regional y a la reactivación de los trabajos arqueológicos de campo a partir de mediados de la década de los setenta, como consecuencia inmediata de la incorporación de la Dra. Ana María Muñoz Amilibia a la cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Murcia.

La puesta en marcha de distintos programas de investigación produjo una sucesión de hallazgos, básicamente cerámicas importadas, habiéndose registrado en 1991 un 25% más de materiales sobre los registrados una decena de años antes (García Cano y Page, 1991; García Cano, 1982. Para los yacimientos no recogidos en esta síntesis). Es decir el mundo ibérico en Murcia, se confirmaba lo suficientemente sólido y vigoroso como para estar muy activo y receptivo al comercio de productos coloniales, en un encuadre cronológico, que ya se precisará más adelante, que comprende desde los

1 Una parte de estas cerámicas fue finalmente publicada por Emeterio Cuadrado (1987). Véase igualmente García Cano y Page, 1991, 220-221. Cuadro 1.

primeros años de la fase plena de la cultura ibérica hacia la segunda mitad del siglo V y los últimos años de la centuria siguiente.

Analizaremos seguidamente el estado actual de nuestros conocimientos. Ya se ha señalado la ausencia de centros coloniales en la provincia a lo que hay que añadir el hecho de que no se ha producido en estos años un hallazgo espectacular de carácter arqueológico de un lote cerámico, joyas, bronce o de numismática que cambie radicalmente el panorama que de los contactos griegos y coloniales teníamos referidos durante los siglos VI-IV antes de Jesucristo en Murcia. Sin embargo si podemos matizar la intensa actividad comercial de productos griegos que obtienen las poblaciones ibéricas del área a lo largo del periodo objeto de análisis.

Las cerámicas griegas aparecen en la mayoría de los asentamientos ibéricos de la Región, cuyo poblamiento se articula en torno a las vías naturales de penetración, esto es, a lo largo de los ríos, fundamentalmente el Segura y sus principales afluentes: Sangonera, Mula y los ríos de la comarca del noroeste en su margen derecha y un grupo de caudalosas ramblas estacionales en la margen izquierda, pudiéndose determinar cinco grandes núcleos de hábitat (García Cano, 1991a, 313-314. Para el poblamiento ibérico en Murcia véase Lillo, 1981 y Muñoz Amilibia, 1985):

1. El río Segura como principal arteria de poblamiento.
2. Altiplano Jumilla-Yecla.
3. Comarca del noroeste vertebrada en torno a los ríos Benamor, Quipar y Argos.
4. Valle del Guadalentín-Sangonera².
5. La costa. Hasta el momento representada por algún fragmento aislado de cerámica ática de la primera mitad del siglo IV antes de Cristo procedente de Cartagena capital (García Cano, C, 2001, 26) y el conjunto de la Loma del Escorial en la pedanía cartagenera de Los Nietos en la costa interior del mar Menor.

Del estudio de todo el material disponible hemos podido definir dos fases o periodos en los que se enmarca la actividad comercial³.

2 Esta vía considerada como prácticamente secundaria en función del conocimiento tradicional de la cultura ibérica en Murcia, que no señalaba poblamiento apenas en una buena parte del curso del Guadalentín, sobre todo a partir del gran poblado de las Cabezas de Totana (Lillo, 1981, 69-94). Sin embargo las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en el casco de la ciudad de Lorca están poniendo de relieve la importancia del hábitat ibérico en esta comarca con importaciones griegas desde la segunda mitad del siglo V (García Cano, 1989-90) hasta bien entrado el siglo IV participando del mismo fenómeno cultural y comercial que el resto de la Región a lo largo del siglo IV a.C.. Agradecemos la información de estos últimos e importantes hallazgos cerámicos griegos a D. Ángel Iniesta Sanmartín (Comunidad Autónoma), D. Andrés Martínez Rodríguez (Museo de Lorca) y D. Juan A. Ramírez Aguila (Director de las excavaciones de urgencia).

3 Dejamos al margen los primeros contactos coloniales fruto del comercio fenicio producidos con seguridad desde los primeros años del siglo VII aunque quizás puedan rastrearse desde finales del siglo VIII antes de Jesucristo en yacimientos como Castellar de Librilla (Fases II-III) o Cobatillas la Vieja (García Cano, 1991b. Para Castellar de Librilla Ros Sala, 1989; Para Cobatillas la Vieja véase Ros Sala, 1985). Estas relaciones tienen su continuidad en el hallazgo de dos barcos fenicios en la playa de la isla de Mazarrón con una cronología de la segunda mitad del siglo VII anterior a Nuestra Era (Arellano *et alii*, 1999). Sin embargo todas las hipótesis sobre los orígenes del proceso de colonización en el sureste peninsular son susceptibles de revisión en función de los datos aportados por la importante factoría de la Fonteta/La Rábida, según el equipo de excavación, recientemente descubierta en la desembocadura del río Segura en Guardamar, con importaciones griegas seguras desde la segunda mitad del siglo VIII. Véase en último lugar García Martín, 2000 y Rouillard, 2000).

I. FASE INICIAL C.550/525-475/450 ANTES DE JESUCRISTO

Viene marcada por la presencia de los primeros objetos de manufactura griega fruto de transacciones comerciales de negociantes griegos, seguramente foccos, que empiezan a navegar sistemáticamente por el sureste peninsular a partir de mediados del siglo VI antes de Cristo, una vez que se ha producido la fundación de *Emporion* en el golfo de Rosas (García Cano, 1989a, 176-182). Podemos anotar en este subperiodo varios ejemplos: El centauro de los Rollos, un bronce seguramente de taller peloponesio datable en torno al 550 antes de Jesucristo. El fragmento de un vaso cerrado de procedencia jonia, fechable hacia las décadas centrales del siglo VI hallado en el área del santuario ibérico de la Luz (Lillo, 1993-94, 166-167, figura 3-3; Rouillard, 1995-96; Domínguez Monedero, 2001, 39, figura 35). Pieza que inserta el conjunto del Verdolay en el circuito comercial de época arcaica.

Señalar también las copas de los Pequeños Maestros áticas de figuras negras tipo droop documentadas en el cabezo del Tío Pío (Archena), fechables hacia los últimos años del siglo VI asimilables al pintor de Rodas 12264 (García Cano, 1989b, 373, figura 2-3 y 4), así como el fragmento de *kylix* ático de pie bajo fabricado con la técnica del rojo coral datable a principios del siglo V antes de Cristo, procedente del poblado de la Loma del Escorial (Trías, 1967:384, nº 1). A nivel numismático insertar una posible *dracma* de Lesbos hallada de forma casual en el poblado de Bolbax (Cieza) con una cronología del tránsito de los siglos VI-V anteriores a Nuestra Era. Presenta en el anverso las cabezas de dos toros afrontados y el árbol de la vida y reverso con cuadrado incurso con tres triángulos superpuestos con el vértice hacia abajo (Lillo, García y González, 1980 y Lillo, 1981, 249-250).

Se aprecia como durante esta primera fase las mercancías, sobre todo durante el siglo VI, son escasas y en buena parte se trata de piezas de lujo como el caldero de bronce al que pertenece el centauro recuperado en Los Rollos o las finas *kylikes* de los Pequeños Maestros (Archena) o los vasos decorados con rojo intencional (Los Nietos). Parece claro que se trata de bienes de prestigio fruto de estas primeras e introductorias relaciones comerciales, fundamentalmente de tanteo, dirigidas a ganarse la confianza de las elites dirigentes indígenas previo a la comercialización de manufacturas y productos griegos a gran escala, una vez que los navegantes helenos tienen un conocimiento relativamente preciso de las costas de Iberia a partir del tercer tercio del siglo VII antes de Jesucristo.

II. FASE PLENA C. 450/425-350/325 ANTES DE JESUCRISTO

Durante este periodo se produce la gran eclosión mercantil entre las sociedades ibéricas del sureste peninsular, en Murcia hemos podido diferenciar dos subfases cronológicas:

Ila. c. 450/425-400/395 (Figuras 1 y 2)

Se define por una serie de productos áticos, mayoritariamente vajilla de mesa, decorados o lisos cuya función principal es su utilización en el *simposion*. Hemos diferenciado los tipos más comunes:

- . *Kylikes-skyphoi* del Grupo de seguidores de *Haimon* en figuras negras.
- . *Kantharoi* y *Skyphoi* de la clase Saint Valentin
- . *Kylikes* de pie bajo de la clase Delicada I
- . *Kylikes* de pie bajo de labio cóncavo y moldura interna (inset lip del Agora de Atenas), comunmente conocidos como Castulo cup del profesor Shefton.

- . *Kylikes* de pie alto Vicup del Agora de Atenas.
- . *Skyphoi* del tipo ático adaptado del corintio.
- . *Oinochoes* de figuras rojas y barniz negro.
- . Escasez de vajilla para comer, representada únicamente por algunos platos/fuentes de barniz negro outturned rim bowl (F22L./F2681M.).
- . Bolsales en barniz negro.

IIb. c. 400/390-340/325 (Figuras 3 a 5 y Lámina 1)

Se produce la mayor recepción de productos cerámicos atenienses con un claro predominio de vajilla de mesa lisa de barniz negro: platos, fuentes, saleros etc. En menor medida se reciben copas y crateras de campana de figuras rojas:

- . Crateras de campana de figuras rojas principalmente adscribibles al Grupo de Telos, pintores del Tyrso Negro, Grifomaquia de Oxford o Retorted painter.
- . *Kylikes* de pie bajo del Pintor de Jena y del Grupo de Viena 116.
- . *Kylikes-skyphoi* del pintor Q.
- . *Skyphoi* del Fat Boy.
- . *Lekythos* aribalísticos.
- . *Kylikes* de pie bajo de barniz negro y Castulo cup tardías.
- . *Skyphoi* de barniz negro con perfil en «S».
- . *Kylikes-skyphoi* de barniz negro.
- . *Kantharoi* y Bolsales en barniz negro.
- . Gran cantidad de platos y fuentes de labio al interior y borde saliente de barniz negro – incurving y outturned rim bowl – (F21L./F.2771M. y F.22L./F2681M.)
- . Platos de pescado (F.23L./F1121M.)
- . Gran variedad de saleros en barniz negro: Small bowl with broad base (F.21/25BL./F2711M.) y Footed saltcellar (F.24AL./F.2786M.).

Durante la Fase II, en ambos subperiodos, pero sobre todo la IIb c.400/390-340/325 antes de Cristo los alfares ibéricos producen una amplia gama de cerámicas indígenas a torno de excelente calidad que llegan hasta el más pequeño y distante de los poblados, vajilla «fina» en palabras del Dr. Cuadrado (1972) que inundan los ajuares domésticos y a veces funerarios de los grandes centros ibéricos, muchas de las cuales imitan las formas más comunes de la cerámica ática importada en estas regiones, principalmente platos, fuentes y saleros para comer y todo tipo de copas para beber mayormente –*kylikes*, *kantharoi* y bolsales–. De los productos de figuras rojas se reproducen crateras de campana y columnas.

Fenómeno este de las imitaciones que ha empezado a valorarse en el sureste peninsular a partir de los estudios de Virginia Page (1984 y 1987). Son evidencia material de la aceptación que las mercancías griegas, áticas en particular, que hoy por hoy podemos pensar bien como superior a las posibilidades económicas de los receptores o simplemente por razones de moda, estética y ritual que impregnaba a toda la sociedad indígena.

En este periodo cronológico se produce el gran desarrollo del poblamiento ibérico en Murcia. Efectivamente en la subfase IIa c.425-390 se constatan niveles estratigráficos seguros con presencia de importaciones en yacimientos como Molinicos (Moratalla), Cabezo del Tío Pío (Archena), Alcantarilla casco urbano, Loma del Escorial (Los Nietos. Cartagena) o conjuntos cerrados procedentes de

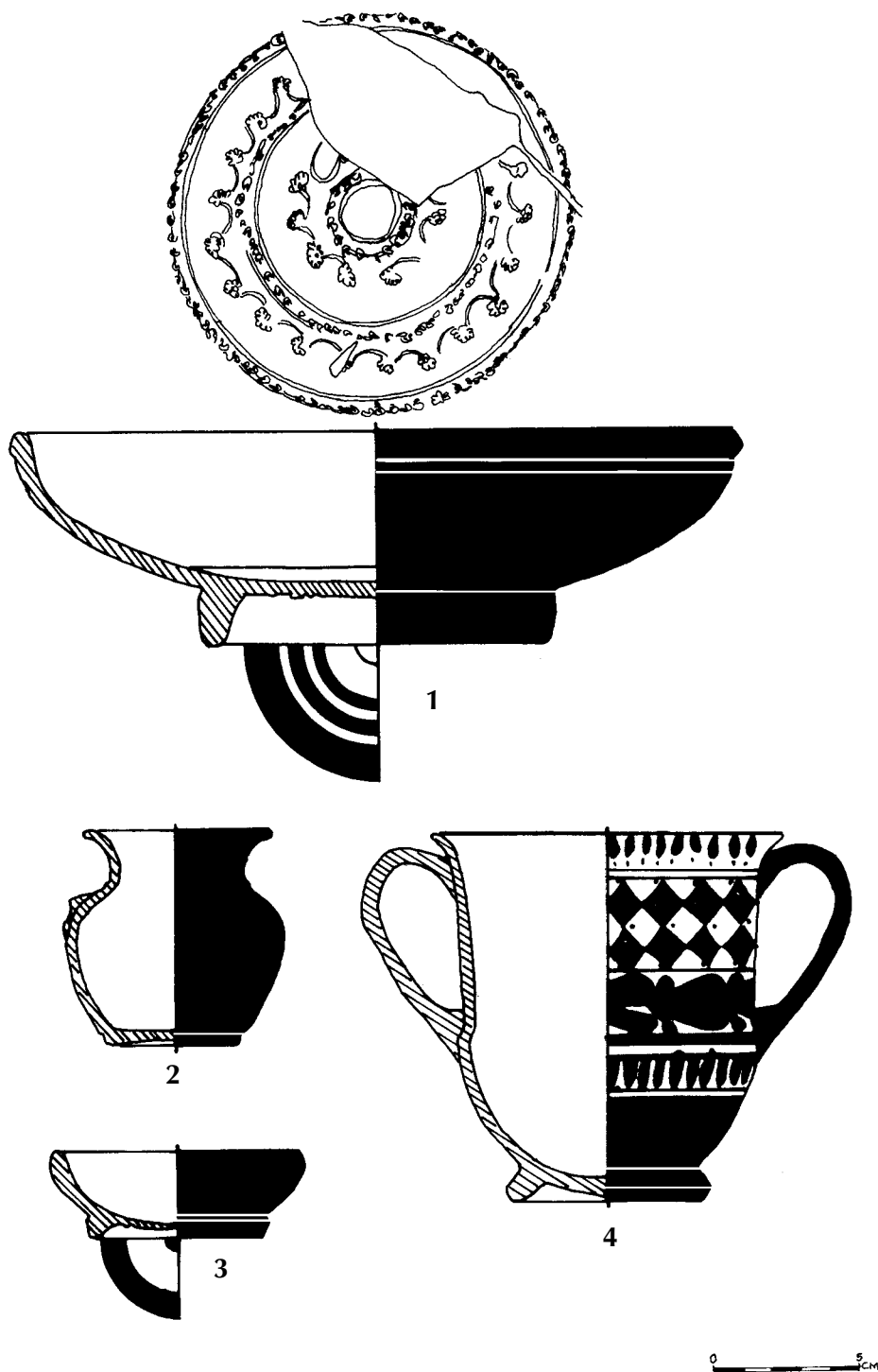


Figura 1. Fase IIa c.450/425-400/395 antes de Cristo. 1.– Fuente outturned rim bowl (F22L./F2681M.). Necrópolis del Castillejo de los Baños (Fortuna); 2.– Oinochoe. Necrópolis del Castillejo de los Baños; 3.– Salero small bowl (F21/25AL./F2761aM.). Necrópolis del Castillejo de los Baños; 4.– Kantharos de la Clase ST. Valentin tipo IV de Howard y Johnson. Los Molinicos (Moratalla).

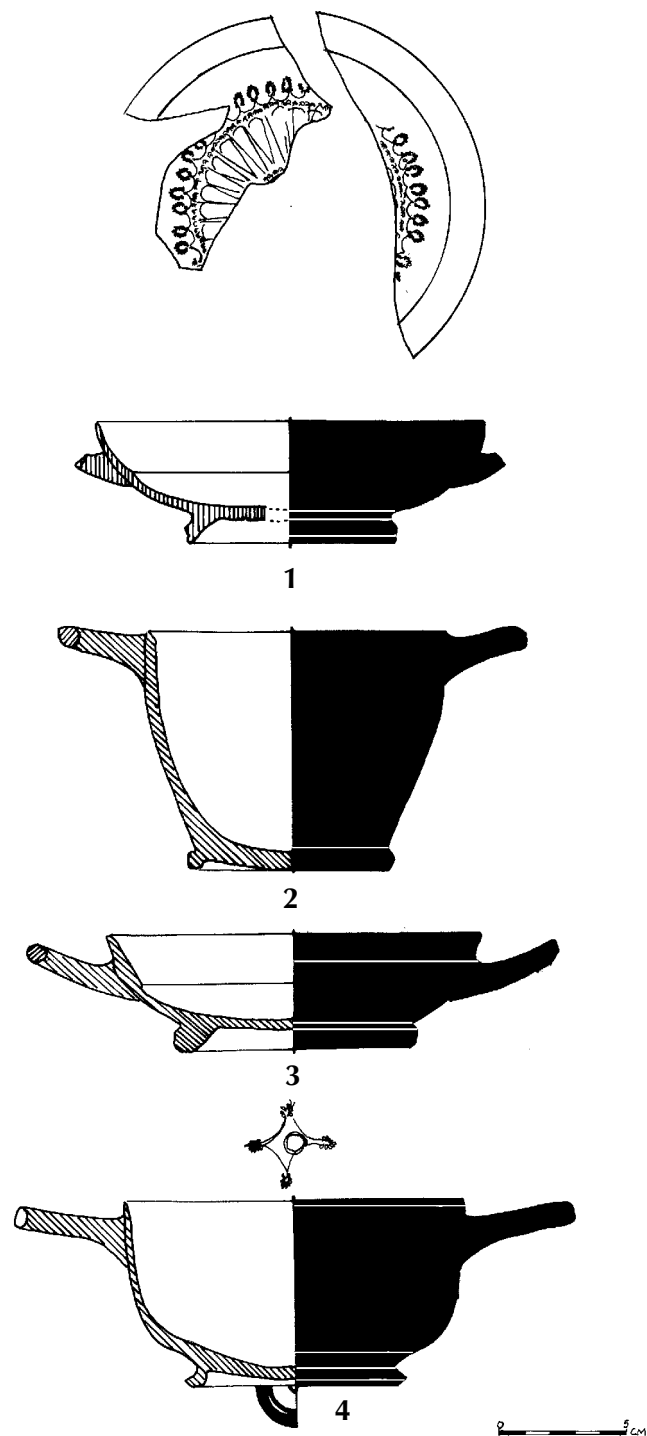


Figura 2. Fase IIa c.450/425-400/395 antes de Cristo. 1.– Kylix de la Clase Delicada I. Necrópolis del casco urbano de Lorca; 2.– Skyphos. Necrópolis del Castillejo de los Baños (Fortuna); 3.– Kylix inset lip (Castulo cup de Shefton). Necrópolis del Cabecico del Tesoro (Verdolay. Murcia); 4.– Balsa. Necrópolis del Castillejo de los Baños.

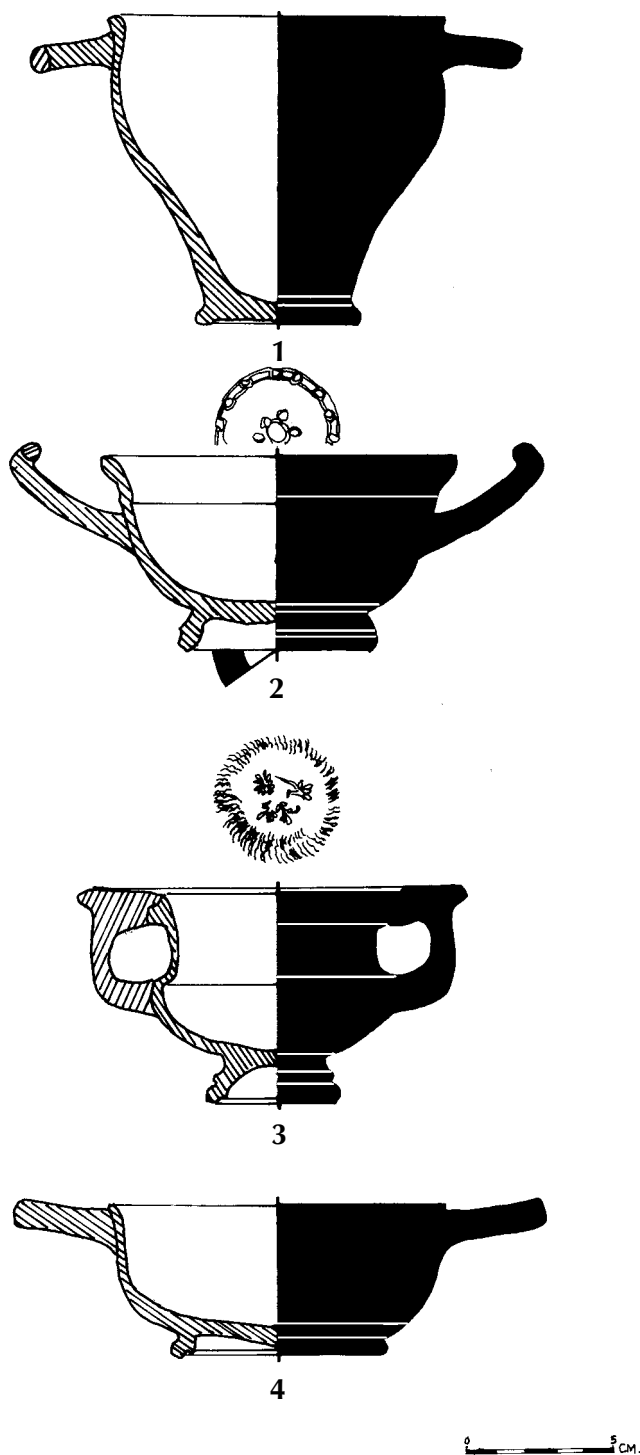


Figura 3. Fase IIb c.400/390-340/325 antes de Cristo. 1.–Skyphos. Necrópolis del Castillejo de los Baños (Fortuna); 2.–Kylix-Skyphos. Necrópolis Castillejo de los Baños; 3.–Kantharos. Necrópolis del Castillejo de los Baños; 4.–Bolsal. Necrópolis de El Cigarralejo (Mula).

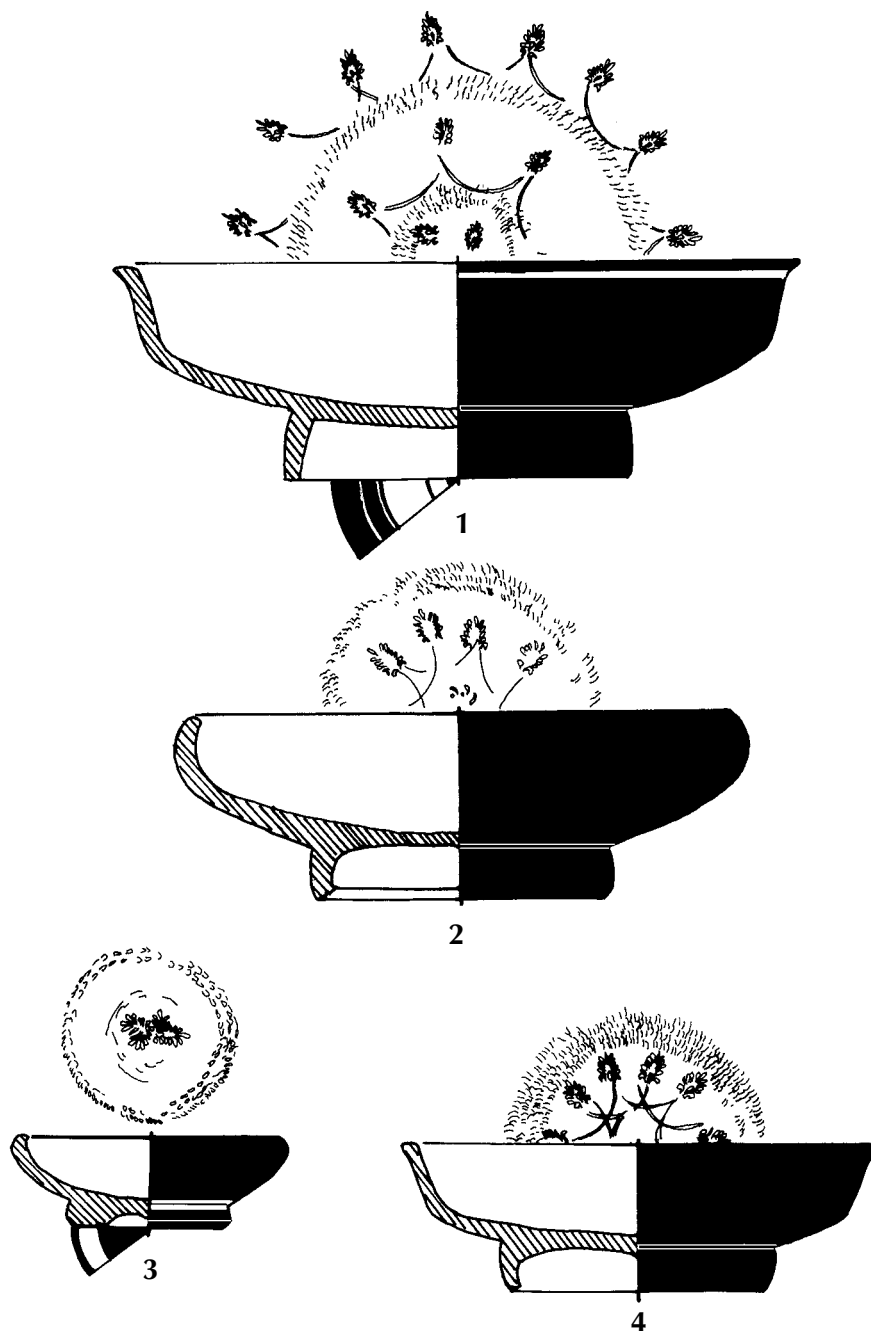


Figura 4. Fase IIb c. 400/390-340/325 antes de Cristo. 1.- Fuente outturner rim bowl (F22L./F2681M.); 2.- Plato incurving rim bowl (F21L./F2771M.); 3.- Salero small bowl with broad base (F21/25BL./F2711M.); 4.- Plato outturned rim bowl (F22L./F2681M.). Los cuatro ejemplos proceden de la necrópolis del Castillejo de los Baños (Fortuna).

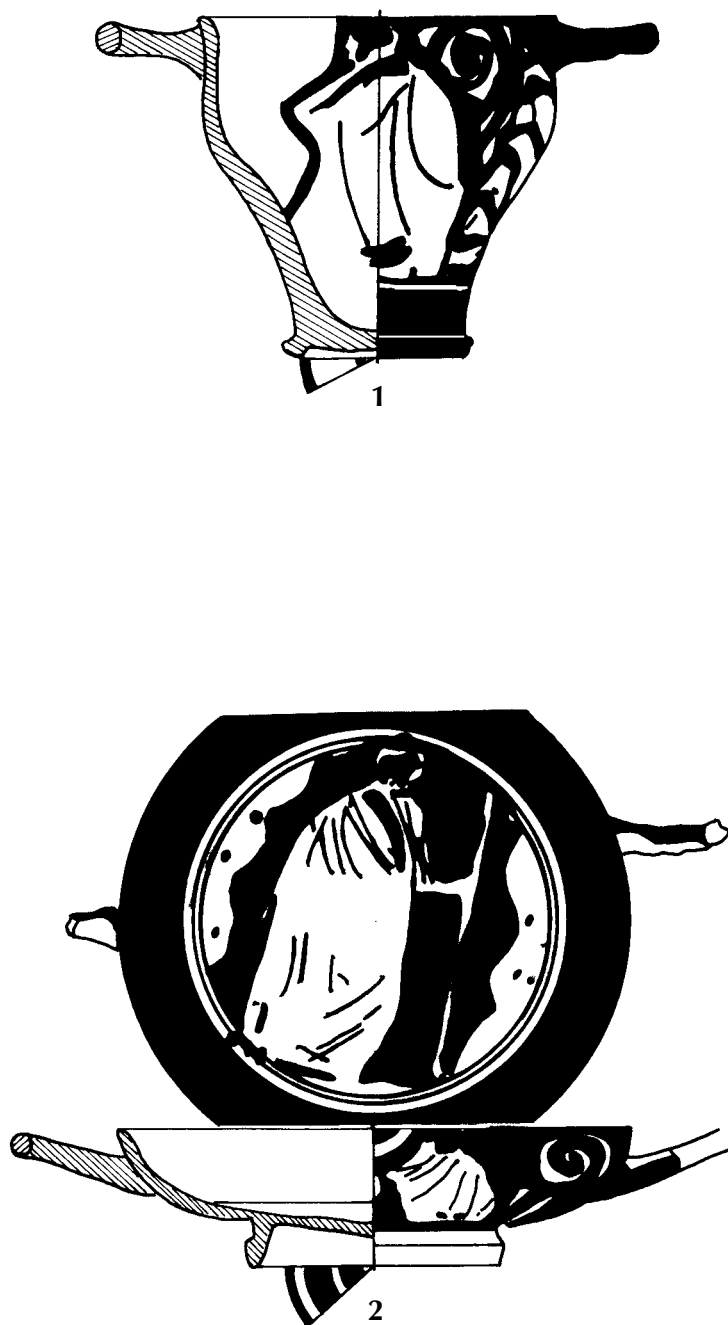


Figura 5. Fase IIb c.400/390-340/325 antes de Cristo. 1.– Skyphos del Grupo del Fat boy; 2.– Kylix del Grupo del pintor de Viena 116. Las dos copas proceden de la necrópolis del Castillejo de los Baños (Fortuna).

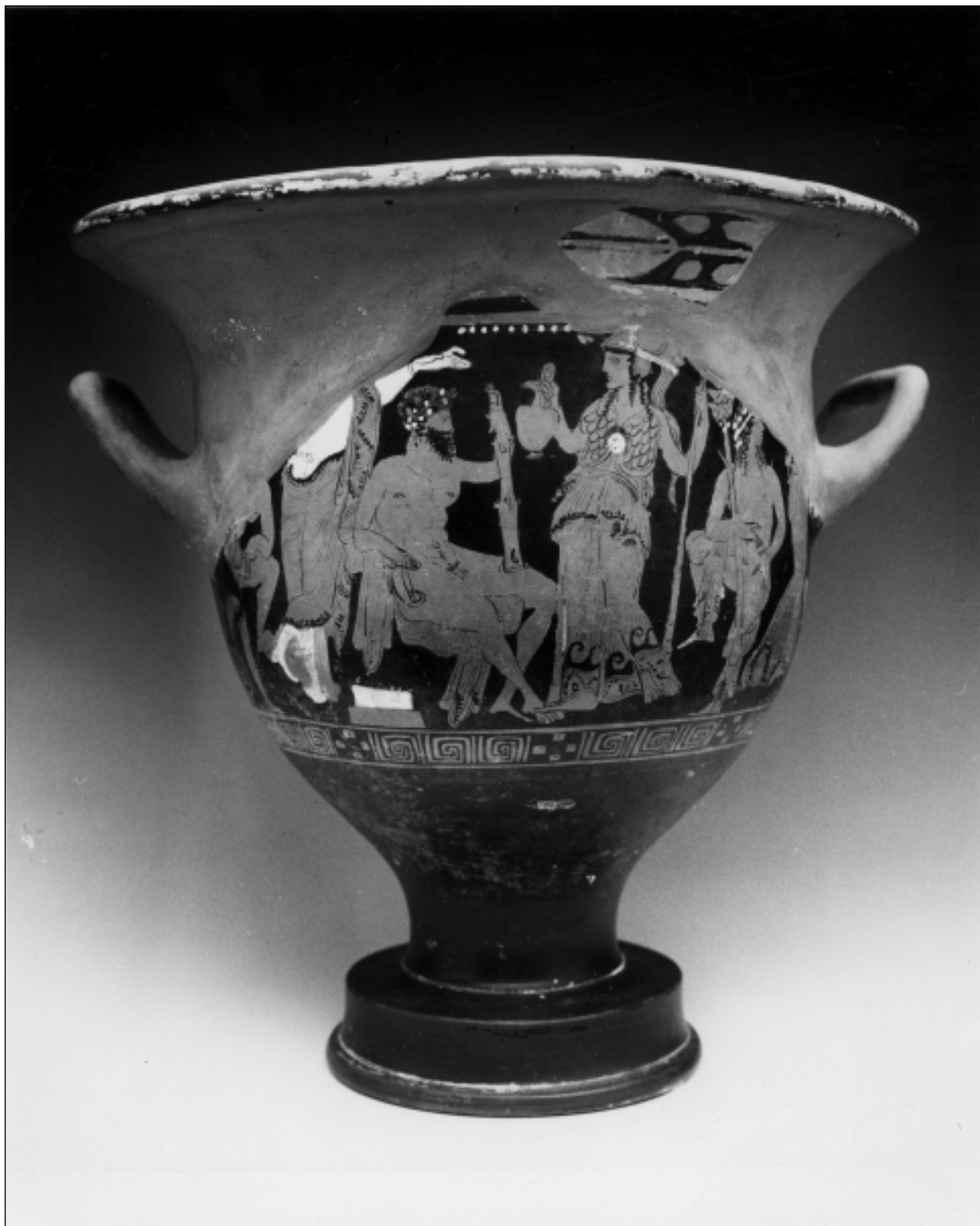


Lámina 1. Cratera de campana Apoteosis de Herakles. Ciclo del pintor de la Centauromaquia de Nueva York. Necrópolis del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia).

grandes necrópolis como Castillejo de los Baños (Fortuna) o Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). Estos hallazgos marcan sintomáticamente las grandes áreas del poblamiento ibérico en la Región. Durante la fase IIb se incorporan a este elenco el grueso de los yacimientos ibéricos de Murcia, algunos de ellos como la necrópolis de El Cigarralejo exhibe en sus ajuares funerarios una altísima presencia de materiales importados, varios cientos de piezas áticas, datados entre c.390-325 antes de Jesucristo (García Cano y Page, 1991, Cuadrado, 1987). Algo parecido ocurre en otro de los grandes conjuntos ibéricos de Murcia como Coimbra del Barranco Ancho (García Cano, 1997, 99-115), por citar solo dos de los enclaves más paradigmáticos.

Los asentamientos correspondientes a la subfase IIa, continúan activos a lo largo del siglo IV, si bien algunos de ellos como Los Molinicos de Moratalla desaparecen en un momento indeterminado en los inicios de la segunda mitad de la centuria (Lillo, 1993, 34). Otros por el contrario continuarán su desarrollo a lo largo de los siglos III-II anteriores a Nuestra Era, perviviendo incluso la plena romanización hasta época tardorrepública como Cabecico del Tesoro, Cabezo del Tío Pío o El Cigarralejo.

El por qué de esta gran cantidad de objetos cerámicos griegos en las poblaciones indígenas pueda quizás explicarse por un lado por la propia capacidad de los habitats ibéricos de adquisición de vajillas de lujo o semilujo en un momento que su difusión se democratiza tras la guerra del Peloponeso y también por el propio carácter del ritual funerario ibérico que a partir de un periodo preciso exige la presencia de ciertos elementos para realizar la liturgia establecida. Hay que tener en cuenta que la mayoría de las piezas de importación se recuperan de ajuares funerarios, donde a partir de finales del siglo VI la presencia del vino y la realización de un banquete funerario parece estar completamente definido.

Ciertos ajuares contienen decenas de objetos suntuarios que difícilmente podrían explicarse como parte del ajuar del difunto, se trata de verdaderos *silicernia* fruto de los banquetes realizados en honor del fallecido, en los que probablemente participaba toda su familia en sentido amplio y en donde el ritual del vino tendría un destacado papel. Estas costumbres han sido bien documentadas por el profesor Juan Blánquez en las tumbas 20 y 25 de la necrópolis de Los Villares (Albacete) (Blanquez, 1995, 223-228 y 1997, 222-224). En este mismo ámbito podríamos insertar los ajuares (200 y 277) denominados *principescos* de la necrópolis de El Cigarralejo (Cuadrado, 1968).

En estos últimos años las investigaciones histórico-arqueológicas han podido profundizar en el conocimiento del complejo mundo de los intercambios comerciales de este periodo. Así, gracias al hallazgo de los plomos de Ampurias (Sanmartí, 1988) y Pech Maho (Lejeune, Pouilloux y Solier, 1988) se puede vislumbrar el mecanismo de actuación de los armadores de la época. Una de las primeras conclusiones que pueden extraerse es la presencia de intermediarios indígenas en las transacciones económicas, que pueden servir además de testigos de los pactos. Del mismo modo queda claro el modelo de ventas a plazos y la entrega de una parte del valor de la mercancía como señal. Todas estas reflexiones ayudan a comprender la existencia de grandes cantidades de cerámicas áticas en los yacimientos ibéricos del sureste y levante peninsular, así como la alta Andalucía. Es decir, empieza a ser verosímil un comercio quizás internacional pero con presencia abundante de armadores griegos, los plomos de Ampurias y Pech Maho están en jonio y parece lógico pensar que ciertos metecos e indígenas que participan en el negocio de una u otra manera tendrían que comprender y muy probablemente hablar griego. Esto tiene cierta trascendencia ya que estos personajes y sus allegados estarían integrados en los sistemas de intercambio y compartirían modos, costumbres e influencias culturales y étnicas de los correspondientes colonos que transmitirían en mayor o menor medida a sus poblaciones de origen.

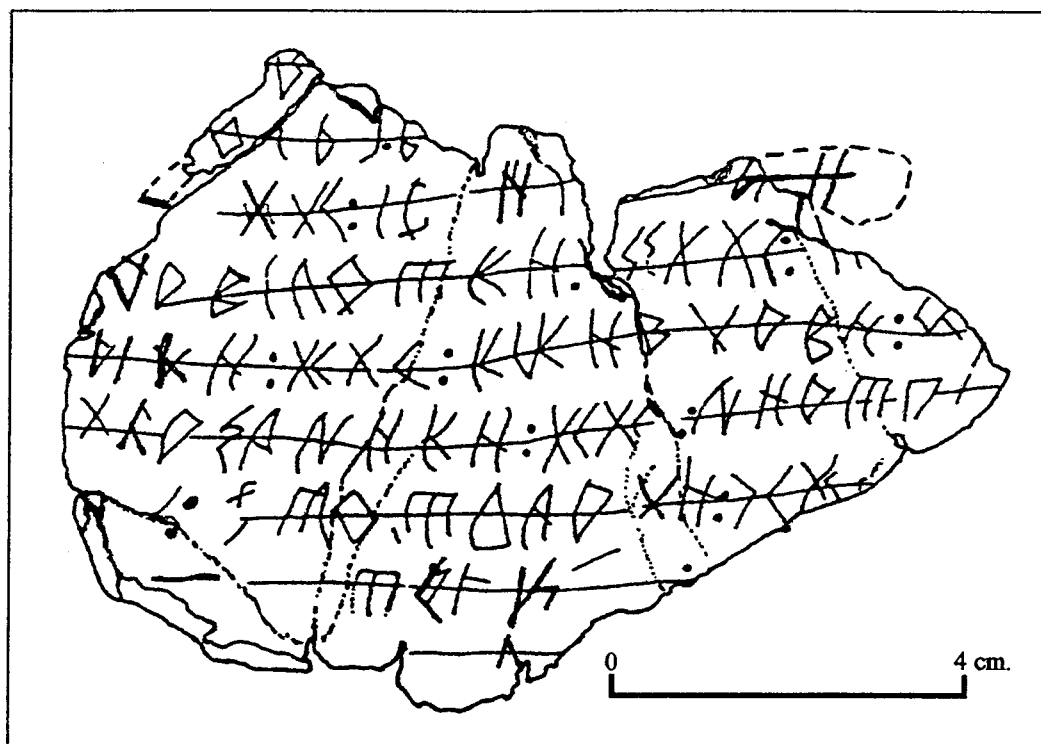
Desde el área del nordeste, principalmente Ampurias, las mercancías se redistribuirían hacia el sur mediante travesías de cabotaje, sin dejar de tener a la vista las costas peninsulares, abasteciendo de productos determinados puertos o lugares prefijados en función de los pactos establecidos o apalabrados previamente. En este punto es donde el sureste y en concreto la desembocadura de los ríos Segura en Guardamar y Vinalopó en Santa Pola cobran especial relevancia, ya que serían estos dos focos los centros principales de abastecimiento y redistribución de objetos importados. Una vez en tierra probablemente ya en manos de buhoneros locales o indígenas en su mayoría, las cerámicas y demás objetos de lujo serían llevados a los lugares de destino, aunque la dirección de las empresas pudo estar en manos de elementos coloniales como esgrimía Maluquer de Motes (1987, 22). Un primer trayecto comprendería las poblaciones ibéricas del área hasta la alta Andalucía y reborde sudoriental de la Meseta. En segundo término habría un comercio de mayor envergadura hacia el sur y el occidente peninsular buscando los mercados de las ricas tierras que un día fueron Tartesos y su zona de influencia. Este destino sería abastecido según el momento bien por vía marítima atravesando el estrecho de Gibraltar con meta principal en la desembocadura del Guadiana (García Cano, 2002; Arruda, 1997 y 1999; Arruda, Barros y Lopes, 1998) y sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo V anterior a Nuestra Era, con la plenitud cultural ibérica mediante comercio interior terrestre a larga distancia llegando hasta la vía de la Plata y el curso del río Guadiana tal y como propuso el profesor Maluquer hace años, aprovechando la experiencia que en este tipo de actividades tenían los focos masaliotas con centro Europa, citar como modelos los *oppida* de Mont Lassois o Heuneburg (Maluquer, 1985 Y 1987:22).

En este encuadre general es primordial reseñar los hallazgos de plomos y grafitos escritos en alfabeto griego oriental en el área contestana, en yacimientos como la Serreta (Alcoy) o Campello en Alicante y Cigarralejo (Mula) y Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla) en Murcia. Dichos textos parecen tener un marcado carácter comercial e inciden en la problemática que estamos analizando sobre todo el plomo de la Serreta I y el de Coimbra (Figura 6) (Maluquer, 1968:89-94; De Hoz, 1998; Muñoz, 1990; García Cano y Hernández, 2001).

Estos plomos y grafitos aparecidos en ámbitos indígenas tanto en la costa como en el interior son prueba de las intensas relaciones con comerciantes griegos, probablemente del cuadrante nordeste de la Península, que lleva a una parte de la oligarquía ibérica del sureste a aprender griego de manera que se faciliten las transacciones económicas con lo que además esto conlleva a nivel de influencias en los modos y costumbres que llegarían a plasmarse en diferentes aspectos de la vida cotidiana de las sociedades ibéricas del área.

En este punto pueden traerse a colación las afirmaciones de las fuentes clásicas en el sentido de la presencia de colonias griegas en el sureste español cuyos nombres nos facilitan los propios textos antiguos: *Alonis*, *Akra Leuke* o *Hemeroskopeion*, tan defendidas en su momento por arqueólogos de gran prestigio como Antonio García Bellido. Efectivamente, las investigaciones arqueológicas de los últimos decenios han avanzado enormemente no sólo en las estructuras comerciales al uso sino también como pudieron ser estas *supuestas colonias*. Así el hallazgo del poblado de la Pícola en Santa Pola (Alicante) de apenas tres mil trescientos metros cuadrados, pero cuya estructura urbanística fue ideada y construida de una sola vez con una planta planificada y regular. Siendo sus casas sobre todo las cuadrante noroeste bastante similares con un promedio cercano a los veinte metros cuadrados. Dichas casas están formadas por dos estancias de desigual tamaño. La más grande suele ocupar dos tercios del total está abierta a la calle y contiene el hogar.

Su ubicación junto al mar y el hecho de contar con una consistente y elaborada muralla con muro principal, antemuralla, escarpa, foso y contraescarpa con paralelos formales en las defensas de la propia Atenas del siglo IV anterior a Jesucristo, apunta a un asentamiento comercial que necesita



Plomo en escritura greco-ibérica de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla)

- 1 – B
- 2 – OIB [I] . B
- 3 – XX < : [I] [O] E [...] UE
- 4 – ORBILOSKE . [-] SSXX < :
- 5 – RIUE : X < X < : KUKBURBE : [X <]
- 6 – X [<] RSANEKE : X < X [<] : NERS [--]
- 7 – [<] : [--] GAOSDARUE : [X] < X < [--]
- 8 – S < [T] UE [--]
- 9 – L

Figura 6. Plomo en escritura greco-ibérica de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla).

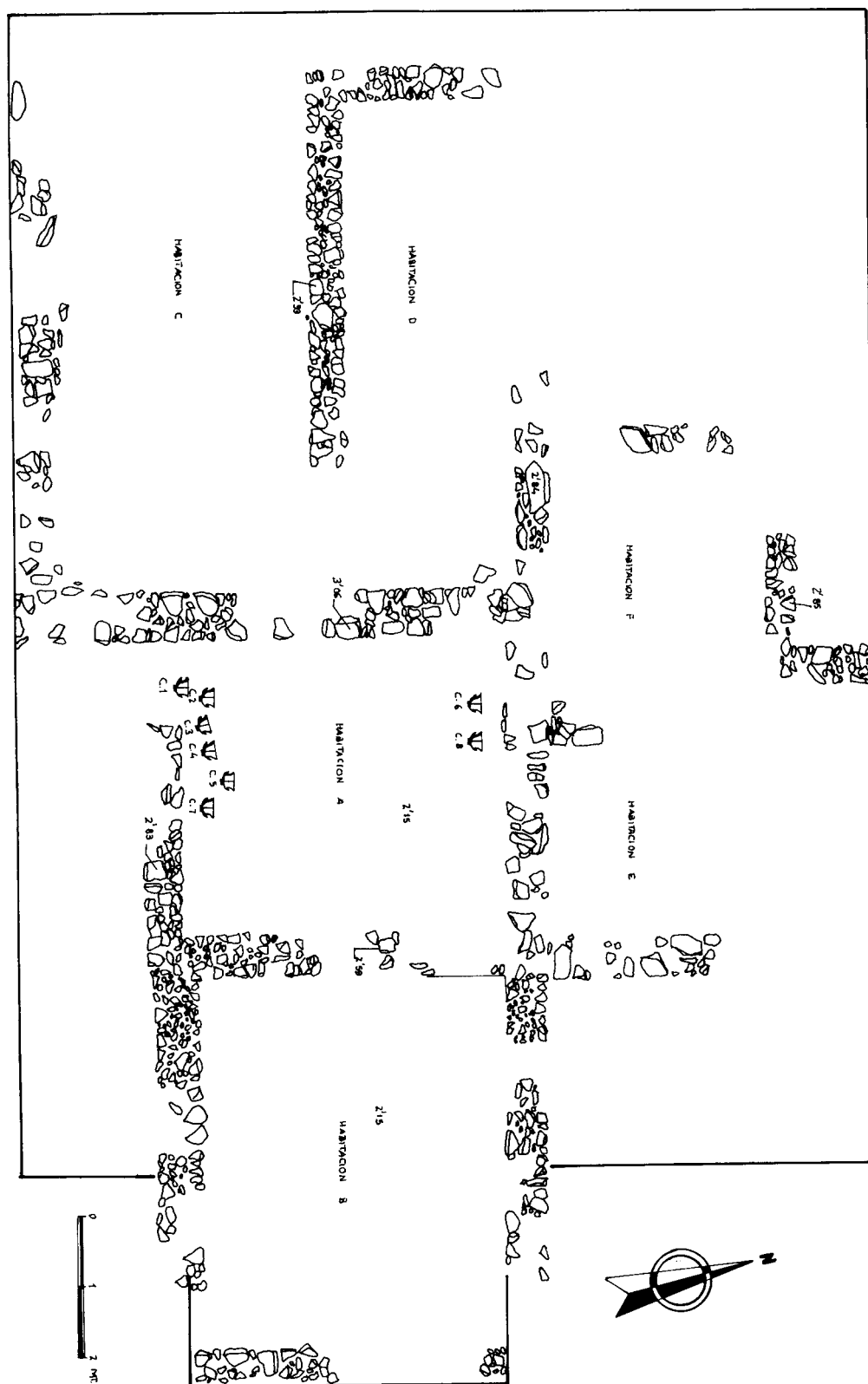


Figura 7. Planta del área del Poblado de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena) con la habitación A donde fue hallado el conjunto de crateras áticas de campana.



Lámina 2. Cratera de campana *Procesión al templo de Apolo Pitio*. Grupo del pintor de Telos. Poblado de la Loma del Escorial, nº 1 (Los Nietos, Cartagena).

estas fortificaciones quizás para defender las mercancías (Moret *et alii*, 1995; Moret, Rouillard, Sanchez y Sillieres, 1996, 401-403). Su funcionamiento hay que circunscribirlo aproximadamente a un siglo entre el último cuarto del siglo V y los inicios de la segunda mitad de la centuria siguiente.

Esta estación no parece una colonia griega ni por su tamaño ni por el conjunto de los hallazgos materiales que se han exhumado, pero si nos encontramos ante un «poblado» en el que se almacenaban y probablemente servía igualmente como centro redistribuidor de mercancías donde habría



Lámina 3. Cratera de campana *Simposio Dionisiaco*. Circulo del pintor del *Tyrso Negro*. Poblado de la Loma del Ecorial, nº 3 (Los Nietos, Cartagena).

instalados comerciantes griegos con responsables indígenas para la distribución interior de los productos.

Este tipo de asentamiento, con su correspondiente topónimo en griego serviría tanto como punto de referencia para los navegantes coloniales como para agilizar y fomentar y dar seguridades en el tráfico comercial. Este modelo podría corresponder de alguna manera a las celeberrimas colonias griegas del sureste que anteriormente hemos citado.

En este mismo marco hay que colocar a otro poblado de carácter indígena la Loma del Escorial (Figura 7) en la cartagenera pedanía de Los Nietos en la costa del Mar Menor (García Cano, C., 1997; García Cano y Page, 1996, 246-247). La estructura urbana del hábitat parece que fue planificada y ejecutada *ex novo* con casas rectangulares y calles hipodámicas en una de las fases de ocupación cuya cronología puede situarse entre los últimos años del siglo V y los inicios de la segunda mitad de la centuria siguiente. A esto hay que añadir el hallazgo excepcional de un lote de al menos ocho crateras áticas de campana de figuras rojas de la primera mitad del siglo IV (Láminas 2 y 3) procedente de una de las habitaciones documentadas de este poblado fortificado (García Cano y García Cano, 1992).

Estos datos nos inclinan a pensar que este «poblado» sirvió también de fondeadero y centro de distribución de mercancías inserto en un fenómeno comercial que parecía lógico plantearse pero que no tenía referentes tangibles hace apenas diez años en el sureste peninsular.

Estos sistemas comerciales establecidos a nivel de tanteo en el inicio de la segunda mitad del siglo VI y desarrollados ampliamente, aunque con altibajos, a lo largo de más de doscientos años, tienen un punto de inflexión a la baja a partir de mediados del siglo IV antes de Cristo, remontando porcentualmente en la primera mitad del siglo III, aunque con un volumen de material y una distribución en el territorio muy inferior a la de su época de *floruit* c.425/350, gracias a la aparición y comercialización por la fachada levantina de la Península Ibérica de cerámicas de barniz negro producidas en distintos centros de ámbito griego del Mediterráneo central y occidental.

La segunda guerra púnica transformará definitivamente el panorama comercial en Iberia iniciándose una nueva fase de intercambios cuyo estímulo y sostén principal serán negociantes y armadores itálicos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1983): «Colonizzazione e aculturazione nella penisola ibérica». *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche*, (Cortona 1981), Ecole Française de Rome 67, pp. 429-461.
- ARELLANO, I., BARBA, S., GOMEZ, M., MIÑANO, A., NEGUERUELA, I. y PINEDO, J. (1999): «Proyecto nave fenicia: 2ª Campaña», *Memorias de Arqueología* 9 (1994), Murcia, pp. 220-222.
- ARRUDA, A.Mª. (1997): «Os núcleos urbanos litorais da Idade do Ferro no Algarbe». *Noventa séculos entre Serra eo Mar*. Lisboa, pp. 243-256.
- ARRUDA, A.Mª (1999): «O Algarbe nos séculos V e IV a.C.», *O Algarbe da Antiguidade aos nossos dias*, Lisboa, pp. 23-31.
- ARRUDA, A., BARROS, Mª.P. y LOPES, V. (1998): «Cerámicas áticas de Mértola», *Conimbriga*, 37. Coimbra, pp. 121-149.
- BEAZLEY, J.D.: (1948) «La cerámica ática del Cabezo del Tío Pío en Archena (Murcia)». *Cuadernos de Historia Primitiva*, III-1. Madrid, pp. 43-50.
- BLANQUEZ PEREZ, J.J. (1995): «El vino en los rituales funerarios ibéricos», en *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Jerez de la Frontera, pp. 213-240.
- BLANQUEZ PEREZ, J.J. (1997): «Caballeros y aristócratas del siglo V antes de Cristo en el mundo ibérico», en *Iconografía ibérica. Iconografía itálica. Propuestas de interpretación y lectura*, (Roma, 1993), Serie Varia, 3. Madrid, pp. 211-234.
- CUADRADO DIAZ, E. (1958): «Cerámica griega de figuras rojas en la necrópolis de El Cigarralejo», *AEspA*, 31, Madrid, pp. 98-125.
- CUADRADO DIAZ, E. (1963): «Cerámica ática de barniz negro de la necrópolis del Cigarralejo (Mula, Murcia)». *APL X*, Valencia, pp. 97-165.

- CUADRADO DIAZ, E. (1968): «Tumbas principescas de El Cigarralejo», *MM*, 9, pp. 148-186.
- CUADRADO DIAZ, E. (1972): «Tipología de la cerámica ibérica fina de «El Cigarralejo». Mula. Murcia», *TP*, 29, Madrid, pp. 125-187.
- CUADRADO DIAZ, E. (1987): *La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*, Bibliotheca Praehistorica Hispanica, XXIII. Madrid.
- DE HOZ, J. (1998): «Epigrafía Griega de occidente y escritura greco-ibérica», en *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid, pp. 180-197.
- DIEHL, E., SCHUBART, H. y SAN MARTÍN, P. (1962): «Los Nietos. Ein Handelsplatz des 5 bis 3 Jahrhundertz an der Spanischen Levanteküste». *MM*. 3, pp. 55-83.
- DOMINGUEZ MONEDERO, A. (2001):.— «Archaic greek pottery in the Iberian Peninsula». Greek pottery in the Iberian Peninsula. Leiden En colaboración con C. SÁNCHEZ.
- FERNANDEZ DE AVILES, A. (1943): «Notas sobre la necrópolis ibérica de Archena», *AEspA*, 14, Madrid, pp. 115-121.
- GARCIA BELLIDO, A. (1936): *Hallazgos griegos en España*. Madrid.
- GARCIA BELLIDO, A. (1948): *Hispania Graeca*. Barcelona.
- GARCIA CANO, C. (1997) «Memoria preliminar de la campaña de excavaciones de 1991 en el poblado ibérico de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena)», *Memorias de Arqueología*, 6, (1991), Murcia, pp. 137-148.
- GARCIA CANO, C. (2001): «Tras la pista de Mastia. Los Iberos del litoral», en *Patrimonio de Cartagena I*. Cartagena, pp. 24-33.
- GARCIA CANO, C. y GARCIA CANO, J.M. (1992): «Cerámicas áticas del poblado ibérico de la loma del Escorial (los Nietos, Cartagena)», *AEspA*, 65, Madrid, pp. 3-32.
- GARCIA CANO, J.M. (1982) *Cerámicas griegas de la Región de Murcia*. Murcia.
- GARCIA CANO, J.M. (1989a): «La colonización griega», *Historia de España*, II. Madrid, pp. 168-192.
- GARCIA CANO, J.M. (1989b): «Presencia cultural griega en la Península Ibérica», *Historia de España*, II. Madrid, pp. 193-210.
- GARCIA CANO, J.M. (1989-90): «Una kylix de la «clase Delicada» procedente de Lorca (Murcia)». *AnMurcia*, 5-6, Murcia, pp. 95-100.
- GARCIA CANO, J.M. (1991a): «Las necrópolis ibéricas en Murcia», *Congreso de Arqueología Iberica: Las Necropolis*, Madrid, pp. 313-347.
- GARCIA CANO, J.M. (1991b): «El comercio arcaico en Murcia», en *La presencia de material etrusco en la Península Iberica*, Barcelona, pp. 369-382.
- GARCIA CANO, J.M. (2002): «La colonización griega del occidente mediterráneo y sus relaciones atlánticas», *VII Jornadas de historia Ibero-americana*, Portimao I, pp. 27-48.
- GARCIA CANO, J.M. y HERNÁNDEZ CARRION, E. (2001): «Nuevas aportaciones a la lectura del plomo de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla)», *Pleita*, 4, Jumilla, pp. 47-51.
- GARCIA CANO, J.M. y PAGE DEL POZO, V. (1991): «Panorama actual de las cerámicas griegas en Murcia (1982-1991)», *Huelva Arqueologica*, XIII-1, Huelva, pp. 217-239.
- GARCIA CANO, J.M. y PAGE DEL POZO, V. (1996): «La investigación de la cultura ibérica en Murcia (1990-1995)», *REIb*, 2, Murcia, pp. 243-266.
- GARCIA MARTÍN, J.M. (2000): «El comercio de cerámicas griegas en el sur del país valenciano en época arcaica», *Cerámiques jonies d'epoca arcaica: Centres de produccio i comercialitzacio al Mediterrani Occidental*, Monografies Emporitanes, 11. Barcelona, pp. 207-223.
- LEJEUNE, M., POUILLOX, J. y SOLIER, E. (1988): «Etrusque et ionien sur un plomb de Pech Maho (Aude)», *Revue Archeologique de la Narbonnaise*, 21, Montpellier, pp. 19-59.
- LILLO CARPIO, P.A. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*, Murcia.
- LILLO CARPIO, P.A. (1993): *El poblado ibérico fortificado de los Molinicos. Moratalla (Murcia)*. Murcia.
- LILLO CARPIO, P.A. (1993-94): «Notas sobre el templo del Santuario de la Luz (Murcia)». *AnMurcia*, 9-10, Murcia, pp. 155-174.
- LILLO CARPIO, P., GARCIA HERRERO, G. y GONZALEZ BLANCO, A. (1980): «Novedades numismáticas de la provincia de Murcia», *IV Congreso Nacional de Numismática*, Alicante.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1968): *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*. Barcelona.

- MALUQUER DE MOTES, J. (1985): «En torno al comercio protohistórico terrestre y marítimo griego en el sudeste», VI *CIAS*, (Cartagena 1982), Madrid, pp. 475-482.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1987): «Comercio continental focense en la extremadura central», *Ceramiques gregues i helenistiques a la Peninsula Iberica*, (Ampurias, 1983), Monografies Emporitanes VII, Barcelona, pp. 19-25.
- MORET, P., PUIGSERVER, A., ROUILLARD, P., SANCHEZ, M.J. y SILLIERES, P. (1995): «The fortified settlement of La Pícola (Santa Pola. Alicante) and the Greek influence in South East of Spain», *Social complexity and the development of towns in Iberia. From the copper age to the second century A.D.*, PBA 86, Londres, pp. 109-125.
- MORET, P., ROUILLARD, P., SANCHEZ, M.J. y SILLIERES, P. (1996): «La Pícola (Santa Pola): Un asentamiento fortificado de los siglos V-IV a.C. en el litoral alicantino», XXIII *CNA*, (Elche 1995), Elche, pp. 401-406.
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M^a. (1985): «El poblamiento ibérico en Murcia», *Iberos. Actas de las Jornadas sobre Mundo Iberico*, Jaén, pp. 171-183.
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M^a. (1990): «Plomo ibérico en escritura griega de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)», *Verdolay*, 2, Murcia, pp. 97-100.
- PARIS, P. (1903): *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, París.
- PAGE DEL POZO, V. (1985): *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Alicante, Valencia y Murcia*, CSIC. Madrid.
- PAGE DEL POZO, V. (1987): «Imitaciones ibéricas de crateras y copas áticas en la provincia de Murcia», *Ceramiques gregues i helenistiques a la Peninsula Iberica*, (Ampurias, 1983), Barcelona, pp. 71-81.
- ROS SALA, M.M. (1985): «El periodo del Bronce Final en el conjunto arqueológico de Cobatillas la Vieja (Murcia)», *AnMurcia*, 1, Murcia, pp. 33-47.
- ROS SALA, M.M. (1989): *Dinámica urbanística y cultura material del hierro antiguo en el valle del Guadalentín*. Murcia.
- ROUILLARD, P. (1995-96): «Un vase archaïque de Ionie du Nord a La Luz (Murcie, Espagne)». *AnMurcia*, 11-12, pp. 91-94.
- ROUILLARD, P. (2000): «Les ceramiques de Grece de l'Est dans le sud-est de la Peninsule Iberique:Nouveaux elements», *Ceramiques jones d'epoca arcaica: centres de comercialitzacio al Mediterrani Occidental*, Monografies Emporitanes 11, Barcelona, pp. 225-231.
- SANMARTI, E. (1988): «Una carta en lengua ibérica, escrita sobre plomo, procedente de Emporion», *Revue Archeologique de la Narbonnaise*, 21, Montpellier, pp. 95-113.
- TRIAS, G. (1967): *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, Valencia.

LA PROFESORA ANA MARÍA MUÑOZ AMILIBIA; 26 AÑOS DE TRABAJOS SOBRE LA CULTURA IBÉRICA EN TIERRAS MURCIANAS

PEDRO A. LILLO CARPIO
Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

Con el inicio del curso académico 1975-1976 emprende su labor en Murcia la Dra. Ana María Muñoz Amilibia. Pocas semanas después, un considerable número de alumnos de la división de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras se hace asiduo del Seminario de Arqueología recientemente montado y abierto por la recién llegada profesora. Junto a ella van a trabajar los profesores Yelo Templado y García del Toro.

Pocos días después se pone en contacto con los licenciados que han defendido su Tesis de Licenciatura en Arqueología, se les convoca; nos pregunta en qué investigamos, qué queremos hacer y cómo. Son los días de los primeros contactos también, por su parte, con las «fuerzas vivas» de la Diputación Provincial, el Ayuntamiento, Municipios interesados o involucrados en cuestiones referentes al Patrimonio Arqueológico, con estudiosos locales, con los directores de los distintos Museos, con el Gobierno Civil. Sus actividades en pos de una información y conocimiento directo del mayor número de datos y yacimientos arqueológicos de la Región es una tarea simultánea a la puramente académica, y lo es, sobre todo, de la mayor parte de los fines de semana; le interesa la información global del patrimonio y el contacto directo con los yacimientos, organismos y personas relacionadas de una forma u otra con su contexto.

Es ese un curso realmente nuevo, insólito para muchos, profesores y alumnos de una Universidad pequeña, reducida tan sólo al Campus de la Merced, y aquí la actividad arqueológica sorprende a todos. Sus visitas a museos, colecciones, yacimientos clásicos o inéditos, recientemente descubiertos o los contactos con aficionados son permanentes como también lo son las rápidas adscripciones a actividades a toda persona relacionada de un modo u otro con la Arqueología: todo el mundo puede y debe participar de forma activa y ordenada en las nuevas tareas. Los miércoles por la tarde las conferencias de actualidad arqueológicas son foro de participación y preparación de programas a seguir.

Surge así un ritmo nuevo, una actividad permanente que dinamiza, ilusiona y conmueve la adormecida y mustia actividad arqueológica de los últimos años en el tranquilo distrito universitario.

A los pocos meses de su llegada, la Profesora Muñoz ya ha visitado, conocido y prospectado prácticamente la mayoría de los yacimientos significativos del territorio a la vez que asume el control y dirección efectiva de todas las excavaciones urbanas en el casco antiguo de la ciudad de Murcia, asentada en un complejo substrato islámico de gran interés. Son los días que se plantean y llevan a cabo excavaciones arqueológicas en el propio claustro de la Universidad para poder así documentar las secuencias estratigráficas de este sector de la ciudad medieval y moderna adosado a extramuros de la cerca andalusí. La entonces reducida comunidad universitaria murciana pasa, perpleja, por su puerta principal y ve que la Arqueología está allí, a unos metros de la escalera que accede al Rectorado.

Son los días en que la ciudad y su extenso entorno territorial inician un giro decisivo en cuanto a la labor investigadora en torno a la Arqueología, un giro positivo, innovador e irreversible en los foros oficiales ya aludidos y que, de manera general, va a incentivar y normalizar las tareas, y compromisos que habrán de controlar, salvaguardar y favorecer la conservación y estudio del Patrimonio Arqueológico.

LA CULTURA IBÉRICA EN MURCIA. SUS ANTECEDENTES

Los trabajos relacionados con la cultura ibérica tienen una larga tradición en la Universidad de Murcia. Los precedentes remotos tenemos que buscarlos ya en los trabajos de los estudiosos murcianos del siglo XVIII, en especial, en los del entrañable Canónigo Lozano, el autor que nos describe, con la aguda percepción de su época, los yacimientos arqueológicos de Monteagudo y su entorno o los del área de Verdolay, Santuario de La Luz de modo extraordinario.

Después, en el último tercio del siglo XIX, los trabajos descriptivos de hallazgos de los Padres Escolapios de Yecla en el Cerro de los Santos, en especial del padre Lasalde, dan buena muestra del interés por el estudio de este período cultural y el especial papel protagonizado por los estudiosos en tierras murcianas¹.

Es con la creación del Museo Arqueológico Provincial en 1864 cuando se depositan las primeras piezas sueltas de colecciones pero la llegada de D. Cayetano de Mergelina Luna hacia 1920 supone el inicio de sucesivas campañas de excavaciones arqueológicas en Murcia con particular incidencia en las correspondientes a la cultura ibérica. Su posterior labor como Director del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Murcia es de gran importancia². En los años veinte se inician las excavaciones en el santuario Ibérico de La Luz a las que siguen los trabajos en la necrópolis del Cabecico del Tesoro³.

A partir de la década de 1940 los trabajos de Gratiniano Nieto y de Augusto Fernández de Avilés siguen la línea de estudios sobre cultura ibérica⁴. Fletcher y San Valero excavan en la antigua y

1 Fernández Avilés, A. Las primeras investigaciones en el cerro de los Santos (1860-1870). *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. (Valladolid), 15, 1949, p. 57-70. Fernández Avilés, A. Escultura del Cerro de los Santos. La Colección Velasco (M. Antropológico), en el Museo Arqueológico Nacional. *Archivo Español de Arqueología*, 16, 1943, pp. 361-387. López Azorín, F. *Yecla y el Padre Lasalde*. Murcia: Universidad; Ayuntamiento de Yecla, 1994.

2 Mergelina Luna, C. El Santuario Hispano de la Sierra de Murcia. Memoria de las excavaciones en el Eremitorio de Nuestra Señora de La Luz. *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas* (Madrid), 77, 1924-25, pp. 3-19.

3 Nieto Gallo, G. La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay, Murcia. En: *Crónica del III Congreso Arqueológico del Sureste Español*. Murcia, 1947, pp. 176-183.

4 Nieto Gallo, G. El Cerro de la Almagra (Mula) y la Encarnación (Caravaca). En: *Congreso Arqueológico del Sureste Español*, II. Albacete, 1946. Nieto Gallo, G. Bronce ibérico encontrado en Cehegín (Murcia). *R.A.B.M.*, 63, 1, 1957.



Lámina 1. *Molinicos de Moratalla. Sector Norte. Sobre la muralla, José Miguel García Cano. 1983.*



Lámina 2. *Molinicos de Moratalla. Muralla del poblado, extramuros, puerta septentrional. Campaña 1983.*

alterada necrópolis del Cabecico del Tío Pío, en Archena, uno de los yacimientos fundamentales para el estudio del ibérico en el Sureste Español⁵.

Es la época de publicaciones novedosas en la Arqueología Española y de un cierto protagonismo para el territorio que nos ocupa. Los C.A.S.E. (Congresos Arqueológicos del Sureste Español) van a ser el exponente de los esfuerzos de estos y otros muchos arqueólogos y estudiosos entre los que cabría destacar a Antonio Beltrán y a Emeterio Cuadrado, de tan dilatada trayectoria posterior, hasta nuestros días, y prematuramente volcados a distintas facetas del estudio de la cultura ibérica.

La inacabable y fecunda tarea investigadora y la producción bibliográfica de D. Emeterio Cuadrado es fundamental para el estudio de la cultura ibérica. Año tras año, durante más de medio siglo, va a apostar datos fundamentales en cuanto a reconocimiento, identificación, descripción y cronología de contextos arqueológicos de gran valor. Además, aporta un nuevo conjunto de conceptos metodológicos y analíticos a la Arqueología del mundo ibérico.

A lo largo de este dilatado período de tiempo, desde la postguerra las actividades prospectoras de D. Jerónimo Molina y las acertadas colaboraciones de la Dra. Solveig Nördstrom ocupan un lugar importante en las tareas de campo y en la conservación y publicación de materiales mediante un esfuerzo permanente sin apenas respaldo oficial.

También la labor de M. Jorge Aragonese es de destacar ya que va a mantener desde su cargo de Director del Museo y Profesor de la Facultad de Letras un interés particular por la cultura ibérica y su precisa y exhaustiva descripción de yacimientos y objetos materiales; va a aportar datos del mayor interés en artículos que hoy son ejemplo de precisión metodológica y científica⁶.

Quince años en torno a la cultura ibérica en tierras de Murcia (1975-1990)

Ya hemos dicho que este período representa un nuevo ritmo en cuanto a la actividad arqueológica en general y, de forma muy especial, en lo que a la cultura ibérica se refiere.

En otoño de 1975, la visita a un yacimiento prospectado anteriormente y en serio peligro de desaparición por la progresión de una cantera, el Cerro de Cobatillas la Vieja, a unos 5 km. de Murcia, río Segura abajo y en la margen derecha, es visitado por la Dra. Muñoz con un grupo adscrito al Seminario de Arqueología. Sus inmediatas gestiones hacen posible el inicio, unos meses más tarde, de dos campañas sucesivas de excavaciones que aportan interesantes datos acerca del papel desempeñado por la Vega del Segura como corredor de acceso desde la costa hacia el interior. Se constatan interesantes secuencias estratigráficas correspondientes a un ibérico pleno sobre depósitos sucesivos de bronce tardío y bronce final. Las correspondientes dataciones isotópicas de C-14 garantizan la secuencia⁷.

Es en este período cuando se llevan a cabo las excavaciones de urgencia en el yacimiento de Los Palacios Blancos de Lorquí, ante el hallazgo accidental de cerámica ática y de barniz negro con materiales posteriores, correspondientes a un período cronológico que nos lleva al cambio de Era⁸.

5 San Valero, J. y Fletcher, D. Informe de la I campaña de excavaciones del Cabecico del Tío Pío (Archena). *Informes y Memorias*, 1947.

6 Jorge Aragonese, M. Un exvoto ibérico de La Luz de la colección Palarea, Murcia. *Archivo Español de Arqueología*, 32, p. 121-122; Dos nuevas necrópolis ibéricas en la provincia de Murcia. *Anales de la Universidad de Murcia*, 23, 1-2, 1965, pp. 80-90; La badila ritual de La Luz y la topografía arqueológica de la zona según los últimos descubrimientos. *Anales de la Universidad de Murcia*, 26, pp. 317-346.

7 Lillo Carpio, P. Corte estratigráfico en el poblado de Cobatillas la Vieja. *Ampurias*, 38-40, 1977, p. 395-400. Lillo Carpio, P. *El poblamiento ibérico en Murcia*. Murcia: Universidad, 1981.

8 Lillo Carpio, P. y Ramallo Asensio, S. Aproximación al poblamiento romano en la Vega del Segura. Lorquí (Villa de Los Palacios y Altos Moros). *Murgetana*, 73, 1987, pp. 23-39.



Lámina 3 y 4. *El Prado*. Jumilla, 1983. Disposición de los fragmentos de la estela y basamento del monumento funerario ibérico de *El Prado*, formando un pequeño estanque alargado.



Lámina 5. *El Prado. Jumilla, 1983. Disposición de los fragmentos de la estela y basamento del monumento funerario ibérico de El Prado, formando un pequeño estanque alargado.*

Las entrañables visitas al Museo de Jumilla, con su director, D. Jerónimo Molina, de tan grato recuerdo, así como a diversos yacimientos ibéricos de ese municipio, propiciaron que en el año 1977 se plantease y materializase la I campaña de excavaciones de la Universidad de Murcia en el yacimiento de Coimbra del Barranco Ancho. Este poblado ibérico había sido estudiado y prospectado ya por J. Molina y él fue guía experto a lo largo de las primeras campañas. El primer proyecto de excavaciones, de 1976 a 1984 fue dirigido por la Dra. Muñoz Amilibia con la colaboración del director del Museo de Jumilla y profesores y alumnos adscritos al departamento de Arqueología. Su excepcional emplazamiento, los materiales procedentes del poblado y los restos hallados de tumbas en el sendero de acceso eran preludio del interesante contexto que se iba a poder estudiar⁹.

También en 1977, y a lo largo de una década, se llevan a cabo las excavaciones en el poblado ibérico de Los Molinicos de Moratalla. La especial ubicación de este estratégico poblado, en la confluencia de dos ríos afluentes del Segura, (el Arabe y el Benamor) su reducida extensión (menos de una hectárea), lo aislado de su situación (en las tierras altas del Suroeste, en dirección a la Alta Andalucía) y su disposición defensiva (en un pequeño cerro testigo, amesetado y no apto para el

9 Lillo Carpio, P. *El poblamiento ibérico en Murcia, op. cit.*. García Cano, J.M. Las necrópolis ibéricas en Murcia. En: *Congreso de Arqueología ibérica. Las Necrópolis*. Madrid, 1991, p. 313-347. García Cano, J.M. Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho I. Estudio analítico de sus materiales. Murcia: Universidad 1997. García Cano, J.M. y otros. Actuaciones de urgencia en Coimbra del Barranco Ancho. En: *V Jornadas de Arqueología Regional*. Murcia, 1994, p. 1201 y ss.

cultivo) lo hacen excepcional. La extraordinaria conservación de algunas de las viviendas ibéricas, directamente asentadas sobre un substrato correspondiente al bronce tardío, permitió el análisis y reconstrucción de conjuntos de ajuar prácticamente completos. Sus parámetros defensivos con torres, sus estructuras arquitectónicas domésticas, los silos y el utillaje integran un contexto del mayor interés¹⁰.

En 1979, la llegada del Profesor A. González Blanco a la Universidad de Murcia se materializa en cuanto a la actividad arqueológica con el inicio de las excavaciones sistemáticas en el Cabezo Roenas, las ruinas de la antigua sede episcopal de Begastrí citada en el tratado de Tudmir, en las proximidades de Cehegín y situada cerca del río Argos, de íntimas connotaciones alusivas al tema que tratamos. Estas excavaciones presentan, desde las primeras campañas, una dilatada secuencia cronológica de sucesivos asentamientos en un cerro defensivo de estratégica situación; las estratigrafías de su ladera septentrional ofrecen materiales contextualizados desde el s. IV a.C: al menos, fechas de un ibérico pleno, hasta época Julio-Claudia; en el período más tardío, bien entrado el siglo I d.C., hallamos una serie de restos de vasos de factura romana provincial con formas italiotas y decoraciones pintadas ibéricas muy interesantes, pervivencias estilísticas modificadas del período anterior¹¹.

En ese mismo año de 1979, la actividad simultánea de los distintos yacimientos y los posteriores trabajos de laboratorio y elaboración de trabajos es intenso; lo es también en los Museos Provincial de Murcia y Municipales de Cartagena y Jumilla y en toda una serie de colecciones locales que, en años sucesivos, se van a ir materializando en flamantes Museos Municipales. Allí van a hallar su ubicación idónea, entre otros, muchos materiales ibéricos. Son los casos de Cehegín, a donde van a ser donados los materiales procedentes del Santuario Ibérico del Recuesto compuestos por una serie de pequeñas estatuas de arenisca de équidos, más plaquitas de plata y una serie de vasos rituales y soportes altos¹².

En Yecla, el Museo de la Casa de la Cultura Cayetano de Mergelina cuenta con importantes restos escultóricos del Cerro de Los Santos y Lorca recoge en sus magníficas instalaciones museísticas los hallazgos en la propia ciudad y los de la colección procedente del poblado de las Cabezuelas de Totana¹³.

Los trabajos de la Profesora Muñoz, sus sucesivas visitas y su rigurosa insistencia en las responsabilidades respecto a la adecuación y conservación de los materiales arqueológicos favorecen a lo largo de estos años y en muchos casos la adquisición e ingreso de materiales de interés.

En esta misma época se revisan muchos materiales ibéricos de los Museos, los de hallazgo ocasional o de colecciones antiguas así como los de colecciones más recientes de la más variada procedencia. También ahí incide en su labor, a veces desagradable e ingrata; son en muchos casos, objetos arqueológicos de considerable interés para el conocimiento de la cultura ibérica pero son fruto de hallazgos fortuitos y, la mayor parte de las veces, intencionadamente irregulares, clandestinos. En definitiva, fruto de un daño irreparable, piezas descontextualizadas que no permiten un

10 García Cano, J. M. Iniesta San Martín, A. y Page del Pozo, V. El Santuario ibérico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 7-8 1991, pp. 75-82. García Cano, J.M. y otros. Aportaciones al conocimiento del Santuario de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló*, 18, 1992.

11 González Blanco, A. y Lillo Carpio, P. La ciudad hispano visigoda de Begastrí (Cabezo Roenas, Cehegín, Murcia). En: *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, 1983, pp. 1011-1022.

12 Lillo Carpio, P. Las religiones indígenas de la Hispania Antigua en el Sureste Peninsular. El Santuario del recuesto (Cehegín). *Anales de la Universidad de Murcia*, 38, 4, 1981, pp. 195-208.

13 Lillo Carpio, P. *El poblamiento ibérico...*, op. cit.

completo estudio metodológico de interesantes yacimientos. La reconducción de una parte de estos conjuntos y, sobre todo, la adaptación y moderación por parte de muchos de estos aficionados, antaño excavadores irregulares, representa parte de un gran esfuerzo, tarea ingrata y nunca compensada ni valorada suficientemente.

En este empeño, se recoge, dibuja, cataloga y estudia una gran cantidad de materiales ibéricos y se intenta recabar el máximo de datos sobre su ubicación contextual para dar máxima constancia de los datos disponibles.

Quizás sea también este el año susceptible de ser considerado (1979) como la fecha de más inflexión del equipo formado en Murcia por la Profesora Muñoz. Es cuando se inicia la publicación de una serie de trabajos dirigidos por ella y de la colaboración de los suyos. Se lee la primera Tesis Doctoral y es sobre El Poblamiento Ibérico en Murcia y los artículos sobre esta etapa cultural son frecuentes. A partir de esta fecha una serie de acontecimientos de tipo académico y cultural en torno a lo ibérico se suceden:

En 1982 se celebra en Murcia el Congreso Nacional de Arqueología, en el que se exponen artículos sobre Monteagudo, Begastri y Salchite¹⁴.

En 1981 se lee la Tesis de Licenciatura sobre las Cerámicas Griegas en Murcia, un hito importante en el estudio de las cerámicas y su cronología relativa en contextos estratigráficos.

Es el año de la aparición del *cipo* de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho lo que vuelca el interés de este proyecto en la excavación de la interesante necrópolis, tan necesaria, por otra parte, ante el peligro de expolios, en detrimento de los trabajos sobre el impresionante poblado que se estudió en las primeras campañas¹⁵.

En 1983 se publica la Tesis de Licenciatura sobre las Fíbulas de la Región de Murcia, otro trabajo señero en cuanto a la confección de un *corpus* y una guía tipológica y cronológica útil y necesaria¹⁶. En este mismo año aparece fragmentado, amortizado y formando parte integrante de un pequeño estanque de lustraciones el monumento ibérico de El Prado, en Jumilla, una espectacular estela sobre cuatro damas yacentes procedente del mismo taller que la de Coimbra, a unos kilómetros de distancia¹⁷.

En 1984 se pone en práctica por parte de la Comunidad Autónoma una serie de proyectos del Instituto Nacional de Empleo cuya finalidad es la de limpieza, consolidación y restauración de yacimientos arqueológicos en curso de excavación. Estas labores son de gran importancia ya que complementan las tareas de este tipo incluidas en la excavación propiamente dicha y cuyos presupuestos no suelen permitir trabajos posteriores de adecuación y consolidación.

Es al año siguiente cuando se difunde la Tesis de Licenciatura sobre las cerámicas ibéricas de imitación griega de la región de Murcia, otro trabajo de especial relevancia para el conocimiento de la cultura ibérica; la notable incidencia de piezas ibéricas de inspiración griega en el área murciana y su considerable calidad hacían imprescindible este trabajo que, por otra parte, se hace con especial precisión y claridad¹⁸.

14 Muñoz Amilibia, A. Esculturas ibéricas de Monteagudo. *Pyrenae*, 17-18, 1981-82, p. 281-286. Lillo Carpio, P. Una aportación al estudio de la religión ibérica: la diosa de los Lobos de la Umbría de Salchite, Moratalla, Murcia. En: *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Murcia, 1982. Zaragoza, 1983, pp. 769-787.

15 Muñoz Amilibia, A. Cipo funerario ibérico decorado con escultural. En: *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Murcia, 1982. Zaragoza, 1983, pp. 741-748.

16 Iniesta Sanmartín, A. *Las fíbulas de la región de Murcia*. Murcia: Editora Regional, 1983.

17 Lillo carpio, P. Los restos del monumento funerario ibérico de El Prado (Jumilla, Murcia). En: *Homenaje de Jerónimo Molina*. Murcia: Academia Alfonso X el sabio, 1989, pp. 135-161.

18 Page del Pozo, V. *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valenxcia, Alicante y Murcia*. Madrid: C.S.I.C., 1985.



Lámina 6. Molinicos de Moratalla. Grupo de excavación. Agosto 1980. Virginia Page, Encarna García, José Miguel García, Consuelo García, Rafael Méndez, Marián Montilla, Ángel Iniesta, Pepe Pérez Blesa, Pepe Reverte e Indalecio Pozo.



Lámina 7. Coimbra del Barranco Ancho. Campaña 1977. Pedro Lillo y Julio Navarro.

En estas fechas, a diez años vista del inicio de las tareas de poner en marcha las actividades arqueológicas referidas al estudio de la cultura ibérica en la región de Murcia, todo ha dado un giro copernicano. Hay cuatro promociones de Licenciados en la especialidad de Arqueología y algunos de los más destacados han ido ocupando las recién creadas plazas de su especialidad en la Administración Autonómica u optado por su acceso a la Universidad y Museo Arqueológico. Forman todos parte de un nutrido grupo de universitarios de los que algunos se dedican de forma precisa a esta fase cultural y, que prosiguen brillantemente en consistentes proyectos. La labor del Departamento, orquestada por su directora, se ha llevado a cabo a lo largo de estos años dirigida en varios frentes de modo que mantiene con vigor unos proyectos programados desde sus inicios:

Se continúan los trabajos de Calcolítico en el Cabezo del Plomo. Prosiguen las campañas de cultura argárica de Almendricos y continúan los estudios sobre Medina Siyasa y el Ayuntamiento de Murcia, desde su Centro arqueológico mantiene una vigorosa actividad sobre yacimientos del casco urbano e investigaciones fuera de él. Mientras, la sección de Arqueología de la Comunidad Autónoma, pone en marcha la aplicación y puesta en práctica de sus competencias.

En 1985 Ana María Muñoz publica un artículo en las jornadas sobre el mundo ibérico en Jaén, se titula «El Poblamiento ibérico en Murcia»; en once páginas, casi autobiográficas, escribe una síntesis de sus actividades compartidas; es una sucesión de comentarios sobre la labor propia, la compartida y la dirigida¹⁹. Y, en los tres casos, siempre generosa; cuando la labor dirigida por ella se ajustaba al trabajo de alguno de nosotros o así lo consideraba cedió siempre y ofreció siempre documentación y cualquier tipo de datos que fuesen necesarios; siempre el dar se antepuso, al compartir.

Es también un momento en que parece haber pasado del todo la época heroica, la época dorada del Departamento. Felizmente, se consolidan puestos de trabajo de varios profesores, de varios licenciados que en distintos puestos especializados de la Administración se dedican a las tareas arqueológicas y que favorecen y activan el quehacer arqueológico en el que proporción considerable afecta al ibérico. La nostalgia en un pasado apasionante deja paso a una realidad nueva.

Hacia el tránsito del milenio

En 1990, la Dra. Muñoz se traslada a la Universidad Nacional a Distancia, en Madrid. Lo hace tras 15 años de docencia y trabajo de campo ininterrumpidos en Murcia. Los alumnos de las sucesivas promociones de la Especialidad que se han sentido atraídos por la cultura ibérica prosiguen sus trabajos, acercándose el nuevo milenio.

En Coimbra del Barranco Ancho, tras un paréntesis de cinco años (de 1987 a 1992) se reanudan los trabajos arqueológicos ante la acción de grupos clandestinos en la necrópolis del poblado. Se trata en este caso, fundamentalmente, de recoger, en sucesivas campañas de urgencia, los materiales abandonados en estas actuaciones irregulares y sanear el área de este importante sector del yacimiento.

El 1985, se excava un interesante santuario situado a Levante del macizo montañoso de Santa Ana, alineado con la ladera norte de la montaña con el poblado de Coimbra del barranco Ancho. Posiblemente dedicado al culto de las diosas Deméter y Core, fue descubierto en 1979 por J. Molina a partir de la entrega al Museo de Jumilla de un conjunto de fragmentos de terracota por un grupo de excursionistas de la localidad. J.M. García Cano, A. Iniesta Sanmartín y Virginea Page llevaron a cabo

19 Muñoz Amilibia, A. M^a. El poblamiento ibérico en Murcia. En: *Iberos. Actas de las Jornadas sobre mundo ibérico*. Jaén, 1985, pp. 171-180.



Lámina 8. Molinicos de Moratalla. Muralla del poblado, intramuros, puerta septentrional. Campaña 1982.



Lámina 9. Molinicos de Moratalla. Amparo García Cuadrado, José Pérez Blesa y José Miguel García Cano; de espaldas, agachado, Pedro Lillo (1978).

la excavación y estudio del conjunto en el que aparecieron algunos fragmentos más de terracotas femeninas como los hallados anteriormente en la ladera; fíbulas de la Tène II, cuentas de pasta vítrea, unas laminillas de plata y oro trabajadas y una palomita en plata en busto redondo son los objetos más singulares de un contexto parcialmente conservado de tan interesante lugar de culto.

La presión ejercida por los grupos clandestinos en Coimbra del Barranco Ancho sigue siendo periódica e intensa pese a que se prosigue con los trabajos de campo en dicho yacimiento.

La necrópolis de El Cigarralejo ha sido metódicamente y sistemáticamente excavada por E. Cuadrado Díaz durante cinco décadas. En este importante yacimiento, el interés de la Dra. Muñoz y la buena disposición del Director de las excavaciones ha hecho que, desde 1976, haya estado abierta esta excavación a los licenciados murcianos estudiosos del ibérico.

En los años 90 se clausuraron las excavaciones de tan amable e insigne arqueólogo; y también aquí, en el Cigarralejo, ha sido alterado el yacimiento y han dejado en superficie su persistente rastro de materiales exhumados por los excavadores clandestinos. En 1992, Virginia Page, que en tantas campañas colaboró con D. Emeterio, llevó a cabo la prospección y limpieza de la necrópolis ya excavada del poblado y del Santuario, este último sin tocar desde la década de 1940²⁰.

Otro conjunto importante lo representa la necrópolis y el poblado de Los Nietos a orillas del Mar Menor. Este yacimiento ibérico es realmente el único netamente ibérico que hallamos en la proximidad del mar en las costas murcianas, caracterizadas por la presencia en la costa de establecimientos púnicos y escasísimos vestigios de cerámicas ibéricas, de tan clara presencia en los territorios del interior.

La necrópolis de los Nietos se dio a conocer cuando Padro San Martín Moro llevó a cabo una excavación de urgencia en codirección con H. Schubart. Más tarde M. L. Cruz Pérez excavó también en el sector de la necrópolis con equipo de la Universidad Autónoma de Madrid, con la aparición de interesantes restos escultóricos y funerarios²¹.

En 1989 surge, por exigencias del plan urbanístico, la realización de nuevas excavaciones que dirige Carlos García Cano y en las que se pone al descubierto otro sector de la importante necrópolis con tres fases sucesivas de incineraciones correspondientes a las etapas de la existencia del poblado, con sepulturas en nicho, en fosa y en encachado tumular respectivamente. La aparición de nuevos restos de escultura funeraria, de grandes túmulos y otras estructuras así como su dilatada pervivencia, entre los siglos V y II a.C. ponen de manifiesto el enorme interés del yacimiento.

En cuanto al poblado, que corresponde a la necrópolis aludida, las excavaciones estuvieron motivadas por la puesta en práctica de los planes de ordenación urbana de 1990 y 1995. En el área de este yacimiento se detecta una intensa actividad minerometalúrgica en torno al tratamiento de las galenas argentíferas de la sierra minera próxima y su período de máximo esplendor parece corresponder a los años 409-404 a.C.; de modo que el triunfo cartaginés y consiguiente ocupación del territorio coinciden con el máximo desarrollo ibérico del poblado. La segunda fase corresponde a una fecha en torno al 264 a.C., coincidente con la I Guerra Púnica y con la ocupación y puesta en explotación de los yacimientos argentíferos de las sierras mineras costeras del hinterland de Qarti-Hadasti. El último período detectado parece corresponder a los años 218 a 206 a.C., la fase bélica de la II Guerra Púnica y de la irrupción de los ejércitos de Escipión en el área, con el consiguiente control y conquista de la misma y de toda Iberia.

20 Page del Pozo, V. Conjunto ibérico de El Cigarralejo (Mula). En: *IV Jornadas de Arqueología Regional*. Murcia, 1993.

21 Cruz Pérez, L. *La necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia)*. Madrid, 1989 (Excavaciones Arqueológicas en España, 151).



Lámina 10. Moratalla, 1980. José Miguel García Cano, Indalecio Pozo y Virginia Page. Lavado de cerámicas.



Lámina 11. Molinicos de Moratalla. Campaña agosto 1979. De izquierda a derecha: 3ª fila: José Reverte, Juan González Castaño, Francisco Navarro, José Navarro, José Luis Romero, Antonio Navarro, José Pérez Blesa (detrás, Juan Jordán); 2ª fila: Manola Casanoves, D. Emeterio Cuadrado Díez, Virginia Page del Pozo, D. Jerónimo Molina García, Sebastián Ramallo, Anselmo Sánchez Ferra y Lolillo; delante: Jesús Romero Gombau, José Miguel García Cano, Ángel Iniesta Sanmartín, Francisco Navarro y Rafael Méndez Ortiz. (Coincidieron en su día de visita a la excavación D. Emeterio y D. Jerónimo).

Son interesantes los restos arquitectónicos con vestigios correspondientes a viviendas palaciales con sus ajuares *in situ*. La riqueza de la población debió ser considerable; han aparecido espléndidos testimonios materiales entre los que cabe citar la magnífica serie de cráteras áticas de figuras rojas del Grupo del Pintor de Telos.

Todo el conjunto del poblado está fortificado ya que en el tránsito de los siglos V al IV a.C. se cercó con una muralla de trazado ortogonal y de clara influencia oriental. Sobre la primera cerca defensiva se reedificó otra hacia el 300 a.C. y en la que se puede detectar la presencia de torres y una gran puerta de más de 4 m. de vano. Del siglo II a.C. es un horno anexo relacionado con los procesos de tostación y desplatación de las galenas argentíferas²².

El Cabecico del Tesoro ha sido para Murcia la excavación paradigmática y sus ajuares más significativos han representado durante medio siglo el orgullo de su Museo Arqueológico Provincial. Este importante yacimiento, excavado por los profesores Cayetano de Mergelina y Gratiniano Nieto, vio reanudada la actividad arqueológica en 1989, cuando se detectó un sector de unos 250 metros cuadrados de necrópolis aún por excavar. Los procesos de trabajo arqueológico pusieron al descubierto áreas de cremación en *ustrinum*, fuera de las tumbas y estas con su *loculum* en forma de tina, de planta oval, excavadas sobre el depósito sedimentario de tierra blanda y, a veces, directamente sobre la roca caliza que aflora en distintas partes. Su cubierta es en general sencilla, con encachados simples.

El meticuloso y preciso método de excavación llevado a cabo permitió obtener preciosos detalles respecto al proceso de deposición de los distintos restos materiales²³.

Los restos del poblado fortificado de Santa Catalina del Monte, el hábitat correspondiente a la necrópolis del Cabecico del Tesoro y a unas decenas de metros al sureste del mismo, han sido sometidos en los últimos decenios a un progresivo e irreversible proceso de destrucción. La sucesiva ocupación de la ladera norte del Castillo por casas residenciales sólo ha permitido, de vez en cuando, algunas acciones arqueológicas de urgencias a lo largo de tantos años. Tras las excavaciones dirigidas por los doctores Nieto Gallo y Sánchez Meseguer en los años 1976-1977 y llevadas a cabo por universitarios de la Autónoma de Madrid, Mila Ros Sala llevó a cabo sucesivas campañas de urgencia en este yacimiento a lo largo de los años 1987, 1991 y 1993. Dichas intervenciones dieron como resultado el estudio de una serie de secuencias estratigráficas que se suceden desde el bronce pleno hasta la romanización, con materiales antiguos afines a los exhumados en otros yacimientos del corredor Segura-Guadalestín²⁴.

El Santuario de La Encarnación de Caravaca es otro de los yacimientos excavados plenamente estudiados en el último decenio del siglo XIX. Gratiniano Nieto Gallo y Emeterio Cuadrado ya habían puesto de manifiesto el interés que el Estrecho de la Encarnación tenía entre el conjunto de yacimientos ibero-romanos prospectados en la comarca del Noroeste²⁵.

22 García Cano, C. y García Cano, J.M. Cerámica ática del poblado ibérico de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena). *A.E.Arq.*, 65, 1992, p. 3-32. García Cano, C. El departamento B de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena). *Verdolay*, 7, 1995, p. 259-269. García Cano, C. Informe sobre el poblado ibérico de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena). *Memorias de Arqueología*, 5, 1996, p. 127-140. García Cano, C. y Ruiz Valderas, E. El poblado ibérico de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena), durante el siglo III a.C. *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 11-12, 1995/96, pp. 129-149.

23 García Cano, J.M. Necrópolis del Cabecico del Tesoro. *Primeras Jornadas de Arqueología Regional*, 4, 1990. García Cano, J.M. Las necrópolis ibéricas en Murcia. *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Madrid, 1991, pp. 313-147.

24 Ros Sala, M. El período del Bronce Final en el conjunto arqueológico de Cobatillas la Vieja (Murcia). *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 1985, pp. 34-48.

25 Cuadrado Díaz, E. Introducción al estudio arqueológico del estrecho de La Encarnación. *Boletín Arq. del Sureste Español*, Cartagena, 1946.



Lámina 12. Coimbra del Barranco Ancho. Jumilla. Poblado. Campaña 1979. Vista panorámica de la excavación desde la vertiente sur.



Lámina 13. El Prado de Jumilla. Julio 1983. Sobre los restos in situ del monumento ibérico amortizado y utilizado como reservorio para agua. De izquierda a derecha: José Luis Abel, Pedro Lillo, Julia Lillo, Martín Lillo y Felipe Palacios.

M. Jorge Aragoneses llevó a cabo una prospección sistemática del área de la Ermita de la Encarnación, en la que participó el entonces universitario Miguel San Nicolás del Toro.

Es en 1989 cuando Sebastián Ramallo Asensio en codirección con F. Brotons Yagüe inician las excavaciones y estudio pormenorizado del conjunto arquitectónico del templo *in antis* I, del templo *in antis* II y el templo octástilo pseudoperiptero que se superponen bajo la modesta ermita moderna.

La excavación pone de manifiesto un substrato ibérico correspondiente a un santuario con exvotos, restos de vasos de lustración y libación, plaquitas votivas de plata y de oro a modo de brácteas y todo un conjunto de elementos que inducen a pensar en la evolución de un santuario ibérico de época plena en un templo romano que sufre dos grandes transformaciones sucesivas.

El Santuario ibérico de La Luz es otro de los yacimientos de larga tradición dentro del ibérico murciano. A él hizo referencia el Canónigo Lozano a fines del siglo XVIII y en la segunda década del XIX se convierte en centro de atención merced a los escritos de Pedro Bosch Gimpera y Cayetano de Mergelina Luna, que realizó en este yacimiento la primera excavación oficial que se llevó a cabo en la Región de Murcia. F. Alvarez Osorio, M. Jorge Aragoneses y G. Nicolini estudiaron sus exvotos de bronce, repartidos por distintos museos²⁶.

En 1990 se reinician las excavaciones del Santuario solicitadas a nombre de la Dra. Muñoz Amilibia y de Pedro Lillo Carpio. El yacimiento se convierte a la vez en campo de investigación y de prácticas para una veintena de alumnos cada año. A lo largo de once campañas se han ido excavando en distintos sectores del Santuario de modo que podemos plantear de forma provisional una serie de datos constatados:

- Los trabajos de las primeras campañas confirman la presencia de un santuario ibérico con dos fases bien definidas, una del siglo V-IV a.C. y otra de mediados del IV en Adelante. La aportación principal de estas campañas es el análisis de los elementos constructivos de las dos fases. En ambas hallamos una urbanización del área con recintos al aire libre con altares sacrificiales macizos, pequeñas habitaciones a modo de almacenes y restos de actividad metalúrgica, fundición, fusión y moldeo. Las cerámicas, específicas, se reducen fundamentalmente a bandejas amplias, cuencos de libación y vasitos caliciformes, material relacionado con ofrendas y libaciones. Ungüentarios y ánforas greco-italicas de vino son muy frecuentes en este sector. Cuernos de ciervo y *cuchillas* de cerdo y jabalí son abundantes así como restos de cerdos pequeños inhumados completos. En los altarcitos, al pie y tapizados con arcilla, aparecen los exvotos de bronce, con marcas reticuladas de haber sido envueltos en cinta textil antes de su amortización ritual. Todo ello se asienta sobre una capa de fina tierra roja que se echó directamente sobre la roca caliza de base antes de edificar la primera serie de estructuras.
- Los exvotos, a cera perdida y fundidos a bronce pleno corresponden a épocas, estilos y cometidos distintos. Los hallados hasta el momento corresponden a varones en posición ritual, unos totalmente desnudos y de rasgos sumarios, de canon corto, el típicamente ibérico. Otros, por el contrario, son claras imitaciones de modelos clásicos y con los de este estilo podrían confundirse. Las damas halladas son de un modelo netamente ibérico y modelado simple. Dos équidos también difieren en su estilo, el uno es de impecable traza clásica; el otro, de modelado y actitud más barrocas evoca formas romanas provinciales aunque ha de datarse en el siglo III a.C.

26 Nicolini, G. *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*. Paris: Press Universitaires de France, 1969, 295 p. Alvarez Osorio y Farfán de los Godos, F. La colección de exvotos ibéricos de bronce conservada en el M. A. Nacional. *Archivo Español de Arqueología*, 14, 44, 1941, pp. 397-407. Y del mismo autor *Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de los exvotos de bronce ibéricos*. Madrid, 1941, 2 vols. (texto y láminas).



Lámina 14. *Molinicos de Moratalla. Morillo de cerámica con decoraciones incisas de la casa D-81.*



Lámina 15. *Molinicos de Moratalla, 1984. Pitoi de bronce tardío bajo viviendas. De pie, Pedro Lillo.*

- Aquí, en el análisis de los exvotos, sobre todo en los que representan partes independientes surge la hipótesis, bastante fundada, de que corresponden a piezas grandes y no a extremidades o porciones exentas. Un hábil proceso de sobremoldeado permitiría a los hábiles fundidores ibéricos montar figuras grandes a base de sucesivos vertidos en moldes sobrepuestos; así hicieron posible la creación de figuras alargadas y de dimensiones considerables con una carencia casi absoluta de los medios imprescindibles para ello. En la parte más alta del yacimiento, la excavación dio como resultado la aparición de las estructuras correspondientes a un templo grecoitalico *in antis* orientado de oeste a este y con la vertiente sur –la que da al santuario– dispuesta en tres sucesivas terrazas, la central y principal con tres torres o contrafuertes, dos de ellas circulares y otra trapezoidal.

La aparición de tan complejo conjunto de estructuras nos hizo plantearnos la evolución del santuario que en principio ocupaba toda el área, en época preibérica (en la parte alta del santuario hallamos fragmentos de cerámica jónica con una cronología del siglo VII a.C.). Más tarde, en el santuario de época ibérica plena pudo haber aquí un *hierón* con su *bumós* o altar sacrificial (ss. V-IV a.C.), y es en el tránsito de los siglos III-II a.C. cuando se erige el pequeño templo en la parte más alta del conjunto sagrado y posiblemente por influencia de los recién llegados sin no es como obsequio de los mismos. Lo que no cabe duda es que el culto en sí no varió ya que se sigue sacrificando cerdos, las astas de ciervo siguen apareciendo y la vajilla sacra no varía sensiblemente.

Del templo se conserva en su sitio tan sólo el *mazacote* de su basamento de *opus caementitium* y vestigios del *opus signinum* de su pavimento interior. Todo lo demás, muros, jambas, arquitrabe, techumbre y enlucidos así como lo que en el interior contuvo, todo absolutamente estaba caído e intencionadamente abocado hacia las terrazas escalonadas de la vertiente sur. Allí estaba todo el templo demolido de modo que podemos reconstruir, en gran medida, lo que fue gracias a que gran parte de sus componentes arquitectónicos cayeron vertiente abajo y quedaron amontonados entre la segunda y tercera terrazas.

La serie estratigráfica nos permite reconstruir las siguientes fases:

- Nivelación con tierra amarilla sobre la roca de base.
- Erección de los muros correspondientes a las sucesivas terrazas que fueron rellenadas con tierra y piedras. En la parte superior del *hierón*, el *naos in antis* con sus dos columnas en fachada. Los fragmentos de piedra labrada correspondientes al *acroterio* a *jambas*, *aditamentos* y del *burnós* sacrificial aparecieron mezclados con fragmentos de estatuas de tamaño casi natural de bulto redondo en calcarenita que debieron estar en la *cella*. Las *tegulas*, los *ímbrices*, las *antefijas* y *acroteras* fragementadas así como abundantes restos de *opus signinum* permiten la reconstrucción ideal de las estructuras arquitectónicas. En el *rudus* de estos pavimentos hallamos cerámicas grecoitalicas de interés para la cronología.

La evidente vinculación del santuario a cultos agrícolas relacionados con Deméter (sacrificios de suidos, terracotas en forma de cabeza femenina, antefijas con la misma representación, terracotas y pinturas alusivas al mismo tema no parecían dejar lugar a dudas sobre un culto a la *frugum mater* desde la época plena del santuario (s. IV a.C.) y con fuerte impronta helenística en los siglos III y II a.C., época en la cual se vislumbra en el *hierón* un conjunto de elementos (el *adytum* adyacente, los muros con cenizas de cremación como argamasa (*spodios*), el *periobolos* procesional o las *favissas*.

Un hallazgo concluyente vino a reforzar esta hipótesis de trabajo. En la campaña de 1996 aparece una cabeza femenina en caliza marmórea blanca con la base del cuello plana, dispuesta para acoplar sobre un cuerpo de soporte. La escultura, golpeada y rodada lleva peinado hattórico, tocada con *polos* y con *himation*, la frente va ceñida con un *stephanos* con *nudo de Hércules*. Carece de adornos o joyas de ningún tipo lo que hace pensar que esta cabeza de neta filiación helenística, debió estar dispuesta para ser enjoyada al ser vestida en las solemnidades como se hacía en las ceremonias de tradición clásica. Sobre el *polos*, igualmente plano, debió colocarse el *kalathos*, el *kernos*, el *liknon* o el *kanister*, que, indistintamente contienen las muestras sagradas que los *mistagogos* depositaban en las ceremonias solemnes.

La presencia de todo este contexto sucesivamente nos lleva desde los primeros hallazgos preibéricos del siglo VIII, pequeños fragmentos foccos y corintios, a la plenitud del santuario ibérico, con sus extensas estructuras, sus espléndidos exvotos y sus variadas muestras de cerámicas áticas, itálicas y púnicas y su esplendor arquitectónico final, en el tránsito de los siglos III al II a.C., recién iniciada la precoz romanización del territorio.

El Santuario, con su monumental *hierón*, representa el epílogo de una prolongada existencia religiosa que se define claramente a inicios del siglo V a.C. con una clara devoción a una divinidad femenina curótrofa que nos aproxima a los Misterios de Eleusis y, por tanto, a lo más profundo de la religiosidad griega.

En los últimos veinticinco años los estudios del ibérico en España han tenido unos avances espectaculares y los trabajos aportan novedades, tesis y nuevas contribuciones que marcan el rumbo de una nueva fisonomía de Iberia. Desde nuestra perspectiva podemos concluir que la pauta indicada por la Profesora Muñoz Amilibia a mediados de los 70 y de la que siempre ha hecho seguimiento y ha emitido opiniones ha sido positiva y sus actuales proyectos tienen suficiente entidad en el campo de la investigación de la cultura ibérica.

CARTHAGO NOVA Y LA ARQUEOLOGIA ROMANA EN EL SURESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA. BALANCE DE VEINTICINCO AÑOS DE INVESTIGACIÓN

SEBASTIÁN F. RAMALLO ASENSIO
Universidad de Murcia

En la intensa actividad científica desarrollada por la profesora Ana María Muñoz Amilibia desde su llegada a la Universidad de Murcia en 1975 sobresale el fuerte impulso dado a la arqueología romana y sobre todo a la arqueología de Cartagena, consciente desde el principio de la gran importancia de su patrimonio arqueológico y preocupada por la salvaguarda de los restos arqueológicos de su subsuelo. De esta inquietud ha quedado constancia en multitud de informes, propuestas y sobre todo en su continua y pertinaz defensa en los Consejos Asesores de Arqueología, frente a amenazadoras iniciativas urbanísticas y planes de ordenación urbana; pero además, este interés por la arqueología cartagenera se reflejó también en la realización de una serie de tesis de licenciatura y tesis doctorales llevadas a cabo bajo su dirección que tuvieron como objeto central de estudio, aspectos concretos de la arqueología de la ciudad. A todos estos trabajos se hará mención en las páginas que siguen. Un primer y breve intento de síntesis fue realizado por la propia profesora Muñoz en 1983. Una puesta al día del estado de la cuestión fue presentado por el que suscribe estas páginas, junto al Dr. González Blanco, y los licenciados Amante y Lechuga, en las Jornadas de Arqueología celebradas en la Universidad de Murcia en 1985, que no fueron publicadas. A ellos hay que añadir como planteamiento teórico el trabajo de González Blanco presentado al Congreso de Toledo (1998).

ARQUEOLOGÍA ROMANA

En esta línea de investigación sobre la arqueología romana es necesario señalar como punto de partida la obra de C. Belda (1975), que, al mismo tiempo, cerró una fase caracterizada por la publicación de hallazgos sueltos debidas a distintos autores que procedían de diversas instituciones, realizando un primer intento de síntesis a base de la descripción y recopilación de yacimientos y noticias sueltas, a veces de difícil acceso, el estudio de los materiales epígraficos y numismáticos, y otros elementos, determinando los diversos factores de romanización que inciden sobre el área murciana así como el desarrollo del proceso a lo largo del tiempo. La publicación de este trabajo, tesis doctoral de su autor, coincidió con la llegada a Murcia de la Dra. Ana M^a Muñoz y la revitalización del Seminario de Arqueología, que a partir de este momento encauzará la formación de

los futuros licenciados y orientará y dirigirá sus investigaciones. Fruto y consecuencia de esta nueva situación ha sido el desarrollo y la mayor especialización en los distintos campos y períodos, así como la realización de una serie de excavaciones, prospecciones e investigaciones continuadas orientadas hacia la búsqueda de soluciones a problemas concretos. En líneas generales, el estado actual y las perspectivas de trabajo sobre las que hay que plantear la investigación sobre arqueología romana en Murcia, se pueden proyectar sobre las siguientes bases:

A) Las fuentes documentales:

Textos escritos. Casi con exclusividad las referencias escritas a esta región surestina de la vieja Hispania se refieren a Cartagena. Al margen de Ptolomeo, sólo algunas fuentes tardías e Itinerarios aluden a otras poblaciones de época tardorromana, algunas incluso de localización controvertida. En líneas generales, los textos de los autores más conocidos (Polibio, Estrabón, Mela, etc.) han sido utilizados ampliamente desde el siglo XVIII en todas las obras que han pretendido reconstruir el desarrollo histórico de la ciudad portuaria. Todos ellos, junto a algunos otros menos divulgados, fueron recogidos en los distintos volúmenes de *Fontes Hispaniae Antiquae*, obra que durante muchos años ha constituido la base para distintas síntesis sobre la Romanización en Hispania. Una recopilación de los textos escritos referidos exclusivamente al sureste fue realizada por Rabanal (1985), incorporando la traducción pero sin un auténtico aparato crítico. Para remediar, en parte esta laguna, se halla en proceso de publicación la edición de todos los textos de autores greco-latinos referidos a Carthago Nova y su entorno, especialmente abundantes y valiosos para la época republicana. Este volumen ha sido realizado por la Dra. E. Conde Guerri, y constituye el nº 3 de la Serie *La Ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio*, que edita el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia. Se parte para ello de los textos originales y se analiza la referencia concreta de cada autor encuadrada en su contexto. Sus resultados pueden constituir un excelente apoyo en la elaboración de conclusiones de los trabajos arqueológicos.

Documentación epigráfica. Carthago Nova dispone de una de las mejores colecciones epigráficas de la Hispania romana, lo cual explica el repetido interés que desde el siglo XVII se ha mantenido por la transcripción y traducción de este conjunto. Esta labor de recopilación, restitución y traducción culminó en cierto modo con los trabajos de A. Beltrán (1949 y 1950), abriéndose nuevas perspectivas que excedían el simple estudio descriptivo y transcriptivo de las lápidas para incidir en aspectos referidos a la religiosidad (Koch, 1976, 1979, 1982 a y b), sociedad, estructura y clases sociales (Koch, 1978 y 1988; Domergue, 1985), administración pública, economía, y prosopografía. Durante muchos años M. Koch ha anunciando de forma reiterada una nueva edición de conjunto y actualización de la epigrafía de Cartagena (Koch, 1977 a y b). La dilación en el tiempo, y la imperiosa necesidad de disponer de un *corpus* completo como instrumento básico de la investigación histórica me llevaron a acometer, en colaboración con J.M. Abascal, la realización del citado *corpus* epigráfico, publicado en 1997 como volumen 3 de la Serie *La Ciudad romana de Carthago Nova* (Abascal y Ramallo, 1997), trabajo iniciado por la Dra. Muñoz Amilibia quien, con su habitual generosidad, nos cedió el fichero y la documentación por ella recogida en sus años como docente de la citada materia en la especialidad de Historia Antigua y Arqueología de nuestra Universidad. El panorama epigráfico de la *urbs* se completa con la edición en artículos monográficos de los textos hallados en otras poblaciones (Espluga, Mayer y Miró, 1994) y algunos otros sobre aspectos determinados o nuevos hallazgos de la epigrafía cartagenera (Pena, 1999).

Con la base documental existente, y una vez editado el *corpus* de Cartagena, es posible ya abordar un estudio completo de carácter prosopográfico, esbozado en algunos trabajos recientes (Koch, 1988; 1993) y que puede aportar una valiosa información sobre la procedencia del numeroso grupo inmigrado e ciudad, la integración social de individuos de origen hispánico, la continuidad en la ciudad de otros de origen semita, etc. (Barreda, 1999).

En otro aspecto, importante información sobre la religiosidad y la cultura romana durante los siglos I-III d.C. en el interior de la región han aportado las inscripciones pintadas sobre la roca de la Cueva Negra de Fortuna, posible lugar de culto a Esculapio y las Ninfas, que se han convertido en uno de los hallazgos más espectaculares y de mayor trascendencia en estos últimos años (González Blanco, Mayer y Stylow, 1987).

Documentación numismática. Aspecto fundamental para los estudios de economía antigua en el sureste, los estudios numismáticos han conocido una fuerte revitalización en estos últimos años, con la publicación de un importante lote de tesoros de denarios y victoriatos de época republicana hallados en la Región murciana (Lechuga 1986a). Estos materiales son una prueba clara de la importante circulación que la moneda de plata romana debió tener en este territorio desde fechas muy tempranas, lo que viene a reafirmar el destacado papel que la ciudad de Carthago Nova jugó en el desarrollo histórico de la Hispania romana. Otros trabajos del mismo autor han incidido sobre los aspectos numismáticos de la crisis del Siglo III (Lechuga-Amante, 1986 b) y sobre la circulación monetaria en la Región durante el Bajo Imperio (Lechuga, 1985, 1995). Está en elaboración un amplio estudio sobre la circulación monetaria durante época romana en tierras murcianas, tesis doctoral de M. Lechuga, que vendrá a completar los estudios de P.P. Ripollés para el sector más próximo a Carthago Nova (1982 y 1983).

Respecto a las emisiones cívicas, una aportación fundamental a los estudios numismáticos y en general para los estudios históricos ha representado la publicación de las tesis doctoral de M^a. del Mar Llorens, como volumen 6 de la serie *La ciudad romana de Carthago Nova*. Abordado el tema con una metodología moderna ha superado definitivamente la clasificación inicial realizada por A. Beltrán (1949), si bien son varios los problemas que quedan por resolver, comenzando por la organización definitiva de las emisiones, su cronología precisa y la interpretación de los tipos. De forma más resumida, las series acuñadas en Carthago Nova se incluyen en el volumen colectivo *Roman Provincial Coinage*, de la mano de P.P. Ripollés (en Burnett, Amandry y Ripollés, 1992).

B) La articulación del territorio

Es un tema fundamental y básico en cualquier estudio de conjunto sobre la romanización en el sureste. Su realización, tras los estudios iniciales de A. Blázquez y Delgado y A. Blázquez Jiménez (1922 y 1923) se ha abordado de nuevo con una metodología distinta, prospección sistemática sobre el terreno, estudios de toponimia, y ayuda de la fotografía aérea (Silleres, 1990b). Los resultados han sido las reconstrucciones de P. Silleres (1982) de la vía Carthago Nova-Saltigi, y de J.G. Morote (1979) y Arasa (1995) sobre la vía Augusta hasta Carthago Nova. Una visión de conjunto del entramado viario que atravesaba la región de Murcia se incluye en una obra de carácter global sobre los caminos de la Región de Murcia, (Brotons y Ramallo, 1990) y análisis detallados de posible tramos viarios se presentaron al *simposium* sobre vías romanas de sureste organizado por el Área de Historia Antigua de la Universidad de Murcia (AA.VV. 1988). No obstante, hay que utilizar con precaución esta publicación ya que el origen romano de muchos de los caminos que se presentan como tales no está suficientemente comprobado.

En cuanto a los grandes ejes viarios, el descubrimiento en 1980 de un miliario en Mazarrón (Muñoz Amilibia, 1988), fechado en época de Augusto, permitió completar el trazado de la vía Augusta en su tramo más próximo a Carthago Nova. Nuevos tramos de vía en el entorno de la ciudad han sido localizados en el llamado Camino de la Hilada y junto a la Torre Ciega, (Méndez, 1988) así como en la zona del Pilar de la Horadada, en el límite con la provincia de Alicante, y contribuyen notablemente a precisar el entramado viario del entorno cartagenero (García Samper, 1995). En dirección opuesta, el nuevo miliario aparecido *in situ* en La Parroquia (término municipal de Lorca) ha permitido precisar el trazado de la vía Augusta en el tramo entre Eliocroca y Acci (Guadix) así como una intervención en época de Diocleciano-Galerio que confirma el carácter de miliario del controvertido pilar de Baldazos de época de Constancio Cloro. Esta restauración sería en parte consecuencia de la promoción de Carthago Nova a la capitalidad de la nueva provincia Carthaginense, a su vez heredera del viejo *conventus* (Martínez Rodríguez, 1999), reestructuración que tendría entre sus finalidades un mejor control fiscal del territorio.

Otros trabajos elaborados por B. Muñoz y F. Brotons han intentado reconstruir los caminos romanos del área Yecla-Jumilla, con un importante foco de atracción en el Cerro de los Santos. A. Yelo ha llevado a cabo también el estudio de un camino romano jalonado por *villae* romanas que unía las poblaciones tardo-romanas del Cerro del Castillo, en Cieza y Begastri, en Cehegín, sector de una vía mayor que unía Ilici con Eliocroca (Lorca) desde donde se introducía hacia el interior de la región andaluza.

Otro aspecto de investigación desarrollado en los últimos años tiene como objetivo la localización de las posibles modificaciones de las vías romanas durante la Antigüedad Tardía acorde con la nueva situación política y socio-económica que vive el Imperio en ese momento (González Blanco y Amante, 1989; Brotons, 1996). En relación con el punto anterior se ha procedido también al estudio de los caminos medievales abordado sobre todo por E. Molina (1972), García Antón (1989) y Carmona (1989).

En cualquier caso, es una línea de investigación muy prometedora y donde aun hay mucho que decir. Aunque los grandes ejes viarios están trazados en sus líneas generales (Sillieres, 1990), hay que precisar su recorrido con un análisis más detallado de la cartografía y fotografía aérea, e intentar determinar su posible función como ejes de centuriación del territorio, tanto en los alrededores de la capital como en otros espacios algo más alejados.

C) Transformación de las estructuras indígenas

La integración de la población indígena en las nuevas estructuras impuestas por Roma es un fenómeno que aún está por estudiar con precisión. El planteamiento debe partir de la obra de P. Lillo (1981) sobre el poblamiento ibérico en Murcia y en él hay también que valorar el papel que desempeña el mundo púnico en este complejo proceso de aculturación. Se ha publicado un primer estudio sobre las inscripciones de tipo fenopúnico inscritas sobre recipientes cerámicos típicamente romanos localizados en la ciudad de Cartagena, lo que parece denotar una pervivencia del elemento púnico, igualmente constatada en otros elementos iconográficos y numismáticos, durante los siglos II-I a.C. (San Martín, 1986); en contraposición a estas inscripciones de raíz semita, se han publicado también grafitos en alfabeto ibérico sobre cerámicas romanas (Iniasta, García y Berrocal, 1984). Es interesante pues a través de este punto, intentar determinar la pervivencia de las distintas lenguas como elemento propio de una cultura, una vez conquistado el territorio y establecido un asentamiento romano estable. Hasta ahora, los estudios sobre pervivencia indígena en época romana se han basado en el análisis de la cultura material, especialmente cerámicas pintadas de larga tradición

dentro del mundo ibérico. En esta línea, el trabajo de Ros Sala (1978 y 1989a) resulta importante desde el punto de vista metodológico y por la presentación de un lote abundante de cerámicas ibéricas pintadas de los siglos II/I a.C y I d.C, precisamente en la zona más romanizada del área levantina, la ciudad de Carthago Nova. Estos materiales han sido completados recientemente con nuevos hallazgos de la propia ciudad portuaria (Marín, 1998). La amplitud del fenómeno permite ampliar el estudio a otras poblaciones del sureste con resultados previsiblemente importantes (Conde, 1998). Este fenómeno se acrecienta claramente en las regiones del interior más densamente pobladas en época prerromana donde la pervivencia de las tradiciones indígenas, en plena época imperial, es mucho más clara. En este punto hay que reseñar la necesidad de un estudio profundo sobre estas cerámicas que complete las observaciones de J.M. Abascal (1986).

También, dentro de esta línea de investigación es importante determinar con precisión la dinámica de integración de esta población tras los años de la conquista y durante los siglos II/I a.C-I d.C. en los asentamientos propios del mundo romano, ciudades y sobre todo *villae*, así como la función que esta población – realiza en su desarrollo. Así mismo es necesario determinar el papel de estas gentes en los asentamientos industriales y, sobre todo mineros, tanto como su actuación en la administración municipal y civil de las ciudades y en el comercio. Este aspecto se va conociendo cada día con una mayor precisión. De los datos arqueológicos obtenidos se puede deducir una continuidad en el emplazamiento en los casos de Cartagena, donde, no obstante, está por concretar el papel de la ocupación bárquida como posible inductor de un proceso de sinecismo entre grupos dispersos de hábitat ubicados en los emplazamientos elevados de la ciudad y el entorno, y Lorca, donde la información es cada día más abundante y de seguir el ritmo de hallazgos muy pronto se podrá hacer una aproximación sobre las características del hábitat ibérico y sus posibles transformaciones en época republicana (Martínez y Ponce, 1999). Parece existir también una continuidad en el caso de Begastri, si bien aquí las secuencias estratigráficas obtenidas son más confusas y está por determinar la intensidad de esa ocupación durante la época tardorrepublicana y alto imperial (González Blanco, 1994). Faltan datos para otros poblados situados en puntos estratégicos de control del territorio donde los materiales procedentes del expolio de clandestinos o de repetidas prospecciones del territorio, parecen mostrar una continuidad al menos hasta principios de la época imperial. En estos supuestos se hallan Bolbax en el curso medio del río Segura y Los Villaricos de Caravaca, aunque en este último caso habrá que precisar si no se trata de un cambio de emplazamiento que sustituye al poblado ibérico de Villares.

Por el contrario, se detecta una interrupción e incluso ruptura violenta en otros poblados ibéricos que durante los siglos IV y III adquieren un notable protagonismo y que parecen ser destruidos a comienzos del siglo II a.C. Tal es el caso de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano, 1997-1998) y el ya mencionado de Los Nietos (García Cano y Ruiz Valderas, 1995-96). Las causas de esta continuidad o interrupción en la dinámica poblacional es un tema que habrá que analizar en los próximos años.

Con la información disponible se puede plantear ya un estudio en profundidad sobre la evolución del territorio en los siglos II y I a.C. y su integración en la órbita romana, partiendo por definir territorialmente los límites orientales de la Bastetania y sus posibles rasgos diferenciadores, especialmente en el plano de la cultura material, respecto a la Contestania (Iniesta, 1989; Pérez Cruz, 1997). Restan por hacer, entre otras cosas, estudios de tipo religioso-simbólico, de sincretismo entre las dos religiones, y de tipo folclórico, para lo que puede ser también un valioso instrumento el estudio de tradiciones populares de posible tradición prerromana.

No obstante, el aspecto que ha aportado una mayor y más sorprendente información en este plano ha sido el de la transformación de los espacios ibéricos de los siglos IV y III a.C. bajo patrones

inspirados en la arquitectura religiosa romana acompañada de la utilización de materiales arquitectónicos y ornamentales ajenos por completo a la edilicia tradicional ibérica. El santuario de La Encarnación con un numeroso conjunto de lastras arquitectónicas y antefijas claramente inspiradas sobre modelos centro itálicos (Ramallo, 1993), se ha convertido en el ejemplo paradigmático de este proceso, que se ha podido también rastrear en otros santuarios surestinos de arraigada tradición como los del Cerro de los Santos (Ramallo, Noguera y Brotons; 1998) y La Luz (Lillo Carpio, 1995-1996). En el aspecto cultural, la continuidad se manifiesta en el cuidado y respecto por conservar en el eje axial de los sucesivos templos romanos el pozo de libaciones del viejo santuario, donde han sido hallados restos de leche y miel (Ramallo y Brotons, 1997). Este dato aporta además nueva información sobre ritual practicado y sobre el carácter ctónico de una divinidad indígena sincretizada con la griega Perséfone.

D) La consolidación del fenómeno urbano

Esta es una de las líneas de investigación que ha proporcionado unos resultados más espectaculares. A juzgar por la información que proporcionan las fuentes escritas esta región del sureste habría conocido un escaso desarrollo urbano, lo que contrastaría claramente con otras regiones de la Hispania romana, como la Bética o incluso algunas regiones de la misma tarraconense (área catalana), donde la concentración de restos arqueológicos de suficiente entidad o la mención a varias ciudades con estatutos jurídicos privilegiados en superficies más reducidas son mucho más numerosos. Desde este punto de vista, las referencias literarias se reducen a *Carthago Nova*, única ciudad citada con profusión para época republicana e imperial, y *Begastri*, que aparece mencionada con motivo— de los Concilios de Toledo durante el siglo VII. Junto a estos dos enclaves, la carta topográfica de Ptolomeo ubica aproximadamente por esta zona otros núcleos de entidad como *Asso* o *Urci* de ubicación controvertida.

En cambio, la documentación arqueológica aporta mayor información y nos añade ciudades o agrupaciones urbanas, anónimas por los textos, pero de cierta relevancia a juzgar por su material arqueológico.

Eliocroca (Lorca)

La primera, con una posición estratégica envidiable, que ha condicionado su desarrollo a lo largo de toda su historia, es Eliocroca, que coincide básicamente con la actual Lorca. Durante mucho tiempo la entidad urbana de este núcleo ha sido puesta en tela de juicio, debido a la ausencia de restos materiales y a que la única mención como ciudad se hallaba en el controvertido Concilio de Elvira, de hacia comienzos del siglo IV d.C., que habría sido suscrito por uno de sus preladados. Al margen de esta breve, e imprecisa, referencia, una población con este nombre aparece recogida como una *mansio* en el Itinerario de Antonino, y concretamente en el tramo entre Carthago Nova y Guadix a XLVIII m.p. de la primera (vid. *supra*). La entidad de esta población como núcleo urbano se acredita cada día más con los hallazgos en el subsuelo de la ciudad moderna. De este modo los restos ibéricos hallados de forma descontextualizada en el solar de Radio Juventud, que durante muchos años han constituido las únicas trazas de una ocupación anterior a la época medieval se han visto arropados por nuevos hallazgos (Muñoz Amilibia, 1980). Primero fue la identificación como procedentes del Cerro del Castillo de un numeroso y variado lote de sigillatas africanas de los siglos IV y V d.C. —extraídas en excavaciones clandestinas y depositadas sin especificar procedencia en la colec-

ción municipal–, lo que en cierta medida vino a confirmar la importancia de la ciudad mencionada en las fuentes cristianas (Martínez y Ponce, 2000). Más recientemente los hallazgos de La Alberca, en la zona aluvial situada al pie del Castillo –centro del núcleo ibérico prerromano– y junto al Guadalentín, de restos de posibles almacenes con gran cantidad de ánforas Dressel 18 amortizadas hacia el 175 a.C. (Martínez Rodríguez, 1999), parecen atestiguar la presencia de una guarnición militar en este nudo de control estratégico que pronto se convertirá en punto fronterizo entre la –Ulterior-Bética y la Citerior-Tarraconense. Es también frecuente el hallazgo de contextos republicanos caracterizados por la presencia de cerámicas de barniz negro, cubiletes de paredes finas, ánforas itálicas Dressel 1, etc, que refuerzan además la función de mercado de este núcleo poblacional, que situado junto a la vía continuará de forma ininterrumpida su existencia, con un nuevo momento de esplendor a partir del siglo IV d.C.

Quedan por interpretar los restos de arquitectura monumental de época tardorrepública o de inicios de época imperial hallados en la ladera del Castillo, al tiempo que cada vez es más necesaria una recapitulación de conjunto que analice, tanto de forma sincrónica como diacrónica, los distintos restos hallados.

Respecto a la poblaciones citadas por Ptolomeo, nada cierto sabemos de Asso, mencionada en una lápida de L. Emilio Recto, que ha sido identificada repetidas veces en el estrecho de la Encarnación (Yelo, 1984), donde se conservan las ruinas del importante templo al que ya he hecho mención. No obstante, faltan aún, pese a la entidad y monumentalidad de los restos del santuario y a las dimensiones de la zona de hábitat, datos decisivos que confirmen tal atribución.

Carthago Nova

La mayor parte de los esfuerzos y trabajos de investigación van orientados o tienen como objeto central la ciudad de CARTAGENA, línea prioritaria de investigación en estos últimos años. El ritmo trepidante que en las dos últimas décadas ha impuesto el desarrollo urbano a los trabajos de prospección y excavación, ha provocado la extracción de abundante material arquitectónico, escultórico, musivo, y sobre todo cerámico, que muy difícilmente ha podido ser valorado en su conjunto y publicado con la rapidez que a todos nos gustaría. A ello se suma la existencia de otra larga serie de excavaciones realizadas entre 1956 y 1982 –fecha de inauguración del Museo Arqueológico Municipal–, que no han tenido aún una publicación correcta. Para subsanar esta última laguna se han iniciado, e incluso ya realizado, una serie de tesis de licenciatura encaminadas al estudio y publicación de las excavaciones antiguas.

Con la información disponible en el Museo, muy fragmentada y a veces confusa, y con aquella otra dispersa en publicaciones de distinta naturaleza, en 1989 publiqué un trabajo de síntesis que pretendía, por una parte, revisar, actualizar y en lo posible interpretar los datos obtenidos en las distintas prospecciones arqueológicas realizadas por P.A. San Martín entre 1956 y 1982, por otra parte, integrar en una visión general las aportaciones de las excavaciones de urgencia más recientes llevadas a cabo por el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena desde 1982. Todo ello, con el fin de plantear una primera aproximación al desarrollo histórico de la vieja Carthago Nova entre los siglos III a.C. y VII d.C. y, sobre todo, los problemas de investigación a resolver (Ramallo, 1989). Hasta esa fecha, y como intentos de síntesis, disponíamos sólo de la ponencia presentada por A. Beltrán y P. San Martín al Congreso Nacional de Arqueología de 1982, que había sido en realidad un listado telegráfico con los puntos a añadir al plano de Beltrán de 1952, pero que apenas había planteado problemas de fondo, y mucho menos intentado resolver alguna de las cuestiones existen-

tes. En esta misma línea se insertaba también el artículo de P.A. San Martín publicado en el homenaje a A. Beltrán (1985).

Posteriormente, la intensificación de los trabajos arqueológicos en zonas clave del casco antiguo de la ciudad ha provocado sustanciales matizaciones en algunos de los planteamientos que expresaba en los trabajos citados, pero sobre todo ha contribuido a completar considerablemente muchos aspectos tan sólo esbozados con anterioridad.

Toda esta actividad, al tiempo que permite solucionar algunos de los problemas suscitados en trabajos anteriores, plantea otros nuevos que deberán ser abordados en los próximos años (Ramallo, 1999). Estos afectan a campos tan variados como el urbanismo, que se va reconstruyendo paulatinamente con los hallazgos parciales de calles y cloacas; arquitectura pública religiosa y civil, salas de reunión y ocio, edificios de espectáculos, etc. En cuanto a la arquitectura doméstica, la intervención reciente en un solar de la calle del Duque, contiguo al excavado en 1971, ha permitido completar, por primera vez en la ciudad, la planta completa de una vivienda privada de la primera mitad del siglo I d.C. y extrapolar sus conclusiones, al menos parcialmente, a otros restos dispersos conocidos sólo de forma parcial (Huertas, 2001). A pesar de todo el conocimiento que tenemos del tema es todavía muy fragmentario, sin que podamos valorar con precisión la evolución de la casa romana en la ciudad, sus fuentes de inspiración, distribución planimétrica, y aportación del componente ibero-púnico. Hasta ahora, y en los restos conservados, se identifican las partes esenciales que constituyen la *domus* itálica (atrio, *tablinum*, *triclinium*, etc) aunque en su organización interna muestran algunas particularidades frente a los modelos bien conocidos en las ciudades del Vesubio y en la propia Roma. Mucho más clara está la relación de los programas decorativos y ornamentales con los prototipos itálicos. Las esculturillas de pequeño tamaño (*hermae*, *oscillae*, ninfas...) que adornaban casa y jardín (Noguera, 2001), las pinturas con claro sabor pompeyano que recubrían sus paredes (Fernández, 2001), y los pavimentos de *opus signinum* (Ramallo, 2001), parecen extraídos de ambientes itálicos cercanos a Roma.

Al margen de los aspectos ornamentales, y en el plano urbanístico, es imprescindible determinar la ubicación de las zonas de vivienda dentro de la topografía de la ciudad, e incluso investigar sobre la posible existencia de *insulae*, frecuentes en otras ciudades portuarias. Solo así será posible establecer cálculos aproximativos del área de ocupación del territorio utilizable, y la posible demografía que en los distintos períodos pudo tener la ciudad.

En el aspecto funerario, se han podido localizar tres necrópolis, la de Torre Ciega, Santa Lucía y San Antón, aunque sólo esta última ha sido excavada en un sector amplio (San Martín y Palol, 1969). Actualmente se está llevando a cabo una revisión de todos los materiales así como de los aspectos constructivos de mausoleos, tipología de tumbas, relaciones, etc. de este conjunto. La ubicación precisa de todas estas necrópolis es imprescindible para la correcta reconstrucción de la topografía antigua de la ciudad. Queda por último por estudiar la relación histórica, económica, y de todo tipo que existe entre la ciudad de Cartagena y un numeroso conjunto de pequeñas *villae* situadas en su entorno circundante, y que en cierto modo constituyen un importante núcleo de población suburbana.

De cualquier forma, los problemas que aún se plantean dentro de esta línea de investigación son aún numerosos y requieren de una planificación minuciosa, una buena metodología, y un completo equipo para plantearse su paulatina resolución.

Topografía histórica

La restitución de la topografía de la ciudad sobre bases científicas, es uno de los retos prioritarios que se deben marcar para los próximos años. Hay ya muchos restos arqueológicos que mediante su

superposición en la planta de la ciudad permiten obtener una primera aproximación para determinar los límites del área emergida. No obstante, este trabajo preliminar se debe acompañar de un plan de sondeos mecánicos que distribuidos por toda la ciudad, permitan conocer los límites del estero y su profundidad en cada sector, no olvidemos que, según el relato de Polibio sobre la conquista de la ciudad, las tropas de Escipión, ante la inexpugnabilidad de los muros que protegían el istmo de acceso, habrían llevado a cabo el asalto por el sector septentrional, que aparentemente estaba protegido por esta laguna. Estos sondeos permitirían también definir el contorno del sector de playa y puerto que contorneaba la península por el oeste, mientras que en el sector oriental, facilitarían la identificación precisa del trazado de la vía en su ingreso a la ciudad, así como los límites del Mediterráneo y del estero. Para alguno de estos sectores se han podido ya avanzar conclusiones parciales mediante la observación de los depósitos de acumulación extraídos en diversos solares al hacer las cimentaciones de los edificios modernos (Lorenzo, 1997), pero hace falta integrar todos los datos en un planteamiento global del tema.

Ciudad prerromana y bárquida

La existencia de un hábitat prerromano al que se superpone la ciudad bárquida es una realidad que va tomando cuerpo día a día. Hasta ahora los restos más evidentes, al margen del material cerámico, están constituidos por unos paramentos murarios hallados en Cerro del Molinete (Ros Sala, 1989). No obstante, la entidad de este núcleo poblacional está aún por concretar y, de momento, no hay argumentos suficientes para reconocer en ellos a la ciudad de Mastia citada por las fuentes. Mayor entidad, tanto en el plano urbanístico como en la riqueza, variedad y calidad de los materiales cerámicos, hallados tanto en ambiente urbano como funerario, muestra el poblado de Los Nietos, analizado, en una primera aproximación, en la Memoria de Licenciatura de C. García Cano y cuyo estudio integral constituye la base de su tesis doctoral (García Cano, C., 1993).

Mucho mejor definida aparece la ciudad fundada por Asdrúbal, aun cuando no es posible fijar la fecha exacta de implantación. Los materiales de procedencia púnica, que en un principio se reducían a algunas ánforas muy mal contextualizadas (Rodero, 1985), se han multiplicado en estos últimos años con nuevos hallazgos que han ido permitiendo una mejor definición de la realidad urbanística de la vieja ciudad bárquida (Martín y Roldán, 1992). Entre todos ellos destaca por su espectacularidad la muralla fechada por criterios constructivos (Martín y Belmonte, 1993), numismáticos (Lechuga, 1991-92) y arqueológicos (Ruiz Valderas, 2000), en el último cuarto del siglo III a.C. Esta primera muralla se construye con un doble forro de sillares de arenisca, unidos a hueso, bien escuadrados y colocados de forma isodómica, asentados directamente sobre la roca del terreno previamente recorrida como caja de cimentación, y trabados por tirantes de sillarejo que determinan compartimentos internos de planta cuadrangular y aprox. 5 m de anchura con acceso desde el interior de la ciudad destinados, probablemente a albergar el cuerpo de guardia, almacenes de armas, u otros elementos relacionados con la defensa. El alzado, al menos en la parte interna debió estar realizado con adobes de grandes dimensiones recubiertos de un enlucido blanco (Marín, 1998).

Junto al encinto fortificado, la ciudad bárquida desarrolla el primer entramado urbano formado por calles empedradas, con sus correspondientes canalizaciones, flanqueadas por viviendas, almacenes e instalaciones de carácter industrial o artesanal. En este primer momento se consagraron también los cerros a las principales divinidades del panteón cartaginés, dioses que serían posteriormente sincretizados con sus correspondientes romanos.

La distribución de los hallazgos de este período sobre la planta de la ciudad nos confirma una amplia urbanización que se extiende, al menos por el Cerro del Molinete, las laderas septentrional y

noroccidental del Monte Sacro y falda meridional del Cerro de la Concepción. Las excavaciones realizadas en este último sector muestran ya desde época bárquida la existencia de muros de aterramiento contruidos en *opus africanum* destinados a crear espacios aterrazados para la distribución de las construcciones y en general una estudiada planificación orientada a rentabilizar al máximo el suelo disponible. Mas difícil es determinar la situación de la zona central, atravesada por escorrentías y con depresiones fácilmente inundables, que debió estar ocupada, ya desde época bárquida por plazas y espacios abiertos, a juzgar por los escasos datos que se pueden inferir de las descripciones del momento de la conquista.

En conclusión, la arqueología púnica en la ciudad es una de las líneas de investigación que debe gozar de un mayor desarrollo en los próximos años y aportar mayores sorpresas y resultados para la historia de la ciudad. El principal problema que plantea para su investigación arqueológica, al margen de la lógica superposición de los restos romanos, que por su propia monumentalidad no pueden ser levantados, es el de la profundidad a que se encuentran sus restos en determinados puntos de la ciudad, lo que dificulta su identificación y recuperación al verse afectados por el nivel freático.

Religión y culto

Si bien a nivel arqueológico no se ha identificado ninguno de los templos que Polibio sitúa sobre las colinas de la ciudad, y que, paradójicamente, coinciden con los del panteón de las ciudades púnicas y de la misma Carthago, aunque en la descripción del escritor megalopolitano sincretizados con sus correspondientes greco-romanos, los trabajos de excavación han posibilitado la identificación de otras divinidades hasta ahora totalmente desconocidas no sólo en la ciudad surestina sino incluso en la propia Hispania. En el interior de la península sobre la que se levanta la ciudad, aunque en una posición periférica –sobre el Cerro del Molinete–, una inscripción fragmentada sobre *opus signinum* ha permitido interpretar el espacio que recubre como un pequeño edículo dedicado a la diosa siria *Atargatis*, divinidad frecuente en ambientes portuarios del sur de Italia, y sobre todo en la isla de Delos, con la que nuestra ciudad debió tener fluidas relaciones entre la segunda mitad del siglo II a.C. y los primeros años del s. I a. C. (Ramallo y Ruiz, 1994).

El segundo complejo de culto muestra un carácter suburbano, ya que se halla situado fuera de los muros de la ciudad, y está dedicado a Júpiter Stator, la antigua divinidad romana a quien Rómulo dedico un templo junto a la *porta Mugonia* (Amante, Martín y Pérez, 1995). Al margen de la singular dedicación, la propia estructura arquitectónica que encierra la inscripción, con tres pedestales alargados, la existencia del altar en la cámara contigua y las canalizaciones que recorren la estructura convierte este edificio en un *unicum* más próximo en su desarrollo a modelos púnicos que a los propiamente romanos (Ramallo, 2000).

En cualquier caso, ambos complejos no dejan de ser construcciones que tanto por su tamaño como por su ornamentación contrastan con la monumentalidad y riqueza de los edificios de culto de época imperial. El conjunto que preside el foro se halla situado al pie de la ladera suroriental del Cerro del Molinete y se alza sobre un gran *podium*-plataforma artificial sobreelevada más de dos metros sobre el resto de la plaza a que se accede a través de los escalinatas de doce peldaños situadas en los extremos. Entre ambas escaleras, y en el frontal del *podium*, se ubican cinco compartimentos, ante los cuales se extiende una amplia plataforma, donde aún se conservan las improntas de pedestales y altares, construida ya en época imperial, y que colmata una calzada anterior que discurría ante el basamento del *podium* (Roldán y Miquel, 1999). La disposición aterrazada del conjunto, la axialidad, las dos escalinatas monumentales a los lados, nos remiten a la arquitectura helenística de finales de la República.

Cada vez son más abundantes las evidencias sobre la rápida difusión del culto imperial en la ciudad. A las evidencias epigráficas se ha sumado en estos últimos años el hallazgo de un edificio singular y de gran suntuosidad que ha sido identificado como un posible *Augusteum* (Miquel y Subias, 1999). Se encuentra situado en el ángulo suroccidental del foro, y está formado en el centro por un gran cuadrilátero con cuatro ambientes adyacentes, de los cuales la sala central, que marca el eje axial del edificio, presenta al fondo una exedra semicircular. Era la habitación más importante de todo el conjunto. Las dos habitaciones adyacentes aparecen incomunicadas respecto a la central y muestran sus accesos desde los flancos laterales. Estas tres estancias se hallan precedidas en toda su anchura por un pronaos o porche tetrástilo pavimentado con un *opus sectile* realizado con un damero de placas cuadradas blancas y negras. En los laterales sendos ninfeos semicirculares contribuyen a acrecentar la monumentalidad del conjunto; tras ellos se sitúan otras dos habitaciones rectangulares con acceso exclusivo desde el exterior del edificio.

Murallas

Hay que descartar totalmente la identificación de los restos de la Calle Soledad y Orcel, con una posible muralla de época tardorromana y bizantina (Martínez Andreu, 1985), algo que se repite todavía en algunos trabajos que no han tenido en cuenta las publicaciones de los años noventa donde se interpretaban dichos restos como parte de la *porticus post scaenam* asociada al teatro. Es necesario un estudio serio y profundo sobre la evolución del recinto urbano en las distintas fases de desarrollo de la ciudad. Se parte de la magnífica base que constituye el tramo de muralla construido en época bárquida y reutilizado tras la conquista de la ciudad por Escipión, que cerraba el estrecho pasillo de tierra situado entre los Cerros de San José y Despeñaperros, casi el único acceso terrestre al interior de la urbe. El contexto arqueológico asociado a estas estructuras permite apreciar una continuidad hasta el tercer cuarto del siglo II a.C.; a partir de este momento, la información arqueológica es mucho más reducida. Paradójicamente, la ciudad dispone un completo programa epigráfico cesariano-augústeo que alude a la restauración de la muralla, con sus torres y puertas, incluso en algunos puntos a *fundamenteis* (Abascal y Ramallo, 1997); sin embargo, no existe referencia arqueológica alguna a sus restos. En consecuencia, el trazado preciso de la cerca que delimitaba el perímetro urbano es un tema que, de momento, queda sin solución a la espera de nuevos hallazgos y de un estudio serio, que analice de forma rigurosa la topografía, e incluso el recorrido de las murallas que en época posteriores han ceñido la población, y que en determinados tramos podrían haber fosilizado trazados mucho más antiguos (Ramallo, 2001c).

Algo similar sucede con la famosa muralla bizantina recordada en la inscripción de *Comitiolus*, una vez descartada su identificación con los restos de La Soledad. El registro arqueológico parece sugerir para esta última etapa una reducción del perímetro urbano habitado; sin embargo, de momento, y aunque se han esbozado algunas propuestas (Prego, 2000), nada definitivo se puede afirmar.

Aspectos jurídicos

En este apartado, el primer problema se plantea a la hora de determinar la fecha fundacional de la colonia. Para tal fin se han utilizado argumentos de carácter histórico-literario, epigráficos y sobre todo numismáticos, sin que de momento y con la información disponible se pueda dar el tema por zanjado. El carácter de colonia de derecho romano se deduce de la mención de Plinio (3-19), pero no así la fecha. La visita de César a la ciudad hacia el año 45 a.C., recordada por Nicolás de Damasco,

se ha considerado una buena ocasión para atribuir al dictador la instauración de la nueva colonia. La epigrafía no aporta mucha más información para determinar la fecha fundacional. Los testimonios más antiguos que con seguridad transcriben su rango de ciudad privilegiada pertenecen a la segunda década antes del cambio de era y corresponden a la dedicatorias que los *colonei* erigieron a sus patronos P. Silio Nerva, *Rex Iuba*, M. Agrippa y Ti. Claudio Nero. No obstante, los argumentos numismáticos han sido los más utilizados para justificar una *deductio* en época de Cesar o incluso anterior. Se basan en el elevado número de duunviros quinquennales que aparecen en las emisiones, y en una hipotética acuñación según un ritmo de cinco en cinco años, por lo que retrocediendo en el tiempo desde la última emisión fechada con certeza, época de Caligula, llegaríamos a los años centrales del siglo I a.C. Según este supuesto, se da por supuesta una rígida y continua acuñación según la cadencia marcada por la magistratura, así como que todos los quinquennales de ese amplio período emitieron moneda, algo que aún está por demostrar. Por otra parte, el título oficial de la ciudad *U(rbs) I(ulia) N(ova) C(K)arthago*, sólo aparece de forma regular en las acuñaciones a partir de época de Tiberio. El trabajo de Llorens (1994), sobre las monedas de Cartagena, que amplía y completa el avance de Ripollés (1992), no aporta nada definitivo en este sentido. Siguen faltando, precisas seriaciones estratigráficas con moneda entre los años c. 50 a.C.– 40 d.C. que de momento nos permitan explicar la interrupción entre las monedas con Palas y la aparición regular del nombre de la moneda. También está por interpretar el significado de muchos de los tipos monetales utilizados en las emisiones.

Aspectos de trazado urbano e infraestructuras

Al margen de la fecha concreta de promoción jurídica, la arqueología muestra como desde la década de los años treinta antes del cambio de Era se produce un intenso proceso de renovación monumental y transformación urbanística que supone un cambio radical en la fisonomía de la vieja ciudad republicana, heredera, en muchos aspectos de su trama, de la primitiva fundación bárquida. Los cambios comienzan por el propio entramado viario, que, aún condicionado por las imposiciones de la singular topografía de Cartagena, tiende ahora a una mayor regularidad, y continúan con la construcción de una nueva muralla, concebida más como símbolo de *urbanitas* que por razones defensivas. Las calles conservan, salvo leves variaciones, el mismo recorrido que la ciudad republicana, con una anchura que oscila entre los 3/3,5 m y se hallan pavimentadas con grandes losas poligonales de piedra caliza con un suave abombamiento central y delimitado lateralmente por las correspondientes aceras. Bajo las losas discurren las atarjeas de evacuación de aguas situadas en el centro. El material cerámico hallado en los niveles inferiores de relleno nos lleva hacia una cronología de mediados del siglo I a.C. para su construcción y se caracteriza por las producciones características de campaniense B junto a vasos de paredes finas y ausencia total, al menos en los tramos donde se ha podido excavar la cama de preparación de las losas, de *terra sigillata itálica*.

El hallazgo de varios tramos de vía en distintos puntos de la ciudad permite ya perfilar la trama urbana y su proyección en las distintas etapas históricas (Berrocal y Miquel, 1991-92). Determinan un entramado de tendencia reticular con *insulae* de 60 x 60 m con una subdivisión interna de 30 en 30 m (c. 100 x 100 pies), si bien la topografía accidentada de la ciudad impone unos condicionantes que se aminoran, especialmente en las laderas de los montes, mediante grandes muros de aterramiento, que permiten crear plataformas artificiales sobre las que se levantan alineadas las viviendas. Las infraestructuras relacionadas con el agua ha sido el tema de la Memoria de Licenciatura de A. Egea (2001), donde ha identificado desde los canales de aprovisionamiento y evacuación a los sistemas de almacenamiento y conducción. En cualquier caso, el plano arqueológico de Cartagena es un tema

abierto, que se va completando progresivamente y en estrecha dependencia con el ritmo de los trabajos de excavación; también la abertura de zanjas para las conducciones modernas pone al descubierto, a veces, trazas del tejido viario de época romana, si bien en estos caso, es más difícil determinar la orientación de los restos.

Salas de reunión y ocio

En este apartado sólo se han identificado los restos de una termas públicas en la calle Honda. Los materiales arquitectónicos y los restos escultóricos hallados en su interior hicieron proponer, en un primer momento, una cronología de época julio-claudia, si bien la revisión posterior de todo el edificio, donde se aprecia incluso la reutilización de un pedestal conmemorativo de hacia mediados del siglo II d.C., recomiendan interpretar el conjunto como el resultado de una amplia reestructuración en época tardorromana, probablemente hacia mediados del siglo V, aunque estos aspectos sólo se podrán confirmar cuando se publiquen de forma monográfica los resultados definitivos de la excavación (Martínez Andreu, 1983).

Edificios de espectáculos

El estudio de los edificios de espectáculos de Carthago Nova es una de las grandes novedades y sorpresas de la investigación arqueológica, sobre todo en lo que respecta al teatro, hasta 1988 totalmente inédito, que junto al anfiteatro, conocido al menos desde el siglo XVIII proporcionan a la ciudad uno de sus más completos programas edilicios.

En cuanto al primero, se halla situado en la ladera noroccidental del Cerro de la Concepción y las excavaciones se iniciaron en 1988 continuando de forma sistemática hasta nuestros días. En su desarrollo el edificio aprovecha las ventajas que le ofrece esta situación en la ladera de la colina, de forma que una parte considerable de su graderío se construye directamente sobre la roca, explanada y recortada. Los causas que motivaron el inicio de la excavación y el desarrollo de los primeros trabajos han sido suficientemente trazadas (Ramallo *et alii*, 1993). Sin embargo, trabajos esporádicos de excavación habían sido realizados sobre los restos del teatro romano o en su entorno más inmediato en diversas época y con distinta intensidad. Los primeros de los que tenemos constancia fueron realizados en 1876 por Francisco de Paula Oliver con motivo de las obras de restauración en el interior de la Iglesia de Santa María (Paula Oliver, 1983); el hallazgo más significativo fue un pavimento de *opus signinum* decorado con motivos geométricos de teselas blancas que probablemente debió formar parte de una vivienda amortizada con la construcción del teatro (Ramallo, 1985). Muros de mampostería de las galerías superiores que sustentaban la *summa cavea*, se localizaron en 1985 a escasos metros del citado pavimento aunque no pudieron identificarse como parte del edificio de espectáculos al desconocer por aquel entonces su existencia. También en el interior de la iglesia, pero bajo el pavimento de la sacristía, en un plano inferior con acceso desde la plaza de la Condesa de Peralta, se realizó en 1986 otra cata de reducidas dimensiones que tuvo como resultado más sorprendente el descubrimiento de cuatro capiteles corintios de mármol blanco, reutilizados como cimentación en un muro de cronología más tardía, que en una primera aproximación fueron vinculados con un edificio de culto. Restos de estas mismas construcciones tardías fueron identificadas en otras catas realizadas en un pequeño solar situado entre las calles Don Gil y Orcel. En todos los casos, la falta de una perspectiva global de estos restos, dado el reducido espacio excavado y el hecho de que en ningún caso se alcanzaran los restos más definitivos del graderío cubierto por un depósito estratigráfico de algo más de cuatro metros con abundantes estructuras de épocas posterior-

res, han impedido la interpretación correcta de las estructuras exhumadas que sólo ha sido posible cuando se ha podido abordar la excavación en extensión (Ramallo y Ruiz, 1998).

En cuanto al anfiteatro, conocemos mucho mejor la estructura, aspectos constructivos y edificios, fases y posible cronología del monumento tras los trabajos de Pérez Ballester, San Martín y Berrocal realizados entre los años 1990-1994.

No hay ningún argumento que justifique la posible existencia de un circo, que completara el programa de edificios de espectáculos. Su emplazamiento en el interior de la ciudad es prácticamente imposible debido a la falta de espacio, y en el exterior su ubicación estaría condicionada por la existencia del estero que circundaba la península sobre la que se asentaba la urbe.

E) Aspectos de vida rural

El análisis del poblamiento rural romano en la Península Ibérica ha sido en las últimas décadas una de las tareas prioritarias dentro de los estudios de arqueología Clásica. Algunos trabajos han intentado ofrecer una visión de conjunto de lo que fue todo este fenómeno en la *Hispania* romana. Las obras de J.P. Gorges (1979) y C. Fernández Castro (1982), son una buena prueba de ello, y a la vez índice claro de las enormes lagunas y el estado en que se encontraban tales trabajos.

En esta línea se planteó a finales de los ochenta un programa de investigación que tenía como objetivo fundamental la prospección sistemática de todas las *villae* del territorio objeto de estudio –área murciana– y la realización de un detallado ensayo cartográfico, que, con la representación gráfica de todos los restos, nos permitiera obtener una visión global del poblamiento en las distintas fases de romanización. Como consecuencia de esta sistemática se pretendía alcanzar una primera aproximación a la dinámica poblacional en época romana en la zona que constituyó el sector más meridional del *Conventus Cartaginiensis*. Resultado de estos trabajos fueron los estudios monográficos sobre las demarcaciones actuales de Cartagena, Altiplano Jumilla-Yecla, valle del Guadalentín, y litoral (AA.VV., 1995), lo que permitió obtener una primera aproximación a la dinámica poblacional no urbana de estos territorios y plantear cuestiones específicas de mayor calado histórico que se concretaron en el proyecto de investigación financiado por la Dirección General de Universidades de la CARM, *El ager cartaginiense. Paisaje centuriado, economía y población agrarias en el mundo romano* (PSH93/71), realizado en 1994.

En este proyecto contemplábamos como uno de los objetivos fundamentales la delimitación del *ager cartaginiensis*, el análisis de los sistemas de explotación del territorio y de distribución del suelo, y si era posible apreciar restos de centuriación en el *ager cartaginiensis*. Para ello se planteó como paso inicial el análisis de las fuentes escritas. En este punto, y como sucede para la mayor parte de las colonias romanas de Hispania, la documentación literaria es prácticamente inexistente, si exceptuamos la mención de Plinio (NH. III, 9: *Mentesa oppido, sed Tugiensi exoriens saltu –iuxta quem Tader fluvius, qui Carthaginensem agrum rigat–, Ilorci refugit Scipionis rogum versusque in occasum*) que evidentemente implica que el *ager* centuriado era, al menos parcialmente, atravesado por el Segura. El hecho de que el río no aparezca mencionado como *flumen finitimum* sería indicio de que el *territorium* se extendía mucho más allá de sus riberas. Ello implicaría, a su vez, una amplia extensión para el territorio dependiente de la colonia de Carthago Nova, con amplias porciones de terrenos no asignados, entre los que podrían incluirse aquellos pertenecientes al llamado *campus spartarius* (Estrabón, III, 4,9: *Τούτο δ' ἐστὶ μέγα καὶ αἰνῶρον, τὴν σχοινοπλοκικὴν φύσιν σπάρτον ἐξαγωγὴν ἔχουσιν εἰς πάντα τόπον, καὶ μάλιστα εἰς τὴν Ἰταλίαν. πρότερον μὲν οὖν διὰ μέσου τοῦ πεδίου καὶ Ἐγελάστας συνέβαινεν εἶναι τὴν ὁδόν, χαλεπὴν καὶ πολλήν*, o también, Plinio, N.H., XIX, 30: *quae sufficient minus XXX pasuum in latitudinem esse Carthaginis Novae minus C in*

longitudinem esse reperientur. Longius vehi impendia prohibent) y los terrenos montañosos utilizados como pastizales (*ager compascua*). Este hecho coincide también con la ausencia de colonias en los alrededores de la ciudad, como bien destaca Mela (II, 94: *verum ab his quae dicta sunt ad principia Baeticae praeter Carthaginem, quam dux Poenorum Hasdrubal condidit, nihil referendum est. In illius oris ignobilia sunt oppida et quorum mentio tantum ad ordinem pertinet: Urci in sinu quem urcitanum vocant, extra Abdera, Suel, Ex, Maenoba, Salduba, Lacippo, Barberula*).

La demostración de un *ager* no centuriado, al menos anterior al año 63 a.C. (*ager qui nulla mensura continetur*) se deduce de una cita de Cicerón (Agr.1,5,1: *Romani adiunctus est, post autem agros in Hispania apud Carthaginem novam duorum Scipionum eximia virtute possessos*) donde el autor se opone a la venta de terrenos públicos situados en los alrededores de Carthago Nova).

Otra referencia muy imprecisa para delimitar la extensión del *ager* procede de Varrón (57, 2) que alude a la existencia de silos o pozos subterráneos para almacenar el grano en el *agro cartaginiense* (*quidam granaria habent sub terris spelunca, quas vocant sirus, ut in Cappadocia ac Thracia; alii ut in agro Carthaginensi et Oscensi (ut) in Hispania citerior puteos*).

A partir de estos textos, parece que se puede deducir la existencia en el territorio de Cartagena de un *ager limitatus* y un *ager* no mensurado (*ager arcifinius*) dentro de la amplia extensión que abarcó el territorio de la citada ciudad.

Una vez analizadas las fuentes, se plantea entonces el problema de determinar los límites del *ager cartaginiensis* y dentro de él, aquellas porciones de tierra que pudieron ser mensuradas y asignadas. Algunos autores han planteado la posibilidad de que la concesión del rango colonial a la vieja ciudad no llevase implícita una *deductio* de veteranos con lo que no se habrían producido las consiguientes asignaciones viritanas, sin embargo los reversos utilizados en las emisiones cívicas de C. Maecius y C. Appuleius Rufus, con un *aquila* entre dos *signa* militares en el anverso y galera en el reverso, fechada por Beltrán en el año 27 a.C. y por Llorens en el 27-26 a.C. y la emisión de P. Baebius Pollio y C. Aquinus Mela, con la Victoria en el anverso y dos *signa* en el reverso que podrían aludir, al igual que sugieren tipos similares en las acuñaciones de Augusta Emerita, Colonia Patricia, Acci, Ilici, etc., al asentamiento de veteranos tras la batalla de Actium; esto se podría poner también en relación con el tipo de la galera utilizado en las emisiones de C. Maecius que copiarían el reverso de los llamados denarios legionarios acuñados por M. Antonio en el año 32/31 a.C. Por otra parte, el análisis de la cartografía existente parece apoyar esta interpretación para los tipos monetales.

En línea con estos problemas, y a modo de avance de resultados, hay que destacar los trabajos realizados por A. Orejas sobre la posible centuriación del campo de Cartagena; un avance fue presentado a la reunión de la Acción Cost G2 celebrada en mayo de 2001 en Atenas. La profundización de los aspectos arqueológicos en relación al *ager cartaginiensis* y la contrastación de resultados con los aportados por otras fuentes, constituye el tema central de la tesis doctoral de A. Murcia Muñoz.

También en el marco de esta línea de investigación sobre vida rural, y al margen de los problemas que plantea el territorio más próximo a la capital del *conventus*, otra cuestión que hemos planteado tiene como objetivo determinar el impacto de la Romanización en el paisaje agrario indígena. En este sentido, no se puede afirmar la existencia de granjas agropecuarias de carácter autónomo similares a las *villae* romanas durante los siglos IV y III a.C.; los testimonios de un asentamiento en llano que corresponden a esta fecha, tales como Los Torrejones de Yecla o la Poza en Caravaca, podrían corresponder a explotaciones de carácter comunal dirigidas directamente desde los respectivos *oppida*. La morfología de estos asentamientos en llano, sus características y funciones, están aún por definir ya que no han sido sometidos a una excavación sistemática.

Por el contrario, a mediados del siglo II a.C., una vez asentada la ocupación romana, si parece observarse en los territorios del interior una auténtica apropiación y puesta en explotación de parte

del territorio llevada a cabo por los propios habitantes de esos *oppida*, con el nacimiento de pequeñas granjas agropecuarias de nueva planta caracterizadas por una arquitectura de tradición indígena que contrasta claramente con los asentamientos contemporáneos del área costera dotados de pavimentos de *opus signinum*, morteros y revestimientos de procedencia itálica. No obstante, y a pesar de esta permanente precariedad de estructuras, fueron capaces de contribuir al circuito comercial con la producción de un excedente que permitió la adquisición de vajillas y productos itálicos. Sin embargo, no será hasta época augústea cuando el fenómeno de la reproducción de patrones arquitectónicos y decorativos de inspiración romana, comience a atestiguar en las tierras del interior. Para estas «granjas agropecuarias» se ha planteado el problema de determinar el sistema de relación desde el punto de vista jurídico con el Estado romano, propietario de todo el territorio por derechos de conquista. Se podría hablar en este caso de un cesión del territorio al *oppidum* que a su vez lo redistribuye para su explotación agropecuaria entre determinados habitantes del poblado que, de esta forma contribuirían también a cubrir los requerimientos fiscales y pecuniarios del propio *oppida*, quien a su vez pagaría, como población conquistada, el correspondiente *stipendium* al Estado romano. Si bien, sólo documentadas hasta ahora en la comarca del noroeste en uno de los ejes fundamentales de comunicación entre el valle del Segura y el Guadiana Menor, es muy posible su existencia en algunos otros ejes de comunicación, como el del valle del Guadalentín y Altiplanicies de Vélez o en el pasillo que discurre entre Caudete, Yecla, Montealegre, Lezuza comunicando a una latitud mayor la zona de Levante con la Alta Andalucía.

La ausencia de colonias y municipios de creación romana situadas en el entorno más inmediato, en parte debida a la preexistencia de estos *oppida* aliados y utilizados desde muy pronto por Roma como forma de control del territorio, nos hace suponer que, pese a la distancia, todas estas comarcas del interior dependerían de la propia metropolis cartagenera, y se incluirían dentro del *ager arcifinius*.

Es una línea de investigación en la que seguimos trabajando con la excavación en la villa de La Quintilla que he reanudado, en colaboración con el Museo Arqueológico Municipal de Lorca, en 1998.

F) Aspectos económicos

En este apartado disponemos de algunas fuentes escritas referidas sobre todo a la minería, al *garum* y al esparto, cuya confirmación, matización y complementación hay que buscar a través del dato arqueológico.

Minería

Los aspectos más avanzados dentro de estos estudios son los referidos a la minería, especialmente de La Unión (Domergue, 1965, 1966 y sobre todo 1990), y de Mazarrón (Ramallo, 1985). Son estudios complejos que hay que realizar con ayuda de geólogos, con el fin de determinar las lógicas de los explotación, y la riqueza obtenida en calidad y cantidad de los mismos. Los análisis químicos y metalúrgicos ayudan en la reconstrucción de los procesos de fundición, transformación y elaboración de los distintos metales (Arana, 1983). Así, tras una prospección sistemática, se han desarrollado trabajos de catalogación y estudio de los yacimientos del llano vinculados a la Unión (Ruiz Valderas, 1993) y Mazarrón (Ramallo y Berrocal, 1994), y se ha iniciado un estudio tecnológico de los sistemas de laboreo y explotación en estos mismos afloramientos, tema que constituye la tesis doctoral de J.A. Antolinos Marín, realizada bajo mi dirección. Este mismo colaborador ha realizado junto a A. Orejas la actualización del mapa de hallazgos mineros del área de Mazarrón, dentro del Atlas *Paisajes antiguos y estructuras rurales* realizado dentro de en la Acción Cost G2 financiada por la Unión Europea.

Factorías de salazón

Las fuentes escritas ponderan de forma reiterada la calidad y abundancia de las fábricas de salazón en los alrededores de Carthago Nova. Una primera aproximación fue realizada en la tesis doctoral de J. García del Toro (1978). Sin embargo los nuevos hallazgos arqueológicos, aportan ya una información muy abundante que permite plantear un estudio en profundidad sobre la función que este aspecto de la economía romana desempeñó en el desarrollo del litoral surestino. Esta información muestra unos niveles de actividad considerables sobre todo en los siglos IV-V, datación a la que se adscriben los hornos de ánforas identificados en distintos puntos de la costa y que sin duda hay que poner en relación con la comercialización de estos productos vinculados a las actividades costeras. Incluso, análisis sobre restos de desecho de pescado hallados en las factorías del Puerto de Mazarrón y Águilas han permitido precisar las especies que sirvieron de base para la elaboración del producto (Ramallo, 1983-84). De todas formas, en este apartado es todavía imprescindible la publicación definitiva de los resultados de las excavaciones del Puerto de Mazarrón realizadas durante los años 1976-1977, para poder reconstruir todo el proceso de elaboración, aunque la publicación de estructuras similares, aunque recuperadas tan sólo de forma parcial, en distintos puntos del actual núcleo urbano de Águilas permiten ya ir perfilando el tema.

Precisamente, en relación a estos núcleos costeros, que según se va viendo con hallazgos cada vez más numerosos, tuvieron una cierta entidad y sobre todo, una continuidad de varios siglos en época antigua, se plantea el problema de su definición jurídica y su caracterización dentro de las distintas categorías contempladas en la definición del territorio por Roma. Los conjunto termale, las viviendas domésticas con restos pictóricos, los espacios abiertos o plazas, etc, encuadrados dentro de un esquema urbanístico racional y ordenado, así como las necrópolis, con un número considerable de deposiciones, les confieren una entidad que excede a los de una simple *villa* o factoría. No obstante, la completa ausencia de referencias en las fuentes impiden una más correcta definición. En el caso concreto de Águilas, algunos autores la han querido identificar con la población de *Urci* que Mela sitúa entre la Bética y la Tarraconense, aunque no existen argumentos concluyentes (Pareja, 1991). Los dos conjuntos balneares hallados hasta la fecha (Ramallo, 1986; Hernández y Pujante, 2002), junto a los restos de viviendas unifamiliares con paredes decoradas con pinturas excavados en distintos puntos de la moderna población, y las tres necrópolis identificadas, trascienden por su entidad, dimensiones, extensión y amplitud cronológica los límites de una mera *villa* y le confieren un cierto carácter urbano.

En cuanto al complejo poblacional Mazarrón-Puerto de Mazarrón, muestra un desarrollo histórico muy similar al de Águilas, aunque de momento, la distribución espacial de los restos es más heterogénea y sobre una superficie más extensa. El auge de este territorio en época tardorrepublicana aparece estrechamente vinculado a la explotación de los importantes distritos mineros de Coto Fortuna, Pedreras y San Cristóbal (Ramallo, 1995); a partir de época imperial, se intensifican las actividades económicas vinculadas con la pesca, que alcanzan a partir del siglo IV y hasta inicios del VI su momento de mayor expansión. A este período corresponde también la importante necrópolis de la Molineta, donde se ha registrado ya un elevado número de deposiciones que confirman la existencia de una concentración humana relativamente elevada y los restos de viviendas domésticas del Cabezo de la Era, en el mismo Puerto de Mazarrón (Ruiz Valderas, 1991). Sin embargo, y al igual que sucede con la población anterior, no podemos relacionar estos restos con alguna de las poblaciones citadas en las fuentes. Desde el siglo XIX se ha hablado repetidas veces de la existencia de un posible *municipium* romano de época flavia, al desarrollar las abreviaturas GENIO S.M.F. que aparecen sobre el pedestal de una escultura hallada en el siglo XVIII, como *Genio senatus municipii*

Ficariensis (Belda, 1975, Muñoz Amilibia, 1977-81); no obstante, la reinterpretación de estas abreviaturas como *societatis montis ficariensis*, descarta la categoría como núcleo urbano de estatuto privilegiado para dicha población (Noguera y Navarro, 1995; Pena, 1996). En cualquier caso, la entidad de los restos arqueológicos es incuestionable y habrá que seguir profundizando en el tema antes de llegar a conclusiones definitivas y, sobre todo, que sean válidas para todas las épocas de la antigüedad, período en el que la situación jurídica pudo ser distinta en cada fase.

En ambos casos se produce una inflexión hacia finales del siglo II o en la primera mitad del siglo III, que se manifiesta, al menos en la población aguilena por niveles de destrucción atestiguados en distintos puntos de la ciudad. En la otra población costera, el Puerto de Mazarrón, la *villa* de Rihuete, presenta sepulturas sobre los pavimentos de *signinum*, acompañadas de ajuar que podría ubicarse hacia la segunda mitad del siglo II d.C. La presencia reiterada de este fenómeno incita a comparar los contextos materiales de todos ellos y si existe una coetaneidad con lo que se observa en Cartagena.

Esparto

La otra fuente de riqueza tradicionalmente admitida por los textos para esta región, el esparto, ha sido objeto de amplios trabajos de delimitación geográfica de las áreas esparteras (el *campus spartarius*) y de su utilización (Vilá Valentí, 1962; García del Toro, 1980), pero aún están sin tratar aspectos de gran interés como la forma de producción, de recogida, tratamiento, etc. Es uno de los temas que, en forma de tesis doctoral, se tendrá que llevar a cabo en los próximos años.

Aceite y vino

En otro aspecto, se ha iniciado la búsqueda y catalogación de posibles almazaras romanas, con el fin de determinar la posible importancia que este factor pudo tener en el conjunto global de la economía del área murciana, o bien si esta región y sus puertos no fueron más que un simple lugar de tránsito y de comercialización de los productos de la Bética (González Blanco y otros, 1983; González Blanco, 1993). Las excavaciones de Villaricos (Mula) y sobre todo la intervención de urgencia en la *villa* de La Teja (Caravaca de la Cruz) (Murcia, 1997-1998) han puesto al descubierto los restos de completas instalaciones oleícolas que dan un nuevo significado a las prensas y molinos conservados en varios museos de la región y permiten valorar en su justa medida la importancia que esta actividad económica, que tradicionalmente se ha vinculado con la Bética, debió tener en el desarrollo agrícola de esta región.

Ganadería

Aspectos tales como la agricultura y la ganadería aparecen muy ligados al apartado E, y requieren, sobre todo en el segundo aspecto, la colaboración de osteólogos en el análisis de los huesos obtenidos en la excavación. Esta es una vía que cada vez se utiliza más en el estudio del mundo romano y que aporta información primaria sobre las especies que constituían la alimentación cárnica de esta población, así como otras posibles industrias derivadas de ella. En Cartagena se han estudiado ya los restos óseos de algunos vertederos de época tardía, con resultados muy interesantes (Portí, 1991) que habrá que completar y contrastar con los que se obtengan en los basureros del barrio bizantino, cuyo análisis está en curso.

G) Aspectos de cultura figurativa y material

Es una de las líneas de trabajo que se ha potenciado en estos últimos años y que ha proporcionado resultados más consistentes. Parten del estudio de conjunto de los mosaicos romanos hallados en el área murciana (Ramallo, 1985), especialmente ricos en la Carthago Nova de la época republicana augustea, y en una serie importante de *villae* de época bajo-imperial. Posteriores estudios planteados como tesis doctorales han desarrollado los aspectos relativos a la escultura y la pintura.

Respecto a la *escultura*, es una línea de investigación que se ha consolidado con la tesis doctoral de J.M. Noguera que abarca el sector meridional del *conventus cartaginiensis* (1994), precedida por un estudio monográfico sobre las obras de Carthago Nova que constituye su memoria de licenciatura (Noguera, 1991). Estos trabajos han completado publicaciones más antiguas sobre determinadas piezas (Balil, 1978 y 1979, Trillmich, 1979), que aún hoy son interesantes desde el punto de vista metodológico.

Otro aspecto impulsado en estos últimos años ha sido el estudio de la pintura mural romana, que se ha plasmado en la reciente tesis doctoral de A. Fernández, sobre los restos pictóricos de las provincias de Murcia, Alicante y Albacete (Fernández, 2000), precedido por un estudio sobre las pinturas de Portmán, insertadas en el estudio global de la *villa*, que constituyó su Memoria de Licenciatura (Fernández, 1999). Es una línea consolidada que continúa los trabajos iniciados por L. Abad (1982) y que tiene grandes perspectivas de futuro, a juzgar por la gran cantidad y calidad de los restos pictóricos que se han hallado en estos últimos años y meses, que están permitiendo trazar las líneas de evolución de los estilos pictóricos en Cartagena y su territorio.

En el aspecto de la decoración arquitectónica hay que reseñar la Memoria de Licenciatura sobre los capiteles romanos de Murcia (Martínez, 1986), dirigida por la Dra. Muñoz Amilibia, que ha colmado parcialmente una importante laguna en la investigación, que ha tenido su continuación en la Memoria de Licenciatura de M^a.J. Madrid, dirigida por quien esto suscribe, dedicada al análisis de las basas y fustes de columna de Carthago Nova (Madrid, 1999). Esta misma autora ha dedicado un estudio monográfico a los elementos de orden toscano hallados en la ciudad portuaria (Madrid, 1997-98) y a los elementos arquitectónicos de la columnata de la Morería Baja (Madrid y Murcia, 1997) y prepara su tesis doctoral sobre la totalidad de elementos arquitectónicos de Cartagena y sus alrededores. En cuanto a otros elementos arquitectónicos de carácter ornamental (frisos, cornisas, placas, etc.) hasta hace muy pocos años el panorama era desolador (Ramallo, 1999); sin embargo las recientes excavaciones en el teatro y en la zona del foro de Carthago Nova han aportado una gran cantidad de elementos marmóreos de gran calidad y que, en determinados casos, siguen los modelos establecidos en la grandes realizaciones augusteas de la *Urbs* (Ramallo, 1996).

En relación con esta línea de investigación, se pueden incluir los trabajos que desde hace varios años se vienen realizando en colaboración con el Dr. Arana, Catedrático de Geología, sobre las canteras de época romana en el área de Carthago Nova (Arana y Ramallo, 1985; Ramallo y Arana, 1987) trabajo que han continuado nuestros colaboradores. En este plano de colaboración entre distintas disciplinas se ha planteado la tesis doctoral de B. Soler Huertas, que tiene como objetivo el estudio de todos los materiales pétreos hallados en el teatro romano –más de tres mil–, su procedencia, volumen utilizado de cada variedad, porcentajes, caracterización y diferenciación según los sectores del edificio, técnicas de labra empleadas, etc., con el objetivo final de obtener una aproximación al tiempo teórico empleado en la edificación del monumento. El enfoque que se pretende dar al trabajo constituye una novedad en los estudios de arquitectura teatral romana y puede constituir un modelo metodológico para su aplicación en otros edificios.

De cualquier forma, dentro de este apartado, la línea de investigación que ha tenido un mayor desarrollo, sobre todo en la década de los ochenta, ha sido el estudio de los distintos tipos cerámicos exhumados en las excavaciones. Dentro de los ensayos monográficos se han realizado ya memorias de licenciatura sobre lucernas (Amante, 1985) y cerámicas de Paredes Finas de Cartagena (Miquel, 1987), ambas dirigidas por la profesora Muñoz Amilibia y la tesis doctoral de E. Ruiz sobre las cerámicas campanienses de esta misma ciudad (Ruiz Valderas, 2000). Esta misma autora ha publicado otros artículos monográficos sobre las producciones de barniz negro de los siglos III y II a.C., que han refrendado a las fuentes escritas, destacando el importante papel del puerto de Cartagena como centro receptor y redistribuidor de manufacturas itálicas durante la época republicana, con anterioridad incluso a la conquista del 209 a.C. (Ruiz Valderas, 1994 y 1999) y sobre todo a lo largo de la época republicana, como se ha podido atestiguar a través del estudio de las ánforas (Molina, 1997). La distribución y comercialización de estos productos está bien atestiguada en la necrópolis del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) (García y Ruiz, 1989).

Falta de todas formas un estudio de conjunto y en equipo de los diferentes lotes cerámicos del Molinete (muy abundantes en todas sus variedades), y está en proceso de elaboración dentro de la correspondiente memoria de excavaciones, el estudio de los materiales del anfiteatro de Cartagena, del que se ha avanzado datos relativos a las sigillatas sudgálicas y a las cerámicas de cocina (Cebrián y Borréda, 1993). Un aspecto importante a tratar en estos estudios debe ser el de la funcionalidad de las distintas formas.

En cuanto al material anfórico, hay ya en elaboración diversos trabajos que afectan, por un lado, a las ánforas republicanas de Cartagena, y que deben completar las conclusiones del libro de J. Molina (1997), y, por otra, las ánforas tardorromanas del sureste, con la intención de completar y contrastar las conclusiones con el trabajo pionero de S. Keay (1984). Ambos son estudios que pueden aportar abundante luz respecto al comercio levantino en época romana; productos, áreas de comercialización y regionalización, etc. En este mismo apartado ha sido también de gran importancia la excavación y el descubrimiento de una serie de hornos de ánforas de salazón de los siglos IV y V, distribuidos por todo el litoral al oeste de Cartagena (Ramallo, 1983-84).

Los estudios sobre la época helenística se han desarrollado muy vinculados a los trabajos sobre la temprana romanización de la ciudad de Carthago Nova y su entorno más inmediato. Hasta el momento se han centrado en el análisis de grupos cerámicos fabricados en distintas regiones del Oriente helenístico (*lagynoi*, vasos de relieves del tipo llamado de Megara, sigillatas orientales, ánforas rodias) o de la Magna Grecia (cerámicas de Cales), y denotan una amplia relación, contrastada por testimonios epigráficos, –fruto de una importante actividad comercial e industrial– con todas estas áreas más alejadas del Mediterráneo (Domergue, 1969; Cabrera, 1978-1979; Perez, Cabrera, y Pelaez, 1980; Perez Ballester, 1982; 1985 y 1994; Ramallo, 1989). Es otra línea de trabajo que debe completarse con el estudio de otros grupos cerámicos que recojan también los hallazgos del interior, y sobre todo otra serie de materiales tales como las terracotas o la orfebrería que, salvo piezas excepcionales (Pérez Ballester, 1986-87) aún permanecen inéditos.

No obstante, soy consciente de que la tendencia de la investigación en estos últimos años se ha orientado más hacia el estudio de contextos homogéneos, contemplando de forma global todas las producciones que los componen. Es evidente que unas técnicas de excavación arqueológica más depuradas han permitido aquilatar mejor las secuencias estratigráficas, y en consecuencia, delimitar mejor los contextos materiales que las definen. Sin embargo, quedan aún en los fondos de los museos de Murcia y Cartagena colecciones de materiales cerámicos descontextualizados que mediante su análisis monográfico, pueden aportar luz a los repertorios tipológicos, –especialmente en lo que a las cerámicas comunes se refiere–, catálogos de motivos ornamentales en el caso de las sigillatas, sellos,

dinámica comercial, y otras conclusiones que pueden ser de gran interés para el avance del conocimiento histórico de esta región. De ahí que no debamos abandonar su estudio.

Pasando a otros aspectos de la cultura material, el estudio de instrumentos tales como el utillaje minero (García del Toro, 1977), agrícola e industrial, así como los objetos de hueso y marfil (Mas, 1985), vidrio antiguo y pequeños bronceos sólo ha sido abordado de forma tangencial y requieren de estudios monográficos y detallados, ya que ofrecen amplias perspectivas para el estudio de la vida cotidiana y doméstica. Es, en definitiva, un vasto campo de investigación sobre el que se pueden orientar trabajos de investigación de nuestros licenciados.

ANTIGÜEDAD TARDÍA

Es una de las líneas de investigación donde se ha progresado más en estos últimos años, en gran parte impulsada por los trabajos realizados en la ciudad hispano-visigoda de Bagastrí y, sobre todo, en el teatro romano de Cartagena, cuyos niveles de época tardorromana y bizantina han permitido contextualizar una serie de hallazgos dispersos en otros puntos de la ciudad y de la región surestina. La primera síntesis fue realizada en 1980 en la Historia de la Región de Murcia, revisada y completada posteriormente en 1986 por sendos trabajos de Ramallo y González Blanco incluidos en el volumen 5 de la Historia de Cartagena. Este último autor ha profundizado posteriormente en el tema de la cristianización de Murcia (González Blanco, 1993).

Urbanismo

Respecto a la ya aludida población de Bagastrí, sus excavaciones se iniciaron en 1980 y continúan de forma sistemática en la actualidad, poniendo al descubierto restos arquitectónicos de la ciudad tardorromana, y un abundante conjunto de materiales arqueológicos (actualmente en curso de estudio) que pueden aportar nueva luz a algunos de los problemas que se planteaban en el apartado C (González Blanco, 1994); el Cerro de la Almagra, de desarrollo histórico similar al de la población anterior, cuya investigación ha comenzado recientemente (González y Fernández, 1998), puede completar las conclusiones que se van obteniendo de las excavaciones de Bagastrí.

No obstante, es de nuevo Carthago Nova, la ciudad que, gracias a las excavaciones de los niveles superiores depositados sobre los restos del teatro romano, ha arrojado una mayor información. Se ha constatado la existencia de un barrio de marcado carácter comercial que se distribuye, por una parte, de forma aterrazada y radial sobre los restos de la *cavea*, que en su sector más elevado, aparece incluso parcialmente recortada, y, por otra, paralelo al antiguo escenario en la zona más baja, donde incluso, algunas habitaciones se encajonan entre los restos de los *aditus* y *parascaenia*. La comparación de la información aportada por nuestra excavación, con hallazgos de otras zonas, ha permitido realizar un primer ensayo sobre edilicia y urbanística de las ciudades entre los siglos V y VIII (Ramallo, 2001). Gracias a la definición de los contextos materiales asociados a estos restos constructivos, los resultados del teatro se han podido extrapolar a otras excavaciones, cuyos restos hasta no hace mucho se insertaban en una confusa nebulosa definida de forma genérica como Antigüedad Tardía.

Estudios sobre cerámica

Probablemente sea, dentro de las líneas de investigación trazadas en estos últimos años, a partir de la intervención arqueológica en el teatro romano, una de las que han tenido mayor transcendencia y

seguidores. La sucesión de niveles depositados sobre los restos del edificio de espectáculos de época augústea ha permitido establecer una seriación continuada de los materiales cerámicos entre los siglos V y primera mitad del siglo VII (Ramallo, Ruiz y Berrocal, 1996). La superposición de estratos de nivelación y preparación, uso y destrucción y abandono, permiten perfilar las cronologías en un estrecho margen de tiempo. Además, la posibilidad de relacionar el registro arqueológico con determinados episodios narrados por las fuentes escritas, acrecienta la fiabilidad y el interés de los resultados propuestos (Ramallo, Ruiz y Berrocal, 1997).

A partir de los datos obtenidos en el teatro ha sido posible también contextualizar históricamente una amplia serie de pozos y vertederos de los siglos V-VI diseminados por distintos sectores de la ciudad y avanzar distintas propuestas sobre su evolución urbanística durante estas fases finales de la Antigüedad (Vizcaino, 1999); todo ello ha contribuido a contemplar de una manera distinta el problema de la presencia bizantina en la ciudad y por ende en el sureste de Hispania atestiguada hasta entonces sólo por la famosa lápida de *Comitiolus* (Ramallo y Vizcaino, 2002).

Al margen de los problemas de carácter histórico y urbanístico, y ya en el plano ceramológico se ha podido construir una completa tabla tipológica de cerámicas de cocina de posible producción local, cuya aparición se produce hacia mediados del siglo V, incrementándose su presencia de forma continuada y constante en los contextos del siglo VI, para ser predominante en aquéllos que corresponden a la primera mitad del siglo VII. Estas cerámicas aparecen asociadas a las producciones africanas de los tipos Hayes 91D, 99, 104D, 105, 106, 107, 108 y 109, así como junto a ánforas Keay, LXI, LXII y XXVI, de procedencia africana, y Keay LI-LIV de procedencia oriental. Del análisis de los materiales, se deduce una gran fluidez en los intercambios comerciales con el Norte de África así como la continuidad de las importaciones orientales.

Otros estudios parciales, en el contexto de memorias más amplias de excavación corresponden a las cerámicas sigillatas, tardías de mesa, y común tosca de Begastri (Ramallo, 1984 y Amante, 1984), y en el ámbito de las cerámicas tardías de importación, el estudio sobre las de tipo Late Roman C halladas en Cartagena (Méndez, 1985) –clara pervivencia de una tradición comercial que habría que remontar a época helenística– y sobre terra sigillata clara D (Méndez y Ramallo 1985). Más interesante es la definición de producciones locales en Cartagena, difundidas más allá de los estrechos límites regionales (Laiz y Ruiz Valderas, 1988; Murcia y Martín, e.p.).

Numismática

En este apartado, lo más significativo ha sido la identificación de una probable ceca de época bizantina ubicada en la ciudad. También aquí, las excavaciones del teatro romano y todo su entorno han sido decisivas por la gran cantidad de material numismático que han proporcionado y sobre todo por su contextualización, para confirmar las antiguas suposiciones de Grierson, si bien hasta ahora, y en contra de lo que señalaba el citado investigador, sólo se han podido constatar emisiones de moneda de cobre de escaso valor destinadas, probablemente a garantizar las transacciones comerciales de la vida cotidiana (Lechuga, 1989-90 y 2000). Estas emisiones presentan como tipos más habituales una cruz griega y una delta, interpretada como numeral o marca de valor (4 *nummi*).

También se ha sugerido la existencia de una ceca visigoda en la ciudad de Eliocroca (vid. *supra*) que tras la derrota bizantina y conquista de Carthago Spartaria, se habría convertido, dada su situación estratégica, en la plaza fuerte más importante del territorio, algo que confirmaría, su inclusión entre las ciudades del Pacto de Tudmir (Kurt y Bartlett, 1998). Sin embargo, la exigüidad de la muestra, una sola pieza y su procedencia de una colección privada aconsejan tomar la hipótesis con cautela.

Orfebrería y toréutica

Hace unos años llamé la atención sobre el tema de las hebillas de cinturón al estudiar los restos de la necrópolis del Corralón (Los Belones, Cartagena), así como de la necesidad de ahondar sobre su estudio de forma amplia y caracterizar los objetos metálicos más característicos de este período, ya que su procedencia y características podían contribuir a una mejor definición de la sociedad de los siglos VI-VII en este territorio (Ramallo, 1986). Las nuevas excavaciones en las ciudades de época hispano-visigoda de Begastrí y La Almagra (Mula) han incrementado considerablemente la nómina de hallazgos, lo que permite ya una recapitulación del tema y un intento de delimitar si existen diferencias entre el material recuperado en contextos de época bizantina y aquéllos otros de cronología posterior. Un esbozo del tema se ha realizado ya recientemente (Ramallo, 2000), aunque nuevos hallazgos permiten ya completarlo. Un lote singular de objetos metálicos ha procurado el yacimiento tardorromano del Salto de la Novia (Ulea) (Ramallo, 1987) emplazado sobre un encrespado cerro junto al río Segura; la fortificaciones que rodean la cima, cuya cronología no se puede precisar de momento, han llevado a sugerir la posible existencia de una ciudad de época tardoantigua (González Blanco, 1991).

En este mismo marco, conviene insistir en otra serie variada de objetos, tales como aros y anillos de cobre, pendientes, collares de ámbar, y en general objetos de adorno y uso personal, que durante mucho tiempo se han venido utilizando como elemento diferenciador para seguir los pasos de la penetración de visigodos y germanos en general, en el territorio peninsular.

VALORACIÓN FINAL

En definitiva, los problemas que aún plantea la investigación en las líneas de investigación trazadas son aún múltiples. Su solución ya no puede ser objeto del esfuerzo de una sola persona, de forma individual y aislada. Hoy es ya necesario para un tratamiento de los temas en profundidad, dada la multiplicación bibliográfica, una mayor «especialización» a nivel de la investigación en los distintos aspectos que abarcan estos estudios: numismáticos y epigráficos, cerámicos, etc., aunque, eso sí, es necesaria también una sólida formación en mundo clásico que permita el conocimiento de los principales planteamientos en los distintos campos, y la ubicación de fenómenos concretos en la generalidad del proceso.

Ello requiere la existencia de amplios equipos de investigación bien coordinados y con unos objetivos claros y concretos en sus planteamientos, que mediante la imbricación de resultados parciales puedan proceder a la reconstrucción de fenómenos más complejos. La incorporación a estos equipos de especialistas procedentes de otras ciencias es hoy ya imprescindible, geólogos, geógrafos, químicos, arquitectos, etc. y sobre todo en los casos de excavación auténticos restauradores deben formar parte de cualquier equipo dispuesto a afrontar problemas arqueológicos. Ha pasado ya el período de búsqueda e identificación del objeto y hoy se persiguen las conexiones de este con la estructura total del mundo romano. El objeto no es sólo elemento artístico, es fundamentalmente objeto útil y su comprensión sólo es posible inserto en el engranaje de la vida que lo produjo y utilizó. Es él y su circunstancia el objetivo de la investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1988): *Vías romanas des Sureste*, González Blanco, A. (ed.), Murcia.
- AA.VV. (1996): *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania*, Noguera Celdrán, J.M. (ed.), Actas de las Jornadas celebradas en Jumilla en 1993, Murcia.
- ABAD CASAL, L. (1982): *Pintura romana en España*, Alicante-Sevilla.
- ABASCAL, J.M. (1986) : *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica*, Alicante.
- ABASCAL PALAZÓN, J.M. y RAMALLO ASENSIO, S. (1997): *La ciudad de Carthago Nova: la documentación epigráfica*, Murcia.
- AMANTE, M. (1984): «La cerámica común de Begastri. Estudio previo», *AntigCrist.* I, pp. 93-99.
- AMANTE, M. (1985): *Las lucernas romanas de la Región murciana*, Tesis de licenciatura inédita, Murcia.
- AMANTE, M., MARTIN, M. y PEREZ, M^a.A. (1995): «El sacellum dedicado a Iuppiter Stator en Cartagena», *AntigCrist.* 12, pp. 533-562.
- ARANA, R. y RAMALLO, S. (1985): «Los mármoles del Cabezo Gordo (Torre Pacheco) y su difusión en la Antigüedad», *Boletín de la Sociedad Española de Mineralogía*, 8, pp. 391-398.
- ARANA, R. (1983): «El horno romano de fundición de la Loma de Herrerías (Mazarrón, Murcia). II. Estudio minero-metalúrgico», XVI CNA, Murcia, 1982, pp. 937-946.
- ARASA, F. y ROSELLÓ, V.M. (1995): *Les vies romanes del territori valencià*, Valencia.
- BALIL, A. (1978): «Esculturas romanas de la Península Ibérica», *Studia Archeologica*, 51, Valladolid.
- BALIL, A. (1979): «Esculturas romanas de la Península Ibérica», *Studia Archeologica*, 54, Valladolid.
- BARREDA PASCUAL, M.A., (1997): «Algunos única de la epigrafía republicana de Hispania. Pontilienus, Utius, Trinus y Labicius», *XI Congreso Internacional di Epigrafía Greca e Latina*, Roma, pp. 451-463.
- BELDA, C. (1975): *El proceso de romanización de la provincia de Murcia*, Acad. Alfonso X el Sabio, Murcia.
- BELTRAN, A. (1949a): «Las inscripciones latinas honorarias de Cartagena», *RABM*, LV,3. Madrid, pp. 523-547.
- BELTRAN, A. (1949b): «Las monedas latinas de Cartagena». *AUM.* curso, 1948-1949, pp. 149-186.
- BELTRÁN, A. (1950): «Las lápidas latinas religiosas y conmemorativas de Cartagena». *AEspA*, XXIII, n° 80, pp. 255-278.
- BELTRÁN, A. (1950): «Las inscripciones funerarias de Cartagena», *AEspA*. XXIII, pp. 385-433.
- BELTRÁN, A. y SAN MARTÍN, P. (1983): «Cartagena en la Antigüedad. Estado de la cuestión», XVI C.N.A., (Murcia, 1982), Zaragoza, pp. 867-880.
- BERROCAL, M.C. (1987): «El foro romano de Cartagena», *Los Foros romanos en España*, (Valencia, 1986), Madrid, pp. 137-142.
- BERROCAL CAPARRÓS, M^a. C. y de MIQUEL SANTED, L. (1991-92): «El urbanismo romano de Carthago Nova: ejes viarios», *AnMurcia*, 7-8, pp. 189-197.
- BLAZQUEZ, J.M. (1985): «Städtebau und Religion in Neukarthago (Hispanien). Topographie: Tempel aus der Zeit der römischen Republik», *Fest. für Artur Betz zur Vollendung seines 80. Lebensjahrs*, Wien.
- BLAZQUEZ, A. y BLAZQUEZ JIMENEZ, A. (1922-23): «Las vías romanas .de Fuente la Higuera a Cartagena y de Cartagena a Cástulo», *MJSEA*. 59, Madrid.
- BROTONS YAGÜE, F. (1996): «El anónimo de Ravenna y la trama viaria del Levante español: ensayo de interpretación y restitución», XXIII CNA, Elche, pp. 69-76.
- BROTONS YAGÜE, F. y RAMALLO ASENSIO, S., (1989): «La red viaria romana en Murcia», *Caminos de la Región de Murcia*, Murcia, pp. 101-119.
- BURNETT, A., AMANDRY, M. y RIPOLLÉS, P.P. (1992): *Roman Provincial Coinage. 1. From the death of Caesar to the death of Vitellius (44 B.C.-A.D. 69)*, London, pp. 99-97.
- CABRERA, P. (1978-1979): «La cerámica helenística de Cartagena. (Murcia)», *CuPAUAM*, 5-6, pp. 81-104.
- CARMONA GONZÁLEZ, A. (1989): «Las vías murcianas de comunicación en época árabe», *Los caminos de la Región de Murcia*, Murcia, pp. 151-166.
- CEBRIÁN FERNÁNDEZ, R. y BORREDÁ MEJIAS, R. (1993): «Cerámica de cocina local y de importación en plaza Hospital-anfiteatro (Cartagena). Siglos III a.C. – I a.C., Uso y función», *Saguntum*, 26, pp. 205-214.
- CONDE BERDÓS, M^a. J. (1998): «Estado actual de la investigación sobre cerámica ibérica pintada de época plena y tardía», *REIb*, 3, pp. 299-335.

- DOMERGUE, C. (1965): «Les *planii* et leur activité industrielle en Espagne sous République», *MCV*, 1, pp. 9-25.
- DOMERGUE, C. (1966): «Les lingots de plomb romains du Musée Archeologique de Carthàgene et du Musée Naval de Madrid», *AEspA*, XXXIX, pp. 41-73.
- DOMERGUE, C., (1969): «Ceramique de Cales dans les antiques mines d'argent de Carthagene», *AEspA*, XLII, pp. 159-165.
- DOMERGUE, C., (1985): «L'exploitation des mines d'argent de Carthago Nova. Son impact sur la structure sociale de la cité et sur les dépenses locales á la fin de la Republique et au début du Haut-Empire», en *L'origine des richesses dépensées dans le ville antique*. Aix-en-Provence 1984, Aix-en-Provence 1985, pp. 197-217.
- DOMERGUE, C., (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*, Roma.
- ESPLUGA, F.X., MAYER, M. y MIRÓ, M., (1994²): «Epigrafía de Begastrí», *AntigCrist.*, 1, pp.45-88.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M.C. (1982): *Villas romanas en España*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (1999): *La villa romana de Portmán: Programa decorativo-ornamental y otros elementos para su estudio*, Murcia.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2000): *El programa pictórico de los edificios públicos y privados del área de Carthago Nova y su entorno*, Tesis doctoral, Universidad de Murcia.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2001): «El programa pictórico de la Casa de la Fortuna», *La casa romana en Carthago Nova. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ruiz Valderas, E. (ed.), Murcia, pp. 83-130.
- GARCÍA ANTÓN, J. (1989): «Las rutas de Todmir», *Los caminos de la Región de Murcia*, Murcia, pp. 139-149.
- GARCIA BELLIDO, A. (1949): *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid.
- GARCIA CANO, C. (1993): *El conjunto ibérico de los Nietos (Cartagena)*, Tesis de licenciatura inédita, Murcia.
- GARCIA CANO, C. Y RUIZ VALDERAS, E. (1995-96): «El poblado ibérico de La Loma del Escorial (Los Nietos) durante el siglo III a.C.», *AnMurcia*, 11-12, pp. 129-149.
- GARCIA CANO, J.M. (1997-98): «Precisiones sobre la cronología final de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla): la cerámica campaniense de la necrópolis del poblado», *Yakka*, 8, pp. 23-27.
- GARCIA CANO, C. y GARCIA CANO, J.M., (1992): «Cerámica ática del poblado ibérico de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena)», *AEspA*, 65, pp. 3-32.
- GARCIA CANO, J.M., GARCIA CANO, C. y RUIZ VALDERAS, E. (1989): «Las cerámicas campanienses de la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)», *Verdolay*, 1, pp. 117-187.
- GARCIA HERRERO, G., GONZÁLEZ, A. y LILLO, P. (1980): «Novedades numismáticas de la provincia de Murcia», *Numisma* XXX, 165-167, pp. 161-165.
- GARCIA DEL TORO, J. (1977): «El minero romano de Carthago Nova», *Murgetana*, 47, pp. 107-111.
- GARCIA DEL TORO, J. (1978): «*Garum Socciorum*». «La industria de salazones de pescado en la Edad Antigua en Cartagena», *AUM.*, XXXVI, 1-2, pp. 27-57.
- GARCIA DEL TORO, J. (1980): «Carthago Spartaria. Estudio histórico arqueológico de la industria espartera en la Prehistoria y Edad Antigua en el Sureste», *Murgetana*, 58, pp. 23-46.
- GARCIA SAMPER, M. (1995): «La *mansio* de *Thiar*. Una propuesta de identificación», XXII CNA, (Vigo, 1993), Vigo, pp. 405-409.
- GONZALEZ BLANCO, A. (1985): «Fuentes literarias para los siglo III-VIII en la historia del sureste. Florilegio y sugerencias». *AntCrist. II*, Murcia, pp. 53-79.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1986): «Los Visigodos en la Carthaginense», *Historia de Cartagena*, vol. V, pp. 99-122.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1991): «La ciudad romana de Ulea», *Verdolay*, 3, pp. 59-64.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1993): «Pressoirs à huile de l'époque romaine dans la Péninsule Ibérique», *La introduction du vin et de l'huile en Méditerranée*, Athènes/París, pp. 307-411.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1993): «La cristianización de Murcia», *Verdolay*, 5, pp. 131-141.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. Ed. (1994): «Begastrí. Imagen y problemas de su historia», *AntigCrist*, I, Murcia, 2ª ed.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1998): «La romanización de la actual región de Murcia», *Italia e Hispania en la crisis de la República romana*, III Congreso Hispano-Italiano, (Toledo, 1993), Madrid, pp. 339-354.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. y AMANTE SÁNCHEZ, M. (1989): «Las vías romanas en la Antigüedad Tardía», *Los Caminos de la Región de Murcia*, Murcia, pp. 121-137.

- GONZÁLEZ BLANCO, A., MAYER, M. y STILOW, A. (1987): «La cueva negra de Fortuna (Murcia) y sus *tituli picti*. Un santuario de época romana», *AntigCrist*, IV, Murcia.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. et alii (1979): «Las inscripciones romanas de la Cueva Negra (Fortuna, Murcia). Historia de un descubrimiento», *MemHistAntigua*, III, Oviedo, pp. 277-284.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. et alii. (1983): «La industria del aceite en la zona de la actual provincia de Murcia durante la época romana (primera aproximación al tema)», *Producción y comercio de aceite en la Antigüedad*. Segundo Cong. Int. Sevilla, 1982, pp.601-610.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R. y FERNÁNDEZ MATALLANA, F. (1998): «El Cerro de la Almagra: Mula, ciudad de Teodomiro, Ciudades históricas vivas, ciudades del pasado: pervivencia y desarrollo», (Mérida, 1997), Mérida, pp. 33-36.
- GORGES, J.P. (1979): *Les villas hispano-romaines*, París.
- HERNÁNDEZ, J. de D. (1999): «Arqueología urbana en Águilas», *Mirando al mar*, Jiménez Madrid, R. (coord.), Águilas, pp. 41-47.
- HERNÁNDEZ, J. de D. y PUJANTE, A. (2002): «Termas orientales de Águilas. Excavación en c/ Juan Pablo I, esquina con c/ Castelar», *Mirando al Mar*, II, Jiménez Madrid, R. (coord.), Águilas, pp. 253-273.
- INIESTA, A., (1989): «Notas sobre la evolución del área territorial mastieno-bastetana en el S.E. peninsular», *XX CNA*, Castellón, 1987, Zaragoza, PP. 1129-1138.
- INIESTA, A., GARCIA, J.M. y BERROCAL, C. (1984): «Grafitos prélatinos sobre cerámica en Murcia», *AUM*, XLIII, 3-4, pp. 73-101.
- KOCH, M. (1976): «Neue römischen Inschriften aus Carthago Nova I», *MM*. 17, pp. 285-294.
- KOCH, M. (1977): «Zum Project der Edition der epigraphischen Quellen aus Cartagena», *Actes der VI^e Congress. Int. D'Epigraphie Grecque et Latine*. Constanz, pp. 393-395.
- KOCH, M. (1978): «Neue römische Inschriften aus Carthago Nova. II», *MM*. 19, pp. 251-262.
- KOCH, M. (1979): «Religión romana y epigrafía: el caso de Carthago Nova», *Symposium sobre Religión Romana en España*. (no publicada).
- KOCH, M. (1982a): «Isis und Sarapis in Carthago Nova», *MM*. 23, pp.347-352.
- KOCH, M. (1982b): «Aletes», Mercurius und das phonikisch-punische Panteon in Neukarthago, *MM*. 23, pp. 101-113.
- KOCH, M. (1982c): «Acerca de la edición nueva de la epigrafía romana de Cartagena», *XV CNA*, (Lugo, 1977), Zaragoza, pp. 1065-1074.
- KOCH, M. (1984): «Die Turullii und Neukarthago», *Navicula Tubingensis. Studien in honorem Antonio Tovar*, Tübingen.
- KOCH, M. (1987): «Neue römische Inschriften aus Carthago Nova, 3», *MM* 28, pp. 127-13.
- KOCH, M. (1988): «Las «grandes familias» en la epigrafía de Carthago Nova», I Congreso de Historia Antigua, Santiago de Compostela, pp. 403-407.
- KOCH, M., (1993): «Die römische Gesellschaft von Carthago Nova nach den epigraphischen Quellen, Sprachen und Schriften des antiken Mittelmeerraums», *Festschrift für Jürgen Untermann zum 65. Geburtstag*, Innsbruck, pp. 191-242.
- KURT, A. y BARTLETT, P. (1998): «Nueva ceca visigoda: Lorca (Ilici[ca]) y sus nexos con las cecas del sur», *Numisma* 241, 1998, pp. 27-39.
- LAIZ REVERTE, M.D. y RUIZ VALDERAS, E., «Cerámicas de cocina de los siglos V-VII en Cartagena (C/Orcel-Don Gil)», *AntigCrist V*, p.265-301.
- LECHUGA, M. (1985): «Numismática tardo-romana en la Región de Murcia», *AntigCrist.*, II, pp. 195-229.
- LECHUGA GALINDO, M. (1986): *Tesorillos de moneda romano-republicana en la Región de Murcia*, Murcia, Secretariado de Publicaciones.
- LECHUGA GALINDO, M., (1989-90): «Un ponderal bizantino hallado en Cartagena», *AnMurcia*, 5-6, pp. 179-182.
- LECHUGA GALINDO, M. (1991-93): «La presencia púnica en Cartagena. Testimonios numismáticos», *ActaNum*, 21-23, pp. 155-165.
- LECHUGA GALINDO, M. (1995): «Circulación monetaria de época tardorromana en la Región de Murcia: los hallazgos de la villa de la Fuente de las Pulguinas (Cieza, Murcia)», *Verdolay*, 7, pp. 375-383.

- LECHUGA, GALINDO, M., (2000): «Una aproximación a la circulación monetaria de época tardía en Cartagena: los hallazgos del teatro romano», *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica*, (Cartagena, 1998), Barcelona, pp. 333-349.
- LECHUGA, M. y AMANTE, M. (1986): «Un conjunto de bronce del siglo III d.C. procedente del yacimiento romano de los Torrejones (Yecla-Murcia)», *I Jornadas de Historia de Yecla*, Yecla, pp. 51-61.
- LILLO CARPIO, P. (1995-96): «El Períbolos del templo del Santuario de La Luz y el contexto de la cabeza marmórea de la diosa», *AnMurcia*, 11-12, pp. 95-128.
- LORENZO ALCOLEA, J.A. (1995): «Calle Mayor, 5-7», *Excavaciones arqueológicas en Cartagena*, (1982-1987), Memorias de Arqueología, nº monográfico, Murcia, pp. 234-240.
- LLORENS FORCADA, Mª del Mar, (1993): *La ciudad de Carthago Nova: las emisiones romanas*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, vol. 6, Murcia.
- MADRID BALANZA, Mª J., (1997-98): «El orden toscano en Carthago Nova», *AnMurcia*, 13-14, pp. 149-180.
- MADRID BALANZA, Mª J. (1999): *Los órdenes arquitectónicos en Carthago Nova: basas y fustes de columnas*, Memoria de licenciatura. Universidad de Murcia.
- MADRID BALANZA, Mª.J. y MURCIA MUÑOZ, A., (1997): «La columnata de la C/Morería Baja (Cartagena, Murcia): nuevas aportaciones para su interpretación», *XXIII CNA*, (Elche, 1996), Elche, pp. 173-178.
- MARÍN BAÑO, C. (1998): «La cerámica ibérica pintada de la muralla púnica de Cartagena», *REIb*, 3, pp. 245-298.
- MARÍN BAÑO, C., (1997-1998): «Un modelo estratigráfico de la Cartagena púnica: la muralla de Qart-Hadast», *AnMurcia*, 13-14, 121-139.
- MARTÍN CAMINO, M. y BELMONTE MARIN, J.A. (1993): «La muralla púnica de Cartagena. Valoración arqueológica y análisis epigráfico de sus materiales», *AulaOr*, 11, pp. 161-171.
- MARTÍN CAMINO, M. y ROLDÁN HERVÁS, B. (1992): «Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena púnica», *Historia de Cartagena*, vol. IV*, pp. 107-149.
- MARTINEZ ANDREU, M. (1983): «Excavaciones arqueológicas en el casco urbano de Cartagena», *I Jornadas de Arqueología de las ciudades actuales*, Zaragoza, pp. 153-167.
- MARTINEZ ANDREU, M. (1985): «La muralla bizantina de Cartagena», *AntigCrist. II*, pp. 129-151.
- MARTINEZ RODRIGUEZ, A. (1986): *Capiteles romanos de la Región de Murcia*, Tesis de licenciatura inédita, Murcia.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A., (1999): «Desde nuestros lejanos antepasados hasta la época romana», *Lorca histórica. Historia, arte y literatura*, Murcia, pp. 19-60.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. y PONCE GARCÍA, J., (1999): «Evolución del poblamiento desde época ibérica hasta los inicios de la romanización en el casco urbano de Lorca (Murcia)», *XXIV CNA*, vol. 4, (Cartagena), pp. 227-238.
- MARTÍNEZ RODRIGUEZ, A. y PONCE GARCÍA, J., (2000): «Lorca como centro territorial durante los siglos V-VII d.C.», *V Reunión Nacional de Arqueología Cristiana* (Cartagena, 1998), Barcelona, pp. 199-209.
- MAS GARCIA, J. (1972): *Perspectivas actuales de la Arqueología en Cartagena y su proyección submarina*, Cartagena.
- MENDEZ, R. (1985): «Cerámica tipo «Late Roman C» en Cartagena», *Pyrenae*, 19-20, pp. 147-156.
- MENDEZ, R. y RAMALLO, S. (1985): «Cerámicas tardías (ss. III-VII) de Carthago Nova y su entorno», *AntigCrist. II*, pp. 231-280.
- MIQUEL, L. E. de, (1987): *Cerámicas de paredes Finas de Cartagena*, Tesis de licenciatura inédita, Murcia.
- MIQUEL, L. E. de y SUBIAS, E. (1999): «Un edificio de culto en la calle Caballero (Cartagena)», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena, 1997, pp. 49-56.
- MOLINA, E.: (1972): «La cora de Tudmir según al'Udri (s. XI). Descripción del sureste peninsular», *Cuadernos de Historia del Islam*, 4, Granada.
- MOLINA VIDAL, J. (1997): *La dinámica comercial romana entre Italia e Hispania Citerior*, Alicante.
- MOROTE, J.G. (1979): «El trazado de la vía Augusta desde Tarracone a Carthagine Spartaria. Una aproximación a su estudio». *Saguntum*, 14, pp. 139-164.
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M. (1980): «Lorca en la Antigüedad», *Primer ciclo de Estudios lorquinos*, Murcia, pp. 45-58.

- MUÑOZ AMILIBIA, A.M. (1977-1981): «Un posible Genius Senatus de Mazarrón (Murcia)». *RSL*, XLVI, 1-4, pp. 177-183.
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M.^a. (1983): «El poblamiento antiguo en la provincia de Murcia», *Cuadernos de Historia*, X, 1-18.
- MUÑOZ AMILIBIA, A.M., (1988): «Nuevo miliario de Mazarrón: la via romana costera desde Carthago Nova», *Homenaje a Samuel de los Santos*, Murcia, pp. 225-229.
- MURCIA MUÑOZ, A. (1997-98): «La Fuente de la Teja: una instalación oleícola de época altoimperial junto a la vega del río Argos (Caravaca de la Cruz, Murcia)», *AnMurcia*, 13-14, pp. 211-226.
- MURCIA MUÑOZ, A. y GUILLERMO, M., (e.p.): «Cerámicas tardorromanas y altomedievales procedentes del teatro romano de Cartagena», (Mérida, 2001).
- NOGUERA CELDRÁN, J.M., (1991): *La escultura*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, vol. 5, Murcia.
- NOGUERA CELDRÁN, J.M. (1994): *La escultura romana en la zona suroriental del conventus carthaginensis (provincias de Albacete, Alicante y Murcia)*, Murcia.
- NOGUERA CELDRÁN, J.M., (2001): «Bachus, Ariadna, musae, nymphae, peplophoroi... in urbe. Una aproximación a la escultura de casa y jardín en la Carthago Nova altoimperial», *La casa romana en Carthago Nova. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ruiz Valderas, E. (ed.), Murcia, pp. 139-166.
- NOGUERA CELDRÁN, J.M. y NAVARRO SUAREZ, F. (1995): «El conjunto escultórico consagrado por el «dispensator Albanus». (II). Consideraciones para su estudio epigráfico e histórico-arqueológico», *Verdolay*, 7, pp. 357-373.
- PAREJA MUÑOZ, F. (1991): *Urci, la ciudad perdida en la Historia*, Murcia.
- PAULA OLIVER, F. de, (1883): «Un mosaico del siglo I descubierto en la antigua Catedral de Cartagena», *La Ilustración Española y Americana*, XXXIII 142-143.
- PENA, M^a.J. (1996): *S(ocietas) m(ontis) f(iciariensis)*: nota sobre la inscripción CIL II 3527 (Mazarrón, Murcia), *Verdolay*, 8, pp. 43-47.
- PENA, M^a.J. (1999): «Algunas consideraciones sobre la epigrafía funeraria de Carthago Nova», *XI Congresso Internazionale di Epigrafia Greca e Latina*, (Roma, 1997), Roma, pp.465-475.
- PEREZ BALLESTER, J. (1983): «Cerámicas helenísticas del Mediterráneo oriental en Cartagena», *XVI CNA*, Murcia-Cartagena, 1982, (Zaragoza), pp. 519-532.
- PÉREZ BALLESTER, J., (1985): «Testimonios de tráfico marítimo con el Mediterráneo oriental en Cartagena», *Ceràmiques gregues i hellenístiques a la Península Iberica*, (Empuries, 1983), Barcelona, pp. 143-150.
- PÉREZ BALLESTER, J., (1986-87): «Un pendiente helenístico de las excavaciones del anfiteatro de Cartagena», *CuPAUAM*, 13-14, pp. 237-243.
- PÉREZ BALLESTER, J., (1994): «Asociaciones de lagynos, bols helenísticos de relieves y ánforas rodias en contextos mediterráneos (siglos II-I a.C.)», *HuelvaA*, 13,2, pp. 345-365.
- PEREZ BALLESTER, J., CABRERA, P. y PELAEZ, N. (1980): «Noticias sobre cerámicas helenísticas de engobe blanco del tipo «lagynos» hallados en Cartagena», *MM*, 21, pp. 155-164.
- PÉREZ BALLESTER, J., SAN MARTÍN MORO, P.A. y BERROCAL CAPARRÓS, C., (1994): «El anfiteatro romano de Cartagena (1967-1992)», *Coloquio Internacional «El Anfiteatro en la Hispania Romana»*, (Mérida, 1992), Madrid, pp. 91-115.
- PÉREZ CRUZ, M.A., (1997): «La comunidad bastetana en la Antigüedad», *Florentialliber*, 8, pp. 383-400.
- PORTÍ DURAN, M. (1991): «Estudio de la fauna del depósito tardoantiguo de la calle del Duque 33 de Cartagena», *AntigCrist*, 8, pp. 341-352.
- PREGO DE LIS, A., (2000): «La inscripción de Comitius del Museo Municipal de Arqueología de Cartagena», *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica*, (Cartagena, 1998), Barcelona, pp. 383-392.
- RABANAL ALONSO, M.A. (1985): «Fuentes literarias del País Valenciano en la Antigüedad», *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante, pp. 201-255.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1980): *La Romanización en la costa meridional de la provincia de Murcia*, Tesis de licenciatura inédita, Murcia.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1980): «La Romanización y cristianización de la Región. Los pueblos germánicos», *Historia de la Región Murciana*, vol. II, pp. 267-350.

- RAMALLO ASENSIO, S. (1983): «El horno de fundición de la Loma de Herrerías (Mazarrón, Murcia). Estudio histórico-arqueológico», XVI CNA, Murcia, 1982, pp. 925-936.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1983-1984): «Algunas consideraciones sobre el Bajo Imperio en el litoral murciano: los hallazgos romanos de Águilas», *AUM*, XLII, 3-4, pp. 97-124.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1984): «Terra sigillata en Begastri. Hacia una aproximación global del tema», *AntigCrist.* I, pp. 63-70.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1984): «Datos preliminares para el estudio de las cerámicas tardías en Begastri», *AntigCrist.* I, pp. 71-84.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1985): *Mosaicos romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior)*, Murcia, Comunidad Autónoma.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1986): «Las termas romanas de Águilas», *Aproximación a la historia de Águilas*, Murcia, pp. 41-63.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1986): «Aspectos arqueológicos y artísticos de la Alta Edad Media», *Historia de Cartagena*, vol. V, pp. 123-160.
- RAMALLO ASENSIO, S., (1989): *La ciudad romana de Carthago Nova: la documentación arqueológica*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, vol. 2, Murcia.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1993): «Terracotas arquitectónicas del santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)», *AEspA*, 66, pp. 71-98.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1996): «Capiteles corintios de Carthago Nova», *Colonia Patricia Corduba. Una reflexión arqueológica*, (Córdoba, 1993), Córdoba, pp. 221-234.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1999): «Cartagena en la Antigüedad: estado de la cuestión. Una revisión quince años después», Ponencia al XXIV Congreso Nacional de Arqueología, (Cartagena, 1997), Murcia, pp. 11-25.
- RAMALLO ASENSIO, S. (1999b): «Elementos de decoración arquitectónica hallados en Cartagena», *PALLAS*, 50, (Melanges C. Domergue), pp. 211-231.
- RAMALLO ASENSIO, S. (2000a), «Cartagena en la arqueología bizantina en Hispania: Estado de la cuestión». Ponencia a la V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica, (Cartagena, 1998), Barcelona, pp. 305-322.
- RAMALLO ASENSIO, S. (2000b): «La realidad arqueológica de la influencia púnica en el desarrollo de los santuarios ibéricos del Sureste de la Península Ibérica», *XIV Jornades d'Arqueologia Fenicio-Púnica*, (Eivissa, 1999), Eivissa, pp. 185-217.
- RAMALLO ASENSIO, S. (2001a): «Arquitectura domestica en ámbitos urbanos de Hispania meridional entre los siglos V y VIII»: *Visigodos y Omeyas: Un debate entre la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media*, (Mérida, 1999), Madrid, pp. 367-385.
- RAMALLO ASENSIO, S. (2001b): «Sistemas, diseños y motivos en los mosaicos romanos de Carthago Nova: a propósito de los pavimentos de la calle del Duque», *La casa romana en Carthago Nova. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ruiz Valderas, E. (ed.), Murcia, pp. 167-204.
- RAMALLO ASENSIO, S. (2001c): «Carthago Nova. Arqueología y epigrafía de la muralla urbana», *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*, Madrid, (e.p.)
- RAMALLO ASENSIO, S. y ARANA, R. (1985): «La minería romana en Mazarrón (Murcia)». *AnMurcia*, I, Murcia, pp. 49-67.
- RAMALLO ASENSIO, S. y ARANA, R. (1987): *Canteras romanas de Carthago Nova y su entorno*, Secretariado de publicaciones.
- RAMALLO ASENSIO, S. y BERROCAL CAPARRÓS, M.C. (1994): «Minería púnica y romana en el Sureste peninsular: el foco de Carthago Nova», *Minería y metalurgia en la España prerromana y romana*, (Fuenteovejuna, 1992), Córdoba, pp.79-146.
- RAMALLO ASENSIO, S. Y BROTONS YAGÜE, F., (1997): «El santuario ibérico de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)», *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, pp. 257-268.
- RAMALLO ASENSIO, S.F., SAN MARTÍN MORO, P.A. y RUIZ VALDERAS, E., (1993): «Teatro romano de Cartagena. Una aproximación preliminar», *Cuadernos de Arquitectura romana*, 2, 51-92.
- RAMALLO ASENSIO, S., NOGUERA CELDRÁN, J.M. y BROTONS YAGÜE, F., (1998): «El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos», *REIb*, 3, pp. 11-70.
- RAMALLO ASENSIO, S. y RUIZ VALDERAS, E. (1994): «Un edículo republicano dedicado a Atargatis en Cartagena», *AEspA*, 67, pp. 79-102.

- RAMALLO ASENSIO, S. y RUIZ VALDERAS, E. (1998): *El teatro romano de Cartagena*, Murcia.
- RAMALLO ASENSIO, S. y VIZCAINO SÁNCHEZ, J. (2002): «Bizantinos en Hispania. Un problema recurrente en la historiografía española», *AEspA*, 75, pp. 313-332, Madrid.
- RIPOLLES, P.P. (1982): «Corpus Nummorum Hispanorum, I». Medagliere Vaticana, *Italica*, 16, pp. 87-154.
- RIPOLLES, P.P. (1983): *La circulación monetaria en la Tarraconense mediterránea*, Valencia.
- RIPOLLÉS, P.P., BURNETT, A., AMANDRY, M. (1992): *Roman Provincial Coinage, vol. I, From the death of Caesar to Vitellius (44 BC to AD 69)*, Londres-París, 1992.
- RODERO RIAZA, A. (1985): «La ciudad de Cartagena en época púnica», *AulaOr*, 3, pp. 217-223.
- ROLDAN BERNAL, B. y MIQUEL, L. (1999): «Excavaciones en el templo capitolino de Carthago-Nova», XXIV Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena, 1997, pp. 57-65.
- ROS SALA, M.M. (1978): *Cerámica ibérica de Cartagena*, Tesis de licenciatura inédita, Madrid, Universidad Autónoma.
- ROS SALA, M^a. M. (1989a): *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica*, La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, vol. 1, Murcia.
- RUIZ VALDERAS, E., (1991): «Núcleo urbano y necrópolis de la calle Era, en el Puerto de Mazarrón», *Verdolay*, 3, pp. 45-58.
- RUIZ VALDERAS, E. (1994): «Las cerámicas de barniz negro de Cales en la primera mitad del siglo II a.C. en el Cerro del Molinete (Cartagena)», *RAPonent*, 4, pp. 47-65.
- RUIZ VALDERAS, E., (1995): «El poblamiento rural romano en el área oriental de Carthago Nova (Cartagena)», *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania*, (Jumilla, 1993), Murcia, pp. 153-182.
- RUIZ VALDERAS, E. (1996): «Los niveles de abandono del siglo II d.C. en Cartagena: los contextos de la calle Jara nº 12», XXIII CNA, Elche, pp. 503-512.
- RUIZ VALDERAS, E. (1999): «Las cerámicas campanienses del siglo III a.C. en Cartagena: el Cerro del Molinete», XXIV CNA, (Cartagena, 1997), Murcia, vol. 4, pp. 33-42.
- RUIZ VALDERAS, E. (2000) *Las cerámicas campanienses de Carthago Nova: El registro histórico arqueológico*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Murcia.
- SAN MARTIN, J. (1986): «Inscripciones fenicio-púnicas del sureste hispánico, I». *Aula Orientalis*, IV, 1-2, Barcelona, pp. 89-104.
- SAN MARTIN, P. (1962): «Informe sobre los hallazgos en la calle de la Moreria Baja», *NAH.*, V, 1956-61 (1962), pp. 193-199.
- SAN MARTIN, P. y PALOL, P. (1969): «Necrópolis paleocristiana de Cartagena», VIII Cong.Int.Arq.Crist. Barcelona, 1969, pp. 447-459, Ciudad del Vaticano, 1972.
- SAN MARTIN, P. (1983): «Cartagena: conservación de yacimientos arqueológicos en el casco urbano», *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas*, Zaragoza, pp. 335-356.
- SAN MARTIN, P. (1985): «Nuevas aportaciones al plano arqueológico de Cartagena», *BolMuseo de Zaragoza*, 4, pp. 131-146.
- SILLIERES, P. (1982): «Une grand route romaine menant a Carthagene: la voie Saltigi-Carthago Nova», *MM.* 23, pp. 247-257.
- SILLIERES, P. (1990): *Les voies de communication de l'Hispanie meridionale*, París.
- SILLIERES, P. (1990b): «La búsqueda de las calzadas romanas. Desde la foto-interpretación hasta el sondeo», *La red viaria en la Hispania romana*, (Zaragoza, 1987), Zaragoza.
- SOLER HUERTAS, B. (2001): «La arquitectura doméstica en Carthago Nova. El modelo tipológico de una domus urbana», *La casa romana en Carthago Nova. Arquitectura privada y programas decorativos*, Ruiz Valderas, E. (ed.), Murcia, pp. 53-82.
- TRILLMICH, W. (1979): «Eine Jünglingsstatue in Cartagena un Ueberlegungen zur Kopienkritik», *MM.* 20, pp. 339-360.
- VILA VALENTI, J. (1962): «El «Campus Spartarius»», *Hom. al Prof Cayetano de Mergelina*, Murcia, pp. 837-844.
- VIZCAINO SÁNCHEZ, J. (1999): «Transformaciones del urbanismo tardoantiguo en Cartagena. El caso de los vertederos», *AnMurcia*, 15, pp. 87-98.
- YELO TEMPLADO, A. (1984): «Asso: hacia un nuevo planteamiento sobre su localización cerca de Caravaca», *AUM.* XLII, 3-4, pp. 125-138.

SOBRE LA CIUDAD ISLÁMICA Y SU EVOLUCIÓN¹

JULIO NAVARRO PALAZÓN Y PEDRO JIMÉNEZ CASTILLO
CSIC Granada

DEDICATORIA

Inicialmente podría sorprender la presencia de arqueólogos medievalistas en este homenaje a la profesora Ana María Muñoz Amilibia, pues su dilatada actividad investigadora nunca ha estado enfocada a los períodos post-clásicos, por el contrario, es de todos conocida su especial consagración a la Prehistoria y a la Protohistoria, a las que ha venido entregando la mayor parte de su tiempo, dándonos obras de capital importancia que han puesto de relieve su altura investigadora. Si su dedicación a esos periodos es la más importante, como demuestra su abundante bibliografía, no lo es menos el entusiasmo que demostró a lo largo de los quince años de estancia en Murcia por la Arqueología Medieval, a pesar de que sus esfuerzos en este campo apenas están reflejados en su literatura científica². Esta ausencia no se puede entender como limitación o incapacidad, sino que se debe, como bien sabemos los que tuvimos la suerte de formarnos a su lado a esa edad crucial para cualquier investigador (18-25 años), a una faceta que normalmente no tiene efectos curriculares: su generosidad y dedicación desinteresada. Desde que llegara a la Universidad de Murcia en 1975 supo ver que en el subsuelo de la ciudad existía uno de los yacimientos islámicos más interesantes de todo lo que fue el Occidente Musulmán, así como la necesidad urgente de detener su continua

1 En este momento (octubre de 2002), hay en prensa una versión muy resumida del presente trabajo que se publicará en el volumen titulado: *Paisaje y Naturaleza en al-Andalus*, editado por El Legado Andalusi. Queremos expresar nuestro agradecimiento a cuantos han tenido la paciencia de escucharnos o de leer nuestros primeros borradores, haciéndonos valiosas aportaciones que sin duda han mejorado el presente artículo; especialmente recordamos a nuestros amigos y colegas Antonio Almagro, Maryelle Bertrand, Ricardo González Villaescusa, Antonio Orihuela Uzal, M^a Teresa Penelas, Ángel Rodríguez Aguilera, José Tito Rojo y Hélène Glover. La preparación y tratamiento uniforme de la documentación gráfica se debe a la generosa colaboración del arquitecto Luis García Pulido. Por último sólo indicar que hemos intentado seguir el sistema de transcripción de la revista *Al-Qantara*.

2 MUÑOZ AMILIBIA, A., «Cruz de bronce monogramática procedente de Cehegín (Murcia)», *Institut d'Arqueologia i Prehistoria, Publicacions eventuais*, 31 (1982), pp. 265-276; *id.*, «Una puerta acodada en la muralla islámica de Murcia», *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*, t. II, Murcia, 1987, pp. 1167-1181.

destrucción sin que se llevaran a cabo hubiera estudios arqueológicos previos. Nunca olvidaremos sus frecuentes protestas ante las diferentes administraciones, en una época en que todavía no era habitual la crítica y la discrepancia, llegando incluso a apoyar públicamente, frente al gobernador civil de la época, las protestas callejeras de sus alumnos³ cuando se destruían los restos de la cerca o cuando se expoliaba y demolía el convento de San Antonio de Murcia. Siempre nos sorprendió su integridad y su fuerte personalidad, también porque estas cualidades las encarnaba una mujer en una universidad y en una sociedad murciana muy conservadoras, en donde la presencia femenina era todavía muy escasa. En 1975 el precedente sin continuidad de la excavación de Sta. Eulalia (1963-65), dirigida por Manuel Jorge Aragoneses⁴, estaba ya en el olvido y el subsuelo de Murcia era sistemáticamente destruido, incluidos los imponentes restos de su muralla andalusí, sin que nadie alzara la voz en su defensa ni adoptara las mínimas medidas para documentarlos antes de su desaparición. Fueron estos monumentales vestigios los que produjeron un fuerte impacto en su sensibilidad, decidiéndose desde el primer momento en que tuvo noticia de estos hechos a enfrentarse con una administración indolente y perezosa a la hora de frenar la especulación. Los años posteriores a su llegada (1975-1983) fueron sin duda uno de los periodos más duros en la defensa de nuestro patrimonio histórico, pudiéndose en aquellas fechas documentar y salvar de la destrucción, entre otros, los tramos de muralla de Cánovas del Castillo, plaza de Sta. Gertrudis, calle del Pilar, casa del obispo Trejo, calle Cigarra⁵. En aquellas fechas se excavó también el alfar de Yesqueros, el baño del Trinquete, se iniciaron las excavaciones en el monasterio de Santa Clara la Real; en el cementerio de San Nicolás, en el castillo de Monteagudo y en el despoblado de Siyāsa (Cieza).

Desde el primer momento vio la necesidad de que algunos de sus alumnos se acercaran a la Arqueología Medieval con el fin de que Murcia pudiera contar con especialistas bien formados en este periodo. Fruto de esa inquietud fueron las dos tesis de licenciatura que dirigió sobre las cerámicas esgrafiadas y estampilladas de Murcia⁶. Ya en esa época consiguió que uno de nosotros, finalizado su tercer curso de carrera, participara en el 1^{er} Coloquio Internacional sobre la Cerámica Medieval, celebrado en Valbonne (Francia)⁷. Por entonces nos había puesto en contacto con Christian Ewert y Fernando Valdés, a los que había invitado a visitar Murcia y conocer los primeros resultados que en esos momentos se habían obtenido. A partir de aquella visita consiguió que participáramos en las excavaciones de la Alcazaba de Badajoz, lo que supuso nuestra primera relación con los pocos que en esa fecha venían haciendo arqueología andalusí. Ejerciendo de directora de nuestra tesina nos puso en contacto con Manuel Casamar y con Guillermo Rosselló, facilitando nuestra estancia en el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid.

3 Entre ellos, además del que suscribe (JNP), se encontraban Sebastián Ramallo, Emiliano Hernández, Julio y José Miguel García Cano, Miguel San Nicolás, Miguel Martínez Andréu, Francisco Laborda, Ángel Iniesta, Sacramento Jiménez e Indalecio Pozo, junto con los ya licenciados Pedro Lillo, Javier García del Toro y M^a Manuela Ayala.

4 JORGE, 1966.

5 Buena parte de la información recuperada a lo largo de estas intervenciones está recogida en la tesis doctoral que poco después leyó el Dr. José García Antón, publicada en 1993 bajo el título *Las murallas medievales de Murcia*.

6 NAVARRO PALAZÓN, J., *Las cerámicas esgrafiadas en el Occidente Islámico. Los materiales murcianos*, 1982, tesis de licenciatura inédita de la que posteriormente se publicó un resumen: *id.*, *La cerámica esgrafiada andalusí de Murcia/La céramique hispano-árabe à decor esgrafié de Murcie*, Madrid, 1986; AMORES LLORET, R., *La cerámica islámica estampillada de Murcia*, 1983, tesis de licenciatura inédita.

7 NAVARRO PALAZÓN, J., «Cerámica musulmana de Murcia con representaciones humanas», *Colloque international La céramique médiévale en Méditerranée occidentale, Xe-XVe siècles* (Valbonne, 11-14 septiembre 1978), París, 1980, pp. 317-320.

Junto a las labores formativas, no descuidó sus continuos intentos para que las administraciones se implicaran, creando servicios de arqueología que velaran por una más eficaz protección. Fruto de toda aquella labor fue la creación en 1981 del Servicio Arqueológico de la Diputación, al que estuvo adscrito uno de nosotros (JNP), y en 1983 del correspondiente Servicio Municipal en el Ayuntamiento de Murcia. Desde el primer momento ocupamos interinamente la plaza de arqueólogo municipal⁸, iniciándose entonces una nueva etapa en la que se institucionalizó la actividad arqueológica en la ciudad de Murcia. Años después se consiguió transformar dicho Servicio en el Centro de Estudios Árabes y Arqueológicos Ibn Arabi que, hasta la fecha de su vergonzosa desaparición en 1998, fue uno de los más importantes referentes de la Arqueología Medieval española. No por penoso que sea el panorama actual de la arqueología en la ciudad de Murcia podemos ignorar los quince fructíferos años, entre 1983 y 1998, en los que se logró una excepcional producción científica y divulgativa cuyos cimientos no se pueden entender sin la figura de Ana M^a Muñoz Amilibia. Desde la perspectiva que da la lejanía espacial y temporal, estamos seguros de que su siembra, en cuanto a Arqueología Medieval se refiere, no se ha perdido, al contrario, en estos momentos y desde la Escuela de Estudios Árabes de Granada (CSIC) descubrimos que la obra por ella iniciada, continuada por nosotros, se proyecta ahora más que nunca con una vocación más abierta y plural, desprovista ya de todas las miserias y pequeñeces localistas.

INTRODUCCIÓN

La arquitectura y la topografía de la ciudad islámica o medina (*madina*) está estrechamente relacionada con su estructura u organización social⁹ y ha estado en continua transformación a lo largo de la historia, conforme se ha desarrollado y evolucionado la sociedad que las creó. A pesar de que este enunciado parece obvio, resulta sorprendente comprobar que el aspecto aparentemente «intemporal» de algunas ciudades islámicas *tradicionales* ha inducido a pensar lo contrario. Ello se debe al peso historiográfico de los estudios clásicos sobre grandes núcleos como Fez, Túnez, El Cairo, Alepo o Damasco, con los que se ha consagrado el modelo representado por ellos como paradigma del urbanismo islámico, sin tener en cuenta que estos ejemplos, tal y como llegaron a época colonial, estaban en la fase más avanzada a la que ha podido llegar la medina postmedieval; es decir, se trataba de ciudades que ya habían culminado su ciclo evolutivo¹⁰. Además, en ellas comenzaban a manifestarse síntomas claros de un proceso de fosilización que no se debía a ningún principio de inmutabilidad inherente a esa sociedad sino, que estaba ocasionado por la descomposición de los modelos tradicionales de posesión, causados por la intervención de las autoridades, que invirtieron completamente la estructura de la propiedad en el medio urbano¹¹. Por otra parte,

8 Es de justicia agradecer al profesor Jorge Eiroa su valiente participación en 1987intervención en 1987 en la oposición para cubrir en propiedad la plaza de arqueólogo municipal, evitando con su enérgica protesta que quedara desierta.que, por su manifiesta antipatía hacia mi persona, alguno de los miembros más destacados del tribunal consiguiera dejar desierta la plaza.

9 «La forme, l'agencement et la vie de la ville arabe se rapportent à la structure de sa société» (CHEVALLIER, 1973, p. 228; 1979, p. 15); la forma de la ciudad islámica «peut être interprété (...) comme le triomphe d'une conception différente de l'organisation de l'espace urbain, elle-même liée à l'avènement d'un type nouveau d'organisation sociale» (RAYMOND, 1974, p.185).

10 Abu-Lughod criticaba también esta tendencia que considera como prototipos de ciudad islámica unos pocos ejemplos y en un momento histórico determinado: «the Orientalists discussion of the Islamic city focus on a unique conjunction of forces that created a few cities they take to be prototypical. The forms of these cities at certain point in time are taken as ideal types and are further abstracted to obtain a final idea which is created out of congruent forms» (ABU-LUGHOD, 1987, p. 161).

11 AKBAR, 1988.

algunos aspectos que con frecuencia se utilizan para definir el urbanismo islámico, como son el caserío abigarrado, las calles estrechas y tortuosas, los callejones sin salida, etc., ni son exclusivos de la ciudad islámica ni se dan siempre en ella, sino que son característicos del urbanismo saturado, que es una de las fases tardías por las que pasaba en su evolución la medina medieval. En un artículo reciente se contraponen con acierto la medina «*traditionnelle*», perteneciente al periodo comprendido entre los siglos XVI y XIX, a la «*médiévale*» o «*classique*» advirtiendo que se trata de dos realidades diferentes¹². Con anterioridad Lézine expuso de manera tajante que esas ciudades tradicionales no son la imagen, congelada a lo largo de siglos, de las medievales, sino que son, por el contrario, «*le fruit d'une évolution et ne présentent plus du tout l'aspect des agglomérations primitives*»¹³; por tanto, los planos recientes de tales medinas no siempre resultan útiles a la hora de estudiar su pasado medieval.

Los cambios en la fisonomía urbana a lo largo del tiempo obedecen a pautas socioeconómicas y, por tanto, creemos que su investigación es de gran interés científico, pero es necesario situar con precisión la ciudad estudiada en el marco histórico que le corresponde. Así, por ejemplo, sabemos que las crisis políticas del siglo XI ocasionaron en Oriente Medio cambios importantes en las comunidades urbanas, que se expresaron en la importancia creciente de la *sarī'a* y de los *ulama*, como interlocutores de los ciudadanos ante un Estado normalmente extranjero¹⁴. La llegada del imperio otomano no hizo sino profundizar en las transformaciones, al reforzar el papel de una administración muy jerarquizada y, sobre todo, a partir de la elaboración del Código de la Tierra de 1858 y al codificar en 1869 la ley de propiedad basada en la escuela legal *hanafi*, una de las más conservadoras, bajo el título de *Mayalla*. Esto supuso cambios fundamentales puesto que, si bien la *Mayalla* está basada en la *sarī'a*, define y organiza la información de tal manera que elimina la necesidad de interpretación y diálogo entre las partes. Después de la segunda guerra mundial casi todos los países árabes aprobaron códigos civiles muy influidos por los occidentales y, de hecho, se inspiraron en el francés tanto el egipcio como el sirio, el iraquí, el libanés y el jordano, lo que supuso el reforzamiento del papel del Estado como poseedor de los antiguos espacios comunitarios (tierras incultas, calles, plazas, adarves, etc.) y su intervención con fines recaudatorios en múltiples aspectos que hasta entonces sólo incumbían a los particulares y estaban regulados por la jurisprudencia tradicional, como por ejemplo los arrendamientos¹⁵. Sirvan estas breves notas como muestra de las profundas transformaciones sociales –y en consecuencia urbanas–, que han tenido lugar a lo largo de la historia del mundo musulmán y la prudencia con que deben ser examinadas las medinas tradicionales que han llegado a nuestros días si en ellas queremos encontrar información sobre las ciudades islámicas altomedievales.

A continuación vamos a exponer una hipótesis interpretativa basada en la consideración de cuatro fases en la evolución de la medina, a las que hemos denominado *constitución*, *expansión*,

12 *Contrairement aux illusions des Orientalistes pour qui les médinas qu'ils avaient sous les yeux étaient la ville <<médiévale>>, la ville <<classique>> qui prend fin au XVe siècle ne peut nulle part être atteinte directement, car elle a été oblitérée par quatre siècles d'évolution urbaine*» (RAYMOND, 1997, p. 75).

13 LÉZINE, 1971, p. 124. Aunque sí compartimos con el autor francés la idea de una transformación del paisaje urbano a lo largo de los siglos, no estamos de acuerdo en que esos procesos evolutivos parten siempre de trazados regulares, produciéndose la irregularidad durante los «*périodes de troubles au cours desquelles les règlements de voirie n'étaient plus respectés...*» (1971, p. 135; 1967, p. 57). Nosotros defendemos que la irregularidad, en muchos casos, existe ya en origen, sin que sea necesario para llegar a ella de especiales inestabilidades sociales ni políticas; eso sí, el paso del tiempo en este tipo de urbanismo siempre genera irregularidad, se parta o no de una trama regular.

14 LAPIDUS, 1984, p. 7.

15 AKBAR, 1988.

EVOLUCIÓN DE LA CIUDAD ISLÁMICA

MODELO TRADICIONAL

NUEVA PROPUESTA

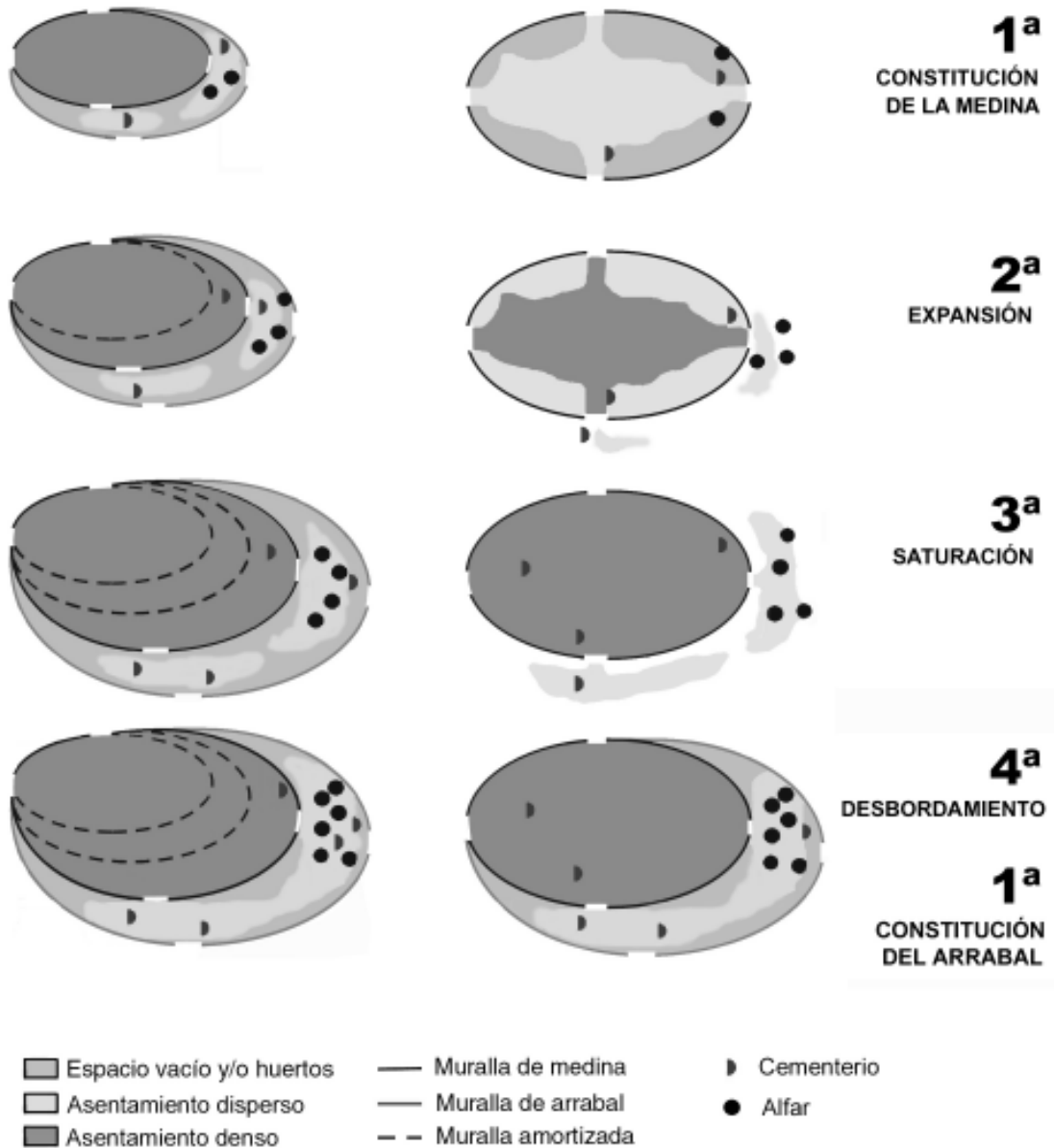


Figura 1. Diagrama sobre la evolución de la ciudad islámica.

saturación y desbordamiento (fig. 1). Conviene aclarar que estas fases no se pueden asociar a cronologías absolutas, sino que forman parte de una propuesta teórica que nos permite entender el proceso evolutivo en general, aunque para cada ejemplo en particular es necesario tener en cuenta la relación de dicha evolución con su historia socio-política concreta; en otras palabras, podemos decir que en las ciudades andalusíes estas cuatro fases se sucedieron en momentos no necesariamente coincidentes y con un ritmo y una duración muy dispares. Desde un punto de vista historiográfico es muy importante tener presente lo expuesto, pues de la fase en la que se encuentre la ciudad depende su densidad constructiva¹⁶; de ello se desprende, por ejemplo, que los cálculos demográficos basados solamente en la extensión de los recintos amurallados pueden conducir a conclusiones erróneas¹⁷. Es necesario tener en cuenta que las cuatro fases enunciadas no se suceden linealmente afectando a la totalidad del tejido urbano de manera uniforme; por el contrario, la realidad arqueológica demuestra que cada una de estas fases, al tener un largo periodo de desarrollo, coincide en parte con las otras en ciertas zonas. La expulsión del interior de la ciudad de las instalaciones artesanales que requieren más superficie durante la 2ª fase (expansión), suele ir acompañada de la fundación de los primeros cementerios extramuros, produciéndose así los síntomas iniciales del desbordamiento urbano (4ª fase). El fraccionamiento de la propiedad urbana, que sin duda se intensifica en la ciudad saturada (3ª fase), está sucediendo desde el primer momento de vida de la medina por simple reparto hereditario, lo que impide que podamos identificar de manera automática cualquier subdivisión como indicio de saturación¹⁸.

Es muy difícil estudiar a través de la arqueología los procesos de formación urbana en núcleos que han llegado habitados hasta la actualidad, por lo que estamos obligados a prestar especial atención a los despoblados, que fosilizan un estado más o menos avanzado de la evolución urbana sin las profundas transformaciones y destrucciones ocasionadas por siglos de ocupación posterior. Aunque para la elaboración de este sistema de interpretación hemos tenido muy presentes nuestras investigaciones directas sobre ejemplos concretos como la ciudad de Murcia (fig. 6) y el despoblado de Siyasa (fig. 2), creemos que las conclusiones a que esperamos llegar pueden tener validez general siempre que se contemplen las matizaciones necesarias que exige cada caso en particular. Una de las principales salvedades afecta al primer apartado, el de la constitución, pues existen diferencias notables entre las ciudades fundadas de nueva planta por los conquistadores musulmanes y las que son de origen preislámico y pasaron a formar parte de la *dar al-Islam* por conquista. Estas últimas son incluso más numerosas que las primeras y desde el punto de vista histórico y urbanístico presentan una problemática particular que es, en definitiva, la de la adaptación de unos

16 Está muy extendida cierta visión estática de la ciudad árabo-islámica: «*n'avaient guère changé, pour l'essentiel, depuis le haut Moyen-Age*» (RAYMOND, 1974, p. 185).

17 Para las ciudades de al-Andalus ha sido Torres Balbás quien en su día realizara este tipo de cálculos, basados en «*la extensión del recinto murado...*» (1955, p. 42), a pesar de que conocía los trabajos de quienes defendían lo inútil de este método: «*Convertir ces gains territoriaux en nombre de citoyens est impossible. Cela supposerait qu'on calculât au préalable la densité de l'habitat urbain au bas moyen âge et entreprendre un tel travail serait d'autant plus téméraire que cette densité a certainement varié d'une ville à la voisine et, dans une même ville, d'une période à la suivante...*» GÉNICOT, «*Sur les témoignages d'accroissement de la population en Occident du XIe au XIIIe siècle*», *Cahiers d'Histoire mondiale*, vol. I, Paris, 1953, pp. 446-462 (p. 453).

18 Es oportuno subrayar que en líneas generales esta propuesta podría valer también para analizar ciertas ciudades medievales cristianas, pues en ellas encontramos fenómenos muy similares (véase, por ejemplo, ARIZAGA BOLUMBURU, B., «*Formation et évolution du tissu urbain dans le Pays Basque: l'exemple du Guipuzcoa*», *La ville au Moyen Âge*, Paris, 1998, pp. 41-50). Estamos convencidos de que es necesario estudiar cada día más la medina en el marco general de la ciudad medieval para, de entrada, establecer con precisión qué rasgos son específicamente islámicos, ya que muchos de los que hasta ahora han sido calificados de esa manera son en realidad comunes a toda ciudad medieval.

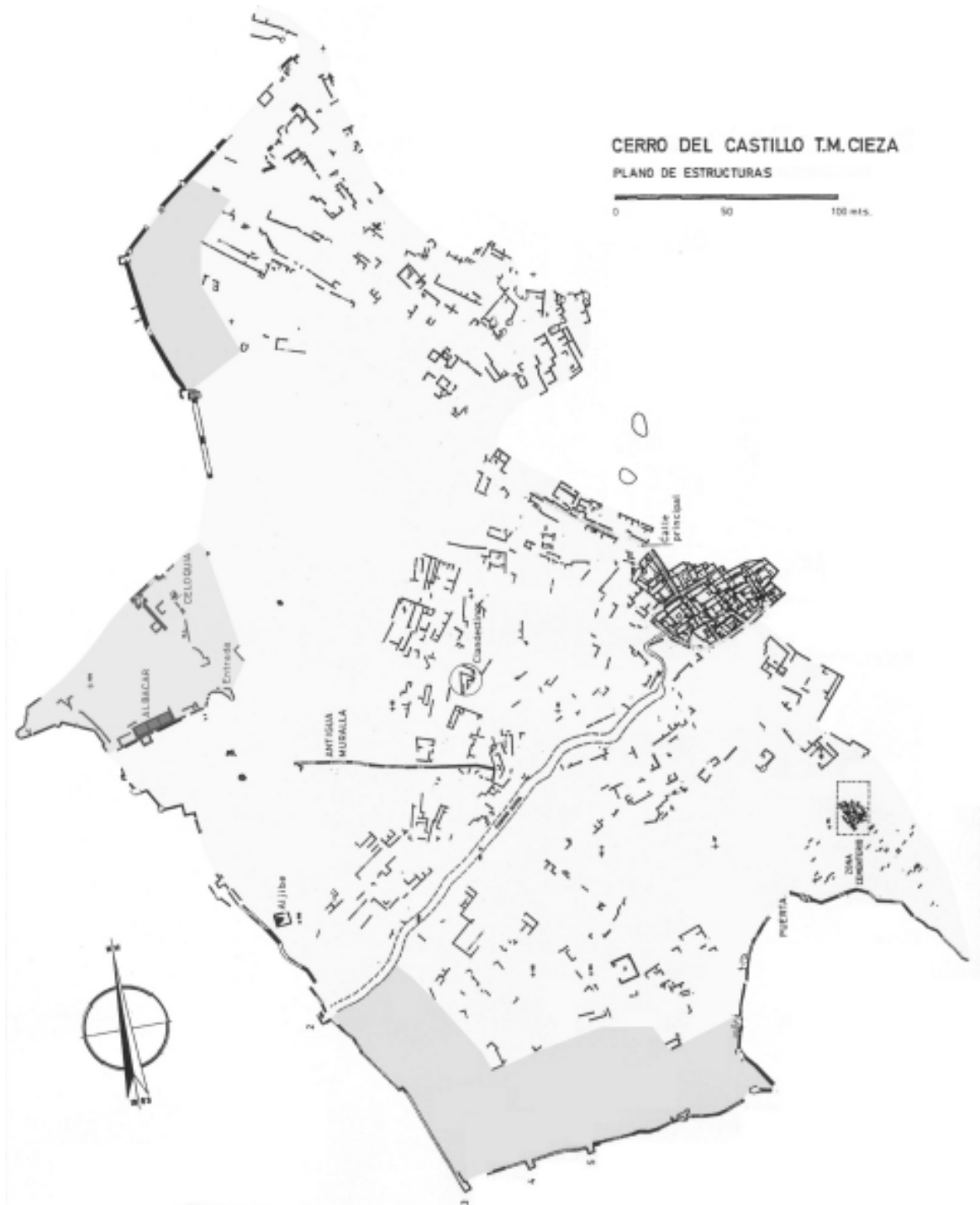


Figura 2. Despoblado de Siyasa (SS. XII-XIII). Planta del yacimiento con los restos visibles y situación del área excavada, la alcazaba y el cementerio. Se han destacado los sectores periféricos, entre el caserío y la muralla, que nunca llegaron a ser urbanizados.

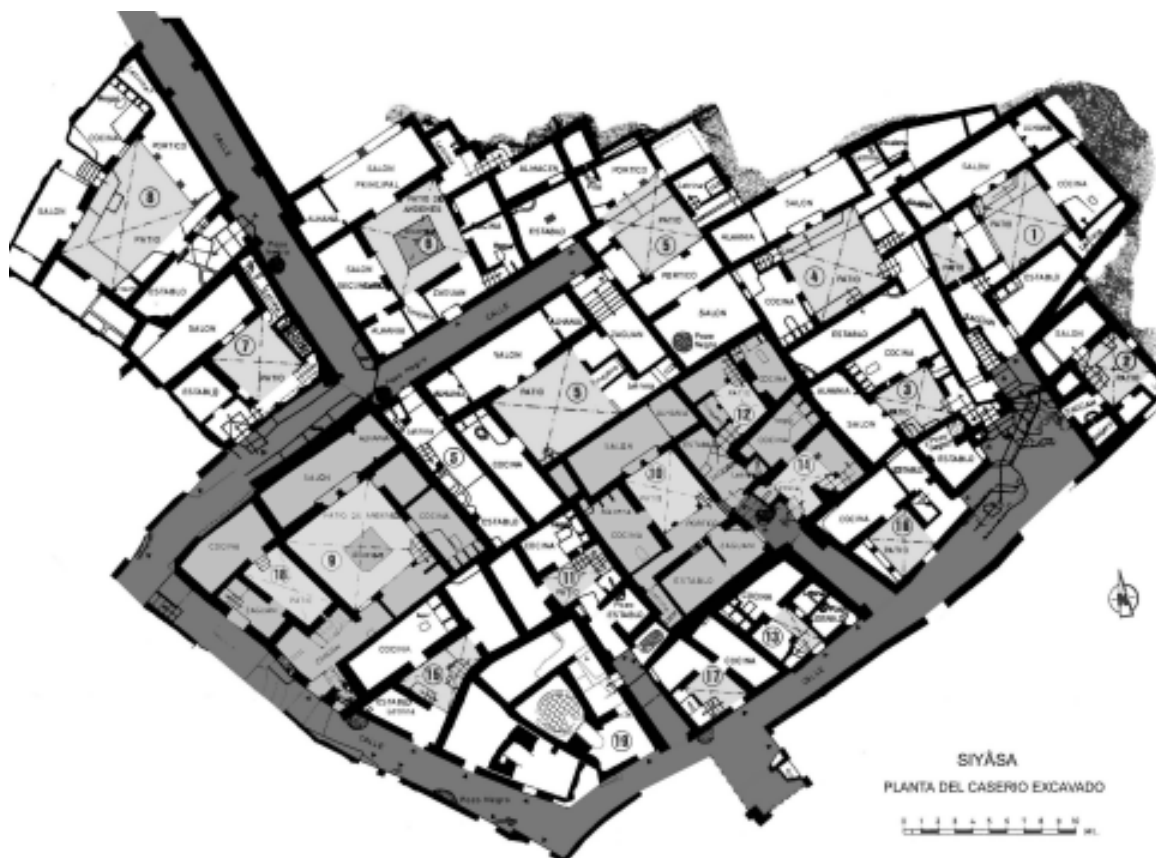


Figura 3. *Despoblado de Siyasa: el caserío excavado (SS. XII-XIII). Se han destacado los núcleos residenciales (casas 9 y 18 y 10, 12 y 14) que conformaron en origen grandes viviendas que fueron más tarde subdivididas.*

espacios preexistentes a las demandas y necesidades de una sociedad nueva que, de manera más o menos rápida, termina por sustituir a la anterior¹⁹. A partir de cierto momento, no obstante, la antigua *civitas* se transformó en auténtica medina, en la que los restos romanos no eran sino reliquias más o menos apreciables, y su dinámica urbana, expresada en las tres fases que suceden a la constitución, no difiere de la de las nuevas fundaciones²⁰.

CONSTITUCIÓN

A la vista de las escasas planimetrías fiables de ciudades islámicas medievales y tradicionales con que contamos, podemos determinar que, de manera simplificada, las tramas urbanas pueden clasificarse en tres grupos atendiendo a criterios exclusivamente físicos: ortogonales, irregulares y

19 Véanse, por ejemplo, SAUVAGET, 1941; *id.*, 1949; GUTIÉRREZ LLORET, 1993; CARVER, 1996; PINON, 2000.

20 «Mais celles qui ont vécu très longtemps, qu'elles aient été fondées sur des emplacements libres ou au contraire se soient superposées à des agglomérations antiques, se sont grandement uniformisées avec le temps pour devenir les <<médinas>> que nous connaissons» (LÉZINE, 1971, p. 129).

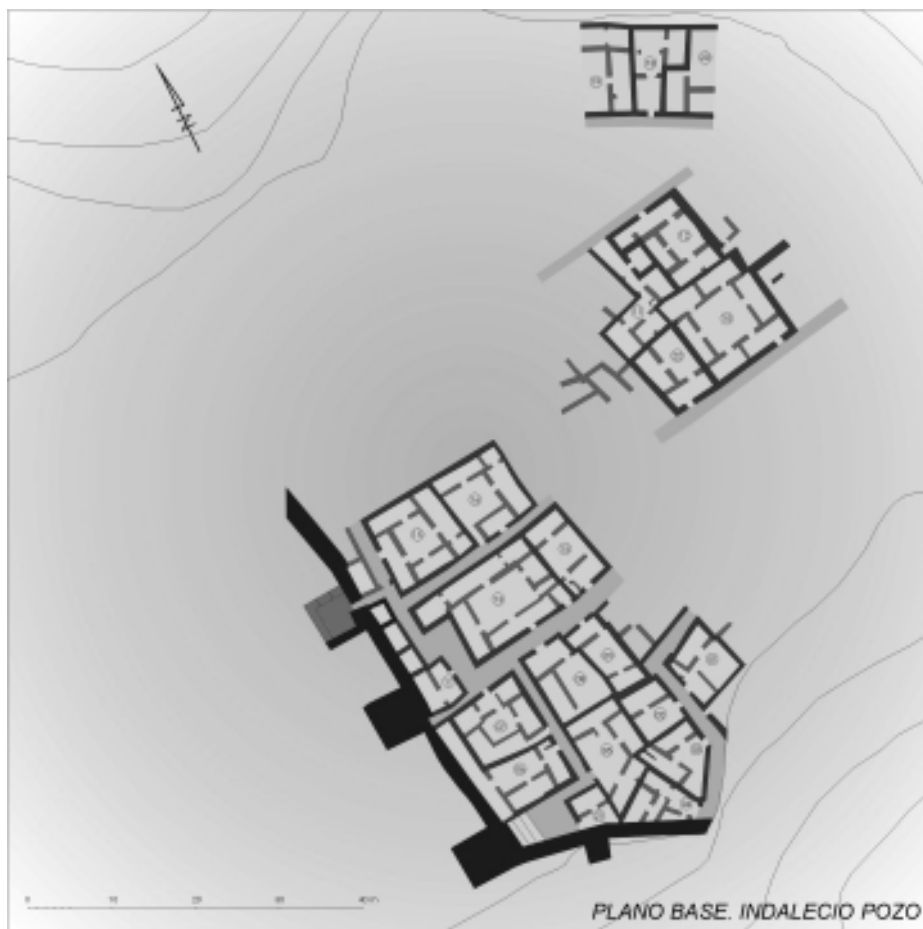


Figura 4. *Alquería islámica de Villa Vieja (Calasparra, Murcia) (s. XIII). Plano de la muralla y casas excavadas.*

de tendencia regular. La presencia de uno u otro de estos modelos físicos en una determinada ciudad o sector urbano se debe a razones históricas que se enmarcan en la vieja controversia sobre la ciudad planificada y la espontánea²¹.

El urbanismo ortogonal es propio de las fundaciones estrechamente vinculadas al Estado o, más bien, a la voluntad de autócratas que ordenaron levantarlas con fines diversos. En ocasiones se trataba de asegurar la conquista y el control de determinadas regiones en momentos de expansión, otras veces la finalidad era más bien la colonización y explotación del territorio ya ocupado; con frecuencia, estaban destinadas a ser residencia y capital del príncipe que las ordenó construir²². Se

21 Son ya muchos los que se han planteado las diferencias que existen entre un tipo u otro de ciudad, entre ellos G. MARÇAIS (1945), PAUTY (1951) y HOURANI (1970, pp. 9 y 10).

22 De estas últimas afirma AlSayyad: «*Their urban forms were not representative of any Islamic or Arabic planning ideals, if such things ever existed. As capitals, they were physical expressions of symbolic power, and their city forms perpetuated the concept of politico-religious authority embodied in the system of the caliphate*» (1991, p. 154).



Figura 5. *Despoblado de Jolopos (La Peza, Granada).*

trata de ciudades de aspecto regular, en las que se aprecia que la totalidad del espacio urbano responde a un trazado geométrico inspirado en modelos propios del mundo clásico o de la tradición persa. En algunos casos se adoptaron diseños que recuerdan el campamento romano rectangular, con *cardo* y *decumano* e incluso *tetrapylon* en el cruce de ambas vías, así se dispusieron Aqaba y

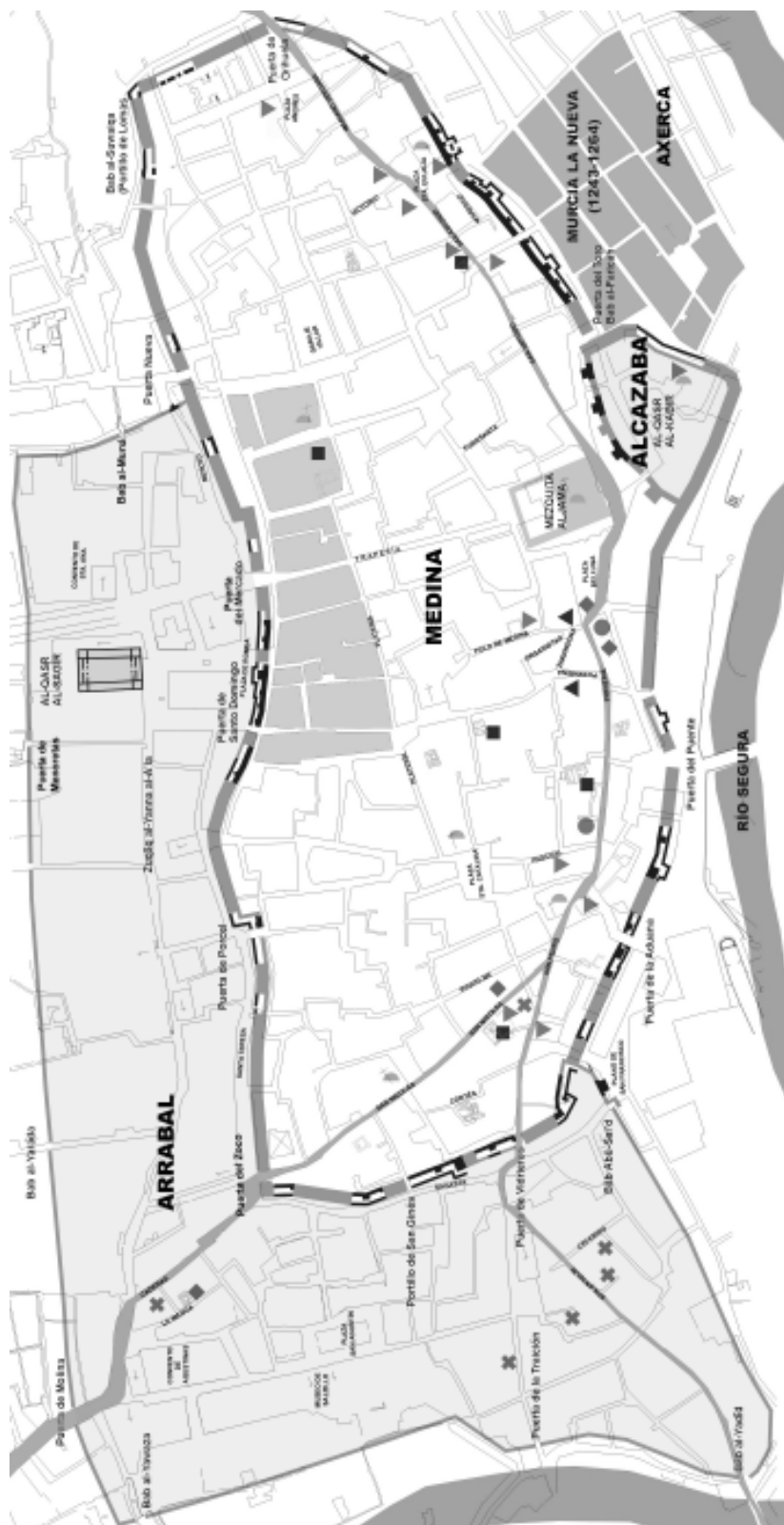


Figura 6. Plano arqueológico de la ciudad de Murcia. Perímetro amurallado y situación de algunos establecimientos documentados.

‘Anyar; en otros se eligió un modelo prestado de la arquitectura residencial, el patio central, en torno al cual se organizaron Qasr al-Hayr al Sarqi y Umm al-Walid²³; más inusual fue la adopción de formas geométricas simbólicas de raigambre oriental, como en la Bagdad circular. Por último existen ejemplos más sencillos conformados por recintos amurallados, cuadrados o rectangulares, y callejero ortogonal, según se deduce, por ejemplo, de las planimetrías por fotografía aérea de Madinat al-Zahra’²⁴. Este tipo de fundaciones ha tenido escasa trascendencia en el hecho urbano, pues pocas veces sobrevivían a la muerte de sus fundadores y las que perduraron lo hicieron con una gran autonomía respecto al proyecto fundacional, siendo frecuente que su continuidad supusiera la desaparición paulatina del proyecto inicial, adoptando entonces tramas más o menos irregulares²⁵.

El urbanismo irregular, o morfológicamente aleatorio, se caracteriza por la ausencia de un ordenamiento geométrico general del callejero y del parcelario y es propio de los núcleos en los que no existe una intervención directa, planificadora, de poder alguno. De manera estricta podría ser el de aquellos asentamientos que se crean de forma «espontánea», a partir de la decisión de la propia comunidad de pobladores, o en los que la autoridad se inhibe de la organización del espacio. Podemos admitir una de las definiciones más utilizadas para expresar la diferencia entre ambos modelos: en el urbanismo planificado se ordena primero lo público para después descender a lo privado, o dicho de otro modo, se disponen en primer lugar los elementos comunes o marco general; mientras que en el espontáneo se parte de lo privado, es decir, de la casa²⁶. En su origen, muchos de estos núcleos surgen a partir de la decisión de un grupo unido por vínculos familiares o tribales que se establece atraído por las posibilidades de explotación agrícola, comercial, estratégicamente

23 Por esta razón han sido tradicionalmente consideradas como palacios. Sólo las investigaciones más recientes han desvelado el carácter «urbano» o con más propiedad «colectivo» de estos asentamientos. Ejemplo paradigmático de la inadaptación de este modelo doméstico a los fines pretendidos son los edificios de Umm al-Walid y Jan al-Zabib, en donde el patio porticado aparece desde su origen dividido mediante muros separando los diversos grupos familiares (BUJARD, J., con la colaboración de W. TRILLEN, «Umm al-Walid et Khân Az-Zabib, Cinq Qusûr Omeyyades et leurs mosquées revisités», *Annual of the Department of Antiquities of Jordan*, XLI (1997), pp. 351-373). Evidentemente, la mayoría no son ciudades aúlicas destinadas a ser a la vez capitales y residencia del califa o del emir, por lo que no encajarían en la clasificación, excesivamente esquemática de AlSayyad, quien sólo reconoce «the garrison town, the transformed town with pre Islamic origin, and the new capital» (1991, p. 11).

24 VALLEJO, 1995.

25 PAUTY opina que la ciudad planificada o creada «dans le domaine musulman est presque toujours fait du Prince et pour le Prince, villes de Palais, villes de Gouvernement, Résidences, transformées par envahissement ou détruites comme telles. Et l'on voudra bien admettre que la ville créée à l'intention propre d'une collectivité présente un caractère assez exceptionnel dans le Moyen Âge.» (1951, p. 74).

26 El predominio de lo privado, la casa, en el urbanismo islámico de Fez lo expresa Le Tourneau con esta sencilla frase: «les rues sont restées les esclaves des maisons», (1949, p. 130). También Pinon afirma que «C'est en ayant des éléments sur l'histoire de la formation des maisons que l'on pourra espérer des précisions sur la formation des tissus urbains» (citado por Ilbert, 1990, p. 642). Para Torres Balbas «son las casas las que al irse yuxtaponiendo determinan las calles» (1985, p. 294). Wirth considera que las «rues et places sont a quelque sorte <<un espaces négatif>> le résultat d'une exclusion spatiale hors du domaine privé et non d'une inclusion d'éléments publics et communautaires à des espaces urbains libres et à utiliser» (1997, p.126). En esta misma línea de pensamiento, González Villaescusa afirma que la «paulatina definición negativa del ámbito público como residuo de lo privado no puede producir los ejes rectilíneos, propios del urbanismo clásico occidental concebido a partir de la construcción previa del dominio publico» (2000, p. 421).

27 Guichard comenta que la «très forte tonalité tribal du premier siècle de l'Islam dans la péninsule amène à penser que le fait tribal ne fut pas sans quelque influence sur les modalités concrètes du développement urbain important qu'al-Andalus connut à partir de ce moment, mais il faut bien admettre que, dans la plupart des cas, le peu que nous savons de la géographie concrète des cités hispanoarabes aux VIII-IX siècles, ne permet pas d'aller au delà de cette hypothèse» (1998, p. 41).

ca e incluso industrial y construían de manera comunitaria las infraestructuras hidráulicas y defensivas necesarias²⁷. Una vez asentados, residentes y vecinos deciden la posición de las calles y su ancho apoyados por una jurisprudencia que favorece el entendimiento y sólo interviene si no hay otra solución, basándose en una tradición del Profeta, «*Si la gente no se pone de acuerdo acerca de la calle, hágase de siete codos*». Muchas otras tradiciones y casos confirman la validez y continuidad del principio de que sobre la calle deciden los usuarios. Por ejemplo, lo encontramos de manera indirecta, en las sentencias de algunos juristas que fueron consultados acerca de la legalidad de los saledizos y argumentaron que eran permisibles porque las calles son los restos de tierras muertas que fueron puestas en uso en el pasado; la revivificación de las calles ya no era posible puesto que eran imprescindibles para la circulación de las personas pero esto no sucedía con los pisos superiores, por tanto los saledizos eran legales. Las decisiones tomadas por la comunidad de vecinos, individual o colectivamente, son las que acaban por dar forma al medio físico. Cada decisión es una respuesta a factores complicados e integrados o a condicionamientos tales como la topografía, la situación de puntos de atracción –como puertas, fuentes de agua, etc.–, las relaciones sociales, y especialmente las decisiones tomadas previamente por otros vecinos²⁸.

Finalmente, existen tramas urbanas que no son ortogonales²⁹ pero tampoco las podemos considerar desordenadas pues presentan una disposición de tendencia regular³⁰. Las razones que expliquen la formación de este modelo son diversas. En ocasiones se trata de ciudades o barrios planificados en origen por el Estado pero ya en proceso de transformación, debido a la dinámica urbanística propia de la sociedad islámica de los primeros siglos³¹. Ésta se caracteriza por la inexistencia de reglamentación y por la ausencia casi total de lo «público»³², pues los espacios se dividen en privados o colectivos³³ y así lo ampara la jurisprudencia³⁴. Pero en otros casos hallamos estas

28 AKBAR, 1988, p. 77 y ss.

29 Hay un uso abusivo del término «ortogonal», empleándose ante cualquier regularidad por insignificante que sea; uno de estos casos se puede observar en la descripción de unas excavaciones realizadas en la ciudad de Elche en la que se afirma la existencia en su callejero de una «trama ortogonal» y de un «barrio residencial islámico de planta ortogonal», véase BORREGO, M. y SARANOVA, R., «La ciudad islámica de Elche. Fortificación y espacios urbanos», *Boletín de Arqueología Medieval*, 1990, vol. 4, pp. 173-193 (pp. 185, 186 y 191). Si observamos la planimetría publicada comprobaremos que lo único que de ella se puede extraer es que existe cierta regularidad en las estructuras.

30 Lézine ya supo ver estas diferencias de trazado entre barrios de una misma ciudad cuando afirma que «*l'urbanisme des faubourgs est beaucoup plus régulier que celui de la médina elle même*» (1967, p. 55); nosotros diferimos en ciertos aspectos de su propuesta.

31 Ya en 1967 Lézine observaba diferencias entre las medinas primitivas y las que han llegado conservadas hasta nuestros días: «*Il y a fort loin entre ces réalisations musulmanes anciennes, caractérisées par leur régularité, et les médinas actuelles*» (p. 61). En el mismo sentido se expresa Wirth: «*Mais le tracé à l'origine régulier de l'époque de la fondation a été au cours des siècles beaucoup plus modifié par des phénomènes de croissance*» (...) «*elles ne sont pas le résultat d'une croissance anarchique et incontrôlée, mais qu'elles furent consciemment planifiées*» (1982, p. 195).

32 «*Dans les villes de l'Orient islamiques le caractère privé a plus de valeur que le caractère public*» (Wirth, 1997, p.128).

33 En la sociedad islámica medieval calles y plazas son colectivas y no «públicas» en el sentido que nosotros damos a este término; es decir, pertenecen al vecindario y no al Concejo o al Estado. Por tanto, el individuo tiene derecho de uso y también de control sobre unos espacios que en parte le pertenecen, siempre y cuando no interfiera en los derechos de los demás, lo que en todo caso estaría sometido a un arbitraje.

34 Como expresa M. Acíen: «*...la evolución de la ciudad no la impone el Estado, ni la ciudad tradicional se debe a la ausencia de autoridad, porque la evolución que da lugar a la ciudad tradicional está regida por el fiqh, y éste se basa en la hegemonía de lo privado*» (2001, p. 18). Tal hegemonía es puesta de relieve por Wirt en un reciente artículo (1997).

35 LÓPEZ ELUM, P., *La alquería islámica en Valencia. Estudio arqueológico de Bofilla. Siglos XI a XIV*, Valencia, 1994.

morfologías en asentamientos en los que hay que descartar la intervención organizadora del poder, por ejemplo, cualquiera de las alquerías o núcleos rurales andalusíes que se vienen excavando: Bofilla³⁵, Los Guájares³⁶, Calasparra la Vieja (fig. 4)³⁷, Jolopos (fig. 5)³⁸, la propia Siyasa (fig. 3)³⁹ o el posible granero fortificado de Puentes⁴⁰; en todos ellos se puede comprobar que sus caseríos están más o menos ordenados y con frecuencia sus calles presentan trazados de tendencia regular. Estaríamos, en definitiva, ante casos de «regularidad orgánica» generados por la «*coherencia geográfica o geometría natural del espacio*»⁴¹ o por la existencia subyacente de un proyecto previo de carácter agrícola (parcelación, irrigación o drenaje). Las tramas de tendencia regular han sido creadas por una voluntad planificadora, pero ésta no tiene por qué ser el Estado pues la propia organización de los procesos de trabajo agrícola demanda formas geométricas y limitadas; cuando sobre parcelarios así formados se dan procesos de urbanización «espontáneos» se generan tramas que no podemos considerar anárquicas ni totalmente carentes de orden⁴². La creación de espacios agrarios junto a los habitados sería inmediata, si no anterior, a la fundación de muchos núcleos urbanos, puesto que desde el primer momento los nuevos pobladores tienen necesidad urgente de alimentos y, en consecuencia, también desde época muy temprana la expansión constructiva sobre huertos de trama necesariamente regular estaría dando lugar a un parcelario urbano más o menos ordenado.

Es necesario destacar esta idea puesto que últimamente cualquier regularidad u organización del espacio se viene interpretando, de forma cuando menos precipitada, como indicio de planificación emanada del Estado y previa a la ejecución de cualquier obra⁴³. Este enfoque viene a negar la

36 BERTRAND, M. et alii, «La vivienda rural medieval de El Castillejo (Los Guájares, Granada)», *La casa hispano-musulmana. Aportaciones de la arqueología*, Granada, 1990, pp. 207-227.

37 POZO MARTÍNEZ, I., «El despoblado islámico de «Villa Vieja», Calasparra (Murcia). Memoria preliminar», *Miscelánea Medieval Murciana*, XV (1989), pp. 185-212; *id.*, «La alquería islámica de Villa Vieja (Calasparra, Murcia)», *Castrum 6. Maisons et espaces domestiques dans le Monde Méditerranéen au Moyen Âge*, Roma-Madrid, 2000, pp. 165-175.

38 BERTRAND, 1998, fig. 3.

39 Acerca de este yacimiento véase NAVARRO, 1985a; *id.*, 1985b; *id.*, 1986; *id.*, 1988; *id.*, 1990a; *id.*, 1991; *id.* 1995; NAVARRO y JIMÉNEZ, 1995a; *id.*, 1995b; *id.*, 1996a; *id.*, 1996b. Véase especialmente la tesis doctoral de NAVARRO, leída en Murcia en 1999.

40 PUJANTE, A., «El castillo de Puentes y las alquerías de su entorno: aproximación a la estructura del poblamiento», *Alberca*, nº 1, Lorca, 2002, pp. 57- 84 (p. 65).

41 GONZÁLEZ, 2002, pp. 141-146.

42 Esta visión «*essentiellement négative*» del urbanismo islámico la expresa Sauvaget en su ya clásica obra sobre Alepo: «*Le type de ville qui se constitue ici durant le Moyen-Âge islamique, où se substitue à une agglomération une, et à une collectivité solidaire, un assemblage inconsistent et inorganique de quartiers, où le général fait place au particulier, la Loi à l'anarchie, peut être considéré sous bien des rapports comme la négation de l'ordre urbain*» (1941, p. 248).

43 En ciertas ocasiones los partidarios de la intervención estatal llegan a expresarse de la siguiente manera: «*Il vient tout de suite à l'esprit que les formes régulières sont le produit d'un urbanisme autoritaire soutenu par un pouvoir administratif ou politique fort, alors que les formes irrégulières sont issues de l'urbanisme spontané, populaire*» (DAVID, 1982, p. 16).

44 En época almorávide sabemos que murallas tan importantes como las de Córdoba y Sevilla eran reparadas comunitariamente por «*la gente de cada mezquita*», debiendo trabajar estos grupos en el tramo «*que les era contiguo*». No es descabellado suponer que este sistema comunitario se utilizara incluso en las obras de nueva planta.

45 Las pocas noticias que proporcionan las fuentes sobre un aspecto tan importante de la vida urbana como son sus infraestructuras sanitarias indican que se trataba de iniciativas de carácter privado y así lo recoge el tratado de Ibn 'Abdun referido a una ciudad de la importancia de Sevilla a principios del siglo XII: «*Cada cual reparará y mirará por lo que esté delante de su casa. Si en algún sitio hubiese muchos desagües de agua sucia, se obligará al propietario a construir y mantener en buen uso una alcantarilla*» (GARCÍA y LÉVI-PROVENÇAL, 1981, p. 120, nº 85). Sin embargo hay quienes ven en estas infraestructuras «*...un gran control, i una forta inversió per part de les autoritats públiques, en un moment de total consolidació de la ciutat. Així mateix, aquesta actuació pública, podria correspondre a una acció de caràcter propagandístic de la taifa de Lleida...*» (LORIENTE PÉREZ, A., *L'horitzó andalusí de l'antic Portal de Magdalena*, Lleida, 1990, p. 46).



Figura 7. Umm al-Yimal (Jordania). Despoblado bizantino abandonado en época omeya. Obsérvense las amplias zonas libres de construcciones y las calles en proceso de formación en aquellas áreas en las que el caserío comienza a densificarse.

existencia de formas ordenadas y/o geométricas en las obras comunitarias medievales, sean agrícolas –diseño de huertas–, o urbanas –loteo del terreno que se entregaba a grupos familiares y trazado de murallas⁴⁴, calles o infraestructuras sanitarias⁴⁵. La tendencia ha crecido con los recientes hallazgos arqueológicos, pues a muchos le ha sorprendido la ausencia de «caos» urbanístico en los



PLANO BASE. PLAN ESPECIAL DE MADINAT AL-ZAHRA

Figura 8. *Madinat al-Zahra'* (Córdoba, s. X).

yacimientos excavados, lo que les ha llevado a ver diseños ortogonales por todas partes; veamos algunos ejemplos. En el despoblado de Saltés sus excavadores ven allí una organización espacial que sigue «*un plano –o un proyecto– urbanístico pre-establecido, que habría impuesto la orientación y el trazado de los principales ejes de comunicación (...) Esto significa que las casas no se construyeron al libre albedrío (...), sino que han tenido que respetar un parcelario decidido y materializado por las callejuelas: de aquí se desprende por lo tanto que la calle es anterior a la casa*»⁴⁶. Siguiendo criterios más intervencionistas, los arqueólogos que excavan en el casco antiguo de Lleida defienden la existencia de una «*ciutat on el poder públic, durant el segle X, planifica i es fa responsable de la infraestructura, amb la construcció dels murs de tancament de la ciutat, ja siguin muralles o bé els murs de contenció del riu. Més tard, ja en el segle XI, el mateix poder públic urbanitza la xarxa de sanejament amb la construcció de les clavegueres*»⁴⁷. De Pechina (fig. 11) también se afirma que su trama «*responde a una estructura claramente ortogonal*», cuando se pueden diferenciar y comparar grupos de construcciones (casas 7 y 8) cuyos muros tienen orientaciones sensiblemente diferentes a los otros (viviendas 1, 2 y 3); no creemos que exista «*...un casi unísono proceso edificativo que explica en parte la regularidad de dicho trazado*»⁴⁸, pues hay indicios suficientes para afirmar que el caserío es fruto de un largo proceso de saturación que comentaremos más adelante. Es especialmente elocuente la interpretación que se ha llegado a formular sobre los restos aparecidos en el Llano de Almatà (fig. 19), pertenecientes a la antigua *medina* de Balaguer: «*Este tipo de estructuración*

46 BAZZANA, A. y BEDIA, J., *Saltés. Una ciudad islámica*, Madrid-Huelva, 1993. p. 30.

47 LORIENTE, A., GIL, I., y PAYÀ, X., «Un exemple del model urbà andalusí: medina Larida. L'aportació de l'arqueologia urbana al món àrab», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7 (1997), pp. 77-106 (p. 101).

48 CASTILLO y MARTÍNEZ, 1990, p. 112.

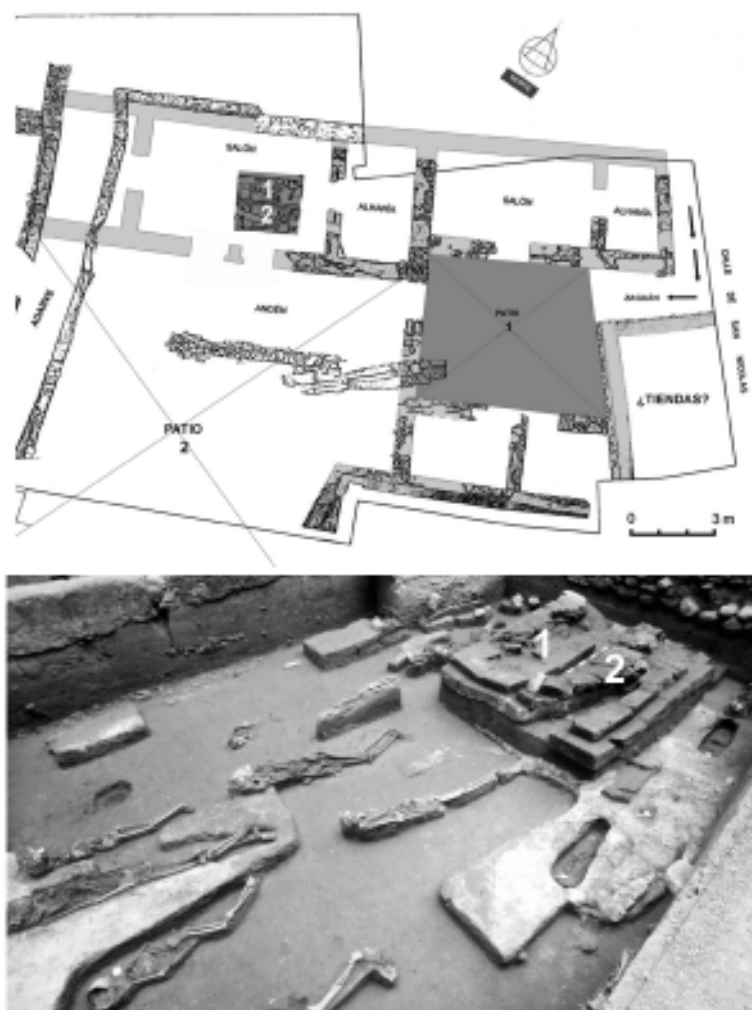


Figura 9. Casa con dos patios excavada en un solar de la calle S. Nicolás de Murcia (SS. X-XI). Las sepulturas del salón occidental se construyeron cuando la propiedad se transformó en un cementerio.

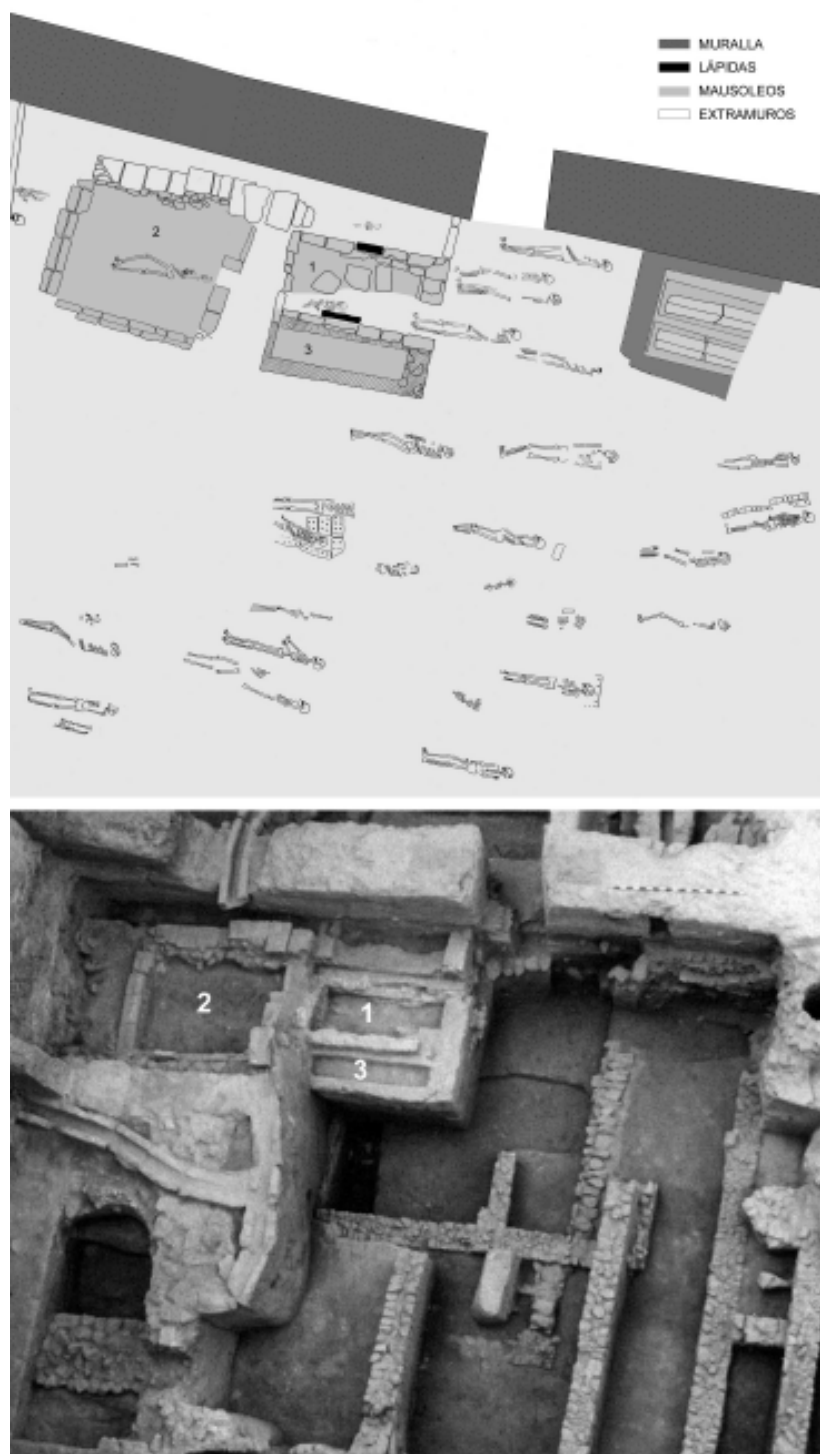
testimonia una planificación global que alcanza la totalidad del fenómeno urbano: desde la configuración de un modelo estándar de vivienda hasta su casi clonación a lo largo de un esquema viario definido de manera eminentemente ortogonal», tales interpretaciones les inducen a «considerar verosímil la posibilidad de que esta urbanización (...) sea fruto de un proyecto unitario...»⁴⁹. También en Vascos, una supuesta «regularidad de la red viaria» les sirve de argumento para afirmar que el caserío «se ha edificado después de la calle o según un plan preconcebido»⁵⁰. Incluso en Siyasa (fig. 3), yacimiento excavado por uno de nosotros, hay quien ha llegado a ver, sin fundamento alguno, un «...traçado relativamente regular (que) permite afirmar a existência de un poder estabelecido suficientemente forte para organizar um espaço urbano e para, a esse nível, impôr a sua vontade»⁵¹.

La casa organizada en torno a un patio central cuadrado

49 GARCÍA BIOSCA *et al.*, 1998, p. 162 y fig. de la p. 144. El croquis publicado pertenece a un reducido sector de la ciudad que impide que podamos hablar de cómo estaba organizada en su conjunto, no obstante sabemos que lo excavado en el extremo opuesto evidencia que el callejero se organiza siguiendo otra dirección. En cuanto a la supuesta planificación del interior de las casas a partir de un «proyecto unitario» que afecta por igual a espacios públicos y privados, creemos que es inaceptable, mucho más cuando hay algunos datos que permiten ver en el croquis publicado que las casas 1 y 2 son fruto de la partición de un núcleo mayor: el muro que separa ambos patios, sin que exista crujía alguna por medio, es una solución de división arqueológicamente muy bien documentada en otros yacimientos. La anómala solución de partición que da lugar a una «casi clonación» partiendo de una vivienda más antigua no se puede interpretar como evidencia de planificación o de proyecto unitario sino todo lo contrario, estamos ante uno de los síntomas más elocuentes de que este sector de la ciudad había alcanzado ya la fase de saturación. Si observamos el croquis veremos que en las otras casas hay crujías a cada lado de la medianería (1 y 8; 2 y 3; 5 y 14), preservando así la intimidad de cada hogar.

50 MAZZOLI-GUINTARD, C., 2000, p. 305.

51 MACÍAS, S., *Mértola Islâmica*, Mértola, 1996, p. 61.



PLANO BASE Y FOTO. SOLEDAD VÉLEZ MURCIA

Figura 10. Cementerio y muralla de Orihuela, Alicante (SS. X-XIII).



PLANO BASE. CASTILLO GALDIERO Y MARTÍNEZ MORENO

Figura 11. Sector urbano excavado en Pechina, Almería (s. X). Se han destacado las casas y el adarve que, al parecer, conformaban en origen una sola propiedad.

do o rectangular, propia de la mayor parte de las ciudades islámicas tradicionales, es un elemento fundamental en la formación del paisaje urbano y otro de los factores que contribuye a que siempre exista una cierta ordenación y regularidad, incluso en los asentamientos espontáneos. Si la célula del tejido urbano es una forma geométrica, es normal que las secundarias que se generan a partir de ella, conforme se adosan nuevas viviendas a las fundacionales, sean también de tendencia regular. Este modelo doméstico es uno de los principales factores que contribuyen a dotar a la medina de una personalidad propia, diferente de la ciudad del occidente cristiano⁵². En efecto, en las casas islámicas el patio y no la vía pública es la fuente principal de luz y ventilación y por tanto no es necesario que tengan fachada a una calle amplia⁵³. Gracias a ello y a una jurisprudencia que favorece el acuerdo entre vecinos y el uso compartido de las medianerías, el tejido urbano espontáneo crece por yuxtaposición de nuevas viviendas, conformándose muy frecuentemente unas manzanas muy anchas, penetradas por adarves que facilitan el ingreso a las propiedades interiores y en algunos casos se convierten en espacios en donde es posible

ejercer un cierto grado de solidaridad entre los grupos familiares⁵⁴. Por el contrario, en las ciudades islámicas en las que la vivienda de patio central no es la dominante, como sucede en Turquía, cambia la trama urbana y el adarve puede llegar a desaparecer por completo⁵⁵.

En términos generales se puede considerar que la construcción de la muralla es la culminación de la etapa constitutiva⁵⁶, caracterizada principalmente por la existencia de amplias zonas intramuros sin edificar, destinadas normalmente a la instalación de huertos y jardines; así como por la presencia también en el interior del perímetro amurallado de la mayor parte de los fenómenos que

52 La especial importancia que tiene el modelo de casa arabo-islámico en la configuración de este urbanismo ha sido puesto de relieve con anterioridad: «Aussi, d'emblée, avons-nous placé la maison au point de départ de notre recherche car c'est elle qui a été construite pour satisfaire les besoins fondamentaux et spécifiques d'une société, car c'est par elle qu'une configuration architecturale s'est imposée. (...) Cette culture sociale tire sa force de tout un système de relations humaines de base, et c'est par là que la disposition de la maison et sa place par rapport à une autre provoquent l'agencement urbain» (CHEVALLIER, 1979, pp. 13-15); «Centre de reproduction de la société, la maison constitue donc, à raison, le cœur de la ville» (BERARDI, 1979, p. 110). En un trabajo anterior ya tratamos este aspecto de manera más detallada, resaltando la transformaciones que se producen en la medina, tras la conquista cristiana, al implantarse un nuevo modelo de casa (JIMÉNEZ y NAVARRO, 2001 b, pp. 108 y 112).

53 «La maison musulmane (...) peut en effet se dispenser presque totalement d'une <<façade>> sur une voie publique ou privée...» (LÉZINE, 1971, p. 132); «la cour est aussi le seul endroit de la ville où l'on voit apparaître des façades décorées» (BERARDI, 1979, p. 108).

54 BERARDI, 1979, p. 111.

55 LÉZINE, 1971, p. 129, nota 3.

56 No podemos ignorar los escasos pero reales ejemplos de ciudades que no se dotaron nunca de murallas o su erección fue muy tardía, lo que de alguna manera viene a demostrar que una medina puede estar perfectamente constituida sin esta barrera arquitectónica.



Figura 12. Horno de vidrio excavado en un solar excavado en la calle Polo de Medina, esquina plaza de Belluga de Murcia (s. XII). Apréciase la banqueta ultrasemicircular en la que se han destacado las huellas de los crisoles.

se suelen calificar como periurbanos en la ciudad saturada (fig. 1): cementerios, alfares, tenerías, etc. A continuación nos ocuparemos de todos estos aspectos.

Murallas fundacionales

La construcción de las primeras murallas supone la culminación del periodo de constitución de la medina. Por tanto, el conocimiento detallado de las cercas que se levantaron con el fin de

proteger las ciudades más tempranas de al-Andalus sería de gran ayuda para comprender las pautas de este proceso formativo pero, por desgracia, apenas nos ha llegado información alguna al respecto. De hecho, sólo podemos aproximarnos a este tema mediante datos escasos y dispersos procedentes de las fuentes escritas y, cada vez más, de las arqueológicas. Parece lógico afirmar que su trazado contemplaba unas previsiones de crecimiento, lo que suponía encerrar amplias zonas vacías especialmente en la periferia del núcleo habitado. Además, su construcción estaba determinada por las estrategias de defensa y muy especialmente por la topografía del solar elegido⁵⁷. El condicionamiento económico (mano de obra y materiales) no debió de ser el más importante a la hora de precisar la extensión de las murallas paleoandalusíes, pues se solía emplear materiales pobres extraídos y/o elaborados a pie de obra (adobes, tapia de tierra, mampostería)⁵⁸. No se puede defender para una ciudad que la construcción de su muralla, la saturación de su caserío y su desbordamiento extramuros sean contemporáneos, pues cuando se constituye una cerca urbana se hace con unos pronósticos de crecimiento y, como es lógico, no deja fuera de su perímetro ningún arrabal⁵⁹. Lézine, interesado en afirmar la validez de sus cálculos demográficos basados en la superficie de las mezquitas y su comparación con la extensión de los perímetros amurallados, considera que la previsión era una preocupación ajena a los arquitectos medievales y que este concepto sólo se da a partir de la «*démographie galopante*» de los tiempos actuales. La prueba que, según Lézine, justifica esta afirmación son las múltiples ampliaciones o reconstrucciones durante la Edad Media de mezquitas que quedaron demasiado pequeñas⁶⁰. Nosotros, sin embargo, somos de la opinión de que este hecho puede demostrar que los cálculos iniciales fueron superados, pero no sirve para afirmar la ausencia de unas previsiones realizadas en la fase constituyente de toda ciudad. Por el contrario, consideramos que los espacios vacíos que, a modo de cinturón, existían entre el caserío y las murallas sólo pueden entenderse como áreas de reserva destinadas a ser edificadas conforme el crecimiento urbano así lo exigiera (fig. 1).

Creemos que uno de los factores que han dificultado la comprensión de los recintos fundacionales y su posterior evolución ha sido la existencia en la mayor parte de las ciudades andalusíes de unas potentes murallas de tapial de hormigón levantadas tardíamente (siglos XII y XIII)⁶¹, cuando se hizo mucho más patente la amenaza militar de los reinos cristianos, cuya edificación sobre el mismo trazado de los recintos anteriores borró todo rastro de unas defensas más pobres desde el punto de

57 «*C'est la topographie qui a dicté le plan et non l'extension réelle du terrain bâti*» (MARÇAIS, 1957, p. 224).

58 Su empleo también está documentado en ciudades norteafricanas como Túnez que hasta el siglo VIII no fue «*entourée d'une enceinte construite en partie en argile (tîn) et en brique crue (libn)*» (DAOULATI, 1976, p. 46); «*..les plus anciens remparts d'autres villes musulmanes d'Ifrîqiya étant généralement faits de pisé, de briques crues ou de briques cuites*» (LÉZINE, s/a, p. 44). Respecto a las murallas de Qairawan (1052) este último autor comenta que «*Même s'il avait été construit en pisé ou en briques crues, ses fondations devaient comporter au moins quelques assises en moellons*» (LÉZINE, 1967, p. 1, nota 5).

59 Para Valencia se ha propuesto que «*la configuración de la medina a partir de época taifa vendría marcada por la delimitación de la muralla así como por una fuerte actividad constructiva...*» que «*...se extendería hasta ocupar todo el solar urbano, desbordando incluso los límites del mismo en arrabales a extramuros...*» SORIANO, R., y PASCUAL, J., «Aproximación al urbanismo de la Valencia medieval. De la baja romanidad a la conquista feudal», en R. Azuar, S. Gutiérrez y F. Valdés (eds.), *Urbanismo medieval del País Valenciano*, Madrid, 1993, pp. 331-351 (p. 342); si esta descripción que presenta a Valencia en el siglo XI como ciudad saturada y desbordada es cierta sería necesario que su perímetro murado estuviera constituido al menos un siglo antes.

60 LÉZINE, 1971, p. 20.

61 Tan sólo a modo de ejemplo podemos citar las de Sevilla, Córdoba, Málaga y Murcia.

62 Al estudiar la muralla medieval de Alepo se ha dicho que «*une enceinte fortifiée est donc normalement entretenue et rebâtie sur place aussi longtemps que possible...*» SAUVAGET, J., «*L'enceinte primitive de la ville d'Alep*», en *Mémorial Jean Sauvaget*, Damasco, 1954, t. I, pp. 63-92 (p. 65).

vista constructivo. En efecto, una vez establecida, la cerca se convierte en un elemento urbano muy estable, que se repara con frecuencia pero que raramente experimenta cambios significativos en su trazado⁶². De igual manera que las murallas de tapial calicastro fueron después reparadas muchas veces con mampostería hasta perder su aspecto original, también hay que entender que las defensas paleoandalusíes de tierra fueron en gran medida reparadas o/y reedificadas con argamasa a partir de época almorávide, con la diferencia de que, en este caso, desapareció casi toda huella de la obra anterior y sólo cuidadosas excavaciones pueden revelar algún dato al respecto. Estos planteamientos colisionan frontalmente con la visión tradicional de la ciudad islámica, que entiende que todo crecimiento urbano o la construcción de una nueva muralla conlleva la creación de un perímetro nuevo mas amplio⁶³, excluyendo así toda idea de saturación de un mismo espacio cercado, o la sustitución de una antigua muralla de tierra por otra más sólida en el mismo emplazamiento; la representación gráfica de esta visión tradicional consistiría en una serie de recintos concéntricos (fig.1)⁶⁴.

Aún no tenemos suficiente información acerca de este fenómeno aunque sí existen algunos ejemplos sobre los que queremos llamar la atención. En relación con las sólidas murallas de tapial de hormigón de Sevilla, que tradicionalmente vienen fechándose en época almorávide–almohade, Tahiri cree que los africanos se limitaron a «...efectuar obras de restauración en la parte defectuosa de la muralla preexistente...», cuyo trazado fue «...hecho por los Abadís como medida urgente de defensa contra los ataques de los almorávides»⁶⁵. La hipótesis de Tahiri, que con anterioridad ya la expuso Torres Balbás⁶⁶, nos parece muy sugerente pues al defender la existencia de unas murallas de tierra del siglo XI, rehechas en el XII mediante sólidos tapiales de hormigón, coincide en líneas generales con la nuestra. Sabemos por las fuentes que las murallas fundacionales de Badajoz que ordenó levantar al-Yilliqi estaban hechas de tapial de tierra (*turab*)⁶⁷. También las fuentes árabes indican que la primitiva muralla de Sfax (s. IX) era de adobe y que fue reparada más tarde con piedra; según al-Bakri (s. XI) el muro era de adobe y piedra y ya en el siglo XII al-Idrisi nos refiere que era completamente de piedra. Estas noticias las recoge Georges Marçais⁶⁸ y de ellas podemos concluir que la obra original del siglo IX era de adobe con zócalo de piedra y que varios siglos después las continuas reparaciones la transformaron, dándole el aspecto pétreo que nos transmite al-Idrisi. Este puede ser también el caso de Túnez que, según Daoulatti, no contó con otros recintos de murallas más antiguos y reducidos que las del siglo XIII, pues en el caso de que hubieran existido habrían «*laissé des traces qu'on aurait facilement repérées sur le plan*»⁶⁹. Las murallas de Valencia fueron rehechas en época taifa, según explican Ibn Hayyan y al-Udri, aunque en el s. X la ciudad ya contaba con una cerca «*de piedra con cimientos de adobe*», según al-Razi⁷⁰, lo que

63 En los estudios sobre la ciudad cristiana occidental también se han formulado similares planteamientos: «*l'agrandissement continu de leur superficie manifesté notamment par la construction d'enceintes successives...*» (GÉNICOT, 1953, p. 453).

64 Especial interés tiene el gráfico titulado «*restitution théorique des contours anciens de la ville*» de Qayrawan realizado por Lézine (1967, p. 66, fig. 4).

65 2001, pp. 222 y 224.

66 Este autor identificó las murallas de Sevilla como obra almorávide y almohade, aunque construidas en «*el mismo perímetro de las de época anterior*» (1955, p.56, nota 1).

67 AL- HIMYARI, *La péninsule Ibérique au Moyen Âge d'après le «Kitab ar-rawd al-mi,tar fi habar al-aktar» d'Ibn,Abd al-Mun'im al-Himyari*, ed. y trad. É. Lévy-Provençal, Leiden 1938 (p. 58).

68 1954, p. 36, nota 5.

69 1976, p. 47, nota 85.

70 PASCUAL y MARTÍ, 2001. p. 292.

71 RODRÍGUEZ, 2001, pp. 104-105 y 140-141.

seguramente se debe a un fenómeno análogo al comentado para Sfax. En Granada, las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en el Carmen de la Muralla han permitido comprobar la existencia de un primitivo recinto de tapial que es rehecho en época almorávide casi en el mismo lugar⁷¹. Conocemos bien el caso de Murcia puesto que lo hemos estudiado directamente a través de fuentes escritas y arqueológicas, lo que nos ha permitido llegar a la conclusión de que en esta ciudad existía una fortificación de tierra, sin zócalo de mampostería, cuyo trazado coincidía total o parcialmente con el de la obra de hormigón más reciente que es la que conoció la conquista cristiana y que nadie fecha antes de la segunda mitad del siglo XI⁷².

Evidentemente, el conocimiento del trazado de las murallas paleoandalusíes no es una cuestión baladí para el estudio del urbanismo de ese momento, pues de lo contrario seguiremos tratando de establecer la extensión y características de las ciudades a partir de conjeturas infundadas y apriorísticas, como por ejemplo la situación de los establecimientos supuestamente «periurbanos», a saber: alfares, tenerías y cementerios, que sólo a partir de nuestra 2ª fase (expansión) empiezan a situarse extramuros (fig. 1). Simplificando el fenómeno, podemos afirmar que tanto unas murallas como las otras cercaron la misma superficie urbana, pero no el mismo paisaje⁷³. Las antiguas de tierra delimitaron un tipo de ciudad en donde un caserío más o menos disperso convivía con amplias zonas verdes de carácter productivo y ornamental, con áreas artesanales e incluso con sus cementerios, puesto que en este momento la ciudad no se ha densificado y por lo tanto no tenía necesidad de expulsarlos de su recinto; sólo en época muy tardía los encontraremos mayoritariamente en los arrabales y será entonces cuando los podremos considerar fenómenos periurbanos⁷⁴.

Espacios vacíos intramuros

Una visión prejuzgada ha venido contraponiendo las imágenes de las ciudades medievales cristianas e islámicas en cuanto a densidad se refiere: mientras que las primeras eran vistas como

72 JIMÉNEZ y NAVARRO, 2000, pp. 73-82.

73 En este sentido se pronuncia Gisbert (1993, p. 72) en relación a Denia, cuando rechaza la tesis de Azuar que proponía la ampliación del recinto murado, «Hay que defender la integridad del perímetro amurallado y de la superficie de la medina desde el siglo XI, aunque es probable que el espacio urbano durante el siglo XII presente una mayor densidad...».

74 Es curioso comprobar cómo ha calado la idea de que la medina desde su fundación tiene arrabal y por tanto hay una clara separación espacial desde su inicio entre los fenómenos urbanos y los periurbanos: «...sí parece claro que, como es habitual en la configuración de las medinas y de su zona periurbana, el posterior arrabal de San Nicolás estaría destinado, desde los primeros asentamientos islámicos y hasta, muy posiblemente, el siglo XII, a lugar de ubicación de la zona «industrial» y de la necrópolis de la medina...» (ROSSER, 1993, p. 47).

75 En obras de carácter general sobre el urbanismo medieval se estudian los grandes espacios verdes intramuros como un rasgo más de la ciudad medieval cristiana (JEHEL y RACINET, 1996, pp. 145-149). Refiriéndose a las ciudades del antiguo reino de Francia, Leguay comenta las previsiones de futuro de las medievales europeas afirmando que subsisten en ellas «...de vastes espaces vides, y compris intra-muros»; más adelante continúa diciendo que «Ces zones vertes qui font tomber les densités à l'hectare sont nécessaires au ravitaillement familial et facilitent, le moment venu, l'aménagement de nouveaux immeubles...»; en la página siguiente reitera que «Cette toile de fond rurale, qui donne aux villes l'impression de flotter dans leur corset de murailles, est générale» LEGUAY, J.P., «Propriété et le marché de l'immobilier à la fin du Moyen Âge dans le royaume de France et dans les grands fiefs périphériques», *D'une ville à l'autre. Structures matérielles et organisation de l'espace dans les villes européennes (XIII-XVI siècles)*, Roma, 1989, pp. 135-199 (pp. 166-167).

76 Una ciudad árabe «était un agrégat d'objets architecturaux, enserrant des voies de circulation en général étroites et ne comportant que très rarement des espaces de rassemblement ou de respiration étendus. Cet ensemble était suffisamment dense et homogène...» (BIANQUIS, 1998, p. 12). El mismo discurso hacía Torres Balbás refiriéndose a las ciudades hispanomusulmanas, cuyos barrios no estaban «separados por amplios espacios libres» como si sucedía con «las cristianas de la mitad septentrional de la Península» (1955, p. 46).

espacios en los que convivían armoniosamente áreas vacías y caserío⁷⁵, a las segundas se las asociaba habitualmente con tejidos urbanos abigarrados en los que escaseaban o no existían zonas sin construcciones⁷⁶, sin tener en cuenta los valiosos ejemplos de medinas tradicionales que llegaron bien conservadas a principios del siglo XX⁷⁷ y la información que facilitaban las fuentes escritas y la arqueología en contra de esa imagen. Lézine fue uno de los primeros en criticar esta idea afirmando que, sin necesidad de remontarse a la Edad Media sino sólo dos o tres siglos, las descripciones muestran que las antiguas ciudades musulmanas incluían espacios libres, plazas públicas, jardines y huertos que han desaparecido en la actualidad; el urbanismo en aquellos tiempos era mucho más «aéreo»⁷⁸. En ciertas ocasiones estos testimonios arqueológicos o textuales sirvieron de base a interpretaciones de carácter militar, pues se entendía que los huertos estarían «destinados a asegurar el abastecimiento provisional de la ciudad en caso de sitio»⁷⁹; en otras eran interpretados como expresión de la decadencia de una ciudad anteriormente densa, es decir, se consideraban manifestaciones de la regresión urbana⁸⁰, lo que sólo puntualmente es cierto⁸¹. Sin embargo, ahora queremos ocuparnos de un fenómeno mucho menos conocido: los espacios no

77 Para Fez contamos con la siguiente descripción de Le Tourneau: la «*proportion des espaces nus (jardins, cimetières, terrains vagues) était très considérable au début du XXème siècle. Mais la répartition de ces espaces libres est très particulière: presque tous se trouvent à la périphérie, tandis que les terrains bâtis sont tous groupés vers le centre...*» (1949, p. 150). Daoulati, en su interesante estudio de la medina de Túnez, aconseja que se distinga «*l'espace réservé à l'intérieur des remparts qui n'est pas obligatoirement entièrement urbanisé, de l'espace proprement urbanisé qui correspond à la zone bâtie et munie des organes essentiels à la vie musulmane*» (1976, p. 47, nota 87).

78 LÉZINE, 1971, pp. 124-125.

79 TRIKI, 1995, p. 99.

80 Así piensa Bianquis cuando se refiere a ciertas ciudades iraquíes durante el siglo XI: «*...des jardins, des terrains vagues et des décharges publiques occupaient de larges espaces à l'intérieur de cités comme Samarra, Kufa et Basra, témoignant du déclin de leur rôle politique et économique: leur murailles étaient devenues trop vastes pour leur populations.*» (1998, p. 13). Similar opinión tenía Torres Balbás cuando afirmaba que en «*épocas de decadencia, el anillo defensivo resultaría holgado...*» (1955, p. 44).

81 Esto es lo que debió suceder en la Córdoba del siglo XI tras la caída del califato y en muchas ciudades andalusíes después de la conquista cristiana; el abandono de barrios enteros y su transformación en áreas artesanales y en huertos hay que tenerlo en cuenta para poder entender la mayor o menor pervivencia de las tramas urbanas. Hay razones para pensar que el paisaje urbano de Fez a principios del siglo XX, caracterizado por la presencia intramuros de amplísimas zonas de huertos, cementerios, talleres alfareros, etc., se deba en parte al declive que la ciudad sufrió a partir del siglo XVII: «*En 1074/1664, le quartier de Ta'a qui tombait en ruine fut démolí et remplacé par des plantations qui s'étendirent de Bab Mahrouk au Derb el-Horra*» (LE TOURNEAU, 1949, p. 83). León el Africano nos transmite una imagen muy expresiva de una ciudad parcialmente abandonada en su descripción de Marraqués a mediados del siglo XVI: «*Siendo (la Kutubiyya) una de las mayores mezquitas del mundo, está abandonada hoy día, ya que sus feligreses no acostumbran a hacer en ella más que la oración del viernes y por lo poco poblada que está la ciudad, sobre todo las calles cercanas a dicho templo, por lo que se va con gran trabajo dadas las muchas tiendas en ruina que estorban la marcha. A la entrada de esa mezquita había cien tiendas de libreros, y otras tantas enfrente, pero ahora no se encuentra ninguna pues la pobre ciudad está vacía en sus dos terceras partes. En los solares se han plantado palmeras, uvas y otros frutales, ya que en los campos de fuera no puede la gente disponer de un palmo de terreno, a causa de los árabes*» LEÓN AFRICANO, J., *Descripción General del África y de las cosas peregrinas que allí hay*, (trad., intro., notas e índices por S. FANJUL), Barcelona-Madrid, 1995 (p. 104). Sobre la «*omniprésence des ruines*» urbanas como testimonio del declive de las medinas del siglo XIV en el actual Marruecos, *vid.* FERHAT, 1997, pp. 100-101.

82 Con lo dicho no pretendemos afirmar que la presencia de un huerto o de cualquier otro espacio abierto dentro de la medina deba interpretarse indiscutiblemente como un testimonio de ciudad no saturada. Hay otros factores, además de los cuantitativos, que deben tenerse en cuenta a la hora de valorar estos fenómenos, en especial si una de estas áreas se encuentra asociada a una vivienda de carácter aristocrático. En este último caso el poder adquisitivo de una familia puede justificar la pervivencia de estas áreas dentro de la ciudad.

83 Marçais ya observó este fenómeno: «*L'enceinte ainsi composée circonscrit la ville; mais fréquemment il arrive qu'elle laisse entre elle et les quartiers bâtis de larges espaces occupés par des terrains vagues ou des vergers*» (1957, p. 224). Algo

edificados y/o huertos como elementos característicos del período constitutivo de la medina⁸².

Se trataba de amplias zonas vacías situadas en la periferia del caserío habitado, que conformaban un cinturón perimetral anexo a la cara interna de la cerca⁸³, cuyo origen son las previsiones lógicas de crecimiento efectuadas cuando se trazaron las murallas fundacionales⁸⁴. Daoulatli hizo una propuesta de reconstrucción del paisaje urbano de la medina de Túnez en el siglo XI⁸⁵, defendiendo la presencia en el interior de su recinto murado de una zona «*urbanisée stricto-sensu*» separada de los cementerios urbanos por una zona intermedia «*occupée par un habitat dispersé et mal équipé (...) Ce genre d'habitat serait assimilé au type d'habitat périphérique*»; aunque este autor entiende que esos espacios abiertos son el resultado de «*l'effet repoussant des cimetières*», en lo que no estamos de acuerdo. La pervivencia de estos espacios verdes en la misma ciudad un siglo después la conocemos gracias también a al-Idrisi quien, al relatar la situación de inseguridad en la que vivían durante el gobierno hurasánida, nos da a conocer las dificultades que había para cultivar las tierras y que sólo las existentes intramuros permitían el sustento de la población⁸⁶.

Otro ejemplo al respecto lo encontramos en la Sevilla de mediados del siglo XII, pues sabemos que las tropas almohades recién llegadas fueron instaladas intramuros en «*el barrio del Cementerio (hawmat al-Yabbana), por dentro de Sevilla, para que estuvieran próximos del palacio*»⁸⁷; es evidente que la instalación de todo un ejército sólo se puede hacer en un espacio despejado, sin las habituales limitaciones que impone un caserío abigarrado.

similar afirma Deverdun: «*Comme à l'intérieur de toutes les villes médiévales fortifiées, il y avait encore des jardins et des vergers qui doubleraient le rempart d'une cadre de verdure.*» (1959, p. 145). Los estudios arqueológicos realizados en la antigua medina de Jaén han evidenciado que «*...la ciudad incluye no sólo zonas edificadas sino (...) una superficie aún mayor dedicada al cultivo*»; el caserío no se aproximaba «*a la muralla, donde en principio parece mantenerse un amplio espacio libre durante otro siglo*» (SALVATIERRA et al., 1994, p. 89). En este mismo artículo se publican varios planos explicando la evolución de la ciudad y de sus huertas interiores (figs. 2-4). En un plano de Mayurqa se puede ver las amplias zonas de huertos que había en el interior de la ciudad, junto a sus murallas, vid. RIERA FRAU, M., «La ciudad islámica en las islas Baleares», *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*, Madrid, 1998, pp. 207-217 (p. 213, fig. 3); GUTIÉRREZ LLORET, S., «Elementos del urbanismo de la capital de Mallorca: funcionalidad espacial», V *Jornades d'Estudis Històric Local: Les illes orientals d'al-Andalus i les seves relacions amb Sharq al-Andalus, Magrib i Europa cristiana (ss. VIII-XIII)*, Palma de Mallorca, 1987, pp. 205-224 (p. 224). También en Fez, a principios del s. XX: «*Au Nord, entre la Kasba des Filaliens et Bab Gisa, une bande de terrain nu de largeur variable s'étendait entre le rempart et les constructions (...) nouvelle bande de jardins entre le quartier de Blida et la muraille à l'Est (...) En somme, la ville ne venait coller au rempart que par deux pédoncules, aux deux portes principales.*» (LE TOURNEAU, 1949, p. 124). Es especialmente elocuente a este respecto el comentario que hace Daoulatli sobre la ciudad medieval cuando estudia el caso concreto de Túnez: «*Car la zone urbaine enserrée dans les remparts n'avait probablement pas une si forte densité d'habitat que de nos jours. Les jardins et les vergers n'étaient en effet jamais absents dans les villes médiévales. En fait, le monde rural et le monde urbain n'étaient pas complètement isolés l'un de l'autre*» (1976, p. 61).

84 Es especialmente elocuente a este respecto el comentario que hace Daoulatli sobre la ciudad medieval cuando estudia el caso concreto de Túnez: «*Car la zone urbaine enserrée dans les remparts n'avait probablement pas une si forte densité d'habitat que de nos jours. Les jardins et les vergers n'étaient en effet jamais absents dans les villes médiévales. En fait, le monde rural et le monde urbain n'étaient pas complètement isolés l'un de l'autre*» (1976, p. 61). Especial interés tiene la reflexión que hace Clara Delgado sobre los espacios vacíos existentes en el interior de Toledo según la documentación mozárabe (1137): «*Ello no comporta que estuviese todo él poblado desde el primer momento, sino que logicamente debía acoger huertas o terrenos cultivados que eran susceptibles de transformarse en viviendas cuando la demanda lo hiciese necesario*» (1999, p.131).

85 1976, p. 54 y fig. 7.

86 Citado por Daoulatli (1976, pp. 60 y 61).

87 VIGUERAS, 1998, p. 19.

88 Por ejemplo la ciudad de San'a, (Yemen) que en sus inicios presentaba un paisaje disperso con «*...très grands jardins à l'intérieur des îlots ...*» (ILBERT, 1990, p. 641), aunque, como es bien sabido, aquí el modelo doméstico nada tiene que ver con la casa de patio central.

Además, existen otros terrenos sin construir en el mismo corazón de la medina, en medio de un caserío que en este momento tiene un aspecto disperso debido, precisamente, a la abundancia de esas zonas libres⁸⁸ que eran también, en la mayoría de los casos, espacios de reserva directamente vinculados a las viviendas adyacentes, tal y como sucedía en Cufa según demuestran los textos, ejemplo del que nos ocuparemos más adelante, y en Fustat. En ésta última capital Goitein ha comprobado, a la luz de los documentos de la Geniza, que donde hubo terreno suficiente los edificios se diseñaron de tal manera que fuera factible su ampliación o que, al menos, una construcción pequeña pudiera levantarse adyacente a la mayor, pudiendo quedar así unida la familia extensa en crecimiento⁸⁹.

Las fuentes escritas nos proporcionan la descripción de algunas de estas fundaciones como es el caso de la Qasba almohade de Marraqués (1185-1190); según Ibn Sa'id estaba poblada de lujosas casas independientes, cada una de las cuales «tiene sus jardines, su baño, sus cuadras, sus aguas (...) El dueño sale a caballo por la puerta y ningún ojo extraño lo ve yendo a pie»⁹⁰. Por otra parte, la ausencia de estos espacios en el interior de una ciudad del siglo XII era extraña a los ojos de los contemporáneos, según relata al-Idrisi al describir Saltés: «Forma una densa aglomeración, sin espacio vacío entre sus construcciones». Ciertamente, la presencia de huertos y jardines dentro de una ciudad era considerada como signo de bienestar y calidad de vida, mientras que su ausencia denotaba congestión e insalubridad, tal y como recogen en muchas ocasiones las fuentes escritas⁹¹.

Algunos yacimientos arqueológicos, entre los que destacamos el despoblado jordano de Umm al-Yimal (fig. 7), Madinat al-Zahra, (fig. 8), Siyasa (fig. 2) o la propia ciudad Murcia (fig. 6), también nos permiten conocer cómo era una medina antes del proceso de saturación. Aunque se trata de realidades muy dispares por su cronología, entidad y situación geográfica, creemos que proporcionan datos complementarios acerca de la naturaleza dispersa de la ciudad islámica más temprana.

El interés urbanístico de Umm al-Yimal⁹² reside en que estamos ante uno de los escasos ejemplos de ciudad aún dispersa, abandonada antes de convertirse en una medina saturada, que quedó fosilizada en un momento temprano, cuando comenzaban a formarse algunas de las calles por aproximación de las diferentes agrupaciones, aunque aún predominaban los grandes espacios abiertos. En la planimetría se aprecian las manzanas, seguramente familiares, y las grandes viviendas que van creciendo por yuxtaposición de unidades domésticas cuando aún sobra espacio dentro del recinto amurallado. También se distinguen perfectamente tres agrupaciones de poblamiento con sus correspondientes manzanas, cuyos habitantes debieron de estar vinculados por lazos tribales o clánicos. No es de esperar que aquí sean frecuentes las particiones de viviendas por herencia. Incluso se aprecian los someros efectos de una cierta planificación que se limitó al recinto murado, donde se sitúan algunas puertas, y al fuerte que, a modo de alcazaba, está situado en uno de los flancos de la ciudad, con una puerta propia al exterior y otra al interior. Es curioso apreciar que algunas de las casas sirven a su vez de muralla, lo que parece indicar que tales propiedades existían antes de que se trazaran las defensas o que, al menos, se levantaron a la vez. Curiosamente, aunque su despoblación se produjo en época omeya, los restos conservados datan en su mayor parte del período tardo-bizantino, pero en cualquier caso se trata de una población árabe, de origen

89 GOITEIN, 1983, p. 77.

90 TRIKI, 1995, p. 103.

91 GOITEIN, 1983, p. 47.

92 DE VRIES, B., «Urbanization in the Basalt Region of North Jordan in Late Antiquity: the Case of Umm al-Jimal», *Studies in the History and Archaeology of Jordan II*, Amman-Londres, 1985, pp. 249-256.

nabateo, en la que el modelo social era seguramente oriental.

A diferencia de la anterior, Madinat al-Zahra', fundada en el 936/941 y abandonada en el 1010/1013, es un claro ejemplo planificado, pero también es un buen testimonio del aspecto que debió tener una medina antes de llegar a las habituales fases de saturación y desbordamiento. Su temprana destrucción permite apreciar en la planimetría publicada por Vallejo la existencia de amplias zonas interiores sin edificar cuyo uso no es fácil determinar. Creemos, no obstante, que el gran vacío situado en la parte central estaría destinado a huertos pues muestra trazas de una organización ortogonal que es propia de ciertos espacios irrigados⁹³. Este hecho, del que nos ocuparemos en detalle más adelante, tiene una gran importancia urbanística pues era muy frecuente que la organización regular habitual en los parcelarios y redes de caminos de huerta, una vez absorbidos por el caserío urbano y por lo tanto edificados, se mantuviera como trama urbana⁹⁴.

Las excavaciones arqueológicas en Carmona (Sevilla) han demostrado la existencia en época islámica de un espacio vacío en las proximidades de la mezquita mayor utilizado como vertedero y como tierra de labor⁹⁵.

Además de reservas extensas de suelo entre el caserío y las murallas, el asentamiento de los primeros grupos familiares en el interior de la medina de Murcia dejó amplios espacios libres entre las casas. No tenemos datos materiales que permitan saber su función, aunque parece lógico suponer que pertenecerían a las familias instaladas en sus proximidades y que podrían utilizarse como huertos o jardines. Contamos con un texto árabe que consideramos muy esclarecedor y que apoya la tesis por nosotros defendida: se trata de un párrafo del *Nafh al-tib* de Al-Maqqari relativo a la ciudad paleoandalusí y que dice: «Después de Tudmir, la capital pasó a ser Murcia, llamada al-Bustan (la Huerta) por sus numerosos huertos cercados. Tiene un río que fluye por su parte meridional»⁹⁶. Parece evidente que los huertos a que hace mención el texto estaban emplazados en el

93 Según A. Vallejo (1995, p. 74) «Lo más destacado del espacio de la medina es la existencia de grandes áreas no edificadas, vacíos constructivos que se corresponden con todo el frente del Alcázar, resultando una disposición que en modo alguno hay que considerar casual sino resultado de una planificación destinada a garantizar el aislamiento de dicho Alcázar en su tramo central y el mantenimiento de sus vistas exteriores.(...) A pesar de las transformaciones que contiene esta imagen de Madinat al-Zahra' en cuanto que refleja su organización en los últimos momentos de vida activa, estamos ante un ejemplo temprano y poco contaminado de fundación califal, sin los desarrollos tardíos que en otras ciudades capitales como El Cairo, acabarán distorsionando el esquema inicial al construir y colmar las áreas destinadas a uso califal, ofreciendo ese cliché de ciudad densa, abigarrada y aparentemente caótica con que llega a nuestros días». Estamos de acuerdo con todo ello excepto con su opinión acerca de la vinculación directa al Alcázar de las áreas no edificadas. A nuestro juicio, la planificación urbana contemplaba el establecimiento de determinadas zonas de reserva intramuros, destinadas a ser ocupadas cuando la dinámica del crecimiento urbano así lo demandara.

94 Sorprende comprobar que la organización más ortogonal de toda esta medina no corresponde al caserío sino al área no edificada destinada a huertos y jardines urbanos. Si Madinat al-Zahra' no hubiera sido destruida y hubiera pervivido lo suficiente para que sufriera el lógico proceso de saturación, nos habríamos encontrado que la antigua zona verde que ocupa la parte central de la ciudad estaría edificada, presentando unas manzanas de casas especialmente regulares que harían pensar a algunos que esta zona fue la que mereció una mayor atención en su diseño por parte del poder califal, mientras que los barrios cuyo trazado no es perpendicular a la muralla serían considerados como obras posteriores y realizados fuera de ese programa inicial, una vez que la vida de la ciudad alcanzó su autonomía respecto a los que la diseñaron inicialmente. En el plano publicado por Vallejo se puede apreciar la existencia de dos grupos de construcciones situados a cada lado del alcázar cuyo trazado es ajeno a las alineaciones marcadas por las murallas. La primera impresión que nos produce esta irregularidad que rompe la general organización de la ciudad es de que estamos ante construcciones anteriores al diseño y erección de la muralla; se trataría por tanto de los edificios más antiguos construidos fuera del alcázar.

95 LINEROS, R., et al., «Informe de las excavaciones arqueológicas en la plaza de San José/Julián Besteiro (Carmona, Sevilla)», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 86. III, pp. 366-369.

96 CARMONA GONZÁLEZ, A., «Murcia ¿Una fundación árabe? (Nuevos datos y conclusiones)», *Murcia Musulmana*, Murcia, 1989, pp. 85-147 (p. 103).

interior de la propia ciudad a la que daban nombre y que no se está hablando de la extensa y famosa vega del Segura, en donde las parcelas cultivadas con cerca o tapia son, y han sido siempre, excepcionales, pues resultan incompatibles con los sistemas de riego comunitario tradicionales. Estos huertos urbanos acabarían siendo edificados progresivamente ante el crecimiento de la población.

El despoblado de Siyasa nos ofrece otro ejemplo de amplia zona vacía intramuros (fig.2). Si observamos la planta del yacimiento podremos comprobar que en su frente meridional y en los sectores interiores próximos a la muralla no hay estructuras, lo que nos permite concluir que se trata de la zona de reserva prevista para el lógico crecimiento de esta comunidad andalusí que fue desarticulada por la conquista cristiana a mediados del s. XIII. La prospección arqueológica reflejada en la planimetría no permite precisar el alcance y extensión de lo reservado en el momento en el que se construyó la muralla, ni cuánto tiempo transcurrió entre la previsión inicial y la interrupción del proceso urbanístico de expansión y saturación. También existieron en la Siyasa más temprana áreas vacías entre las casas, que sólo en fases avanzadas fueron edificadas, según veremos más adelante.

Cementerios intramuros

Los cementerios son instalaciones que habitualmente han venido siendo consideradas como típicamente periurbanas⁹⁷, debido a que en las medinas tradicionales que llegaron a época colonial solían estar situados junto a las puertas pero extramuros⁹⁸. El desenfoque de partida fue considerar tal ubicación como arquetípica del urbanismo islámico sin tener en cuenta, como antes explicábamos, que se trata de núcleos que han sufrido un proceso de saturación que les confiere unas características determinadas, algunas de las cuales nada tienen que ver con la medina temprana. Por esta razón, muchos historiadores, al detectar la existencia de un almacabra intramuros, suelen interpretarlo como una fundación exterior, incorporada al recinto urbano debido a la ampliación de las murallas⁹⁹. Al no establecerse la distinción entre ciudad dispersa (1ª y 2ª fase) y densa (3ª y 4ª fase) se incurría en el grave error de creer que instalaciones de este tipo, que efectivamente suelen estar desplazadas a la periferia en las medinas tardías, han de estarlo también en los núcleos de población más tempranos que, como hemos visto, no tienen problema alguno en incluir en su

97 No nos referimos, evidentemente, a las rawdas o cementerios reales situadas en el interior de las alcazabas, que constituyen un fenómeno distinto.

98 Georges Marçais en su artículo «L'urbanisme musulman» afirma que los cementerios «*en terre d'Islâm, sont généralement placés en dehors de l'enceinte*» (MARÇAIS, 1957, p. 231). Opinión que han seguido otros muchos como TORRES BALBAS (1985, p. 235), DELGADO (1999, p. 20). Este criterio se ha venido defendiendo como norma a pesar de la existencia de notables excepciones incluso en las ciudades conocidas por la investigación tradicional; así, en Fez, en el barrio en el que se encuentra la mezquita al-Qarawiyyin se localiza un «*cimetière intra muros, celui de Sidi 'Ali el-Mzali, à l'Ouest de Bab Gisa, tout contre le rempart...*» (LE TOURNEAU, 1949, p. 134); también la ciudad de Túnez ha conservado hasta la actualidad dos pequeños cementerios intramuros que son los últimos vestigios de dos amplísimas áreas de inhumaciones situadas al noreste y oeste de la antigua medina (DAOULATLI, 1976, p. 167-171).

99 A este respecto Rosselló Bordoy (1989, p. 154) afirma lo siguiente: «*Aunque una necrópolis <<ab initio>> intramuros no sea lo normal en las ciudades andalusíes, pues el sistema funerario sigue las directrices derivadas del sistema romano, las sucesivas ampliaciones de la ciudad motivan que una primitiva necrópolis a extramuros de una determinada cerca, al ampliarse el recinto, deje su carácter externo para convertirse en una necrópolis urbana*». Este mismo planteamiento lo hemos compartido durante años, siendo nosotros los responsables de presentar el caso de S. Nicolás de Murcia como una fundación extramuros y posteriormente incorporada a la medina tras una supuesta ampliación de la cerca (NAVARRO, 1986, p. 13).

100 AL-MAWARDI, Abu l-Hasan, A., *al-Ahkam al-Sultaniyya*, El Cairo, 1960. p. 35, citado por AKBAR, 1988, p. 86; véase también ALSAYYAD, 1991, pp. 51-53.

recinto murado incluso espacios agrícolas o simplemente vacíos (fig. 1).

En las fuentes encontramos algún ejemplo elocuente de lo que venimos exponiendo: en Basora, fundada en el año 638, las diferentes tribus árabes recibieron una demarcación territorial o *jitta* en la que establecieron sus viviendas. Según al-Mawardi, en el centro de cada uno de estos cinco barrios, que a su vez circundaban la mezquita mayor y la *dar al-imara*, se reservó un amplio espacio libre (*rahba*) que servía para estabular los caballos, para orar y como cementerio¹⁰⁰. También en cada *jitta* de las veinte con que contaba Cufa, fundación contemporánea de Basora, las tribus establecieron su propia mezquita y su lugar de enterramiento¹⁰¹.

En Murcia se han podido detectar varios ejemplos de cementerios que no sólo estaban situados intramuros sino que fueron fundados en fechas tempranas sobre edificios preexistentes, normalmente casas (fig. 6)¹⁰². Este fenómeno constituye, a nuestro juicio, una prueba elocuente de que en la ciudad dispersa la presencia de almacabras intramuros no es, ni mucho menos, excepcional. Quizás el caso más paradigmático sea el de San Nicolás (fig. 9), pues se trata de un espacio situado en el extremo occidental de la medina y que, a mediados del siglo X, estuvo ocupado por un alfar que producía cerámicas típicas del «horizonte Madinat al-Zahra'»¹⁰³; en la segunda mitad del siglo X o comienzos del XI se levantó allí una gran vivienda compuesta, al menos, por dos núcleos residenciales¹⁰⁴ transformándose en una tercera fase en cementerio. Éste último se rodeó de un muro cuya cimentación estaba fabricada con tapial de hormigón, material que en al-Andalus parece generalizarse en la arquitectura domestica a finales del siglo XI o comienzos del XII. El cementerio se mantuvo en uso hasta la conquista cristiana, siempre en el interior del recinto amurallado de la medina. Un segundo ejemplo fue analizado en la calle Polo de Medina, en el centro de la ciudad, donde se documentó una suntuosa residencia de época califal amortizada por un cementerio que se instaló sobre ella y se mantuvo en uso desde el siglo XI hasta fines del XII o ya entrado el siglo XIII¹⁰⁵. El tercer ejemplo guarda ciertas similitudes con el primero, pues se trata de un solar de la calle S. Antonio, excavado a fines de los años ochenta, en donde se descubrió parte de un almacabra, algunos de cuyos enterramientos se habían efectuado en el interior de un salón preexistente¹⁰⁶. Recientes excavaciones llevadas a cabo en otro inmueble de plaza Amores, en el extremo oriental de la medina, han permitido comprobar la existencia de otro que amortizaba una vivienda de cronología aún indeterminada pero que seguramente habrá que fechar en el siglo X o en el XI, a juzgar por la técnica constructiva¹⁰⁷. En la calle San Pedro, en las proximidades de la iglesia del mismo nombre, se exhumó parte de otro instalado sobre niveles constructivos previos de época paleoislámica, cuya naturaleza no pudo ser definida¹⁰⁸. Se han excavado recientemente otros dos cementerios intramuros que fueron amortizados en época andalusí, aunque no sabemos si se fundaron sobre edificios preexistentes pues ambos permanecen aún inéditos: uno estaba situado

101 AKBAR, 1988, p. 88; MASSIGNON, 1963, vol. III, p.46.

102 Sobre este asunto véase JIMÉNEZ y NAVARRO, 2000, pp. 92-94.

103 NAVARRO, 1990b.

104 JIMÉNEZ y NAVARRO, 2001a, pp. 139-141 y 145.

105 POZO, 1991 y 1992.

106 Excavación dirigida por Dña. Esperanza Ramírez Segura, que en la actualidad permanece inédita.

107 Agradecemos la información acerca de esta excavación al arqueólogo D. Daniel Alonso Campoy.

108 CASTILLO MESEGUER, L., «Informe preliminar de la excavación: C/ San Pedro-C/ Aduana», *Memorias de Arqueología*, 5 (1990), 1996, pp. 399-403.

109 «Los enterramientos podían incluso tener lugar en el interior de las casas. Es el caso del andalusí Ibn Jayr (m. 575/1179), quien fue enterrado en su propia casa....No tengo noticias de que se hayan encontrado enterramientos en casas andalusíes excavadas»: FIERRO, M. I., «El espacio de los muertos: fetuas andalusíes sobre tumbas y cementerios», *L'urbanisme dans l'Occident musulman au Moyen Âge. Aspects juridiques*, Madrid, 2000, pp. 153-189 (p. 163).

en la calle Pascual y fue sustituido por tiendas, mientras que sobre el segundo, que se hallaba en la calle S. Pedro esquina con Desamparados, se construyó una casa.

Hay datos que nos permiten sospechar que al menos en el cementerio de S. Nicolás de Murcia se iniciaron las inhumaciones estando la vivienda en pie, pues dos de las tumbas más antiguas, que conservaron sus túmulos escalonados de piedra, fueron construidas en el salón principal de la casa (fig. 9)¹⁰⁹. Es difícil saber quiénes fueron los dos personajes allí enterrados cuyas sepulturas se significaron de tal manera y que debieron estar rematadas por las típicas *maqabriyyas* prismáticas que tan bien conocemos por los hallazgos almerienses. Las fuentes árabes mencionan el hecho de que ciertos personajes fueron enterrados en sus casas; éste es el caso de Sidi Muhriz Ibn Jalaf cuyo cementerio aún se puede visitar intramuros de la medina de Túnez, junto a la puerta Suwayqa¹¹⁰; también en esta misma ciudad a finales del siglo XV es enterrado en su propia vivienda Sidi Qasim al-Zaliyi¹¹¹; en Susa se conserva la *zawiya* al-Zakkak que en origen era la casa en donde se enterró el personaje que le da nombre¹¹²; se conoce el caso del poeta Qasim b. 'Abd al-Wahid que fue asesinado en extrañas circunstancias y enterrado en el patio de su casa cordobesa (916-917)¹¹³. Otros cementerios tunecinos como el de Bou Khrissan y el de Sidi Yûnus son de origen medieval y están situados intramuros¹¹⁴.

La mayor parte de estos cementerios creados sobre casas preexistentes¹¹⁵ los debieron hacer particulares movidos por el consejo coránico¹¹⁶, que prometía al «*que cuente en su haber con una bella intercesión (en favor de otro), (que) tendrá una buena parte de ella para sí mismo*». Este texto lo recoge en su tratado Ibn, Abdun recordándole al hombre piadoso que al «*que tome esta iniciativa meritoria gozará de sus beneficios después de la muerte y para siempre, como si hubiese edificado una mezquita*»¹¹⁷. El documento no sólo es interesante por lo que dice sino también por sus silencios pues, al igual que ordena a principios del siglo XII que se instalen fuera de la medina de Sevilla ciertos artesanados que ocupan mucho espacio, no indica lo mismo para los cementerios, lo que justifica que para fechas relativamente tardías (s. XI) se siga haciendo este tipo de fundaciones intramuros en otras ciudades, como es el caso de Murcia. El texto de Ibn, Abdun también informa de otra manera de fundar un cementerio, en este caso a iniciativa del cadí, que deberá «*pedir al gobierno que conceda autorización para comprar, a cargo del tesoro, el terreno (...) y establecer en él un cementerio...*»¹¹⁸; de la lectura de todos estos textos se deduce que sólo había iniciativa pública en el caso poco frecuente de que los particulares no cubrieran la necesidad y se creara entonces un serio problema a la comunidad. Independientemente de estas cuestiones, lo que ahora nos interesa destacar es el hecho de que se trata de instalaciones que pudieron ser creadas

110 DAOULATLI, 1976, p. 51, nota 96.

111 DAOULATLI, 1976, p. 148. En la actualidad se conserva el complejo funerario que fue restaurado por España entre los años 1974 y 1980; un estudio detallado del mismo se puede ver en: ALMAGRO, A., *Tres monumentos islámicos restaurados por España en el Mundo Árabe*, Madrid, 1981 (pp. 91-131).

112 LÉZINE, 1971, p. 114.

113 IBN HAYYAN, «Al-Muqtabis de Ibn Hayyan», traducción de José E. Guráieb en *Cuadernos de Historia de España*, XVI (1951), p. 156.

114 LÉZINE, 1971, p. 155.

115 En Valencia se ha documentado un caso similar situado en el arrabal de Roterós (GONZÁLEZ, 2000, p. 417).

116 Esta piedad es la que también explica un fenómeno similar como es el hecho de transformar una casa en oratorio, tal y como sucedió en Susa con la mezquita de Sidi, Ali, Ammar (LÉZINE, 1971, p. 110-114).

117 GARCÍA y LÉVI-PROVENÇAL, 1981, p. 96, nº 52.

118 GARCÍA y LÉVI-PROVENÇAL, 1981, p. 95, nº 52.

119 Es evidente que si Murcia no hubiera sufrido la conquista cristiana del siglo XIII, manteniéndose como medina durante varios siglos más, es muy probable que hubiera terminado expulsando de su interior a la mayoría de los cementerios que llegaron en activo a la conquista de 1243.

intramuros porque había espacio suficiente y la demanda de suelo urbano para viviendas no era tan grande como para hacer inviables tales iniciativas. Cabría pensar que estamos ante la invasión de la medina por elementos periurbanos debido a una gravísima recesión demográfica, pero las evidencias históricas demuestran que, por el contrario, Murcia experimentó en el siglo XI un desarrollo importante, análogo al de la mayor parte de las ciudades andalusíes y especialmente de las levantinas. El abandono de algunos de estos cementerios antes de la conquista de 1243 creemos que debe interpretarse como una consecuencia derivada de la saturación urbana¹¹⁹.

Este fenómeno, bien documentado en Murcia, demuestra que algunos de los cementerios intramuros que han sido hallados en núcleos saturados de otras partes de al-Andalus o que mencionan las fuentes árabes¹²⁰, no pueden ser considerados automáticamente como fundaciones exteriores incluidas tardíamente en el recinto urbano y, por consiguiente, su valor para calibrar y fechar el crecimiento de la ciudad ha de ser redefinido. Entre éstos, el primero que habría que cuestionar es, precisamente, el de Santa Eulalia de Murcia, establecimiento intramuros que desde que fuera excavado a mediados de los años 60 por Jorge Aragonese ha sido considerado un típico ejemplo de *maqbara* periurbana, incorporada a la medina por el trazado de una supuesta muralla más nueva que ampliaba el perímetro anterior¹²¹. Una de las últimas intervenciones llevadas a cabo en este área ha demostrado que la cara interior original de la cerca era de tierra y que, por tanto, el cementerio siempre estuvo situado intramuros, tal y como nosotros habíamos anunciado¹²², pero además ha permitido comprobar que al menos un sector del espacio funerario se fundó a fines del s. XI o comienzos del XII sobre construcciones, seguramente casas, más antiguas¹²³.

120 Conservamos noticias textuales de dos cementerios intramuros en la ciudad de Córdoba PINILLA, R., «Aportaciones al estudio de la topografía de Córdoba islámica: almacabras», *Qurtuba*, 1997, pp. 176-214 (pp. 211 y 212). El prejuicio antes señalado de considerar todo cementerio como un hecho periurbano no sólo ha distorsionado la información proporcionada por la Arqueología sino incluso la ofrecida por las fuentes árabes; un ejemplo de lo que venimos comentando podemos verlo en el siguiente comentario: «tenemos la imagen a través del tratado de *hisba* de Ibn 'Abdun de una ciudad totalmente saturada, donde sus habitantes se ven forzados a construir sus casas en los cementerios, es decir, extramuros» (VALOR PIECHOTTA, M. y RAMÍREZ DEL RÍO, J. «Sobre la cronología de las murallas», *Sevilla Almohade*, Sevilla-Rabat, 1999, pp. 27-39, -p. 29-); de la lectura del texto de Ibn 'Abdun no se puede concluir que los cementerios sevillanos a los que se refiere estuvieran fuera de las murallas, pues para entonces no era necesario especificar su ubicación; más bien somos de la opinión de que Ibn 'Abdun habla de *maqbaras* situadas en la medina. Al menos, a mediados del siglo XII, sabemos por las fuentes árabes de la existencia intramuros de Sevilla de un <<barrio del cementerio>> (*hawmat al-Yabbana*) (VIGUERAS, 1998, p.19).

121 Para Jorge Aragonese (1966, p. 102 y 103) la presencia del cementerio intramuros le «lleva al convencimiento de la existencia de una línea de muralla más antigua, de los siglos X u XI, retranqueada con relación a la encontrada, a cuyo pie y a extramuros se extendería la *maqbara* que ahora hemos excavado. Este cementerio, al crecer la ciudad en el siglo XII, quedó sin servicio a intramuros del recinto defensivo».

122 JIMÉNEZ y NAVARRO, 2000, p. 82.

123 SÁNCHEZ PRAVIA, J. A., «Entre defensas, edificios religiosos y cementerios. Actuación arqueológica en el entorno de la Capilla de San José, Iglesia de Santa Eulalia (Murcia)», *Memorias de Arqueología*, 10 (1995), 2002, pp. 595-623.

124 Su emplazamiento intramuros lo hemos venido interpretando en anteriores trabajos como un hecho excepcional que sólo se podía entender como un intento de incorporar al recinto amurallado una zona elevada inmediata que, si hubiera quedado fuera de las murallas, habría sido un peligro para su defensa. Hemos de reconocer que ciertos prejuicios en toda investigación generan distorsiones de la realidad histórica difíciles de evitar. Con este caso reinterpretado a la luz de los nuevos planteamientos nos reafirmamos en el criterio que defiende que el cementerio en la ciudad paleoandalusí no tiene por qué ser un hecho periurbano.

125 GISBERT, 1993, p. 72.

126 Este ejemplo nos permite advertir que es frecuente en las fuentes árabes encontrar menciones a cementerios que son denominados con el nombre de la puerta inmediata, y a la inversa puertas que tomaban el nombre de la almacabra cercana, sin que en la mayoría de los casos el texto indique si se trata de una instalación situada fuera o dentro de la medina; no obstante, no conocemos ni un sólo caso entre los que las han leído que no supongan de inmediato que se trataba siempre de fenómenos periurbanos.

El hallazgo fuera de Murcia de otros viene a demostrar que lo estudiado en esta ciudad no es un comportamiento local. El cementerio intramuros de Siyasa es un caso elocuente de cómo un hecho tradicionalmente considerado periurbano es plenamente urbano en la ciudad que no ha sufrido todavía su completa saturación¹²⁴. Denia ya ha proporcionado otro caso interesante, perteneciente a «*un momento avanzado de la ciudad árabe*» que estaba emplazado «*sobre vestigios de edificios domésticos*»¹²⁵; también en su singular arrabal llamado del Fortí se dispuso desde el principio que su almacabra estuviera intramuros, junto a la puerta¹²⁶ que afrontaba la medina y abierta a la calle principal; con el paso del tiempo y presionado por la escasez de espacio las sepulturas terminaron invadiendo la calle¹²⁷. Orihuela es otro caso recientemente descubierto y bien fechado por tres lápidas del siglo X¹²⁸; aparece adosado a la muralla y bajo los niveles funerarios se encontraron restos de muros, compuestos por zócalos de mampostería tomada con barro, que presumiblemente corresponden a viviendas emirales (fig. 10). En Balaguer existía otro cementerio¹²⁹, al igual que en Valencia¹³⁰ y en la ciudad de Alicante; en esta última también se ha excavado uno y de un segundo se tienen noticias documentales¹³¹. En Pechina (fig. 11), donde el caserío y el cementerio sólo están separados por una calle, el habitual prejuicio de creer que la *maqbara* es una instalación comunitaria que hay que situar fuera de las murallas, forzó la interpretación de que las inhumaciones se realizaron ante un «progresivo abandono» de las viviendas, aunque el estudio del material cerámico obligó a concluir que eran coetáneos¹³². Aún más forzada es la explicación que se ha dado al cementerio de la Almoína de Valencia, pues según sus excavadores «*constituye, en sí, un caso atípico (...) por hallarse a intramuros de la ciudad. Esta circunstancia nos indujo a pensar, en principio, que se trataba de la rawda (...) o tal vez se tratase de un osario establecido durante el asedio de la ciudad por el Cid...*»¹³³.

Instalaciones artesanales intramuros

Al igual que los cementerios, las instalaciones artesanales, y muy especialmente los talleres alfareros y las tenerías, han venido siendo considerados por la bibliografía más antigua como fenómenos típicamente periurbanos¹³⁴. Esto, sin embargo, en muchas ocasiones no concuerda con la información que proporcionan las excavaciones arqueológicas y las fuentes escritas medievales debido a que, como ya expusimos antes, el modelo de medina que se ha generalizado entre los

127 La excavación permanece inédita pero pudimos visitarla acompañados por su director, nuestro querido colega Josep Gisbert. Aprovechamos la ocasión para agradecerle las valiosas explicaciones que nos ofreció durante la visita al yacimiento a finales del año 2000.

128 MARTÍNEZ NÚÑEZ, M.^a A., «Estelas funerarias de época califal aparecidas en Orihuela (Alicante)», *Al-Qantara*, 22 (2001), fasc. 1, pp. 45-76.

129 GARCÍA BIOSCA *et al.*, 1998, p.143; GIRALT, 1994, 224.

130 GONZÁLEZ, 2000, p. 417.

131 ROSSER, 1993, p. 43.

132 CASTILLO, MARTÍNEZ y ACIÉN, 1987, p. 541.

133 L'ALMOINA. VIATGE A LA MEMÒRIA HISTÒRICA DE LA CIUTAT, Valencia, 1987. Catálogo de la exposición; PASCUAL PACHECO, J., «La necrópolis islámica de L'Almoína (Valencia). Primeros resultados arqueológicos», *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española. Tomo II. Comunicaciones*, Oviedo, 1989, pp. 406-412.

134 «*Dans les quartiers de la périphérie seront également les industries qui demandent de l'espace et dont le voisinage peut être considéré comme indésirable: les teinturiers, les tanneurs et, presque hors ville, les potiers*» (MARÇAIS, 1956, p. 231). Este mismo criterio lo han compartido la mayor parte de los investigadores españoles, a modo de ejemplo citaremos a Clara Delgado (1999, p. 17).

135 RAYMOND, 1990, p.192.

investigadores refleja una realidad urbana muy tardía que nada tiene que ver con la de otras épocas. A continuación nos ocuparemos de algunos ejemplos que demuestran que el emplazamiento de las instalaciones artesanales depende también en gran medida del grado de saturación del tejido urbano y, en última instancia, de la mayor o menor disponibilidad de espacio en el interior del recinto amurallado¹³⁵.

En la Murcia andalusí, detrás de las tiendas que flanqueaban su arteria principal, solían situarse casas, pero también instalaciones artesanales cuyos productos se comercializaban en el zoco colindante. Dos de estos talleres destinados a la fabricación de vidrio estaban muy cerca de la mezquita aljama: en el menor, abierto a la actual plaza Belluga (fig. 12), se halló un horno de grandes dimensiones en excelente estado de conservación; en el segundo, descubierto en el casón de Puxmarina (fig. 21), encontramos tres hornos para la fusión del vidrio, otro metalúrgico y un quinto de doble cámara que quizás se empleó como horno de enfriamiento¹³⁶. Otra agrupación artesanal se ha venido documentando en el arranque de la bifurcación de la calle San Nicolás con respecto a la de San Pedro, es decir, en el sector occidental de la vía principal. En tres solares excavados en esta zona se han hallado evidencias de instalaciones destinadas a la manufactura del hierro: se trata de pequeños hornos de forja y desechos de producción metálica, especialmente nódulos férricos¹³⁷. Los dos casos comentados parecen indicar que en la Murcia islámica los talleres de un mismo artesanado tienden a agruparse en sectores diferenciados del zoco¹³⁸, pero también cabe concluir que los obradores dedicados a las manufacturas metálicas y del vidrio tuvieron muy presente la cercanía de los puntos de comercialización, prevaleciendo este criterio sobre otros como la menor carestía del suelo en áreas más alejadas del centro de la medina o la existencia de menos riesgos de polución e incendio¹³⁹. También se han localizado alfares de los siglos X y XI en el interior del recinto amurallado (fig. 13)¹⁴⁰, lo que se ha interpretado automáticamente como una prueba de la existencia de una muralla anterior de perímetro más reducido, hipótesis que en la actualidad nos parece infundada pues, como venimos repitiendo, en la ciudad dispersa, en la que abundan las áreas cultivadas y los espacios vacíos, los alfares pueden también establecerse intramuros siempre que lo hagan en áreas más o menos periféricas donde no ocasionen molestias ni peligro.

Fuera de Murcia tenemos noticias del hallazgo en el interior de la medina de Alicante de un

136 JIMÉNEZ CASTILLO, P., MUÑOZ LÓPEZ, F. y THIRIOT, J., «Les ateliers urbains de verriers de Murcia au XIIe s. (C. Puxmarina et Pl. Belluga)», *Arts du feu et productions artisanales. XXèmes Rencontres internationales d'Antibes*, Antibes, 2000, pp. 433-452.

137 GALLEGU GALLARDO, J., «Memoria de las excavaciones de urgencia realizadas en C/ San Nicolás, 6. Riquelme (Murcia). Octubre 1988/enero 1989», *Memorias de Arqueología*, 4 (1989), 1993, pp. 351-380.

138 Lo que no significa que existieran gremios en el sentido occidental del término (CAHEN, 1970; STERN, 1970, pp. 36-50).

139 A pesar de que contamos con textos como el *Atar al-uwal fi tartib ad-Duwal* de al-Hasan b., Abd Allah, escrito en 1308 d. C., en donde se dice: «que el gobernador de El Cairo deberá asignar a los talleres de vidrio un emplazamiento alejado del centro de la ciudad» (MARÇAIS, G. y POINSSOT, L., *Objets Kairouanais, XIe au XIIIe siècle. Reliures, verreries, cuivres et bronzes, bijoux*, 2 vol., Túnez, 1948, pp. 373, nota 1), la evidencia arqueológica en Murcia es muy diferente, lo que demuestra que cada núcleo urbano, en función de las necesidades de suelo que tuviera, presionaba más o menos a sus instalaciones artesanales para que abandonaran el interior de la ciudad.

140 NAVARRO PALAZÓN, 1990b; MUÑOZ LÓPEZ, F., «Sobre la evolución de una manzana de casas andalusíes», *Memorias de Arqueología*, 8 (1993), 1999, pp. 415-436.

141 ROSER, 1993, p. 43.

142 GIRALT, 1994, 242 y 243.

143 LE TOURNEAU, 1949, p. 112.

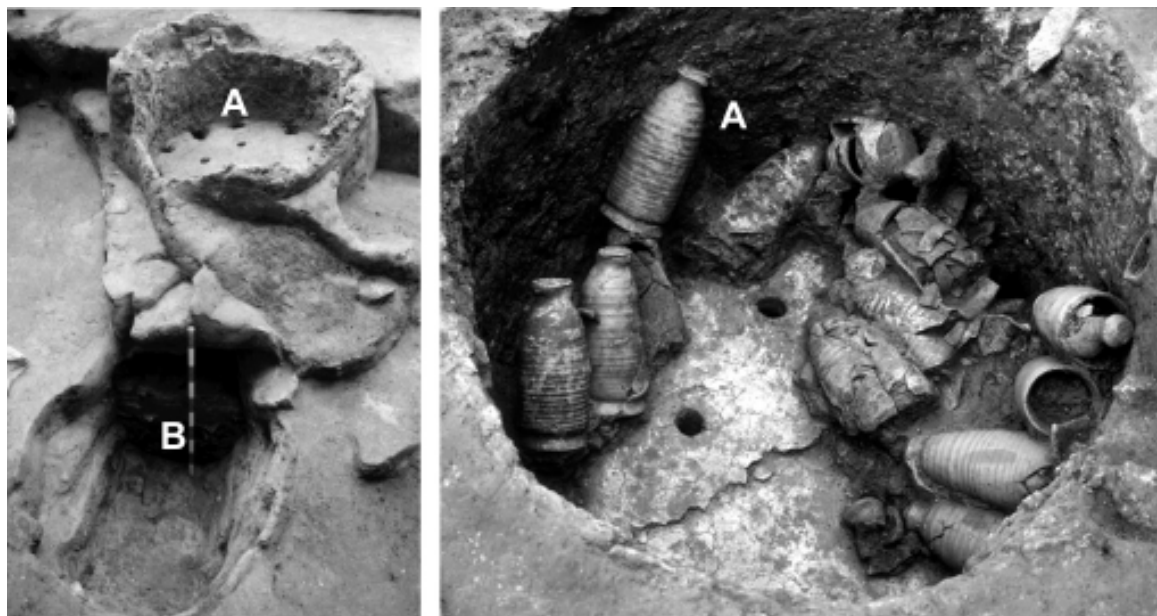


Figura 13. Horno alfarero excavado en un solar de la calle Cortés de Murcia (s. XI). A: cámara de cocción con su carga; B: cenicero.

«horno de cocción de cerámicas, que podría fecharse en el siglo X»¹⁴¹. También se han documentado tres hornos y un testar en el interior del recinto fortificado del Plano de Almatá, perteneciente a la antigua medina de Balaguer¹⁴². La de Fez a principios del siglo XX presentaba instalaciones artesanales sobre todo en la orilla de la mezquita de los andaluces: «A gauche du sanctuaire, de gros bouillons de fumée noire sortent des oliviers: les potiers sont établis là»¹⁴³. El hecho en cuestión está bien analizado en ciudades orientales como es el caso de Alepo en donde «les activités artisanales polluantes ou désagréables pour l'environnement, teinturerie, forge, chaudronnerie de cuivre et surtout tannerie, qui seront installées plus tard dans des faubourgs ou hors des zones construites...à l'époque ottomane ou même avant, sont toutes intra-muros et même très proches du centre (...) En effet, ce sont des activités essentiellement citadines et donc intégrées au milieu urbain malgré leur désagrément»¹⁴⁴. Los alfares y las tenerías granadinos de época zirí documentados en la orilla izquierda del Darro también estaban situados intramuros del recinto de la medina, cuya construcción normalmente se viene atribuyendo a esta dinastía¹⁴⁵.

EXPANSIÓN

¹⁴⁴ DAVID, 1998, p. 131.

¹⁴⁵ RODRÍGUEZ, 2001, p. 115 y 121-122. El autor menciona esta zona artesanal como un arrabal a pesar de que, según la cronología que él mismo propone para la muralla, quedaría intramuros de la medina, eso sí, en un área periférica. Esto es un ejemplo más de las contradicciones que ocasiona el prejuicio de suponer que los espacios artesanales se situaban siempre en los arrabales.

¹⁴⁶ AKBAR, 1988, p. 71.

El fenómeno de la expansión es común a casi todas las ciudades y en el caso de las medinas medievales no necesariamente estaba planeado por la autoridad central. Tal y como expone Akbar, la mayoría de los núcleos islámicos se expanden a lo largo del tiempo bajo iniciativa privada, aunque no de manera aleatoria sino de acuerdo con unos ciertos principios, por lo que la morfología resultante del crecimiento de la ciudad está causada por muchas decisiones a pequeña escala tomadas por los usuarios¹⁴⁶, lo que incluye el empleo de ciertos criterios ordenadores aplicados a espacios reducidos. La posesión de la propiedad inmueble en la mayoría de las áreas urbanas del Mundo islámico medieval se estableció por revivificación de tierras muertas (*mawat*), es decir sin uso ni dueño, y por parcelación (*iqta*.) y reparto por parte del gobernante¹⁴⁷. La jurisprudencia islámica animaba la creación de propiedad privada, así como el reparto justo de los recursos y del espacio entre los miembros de la comunidad. Así, excepto los hanafíes, todas las escuelas están de acuerdo, según la tradición del Profeta, en que no es necesario el permiso del Estado para revivificar tierra muerta; Malik hace una distinción entre tierras muertas lindantes con áreas urbanas y distantes de ellas: las primeras requerirían permiso pero no las segundas. Tanto la apropiación privada como la parcelación por parte de la autoridad implican una delimitación territorial que siempre a de dar formas más o menos regulares y ordenadas que faciliten los trabajos agrícolas y permitan garantizar los derechos del resto de la comunidad.

Con frecuencia, el término expansión urbana aplicado a la ciudad medieval se entiende como la ocupación de áreas situadas extramuros¹⁴⁸. Nosotros, sin embargo, lo emplearemos con carácter restrictivo en referencia al crecimiento del caserío a costa de huertos o jardines intramuros¹⁴⁹, de instalaciones artesanales y, en ciertos casos, de espacios vacíos, aparentemente sin función alguna pues se utilizaban como meras reservas o, a lo sumo, podían servir ocasionalmente para refugio de ganados. Según la naturaleza de la superficie urbanizada diferenciaremos tres tipos de expansión. Las dos primeras tienen en común que se producen sobre terrenos no construidos: una sobre las grandes áreas sin edificar existentes entre los bordes del caserío y la muralla (expansión en sentido estricto); la segunda, de menor entidad, sobre los pequeños espacios vacíos que había en el interior del caserío (densificación). Reconociendo que esta subdivisión es algo arbitraria dado que no siempre existe un límite bien definido entre la zona edificada y las amplias áreas de reserva, consideramos que puede ser útil mantenerla pues, desde el punto de vista urbanístico, no es lo mismo ocupar y transformar los grandes espacios que construir en los pequeños huertos domésticos y en ciertos vacíos que han quedado de manera residual entre las viviendas más antiguas: mientras que en el primer caso podemos observar un trazado de tendencia regular heredado de un parcelario rústico o generado por simple loteo, en el segundo lo habitual es que las nuevas construcciones estén condicionadas por el caserío preexistente.

147 AKBAR, 1988, pp. 28 y 29.

148 «L'augmentation de la population, dans une ville entourée d'une enceinte, se traduit par (...) la créations de faubourgs extra-muros» (LÉZINE, 1967, p. 69).

149 Una ciudad como Túnez en el siglo XV, completamente edificada y sin espacios vacíos, no era lo habitual y por ello le resultó extraño al viajero flamenco Anselmo Adorno: «Elle est bâtie entièrement, jusqu'à son pourtour» (BRUNSCHVIG, 1936, p. 185). Ibn ar-Rami nos transmiten información sobre jardines y huertos que eran fraccionados para su posterior venta y edificación: «A l'époque, dit-il, où Ibn 'Abdarrâfi' était cadî, le propriétaire d'un parc (riyad), dans un faubourg de Tunis, lotit ce parc et le vendit à plusieurs acquéreurs. Chacun d'eux éleva sur son fonds une maison.» (BRUNSCHVIG, 1947, p. 145).

150 MASSIGNON, 1963, vol. III, p.46.

151 AKBAR, 1988, p. 89.

152 AL-TABARI, M., *Ta'rij al-Rusul wa-l-Muluk*, D ar al-Ma,arif Press, 10 vols, 1963 (V. 4, p. 45).

Las fuentes escritas documentan en ciertas ocasiones la densificación de las ciudades conforme hemos expuesto antes, así, se dice que las *jitat-s* (parcelas o demarcaciones tribales) de al-Yiza contenían espacios abiertos¹⁵⁰, de manera que más tarde, cuando llegaron refuerzos y la población se incrementó, cada grupo acogió a sus familiares¹⁵¹. Los dos fenómenos expansivos antes descritos pueden darse al mismo tiempo, tal y como demuestra el ejemplo de Cufa (fundada en el 638)¹⁵². Cuando comenzaron a llegar grupos de nuevos pobladores se tomaron dos opciones: si eran pocos los habitantes de una *jitat* le hacían sitio a los recién llegados de su misma tribu; si eran muchos se instalaban en una nueva *jitat*. Tal y como demuestra Akbar, de esto se deriva que algunas familias o grupos de familias admitían a sus parientes en su territorio vacío, indicando que ellos controlaban sus propios espacios no construidos¹⁵³.

En tercer lugar, nos ocuparemos de la expansión sobre ciertas instalaciones artesanales, normalmente tenerías y alfares, que terminan siendo desplazadas fuera del recinto amurallado. Por último trataremos la expansión sobre los cementerios fundados intramuros que, aunque más escasa, es un hecho arqueológicamente bien probado.

En la periferia del caserío

Este fenómeno de expansión lo hemos podido estudiar en el frente norte de la medina de Murcia¹⁵⁴, en la franja comprendida entre la calle Platería y la muralla (fig. 6). Esta zona estaba, al parecer, ocupada por huertos y jardines que condicionaron la forma de las nuevas manzanas residenciales, cuya tendencia regular contrasta con las situadas al sur de la calle Platería, en donde se situaban los edificios más antiguos¹⁵⁵. Los arqueólogos que excavaron en una de aquellas manzanas han interpretado que su regularidad es un claro indicio de que estamos ante un urbanismo planificado y construido *ex novo* en algún momento de la segunda mitad del siglo XI, cuando supuestamente los Banu Tahir decidieron colonizar esta área¹⁵⁶. Al observar el plano que publicaron vemos que el contorno de la manzana es regular pero no así su distribución interna, en la que no se aprecian más elementos de orden que los que se derivan de la «orientación dominante»¹⁵⁷ de todas las viviendas. Parece exagerado hablar, tal y como hacen los mencionados autores, de «regularidad y geometría del parcelario, perfectamente ortogonal y planificado, con adarves rectilíneos y perpen-

153 AKBAR, 1988, p. 89.

154 También está bien representado en dos planos que se han publicado de la medina de Jaén en los que se ve la reducción de las huertas urbanas entre los siglos XI y XIII, (SALVATIERRA *et al.* 1994, pp. 90 y 91, figs. 3 y 4).

155 Así se desprende de cotejar las cronologías proporcionadas por una excavación en el frente sur de calle Platería (JIMÉNEZ y NAVARRO, 1997) y las efectuadas al norte de la misma (RAMÍREZ y MARTÍNEZ, 1996, pp. 62 y 67; *id.* 1999); así como de otras intervenciones inéditas llevadas a cabo en la calle Andrés Baquero y plaza de Romea.

156 RAMÍREZ y MARTÍNEZ, 1996, p. 64 y fig. 8.

157 GONZÁLEZ VILLAESCUSA, 2000.

158 Conviene aclarar que un trazado de tendencia regular como el que venimos describiendo no se puede denominar ortogonal, pues si analizamos detenidamente las manzanas y la red viaria no vemos que sus formas reproduzcan ángulos rectos; a este respecto se ha pronunciado J. C. David cuando comenta que «...les tracés réguliers mais non géométriques sont les plus courants dans le tissu urbain ancien» (1998, p. 17).

159 A este respecto opina González Villaescusa (2000, p. 423) que en algunos casos «la estructura agraria precedente pudo determinar parcialmente la morfología urbana diseñada, con la intención de no interferir el trazado de las acequias que continuaron vigentes». También en Jaén se ha observado que la ciudad andalusí del XIII está «estructurada a partir de los caudales procedentes de tres manantiales principales» (SALVATIERRA *et al.*, 1994, p. 90).

160 GONZÁLEZ VILLAESCUSA, 2002, pp. 65 y 66.

diculares entre sí». Nosotros, por el contrario, observamos un parcelario que ya ha sufrido un proceso de saturación; en donde ha sido necesario habilitar callejones *a posteriori* para dar acceso a las fincas que poco a poco se fueron construyendo en el interior de la manzana, según un modelo de crecimiento netamente privado, típico del urbanismo islámico tradicional. El parcelario, no obstante, muestra una tendencia regular considerable que se debe, según creemos, a que en origen se trataba de una zona de huertos¹⁵⁸, delimitados por los caminos de acceso a las diferentes parcelas y por las acequias que los irrigaban¹⁵⁹. Su forma regular, cuadrada o rectangular, es propia de los espacios cultivados y es la que demandaba la economía de trabajo agrícola y fundamentalmente el empleo del arado¹⁶⁰. Cuando estas zonas fueron progresivamente edificadas se mantuvo la ordenación regular preexistente sin que ello suponga intervención urbanizadora alguna por parte del Estado¹⁶¹.

Un frente similar de manzanas lo encontramos intramuros en el barrio de los Axares de Granada, entre la calle de San Juan de los Reyes y la Carrera del Darro (fig. 14), esta última fosiliza la cerca medieval. Gracias a la buena conservación del casco histórico se puede observar en cualquier plano actual la presencia de esta franja urbana anexa a la muralla cuya regularidad contrasta con el parcelario del entorno. Parece lógico suponer que antes de ser edificada este área estuvo ocupada por huertos, seguramente irrigados mediante la acequia que recorre la calle de San Juan de los Reyes.

Quizás sea Sevilla la medina que conserva en su interior el mejor ejemplo de barrio con un trazado de tendencia regular, marcadamente diferenciado de los de su entorno (fig. 16). Se trata del sector noroccidental, comprendido entre las puertas Real y de Vibarragel¹⁶². De nuevo nos encontramos con la misma problemática analizada anteriormente, pues idéntica realidad urbanística es vista por unos como clara obra cristiana, mientras que para otros se trata de uno de los proyectos urbanísticos realizados por el poder almohade¹⁶³. Aunque es suficiente la información conservada

161 Creemos que este fenómeno no ha sido tenido suficientemente en cuenta y puede ser la explicación de muchos de los «trazados hipodámicos» que últimamente se vienen registrando en la arqueología andalusí (ACIÉN, 2001, p. 24). De hecho, cuando este autor recopila las iniciativas estatales recogidas por las fuentes concluye que ni el número ni el alcance de éstas parece suficiente para justificar las supuestas evidencias arqueológicas por lo que sugiere muy acertadamente que «*la población no estaba a la espera de las construcciones oficiales, al menos para el abastecimiento de agua y, en cuanto al planeamiento en general, quizás sea más adecuado pensar en actividades colectivas, en vez de en intervenciones estatales u oficiales*».

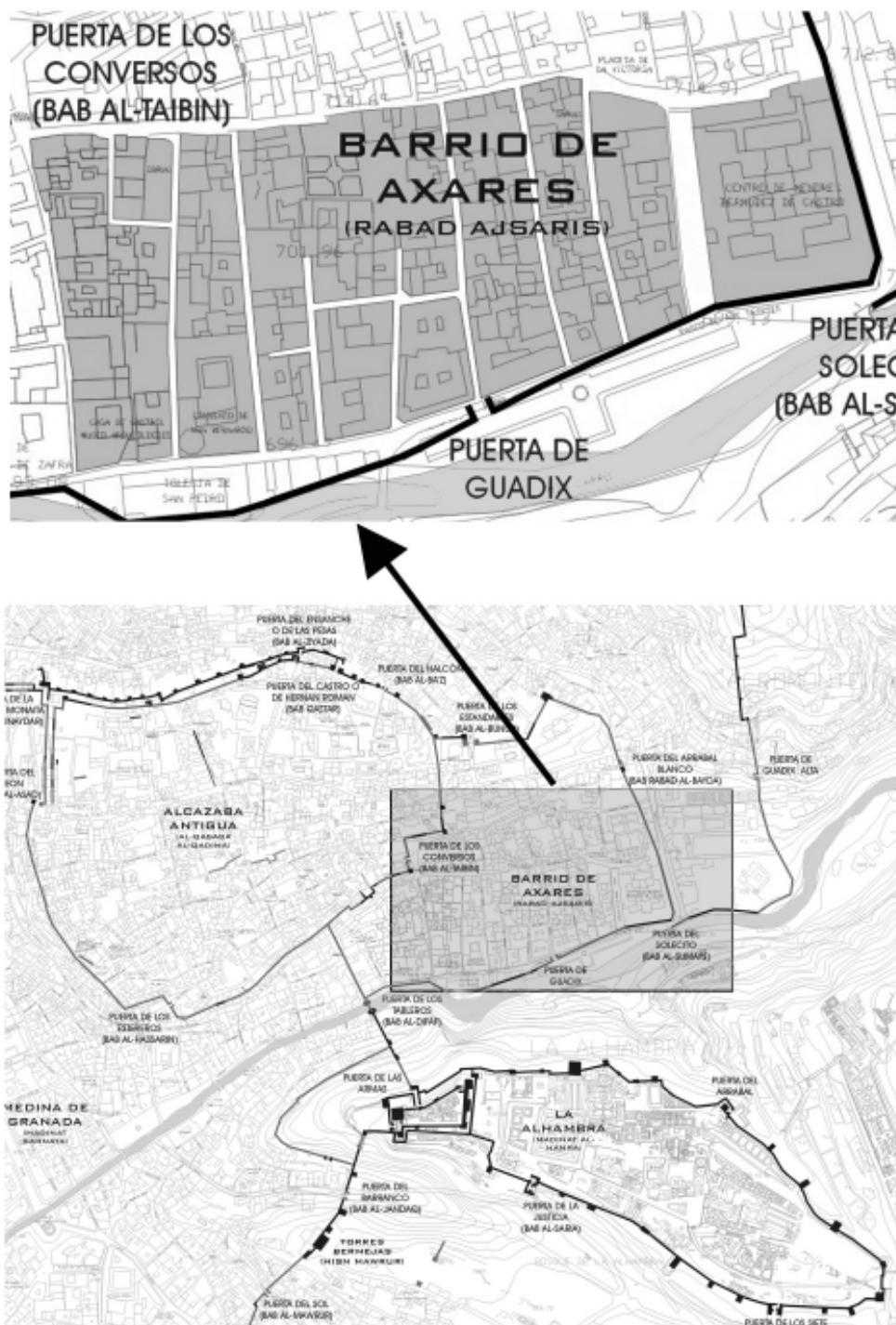
162 Parte de este sector está ocupado por el barrio de San Vicente.

163 Para Vera Reina (1987, p. 210) «*...el trazado hipodámico de su red viaria (...) fue emprendida por los propios almohades*»; Acien Almansa (2001, pp. 24 y 25) también cree que «*...fue efectivamente proyectado en época almohade (...) No obstante la planificación urbanística de los almohades en Sevilla no se limitó al barrio de San Vicente*».

164 Junto a la información proporcionada por la documentación castellana del XIII, tenemos algunos testimonios arqueológicos que prueban también la ocupación de la zona en época islámica: se trata de los llamados baños de la Reina Mora y de los restos de un gran edificio de carácter residencial existente bajo el monasterio de S. Clemente, *vid.* VERA, 1987; AMORES CARREDANO, F. y VERA REINA, M., «El baño de la Reina Mora», *Sevilla Almohade*, Sevilla-Rabat, 1999, pp. 155–159; TABALES RODRÍGUEZ, M. «El edificio musulmán localizado bajo el monasterio de San Clemente», *Sevilla Almohade*, Sevilla-Rabat, 1999, pp. 151–153.

165 Sin referirse en concreto a esta zona, Almagro Gorbea (1987, p. 429) cuando estudia la planimetría de la Sevilla medieval observa que «*el trazado viario más regular*» se debe a las «*amplias áreas ocupadas por huertos y jardines que posteriormente se irían edificando*». Ejemplos que permiten que nos hagamos una idea del fenómeno urbanístico que venimos comentando son los grandes huertos del Aguedal o de la Menara en Marraqués.

166 SALVATIERRA CUENCA, V. y ALCÁZAR HERNÁNDEZ, E., «La distribución del agua en Jaén durante el periodo islámico», *Arqueología Medieval*, 4 (1996), pp. 95–106 (fig. 5).



PLANO BASE. ANTONIO ORIHUELA UZAL Y LUIS JOSÉ GARCÍA PULIDO

Figura 14. Barrio de Axares en Granada. Obsérvese la regularidad de las manzanas que antes de edificarse debieron ser parcelas de cultivo.

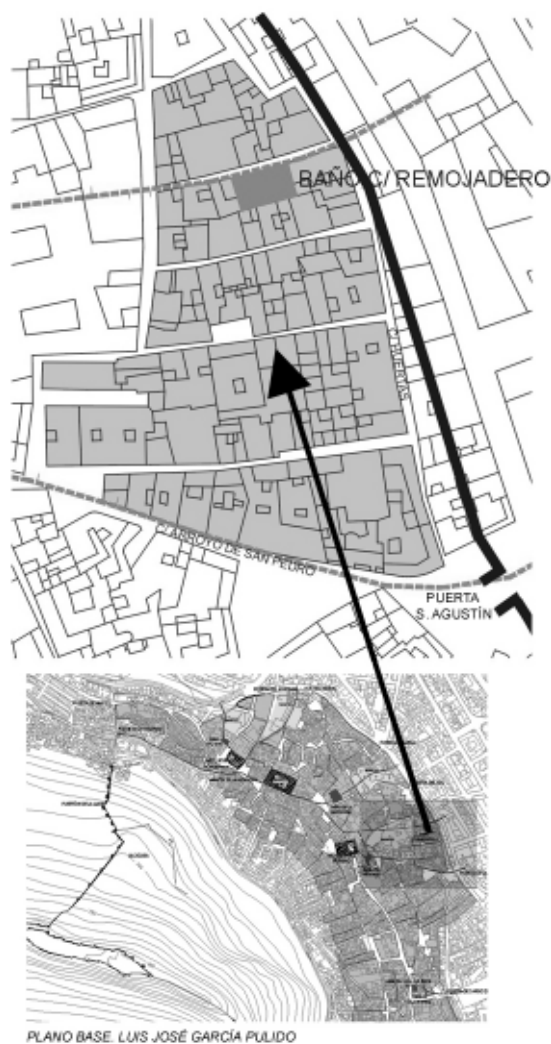


Figura 15. Medina de Jaén. La forma regular de las manzanas destacadas y los nombres de algunas de las calles demuestran un posible origen agrícola de este área periférica situada junto a la muralla.

que indica que este sector llegó a la conquista de 1248 en fase de expansión, ocupado por edificaciones rodeadas de jardines y huertos¹⁶⁴, nadie ha concluido que su regularidad es una pervivencia del primer parcelario allí implantado de carácter agrícola¹⁶⁵.

Otro ejemplo nos lo proporciona Jaén en cuyo interior podemos identificar la presencia de este tipo de manzanas de tendencia regular cuya morfología se debe aquí, sin duda, al trazado de las acequias y a su uso agrícola inicial. Si observamos el plano parcelario del sector comprendido entre las antiguas puertas de S. Agustín y Baeza encontraremos un grupo de manzanas dispuestas perpendicularmente a la muralla cuyas formas son marcadamente rectangulares (fig. 15); allí se han conservado topónimos tan elocuentes como Huertas y Huertanos, nombre de las dos calles que delimitan las cuatro manzanas de planta más regular¹⁶⁶.

También a este respecto son interesantes las observaciones de Daoulatti sobre Túnez¹⁶⁷, en donde analizó las diferencias morfológicas que existen entre las manzanas del interior de la medina y las de los arrabales sin que ello se pueda imputar a «*contraintes topographiques*»: las primeras, irregulares y caprichosas, dan «*au paysage urbain de la médina un aspect anarchique*»; las segundas, «*plus ordonnée fait penser à des quartiers lotis*». Si comparamos los *croquis* que reproducen las diferentes formas que adoptan, comprobaremos que la que denomina «*alvéolaire*», tiene en su interior abundantes y desarrollados adarves que demuestran su avanzada saturación, lo que prueba que estamos ante formas muy antiguas típicas de los barrios

fundacionales; por el contrario la denominada como «*arêtes de poisson*» es una forma más regular, en donde existen unos incipientes adarves que testimonian que se trata de un espacio construido

¹⁶⁷ 1976, pp. 31-32 y fig. 4.

¹⁶⁸ LÉZINE, 1967, p. 55. Más adelante en la p. 57 publica tres *croquis* comparando los trazados regulares de Mahdiya y de un arrabal de Qayrawan con el de la medina de esta última, comentando que «*les tracés très irréguliers des villes que nous connaissons aujourd'hui, sont principalement le fruit de longues évolutions... Les faubourgs de Kairouan ou certains quartiers de Mahdiya témoignent d'un sens de l'ordre et de la géométrie...*». La planta de Monastir la publica y comenta en su monografía de 1971.

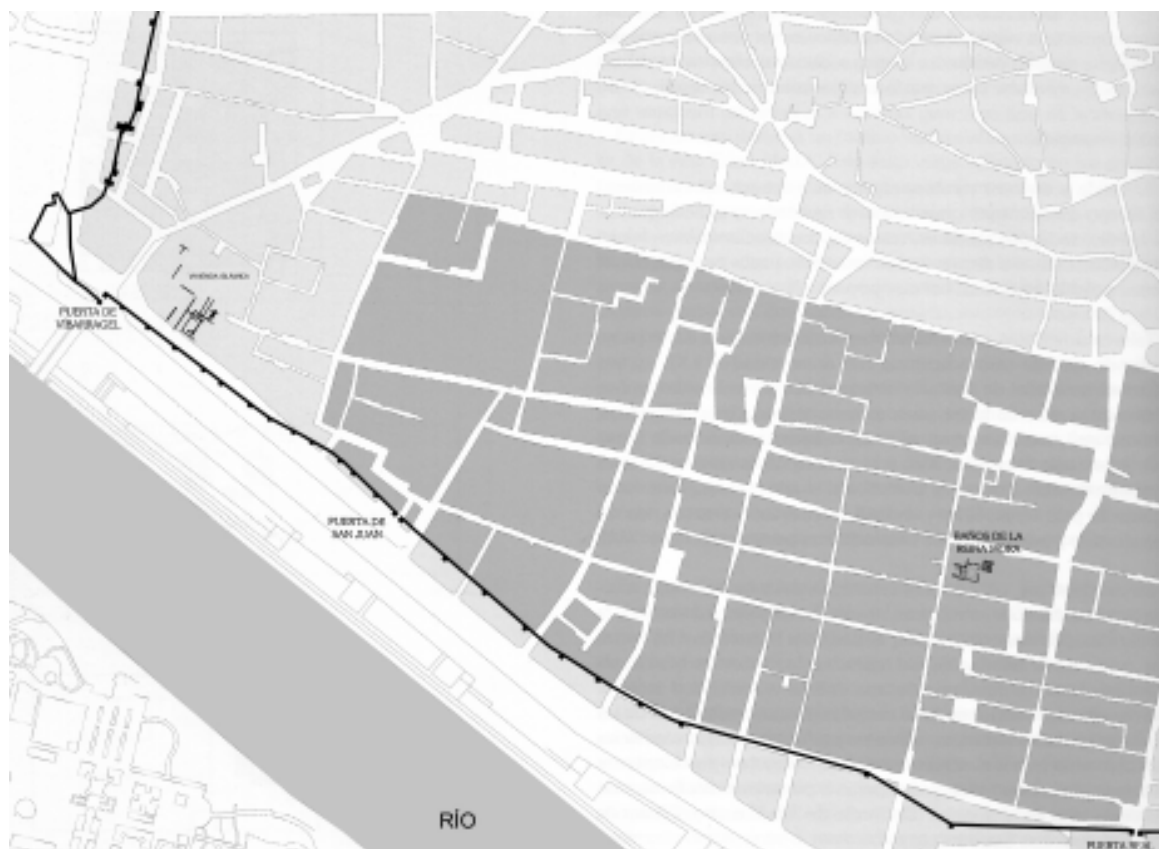


Figura 16. Medina de Sevilla. Área periférica intramuros formada por manzanas de tendencia regular cuyo trazado parece tener un origen agrícola.

más recientemente sobre zonas ya organizadas con anterioridad y que muy probablemente fueron espacios agrícolas. Similar fenómeno es descrito por Lézine en Monastir y en Qayrawan, en donde también ve que el trazado urbano de los arrabales es *«beaucoup plus régulier que celui de la médina elle-même»*¹⁶⁸.

En solares situados en el caserío: densificación

Este fenómeno está bien documentado en el despoblado de Siyasa (fig. 3), en donde encontramos dos casos de gran interés que a continuación vamos a comentar:

El primero se localiza en el frente de casas más meridional (13, 16 y 17), cuya implantación ha de entenderse como un crecimiento de la primitiva manzana por agregación, pues en origen estaría compuesta por un grupo de amplias viviendas (1, 3, 4, 5) y por los dos núcleos que conformaban las casas 9 y 18, por un lado, y la 10, 12 y 14, por otro. Todo parece indicar que el antiguo frente meridional de la manzana estaría ocupado por las casas nº 1, 3, 10, 14 y 11, y que dejarían hacia el sur una banda sin edificar que más tarde sería ocupada por la vivienda nº 2, por el establo de la

¹⁶⁹ JIMÉNEZ y NAVARRO, 1997, pp. 40 y 41.

3 y por el trío de pequeñas residencias: 13, 16 y 17. La ampliación supuso dejar en segunda fila a las más antiguas para lo que fue necesario habilitar los adarves que dan acceso al núcleo de la 10 y a la 11.

El segundo, a menor escala, es la ampliación de la vivienda nº 5 que invadió un espacio vacío que había al oeste de la 4, en donde se construyó un segundo núcleo doméstico situado entre las casas 12, 4 y 6. La planta de la nueva construcción refleja las dificultades que tuvieron para implantar un edificio con patio central en un solar muy alargado de carácter residual; también aquí fue necesario habilitar un largo pasillo a modo de adarve para comunicar a la nº 4 con el exterior, pues su acceso original fue cegado por la ampliación de la 5 y convertido en cocina.

Para Murcia contamos con al menos tres ejemplos bien documentados; en todos ellos se ha comprobado que se trata de espacios vacíos que permanecieron así en el centro de la medina hasta el siglo XII, mientras que a su alrededor encontramos restos de edificios, que en algunos casos se remontan al siglo X. En el solar de Platería 14¹⁶⁹, hallamos una gran vivienda, con al menos dos patios, situada en línea de calle, mientras que en el interior de la manzana había un sector vacío que sólo se ocupó en el siglo XII con la construcción de dos casas adosadas a la primera. Es curioso comprobar que la edificación de los huertos traseros fue acompañada de la reconversión del edificio fundacional en dos viviendas, consiguiéndose así un total de cuatro en donde antes sólo había una. En la excavación realizada en la calle Zarandona se estudió con cierta precisión otra residencia paleoandalusí al sur de la cual existía un espacio vacío separado del patio únicamente por un muro¹⁷⁰. En un solar de la calle Trapería, a sólo unos 30 m del antiguo patio de la mezquita aljama, se documentó un vacío de estructuras que no desapareció hasta la segunda mitad del siglo XII o principios del XIII, cuando se levantó allí un palacete¹⁷¹. Las fuentes árabes también confirman que durante el gobierno del almorávide, Ali b. Yusuf (1106-1143) en aquella zona existían parcelas desprovistas de construcciones que fueron expropiadas para ampliar la mezquita aljama¹⁷².

170 Excavación dirigida por nosotros y aún inédita.

171 La excavación permanece inédita y fue dirigida por uno de nosotros (JNP) durante los primeros meses del año 2000. Algunas fotos del edificio fueron publicadas en JIMÉNEZ y NAVARRO, 2000, p. 74, fig. 13 y 2001, p. 96, fig. 13.

172 CARMONA GONZÁLEZ, A., «La expropiación forzosa por ampliación de mezquita en tres fétuas medievales», *L'urbanisme dans l'Occident musulman au Moyen Âge. Aspects juridiques*, Madrid, 2000, pp. 141-151.

173 BERNABÉ GUILLAMÓN, M., «Casas y cementerios islámicos en Murcia. El solar nº 1-3 de la Plaza de Santa Eulalia», *Memorias de Arqueología*, 10 (1995), 2002, pp. 573-594.

174 La información acerca de la ciudad de Málaga que hemos manejado en este trabajo procede, básicamente, de la documentada puesta al día de SALADO, *et. al.*, a quienes quedamos muy agradecidos por hacernos llegar este artículo cuando aún se encuentra inédito. De dicho trabajo proceden las citas bibliográficas que adjuntamos, en algunos casos informes no publicados a los que resulta difícil tener acceso.

175 En C/ Afligidos se vierten escombros hasta el siglo XI, momento en el que se construye una vivienda, véase RAMBLA TORRALVO, A., PERAL BEJARANO, C. y MAYORGA MAYORGA, J., «Intervención arqueológica de urgencia en C/ Afligidos 3, Málaga», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1990, t. III. Sevilla, 1992, pp. 369-379. En C/ Beatas se ha documentado también el vertido de escombros a partir del siglo IX ó X: véase DUARTE CASESNOVES, M^a. N., PERAL BEJARANO, C. y RIÑONES CARRANZA, A., «Sondeo arqueológico en calle Beatas (Málaga)», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1990, t. III. Sevilla, 1992, pp. 394-404.

176 SUÁREZ PADILLA, J., Informe preliminar de la excavación arqueológica en C/ Granada-Ascanio, (inédito).

177 MAYORGA MAYORGA, J., ESCALANTE AGUILAR, M. M. y ARANCIBIA ROMÁN, A., Informe preliminar de la excavación de urgencia en el Palacio de Buenavista. Junio. 1999, (inédito).

178 Véase PÉREZ-MALUMBRES LANDA, A., «Sondeo arqueológico en la muralla musulmana de Málaga en el solar de la calle Alarcón Luján, nº 3», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991, t. III. Cádiz, 1993, pp. 342-349; este autor fecha las cerámicas del nivel de cimentación en el siglo XIII aunque otros se inclinan por hacerlo a mediados del siglo XIV por su similitud con los niveles de abandono del arrabal de Tabbanin (SALADO, *et al.*, en prensa).

Finalmente, un interesante ejemplo ha sido examinado en un solar de la plaza de Sta. Eulalia, donde se excavó una casa del siglo XI compuesta por dos patios: uno de carácter más suntuoso y el otro más doméstico, el cual, según su excavador, se construyó una generación después que el primero¹⁷³.

En la ciudad de Málaga se produce a partir del siglo XI un proceso acelerado de extensión del caserío al ocuparse algunas zonas del interior de la ciudad que hasta entonces habían permanecido libres debido, en la mayoría de los casos, a que constituían depresiones naturales¹⁷⁴. Se trata de vaguadas convertidas en vertederos, en algunos casos desde el siglo IX, que en este momento terminan de colmatarse y son edificadas¹⁷⁵. Este fenómeno se puede apreciar en las intervenciones de calle Granada-Ascanio¹⁷⁶ y del Palacio de Buenavista¹⁷⁷. Más tarde, en época nazarí, también tiene lugar un fenómeno de expansión muy interesante: el avance urbano a costa de terrenos ganados al mar¹⁷⁸.

Un ejemplo notable localizado en un medio rural es el de la alquería de Jolopos. Se trata de un pequeño asentamiento en el que se han contabilizado entre 30 y 35 viviendas que debió abandonarse a principios del siglo XII. Su corto periodo de vida permite conocer cómo se formó *«a partir de un pequeño número de grandes casas, aisladas unas de otras por importantes espacios no construidos, invadidos progresivamente por las construcciones asociadas posteriormente a cada núcleo, delimitando así una serie de calles y pequeñas plazas en recodo, como espacio prácticamente <<residual>> de circulación»*¹⁷⁹.

Sobre antiguas instalaciones artesanales

Cierto tipo de establecimientos artesanales, al ser negocios privados que carecían de la estabilidad obligatoria de las fundaciones pías, fueron fácilmente desplazados a la periferia conforme creció la demanda de espacio edificable en el interior de la medina. El fenómeno está bien documentado en ciudades tradicionales como Fez, en donde se pudo estudiar la salida de los alfares del interior de la medina en el segundo cuarto del siglo XX¹⁸⁰. También las fuentes escritas son elocuentes al respecto, como lo demuestra el tratado de Ibn, Abdun cuando refiere que *«las tejas y ladrillos deberán ser fabricados fuera de las puertas de la ciudad, y las alfarerías se instalarán en torno al foso que rodea a ésta, donde hay terrenos más espaciosos, pues en la ciudad escasea el espacio libre»*¹⁸¹. De este texto, referido a la Sevilla de principios del siglo XII, podemos extraer las siguientes conclusiones: 1ª, estamos ante una medina en la que empiezan a escasear sus reservas de espacios libres edificables; 2ª, hasta entonces debía ser habitual que estas instalaciones artesanales se encontraran intramuros.

El estudio del emplazamiento de las tenerías a lo largo de los siglos medievales es muy

179 BERTRAND, 1998, p. 64.

180 *«J'ai connu en 1930 ces quartiers encore presque déserts; depuis, des garages, des entrepôts, des maisons d'habitation se sont élevés et les potiers commencent à décamper pour s'installer extra muros»* (LE TOURNEAU, 1949, p.140, nota 7).

181 GARCÍA y LÉVI-PROVENÇAL, 1981, p. 113, nº 73.

182 Lamentablemente el trabajo de Raymond no aporta dato alguno sobre el carácter edilicio o privado de estas salidas: *«En ce qui concerne le transfert lui-même, nous ignorons s'il fut le résultat d'une décision <<édiliciaire>> ou s'il prit la forme d'une migration progressive des tanneurs»* (RAYMOND, 1990, p. 37).

183 NAVARRO, 1990b.

184 Similar fenómeno parece darse en Pechina en una zona *«...dedicada en un primer momento a la industria alfarera, la cual se irá trasladando hacia el E, a las afueras de la población, dejando un espacio que sería ocupado por las viviendas en un momento de expansión de la ciudad»* (ACIÉN, 1990, p. 158).

interesante desde el punto de vista urbanístico, pues se les puede considerar, junto con los alfares, los indicadores más sensibles de todo proceso expansivo, debido a su habitual ubicación en los límites del caserío. Contamos con un valioso trabajo referido a la salida de las curtidurías de los recintos urbanos de Alepo, Túnez y El Cairo durante los siglos XVI y XVII; a pesar de la diferencia cronológica y de la distancia que separa estos ejemplos de los hispanos creemos que son útiles para nuestro estudio, pues desde un punto de vista urbanístico se trata de fenómenos muy parecidos¹⁸².

Aunque es la arqueología la que más información aporta al respecto, no siempre se han sabido explicar correctamente los datos que proporciona pues, a pesar de ser abundantes los restos aparecidos intramuros, se solían interpretar como fenómenos cuya fundación se había hecho fuera de un recinto más antiguo y que posteriormente habían quedado en el interior de la nueva cerca y por ello invadidos más tarde por el caserío en expansión. Nosotros mismos lo entendimos así y lo hemos reflejado en varias publicaciones¹⁸³, aunque ahora creemos que hay que ser mucho más prudentes al respecto. En el frente occidental de Murcia (fig. 6), más concretamente en la zona comprendida entre la plaza de Sta. Catalina y la muralla de calle Sagasta, documentamos instalaciones alfareras abandonas en el siglo X y sustituidas por casas¹⁸⁴. El caso más representativo se pudo estudiar en la excavación de S. Nicolás, en donde verificamos la presencia de un alfar que, en la segunda mitad del siglo X o principios del XI, fue reemplazado por una amplia vivienda que posteriormente se destinó a cementerio (fig. 9). Se trata de un claro ejemplo de expansión del caserío sobre instalaciones artesanales de primera época. Lo mismo sucede en calle Cortés (fig. 13), aunque en este caso creemos que es algo posterior, lo que parece lógico si tenemos en cuenta que se encuentra algo más alejado de las dos calles / caminos, a la vez que su emplazamiento es más extremo y por lo tanto más próximo al frente de muralla occidental. Todo hace pensar que ya en el siglo XI los alfares de primera época han sido expulsados fuera de la medina, debido a la expansión del caserío y se han trasladado al arrabal del Arrixaca, de donde a la larga también se retiraron, al menos de los emplazamientos más próximos a la muralla de la medina, presionados por el crecimiento urbano de los siglos XII y XIII (fig. 22).

En varios solares de Valencia se ha comprobado que antiguas áreas artesanales fueron sustituidas por un caserío que se instaló sobre sus ruinas. Es curioso que también aquí se las interprete como fenómenos periurbanos, que sólo quedarán intramuros cuando se construya la cerca del siglo XI¹⁸⁵; en todos estos trabajos se da por demostrada la existencia de una muralla anterior, de perímetro más reducido, que las dejaría fuera de su recinto, aunque de ella no se tenga hasta el presente la menor evidencia arqueológica.

En Granada se ha podido comprobar que en época almohade continúa el desarrollo urbano, que se manifiesta en el ensanche de occidente por la saturación del caserío; en este momento también se produce la amortización de los alfares ziríes de la margen izquierda del Darro, que son

185 «Aquest abandonament del complex artesanal potser es va deure a la reorganització urbana que s'esdevé en els primers decennis del segle XI i que es manifesta en una ampliació de la ciutat i la construcció del recinte emmurallat». Más abajo continúa diciendo: «A mitjans del segle XI, i per sobre dels nivells anteriors, s'instal·la un hàbitat domèstic» ROSSELLÓ i MESQUIDA, M., «Evolució i transformació de l'espai urbà des de l'època emiral fins l'època taifa: Les excavacions del c/. Comte Trènor, 12 (València)», *Actes del I Congrés d'Estudis de l'Horta Nord*, Centre d'Estudis de l'Horta Nord, Valencia, 1999, pp. 57-87 (p. 72).

186 RODRÍGUEZ, 2001, p. 156; RODRÍGUEZ AGUILERA, A. y BORDES GARCÍA, S., «Precedentes de la cerámica granadina moderna: Alfareros, centros productores y cerámica», *Cerámica granadina. Siglos XVI-XX*, pp. 51-116. p. 57.

187 ACIÉN, CASTILLO y MARTÍNEZ, 1990, p. 158.

188 GARCÍA y LÉVI-PROVENÇAL, 1981, pp. 95 y 148.

sustituidos por viviendas¹⁸⁶, y comienzan a desarrollarse nuevos arrabales

En Pechina se documentó una zona «...dedicada en un primer momento a la industria alfarera, la cual se iría trasladando hacia el E, a las afueras de la población, dejando un espacio que sería ocupado por las viviendas en un momento de expansión de la ciudad»¹⁸⁷.

Sobre antiguos cementerios

Los cementerios tampoco se quedaron al margen de los efectos producidos por la presión de un caserío que se expandía, tal y como lo evidencia el tratado de *hisba* de Ibn Abdun: «Uno de los deberes más importantes del cadí es, pues, el de demoler las construcciones que han vuelto a levantarse en el cementerio (...). Debe, además, pedir al gobierno que conceda autorización para comprar, a cargo del tesoro, el terreno conocido Faddan Ibn al-Marís, y establecer en él un cementerio...», más adelante reitera que se debe ordenar «...la demolición de las casas levantadas en el cementerio...»¹⁸⁸. La orden de demoler las viviendas es una prueba de la mayor resistencia de estos establecimientos a la presión que ejercía el caserío, debido seguramente a su carácter sagrado y a su constitución como fundaciones pías. La experiencia arqueológica demuestra que, en al-Andalus, al menos hasta el siglo XIII, fueron muy pocos los que desaparecieron para darles otros usos. Lo habitual es que llegaran en activo hasta la conquista cristiana; es entonces cuando se abandonan y sus solares son edificadas. De los cementerios murcianos existentes dentro de la medina hasta ahora estudiados todos siguieron en activo hasta la conquista excepto dos (fig. 6), recientemente excavados, descubiertos en las calles Pascual y San Pedro-esquina con Desamparados¹⁸⁹; sobre el primero parece que se edificaron unas tiendas, mientras que el segundo fue amortizado por casas. Hay un tercer ejemplo localizado en Polo de Medina y que fue parcialmente invadido por el baño privado de una vivienda colindante¹⁹⁰.

SATURACIÓN

Esta fase se caracteriza por una serie de cambios en el paisaje urbano que afectan por igual a

189 Dirigida ésta última por Dña. Ana Pujante en agosto de 2002.

190 POZO, 1991; *id.* 1992.

191 La importancia del fraccionamiento del parcelario *ad infinitum* es puesta de relieve por García-Bellido en varios de sus trabajos al considerar este hecho como la segunda de sus «reglas operatorias» (2000, p. 258-259). Compartimos con él este planteamiento, siempre que se acepte como límite la no desaparición del patio. Este punto es clave a la hora de entender las diferencias que hay entre un parcelario cristiano y el islámico: mientras que el primero puede en su proceso de subdivisión prescindir del patio, formando fincas estrechísimas abiertas a la calle; el segundo está obligado a mantenerlo, aunque sus dimensiones sean mínimas, generándose así parcelas cuadradas o rectangulares que pueden estar en el interior de grandes manzanas.

192 «Après plusieurs générations, l'enclos est de plus en plus divisé, avec des pièces construites en longueur de plus en plus petites. Puis, à partir du moment où le tissu villageois ou urbain s'intensifie, on assiste à un enchérissement des prix des terrains qui fait que l'on commence à construire en hauteur», (ILBERT, 1990, p. 641).

193 NAVARRO y JIMÉNEZ, 1996a.

194 En un estudio sobre Alepo durante los siglos XVII y XVIII se llega a la misma conclusión: «Cette parcellisation des bâtiments a dû aussi être accélérée par la disparition progressive des espaces libres à l'intérieur des murs de la ville...» ABDEL NOUR, A., «Habitat et structures sociales a Alep aux XVII et XVIII siècles», *La ville arabe dans l'Islam. Histoire et mutations*, Túnez-París, 1982, pp. 69-102 (p. 90). Datos más precisos sobre este fenómeno de crecimiento y subdivisión son los siguientes: «entre 1570 et 1683, le quartier d'el-Mar'achi passe de 42 à 220 maisons, celui des Jardiniers (el-Basâtné) de 42 à 214, celui d'el-Almadji de 89 à 161...» (SAUVAGET, 1941, p. 225, nota 841).

los espacios privados y a los públicos: los primeros sufren un acelerado proceso de subdivisión¹⁹¹ con la consiguiente reducción de la superficie de las parcelas edificadas, que ahora crecen en vertical dotándose de algarfas y almacerías¹⁹²; los segundos reducen su anchura, llegando en ciertos casos a desaparecer, a la vez que son invadidos en altura por saledizos y cobertizos. Desde el punto de vista arqueológico estas estructuras arquitectónicas voladas sobre las calles son muy difíciles de estudiar, pues en las plantas bajas que proporcionan las excavaciones arqueológicas hay pocos indicios de su existencia; no obstante, se pueden obtener algunos datos que son especialmente elocuentes y que en anteriores trabajos ya hemos comentado¹⁹³.

Partición de fincas

Cuando el tejido urbano se ha expandido y densificado al construirse sus espacios vacíos, el último intento de crecer sin desbordar el recinto murado es fraccionar las viviendas antiguas¹⁹⁴, lo que obliga necesariamente a dotar a las nuevas, resultantes de la subdivisión, de accesos individualizados, generándose de manera espontánea adarves que garantizarán la entrada a las nuevas propiedades que han quedado en el interior de la parcela original¹⁹⁵. Conviene aclarar que ciertas subdivisiones se producen en momentos muy iniciales del desarrollo de un asentamiento, debido a simples repartos hereditarios ajenos a cualquier problema de falta de espacio, por lo que no van acompañados de un crecimiento en altura de las nuevas viviendas. En estos casos, la disponibilidad de superficie edificable alrededor de la antigua casa posibilita la construcción de nuevas habitaciones que se agregan a las primitivas, compensando la superficie perdida en la subdivisión, por lo que podemos afirmar que ocasionalmente el fenómeno de fraccionamiento, incluido por nosotros en esta 3ª fase (saturación), se produce también en nuestra 2ª fase (expansión)¹⁹⁶.

Las viviendas exhumadas en la ciudad de Murcia y en el despoblado de Siyasa muestran que la posibilidad de extender la superficie doméstica tiene un límite en el medio urbano, impuesto por la desaparición de los espacios vacíos anexos a las casas, lo que obligaba antes o después a la partición del edificio original.

En Siyasa hemos podido estudiar dos buenos ejemplos de lo expuesto (fig. 3):

– El primero corresponde a la vivienda nº 10 que, junto con las nº 12 y 14, formaba parte en origen de una gran residencia. Así parece demostrarlo el muro que limita por el norte las parcelas de las viviendas 10 y 12, una obra única desde el punto de vista constructivo, que incluso en planta muestra su individualidad con respecto a los muros de contención más inmediatos. Sobre el plano

195 Hoy día ya no se puede aceptar una valoración del adarve o callejón sin salida como un «...élément de base de l'urbanisme musulman traditionnel» (LÉZINE, 1971, p. 136), pues se trata de una de las manifestaciones más características de la ciudad «saturada». En principio defendemos su ausencia en las medinas más antiguas de caserío disperso. Una interesante reflexión sobre la formación de los adarves se puede encontrar en: GARCÍA-BELLIDO, 2000, p. 259. Sin embargo, Wirth publica un plano de Monastir donde cree ver pruebas para defender que los adarves fueron «consciement planifiés» (1982, p. 196) y Lézine presentó una manzana de Qayrawan en la que aparece una larga calle sin salida y una serie de adarves secundarios sin duda planificados (1971, fig. 40). El problema en ambos casos es que estamos ante ciudades tradicionales y no tenemos la seguridad de que se trate de construcciones que se puedan remontar a la Edad Media.

196 Este fenómeno está muy bien documentado en la alquería de Jolopos perteneciente al municipio de La Peza (Granada): «Esta casa primitiva habría sido dividida posteriormente por un muro medianero, entrañando la adición, en los laterales del antiguo patio, de diversas habitaciones destinadas a completar las nuevas viviendas....construidas hacia el exterior, donde existía visiblemente espacio disponible» (BERTRAND, 1998, p. 64).

197 JIMÉNEZ y NAVARRO, 2001a, pp. 143-146.

se aprecia que dicho muro es el cierre septentrional de una gran parcela cuadrangular que englobaba a las tres antes mencionadas. La fuerte interrelación existente entre ellas se refuerza por la presencia de un callejón de acceso común, así como de un pozo negro compartido por las casas nº 12 y 14. No contamos con datos arqueológicos suficientes que nos permitan conocer la distribución original del edificio y la posterior transformación que dio como resultado final la subdivisión en tres propiedades puesto que en este despoblado, por motivos de conservación, no se ha excavado bajo los pavimentos de la última fase.

– En el segundo caso hay también indicios para afirmar que originariamente la vivienda nº 9 formaba parte, junto con la nº 18 y probablemente también la 15, de un antiguo y único núcleo doméstico, lo que explica algunas de las peculiaridades que presentan y que se pueden resumir en una imbricación e interconexión desusadas en el resto del caserío. La casa nº 9, una de las más regulares, no tiene crujía occidental; la nº 18 carece a su vez de crujía oriental y los patios de ambas están separados sólo por un muro; tal anomalía se debe a que el muro medianero es una construcción tardía destinada a dividir un patio primitivo que era la suma de los dos.

En Murcia también se ha documentado la existencia de amplias residencias compuestas desde su construcción por dos o más patios que, tras la partición, se transforman en viviendas individualizadas¹⁹⁷, lo que se ha interpretado como síntoma de la descomposición del sistema social basado en la familia extensa¹⁹⁸. Es probable que así sea; sin embargo, con los datos utilizados no pensamos que se pueda asegurar dicho extremo puesto que la lógica del crecimiento familiar y la ausencia de espacio disponible en el entorno impulsaría al desgajamiento de segmentos familiares, que no por ello perderían los vínculos de linaje con el resto de las ramas. El fraccionamiento del parcelario de la medina se ve acentuado por el *«sistema de donaciones y herencias islámicas que, lejos de mantener el bien inmueble heredable indiviso para su máxima rentabilidad, desarrolla un sofisticado cálculo aritmético de particiones fraccionarias y quebrados según las relaciones familiares de primero o segundo grados de descendencia patrilineal agnaticia, colateralidad, sexo y número de mujeres e hijos / as, bajo el principio de que cada uno de los hijos y mujeres, tíos y sobrinos debían percibir una parte proporcional de la herencia...»*¹⁹⁹. A continuación mencionaremos cuatro ejemplos significativos:

– El primero es el más explícito y es conocido como «palacio» de calle Fuensanta²⁰⁰, una gran vivienda (820 m²) de época seguramente califal, compuesta por cuatro patios fuertemente jerarquizados, que se transformaron en casas independientes en el segundo tercio del siglo XIII; su «ámbito 1» era claramente el espacio principal, tanto por sus dimensiones como por la tendencia regular de su planta y por la presencia de pórtico y alberca en el frente norte. La subordinación de los patios menores también se pone de manifiesto en otro detalle: el núcleo principal sólo cuenta con dos grandes salones en los frentes norte y sur y una letrina en el ángulo SE, sin embargo no dispone de crujías en los lados mayores (este y oeste), limitados por simples muros que lo separan de los patios menores²⁰¹, de manera que no cuenta con habitaciones suficientes para una mínima habitabilidad. Pese a ello, en el segundo tercio del siglo XIII los vanos que comunicaban los diferentes núcleos domésticos fueron tapiados, transformándose en viviendas independientes a las

198 BERNABÉ y LÓPEZ, 1993, pp. 62 y 63.

199 GARCÍA-BELLIDO, 2000, p. 258.

200 BERNABÉ y LÓPEZ, 1993.

201 Al igual que sucedía en San Nicolás (JIMÉNEZ y NAVARRO, 2001a, p. 141).

202 JIMÉNEZ y NAVARRO, 1997, pp. 33-39.

203 MANZANO, 1995.

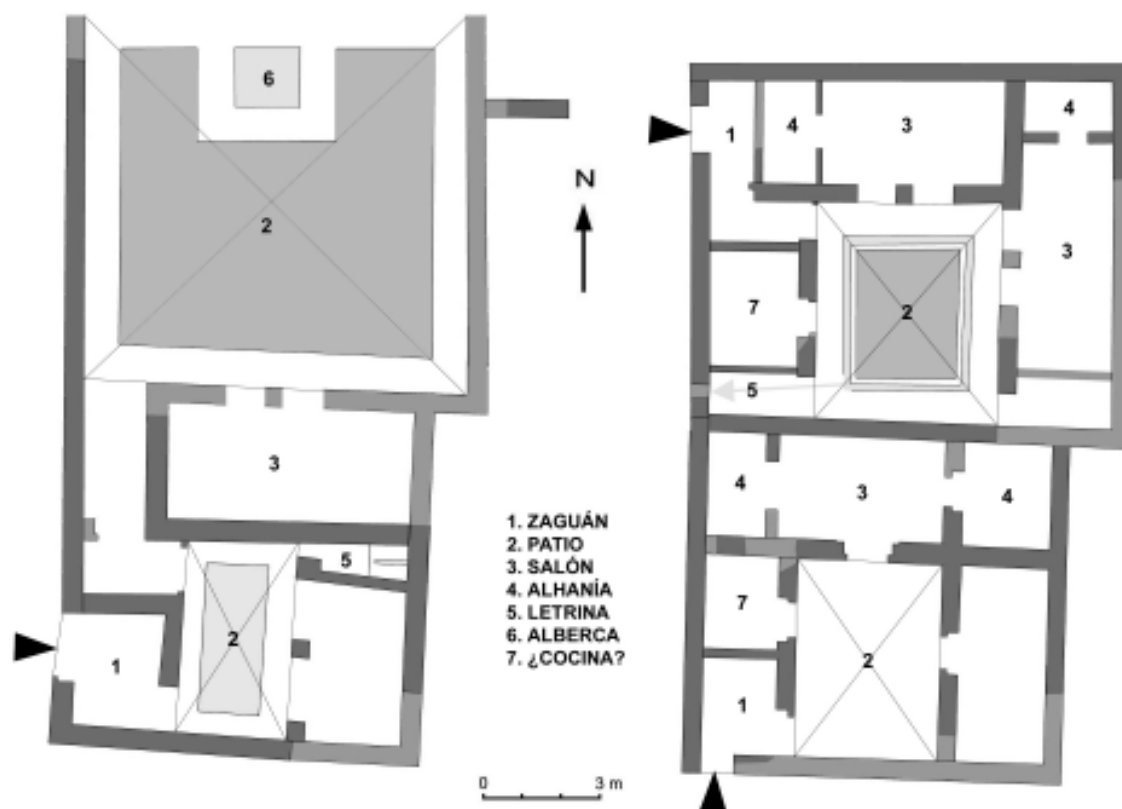


Figura 17. Excavación de un solar de la calle Organistas de Murcia. En la fase 1 (s. X) hay una sola casa compuesta por, al menos, dos patios: al norte el principal y al sur el de servicio e ingreso desde el exterior. En la fase 2 (s. XII) la finca se dividió en dos viviendas independientes.

que, con frecuencia, fue preciso dotar de dependencias imprescindibles de las que hasta entonces carecían.

– El segundo fue documentado por nosotros en el nº 14 de la calle Platería, en donde pudimos excavar dos núcleos, a los que denominamos B y C, que formaban parte, en su fase fundacional, de una sola vivienda²⁰². Constan de sendos patios cuadrados separados por una crujía en la que se situaba el corredor que los comunicaba.

– El tercero lo hemos excavado recientemente en calle Organistas (fig. 17): una casa califal contaba con un núcleo principal en torno a un gran patio con alberca al que se abrían sendos

204 La transformación de una propiedad privada, en el caso murciano un fragmento de vivienda, en adarve y por lo tanto en un espacio de uso colectivo es comentado de la siguiente manera: «Lo que ha pasado no es una apropiación o usurpación indebida a manos privadas de un espacio previamente público..., sino completamente lo opuesto: una conversión de una porción privada de una finca matriz que ha diferenciado el mínimo callejón posible sin salida para aumentar la rentabilidad y accesibilidad de la misma para más y nuevos propietarios o herederos que se segregan en su interior...» (GARCÍA-BELLIDO, 2000, p. 259).

205 ROBLES y NAVARRO, 1999, pp. 578-580.

salones en los frentes norte y sur; detrás de la crujía meridional existía un pequeño patio al que daban el zaguán, la letrina y alguna otra dependencia de servicio. En el siglo XII la casa fue subdividida teniendo como base los dos antiguos patios pero, para equilibrar la extensión de las nuevas parcelas, el salón sur fue incorporado a la propiedad meridional, construyéndose sobre él otra pieza de similares características pero abierta ahora en la dirección opuesta.

– El cuarto ejemplo lo constituyen unas viviendas excavadas en el solar del Garaje Villar, denominadas 1, 2 y 3²⁰³; los tres núcleos, más otro del que apenas se tienen datos situado al sur del nº 1, formaban parte de una sola propiedad. En una fase posterior, que al parecer habría que situar ya a fines del siglo XII, los cuatro núcleos se individualizaron en otras tantas casas independientes, para lo cual fue necesario habilitar un adarve que permitiera el acceso a cada una de ellas, eligiéndose para ello el espacio anteriormente ocupado por la crujía oeste del núcleo nº 1²⁰⁴.

Las casas murcianas compuestas por un solo patio también fueron subdivididas en caso de necesidad, según demuestra un buen ejemplo excavado en la plaza de Yesqueros: una vivienda de mediados del siglo XII fue sustituida por dos cuyo muro medianero se trazó exactamente por la mitad del patio de la residencia precedente²⁰⁵. Entendemos que este caso no permite plantear la hipótesis de que la partición se deba a ciertos cambios en el modelo familiar, puesto que tanto el edificio fundacional como los resultantes disponían de un solo patio.

Pechina nos ofrece uno de los mejores ejemplos de saturación de su caserío en una fecha muy temprana (s. X). Si analizamos con detenimiento su planimetría observaremos la presencia de un adarve y de un parcelario irregular alejado de las habituales formas cuadradas o rectangulares propias de las obras de nueva planta; ambos hechos son un claro síntoma de saturación que intentaremos explicar. Aunque tras cualquier segregación o partición de un edificio se efectúan obras de reforma o reestructuración interior encaminadas a acondicionar los nuevos espacios, es frecuente que pervivan algunos elementos de la obra original que permiten reconstruir, aunque sea parcialmente, la imagen del edificio anterior o, al menos, su primitivo perímetro. Esto es lo que sucede en el sector oriental (fig.11), en el que vemos una parcela fundacional que fue subdividida en al menos tres (viviendas nº 1, 2 y 3)²⁰⁶. La distribución primigenia del patio y de su crujía septentrional se puede deducir si eliminamos el muro que divide los patios y salones de la nº 2 y 3²⁰⁷; en cuanto a los tres espacios que hay en sus frentes surorientales parece que se trata de tiendas adosadas al primitivo núcleo e incorporadas a las casas tras la segregación²⁰⁸. El sector en donde menos vemos el trazado del antiguo edificio es el ocupado por la vivienda 1, debido a las grandes

206 Sus excavadores ya habían observado que las viviendas nº 2 y 3 «...debieron configurar una única casa» (CASTILLO, MARTÍNEZ y ACIÉN, 1987, p. 543); en otro artículo afirman que una antigua casa «...fue dividida dando origen a dos nuevas...» (CASTILLO y MARTINEZ, 1990, p. 114).

207 Lo mismo sucede con las casas nº 9 y 18 de Siyasa.

208 La falta de alineación de estos muros respecto a los interiores de las casas 2 y 3 hace pensar que se trata de una obra adosada a la vivienda original, lo que supondría aceptar que la calle meridional se constituyó como tal después de construidas las supuestas tiendas.

209 SALADO, *et al.*, (en prensa).

210 La casa nº 9 es un buen ejemplo (ORIHUELA, 1996, p. 154, planos 25 y 26).

211 «La gran Casa IX que se sitúa inmediatamente al sur de la casa X, fue dividida al menos en tres viviendas de reducido tamaño. Su excavación aún no ha concluido, pero podemos adelantar que la casa VIII es fruto de la separación del sector sur de la Casa IX. El resto de la vivienda se dividiría por la mitad elevando un muro separador que partiría el patio» GÓMEZ MARTÍNEZ, S., «Mértola islámica. Los espacios de vivienda», *Actas de las I Jornadas de Cultura Islámica*. Almonaster la Real, Huelva, 2001, pp. 65-98 (p. 78).

212 Este mismo fenómeno es estudiado a partir de fuentes árabes jurídicas por Brunschvig (1947, pp. 131–134).

213 GARCÍA BIOSCA *et al.*, 1998, p. 162: «Las casas así definidas se alinean a lo largo de las calles formando parejas de viviendas que, alternativamente, se dan la espalda una a otra o tienen sus patios a los lados del muro medianero. Las hileras



Figura 18. Casas del arrabal del Fortí de Denia (SS. XI-XIII). La presencia de patios adyacentes parece deberse a que las casas de las que forman parte eran, en origen, una sola vivienda.

transformaciones realizadas para construir el adarve que debía dar acceso a lo que creemos fue el cuarto sector desgajado del núcleo original, situado en el ángulo occidental de la primitiva parcela. Si unimos las tres viviendas antes mencionadas y le incorporamos el cuarto sector y el adarve comprobaremos que estamos ante una gran parcela de planta casi cuadrada.

La partición de una casa andalusí está bien documentada en otros muchos puntos de al-Andalus, entre los que podemos citar la ciudad de Málaga, concretamente el solar del palacio de Buenavista²⁰⁹, la alcazaba de la Alhambra²¹⁰ y Mértola²¹¹. También en el arrabal Denia, conocido como «El Fortí» (fig. 18), se han exhumado otras viviendas que llegaron a la conquista de 1244 con sus patios separados sólo por un muro²¹²; son de pequeñas dimensiones (85 m² de media) y suelen contar con dos crujías alrededor del patio. En el mismo yacimiento existen otras mayores que alcanzan los 175 m². Aunque sus excavadores no hacen comentario alguno sobre la causa de estas diferencias ni sobre la anómala separación de los patios por un solo muro, creemos que estamos ante el mismo fenómeno de partición analizado anteriormente en Siyasa y Pechina. En la antigua medina de Balaguer, conocida actualmente como Llano de Almatà, se han exhumado otras casas de grandes dimensiones junto a su muralla que también presentan un simple muro divisorio separando dos viviendas contiguas (fig. 19); se trata de grandes residencias que han sido subdivididas partiendo el primitivo patio y que presentan «*especularmente idénticas características*»²¹³.

La imagen distorsionada que nos ha llegado de la casa islámica como espacio exiguo nos viene de muy antiguo, pues ya en el Repartimiento urbano de Baza (1489) se dice que «*algunas destas non podran caber moradores syn que se junten dos o tres y quatro y çinco y seyss y más por ser pequeñas*»²¹⁴; poco después (1494) el viajero alemán Münzer, visitando Granada, afirmaba sorpren-

de casas o crujías que configuran parecen adosarse a otras donde tal vez se manifestarían **especularmente idénticas características...**» (la negrita es nuestra).

214 TORRES DELGADO, 2001, p. 762.

215 GARCÍA MERCADAL, 1999, vol. 1, p. 334.

216 «*L'augmentation de la population, dans une ville entourée d'une enceinte, se traduit par une surélévation des maisons...*» (LÉZINE, 1967, p. 69).

217 NAVARRO y JIMÉNEZ, 1996a.

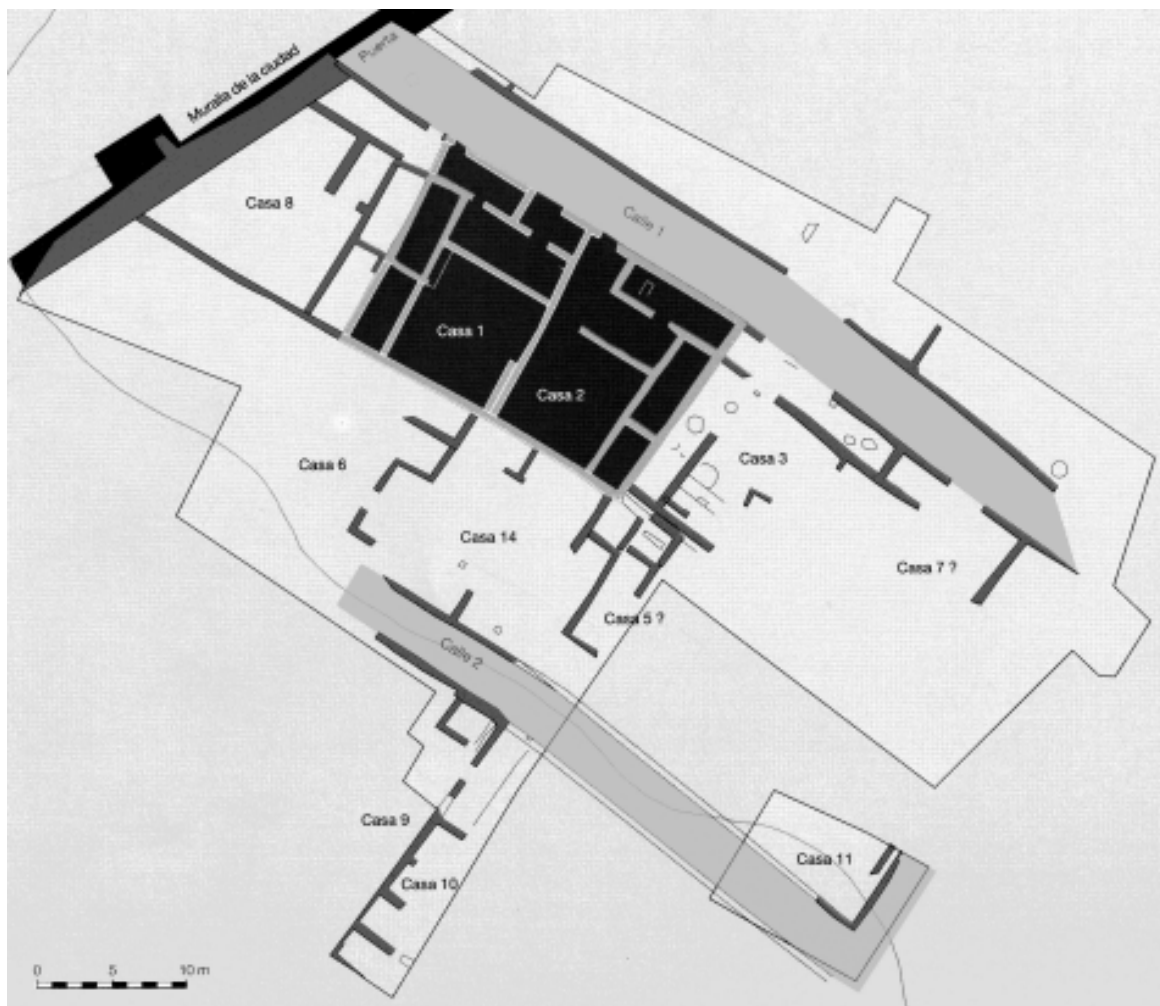


Figura 19. Manzana de casas en el Llano de Almatá, Lérida (s. XI). Se han destacado las dos casas producto de la partición de una gran vivienda original.

dido: «una casa de cristiano ocupa más lugar que cuatro o cinco de moros» pareciéndoles «nidos de golondrina»²¹⁵. Es evidente que el caserío granadino que tanto le llamó la atención era un magnífico ejemplo de parcelario saturado que, comparado al de ciudades europeas cristianas menos densas, le hizo formular una generalización sobre las casas de «moros» contrapuesta a otra generalización sobre las «cristianas».

Crecimiento en altura

Otro fenómeno que acompaña el proceso de saturación urbana es el crecimiento de las vivien-

²¹⁵ JIMÉNEZ y NAVARRO, 1997, pp. 30 y 31.

²¹⁹ MANZANO, 1995.

das en altura²¹⁶, sobre el que no nos vamos a extender pues ya lo hicimos en un trabajo exclusivamente dedicado a ello²¹⁷. No obstante, comentaremos muy brevemente el importante papel jugado por los pórticos-galería en esta nueva variante de expansión vertical. El carácter destructivo que tienen las intervenciones arqueológicas en las ciudades actuales ha hecho posible que en Murcia se excaven y se documenten todas las fases constructivas de los edificios andalusíes que se exhuman, lo que permite comprobar que era muy frecuente el crecimiento de las casas mediante la adición de una o más plantas. El dato arqueológico más elocuente al respecto es la aparición tardía de los pórticos-galería, pues gracias a ellos se podía acceder a las algarfas o habitaciones altas. En las fases más antiguas no es tan frecuente este tipo de solución arquitectónica que se generaliza en Murcia a partir de la segunda mitad del siglo XII o primera del XIII. Éste es el caso, por ejemplo, de la casa A de Platería 14, edificada en época almorávide, que no contaba con pórtico hasta que fue construido en una fase avanzada, a principios del siglo XIII, a costa de reducir sensiblemente el jardín en bajo por su frente norte²¹⁸. También ha de fecharse en la primera mitad del siglo XIII el pórtico de cinco vanos que se construyó en la gran casa identificada como Espacio 4 en el antiguo Garaje Villar²¹⁹. En Siyasa, la necesaria conservación del caserío exhumado ha dificultado esta investigación, pues allí no se ha podido excavar por debajo de los pavimentos de los edificios que conocieron la conquista de 1243. A pesar de ello, también se ha visto cómo la mayoría de las viviendas se dotaron de esta innovadora solución de acceso y circulación en planta alta. En algunos casos como el de la casa nº 1 se ha comprobado que se adopta tardíamente, pues su construcción aparece como un anexo adosado al antiguo frente occidental del patio. También en viviendas nazaríes está estudiado este fenómeno de crecimiento en altura²²⁰. En su estudio sobre las medinas de Ifriqiya, Lézine conviene en que la construcción generalizada de plantas altas es un fenómeno relativamente tardío y utiliza como prueba el testimonio de Ibn Yubayr: este viajero valenciano que recorrió el Oriente a fines del siglo XII, se asombró al comprobar que la mayor parte de las viviendas de Damasco tenían tres pisos de altura, lo que le llevó a escribir que podía acoger tres veces más habitantes que cualquier otra ciudad²²¹.

Supresión y/o reducción de calles

220 Un ejemplo bien estudiado es la casa granadina de la calle del Cobertizo de Stª Inés (ALMAGRO, A., ORIHUELA, A., y SÁNCHEZ, C., «La casa nazarí de la calle del cobertizo de Santa Inés nº 4 en Granada», *Cuadernos de la Alhambra*, 28 (1992), pp. 135-166; ORIHUELA, 1996, p. 278, planos 67, 68 y 69).

221 LÉZINE, 1971, pp. 30 y 31.

222 Este fenómeno está bien documentado en ciudades romanas de Oriente y Occidente cuyas calles porticadas son invadidas por nuevas construcciones que en algunos casos llegan hasta la completa obstrucción (LÉZINE, 1967, p. 58). Uno de estos ejemplos hemos tenido la oportunidad de contemplarlo directamente en las excavaciones de Morerías en Mérida (Badajoz), en donde ciertos pórticos han sido invadidos por otras construcciones.

223 VAN STAEVEL, J. P., «Casa, calle y vecindad en la documentación jurídica», *Casas y palacios de al-Andalus. Siglos XII y XIII*, Barcelona-Madrid, 1995, pp. 53-61 (p. 57). Un texto que documenta esta tendencia a la usurpación de la vía pública nos lo proporciona Ibn 'Abdun, a principios del siglo XII, respecto a la mezquita de Sevilla: «*El cadí deberá impedir que algunas gentes instalen, como suelen, en los poyos de la fachada de la mezquita mayor puestos o tenderetes de venta, porque luego los consideran como de su propiedad.*» (GARCÍA y LÉVI-PROVENÇAL, 1981, p. 86, nº 41. La amenaza continua sobre el espacio público es puesta de relieve por diversos autores: «*...l'espace public apparait bien comme une catégorie menacée qu'aucun principe juridique ne protège d'une manière absolue, même dans les zones les plus <<publiques>>, la possibilité d'utilisation du finá ouvre des possibilités d'appropriation...*» RAYMOND, 1989, p. 201.

224 Las fuentes jurídicas aportan valiosos ejemplos, *vid.* PINILLA, R., «Jurisprudencia y ciudad. Notas sobre toponimia y urbanismo en la Córdoba altomedieval extraídas de al-Ahkam al-kubrā de Ibn Sahl (siglo XI)», *Las ciudades históricas. Patrimonio y sociabilidad*, Córdoba, 2000, p. 559-574 (p. 568).

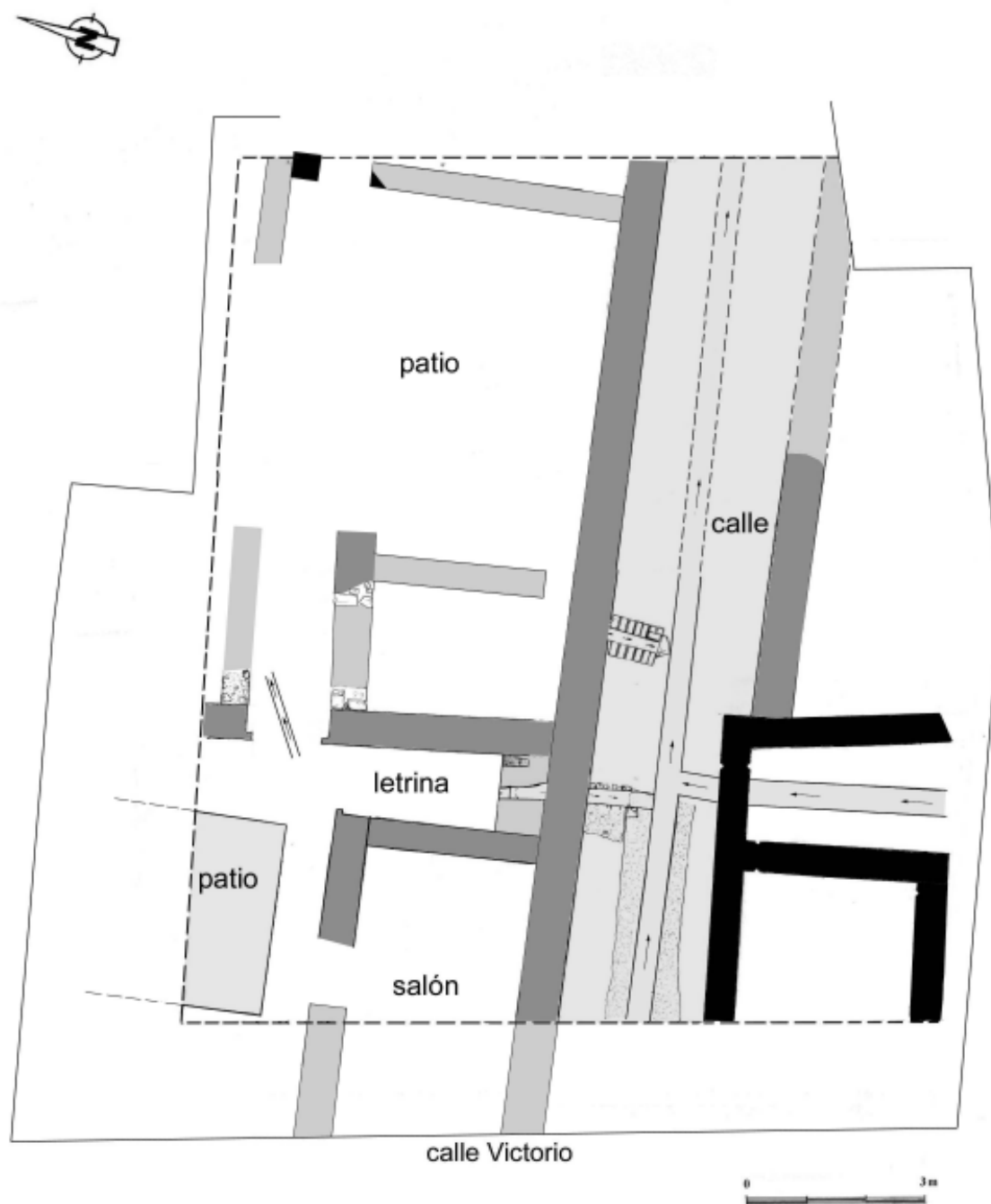


Figura 20. Planta de los restos arqueológicos documentados en un solar de la calle Victorio de Murcia. Obsérvese la casa paleoandalusí con dos patios situada al este y la calle central, parcialmente invadida por un edificio más tardío (s. XII) destacado en negro.

La presión del caserío saturado también se hace notar en las calles públicas, que ahora reducen su ancho y en ciertas ocasiones son suprimidas, al ser invadidas por las casas colindantes²²². Se trata de un proceso habitual en el urbanismo islámico tradicional, amparado por una jurisprudencia que no penalizaba la invasión del espacio colectivo en los casos en que no se perjudicara sustancialmente al bien común²²³.

Son cada vez más numerosas las fuentes escritas²²⁴ y arqueológicas que documentan estas invasiones parciales por parte de las nuevas construcciones, según veremos a continuación. El primero corresponde a la excavación de calle Victorio de Murcia, en donde hallamos un vial paleoandalusí, de trazado regular, con una anchura de 2'60 m. En un momento impreciso pero que hay que situar a partir del siglo XII, un edificio construido con cimientos de tapial de hormigón invadió 0'5 m dicha calle (fig. 20). El segundo ejemplo lo hallamos en el solar del antiguo casón de Puxmarina: se trata de un amplio adarve de 2'5 m, que de nuevo en una fase avanzada es invadido medio metro por una gran casa construida también con cimientos de tapial de hormigón (fig. 21). En ambos casos, la atarjea, que en origen corría por el centro de la calle, mantiene su trazado original, quedando ahora desplazada hacia el lado de la nueva construcción. El tercero lo hallamos en el edificio 12 de los excavados en un gran solar abierto a la calle Platería, en donde se pudo documentar el muro de cierre sur, de tapial de tierra, que en un momento posterior se reconstruyó con ladrillo desplazándolo 1 m más al sur, ampliando la casa a costa del adarve colindante²²⁵. El

225 RAMÍREZ y MARTÍNEZ, 1999, p. 561.

226 Un buen ejemplo de calle paleoandalusí fue descubierto en un solar de la plaza de Santa Eulalia: se trata de una calle sin salida de 3'25 m de anchura, anexa por el este a una posible alhóndiga (JIMÉNEZ y NAVARRO, 2001a, pp. 147 y 148). También en Zaragoza se han excavado recientemente calles con similar anchura, aparecidas en el antiguo cuartel de Sangenis y en el Paseo de la Independencia, lo que confirma el comentario de Al-Idrisi de que «sus calles son anchas» (1974, p.180), siendo ello un rasgo urbano digno de mención. Este comentario, que sin duda describe una medina de finales del siglo XI que no ha sufrido todavía la habitual saturación de las ciudades andalusíes bajomedievales, contrasta con las descripciones que más tarde se harán de las nazaríes recién conquistadas.

227 Situado entre las casas 11 y 13: MANZANO, 1995.

228 JIMÉNEZ, 1993.

229 No hay que confundir este fenómeno con otro distinto, documentado en «El Fortí» de Denia, que consiste en reservar, desde el principio, un espacio entre las paredes medianeras de dos casas para ubicar allí un canal de evacuación de aguas pluviales, de tal manera que a primera vista parecen estrechísimas calles recorridas por una atarjea abierta, de sección en V, cuya boca viene a ocupar la práctica totalidad de su ancho. Una vez comprobada la angostura del espacio y la ausencia de cubierta en la canalización, llegamos a la conclusión de que estos espacios nunca sirvieron para la circulación y que su única función fue posibilitar la evacuación de las aguas de lluvia que caían de los tejados al exterior de las viviendas. Es de suponer que, si no se hubiera truncado su proceso de saturación, habrían desaparecido más adelante absorbidos por las viviendas colindantes, tras un simple cambio en la dirección de las pendientes de los tejados, dirigidas ahora a los patios; con esta inversión, las casas que mediante divisiones han reducido su tamaño pueden ganar unos cuantos metros más, desahogando sus ya exiguas parcelas. Es interesante estudiar la creación y desaparición de estas servidumbres a la luz de ciertas fuentes jurídicas en las que se plantean casos concretos, muy expresivos, sobre casas cuyos tejados vierten al exterior, estando obligadas las nuevas a no interferir la habitual evacuación, a no ser que contaran con el consentimiento del primer propietario; sin esa autorización estaba prohibido adosar la nueva casa a la preexistente, siendo necesario entonces dejar un mínimo de espacio entre ambas con el fin de respetar la normal evacuación de las aguas pluviales. A este respecto comenta Asbagh: «il ne pourrait ni accoler son mur ni bâtir à l'endroit où tombent les eaux de l'autre ou en deçà sans la permission de celui-ci» (BARBIER, 1900, p. 49).

230 BAZZANA, A., «Urbanismo e hidráulica (urbana y doméstica) en la ciudad almohade de Saltés (Huelva)», *Casas y palacios de al-Andalus. Siglos XII y XIII*, pp. 139-156 (p. 154).

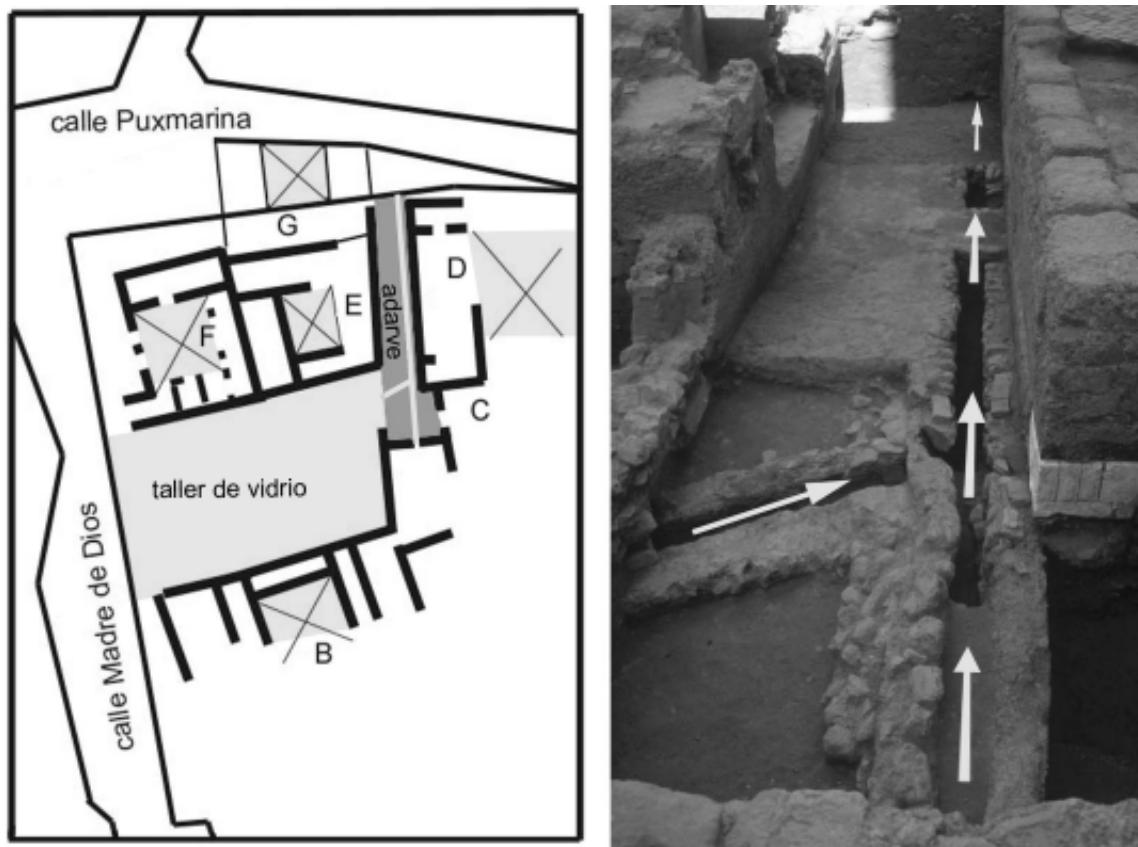


Figura 21. Adarve hallado en las excavaciones arqueológicas del casón de Puxmarina (Murcia). Apréciase la posición descentrada de la atarjea, como resultado de la invasión parcial de la calle por parte de la casa D. La línea original vendría determinada por la alineación de la fachada C y, por tanto, en origen la atarjea corría, como es normal, por el centro del callejón.

cuarto se localiza en uno de los ejes de comunicación más importantes de Siyasa, el tramo delimitado por las viviendas nº 6 y 7, en donde el ancho de la calle se reduce a los 2 m mientras que el tramo inmediato, situado a los pies de la nº 8 alcanza los 2,30 (fig. 3). Una simple mirada al plano permite verificar que la nº 6 se adueñó de unos 30 cm de vía pública y prueba de ello es la anómala planta de la alhanía de su salón y la perfecta adaptación de su muro norte al cierre oriental de la calle. Este proceso de invasión de ciertos espacios públicos pone de relieve que el viario paleoandalusí era mucho más ancho que el de la ciudad tardía²²⁶.

En ciertos casos la anchura del viario quedaba tan reducida por este tipo de invasiones que sólo pueden entenderse tales reducciones admitiendo la existencia de cambios en las necesidades de paso de las viviendas colindantes. Esto parece haber ocurrido en dos ejemplos documentados en la

231 AL-WANSARISI, *Al-Mi,yar al-mu,rib wa-l-yami, al-mugrib,an fatawi ahl Ifriqiya wa-l-Andalus wa-l-Magrib*, edición de Muhammad Hayyi, Rabat, 1401/198 (p. 445).

232 LÉZINE, 1971, p. 136.

233 IZQUIERDO BENITO, R., *Ciudades hispanomusulmanas «Vascos». Navalmoralejo (Toledo). Campañas 1983-1988*, Toledo, 1994, p. 24 y fig. 3.

ciudad de Murcia: uno en el Garaje Villar²²⁷, y otro especialmente interesante, en un solar del arrabal²²⁸. En este último pudimos comprobar que un adarve de poco más de 1 m de anchura quedó reducido a la mitad, siendo entonces imposible la circulación de bestias de carga; de lo que cabe deducir que ya no daba acceso a establo alguno²²⁹.

Gracias a la arqueología y a las fuentes árabes también tenemos noticias sobre invasiones por la construcción de una letrina: en las excavaciones efectuadas en el despoblado de Saltés se halló un ejemplo interesante que se puede fechar en la segunda mitad del siglo XII²³⁰; al-Wansarisi, por su parte, menciona a un jurista de Qayrawan, Ibn Abi Zayd (s. X) quien legalizó la construcción de una letrina invadiendo la vía pública codo y medio (0,75 m)²³¹.

Es difícil aceptar como algo habitual en el urbanismo islámico la transformación de calles públicas en adarves, y mucho más si se trata de su completa eliminación, a no ser que se produzcan amplias destrucciones que permitan este tipo de remodelación²³². En casos extremos se llega a producir la desaparición de calles de escasa importancia, tal y como se ha documentado en el despoblado toledano de Vascos. Allí se ha comprobado que una casa, separada de la muralla por una calle, en un momento dado se expande por los frentes oriental y meridional, mediante la construcción de una nueva crujía sur más avanzada que la preexistente y la demolición del muro que la cerraba por el este, englobando la antigua vía pública en el nuevo patio²³³. En Murcia también se ha podido detectar la desaparición total de un callejón perpendicular a la muralla meridional, incorporado por una de las viviendas adyacentes a fines del siglo XII o principios del XIII²³⁴.

Especialmente valiosas al respecto son las impresiones que nos transmiten quienes visitaron las ciudades recién conquistadas del reino de Granada a finales del siglo XV y principios del XVI; las descripciones conservadas muestran la imagen de unas ciudades en cuyas calles se podía apreciar la culminación del proceso de saturación que venimos analizando. Pere Llistra describe así la ciudad de Málaga en 1487: «...no te sino dos ó tres carreras qui sian rasonables quant a la spaciositat: totas las otras carreras molt tristas é angustíssimas que n'hi ha de tals que un ase delitos no s'hi poria voltar»²³⁵. Münzer, impresionado por el callejero del Albaicín afirma que se trata de «calles tan sumamente estrechas, que en muchas de ellas, por la parte de arriba, se tocan los tejados de las casas fronteras, y por la de abajo no podrían pasar dos asnos que fueran en direcciones contrarias; las más anchas no miden más de cuatro o cinco codos»²³⁶.

DESBORDAMIENTO

224 LÓPEZ MARTÍNEZ, J. D., «Intervención arqueológica en calle Marengo nº 8 de Murcia. Informe arqueológico preliminar (actuación de campo)», *Memorias de Arqueología*, 10 (1995), 2002, pp. 553-555; se trata de una memoria preliminar que no adjunta documentación gráfica, por lo que no podemos contrastar las afirmaciones ahí expuestas.

225 PI i MARGALL, F., *España. Sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*. Granada, Jaén, Málaga y Almería, Barcelona, 1885 (p. 430, nota 1).

226 GARCÍA MERCADAL, 1999, vol. 1, p.334.

227 «Au Caire, les faubourgs extra-muros procèdent de la même vie urbaine que la cité» (ILBERT, 1990, p. 642). Se ha llegado a definir el arrabal como una «réplica de la medina a una escala menor» (DELGADO, 1999, p. 17).

228 «El arrabal se convierte, sin ninguna duda, en una parte del espacio urbano cuando está ceñido por una muralla y totalmente urbanizado...» (MAZZOLI-GUINTARD, 2000, p. 221); con este planteamiento no estamos de acuerdo, pues refleja que sólo el urbanismo saturado se puede identificar con el concepto de ciudad.

229 WOODFORD, 1990, pp. 86-89.

240 EPALZA, 1991, p. 11.

Podemos hablar con precisión de medina desbordada cuando el elemento que mejor la caracteriza, el caserío, ha empezado a expandirse fuera de las murallas formando arrabales, como continuación de un proceso en el que previamente han sido expulsados del interior de la ciudad los alfares, tejares, tenerías y otros establecimientos necesitados de amplios espacios. Para considerar que una ciudad está desbordada es necesario que su arrabal sea, al menos en parte, de carácter residencial y que cuente con todos los elementos propios de la medina²³⁷: baño, zoco, oratorio, etc. Este fenómeno, que se solía iniciar siguiendo los caminos principales, alcanza su plenitud cuando el arrabal se amuralla²³⁸; en ese momento podemos afirmar que ha superado su etapa constitucional, iniciándose entonces el mismo ciclo que hemos analizado en la medina: expansión, saturación y desbordamiento. En última instancia, los arrabales muy populosos pueden llegar a dotarse también de una mezquita congregacional, así por ejemplo, en 1255 se construye en Túnez la primera aljama en el arrabal al-Marr y antes de 1310 ya se han levantado otras dos en los arrabales de Bab Suwayqa y Bab Yazira, la primera era una fundación real y las otras dos fueron sufragadas por la comunidad; a fines del siglo XV Túnez ya cuenta con ocho aljamas, una de ellas, la de Bab Behar, en un suburbio que nunca estuvo amurallado ni tenía límites fijos²³⁹. Por los motivos expuestos, los arrabales no pueden ser considerados «*como espacios periurbanos sino totalmente urbanos...(pues)...se les tiene que aplicar generalmente la misma distribución de los espacios y sus funciones que la medina, aunque estén físicamente separados de ella*»²⁴⁰.

Granada es, sin duda, uno de los mejores ejemplos de urbe desbordada, pues su particular historia le permitió crecer hasta 1492, dos siglos y medio después de la conquista de otros importantes centros urbanos de al-Andalus²⁴¹ como Sevilla, Valencia, Murcia, etc. No obstante, todos ellos ya habían alcanzado esta fase final cuando los ejércitos castellanos y aragoneses los tomaron en el siglo XIII. Otro ejemplo andalusí de especial relevancia es la Córdoba del siglo X, pues su carácter de capital del Estado omeya la convirtió en una de las grandes ciudades de la época²⁴². Veamos a continuación algunos ejemplos.

241 Hay quienes creen que los cambios producidos tras la conquista no lograron «eliminar y en muchos casos ni siquiera desvirtuar, la estructura de la aglomeración andalusí» VALOR PIECHOTTA, M., «La estructura urbana de la Sevilla islámica prealmohade», *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española*, Oviedo, 1992, tomo II, pp. 327-340 (p. 327). Aunque nosotros, según nuestra experiencia arqueológica en la ciudad de Murcia, creemos que la desaparición de la formación social islámica, ocasionada por la conquista cristiana, supuso la desintegración estructural de las ciudades andalusíes al pasar a manos cristianas (JIMÉNEZ y NAVARRO, 2000, pp. 96-114; *id.* 2001b, pp. 108-124). Esto nos parece, por otra parte, lo más normal, puesto que las medinas eran expresión material de esa formación, tal y como explica Acíen Almansa (2001, p. 17). Sobre la transformación de las ciudades andalusíes tras la conquista cristiana véanse los datos aportados por TORRES BALBÁS, 1942-1947, pp. 19-25. El Repartimiento de Baza (1489) informa que de las 1577 casas censadas 300 fueron derribadas para abrir plazas (TORRES DELGADO, 2001, p. 784).

242 El ensanche de la actual Córdoba está poniendo al descubierto los restos de importantes arrabales hasta ahora solamente conocidos por las fuentes escritas; su destrucción es uno de los capítulos más negros de la actual arqueología española.

243 IBN HAYYAN, *Muqtabis V. Crónica del califa Abderrahman III an-Nasir entre los años 912 y 942*, Trad. M^a J. VIGUERA y F. CORRIENTE, Zaragoza, 1982 (p. 162).

244 Según SALADO *et al.*, (en prensa): «Donde sí se constata un cambio sustancial, posiblemente alentado por el propio Estado, en su entramado, extensión y fisonomía, es en el arrabal de Tabbanin. (...) Para esta fase de esplendor del arrabal podemos hablar de una pequeña ciudad dotada de toda la infraestructura necesaria para su buen desarrollo, sistema de captación y distribución de agua potable, así como la canalización de las residuales, un sistema jerarquizado de viales de comunicación y acceso de esquema ortogonal, que, valorado en su conjunto, nos da pie a suponer tanto la idea de nueva planta, como cierta regulación y planificación del crecimiento».

245 Véase MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. y PONCE GARCÍA, J., «Evolución de la ciudad medieval de Lorca y su relación con el territorio colindante», en L. Cara (ed.) *Ciudad y territorio en al-Andalus*, Granada, 2000, pp. 398-435.

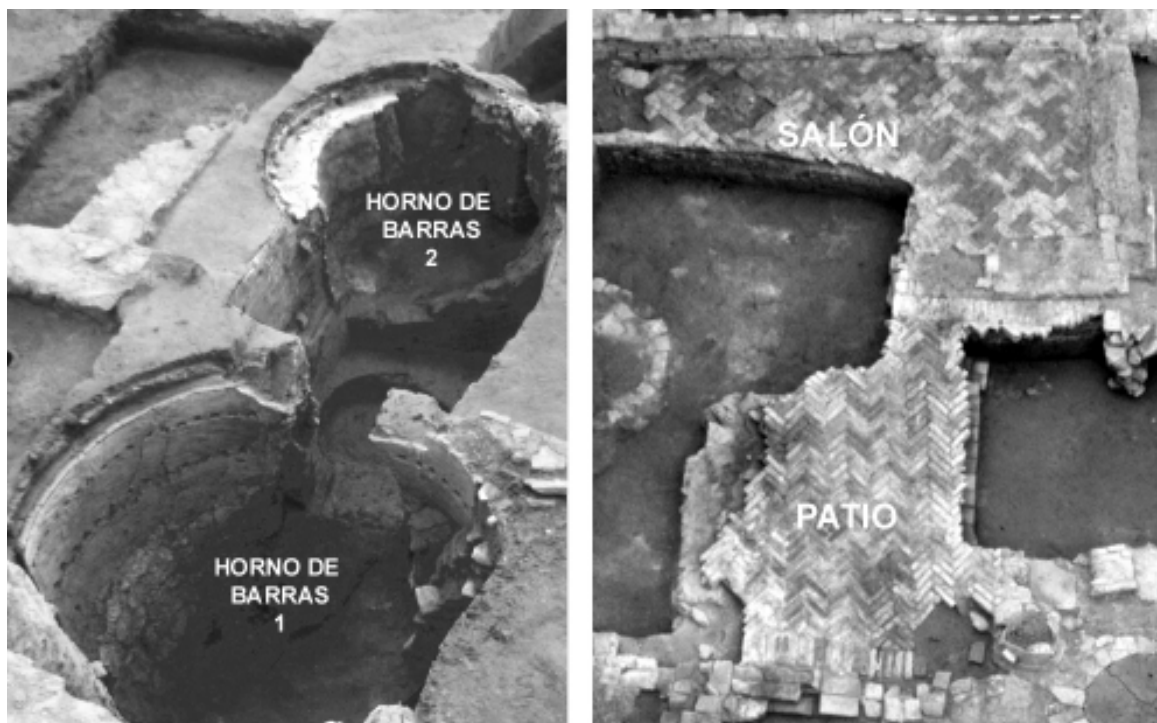


Figura 22. Dos momentos de la excavación del solar nº 4 de la calle Ceferino de Murcia. Los dos hornos de barras (SS XI-XII) aparecieron bajo los pavimentos de ladrillo de una casa andalusí (fines del XII y XIII), ubicada en el extremo más meridional del arrabal.

A partir del califato, Málaga que permaneció fiel al gobierno cordobés durante toda la revuelta de Umar Ibn Hafsun ²⁴³, consolida su categoría, lo que se traduce en un crecimiento importante. Es posible que en este momento el desarrollo de la ciudad rebasara el nuevo perímetro, comenzando a construirse en lugares extramuros situados al oeste de la medina. Así por ejemplo, en la zona del Perchel-Trinidad, se documentan distintas estructuras que se pueden identificar con albercas de

246 Lo poco que conocemos de la muralla del arrabal es suficiente para afirmar su solidez: se trata de un tramo en la calle Merced, esquina Santo Cristo y de un torreón octogonal en las proximidades de la Bab Abi Sa'id (junto al plano de San Francisco), recientemente documentado.

247 Las excavaciones arqueológicas hasta ahora efectuadas en el arrabal del Arrixaca han confirmado la existencia de áreas que llegaron a la conquista cristiana sin edificar. No hay pruebas que permitan asegurar que estaban cultivadas, aunque parece lógico suponerlo así. Dos de estas excavaciones estaban situada en el sector norte, concretamente en las proximidades de la plaza de Romea (NAVARRO SANTA-CRUZ, E. y ROBLES FERNÁNDEZ, A., «Viviendas barrocas y juguetes tradicionales en las afueras de Murcia. Memoria de la excavación realizada en el nº 4 de la calle José Antonio Ponzoa, esquina con Ángel Guirao», *Memorias de Arqueología*, 8 (1993), 1999, pp. 383-401) y de la plaza de Sto. Domingo RUIZ PARRA, I. y PUJANTE MARTÍNEZ, A., «Excavaciones en el solar de la plaza de Santo Domingo, nº 5-C/ Enrique Villar, Murcia», *Memorias de Arqueología*, 9 (1994), 1999, pp. 509-513. Otras dos estaban muy próximas entre sí, al oeste de la plaza de San Agustín: una de ellas en el solar del antiguo convento del mismo nombre (POZO MARTÍNEZ, I., MATILLA SÉIQUER, G., MUÑOZ LÓPEZ, F. y RUIZ PARRA, I., «Avance sobre la excavación de urgencia en el convento de San Agustín y antigua plaza de toros de Murcia», *Memorias de Arqueología*, 4 (1989), 1993, pp. 617-625) y la otra a espaldas del Museo de Salzillo (excavación reciente aún inédita, agradecemos la información a su directora Dña. María Jesús Sánchez González). La quinta se sitúa en el solar del convento de Agustinas Descalzas: RUIZ PARRA, I., «Excavaciones arqueológicas en el ala sur del convento de Agustinas Descalzas (Murcia)», *Memorias de Arqueología*, 10 (1995), 2002, pp. 557-571.

regadío asociadas a las almunias allí existentes que, una vez consolidado el caserío, se convertiría en el arrabal de *Tabbanin*; su excavación ha demostrado que estaba completamente urbanizado en época almohade, alcanzando una extensión equivalente a la tercera parte de la medina. En este momento el arrabal cuenta con una infraestructura hidráulica elaborada y con un sistema jerarquizado de calles regulares, lo que se debe con toda probabilidad a su origen como zona de huertas más que a una hipotética planificación estatal²⁴⁴.

Lorca era una de las principales ciudades del Sureste en época paleoandalusí, pero durante los siglos XII y XIII su importancia había declinado en beneficio de Murcia que, sin duda, estaba bastante más desarrollada urbanísticamente. Pese a ello, su desbordamiento había tenido lugar ya a mediados del siglo XII puesto que al-Idrisi menciona la existencia de un arrabal dotado con cerca propia²⁴⁵.

También sabemos por al-Idrisi que a mediados del siglo XII Murcia contaba con un arrabal «florecente y bien poblado que está rodeado de murallas y de fortificaciones muy sólidas». Este dato es suficiente para afirmar que su medina en esas fechas ya había alcanzado la última etapa de nuestro esquema evolutivo. Por lo que respecta al arrabal, parece evidente que el esfuerzo que supone construir unas defensas de tapial de hormigón no se realizó para proteger sólo los alfares, cementerios y almunias dispersas; sabemos que también encerró el resto de elementos urbanos, como son los barrios residenciales, baños, mezquitas, zocos, etc²⁴⁶. También existían amplios espacios no edificadas de carácter agrícola que se extendían por las zonas más próximas a su muralla exterior²⁴⁷, con la excepción de los sectores cercanos a los ejes viales principales, Cadenas y S. Antolín, en torno a los cuales se desarrollaba un caserío compacto. Seguramente los espacios

248 Aún hoy en día permanecen los restos de estos grandes huertos conservados en la Fábrica de la Pólvora, en el recién creado jardín del Museo de la Ciudad y en el huerto del convento de religiosas dominicas de Stª Ana. Hasta los años cincuenta del pasado siglo todo este frente norte del antiguo arrabal se conservaba como zona de huertos.

249 Encontramos un panorama similar en uno de los arrabales de Túnez: «A l'intérieur du faubourg de Bab al-Manara était le quartier résidentiel des grands de la cour» (DAOULATI, 1976, p. 142).

250 Véase JIMÉNEZ, 1993; MUÑOZ y CASTAÑO, 1993; GUILLERMO MARTÍNEZ, M., «La casa islámica y el horno bajomedieval de calle de La Manga, 4 (Murcia)», *Memorias de Arqueología*, 7 (1992), 1998, pp. 451-475; ROBLES y NAVARRO, 1999, así como otras excavaciones aún inéditas en calles Ceferino y Santa Teresa.

251 La imagen saturada de los arrabales de Túnez en el siglo XV nos la proporciona Anselmo Adorno cuando comenta que «ne sont pas comme à l'ordinaire, en manière d'ails, mais ils sont entièrement occupés et contigus, sans aucun espace vide entre eux» (BRUNSCHVIG, 1936, p. 185).

252 Pocklington, (1989, p. 220) traduce parte del verso 471 (*Zuqaq al-Yanna al-A'là*) como «Camino Alto de la Huerta»; para quienes conocemos la topografía del lugar siempre vimos inadecuado relacionar *al-A'là* con *zuqaq* y menos aún traducir el adjetivo en sentido físico (alto), pues se trata de un lugar muy llano sin que se pueda apreciar a simple vista diferencia alguna de cota. Consultados varios diccionarios creemos que *al-A'là* va referido a *Yanna* (jardín) y debe traducirse por excelso, pues el texto está hablando de jardines palatinos (Al-Qasr al-Saghir-Alcázar Menor) y aristocráticos, entregados tras la conquista a la nobleza y a las ordenes mendicantes (franciscanos y dominicos). Por estos motivos creemos que se podría hacer una traducción algo más libre que permita leer el singular *al-Yanna* como plural, pues pensamos que puede venir impuesto por reglas de rima; la realidad del camino medieval que describe el poema es suficientemente conocida y por ello sabemos que estuvo jalonado de un número elevado de jardines entre los que destacaba el perteneciente al palacio del emir. Algo similar debió suceder en Granada después de 1492, pues observamos en su arrabal al-Fajjarin que las huertas de la al-Manjarra, propiedad de la familia real, son concedidas a los dominicos, conservándose hasta la actualidad parte de uno de aquellos palacios conocido como Cuarto Real de Santo Domingo. Agradecemos a nuestros colegas y amigos Camilo Álvarez de Morales y James Dickie cuantas aclaraciones nos han hecho del texto árabe.

253 Se trata de las excavaciones de calle Ceferino y Pedro de la Flor (MUÑOZ y CASTAÑO, 1993) mencionadas en la nota anterior. Ambas fueron dirigidas por D. Francisco Muñoz López, a quien agradecemos la información inédita sobre la primera.

verdes, indudablemente reservas para la futura expansión urbana, hubieran sido edificados con el tiempo, pero la conquista cristiana con la consiguiente crisis demográfica acabó con la dinámica expansiva de la ciudad²⁴⁸. Conviene destacar, en cualquier caso, que este extenso arrabal no fue una realidad uniforme durante la segunda mitad del siglo XII hasta la conquista de 1243. Todo parece indicar que su mitad occidental estaba ocupada por un caserío denso sin connotación aristocrática alguna, mientras que la mitad oriental se caracterizaba por un poblamiento disperso, con amplias zonas de jardines y huertos. La presencia del Alcázar Menor y la instalación allí de importantes personajes cristianos tras la conquista, además del establecimiento de dominicos y franciscanos, hace pensar que el sector oriental del arrabal tuvo un cierto carácter aristocrático en época andalusí y estaría esencialmente ocupado por casas y almunias²⁴⁹.

Por el contrario, las excavaciones efectuadas en la mitad occidental del arrabal muestran un paisaje urbano más bien saturado en la segunda mitad del siglo XII²⁵⁰, en el que las viviendas aparecen apiñadas, sin espacios libres entre ellas²⁵¹. Esta realidad está bien documentada en las zonas próximas a los dos caminos que articulaban este sector del Arrixaca (calles S. Antolín y Cadenas) y las otras dos vías importantes en el sector norte del arrabal: la calle Santa Teresa, paralela a la muralla, y la calle Acisclo Díaz, llamada *Zuqaq al-Yanna al-A,la* o Camino del Jardín Excelso por Hazim al-Qartayanni²⁵². De hecho, en dos solares situados en la calle Ceferino, al sur de la calle S. Antolín, en el sector más meridional del arrabal, se ha podido comprobar la existencia de alfares que fueron amortizados y sustituidos por casas (fig. 22)²⁵³; idéntico fenómeno se documentó un poco más al norte del Arrixaca, en un solar situado en la plaza de Yesqueros, en donde las primeras instalaciones artesanales fueron sustituidas a mediados del siglo XII por una residencia compuesta por dos patios²⁵⁴. Todos estos ejemplos demuestran que la expulsión de estos establecimientos a la periferia, que previamente ya se produjo en el interior de la medina, ahora se repite en el arrabal, en las zonas en donde se produce una más temprana densificación.

BIBLIOGRAFÍA

- ABU-LUGHOD, J. L., «The Islamic City: Historic Myth, Islamic Essence and Contemporary Relevance», *International Journal of Middle East Studies*, 19 (1987), pp. 155-177.
- ACIÉN ALMANSA, M., CASTILLO GALDEANO, F. y MARTÍNEZ MADRID, R., «Excavación de un barrio artesanal de Bayyâna (Pechina, Almería)», *Archéologie islamique*, 1 (1990), pp. 147-168.
- ACIÉN ALMANSA, M., «La formación del tejido urbano en al-Andalus», *La ciudad medieval: de la casa al tejido urbano*, Cuenca, 2001, pp. 11-32.
- AKBAR, J., *Crisis in the built environment. The case of the muslim city*, Singapur, 1988.
- ALMAGRO, A., «Planimetría de las ciudades hispanomusulmanas», *Al-Qantara*, VIII (1987), pp. 421-448.
- ALSAYYAD, N., *Cities and Caliphs: On the Genesis of Arab Muslim Urbanism*, Wesport, 1991.
- BARBIER DE MEYNARD, A. C., «Des droits et obligations entre propriétaires d'héritages voisins», *Revue algérienne et tunisienne de législation et de jurisprudence*, 16 y 17 (1900 y 1901).
- BERARDI, R., «Espace et ville en pays d'Islam», *L'espace social de la ville arabe*, Paris, 1979, pp. 99-123.
- BERNABÉ GUILLAMÓN, M. y LÓPEZ MARTÍNEZ, J. D., *El Palacio Islámico de la calle Fuensanta*. Murcia, Murcia, 1993.
- BERTRAND, M. et alii, «Poblamiento y explotación del territorio en la región de Guadix-Baza durante la época medieval», *Anuario arqueológico de Andalucía*, 1998, vol. II, pp. 56-67.
- BIANQUIS, T., «Derrière qui prieras-tu, vendredi?. Réflexions sur les espaces publics et privés, dans la ville

254 ROBLES y NAVARRO, 1999, pp. 574-578.

- arabe médiévale», *Bulletin d'études orientales*, XXXVII-XXXVIII (1985-1986), Damas, 1988, pp. 7-21.
- BRUNSCHVIG, R., *Deux récits de voyage inédits en Afrique du Nord au XV siècle*, Paris, 1936.
- BRUNSCHVIG, R., «Urbanisme médiéval et droit musulman», *Revue des Études Islamiques*, XV, 1947, p. 127-155.
- CAHEN, C., «Y a-t-il eu des corporations professionnelles dans le monde musulman classique?», en A. Hourani y S. M. Stern (eds.), *The Islamic City*, Oxford, 1970, pp. 51-63.
- CARVER, M. O. H., «Transitions to Islam: Urban Rôles in the East and South Mediterranean, Fifth to Tenth Centuries A. D.», *Towns in Transition. Urban Evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, eds. N. Christie y S. T. Loseby, Scholar Press, 1996, pp. 184-212.
- CASTILLO GALDEANO, F., MARTÍNEZ MADRID, R. y ACIÉN ALMANSA, M., «Urbanismo e industria en Bayyâna. Pechina (Almería)», *Arqueología Medieval Española. II Congreso*, 1987, t. II, Comunicaciones, Madrid, 1987, pp. 539-548.
- CASTILLO GALDEANO, F. y MARTÍNEZ MADRID, R., «La vivienda hispano-musulmana en Bayyâna-Pechina (Almería)», *La casa hispano-musulmana. Aportaciones de la arqueología*, Granada, 1990, pp. 111-127.
- CHEVALLIER, D., «Signes de Beyrouth en 1834», *Bulletin d'études orientales*, XXV, 1973, pp. 211-227.
- CHEVALLIER, D., «La ville arabe: notre vision historique», *L'espace social de la ville arabe*, Paris, 1979, pp. 7-29.
- DAOULATLI, A., *Tunis sous les hafsides*, Tunis, 1976.
- DAVID, J.-C., «Urbanisation spontanée et planification, le faubourg ancien nord d'Alep (XV-XVII siècle)», *Les cahiers de la recherche architecturale*, 10-11 (1982), pp. 14-17.
- DAVID, J.-C., *La Suwayqat 'Ali à Alep*, Damas, 1998.
- DELGADO VALERO, C., «La estructura urbana de Toledo en época islámica», *Regreso a Tulaytula. Guía del Toledo islámico (Siglos VIII-XI)*, Toledo, 1999, pp. 11-157.
- DEVERDUN, G., *Marrakech. Des origines a 1912*, Rabat, 1959.
- EPALZA, M., «Espacios y sus funciones en la ciudad árabe», *Simposio internacional sobre la ciudad islámica*, Zaragoza, 1991, pp. 9-30.
- FERHAT, H., «Remarques sur l'histoire des villes et la fragilité du tissu urbain avant le XV^e siècle», en M. Naciri y A. Raymond (eds), *Sciences Sociales et Phénomènes Urbains dans le Monde Arabe*, Casablanca, 1997, pp. 97-103.
- GARCÍA-BELLIDO y GARCÍA DE DIEGO, J., «Principios y reglas morfogénicas de la ciudad islámica», *Qurtuba*, 2 (1997), pp. 59-86.
- GARCÍA-BELLIDO y GARCÍA DE DIEGO, J., «Morfogénesis de la ciudad islámica: algunas cuestiones abiertas y ciertas propuestas explicativas», *L'urbanisme dans l'Occident musulman au Moyen Âge. Aspects juridiques*, Madrid, 2000, pp. 243-283.
- GARCÍA BIOSCA et al., «La génesis de los espacios urbanos andalusíes (siglos VIII-X): Tortosa, Lleida y Balaguer», *El Islam y Cataluña*, Barcelona, 1998, pp. 137-165.
- GARCÍA GÓMEZ, E. y LÉVI-PROVENÇAL, E., *Sevilla a comienzos del siglo XII. El tratado de Ibn 'Abdun*, Sevilla, 1981.
- GARCÍA MERCADAL, J. (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*. Valladolid, 1999. Hay una edición en Madrid de 1952.
- GARCIN, J.-C., «Le Caire et l'évolution urbaine des pays musulmans», *Annales islamologiques*, t. XXV, 1991, pp. 289-304.
- GIRALT BALAGUERÓ, J., «Balaguer», *Catalunya Romànica*, vol. XVII. Barcelona: Enciclopèdia Catalana, 1994, pp. 219-251.
- GISBERT, J. A., BURGUERA, V., y BOLUFER, J., *La cerámica de Daniya. Denia*, Valencia, 1992.
- GISBERT, J. A., «Daniya y la vila de Denia. En torno al urbanismo de una ciudad medieval», *Urbanismo medieval del País Valenciano*, Madrid, 1993, pp. 63-103.
- GOITEIN, S. D., *A Mediterranean Society. The jewish communities of the arab world as portrayed in the documents of the Cairo Geniza. Vol. IV: Daily life*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1983.
- GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R., «El barrio del Carmen de Valencia; análisis morfológico e historia urbana», *Madrid Mitteilungen*, 41 (2000), pp. 410-435.
- GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R., *Las formas de los paisajes mediterráneos*, Jaén, 2002.

- GUICHARD, P., «Les villes d'al-Andalus et de l'Occident musulman aux premiers siècles de leur histoire. Une hypothèse récente», *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*, Madrid, 1998, pp. 37-52.
- GUTIÉRREZ LLORET, S., «De la civitas a la madīna: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de Al-Andalus. El debate arqueológico», *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española. Tomo I. Ponencias*, Alicante, 1993, pp. 13-35.
- HAKIM, B. S., *Arabic-Islamic Cities: Building and Planning Principles*, Londres, 1986.
- HOURLANI, A., «The Islamic City in the Light of Recent Research», en A. Hourani y S. M. Stern (eds.), *The Islamic City*, Oxford, 1970, pp. 9-24.
- AL-IDRISI, *Geografía de España*, (eds. R. Dozy y M. J. Goeje), Valencia, 1974.
- ILBERT, R., «Éléments du débat. La maison et le tissu urbain», *L'habitat traditionnel dans les pays musulmans autour de la Méditerranée*, El Cairo, 1990, vol. 2, pp. 641-645.
- JEHEL, G. y RACINET, PH., *La ciudad medieval. Del Occidente cristiano al Oriente musulmán (siglos V-XV)*, Barcelona, 1999. La edición original apareció con el título *La ville médiévale. De l'Occident chrétien à l'Orient musulman. V-XV siècle*. Paris, 1996. pp. 145-149.
- JIMÉNEZ CASTILLO, P., «Excavación arqueológica de un alfar en el arrabal de la ciudad de Murcia», *Memorias de Arqueología*, 4 (1989), 1993, pp. 427-432.
- JIMÉNEZ CASTILLO, P. y NAVARRO PALAZÓN, J., *Platería 14. Sobre cuatro casas andalusíes y su evolución (siglos X-XIII)*, Murcia, 1997.
- JIMÉNEZ CASTILLO, P. y NAVARRO PALAZÓN, J., «Génesis y evolución urbana de Murcia en la Edad Media», *Murcia ayer y hoy*, Murcia, 2000, pp. 40-130.
- JIMÉNEZ CASTILLO, P. y NAVARRO PALAZÓN, J., «Murcia omeya», *El esplendor de los Omeyas cordobeses. La civilización musulmana de Europa Occidental*, volumen de estudios con motivo de la exposición en Madinat al-Zahra', Granada, 2001a, pp. 132-151.
- JIMÉNEZ CASTILLO, P. y NAVARRO PALAZÓN, J., «El urbanismo islámico y su transformación: el caso de Murcia», *La ciudad medieval: de la casa al tejido urbano*, (coord. J. Passini), Cuenca, 2001b, pp. 71-129.
- JIMÉNEZ CASTILLO, P. y NAVARRO PALAZÓN, J., «Casas y tiendas en la Murcia andalusí. Excavación en el solar municipal de plaza de Belluga», *Memorias de Arqueología*, 10 (1995), 2002, pp. 489-532.
- JORGE ARAGONESES, M., *Museo de la muralla árabe de Murcia*, Madrid, 1966.
- LAPIDUS, I. M., *Muslim cities in the later middle ages*, Cambridge, 1984.
- LÉZINE, A., *Sousse. Les monuments musulmans*, Tunis, s/a.
- LÉZINE, A., «Notes d'archéologie ifriqiyenne», *Revue des Études Islamiques*, XXXV, 1967, pp. 53-101.
- LÉZINE, A., *Deux villes d'Ifriqiya*, París, 1971.
- LE TOURNEAU, R., *Fès avant le protectorat. Étude économique et sociale d'une ville de l'Occident musulman*, Casablanca, 1949.
- MANZANO MARTÍNEZ, J., «Memoria preliminar de los trabajos arqueológicos realizados en el subsuelo de la actual plaza de Europa (antiguo Garaje Villar). Ciudad de Murcia», *Memorias de Arqueología*, 3 (1987-1988), 1995, pp. 354-397.
- MARÇAIS, W., «L'islamismo et la vie urbaine», en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 1928, pp. 86-100.
- MARÇAIS, G., «La conception des villes dans l'Islâm», en *Revue d'Alger*, nº 10, t. II, 1945.
- MARÇAIS, G., «L'urbanismo musulman», en *Mélanges d'histoire et d'archéologie de l'Occident musulman*, t. 1, Alger, 1957.
- MASSIGNON, L., «Explication du plan de Kufa (Irak)», *Opera Minora*, vol. III, Beirut, 1963, pp. 35-58.
- MAZZOLI-GUINTARD, C., *Ciudades de al-Andalus. España y Portugal en la época musulmana (S. VIII-XV)*, Granada, 2000; es traducción del original en francés: *Villes d'al-Andalus. L'Espagne et le Portugal à l'époque musulmane (VIII^e-XV^e siècles)*, Rennes, 1996.
- MUÑOZ LÓPEZ, F. y CASTAÑO BLÁZQUEZ, T., «El alfar islámico de la calle Pedro de la Flor», *Verdolay*, 5 (1993), pp. 157-169.
- NAVARRO PALAZÓN, J., «Siyâsa: una madīna de la Cora de Tudmîr», *Áreas*, 5 (1985a), pp. 169-189.
- NAVARRO PALAZÓN, J., «El despoblado islámico de Siyâsa (Cieza)», *Revista de Arqueología*, 53 (1985b), París, pp. 30-43.

- NAVARRO PALAZÓN, J., «Arquitectura y artesanía en la Cora de Tudmîr», *Historia de Cartagena*, tomo V, Murcia, 1986, pp. 411-485.
- NAVARRO PALAZÓN, J., «La conquista castellana y sus consecuencias: la despoblación de Siyâsa», *Guerre, fortification et habitat dans le monde méditerranéen au Moyen-Age (Castrum 3)*, ed. A. Bazzana, Madrid, 1988, pp. 207-214.
- NAVARRO PALAZÓN, J., «La casa andalusí en Siyâsa: ensayo de una clasificación tipológica», *La casa hispano-musulmana. Aportaciones de la arqueología*, Granada, 1990a, pp. 177-198.
- NAVARRO PALAZÓN, J., «Los materiales islámicos del alfar antiguo de San Nicolás de Murcia», *Fours de potiers et «testares» médiévaux en Méditerranée Occidentale*, Madrid, 1990b, pp. 29-44.
- NAVARRO PALAZÓN, J., «Un ejemplo de vivienda urbana andalusí: la casa nº 6 de Siyâsa», *Archéologie Islamique*, II (1991), pp. 97-125.
- NAVARRO PALAZÓN, J., *Casas y Palacios de Al-Andalus. Siglos XII-XIII*, Barcelona-Madrid, 1995.
- NAVARRO PALAZÓN, J., *Siyâsa, arquitectura y poblamiento de un hisn de Sharq al-Andalus. Siglos X-XIII*, tesis doctoral leída en la Universidad de Murcia en diciembre de 1999.
- NAVARRO PALAZÓN, J. y JIMÉNEZ CASTILLO, P., «El agua en la vivienda andalusí: abastecimiento, almacenamiento, y evacuación», *Verdolay*, 7 (1995a), pp. 401-412.
- NAVARRO PALAZÓN, J. y JIMÉNEZ CASTILLO, P., «La decoración almohade en la arquitectura doméstica: la casa nº 10 de Siyâsa», *Casas y Palacios de Al-Andalus. Siglos XII-XIII*, Barcelona-Madrid, 1995b, pp. 117-137.
- NAVARRO PALAZÓN, J. y JIMÉNEZ CASTILLO, P., «Plantas altas en edificios andalusíes: la aportación de la Arqueología», *Arqueología Medieval*, Mértola, 4 (1996a), pp. 107-137.
- NAVARRO PALAZÓN, J. y JIMÉNEZ CASTILLO, P., «Estudio sobre once casas de Siyâsa», *Memorias de Arqueología*, 5 (1990), 1996b, pp. 525-595.
- ORIHUELA, A., *Casas y palacios nazaríes. Siglos XIII-XV*, Barcelona-Madrid, 1996.
- PASCUAL, J. y MARTÍ, J., «El recinto fortificado de la Valencia musulmana», *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500): Actas do Simpósio Internacional sobre Castelos*, Lisboa, 2001, pp. 291-309.
- PAUTY, E., «Villes spontanées et villes créées en Islam», *Annales de l'Institut d'Études Orientales*, 1951, t. IX, p. 52-75.
- PINON, P., «La transición desde la ciudad antigua a la ciudad medieval. Permanencia y transformación de los tejidos urbanos en el Mediterráneo Oriental», *La ciudad medieval: de la casa al tejido urbano*, (coord. J. Passini), Cuenca, 2001.
- POCKLINGTON, R., «Nuevos datos sobre cinco puertas musulmanas y una torre de la cerca medieval de Murcia», *Murcia Musulmana*, Murcia, 1989, pp. 215-232.
- POZO MARTÍNEZ, I., «Un baño privado islámico en la calle Polo de Medina (Murcia)», *Verdolay*, 3 (1991), pp. 79-94, Murcia.
- POZO MARTÍNEZ, I., «El cementerio islámico de la calle Polo de Medina (Murcia)», *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española*, Oviedo, 1992, pp. 413-421.
- RAMÍREZ ÁGUILA, J. A. y MARTÍNEZ LÓPEZ, J. A., «Murcia: una ciudad del siglo XI», *Verdolay*, 8 (1996), pp. 57-75.
- RAMÍREZ ÁGUILA, J. A. y MARTÍNEZ LÓPEZ, J. A., «Introducción al urbanismo de la Murcia islámica a través de una intervención de urgencia en los solares número 31, 33 y 35 de la calle Platería (junio-octubre, 1994)», *Memorias de Arqueología*, 9 (1994), 1999, pp. 547-569.
- RAYMOND, A., «Signes urbains et étude de la population des grandes villes arabes a l'époque ottomane», *Bulletin d'études orientales*, XXVII, 1974, pp. 183-193.
- RAYMOND, A., «Le déplacement des tanneries à Alep, au Caire et à Tunis à l'époque ottomane: <<un indicateur>> de croissance urbaine», *Revue du Monde Musulman et de la Méditerranée*, 55-56, 1990, pp. 34-43. El artículo fue publicado por primera vez en la *Revue d'Histoire Maghrébine*, nº 7-8, 1977, pp. 192-200.
- RAYMOND, A., «Espaces publics et espaces privés dans les villes arabes traditionnelles», *Monde Arabe, Maghreb, Machrek*, 123 (1989), pp. 194-201.
- RAYMOND, A., «La structure spatiale de la ville», en M. Naciri y A. Raymond (eds), *Sciences Sociales et*

- Phénomènes Urbains dans le Monde Arabe*, Casablanca, 1997, pp. 75-84.
- ROBLES FERNÁNDEZ, A. y NAVARRO SANTA-CRUZ, E., «Arquitectura doméstica andalusí y alfarería mudéjar en el Arrabal de la Arrixaca. Memoria de la intervención realizada en un solar de la Plaza Yesqueros-Calle Toro (Murcia)», *Memorias de Arqueología*, 9 (1994), 1999, pp. 571-600.
- RODRÍGUEZ AGUILERA, A., *Granada arqueológica*, Granada, 2001.
- ROSSELLÓ BORDOY, G., «Almacabras, ritos funerarios y organización social en al-Andalus», *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española. Tomo I. Ponencias*, Oviedo, 1989, pp. 151-168.
- ROSSER LIMIÑANA, P., «La ciudad de Alicante y la arqueología del poblamiento en época medieval islámica», en R. Azuar, S. Gutiérrez y F. Valdés (eds.), *Urbanismo Medieval del País Valenciano*, Madrid, 1993, pp. 27-62.
- SALADO ESCAÑO, J. B., MAYORGA MAYORGA, J., RAMBLA TORRALVO, A., ARANCIBIA ROMÁN, A. y NAVARRO LUENGO, I., «La evolución del urbanismo de la Málaga musulmana (siglos VIII-XV)», *Actas del II Congreso Internacional: La ciudad en al-Andalus y el Magreb*, Algeciras, 1999, (en prensa).
- SALVATIERRA CUENCA et al., «Formación y evolución de una ciudad islámica: Jaén», *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española. Tomo II. Comunicaciones*, Alicante, 1994, pp. 87-94.
- SAUVAGET, J., «Esquisse d'une histoire de la ville de Damas», *Revue des Études Islamiques*, 1934, cahier IV, pp. 421-480.
- SAUVAGET, J., *Alep. Essai sur le développement d'une grande ville syrienne des origines au milieu du XIX^e siècle*, París, 1941.
- SAUVAGET, J., «Le plan antique de Damas», *Syria*, XXVI (1949), pp. 314-358.
- STERN, S. M., «The Constitution of the Islamic City», en A. Hourani y S. M. Stern (eds.), *The Islamic City*, Oxford, 1970, pp. 25-50.
- TAHIRI, A., «El ejemplo de la Sevilla Abbadi», *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*, Madrid, 1998, pp. 219-227.
- TORRES BALBÁS, L., «Les villes musulmanes d'Espagne et leur urbanisation», *Annales de l'Institut d'Études Orientales*, VI (1942-1947), pp. 5-30.
- TORRES BALBÁS, L., «Extensión y demografía de las ciudades hispanomusulmanas», *Studia Islamica*, III, 1955, pp. 35-59.
- TORRES BALBÁS, L., *Ciudades hispanomusulmanas*, Madrid, 1985, 2ª ed.
- TORRES DELGADO, C., «La ciudad de Baza y el libro del Repartimiento después de su conquista (4-diciembre-1489)», *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 22, Homenatge al Dr. Manuel Riu Riu, vol. 2, 2001, pp. 747-794.
- TRIKI, H., «Marrakech: retrato histórico de una metrópoli medieval. Siglos XI-XII», *La arquitectura del Islam occidental*, Barcelona-Madrid, 1995, pp. 93-106.
- VALLEJO TRIANO, A., «El proyecto urbanístico del Estado califal: Madinat al-Zahra», *La Arquitectura del Islam Occidental*, Barcelona-Madrid, 1995, pp. 69-81.
- VERA REINA, M., «Urbanismo medieval en la ciudad de Sevilla. El barrio de San Vicente», *Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española*, Madrid, 1987, tomo III, pp. 203-211.
- VIGUERAS MOLINS, M. J., «La ciudad almohade de Sevilla», *VIII centenario de la Giralda (1198-1998)*, Córdoba, 1998.
- WIRTH, E., «Villes islamiques, villes arabes, villes orientales? Une problématique face au changement», en Bouhdiba, A. y Chevallier, D. (eds.), *La ville arabe dans l'Islam. Histoire et mutations*, Túnez-París, 1982, pp. 193-225.
- WIRTH, E., «Esquisse d'une conception de la ville islamique. Vie privée dans l'Orient islamique par opposition à vie publique dans l'Antiquité et l'Occident», *Géographie et cultures*, 5 (1993), pp. 71-90.
- WIRTH, E., «La vie privée en tant que dominante essentielle des villes d'Orient islamiques», en M. Naciri y A. Raymond (eds.), *Sciences Sociales et Phénomènes Urbains dans le Monde Arabe*, Casablanca, 1997, pp. 123-130.
- WOODFORD, J. S., *The city of Tunis. Evolution of an urban system*, Cambridge, 1990.

